He estado pensando

Daniel Dennett

Mi vida y mis ideas sobre la filosofía, la mente y la conciencia

«Qué injusto que un hombre sea bendecido con semejante inteligencia».
Richard Dawkins

arpa

He estado pensando

Daniel Dennett

Mi vida y mis ideas sobre la filosofía, la mente y la conciencia

«Qué injusto que un hombre sea bendecido con semejante inteligencia».
Richard Dawkins

arpa

HE ESTADO PENSANDO

Título original: I’ve Been Thinking

© del texto: Daniel C. Dennett, 2023

© de la traducción: Ferran Mateo, 2024

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-10313-27-9

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de cubierta: © Daniel C. Dennett,

Luca Del Baldo, oil on linen (2013)

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Daniel C. Dennett

HE ESTADO PENSANDO

Traducción de Ferran Mateo

arpa

SUMARIO

PRÓLOGO. DAN EL SUERTUDO

PRIMERA PARTE. UN INICIO CON BUEN RITMO

1. Infancia

2. Música: una digresión importante

3. Wesleyan, luego Harvard (1959-1963)

4. Oxford, 1963-1965

5. El descubrimiento del naturalismo: ¿una forma diferente de ser filósofo?

SEGUNDA PARTE. OTRAS MENTES

6. UC Irvine, 1965-1971

7. De vuelta al este

8. Un año en Harvard; encuentro con Jerry Fodor

9. Política académica en Tufts

10. ¿Dónde estoy?

11. Entretanto, de vuelta a la granja

12. El encuentro del Xanthippe; adiós a la granja

13. Familiares honorarios; Behavioral and Brain Sciences

TERCERA PARTE. MI ODISEA

14. Bristol y All Souls, 1978-1979

15. CASBS, 1979-1980, y encuentro con Douglas Hofstadter

16. El cubo de Rubik, Praga y Dahlem

17. «¿Son pájaros los conejos?» y otras llamadas telefónicas

memorables

18. Ruth Millikan, que rompió la barrera de lo infundado

19. Big George y el Curricular Software Studio

20. Las conferencias Locke y los monos vervet en Amboseli

21. El Centro de Estudios Cognitivos: aventuras con Nicholas Humphrey

22. Conexiones italianas y sus consecuencias

23. La conciencia explicada

24. El test de Turing, algo más que un experimento mental

25. Aventuras con robots: una iguana entera, Cog y Tati

26. Seymour Papert y Marvin Minsky

27. Romper el hechizo

28. Encontrar el hueso de la risa con Jonathan Miller y Matthew Hurley

29. Una troika de aventuras rusas

30. TED

31. Por qué, oh, por qué, me encanta...

32. Un edén más: el Santa Fe Institute

CUARTA PARTE. BATALLAS ACADÉMICAS

33. La historia de la filosofía; Richard Rorty

34. Acosadores académicos e iconoclastas

35. Ingeniería inversa de las propias herramientas de pensamiento

36. ¿Y si me equivoco?

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

A mi familia

PRÓLOGO

DAN EL SUERTUDO

«Durante toda mi vida he tenido suerte,
casi me hace creer en las estrellas».

TOM STOPPARD, 1986, en una carta a su madre

«Nunca me he considerado afortunado, soy un cobarde.
Por eso no puedo ser un jugador. Pero trabajo muy duro.
¡Cuanto más trabajo, más suerte tengo!».

ALEX BIRD (célebre apostador británico),
Sunday Observer (Londres), 24 de abril de 1983

El 24 de octubre de 2006 me trasladaron en ambulancia desde mi despacho en la Universidad de Tufts hasta la sala de urgencias de la Clínica Lahey. Allí los médicos descubrieron el problema: las capas internas y externas de mi aorta se habían separado (una disección aórtica) y, si la sangre del corazón se vertía en la cavidad torácica, corría un riesgo de muerte inminente. Este incidente ocurrió un día después de hacer una travesía (la última de la temporada) a bordo de mi velero Xanthippe por Mackerel Cove, en Swan's Island, Maine. Me acompañaban mi amigo sueco Bo Dahlbom y su hijo

Fredrik, y durante el desanclaje noté un leve dolor en el pecho que me hizo pensar en el que había sentido siete años atrás, cuando sufrí un «infarto silencioso» que acabó en una operación de triple baipás. Navegamos de regreso a Blue Hill con un fuerte viento en contra, amarramos el barco, desarmamos las pesadas velas, instalamos el bote inflable en la baca del coche y regresamos a la granja. Luego acudimos al hospital local donde, aunque descartaron que hubiera sufrido un ataque al corazón, me aconsejaron que visitara a mi cardiólogo de inmediato. Al día siguiente, en Tufts, al pedirle Tylenol a la secretaria del departamento, en lugar de proporcionármelo, decidió llamar a una ambulancia, y la decisión fue acertada.

Uno de los efectos secundarios menos conocidos de la cirugía a corazón abierto son los microinfartos cerebrales causados por residuos de la operación, que obstruyen los capilares. Consciente de que mi mente es mi vida, el cardiólogo advirtió explícitamente al equipo quirúrgico que debían esforzarse para evitar que yo quedara convertido en un pumphead (literalmente, «cabeza de bomba»), el feo término que los cirujanos cardiacos usan en privado para referirse a aquellos cuyos cerebros quedan afectados por la máquina de corazón-pulmón, también conocido como «síndrome de posperfusión». Después de la operación, antes de sacarme de la máquina, invirtieron el flujo sanguíneo a mi cerebro, enviándola a las venas y fuera de las arterias, para eliminar cualquier residuo que pudiera inutilizar mi res cogitans, mi cosa pensante (mi cerebro, no, como afirmaría Descartes, una sustancia distinta e inmaterial). Así que me lavaron el cerebro, literalmente. ¿Funcionó? En cuanto pude, después de la intervención, me senté en la cama del hospital, saqué mi fiel portátil y escribí un breve artículo para comprobar si seguía en mis cabales. Lo compartí en Edge.org y atrajo mucha atención. ¿Qué os parece?

¡Gracias a la excelencia! (2 de noviembre de 2006)

Según un viejo pero dudoso dicho, no hay ateos en las trincheras, aunque hay pruebas anecdóticas a favor de este enunciado en

sonados casos de famosos ateos que escaparon de experiencias cercanas a la muerte para anunciar al mundo que habían cambiado de opinión. El filósofo británico sir A. J. Ayer, fallecido en 1989, es un ejemplo reciente. He aquí otra anécdota para reflexionar.

Hace dos semanas me trasladaron en ambulancia a un hospital, donde una tomografía computarizada reveló que sufría una «disección de la aorta»: el revestimiento del vaso principal que transporta la sangre desde el corazón se había desgarrado, creando un conducto de dos canales en lugar de uno. Por suerte, el injerto de baipás coronario que me realizaron siete años antes probablemente me salvó la vida, ya que el tejido cicatricial, que había crecido como una hiedra alrededor de mi corazón en los años intermedios, fortaleció la aorta y evitó una fuga catastrófica por desgarro. Después de someterme a una compleja operación de nueve horas, que incluyó la parada completa de mi corazón y el enfriamiento de mi cuerpo y cerebro a unos cuarenta y cinco grados para prevenir daños cerebrales por falta de oxígeno has-ta que pudiera iniciarse el sistema de circulación extracorpórea, ahora tengo una nueva aorta hasta el arco aórtico. Está confeccionada con un resistente tubo de dacrón cosido por el cirujano en el acto y conectada a mi corazón mediante una válvula de fibra de carbono que emite un tranquilizador chasquido cada vez que me late el corazón.

Ahora que me adentro en un plácido período de recuperación, tengo mucho sobre lo que reflexionar, no solo sobre la angustiante experiencia en sí, sino también sobre la abrumadora cantidad de mensajes de apoyo que he recibido desde que se divulgó la noticia de mi última aventura. Mis amigos ardían en deseos por saber si había tenido una experiencia cercana a la muerte y, en caso afirmativo, cómo había influido sobre mi ateísmo declarado. ¿Había tenido una epifanía? ¿Seguiría los pasos de Ayer (quien recuperó la compostura e insistió días después en que «lo que debería haber dicho es que mis experiencias han debilitado no mi creencia de que no hay vida después de la muerte, sino mi actitud inflexible hacia esa creencia»), o bien mi ateísmo permanecía cabal e inalterable?

Sí, tuve una epifanía. Vi con mayor claridad que nunca que, cuando digo «¡Gracias a la bondad, o gracias a la excelencia!» (thank

goodness), no se trata de un simple eufemismo de «¡Gracias a Dios!» (thank God). Los ateos no creemos que haya un Dios al que agradecerle nada. ¡Realmente quiero expresar gratitud a la excelencia! Abunda la excelencia en este mundo, aumenta cada día que pasa, y este maravilloso tejido de excelencia creado por el ser humano es el verdadero motivo por el que hoy sigo vivo. Es un digno receptor de la gratitud que siento en este momento, y quiero celebrarlo aquí y ahora.

Así pues, ¿a quién debo mi gratitud? Al cardiólogo que me ha mantenido con vida durante años y que, con rapidez y certeza, descartó el diagnóstico inicial de neumonía. A los cirujanos, neurólogos, anestesistas y perfusionistas que mantuvieron mis sistemas en funcionamiento durante muchas horas en circunstancias desalentadoras. A la docena de asistentes médicos, enfermeras, fisioterapeutas, técnicos de rayos X y un pequeño ejército de flebotomistas tan hábiles que apenas notas cuando te extraen sangre, así como a las personas que me dieron de comer, mantuvieron limpia mi habitación, lavaron la montaña de ropa generada por un caso tan complicado, me llevaron en silla de ruedas a rayos X, entre otras tareas. Estas personas procedían de partes diferentes del mundo, como Uganda, Kenia, Liberia, Haití, Filipinas, Croacia, Rusia, China, Corea, India, así como de los Estados Unidos, por supuesto. Nunca había presenciado un respeto recíproco tan impresionante mientras se ayudaban y supervisaban mutuamente su trabajo. Pese a su labor en equipo, esta comunidad local no habría podido triunfar sin las enormes contribuciones de otros. Recuerdo con gratitud a mi difunto amigo y colega de la Universidad de Tufts, el físico Allan Cormack, quien compartió el Premio Nobel junto con otro colega por su desarrollo de la técnica de la tomografía computarizada (TC). Allan, póstumamente has salvado otra vida, pero ¿quién lleva la cuenta? El mundo es un lugar mejor gracias a tu trabajo. Thank goodness! Luego está todo el sistema de la medicina, que abarca tanto la ciencia como la tecnología, sin el cual los esfuerzos mejor intencionados de los individuos serían prácticamente inútiles. Por eso, agradezco a los comités editoriales y a los revisores, tanto pasados como presentes, de publicaciones como Science, Nature, Journal of the American Medical Association, Lancet, y otras instituciones científicas y médicas, por su continua labor en la producción de avances y en la

detección y corrección de errores.

¿Adoro la medicina moderna? ¿Es la ciencia mi religión? En absoluto. No hay ningún aspecto de la medicina o la ciencia modernas que yo no someta al más riguroso escrutinio. Identifico fácilmente una serie de problemas graves aún por resolver. Esto es posible gracias a que tanto la medicina como la ciencia están inmersas en autoevaluaciones obsesivas, intensivas y humildes, lo que las convierte en las instituciones humanas más autocríticas. Regularmente hacen públicos los resultados de estos análisis internos. Además, esta crítica racional abierta, por muy imperfecta que sea, es el fundamento del sorprendente éxito de tales empresas humanas. A diario, se producen mejoras cuantificables. Hace una década, si me hubieran operado de la aorta, no habría tenido posibilidades de sobrevivir. Aunque hoy aún no es un procedimiento rutinario, las probabilidades de supervivencia no eran tan desalentadoras como antes (actualmente, alrededor del 33 % de los pacientes con disección aórtica fallecen en las primeras veinticuatro horas si no reciben tratamiento, y estas probabilidades empeoran a cada hora que pasa).

Al comparar el mundo médico, del que ahora depende mi vida, con las instituciones religiosas que he estado estudiando con tanto empeño en los últimos años, una observación particular me llamó la atención. Uno de los temas más delicados y solidarios presentes en todas las religiones (hasta donde tengo conocimiento) es la noción de que lo que verdaderamente importa es lo que reside en tu corazón: si tienes buenas intenciones y te esfuerzas por hacer lo que se considera correcto (según Dios), es todo cuanto se te puede pedir. Sin embargo, en medicina, las buenas intenciones no bastan, en especial si cometes un error en algo que se espera que debieras haber sabido. Y mientras que la fe ciega y la toma de decisiones sin una evaluación exhaustiva de las opciones son a menudo alabadas por las religiones, en medicina son tenidas por graves pecados. Un médico cuya fe devota en sus revelaciones estrictamente personales sobre cómo tratar un aneurisma aórtico lo llevara a realizar ensayos no probados con pacientes humanos recibiría una severa amonestación, e incluso podría acabar acarreándole la expulsión de la profesión. Claro está, existen excepciones. Algunos pioneros audaces y temerarios son tolerados y (si demuestran tener razón)

incluso venerados, pero solo pueden ser vistos como rarísimas excepciones al ideal del investigador meticuloso que descarta con escrúpulo las teorías alternativas antes de aplicar las suyas. En medicina, las buenas intenciones y la inspiración no bastan.

En otras palabras, las religiones pueden tener un propósito bondadoso al proporcionar un nivel de moralidad alcanzable para muchas personas, pero ninguna religión exige a sus seguidores los altos estándares de responsabilidad moral que el mundo secular demanda en campos como la ciencia y la medicina. Y esto no se limita solo a los baremos aplicados por aquellos en posiciones de gran responsabilidad, como cirujanos y médicos que se enfrentan a decisiones de vida o muerte a diario. Me refiero también a los códigos de conciencia seguidos por los técnicos de laboratorio y los encargados de preparar la comida. Esta tradición se fundamenta en la aplicación rigurosa de la razón y la investigación empírica, en que se comprueba y se vuelven a hacer comprobaciones sin cesar, y se cultiva el hábito de preguntarse siempre: «¿Y si me equivoco?». No se toleran las apelaciones a la fe o a la pertenencia ciega. Imaginen la reacción que suscitaría un científico que sugiriera que otros no pueden replicar sus resultados simplemente porque no comparten la fe del personal de su laboratorio. Volviendo a mi punto principal, es a la excelencia que es inherente a esa tradición de razón e investigación accesible a la que agradezco estar hoy vivo.

Sin embargo, ¿cómo debo responder a aquellos amigos míos creyentes (y sí, tengo bastantes) que han tenido la valentía y la honestidad de decirme que han rezado por mí? Los he perdonado de buena gana, pues pocas cosas son más frustrantes que no poder ayudar de manera más directa a un ser querido. Admito que lamento no haber podido rezar (sinceramente) por mis amigos y familiares en los momentos que hubiera sido necesario, por lo que aprecio su insistencia, aunque reconozco sin ambages su inutilidad. Traduzco fácilmente los comentarios de mis amigos religiosos a una u otra versión de lo que mis brillantes colegas (un intento mío y de otros de popularizar un nuevo término para los no creyentes; véase el capítulo 27) me han dicho: «He estado pensando en ti y deseando de todo corazón [otra autoindulgencia ineficaz pero irresistible] que salgas bien parado de esta situación». El hecho de que esos queridos

amigos hayan pensado en mí de esta manera, y se hayan esforzado por hacérmelo saber, es, en sí mismo, sin necesidad de apoyarme en ningún otro suplemento vitamínico sobrenatural, un maravilloso tonificante. Estos mensajes de mi familia y de amigos de todo el mundo han sido literalmente reconfortantes en mi caso, y estoy agradecido por el subidón de moral proporcionado (¡hasta cotas verdaderamente maníacas, me temo!). Pero no bromeo cuando digo que he tenido que perdonar a mis amigos que me decían que rezaban por mí. He resistido la tentación de responder: «Gracias de veras, te lo agradezco… ¿también has sacrificado una cabra?». Con respecto a esto me siento de la misma manera que me sentiría si uno de ellos me dijera: «Acabo de pagar a un médico vudú para que haga un hechizo para curarte». ¡Qué ingenuo desperdicio de dinero que habría podido ir a parar a proyectos más importantes! No esperen que sea agradecido, ni siquiera indiferente. Aprecio el afecto y la generosidad de espíritu que los llevaron a actuar así, pero desearía que hubieran encontrado una forma más razonable de expresarlo.

Pero ¿no es esto demasiado implacable? Seguro que al mundo no le hace ningún daño que aquellos que se vean capaces de hacerlo pronuncien oraciones sinceras por mí. Sin embargo, no estoy convencido de ello. Por un lado, si realmente desearan hacer algo útil, podrían dedicar su tiempo de oración y energía a algún proyecto urgente en el que destacarse. Por otro lado, ahora contamos con sólidos fundamentos (como el estudio de Benson en Harvard, publicado en fecha reciente) para creer que la oración de intercesión simplemente no funciona. Quienes desestimen esa investigación estarán socavando sutilmente el respeto por la misma excelencia a la que doy gracias. Si se insiste en mantener vivo el mito de la eficacia de la oración, nos deben a los demás una justificación fundamentada ante las pruebas. A la espera de esa justificación, les disculparé por su apego a la tradición; entiendo lo reconfortante que puede llegar a ser. Sin embargo, quiero que reconozcan que lo que están haciendo es, en el mejor de los casos, moralmente problemático. Si se considera factible presentar una demanda por negligencia contra un médico que cometió un error en un tratamiento, o contra una empresa farmacéutica que no realizó todas las pruebas de control pertinentes antes de vender un medicamento perjudicial, se debe apreciar implícitamente los

elevados estándares de investigación racional a los que se atiene el mundo de la medicina. Sin embargo, quien sigue entregándose a una práctica sin justificación racional conocida y considera que hace una contribución está incurriendo en una contradicción (imaginen su indignación si una empresa farmacéutica respondiera a su demanda alegremente: «¡Pero rezamos mucho para que el medicamento sea efectivo! ¿Qué más quieren?»).

Lo más satisfactorio de expresar «gracias a la excelencia» en lugar de «gracias a Dios» radica en la variedad de formas en que podemos saldar nuestra deuda con la excelencia, comprometiéndonos a generar más excelencia para las generaciones venideras. La excelencia se manifiesta de diversas maneras, no solo a través de la medicina y la ciencia. Por ejemplo, gracias a la excelencia por la música de Randy Newman, que no sería posible sin los magníficos pianos y estudios de grabación, además de las contribuciones musicales de grandes compositores como Bach, Scott Joplin y los Beatles, sin olvidar a Wagner, entre otros. Gracias a la excelencia por proporcionarnos agua potable del grifo y alimentos en nuestra mesa, así como por unas elecciones justas y un periodismo veraz. Si deseas expresar gratitud a la excelencia, puedes plantar un árbol, alimentar a un huérfano, comprar libros para colegialas del mundo islámico o contribuir de múltiples formas a mejorar la vida en este planeta tanto ahora como en el futuro cercano.

Por otro lado, puedes optar por dar gracias a Dios, pero la idea misma de retribuir a Dios resulta ridícula. ¿Qué podría hacer un Ser omnisciente y omnipotente (¿el Ser que lo tiene todo?) con cualquier insignificante muestra de gratitud por nuestra parte? (además, según la tradición cristiana, Dios ya saldó su deuda para siempre al sacrificar a su propio hijo. Intenta pagar tú ese préstamo). Sí, comprendo que estos temas no deben tomarse al pie de la letra; son simbólicos. No obstante, si se considera que al dar gracias a Dios estamos haciendo algún bien real, esa idea también debe entenderse como algo simbólico. Prefiero el bien tangible al simbólico.

Aun así, perdono a aquellos que rezan por mí. Los veo como científicos perseverantes que se niegan a aceptar pruebas de teorías que no les agradan, cuando una concesión elegante habría sido la

respuesta adecuada. Los aplaudo por su fidelidad a sus propias creencias, pero hay que recordar: la lealtad a la tradición no es suficiente. Es necesario seguir cuestionándose: ¿y si me equivoco? A largo plazo, considero que se puede exigir a los religiosos que sigan las mismas normas morales que los laicos en ciencia y medicina.

Desde aquella operación, he publicado siete libros y docenas de artículos en los dieciséis años transcurridos, y he vivido toda una vida de aventuras por el mundo entero en el tiempo adicional que me ha concedido la excelencia de aquellos que me rodean. ¿Qué más se puede pedir?

Recuerdo que una vez participé en una reunión de fin de semana en Seattle para unos chicos de instituto talentosos, concebida para inspirarlos a lograr grandes cosas en la vida. Se contaba con un elenco estelar, entre el que figuraban varios premios Nobel, la novelista Amy Tan, los cofundadores de Google, Sergey Brin y Larry Page o el escultor de vidrio Dale Chihuly, entre otros. Lo que más me sorprendió de las charlas de quince minutos que cada uno de nosotros ofreció a estos ávidos jóvenes fue que la mayoría subrayamos el papel de la suerte: habíamos estado en el lugar adecuado en el momento oportuno, habíamos encontrado los mentores adecuados, habíamos tenido golpes de suerte en mitad de la adversidad. Esta intensa modestia pretendía tranquilizarlos, pero ¿acaso no tendría un efecto secundario no deseado? «No creáis que hay un camino seguro hacia la grandeza. Solo tenéis que improvisar y, con algo de suerte, terminaréis como nosotros». ¿Acaso no éramos más que una convención de ganadores de lotería diciéndoles a los demás que nuestro éxito no tenía ningún secreto?

Hace poco, recibí un correo electrónico de Peter Godfrey-Smith, el eminente filósofo-buceador-investigador de pulpos:

Hola Dan,

Estoy leyendo una pila de trabajos de Mike Levin [mi colega de Tufts con quien recientemente había coescrito un artículo].

¿Cómo es que siempre captas las cosas ultrainteresantes tan rápido?

Llevas muchas décadas lográndolo.

Saludos cordiales,

Peter

Resulta que, mientras escribía estas memorias, estaba reflexionando sobre una versión de la misma pregunta. La suerte, por supuesto, desempeña un papel crucial, sobre todo al principio, cuando parte de la misma consiste en encontrar una buena manera de convertir la suerte inicial en más suerte: los ricos se hacen más ricos, como se suele decir. La pregunta de Peter —por suerte para mí— me sugirió una respuesta que acabo de apreciar plenamente: no me pregunta cómo me ocurrieron las cosas más interesantes, sino cómo las aprendí tan rápido. Soy un colector compulsivo, una especie de urraca, siempre a la búsqueda de algo útil. «Esto quizás sea útil algún día», pienso cuando añado un engranaje, una biela u otra pieza de maquinaria desechada a mi colección cada vez mayor de cachivaches, artilugios y herramientas del taller de casa. Mi máquina de pensar —mi cerebro— está igualmente provista de un montón de cosas útiles que he ido recogiendo. Presenté una galería de más de seis docenas de mis favoritas en Intuition Pumps and Other Tools for Thinking (Bombas de intuición y otras herramientas para pensar) (2013). Me encanta «arreglar cosas» con cualquier objeto que pueda servir y, durante todas estas décadas, siempre he querido saber cómo funciona «la magia». Me gusta citar un pasaje del estupendo libro de Lee Siegel sobre la magia callejera en la India, Net of Magic: Wonders and Deceptions in India (1991):

Estoy escribiendo un libro sobre magia», explico, y me preguntan: «¿Magia de verdad?». Por «magia de verdad» la gente se refiere a milagros, actos taumatúrgicos y poderes sobrenaturales. «No», respondo: «trucos de magia, no magia de verdad». En otras palabras, la magia de verdad significa la magia que no es de verdad, mientras que la magia que es de verdad, la que de hecho se puede hacer, no es magia de verdad. (pág. 425)

Muchas personas anhelan preservar la «magia de verdad» de un modo u otro y, para muchas de ellas, la filosofía se presenta como la profesión ideal para esta empresa. Yo diría que es la característica distintiva de un tipo particular de filósofo. Pero luego están los antifilósofos, que observan el desastre que han provocado los demás y se dicen a sí mismos: «¡Vaya! Voy a intentar aclarar este embrollo». Mis mentores y héroes han sido personas, tanto científicos como filósofos, que tienen intuiciones sobre cómo se hacen los trucos, cómo se generan las ilusiones. No son solo escépticos y desmitificadores, sino explicadores constructivos que buscan a tientas modelos o teorías para sustituir las verdades de sillón de los filósofos de salón por ideas verificables.

Ya en mi tesis doctoral de 1965, vislumbré que la mejor, y la única, manera de dar sentido a la mente y la conciencia es a través de la evolución por selección natural en múltiples niveles. Comencé a esbozar un marco abierto sobre cómo podría funcionar este proceso. Mantuve las filosofías en un segundo plano, y mi enfoque caló hondo en investigadores de diversas disciplinas. Lo «entendieron» de distintas maneras y vieron cómo podían contribuir a mi esquema emergente y corregir algunas deficiencias de su propio trabajo. Me invitaron a ser un interlocutor amistoso. No tuve que acudir a ellos, sombrero de filósofo en mano, y solicitar una charla; ellos me buscaron.

En cierto modo logré crear (o, más exactamente, facilitar la aparición de) un imán intelectual que atraía sin cesar a mi órbita a personas superinteligentes. Me acostumbré a estar rodeado de gente que sabía mucho más que yo, y siempre me alegré de que fueran mentores míos, incluso cuando discrepaba de sus puntos de vista. Algunos de mis argumentos y ejemplos favoritos se forjaron en acaloradas disputas con pensadores cuyas posiciones rechazaba en gran medida, razones que ahora comprendo mejor que cuando me enfrenté a ellos por primera vez. Es célebre el caso del físico Wolfgang Pauli, que desestimó las ideas de otro físico calificándolas de «ni siquiera erróneas». Yo he intentado refutar oportunamente algunas de las ideas erróneas presentadas por el físico Roger Penrose, el lingüista Noam Chomsky, el neurocientífico Christof

Koch y los biólogos evolucionistas Stephen Jay Gould y David Sloan Wilson, entre otros. También me las tuve con colegas filósofos como Thomas Nagel, Jerry Fodor, John Searle y David Chalmers. ¿Dónde estaría yo sin todos esos brillantes errores que corregir, con la ayuda de mis herramientas de pensamiento? (por ejemplo, utilicé el fascinante «juego de la vida» de John Horton Conway para encontrar un término medio entre el poco atractivo «realismo de vigor industrial» de Fodor y el igualmente poco persuasivo «materialismo eliminativo» de Paul Churchland, en «Real Patterns» (1991), uno de mis artículos más influyentes). No tengo espacio para detenerme en todos los detalles importantes, pero en las notas finales se proporcionan enlaces para aquellos que deseen consultar mis correcciones y decidir por sí mismos.

Hasta ahora, he llevado una vida increíblemente aventurera y gratificante, que ha superado con creces las más extravagantes fantasías de mi juventud; y eso a pesar de que era un joven muy ambicioso. ¿Cómo ha sido posible? ¿Fue simplemente cuestión de suerte o de «contactos», o puedo atribuirme a mí mismo el mérito de haber alcanzado mi actual estado de felicidad? ¿Realmente merezco los beneficios de los que ahora disfruto?

Creo en el libre albedrío, en un sentido no mágico, sino pragmático y trascendente. Creo que aquellos que contribuyen a la excelencia en el mundo merecen reconocimiento y recompensas, mientras que aquellos que hacen el mal deben ser castigados, siempre y cuando sean adultos competentes con dominio de sí mismos. También sostengo que este tipo de libre albedrío no se ve amenazado por el determinismo, y he dedicado tres libros y docenas de artículos a defender esta afirmación inicialmente contraintuitiva. El determinismo es la afirmación de que «en cualquier instante hay exactamente un futuro posible», pero esto no implica inevitabilidad. Nosotros, y otros agentes autónomos, evitamos cosas todos los días. El determinismo no nos «ata las manos», ni nos impide tomar decisiones y luego volver a considerarlas, pasar página, aprender de los errores. El determinismo no es un titiritero que nos controla. Si somos adultos normales, tenemos suficiente autocontrol para mantener nuestra autonomía y, por ende, nuestra responsabilidad, en un mundo lleno de tentaciones y distracciones. Pero incluso si tengo razón al afirmar que el determinismo no es una amenaza para

la responsabilidad o la autonomía, eso no resuelve la cuestión de si soy o no una persona con una suerte sobrenatural que ha aprovechado al máximo la buena fortuna que le tocó.

En realidad, no la he aprovechado al máximo. Alguien con más carácter podría haber logrado mucho más. Soy propenso a la pereza, un lector poco disciplinado que se distrae con facilidad, y tengo un apetito insaciable por los juegos y entretenimientos, como las tiras cómicas del periódico, los crucigramas, el Scrabble, el sudoku y el cubo de Rubik. Un amigo mío de la infancia que era brillante se hizo tan adicto al bridge que suspendió en la universidad, y yo podría haber seguido un camino similar si hubiera tenido un buen compañero de tropelías en el momento equivocado. En Harvard, estuve a punto de cometer el error de no inscribirme en un curso que interfería con mi partida de billar matutina en el Hasty Pudding Club. ¿En qué estaría pensando?

Al reflexionar sobre lo cerca que estuve de caer en la decadencia, atribuyo mi salvación a mi capacidad de reflexionar, que a menudo me ha rescatado en los momentos críticos. A eso, y a mi disposición, cuando me enfrento a decisiones morales difíciles, de buscar, y aceptar, el consejo de mis amigos, sobre todo de Susan, mi esposa desde hace sesenta años.

Se pueden extraer lecciones de cómo he gestionado mi educación y cómo me convertí en un «buen pensador» (el filósofo Don Ross dijo una vez: «Dan cree que la modestia es una virtud que debe reservarse para ocasiones especiales»). No estaría escribiendo este libro si no creyera que tengo algo valioso y útil que compartir con los lectores: los secretos de mi éxito, mis trucos y estrategias efectivos, mis métodos para lidiar con personas y problemas. Hay muchos filósofos que son más ingeniosos, mucho mejores académicos, más rápidos en la argumentación, considerablemente mejores que yo en los movimientos técnicos propios de los filósofos. Ellos lo afirmarán, y yo estoy de acuerdo con ellos. Pero, como dijo Gilbert Ryle, mi director de tesis en Oxford, a un colega mío mientras tomábamos unas cervezas en Salzburgo en los años sesenta: «Hay tipos mucho más listos que Dennett, pero él tiene fuego en el vientre». Durante más de medio siglo me he apoyado en este elogio con gratitud.

Como pueden ver, no soy modesto, pero tampoco soy excesivamente confiado, como algunos de mis colegas filósofos. John Searle, uno de mis críticos acérrimos, es muy similar a mí: seguro de sí mismo, impaciente con los detalles innecesarios de algunos filósofos y dispuesto a tachar de tonterías las corrientes de pensamiento respetadas. Cuando se enfrenta a un argumento o una postura filosófica que le cuesta comprender, la reformula en sus propios términos, en términos comprensibles para él. Eso es precisamente lo que hago yo. Sin embargo, cuando la versión resumida de Searle de una idea difícil le parece absurda, lo expresa con vehemencia. Yo, por el contrario, me reservo mi juicio. Reflexiono: estas personas que defienden este punto de vista no parecen estúpidas; tal vez las haya malinterpretado. Vuelvo a su trabajo para ver si puedo encontrar una mejor versión de su punto de vista. A veces no lo consigo, y en esos casos puedo ser un crítico tan severo como Searle. Sin embargo, en ocasiones, casi siempre, logro encontrar una versión mejor de la idea desafiante, y en ese momento realmente aprendo algo. Mientras que el mundo de Searle está lleno de pensadores incompetentes, el mío está poblado de filósofos eruditos, inteligentes y trabajadores que, lamentablemente, a menudo se autodestruyen presentando sus mejores ideas. ¿Por qué querría alguien ser filósofo si los filósofos fueran tan necios como parece pensar Searle? (Karl Popper es otro filósofo cuya baja opinión de los que no estaban de acuerdo con él me ha llevado a preguntarme cómo soportó ser filósofo).

No siempre he estado tan seguro como lo estoy ahora sobre los temas que trato. De hecho, pasé largos periodos atormentado por las dudas acerca de si la filosofía era de veras mi camino, y consideré muy seriamente abandonarla por completo para dedicarme a la escultura como algo más que una afición. Más adelante hablaré sobre esos periodos de depresión. Pero, antes de pasar al relato sobre mi progreso en el ámbito académico, quiero hacer dos generalizaciones sobre los filósofos. Cualquiera que se convierta en filósofo y nunca tenga serias dudas sobre si fue una sabia elección de vida, no es un buen filósofo. Cualquiera que nunca dude de sus propias habilidades como filósofo tampoco lo es. Sí, hay docenas, incluso cientos, de filósofos «distinguidos» que no muestran signos (en mi opinión) de haber albergado estas inseguridades, pero creo que su trabajo es en general superficial y

carente de sustancia: una exhibición brillante sobre cuestiones sin importancia real. Yo lo llamo trabajar «con las verdades de orden superior del ajetrez. «Ajetrez» [en inglés, chmess] es el neologismo que inventé para una variante del ajedrez en que el rey puede avanzar dos casillas en cualquier dirección, en lugar de una. Probablemente nunca se haya jugado o nunca haya merecido la pena jugarlo, y no vale la pena averiguarlo. Demostrar verdades sobre el «ajetrez» sin duda es tan desafiante como demostrar verdades sobre el ajedrez, pero mucho menos relevante. A nadie le importa ni debería importarle. Como observó una vez el neuropsicólogo Donald Hebb: «Si no vale la pena hacerlo, no vale la pena hacerlo bien». Muchos rincones olvidados del mundo académico —no solo de la filosofía— quedarían desiertos si la regla de Hebb se aplicara con rigor, pero estoy firmemente convencido de que nadie está cualificado para juzgar qué actividades intelectuales merecen ser toleradas e incluso financiadas. Por tanto, es mejor aceptar que la academia es, en cierto sentido, un lujo, una empresa que mantiene vivos miles de proyectos que quizás nunca «se amorticen» de manera evidente. No debemos permitir que el mundo académico se convierta en otro campo de entrenamiento para cualquier ocupación que parezca necesaria en un futuro próximo. Dejemos que florezcan mil flores, pero recordemos que la mayoría de ellas se marchitarán o morirán.

PRIMERA PARTE

UN INICIO CON BUEN RITMO

Resolviendo un problema en Beirut, 1946

1

INFANCIA

Vine al mundo en Boston en 1942, el único nieto entonces de Daniel C. Dennett, un respetado médico de una zona residencial de Boston llamada Winchester, e hijo de Daniel C. Dennett Jr. Desde muy joven, renegué del sufijo III por considerarlo presuntuoso, así que opté por llamarme Daniel C. Dennett sin más, lo que a veces desconcertaba a los bibliotecarios, que no comprendían cómo podía yo tener un hijo que hubiera publicado «Pirenne y Muhammad» en Speculum, en 1948. Mi padre, historiador del primer islam, también trabajó como agente de inteligencia en la Oficina de Servicios Estratégicos y posteriormente en el Grupo Central de Inteligencia, precursor de la CIA. Falleció trágicamente durante una misión en un accidente aéreo en Etiopía en 1947, cuando vivíamos en Beirut. Mi hermana menor, Charlotte, una destacada periodista de investigación y abogada, escribió Follow the Pipelines (2022), un libro en el que aborda sus esfuerzos por llegar al fondo de ese intrincado misterio. Recientemente, a mis hermanas y a mí nos invitaron al servicio conmemorativo anual de la CIA, que por fin reconoció a mi padre como el primer agente de la CIA fallecido en acto de servicio. Actualmente, su nombre está grabado en una estrella en el muro conmemorativo de mármol blanco en la entrada del cuartel general de Langley. Mi madre, Ruth, era profesora de inglés y se había ido de Minnesota en busca de nuevas experiencias. A principios de la década de los treinta, viajó a Beirut para enseñar en la American Community School (afiliada a la Universidad Americana de Beirut), donde conoció a mi padre, quien impartía clases allí mientras investigaba para su doctorado en Harvard sobre historia islámica y exploraba Oriente Próximo, aprendiendo árabe y entablando amistades.

Dado que mi padre falleció cuando apenas tenía cinco años, mis recuerdos de él (a partir de recuerdos de recuerdos) son más bien

borrosos y tienden a estar teñidos de color de rosa, pero lo adoraba y disfrutaba enormemente acompañándolo en su todoterreno especial. Incluso me llevaba en misiones que no representaban un peligro real, ya que tener a un niño pequeño de acompañante era un excelente camuflaje para un agente. Como prueba de una de esas expediciones, conservo dos pequeñas cicatrices en las orejas; los beduinos, a quienes mi padre visitaba, decidieron que debían perforármelas. Mi madre me quitó los hilos en cuanto regresamos a casa, en Beirut, pero las marcas de los pinchazos aún son visibles. A lo largo de los años, he ido oyendo relatos fascinantes sobre sus aventuras y logros de boca de viejos amigos de la familia que lo conocieron bien. Por lo que cuentan, deduzco que era un hombre carismático y encantador, y que esas cualidades lo convertían de forma natural en el centro de atención. En la Phillips Exeter Academy, donde completé mis dos últimos cursos de enseñanza secundaria, tuve la oportunidad de conocer a varios hijos de padres famosos: novelistas, diplomáticos, científicos, magnates. Observé que compartían un síndrome: algunos de esos jóvenes (no todos) parecían casi incapacitados por la presión de igualar la brillantez de sus progenitores. Eran sumamente elocuentes y estaban bien instruidos, muy leídos, eran superiores intelectualmente en muchos aspectos, pero a menudo fracasaban al intentar completar tareas sencillas como un trabajo final, un conjunto de problemas o la reseña de un libro. En más de una ocasión me he preguntado si habría sido capaz de gozar de la trayectoria que he tenido bajo la sombra de un ídolo intelectual y aventurero de la talla de mi padre, de haber seguido él con vida. Ya era bastante difícil intentar alcanzar su casi legendario estatus entre los amigos de mi madre, quienes a menudo reiteraban, a veces con lágrimas en los ojos, que yo era el vivo retrato de mi padre, incluso en la forma de contar historias y escoger las palabras.

En Beirut, disfrutábamos del confort típico de la vida diplomática. En aquel entonces, Estados Unidos no tenía una embajada en el Líbano, solo una legación, y mi padre ocupaba el cargo de agregado cultural. Nuestra elegante residencia, ubicada en pleno corazón de Ras Beirut, en la calle Bliss (entonces rue Bliss), estaba cercada por una alta verja de hierro en torno a un amplio jardín. Contábamos con una cocinera, una niñera armenia y un «chófer» que, en ocasiones, cumplía las funciones de niñero y guardaespaldas con mi

hermana mayor, Cynthia, y conmigo. No era un mal comienzo para una vida de aventuras intelectuales, incluidas una gacela en el jardín (a la que, por supuesto, llamé Babar) y una casa repleta de libros, discos y arte.

Durante años, acaricié el sueño de superar uno de los éxitos más célebres de mi padre en la década de los treinta. Como hablaba con fluidez alemán (además de francés y árabe), seguía de cerca la prensa europea desde Beirut y se enteró del fallecimiento de Peter Graf von Spaur, quien había legado su gran villa en Salzburgo a su anciana ama de llaves. Mi padre reaccionó de inmediato, y escribió una carta a la mujer para proponerle alquilar la villa amueblada para él y sus amigos durante el verano, mientras ella decidía qué hacer. La respuesta del ama de llaves fue de agradecimiento y aprobación, y le ofreció unas condiciones asombrosamente favorables. Sin perder tiempo, mi padre escribió a sus amigos de Harvard y a otros conocidos que estaban estudiando en Europa, y los invitó a una gran fiesta en esa residencia de Salzburgo que se alargaría todo el verano. Todos estaban invitados, con la única condición de que contribuyeran con los gastos de comida y alquiler, si decidían quedarse. Muchos se presentaron y ocuparon las habitaciones de la villa, mientras el ama de llaves se encargaba de preparar las comidas y mantener la casa en perfectas condiciones. Después de los conciertos habituales en el Mozarteum de la ciudad, regresaban a la colina junto con su vecino, Richard Strauss, tarareando melodías y comentando el concierto al que acababan de asistir. Se podía contar con el joven clavicembalista Ralph Kirkpatrick para que improvisara conciertos en la veranda, mientras otros músicos, artistas e historiadores amenizaban la velada. Mi madre, una de las habituales, recordaba con nostalgia aquellas noches doradas en Austria.

Después del trágico accidente aéreo en el que perdimos a mi padre, mamá tomó la decisión de llevar a la familia, junto con la niñera, de vuelta a Massachusetts. Primero nos instalamos con los abuelos Dennett en Winchester, y luego nos mudamos a una modesta casa en la misma ciudad, adquirida con la indemnización del seguro de vida que mi madre recibió del Gobierno. Con dosis de gran ingenio, contactó a dos vendedores locales de alfombras, los señores Mouradian y Boodakian, para organizar una serie de eventos

sociales a fin de presentar a nuestra niñera, Mary Bedoian, a una docena de solteros armenio-americanos. Dos días antes de que expirara su permiso de residencia de un año, Mary se casó con Johnny Mkjian, un mécanico joven y bueno, y se instalaron en Watertown, una localidad cercana con una extensa comunidad armenia. Para nosotros, se convirtieron en una prolongación de nuestra familia, y con ellos mantuvimos viva la conexión con los recuerdos y las tradiciones de Beirut durante décadas. Mientras tanto, mamá encontró trabajo en Boston como editora de estudios sociales en la editorial de libros de texto Ginn & Co. Para ayudar en casa, contrató a Edna Anderson, conocida como Cookie, una especie de Mary Poppins, que llegó a ser como nuestra segunda madre. Cookie se encargaba de las tareas domésticas, nos preparaba la comida y aplicaba correctivos frentes a nuestras travesuras. Había pertenecido a la alta sociedad en Newton como esposa de un exitoso decorador de interiores, pero durante la Depresión se arruinaron y su marido la dejó con una montaña de deudas. Nosotros éramos, creo recordar, la tercera o cuarta familia para la que había trabajado, y se quedó con nosotros casi veinte años, con lo que pasó a ser un miembro muy querido del núcleo hogareño. Mi madre solía ir caminando hasta la estación de tren todas las mañanas para ir a trabajar a Boston, y regresaba a casa a pie desde la estación a primera hora de la tarde. Allí, la recibíamos, tanto Cookie como nosotros, los niños, listos para cenar después de que mamá se tomara su bourbon con hielo y revisara el correo. Algunas tardes la veía editando manuscritos de libros de texto en la mesa del salón y a menudo me explicaba, con grandes dosis de paciencia, qué había erróneo, flojo o equívoco en una frase, que sometía a una revisión quirúrgica. Fue una lección que me marcó profundamente y me inculcó la importancia de escribir con claridad y precisión.

¿Y quiénes fueron mis figuras paternas sustitutas? En primer lugar, Sherman Russell, el mejor amigo de mi padre desde el instituto, a quien aquel le había arrancado la solemne promesa de cuidar de «Ruth y los niños» en caso de que le sucediera algo en Beirut. Sherman cumplió de manera ejemplar y estuvo a punto de pedirle matrimonio a mamá (aunque nunca se casaron, yo lo adoraba y estaba completamente a favor de ese enlace que nunca llegó a celebrarse). Sherm nos recibió cuando nuestro barco atracó en Nueva York y, tras unos días en la ciudad, incluida una visita al

zoológico del Bronx, nos llevó a Winchester. Fue él quien me regaló mi querido juego Erector, con el que comencé a construir todo tipo de cosas: desde una casa en el manzano del patio trasero hasta maquetas de veleros y una mesa para trenes eléctricos Lionel con un sinfín de interruptores, casitas y puentes. Además, Sherm era un experto jinete que viajaba a Irlanda todos los años para participar en la caza del zorro en la legendaria finca de lady Molly Cusack Bermingham. Un fin de semana en que Cookie estaba fuera, mi madre decidió invitar a algunos compañeros de trabajo a cenar langosta en casa. Sin embargo, como era del Medio Oeste, cometió el error de meter los cuatro crustáceos vivos en un cubo de agua dulce en el sótano, por lo que murieron y ya no eran comestibles. Cuando se dio cuenta de su metedura de pata, me mandó, con mi flamante carné de conducir, a la pescadería a comprar otras cuatro, pero luego surgió el problema de qué hacer con aquellos vergonzosos cadáveres verdes. Tirarlos a la basura no era una opción, ya que Cookie los encontraría el lunes por la mañana al vaciar los posos del café y durante años se burlaría de mamá. La solución era simple: llamar a Sherm.

—¡Sherm! —exclamé—. Mamá ha cometido un error terrible y tenemos que… esconder unos cadáveres.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Cuatro.

—¿Y dónde están ahora?

—En el maletero del coche.

Después de una breve pausa, Sherm dijo:

—De acuerdo, Danny. Escucha con atención. Ven a mi casa. Estaré en el garaje y abriré la puerta cuando te vea llegar con el coche, luego la cerraré en cuanto estés dentro. Ya se nos ocurrirá algo. Conduce con cuidado. No aceleres.

La situación le causó más gracia que indignación cuando vio las langostas muertas, de las que se deshizo al instante en su cubo de basura. Era una muestra de hasta dónde estaba dispuesto a llegar

Sherm para cumplir su promesa a mi padre.

Otra figura paterna fue mi jefe de exploradores (sí, soy un Eagle Scout), Paul Butterworth, un artista comercial que me animó a desarrollar mis habilidades como dibujante y caricaturista. Pero aún más influyentes fueron algunos de los monitores del campamento Mowglis, ubicado junto al lago Newfound de Nuevo Hampshire, donde pasé siete veranos de 1951 a 1958, primero como campista y luego como monitor de vela y piragüismo. Ed Lincoln, el instructor de vela, me enseñó a navegar y también me introdujo en el mundo del jazz; él era batería y su hermano tocaba la trompeta. Otros consejeros también tuvieron un impacto significativo en mi vida. Para mí, Mowglis era la mejor parte del año. Cuando recuerdo esa época, me doy cuenta de que solo tengo algunos recuerdos vívidos de la escuela primaria y de los primeros años de secundaria, pero los recuerdos nítidos y detallados solo los conservo de las ocho semanas que pasaba en Mowglis todos los meses de julio y agosto.

En mi primer curso en la escuela secundaria de Winchester (1955-1956), tuve dos maravillosos profesores de historia antigua: Catherine Laguardia y Michael Greenebaum. Eran jóvenes internos del programa de magisterio de Harvard y estimularon mi curiosidad. La señorita Laguardia me inspiró a escribir un trabajo trimestral sobre Platón, completado con un dibujo de El pensador de Rodin en la portada. Aunque en ese momento solo entendí algunas de las ideas de Platón, lo incluí en mi panteón de pensadores que debía estudiar más adelante. El señor Greenebaum era mi héroe, y su capacidad para despertar la imaginación de los jóvenes me convenció de que quería ser profesor. Nuestro trabajo trimestral consistió en inventar una antigua civilización mediterránea y narrar su historia, con sus guerras y su cultura. Puse todo mi empeño en crear la historia de «Lucrenia», con mapas, el nacimiento de una nueva religión, algunas guerras y varios avances arquitectónicos.

También tuve un profesor de inglés pésimo, un esnob pomposo que llegó al instituto de Winchester procedente de otro lugar rodeado de elogios y avales (no mencionaré su nombre, pero, si alguno de mis compañeros lee este libro, sabrá a quién me refiero). En una ocasión en clase anunció, como si fuera una obviedad y sin ambages, que

Shakespeare era el hombre más grande que jamás hubiera existido. Hastiado de sus afirmaciones arrogantes, decidí levantar la mano. Cuando me dio la palabra, planteé que, si bien Shakespeare tal vez fuera el mejor escritor de todos los tiempos, ¿qué pasaba en otros ámbitos, con figuras como Alejandro Magno, Albert Einstein o incluso el Jesucristo bíblico? Su respuesta fue despectiva, pero a partir de ese día, cada vez que soltaba uno de sus fatuos comentarios, yo alzaba la mano. Rara vez me daba la palabra y, cuando no lo hacía, me levantaba en silencio, recogía mis cosas y salía del aula. Nunca se quejó de mí, y yo guardé como oro en paño el sobresaliente por trabajo y el suspenso por comportamiento que me puso al final del curso.

En 1957, me trasladé a Exeter para cursar los dos últimos años de bachillerato, convencido por antiguos amigos académicos de mi padre (profesores de Harvard y similares), que insistieron en que sería el lugar adecuado para mí. El abuelo Dennett pagó la matrícula; y tenían razón. Profesores maravillosos, compañeros maravillosos, proyectos maravillosos. Mis dotes de escritor se vieron perfeccionadas por el renombrado George Bennett, entre cuyos alumnos figuraban Gore Vidal, Peter Benchley y John Irving, entre otros. Mis aptitudes para la escultura, que surgieron por primera vez bajo la mirada atenta de Thayer Garland, que me enseñó a tallar en Mowglis, se desarrollaron en Exeter aún más con Glen Krause. Krause, un pintor cuyo taller se convirtió en mi segundo hogar en 1958-1959, me introdujo en el trabajo con moldes para fundir metal. Unos años después, mientras estudiaba en Harvard, una galería en Newbury Street de Boston presentó una exposición de dos artistas: pinturas de Glen Krause y esculturas de Daniel Dennett. Cuando informé a mi madre sobre mi inminente exposición en Newbury Street, se percató de que podía ir a visitarla durante su pausa para la comida desde Ginn & Co. Sin embargo, antes de revelarle el nombre de la galería, le hice prometerme que no revelaría su parentesco con el artista. Fue entonces, mientras aún colgaban las pinturas de Glen y no había carteles que identificaran las piezas de los artistas, cuando vio una de mis esculturas nuevas, completamente diferente en cuanto a estilo y técnica a lo que había hecho antes, y le preguntó al galerista quién era el escultor. «¡Ah, es una obra nueva de un joven escultor italiano muy interesante, Danielo Dennetti!». Esta frase ilustra una de las principales razones

por las que ahora estoy bastante alejado del mundo del arte. Disfruto de la compañía de los artistas, pero no soporto a los galeristas, a los críticos de arte ni, por desgracia, a muchas de las personas que pueden permitirse comprar piezas de arte originales. Vender una obra a menudo me parecía una traición, como si estuviera regalando a un hijo mío. Se expusieron mis esculturas táctiles en la galería Underdonk de Brooklyn en 2017, pero ninguna de las piezas estaba a la venta. En mi aversión por los galeristas, debo hacer una excepción con Nicholas Cueva, quien dirige de manera ejemplar esa galería.

En 1959, de los doscientos estudiantes de mi promoción en Exeter, alrededor de cuarenta ingresaron en Harvard, y mi familia esperaba que yo hiciera lo propio. Mi padre había sido tutor en Harvard, en la Eliot House, durante varios años, cuando Cynthia y yo éramos pequeños, y en 1947, justo antes de que muriera en el accidente de avión, le habían ofrecido una cátedra allí. Teníamos buenos amigos en la facultad. Sin embargo, yo quería ser un poco más independiente y me había impresionado la Universidad Wesleyana de Middletown, Connecticut, así que decidí ir allí.

2

MÚSICA: UNA DIGRESIÓN IMPORTANTE

A nuestra familia siempre le ha apasionado la música. En Beirut teníamos un fonógrafo que solía reproducir los voluminosos discos de 78 rpm, a los que había que dar la vuelta cada pocos minutos, una ardua tarea si querías escuchar una sinfonía de Beethoven de principio a fin. Allí teníamos también un piano vertical y, cuando regresamos a Estados Unidos en 1947, tras el fallecimiento de mi padre, la abuela Dennett nos obsequió con su querido y antiguo piano de cola Steinway. Este piano, que aún conservo en mi casa, se convirtió en el corazón de nuestro hogar en Winchester. Cynthia y yo comenzamos a tomar clases de piano de inmediato, con Louisa Parkhurst, una querida profesora, pero algo anticuada, que había sido alumna de dame Myra Hess, a quien admiraba enormemente y con razón. La señorita Parkhurst estaba más preocupada por el sentimentalismo y el método Leschetizky, que consistía en relajar los antebrazos y las manos y acariciar las teclas (si mal no recuerdo), lo que significó que me libré de muchos ejercicios de digitación rigurosa y ejercicios Hanon, y tuve una práctica más bien mínima de lectura a primera vista. Mi madre era una pianista excelente, y me encantaba escucharla tocar por las noches mientras me adormecía en el piso de arriba. Sin embargo, nunca logré igualar su capacidad para leer partituras a primera vista, lo cual siempre lamenté. Durante sus años universitarios en Minnesota, mi madre había ganado dinero tocando el piano para acompañar películas mudas, varias diferentes todas las semanas, una tarea ardua que parecía afrontar con aplomo. Por mi parte, nunca logré acostumbrarme lo suficiente para mirar adelante a la vez que me esforzaba en concentrarme, todo yo ojos y oídos, en los acordes que estaba viendo en la partitura y tocando en ese momento, como si estuviera leyendo un libro palabra por palabra. A menudo me quedaba dormido escuchando a mi madre tocar abajo, mientras trabajaba en nuevas piezas o interpretaba algunas de sus favoritas,

como la cantata Jesús, alegría de los hombres de Bach o el Preludio en mi bemol mayor de Rajmáninov, que me emocionan profundamente cada vez que los escucho.

Solíamos cantar alrededor del piano, y mamá tocaba todo lo que le poníamos delante: villancicos, canciones de Gilbert y Sullivan, partituras de South Pacific y My Fair Lady, y otros musicales, así como canciones de campamento y populares, en especial de nuestra colección favorita, el Fireside Book of Folk Songs. A lo largo de los años, he avistado a menudo ese querido libro verde en los pianos de amigos que crecieron también con él. Contiene hermosos y fáciles acompañamientos de piano de Norman Lloyd, y un suave énfasis izquierdista que solo reconocí al cabo de muchos años. Supongo que la mayoría de los estadounidenses de hoy podrían cantar Home on the Range o I've Been Workin' on the Railroad, pero nosotros, los amantes del Fireside (los firesiders), también podíamos cantar Joe Hill, Hallelujah, I'm a Bum e incluso la canción rusa Pólyushko-Pole (Meadowlands, en su traducción al inglés). También solíamos cantar himnos. Aunque mamá no frecuentaba mucho la iglesia, a diferencia de la abuela Dennett, nos enviaba a la escuela dominical, donde aprendimos muchos himnos que disfrutábamos, y aún disfrutamos, cantando.

Cuando cumplí trece años, me cansé de la señorita Parkhurst. Aunque había interpretado varias piezas clásicas en diferentes recitales, y había recibido aplausos considerados por mi interpretación, mi interés por el jazz iba en aumento. Cynthia y yo, como la mayoría de los niños de nuestra época en los años cincuenta, escuchábamos música popular en nuestras emisoras de radio favoritas, y esperábamos con impaciencia todas las semanas el programa «Your Hit Parade» de la NBC (patrocinado por Lucky Strike), y en el que participaban Dorothy Collins, Snooky Lanson y Gisele MacKenzie) para saber si nuestra canción favorita del momento había subido en la clasificación o había caído del top diez. Sin embargo, la música pop de esa época, justo en los albores del rock and roll, me parecía sentimental y cursi, y no quería tocar esa música con el piano. La señorita Parkhurst, en un intento por reavivar mi entusiasmo, me asignó, en vano, las partituras de Shrimp Boats Are A-Comin y Syncopated Clock de Leroy Anderson.

Mi madre encontró para mí a un profesor de piano jazz en Boston. Todas las semanas, viajaba allí en tren, tomaba el metro hasta Copley Square y caminaba, pasando por Jack's Drum Shop y Storyville, que era la discoteca de jazz más importante de la ciudad, hasta el estudio de Alan Smith. Fue una aventura que me pareció muy adulta y me enganchó de inmediato. Alan me enseñó armonía básica: los acordes, el círculo de quintas, el blues de doce compases, voicings de jazz, composición para solistas, excelencia en quintas bemol; y exploramos varios estilos, desde el stride de Teddy Wilson hasta el «crol» de octavas a dos manos de George Shearing, pasando por la extravagancia percusiva propia de Erroll Garner y el minimalismo de Count Basie. Fui a la tienda de música local y, discretamente, pagué veinte dólares por debajo de la mesa por mi primer fake book (libro falso o pirata). Era el material esencial para cualquier pianista de jazz que quisiera tocar para conjuntos de baile improvisados o en pequeños grupos de ese género musical, pues contenía todos los estándares de baile y jazz mimeografiados en una carpeta negra de tres anillas. Presentaba dos o tres canciones en cada página, que contenía la melodía en su tonalidad estándar, los acordes y, en caso de que hubiera vocalista, la letra. El fake book era una producción ilegal y anónima, inspirada en el samizdat (la práctica de reproducción clandestina soviética), y a menudo plagiada del costoso sistema legal, Tune-Dex, que enviaba por correo fichas de canciones estándar a sus suscriptores. Tune-Dex pagaba derechos de autor por publicar estas fichas; el «libro falso», por el contrario, no, pero nunca me he enterado de que detuvieran a nadie por venderlos o usarlos sin tapujos. Así que aprendí a leer partituras o «gráficos», y, como solo tenía que leer a primera vista la melodía conocida y sabía hacer todos los acordes, tocaba las canciones de George Gershwin, Cole Porter, Irving Berlin, Richard Rodgers y unos miles más con cierta soltura. Incluso podía seguir el primer estribillo con otros estribillos, improvisando solo a partir de los acordes. No tardé en aprender a tocar de oído y era capaz de sentarme al piano e interpretar peticiones de casi cualquier canción popular, casi siempre adivinando las progresiones de acordes y cambiando la tonalidad, si era necesario, para adaptarme a las voces de los cantantes.

Mientras que, cuando estudiaba con la Srta. Parkhurst, a menudo encontraba excusas para no ejercitarme a diario, ahora todos los

días me pasaba horas tocando piezas del libro falso, o simplemente nuevas canciones que había escuchado. ¡Jazz! Me volví sobradamente bueno como para ser elegido o el pianista de la banda en 1957 para el espectáculo de vodevil anual del Instituto de Winchester, un evento muy esperado para el que los estudiantes creaban números, ya fuera en grupo o en solitario, y hacían audiciones. Había cantantes, bailarines, malabaristas, acróbatas, humoristas, adiestradores de perros, etc. Muchos de los números correspondían a grupos de chicas que bailaban alguna canción popular y ensayaban con discos de 45 rpm, que me daban a fin de que yo los transcribiera para la banda. Fue una gran experiencia de aprendizaje, ya que la banda, bajo la dirección de Chip Mead (hijo de un profesor de la Universidad de Tufts que luego llegaría a ser presidente de esta institución; mis vínculos con Tufts se remontan a mucho tiempo atrás), contaba con Mead en el saxo alto, además de con una trompeta y con un trombón, junto con un guitarrista, a los que se sumaban el piano, el bajo y la batería, así que tuve que escribir partituras para instrumentos en mi bemol y si bemol, además de los arreglos para el guitarrista, para el bajista y para mí.

También me encargaron acompañar al piano en los ensayos y las actuaciones del grupo anual de claqué. En aquel entonces, las chicas asistían a clases de ese tipo de baile, y la escuela, con perspicacia, contrató a uno de los profesores de danza locales para entrenar a todas las participantes en una compañía de claqué al estilo de las Rockettes. No era necesario pertenecer a una camarilla popular para unirse. La canción seleccionada aquel año fue Anything Goes, de Cole Porter, y durante varias horas a la semana, después de las clases, en lo que parecieron meses, me dediqué obedientemente a aporrear las teclas, mientras las jóvenes aprendían la coreografía.

In olden days a glimpse of stocking

was looked on as something shocking,

but now, God knows,

(Clackety-clackety-clack-clack)

Anything goes!

(Clackety-clackety, clackety-clack …)[1]

Para el ensayo general (con público), ya había aborrecido la canción, a pesar de que Cole Porter sigue siendo uno de mis ídolos. El plan era simple: las chicas se situarían en fila detrás del telón, y una lucecita en el foso me indicaría que debía iniciar mi introducción al piano, que no eran sino los últimos ocho compases del estribillo. Tenía que tocar solo yo, sin la banda; al fin y al cabo, el público tenía que oír los toques de claqué. El telón comenzaba a abrirse mostrando a aquellas bellezas en lentejuelas y con pose atractiva, y ellas arrancaban su número de baile en cuanto terminaba mi introducción. Para gran desconcierto mío, la lucecita se encendió: empecé a tocar y miré arriba, solo para comprobar que el telón seguía cerrado. ¿Qué debía hacer, pues? Decidí tocar un estribillo completo de treinta y dos compases, esperando que el telón se abriera durante los últimos ocho, pero nada. Llegados a este punto, el telón seguía sin levantarse y yo ya me había comprometido con las siguientes notas, así que toqué otro estribillo y me detuve. El público estaba desconcertado. ¿Por qué se tocaba un solo de piano que no constaba en el programa? Aplaudieron educadamente mientras yo me levanté, me giré y saludé, aunque maldije cada momento. Por fin la luz se encendió, pero no me moví hasta que la profesora asomó la cabeza por entre la rendija del telón y me confirmó en un susurro que estaban listas. Con creciente aprensión, retomé la introducción de ocho compases y, en efecto, las chicas estaban allí y comenzaron a bailar al unísono. ¡Por fin! Sin embargo, en mi alivio momentáneo, no presté suficiente atención, y en el tercer o cuarto estribillo me perdí por un momento y toqué el interludio ocho compases antes de tiempo («El mundo se ha vuelto loco hoy, y lo bueno es malo hoy…»). Resultó que más o menos la mitad de las chicas (colocadas al azar) aprovecharon el cambio en la música para hacer el siguiente movimiento de baile, mientras que la otra mitad se limitó a contar en silencio, sin prestar atención a la melodía. Fue un choque de trenes en toda regla. Son fácilmente imaginables la confusión, el enfado, la vergüenza, las acusaciones, las lágrimas... pero, por mucho que se imagine, la

realidad fue aún peor. Afortunadamente, las tres actuaciones oficiales del grupo de claqué transcurrieron sin problemas, y al menos algunas chicas acabaron por perdonarme.

Al año siguiente, me trasladé a Exeter, y la mayoría de las tardes, cuando no me dedicaba a jugar al bridge, me refugiaba en el sótano de la iglesia Phillips. Allí, entre salas de ensayo y pianos, se permitía fumar. Por supuesto, en ese espacio resonaban notas de jazz y congregaba a algunos talentos emergentes que superaban con creces mi comprensión del género. Un compañero mío de clase, Tim Marquand, poseía una destreza asombrosa: era la primera persona que conocí capaz de interpretar de oído. Al escuchar una nueva pieza de jazz, sin necesidad de desentrañar la compleja secuencia de acordes, se lanzaba a tocarla con su trompeta, improvisando con una maestría delicada y sorprendente. Con el paso de los años, entendí que estas dos formas distintas de tocar de oído —la aplicación rápida de una teoría o la simple escucha y ejecución sin necesidad de un razonamiento previo profundo— eran paralelas a la distinción entre la forma en que la experta en autismo animal Temple Grandin comprende a las personas y la forma en que la mayoría lo hacemos. Relata cómo ha aprendido a descifrar los significados detrás de las expresiones faciales y los gestos, y utiliza esos datos que le procura su percepción para discernir las intenciones, los deseos y los conocimientos de los demás. En cierto modo, podría considerarme un pianista de jazz autista. Por eso nunca me ha gustado la popular versión de la teoría de la mente (ToM, por sus siglas en inglés; TdM, en español) dentro de la postura intencional en la ciencia cognitiva. Mientras Temple Grandin posee una TdM, una teoría que ha elaborado y utiliza con gran pericia, los procesos cognitivos mediante los cuales las personas «normales» «leemos la mente» se asemejan más al acto de caminar. ¿Acaso tienes una teoría de caminar que aplicas para no caerte? No somos enciclopedias andantes. Creo firmemente que existen formas más eficaces, menos intelectuales, de explicar estas competencias estándar, aunque por desgracia aún no se han concretado, a pesar de los avances de muchos para lograrlo.

En aquel sótano saturado de humo, también había otra fuente de inspiración jazzística entre los estudiantes: Ron Brown, quien no solo era un verdadero entendido en jazz, sino también un virtuoso

pianista de hard-bop. Desde los dieciséis años, escribía críticas de discos para DownBeat y había recibido elogios en la prensa por el decano de los críticos, Leonard Feather. Ron sabía que yo jamás igualaría su talento al piano, pero fue un amigo leal que disfrutaba enseñándome progresiones de acordes, riffs y otros elementos prácticos y técnicos. Unos años después, cuando ambos éramos estudiantes en Harvard, nos encontramos en París durante el verano y acudimos a Le chat qui pêche, donde Chet Baker y su banda deleitaban con sus actuaciones al público. Pasada la medianoche, Ron me animó a pedirles permiso para unirme a la jam session. Aceptaron, y vertiginosamente improvisé diez estribillos completos de un blues en fa junto con estos iconos inmortales, para luego regresar, sonrojado, a nuestra mesa. Fue entonces cuando Ron se levantó y se puso a tocar, captando la atención de todos los presentes. Me retiré pasada la una de la madrugada, dejando a Ron aún inmerso en la música, y me lo encontré en mi hotel de la orilla izquierda mientras yo disfrutaba de un tardío desayuno, alrededor de las diez de la mañana siguiente. Al comentarle sorprendido cuánto había madrugado, me confesó que acababa de regresar de la jam session. A pesar de su brillantez, Ron lidiaba con inseguridades, y lamentablemente, unos años más tarde, se quitó la vida. Nunca llegué a conocer los detalles que lo empujaron a ese trágico desenlace.

Al año siguiente, mientras residía en Exeter, dedicaba aproximadamente siete horas semanales al grupo de canto (una oportunidad ideal para socializar con chicas, dado que íbamos a colegios femeninos para realizar conciertos conjuntos seguidos de bailes), al coro convencional (una excelente manera de aprender himnos y otras piezas musicales de índole religiosa) y a la Sociedad Coral Rockingham, un prestigioso conjunto regional para cuya admisión se requería superar una audición. Al comunicarles mi habilidad para hacer arreglos musicales a mis colegas, solicitaron mis servicios de inmediato, lo que me llevó a escribir música a capela para un cuarteto inspirado en el estilo de los Hi-Lo's y posteriormente para los Peadquacs (un cuarteto doble de la Phillips Exeter Academy), nuestra propia versión de los Whiffenpoofs. Me integraron en los Peadquacs como barítono, y se sumaron también dos tenores y un bajo, lo que hacía un total de doce cantantes. Pronto, mi compromiso musical como cantante se extendió a unas

diez horas semanales, e incluso más, pues me quedaba despierto hasta tarde, haciendo arreglos de canciones provenientes de discos (como la exquisita interpretación de Button Up Your Overcoat de los Tigertones de Princeton) y elaborando arreglos de jazz para piezas como Ain't Misbehavin' (incluida Keepin' Out of Mischief Now) y Moonlight in Vermont, entre otras. Grabamos un LP y lo vendíamos en nuestros conciertos, en su mayoría bailes organizados por el club de coral. Apenas puedo soportar escuchar esas grabaciones hoy en día, pero se vendieron bien en los colegios femeninos. Estuvimos a punto de conseguir una actuación en un hotel de las Bermudas durante las vacaciones de primavera, aunque algunas objeciones por parte de los padres hicieron que reconsideráramos la propuesta, una decisión que en retrospectiva considero acertada. Durante parte de ese año —y nunca más después—, me sumergí en un mundo radicalmente diferente a todo lo que había conocido antes, rodeado de compañeras cuyos espejos de tocador rebosaban invitaciones personales para bailes y fiestas. Los Peadquacs nos ataviábamos con esmoquin y chaqué blanco para nuestras actuaciones veraniegas, y nunca olvidaré cómo me deslicé barandilla abajo del hotel Plaza de Nueva York junto con Carol Channing, a quien tuvimos el honor de preceder como teloneros en el Baile de Oro y Plata de 1958. Al año siguiente, al ingresar en Wesleyan, tuve el placer de conocer a otro músico consumado, Stanley Lewis, quien también destacaba como artista e hizo carrera como pintor. Juntos formamos un cuarteto (piano, bajo y batería, y con Stan como saxo alto) y tocamos en diversas fiestas de fraternidades durante ese año. Una noche en particular, nos juntamos y dimos una sesión de jazz memorable. Al día siguiente, le expresé a Stan mi deseo de que aquella sesión se hubiera grabado, a lo que él reaccionó con vehemencia: «¡NO! No intentes acumular momentos así, como si te hicieran en cierto modo mejor. Lo de anoche fue un viaje. Agradece que ocurriera, pero ahora suéltalo». Así era Stan, un purista en esencia, y su mensaje me quedó claro: al parecer, me había regodeado en exceso con mis éxitos en Exeter (quizás de manera pedante), y era momento de dejarlos atrás y embarcarme en otras aventuras.

A los dieciocho años comprendí que, por mucho que dominara la teoría musical aplicada y por muy hábiles que fueran mis dedos sobre las teclas al tocar de oído, nunca llegaría a ser un músico

innato como Stan o Tim. Siempre sería un aficionado, en el mejor sentido de la palabra: un amante, un experto disfrutón de la música. De Stan, recibí otra lección que me cambió la vida: nunca alcanzaría su habilidad en la pintura o el dibujo. Desde la infancia, orgulloso de mis aptitudes artísticas, me había pasado horas dibujando con diversos materiales como ceras, lápices, pluma y tinta y pintando con acuarelas y óleos. También hice caricaturas para el periódico mimeografiado semanal de la tropa de Boy Scouts, las publicaciones de Exeter y la cubierta del disco Peadquacs. Sin embargo, al observar las caricaturas improvisadas a tinta, desenfadadas pero elegantes, que creaba mi compañero de clase Dave Fairchild de Exeter, ya intuí mis limitaciones, y Stan confirmó mi corazonada.

Pasamos algunas tardes en mi habitación, dibujándonos el uno al otro en papel artístico. Stan se sentaba a leer mientras yo trazaba meticulosamente mi boceto, corrigiendo y puliendo cada línea, según me aproximaba a lo que quería hacer. Cuando terminaba, al cabo de unos diez o quince minutos, ahí estaba Stan, plasmado en el papel, pero siempre me quedaba un poco mal, por mucho que me esforzara. Por su parte, Stan tomaba su bloc de dibujo y, en un instante, representaba una imagen de mí con líneas elegantes y expresivas que me captaban con elocuencia. ¡Me quedé asombrado ante su habilidad, pues no tenía ni idea de que alguien pudiera hacer algo así! Desde entonces, he aprendido a observar el arte en busca de signos de esa extraordinaria capacidad para el dibujo. Alphonse Mucha, el gran artista checo del art nouveau, es uno de sus exponentes: algunos de sus esbozos en lápiz, elaborados en pocos segundos, son de una gracia y una inventiva impresionantes. Salvador Dalí, a pesar de no ser de mi completo agrado, dejó esbozos y dibujos a tinta que revelan una gran maestría. Las ilustraciones de Botticelli para La divina comedia de Dante son deliciosas, pero, al fijarse uno bien, se detectan ciertas limitaciones técnicas, lo cual me recuerda que incluso él, al igual que los menos talentosos, tenía algunos riffs bien practicados, pero no tan versátiles como cabría pensar. Crea manos exquisitas, pero solo en una docena de posiciones, principalmente gestos más bien teatrales. Cuando se ve obligado a hacer una mano realizando alguna tarea que no sea un gesto, a menudo acaba dibujando una extremidad bastante torpe, una mano que yo mismo habría podido dibujar y de

la que no me habría sentido orgulloso. Debo señalar que muchos ilustradores tanto de cómics antiguos como de novelas gráficas actuales, cuyo arte a menudo es subestimado, muestran estas habilidades exquisitas. Recuerdo que, a los doce años, me fascinaba cómo los cómics de Roy Rogers retrataban al personaje desde múltiples ángulos con líneas simples pero efectivas, y siempre era reconocible como Roy, con el mismo aspecto que en las películas y en la televisión. Yo deseaba lograrlo también y pasé muchas horas tratando de alcanzar ese talento, y aprendí que la velocidad es crucial tanto en el arte como en la música. Algunos procesos creativos exigen lanzarse sin reservas, sin demasiada aproximación o corrección, pues, si no lo consigues a la primera, difícilmente lo conseguirás después. Sin embargo, descubrí que la escultura era diferente. Trabajando con arcilla de modelar, por ejemplo, podías acercarte gradualmente al resultado final, ajustándolo y puliéndolo hasta quedar satisfecho.

Volviendo al tema de la música, al llegar a Harvard decidí enviar un arreglo de Angel Eyes a los Krokodiloes, el renombrado grupo a capela de la universidad. El talentoso líder de los Kroks, Fred Ford, me escribió una carta generosa y esclarecedora de rechazo en la que señaló los puntos débiles de mi propuesta. Así pues, descartada esa salida profesional. También me inscribí en una lista de músicos de combo («Tengo libros falsos, disponibilidad para viajar»). Sin embargo, nunca llegué a hacer ninguna salida, ya que los fines de semana que tenía libres los pasaba cortejando a Susan, mi futura esposa.

Mi experiencia musical en Harvard se centró en cantar en la coral y en ser miembro del Club Saengerfest de Boston, donde me presentó Sherm Russell. Este coro masculino se reunía para cenas y encuentros sociales en el Harvard Club de Commonwealth Avenue. Para ser aceptado como miembro, me pidieron que presentara una pieza y la enseñara al grupo. Opté por el último estribillo de la Freimaurer Kantate de Mozart, una composición breve, dulce y sencilla para voz masculina: «Lasst uns mit geschlungnen Händen, Brüder diese Arbeit enden». Mozart es relativamente fácil de cantar, pero muy difícil hacerlo bien. Aunque ensayamos varias veces, finalmente lo descartamos, pero disfruté de mi membresía durante toda mi estadía en Harvard. Continué tocando jazz al piano como

solista, siempre buscando mejorar mi técnica. Sin embargo, noté un patrón recurrente: mientras perfeccionaba mis movimientos y riffs habituales, que solían contentar a los oyentes que no eran expertos músicos de jazz, me encontraba atrapado en una rutina superficial. Anhelaba tocar algo nuevo, pero me resultaba difícil concebir nuevas intenciones musicales. Luego escuchaba alguna variación interesante en un disco o en la radio, y tardaba días en descifrar cómo incorporarla en mi repertorio y cuándo debía evitarla. Mi forma de tocar era una aventura continua, siempre explorando nuevas vías hasta que dominaba la novedad y se convertía en un truco rutinario más de mi repertorio. Así era el desarrollo de mi «estilo», y me preguntaba si figuras como Erroll Garner o Count Basie experimentaban períodos similares de estancamiento creativo, limitándose a imitar sus propios éxitos pasados. Tal vez.

A pesar de los desafíos, de vez en cuando todas las piezas encajaban y por unos breves momentos, ya fueran unos minutos o unas horas, tocaba exactamente lo que deseaba y me sentía plenamente satisfecho. Entonces me di cuenta de que los discos que tanto escuchaba eran, sin duda, una selección de versiones mucho menos gloriosas. La inconfundible interpretación de Bye Bye Blackbird de Miles Davis o el fascinante piano de Bill Evans en So What? eran ejemplos de esos momentos de genialidad. Nadie podía producir música de esa calidad todos los días, ¿verdad? Quizá Stan Lewis estuviera equivocado: habría sido mejor grabarlo todo y desechar lo superfluo, conservando los momentos más excepcionales. Por suerte, encontré una profesión que me permitía hacer exactamente eso. A lo largo de mi carrera, he publicado más de una docena de libros y cientos de artículos, aunque representan apenas la punta del iceberg. «Borradores múltiples» no solo es el nombre de mi modelo de conciencia; también encapsula mi proceso de pensamiento y escritura.

Durante mi estancia en Oxford, me di cuenta de que no podía vivir sin tocar algún instrumento musical, así que seguí una costumbre muy británica: adquirí una flauta dulce, de madera, y enseguida comencé a tocarla discretamente, ya fuera acompañando un Concierto de Brandemburgo en disco o improvisando melodías inquietantes sin más. Cuando Susan y yo nos reunimos con mi madre y mis hermanas en Beirut en el verano de 1964, descubrí que

Charlotte tocaba la guitarra, lo que me llevó a comprar una para mí también. Además de aprender y tocar el repertorio folk-rock de la época, que incluía canciones de Joan Baez como East Virginia, Copper Kettle y Skewball, así como temas de Bob Dylan como Blowin' in the Wind y Don't Think Twice, It's All Right, me especialicé en los éxitos del gran poeta y cantautor francés Georges Brassens. Tenía todos sus discos y dominaba la interpretación de la mayoría de sus sabias, divertidas y dolorosamente románticas canciones, a la vez que perfeccionaba mi francés (excepto el acento del Midi) y mi habilidad con las cuerdas. Joan Baez me había cautivado desde que la escuché cantar y tocar en el club 47 Mount Auburn de Harvard Square cuando yo aún estaba en Exeter. Años más tarde, tuve el privilegio de asistir a uno de los últimos conciertos de Georges Brassens en el Teatri Bobino de París. «Mourir pour des idées... D'accord, mais la mort lente.» Morir por las ideas, de acuerdo, pero una muerte lenta.

Y luego, por supuesto, estaba el acordeón. Mi tío Paul, el hermano de mi madre, oriundo de Minnesota, me había enviado el suyo al enterarse de que estaba haciendo mis primeras incursiones en el mundo del jazz, y pronto logré dominarlo. Me encantaba desmontar el panel para examinar el intrincado mecanismo que había detrás de los botones del lado izquierdo. Ahí estaba, el círculo de quintas dispuesto geométricamente, con cada botón moviendo una barra metálica que a su vez activaba otras barras. El botón de do tenía un pequeño hueco, lo que facilitaba su identificación al tacto. Desde allí se podía ascender a sol, re, la, mi y si, o descender a fa, si bemol, mi bemol, la bemol, re bemol y sol bemol. Tónica, tercera mayor, tríada mayor, tríada menor y séptima dominante: simplemente al deslizarse por la botonera se transitaba entre tonalidades. La ausencia del acorde disminuido (debido a que era un Hohner antiguo) presentaba algunos desafíos menores que resolver. Pronto comprendí por qué el solo de acordeón estándar en los concursos de talentos para principiantes era Lover de Rodgers y Hart; sus cambios de acorde se desplazan cromáticamente, medio paso cada vez, desafiando el círculo de quintas y exigiendo saltos precisos en los botones. Hace unos veinte años adquirí un peculiar acordeón de botones «diatónico» en una venta de garaje. No tenía teclas de piano, solo contaba con botones, y, al igual que una armónica, generaba una nota diferente con cada botón al inspirar y

espirar. Aunque elaboré un gráfico detallado que mostraba todas las notas para cada botón, nunca logré dominar bastante su sistema como para poder tocar algo. Sospecho que se diseñó para facilitar la interpretación de un género musical específico: ¿valses lituanos, tal vez? ¿O quizás marchas turcas? En teoría, podría fabricarse un acordeón destinado a interpretar una única canción: bastaría con avanzar mecánicamente de botón en botón hasta llegar al final, momento en el que esta se habría ejecutado de manera impecable.

Como monitor de campamento, utilicé mi acordeón para acompañar los cantos alrededor de la hoguera, y durante mis años como estudiante en Harvard tuve el placer de enseñarle a mi amigo Mark DeVoto, quien más tarde se convertiría en profesor de música en Tufts, a tocar mi acordeón. ¿Por qué? Ambos asistíamos a la misma clase de alemán, y nuestra profesora, frau Behrend, deseaba que interpretáramos algunas canciones populares alemanas en clase. Aunque al principio me opuse, Mark se mostró dispuesto y, gracias a su habilidad como músico profesional, logró dominar el instrumento con apenas unas horas de práctica. Muchos años después, Alan Bern, uno de los mejores acordeonistas del mundo (Itzhak Perlman le propuso unirse a la banda klezmer que había creado), participó en el programa de máster de Tufts para trabajar conmigo en filosofía de la mente (¡no para tocar el acordeón!) y me enseñó algunos trucos, además de obsequiarme con un viejo acordeón que ya no necesitaba. Aunque de vez en cuando lo saco, no impongo mis esfuerzos a nadie más.

Alan, por cierto, es uno de los tres virtuosos del teclado que han sido alumnos míos en Tufts. Vino a trabajar conmigo después de tomar cursos con Doug Hofstadter en Indiana. Por su parte, Christopher Taylor acudió a mis clases tras graduarse en Harvard, mientras remataba su doctorado en música en el Conservatorio de Nueva Inglaterra, institución que, junto con la Escuela de Museos del Museo de Bellas Artes de Boston, mantiene una estrecha relación con Tufts. Los alumnos de estas instituciones tienen la oportunidad de asistir a nuestros cursos regulares con créditos académicos. Me resulta gratificante ver a estudiantes provenientes del conservatorio o la escuela del museo participando en mis clases, ya que suelen mostrar un interés más profundo por el goce intelectual que por las calificaciones. Además, suelen ser críticos

audaces y perspicaces. Christopher, apodado Ki, deslumbró en mi seminario sobre el libre albedrío, antes de embarcarse en una carrera como concertista y aceptar una cátedra en la Universidad de Wisconsin. Más adelante hablaremos más de él. Aaron Goldberg, otro graduado de Harvard, se inscribió en nuestro máster en filosofía con el fin de colaborar conmigo. Nada más matricularse, Wynton Marsalis lo invitó a unirse como pianista a la gran banda de jazz con la que realizó una gira educativa internacional. Debido a esta circunstancia, decidimos grabar todas las clases en vídeo y colgarlas para que Aaron pudiera verlas durante los descansos en sus viajes a Tokio, Bombay o Estambul. Aunque escribió un excelente trabajo de fin de curso y obtuvo su máster en filosofía, nunca mostró interés en cursar un doctorado, ya que su vida ha estado repleta de conciertos y grabaciones.

Durante mi etapa como profesor en la Universidad de California en Irvine, en la década de los sesenta, conseguí que la institución adquiriera un piano, un bajo y una batería, y los dejara en una sala para que cualquier estudiante pudiera utilizarlos. Formamos entonces un trío, en el que yo me encargaba del bajo, ya que John Wallace, psicólogo, era mejor pianista que yo. Pronto cogimos soltura y dimos algunos conciertos. Ocasionalmente, yo participaba como pianista en el trío, y también tocaba el piano en un bar ubicado en el paseo marítimo de Newport Beach, aunque estas fueron mis únicas incursiones en cuanto a actuaciones públicas.

En los últimos años, mi implicación en actividades musicales se ha limitado a nuestro tradicional canto anual de villancicos y cena, con Mark DeVoto como acompañante, así como mi participación como cantante con los New England Classical Singers. Me uní a este respetable grupo en los años noventa, cuando aún se llamaba Merrimack Valley Chorale, y durante unos quince años canté alegremente junto con los bajos, interpretando grandes obras de la música coral que abarcaban siglos de historia, desde William Byrd y Giovanni Gabrieli hasta compositores contemporáneos, incluso estrenando algunas piezas de encargo. También formamos un octeto para cantar motetes y madrigales. Al unirme al grupo, uno de los miembros oficiales me llamó por teléfono, y Susan, mi esposa, contestó: «Soy Jill, del club. ¿Podría hablar con Dan, por favor?». Susan me pasó el teléfono con una mirada de desconfianza: «¿Es esa

mujer del bar de carretera con música country-western al que tantas ganas tenías de ir?». Más tarde, cuando votamos para cambiar el nombre del grupo, presenté dos propuestas, ninguna de las cuales fue seleccionada: Byrd Lyves (un guiño para los amantes del bop) y The OK Chorale.

Con el tiempo, mi agenda repleta de viajes y conferencias me obligó a dejar la coral. En los meses previos a los conciertos, los cantantes podían permitirse faltar a uno o dos ensayos, pero yo me perdía media docena. Aunque practicaba por mi cuenta y casi siempre me presentaba a los ensayos dominando la música igual de bien que los demás, sentía que no era justo para el resto del grupo, así que opté por dejarlo y asistir a los conciertos desde la retaguardia, detrás del director y no frente a él, cuando me fuera posible.

En una mañana de primavera, mientras me dirigía a Tufts canturreando con la cinta con la que preparaba los ensayos, me di cuenta de que dos de las piezas que estábamos practicando, dos maravillosos Valses de amor de Brahms, podrían transformarse en un magnífico vals country si se bajaba el tono y se ralentizaba el ritmo. Me apasiona la buena música country, sobre todo en primavera y verano, pero no entiendo cómo los amantes de este género disfrutan con todo lo que les den, tanto con lo excelente como con la abundante bazofia que lo invade. En este caso, las dos canciones de amor eran la número 14, para voz masculina (Sieh, wie ist die Welle klar), y la número 13 para voz femenina (Vögelein, durchrauscht die Luft). Imaginé una nueva letra, interpretar un par de veces la canción 14, luego usar como interludio la 13, la «respuesta» de las mujeres, y finalizar con una interpretación más de la 14. Concebí la obra como un vals lento y evocador al estilo de The Last Cheater's Waltz de Emmylou Harris. Coordiné la entrada en secuencia de los instrumentos: inicialmente solo bajo, batería y guitarra; luego incorporé mandolinas y una pedal steel Dobro, y, finalmente, añadí un piano honky-tonk a lo Floyd Cramer, básicamente adaptando las líneas de Brahms a partir de su acompañamiento al piano.

Intrigado por la idea, más tarde, ese mismo día, mientras llevaba a un coloquio a mi asistente de cátedra, Rick Griffin, quien resultó ser un guitarrista experimentado de rock y folk, le puse la cinta y le

pregunté qué le parecía: «No, no me convence». Lo intenté una vez más, pero se mostró impertérrito. Me di por vencido, pero al día siguiente me llamó y me sugirió organizar una sesión nocturna con algunos amigos músicos suyos en Q Division, un estudio de grabación que dirigía su amigo Jon Lupfer que, para asombro mío, admiraba mi trabajo en el ámbito de la filosofía. Escribí una letra nueva y cambié el título a Moonlight Waltz: «Hold me close and dance in the moonlight, with my arms around you. I've been waiting just for this moment, since the day I found you…». Invité a Julie Tierney, la esposa del director de nuestra coral y una maravillosa soprano que tenía experiencia como cantante en una banda de swing, para que interpretara conmigo la parte femenina. Como las canciones de Brahms están compuestas de dos líneas vocales que se entrelazan armónicamente, cada uno de nosotros debía cantar ambas partes y luego el ingeniero las fusionaría en la consola. Llegamos hacia medianoche al estudio (entonces situado en una zona desangelada de South Boston) y nos pasamos grabando el resto de la noche.

Resultó una experiencia completamente nueva para mí, muy diferente de las sesiones de grabación de mi disco con los Peadquac en los estudios Ace Recording de Boston, en 1959, que fueron muy sencillas. Nos poníamos en fila todos frente a cuatro imponentes micrófonos montados en soportes, realizábamos tres o cuatro tomas de cada canción, seleccionábamos la mejor y dábamos nuestro trabajo por concluido. El ingeniero grababa, según el orden que especificábamos, las elecciones que habíamos hecho en una cinta, la cual luego transfería a un master de metal de doce pulgadas con una máquina que perforaba el surco para la aguja con un estilete. El master se usaba para el prensado de los discos de vinilo que vendíamos. Todo se hacía en una única sesión de tarde. En Q Division, aprovechábamos varias salas simultáneamente; el batería, aislado en un estudio con auriculares; el bajista, en otro, mientras que el resto de los músicos nos situábamos juntos en una sala, pero con micrófonos separados. Grabamos toda la música instrumental antes de que Julie y yo cantáramos una sola nota. Fue como el tránsito de la producción de una obra teatral al rodaje de una película; esta última se crea a partir de múltiples partes en un cierto orden, las cuales se retocan de manera independiente y luego se ensamblan. Los músicos demostraron ser auténticos profesionales y,

en retrospectiva, considero que fui demasiado reservado al expresar mis ideas sobre el tempo y la mezcla, lo que dio un resultado final que no cumplió con mis expectativas: quedó un tanto acelerado y carente del toque romántico y soñador que yo buscaba. No obstante, en general, el producto final tuvo una calidad profesional. Regresé otro día para agregar los fragmentos de piano de Floyd Cramer, mientras Jon equilibraba y afinaba meticulosamente las voces y los instrumentos, tras lo cual me entregó un DAT, una cinta de audio digital. Recordé la advertencia de Stan acerca de que no intentara preservar el pasado y volví a cuestionarme si tenía razón. Aunque el resultado no me entusiasmó (¡me comentaron que el importe habría ascendido a unos cien mil dólares si hubiera tenido que pagar las tarifas habituales del estudio y a los músicos!), no lo tiré. Algunos años más tarde, durante una reunión de TED, me senté en la cena junto a Naomi Judd y le conté mi experiencia en esa grabación de música country-western. Me pidió que le mandara una copia del DAT (de la cinta de audio digital), cosa que hice, pero nunca recibí una respuesta, un hecho que me llevó a pensar que quizás Stan tuviera razón. En cualquier caso, fue una aventura magnífica.

En 1980, Susan y yo decidimos organizar una velada para cantar villancicos junto con nuestros amigos y convocamos a una docena de parejas para reunirse con nosotros en Andover alrededor del piano y celebrar una fiesta en diciembre. Preparé dos carpetas con los arreglos más selectos de nuestros villancicos favoritos de todo el mundo, que nuestros invitados podían pedir por adelantado si deseaban practicar sus partes. Con el transcurso de los años, la fiesta de villancicos pasó de ser una ocasión informal a una celebración más grande y solemne, lo que permitía a las mujeres vestir con elegancia y a la mayoría de los hombres lucir esmoquin. Después de más de treinta y cinco años de fiestas anuales, dejamos de celebrarlas cuando nos establecimos definitivamente en Maine. En 2017 se describió la última de estas fiestas en el perfil que hizo de mí Joshua Rothman para The New Yorker. Mantuvo encendida su grabadora casi toda la velada con la idea de reproducir algunas de las canciones en el programa de radio de The New Yorker. Me siento agradecido de que nuestros modestos esfuerzos —para entonces tanto nosotros como nuestras voces habíamos envejecido treinta y cinco años— nunca llegaran a emitirse, y espero que

Joshua haya destruido la cinta.

Varias personas han compuesto música basada en mis palabras, lo cual me colma de satisfacción. El primero fue Brian Felsen, empresario artístico y compositor, quien escribió una pieza sinfónica ambiciosa, View from the Strangers' Gallery, inspirada en la obra de Nick Humphrey y la mía sobre la conciencia. El segundo fue el compositor Robert Gross, quien escribió Desperate Lark, musicalizando mi carta a Doug Hofstadter cuando estaba de luto por la muerte de su esposa, Carol. La tercera, y más ambiciosa, es la magnífica Mind out of Matter de Scott Johnson, que no solo usa mis palabras, sino también mi voz grabada (de conversaciones en internet) como si fuera un instrumento solista, capturando las líneas melódicas de mi discurso y convirtiéndolas, mediante una repetición cuidadosa, en lo que un crítico llamó un «oratorio ateo». Aunque nunca menciono a Dios, las interpretaciones imaginativas de Scott de mis palabras grabadas dejan claras las amplias consecuencias de las ideas darwinistas que expreso. El célebre conjunto de vanguardia neoyorquino Alarm Will Sound estrenó esta obra en el ciclo PEAK Performances de la Universidad Estatal de Montclair, en Nueva Jersey, y posteriormente la interpretó en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, en Tufts y en la Universidad Lawrence de Wisconsin. Scott descubrió, mientras estudiaba los valores tonales de mi forma de hablar, que cuando quería enfatizar un punto, a menudo elevaba la voz un tritono o una quinta bemol, «el intervalo del diablo», algo que nunca me habría imaginado, pero que me alegró mucho saber.

———

1 En tiempos pasados, el atisbo de unas medias / se consideraba algo impactante, / pero ahora, Dios sabe, / (¡Clac-clac-clac-clac!) / ¡Todo vale! / (¡Clac-clac, clac-clac, clac-clac!). Escrita por Cole Porter. Letra © Warner Chappell Music, Inc. Letra Autorizada y proporcionada por LyricFind.

3

WESLEYAN, LUEGO HARVARD (1959-1963)

«Significación es aquello en que se convierte la esencia
cuando se separa de su objeto de referencia
y se adscribe a la palabra».

W. V. O. QUINE, Desde un punto de vista lógico

Aunque mi paso por Wesleyan se limitó a un año académico, ese periodo resultó trascendental, pues fue entonces cuando descubrí mi vocación como filósofo. Dado que contaba con un nivel avanzado en matemáticas, atribuible más a una educación excepcional que a un don natural, mi consejero de primer año me tenía por un prodigio y me instó a seguir un curso avanzado en la materia. Aunque era consciente de mis limitaciones, cedí a su insistencia y me inscribí en una asignatura llamada «Temas de matemática moderna». El profesor era un joven licenciado en filosofía de Princeton, el lógico Henry Kyburg. Resultó que los alumnos matriculados solo éramos dos: yo y un estudiante del máster de magisterio, Ron Book, que posteriormente se forjó una eminente carrera de matemático en la Universidad de California en Santa Bárbara. Bajo la tutela de joven Henry Kyburg, quedamos liberados del marco descriptivo del curso y nos preguntó qué queríamos estudiar. Ron, que reconoció mi inclinación por la lógica, propuso que nos adentráramos en el ámbito de la lógica matemática, un territorio desconocido para mí en ese entonces, pero al que accedí con entusiasmo. Sin duda, el curso de introducción a la lógica se reveló como uno de los más peculiares que un estudiante de primer

año pudiera seguir, ya que Henry, influenciado por la percepción de mi consejero sobre mi supuesta genialidad y la verdadera maestría de Ron, nos sumergió de inmediato en las profundidades del tema. Mi primer encuentro con un texto académico fue desalentador: la monografía de W. V. O. Quine de 1951 Mathematical Logic (la edición revisada), y no su manual de lógica, Methods of Logic, que es bastante estimulante. Como dice en el prefacio: «En este libro, aunque preservando el rigor, se ha dado preferencia a la intención de inculcar facilidad técnica sobre la elegancia». Me enfrenté a desafíos formidables mientras reflexionaba sobre el nivel de exigencia que suponía la universidad. Después de sobreponerme a las complejidades del libro de Quine, pasamos a la Introduction to Metamathematics de Stephen Kleene, y me sumergí en una compilación de ensayos de Frank Ramsey, The Foundations of Mathematics, acompañados de numerosos materiales complementarios de apoyo. Aunque me sentía abrumado, mi fascinación siguió intacta.

Fue durante una noche de estudio, en la biblioteca del Departamento de Matemáticas, cuando me topé con otro libro de Quine en una estantería: Desde un punto de vista lógico (1953), una colección de ensayos ¡compuestos de frases en inglés! con solo un puñado de fórmulas lógicas para aclarar e ilustrar los puntos que exponía. Me adentré en sus páginas y, cuando amaneció, casi había terminado su lectura. Me di cuenta de que ese tal Quine estaba haciendo lo que yo quería hacer, y que yo deseaba proceder del mismo modo que él, si podía discernir cómo. Con el paso de los años, creo que por fin descubrí lo que me inspiró de Quine: quería «arreglar lo que estaba roto» en la forma en que se exploraban los problemas filosóficos. Él no creía en la «verdadera magia» y se consideraba capaz de diagnosticar un error descomunal que daban por sentado casi todos los filósofos:

la creencia en cierta división fundamental entre verdades que son analíticas, basadas en significaciones, con independencia de consideraciones fácticas, y verdades que son sintéticas, basadas en los hechos.

Algunas frases verdaderas, como «2 + 2 = 4», lo eran a priori, necesariamente verdaderas, y su verdad era susceptible de ser determinada mediante un análisis de los significados de los términos que contenían, sin necesidad alguna de levantarse de la silla y llevar a cabo una investigación empírica. Otras frases verdaderas, como «hay queso en el plato», lo eran a posteriori, o sintéticas: su veracidad exigía la observación directa del mundo. Quine argumentaba que esta distinción, aunque útil para ciertos propósitos, no era tan nítida como consideraban muchos filósofos y lógicos. Esta noción me impactó como un concepto maravillosamente subversivo, aunque albergaba reservas respecto a ciertos planteamientos de su exposición. Con la candidez propia de un novato, concebí la idea de ir a Harvard para confrontarme a Quine y presentarle mis refutaciones a sus planteamientos. Así pues, solicité mi traslado a esa universidad, donde me admitieron como estudiante trasladado, y dediqué el resto de mi primer año a la lectura de las obras de Quine, Wittgenstein y Freud.

Norman O. Brown, conocido afectuosamente por todos en Wesleyan como Nobby, era un destacado clasicista y teórico literario. Su obra insignia, Life against Death: the Psychoanalytical Meaning of History, publicada ese año, causó un revuelo notable en los círculos de humanidades, gracias a las efusivas alabanzas de figuras como Norman Podhoretz y Lionel Trilling. Este volumen, profundo y penetrante, abordaba con maestría temas como el sexo y la ansiedad. Y luego estaba Nietzsche; en mis clases de filosofía me introdujeron a Así habló Zaratustra y Genealogía de la moral, junto con Meditaciones y Discurso del método de Descartes, Diálogos sobre la religión natural de Hume y otros ilustres clásicos. El curso lo impartía con brillantez Louis Mink, que me persuadió de que debía hacerme filósofo. Con vehemencia, sostuve en clase que el dualismo de Descartes era irremediablemente erróneo, y no debería llevarme demasiado tiempo decir por qué. Un convencimiento que perdura hasta hoy, setenta años después, pues sigo pensando que efectivamente estaba equivocado, a pesar de sus argumentos inteligentes que sucumbieron ante las revelaciones de Darwin.

Decidí que sería prudente inscribirme en la Escuela de Verano de Harvard para familiarizarme con las aulas y otros espacios que frecuentaría en cuanto empezaran las clases en septiembre. Me

apunté a un único curso, sobre la historia de la sinfonía, que se impartía a las nueve de la mañana. Procedente de Winchester, aparcaba el coche frente a Paine Hall, el edificio de música, y repasaba mis apuntes del día anterior. La fortuna intervino al hacer que mi camino se cruzara con el de Susan Bell, una hermosa estudiante de segundo año de arte en el Smith College, que venía hasta Cambridge desde Wellesley para asistir al mismo curso. Me quedé prendado al instante. Por aquel entonces, me encontraba trabajando en una escultura en madera de una joven en pose pensativa, pero tenía dificultades para perfilar los detalles de los hombros. Decidí proponerle a Susan, cuya perfección de hombros llamó mi atención, si estaría dispuesta a posar como modelo para mí. Aunque rechazó la propuesta, no desdeñó mi compañía a partir de entonces. Pronto, Susan y yo llegábamos cada vez más temprano para conversar antes de clase en el coche de uno u otro y, después de la lección, nos dirigíamos a la biblioteca musical de Paine Hall a fin de sacar los discos que nos habían asignado para el día siguiente y los llevábamos a una de las salas de audición insonorizadas para hacer los deberes. Nuestro ritual no le pasó desapercibido al bibliotecario, que pronto empezó a mirarme con cierto desdén cuando me entregaba los discos que nos habían asignado ese día y yo me iba con Susan a la cabina de aislamiento para escucharlos. Un día salí a hurtadillas de la sala de audición y corrí hacia el mostrador. «¡Rápido!», le pedí con premura. «¡El Bolero de Ravel!». Se levantó de un salto, pero, al ver que bromeaba, se ruborizó y dio media vuelta; a partir de entonces nos trató con un respeto escrupuloso.

En septiembre, me destinaron a Eliot House, donde ejercía como docente el clasicista John Finley, un viejo amigo de mi padre. Me alojaba en la sexta habitación de una suite doble-triple, uno de cuyos ocupantes había abandonado la universidad durante el verano. Los otros cinco residentes ya se conocían bien, pero acogieron mi intrusión con cortesía, y enseguida forjamos una amistad que duraría toda la vida. Susan, por su parte, se convirtió en una visitante asidua en nuestra suite, pues nuestro romance veraniego continuó y se intensificó (una mención de pasada curiosa: Ted Kaczynski, más tarde conocido como Unabomber, vivía a escasos metros de nosotros, en el mismo rellano en la entrada contigua, aunque nunca tuve contacto personal con él).

El profesor Finley era un personaje imponente y un legendario redactor de cartas de recomendación; durante su profesorado, Eliot House produjo más becarios Rhodes para Oxford que Yale y Princeton juntas. Asimismo, era un hábil artífice de metáforas, y en una entrevista llegó a describir a uno de nuestros compañeros de piso como «un cruce entre Reinhold Niebuhr y un águila». Iniciaba muchas de las conversaciones informales que mantenía con nosotros con reflexiones extravagantes, por ejemplo: «Creo que podemos dividir la historia reciente en tres eras: la era de sir Walter Scott, la era de F. Scott Fitzgerald y la era de los pañuelos Scott». A veces, nos entreteníamos con un juego que bautizamos con el nombre de «Finley», en el que nos turnábamos para asumir el papel de profesor y preguntar cosas como: «Dígame, maestro Finley, ¿qué se obtiene cuando se cruza un Chevrolet con una esfinge?» o «¿Por qué los huevos con beicon siempre le hacen pensar en Sófocles?».

La primera clase en la que me matriculé fue el curso de filosofía del lenguaje impartido por Quine, cuyo texto principal era su recién publicada obra Palabra y objeto. Llegué puntual e impaciente por explorar a fondo esa influyente obra con él. La clase era impresionante: Thomas Nagel y David Lewis figuraban entre los estudiantes graduados más destacados, junto con la futura esposa de David, Stephanie, Gilbert Harman, Margaret Wilson y su esposo Emmett, Michael Slote, entre otros. Aunque Saul Kripke no participaba directamente en el curso, su presencia era palpable en el campus como una figura fácilmente reconocible en la biblioteca, pues parecía que rezara, balanceándose de un lado a otro, mientras leía. Los estudiantes lo apodaban irreverentemente como Bobber el Loco, pues desconocían su condición de prodigio, un genio de la lógica que supuestamente había hecho añicos las objeciones de Quine sobre la lógica modal cuando apenas era un adolescente. Aunque nuestros caminos se cruzaron con frecuencia, nunca llegué a conocer bien a Saul. Ambos nos aproximábamos a Quine desde perspectivas opuestas, y no esperaba que mis objeciones le interesaran más de lo que las suyas a mí.

Mi rendimiento en el curso de Quine no fue tan satisfactorio como cabría haber esperado. Aunque escribí un ensayo bastante impresionante, durante el examen final me sumí en la confusión. Había estudiado tan intensamente su libro que hice un acopio

excesivo de ideas como para plasmarlas en un breve ensayo, así que acabé por responder a fondo una sola de las tres preguntas formuladas. Por suerte, Dagfinn Føllesdal, que evaluaba los exámenes de Quine, se apiadó de mí y me puso un notable. No dejé que este contratiempo minara mi confianza. Consciente de mi tendencia a extraviarme en los exámenes escritos, recordé las sabias palabras que me había transmitido mi asesor, Marshall Collen, tras un resultado igual de desafortunado en un examen suyo: «No intentes crear un ensayo original y digno de publicación, Dan. Limítate a responder la maldita pregunta».

UNA DIGRESIÓN SOBRE LOS EXÁMENES

Esta debilidad mía ayudó a muchos de mis alumnos en años posteriores, cuando les reconocí mi pobre rendimiento en los exámenes en mitad de sus titánicos esfuerzos. Acabé por adoptar una política que implica la asignación de media docena de preguntas para desarrollar antes del examen final, luego selecciono tres para el examen de las cuales los alumnos deben responder a dos. Estos exámenes se hacen «a libro cerrado»; es decir, no se permite consultar apuntes en la sala de examen, lo que impide que los alumnos se limiten a copiar un ensayo previamente redactado. No obstante, sí pueden y se les alienta a preparar por escrito una respuesta de prueba para cada pregunta antes del examen, que les permita identificar y resolver con antelación posibles problemas de exposición. Por tanto, los estudiantes tienen la libertad de ignorar la pregunta que consideren más difícil y concentrarse en las otras cinco. De este modo, si alguna de las preguntas que hayan descartado sale en el examen, los estudiantes aún cuentan con las otras dos. En mi opinión, no hay ninguna razón válida para exigir a los futuros filósofos que escriban ensayos improvisados de calidad, pues esta práctica me parece antinatural. Al proporcionar por adelantado las preguntas a los alumnos, consigo que se centren en revisar más material del que soy capaz de examinarlos, lo cual se traduce en la elaboración por su parte de ensayos más reflexivos y mejor estructurados. Esto me permite evaluarlos con mayor rigor y precisión, sin tener que enfrentarme a sus esfuerzos frenéticos y

desordenados. Aunque los estudiantes puedan recibir mucha orientación sobre el contenido de los ensayos por parte de sus pares, la composición final estará elaborada con sus propias palabras en el aula del examen, a menos que sean unos maestros en el arte de la memorística.

Dado que en los últimos años solo me he dedicado a impartir seminarios avanzados, he prescindido de los exámenes finales; en su lugar, he optado por evaluar a los alumnos en función de sus trabajos individuales trimestrales y de los comentarios semanales sobre las lecturas obligatorias. Otra política que he incorporado es no dar nunca exámenes «para casa». Durante mi etapa en la década de los sesenta como docente en la Universidad de Irvine, los estudiantes de posgrado solicitaron la opción de realizar exámenes eliminatorios por la tarde y entregarlos a la mañana siguiente. Sin embargo, me opuse a esta propuesta, citando un ejemplo reciente de un estudiante de posgrado, cuyo talento era cuestionado por la mayoría de mis colegas, que logró coronar con éxito nuestro programa de doctorado. Argumenté que, si las impresionantes respuestas de ese estudiante se hubieran elaborado en un examen para llevar a casa, ¿cuántos de nosotros habríamos sospechado que había recibido ayuda de un colaborador externo? La mayoría de mis colegas levantaron la mano. Por consiguiente, decidimos mantener el sistema tradicional de evaluación.

Otra innovación que llevé a cabo fue la introducción de exámenes de opción múltiple. En algún momento de la década de los noventa, mientras me encontraba en una conferencia en Vancouver, tuve la oportunidad de pasar un día libre junto a los eminentes psicólogos Daniel Kahneman y Amos Tversky en un precioso salón con vistas al puerto. Al mismo tiempo, apretaba los dientes intentando evitar la fascinante panorámica para poder leer la montaña de cuadernillos azules con los ensayos que habían garabateado mis alumnos. «¿Por qué te torturas con esa tarea infernal?», me preguntó Amos. «Haz un examen tipo test y podrás calificar a cada alumno en uno o dos minutos, ¡además de valorar mejor sus conocimientos!». Sin embargo, objeté que, en el campo de la filosofía, la evaluación mediante redacciones era fundamental para valorar la comprensión profunda de los argumentos y las cuestiones planteadas. Amos discrepó: «Si redactas las opciones de tal manera que tengan un

significado lo bastante parecido como para que todas resulten atractivas, pero solo una sea completamente correcta, puedes poner a prueba de manera rigurosa la comprensión de los estudiantes y evaluar los resultados de manera objetiva». Su punto de vista me convenció y decidí probarlo en un examen parcial de uno de mis cursos de filosofía. Logré redactar un examen de opción múltiple endiabladamente exigente, y la respuesta de los estudiantes fue justo la previsible: los mejores identificaron las opciones falsas, por tentadoras que fueran, mientras que los menos preparados cayeron en las trampas. Aunque el método se reveló efectivo, me disgustó el impacto que tuvo en la moral del curso. Los estudiantes se sintieron molestos por mis intentos de engañarlos con falsedades casi ciertas, lo que se tradujo en una actitud desconfiada y poco entusiasta durante el resto del trimestre. Sin embargo, hubo otra ocasión en la que utilicé exámenes de opción múltiple con resultados más favorables, y fue en mi curso de Filosofía de la Teoría Evolutiva. En este caso, descubrí que muchos estudiantes sobreestimaban sus conocimientos básicos de biología evolutiva, que era un requisito previo para el curso. Por tanto, en la primera sesión, les presenté un complejo cuestionario de opción múltiple y lo corregimos juntos en clase. Este ejercicio permitió que la mitad de los estudiantes repasaran los conceptos fundamentales antes de la siguiente sesión. He aquí una de las preguntas:

La capacidad de un organismo es la medida o estimación más estrechamente vinculada, en principio, a:

a) su éxito en cuanto a asegurar oportunidades de apareamiento.

b) su probabilidad de tener nietos.

c) el número potencial de descendientes vivos.

d) su probabilidad de sobrevivir más tiempo que sus congéneres.

En mi primera etapa como profesor de filosofía en Irvine, me preocupaba la apatía que percibía en los estudiantes cuando mencionaba figuras culturales emblemáticas. Por ello, diseñé un cuestionario cultural para evaluar la carencia de unos conocimientos que yo había dado por sentados entre mis bronceados alumnos. Escogí cincuenta nombres célebres y, según la precisión de las respuestas, les otorgaba más o menos puntos. Por ejemplo, Miguel Ángel: si se respondía solo «artista», se les concedía un punto; si especificaban «artista italiano del Renacimiento», el alumno obtenía dos. La calificación promedio entre los cien estudiantes de primer año que asistían a mi curso de introducción a la filosofía rondó los cuarenta puntos. Sin embargo, entre las respuestas que obtuve había algunas perlas que mostraban cómo un conocimiento superficial puede conducir a equívocos: Copérnico: la mujer del César; Cervantes: mitad hombre mitad caballo; Henry James: autor de una versión de la Biblia que lleva su nombre.

VUELTA A HARVARD

Mi objetivo de «refutar» a Quine, lejos de menguar tras mi discreto desempeño en su clase, se avivó. Al solicitar a Quine recomendaciones sobre pensadores que ofrecieran las alternativas más interesantes a sus puntos de vista, me sugirió el trabajo de Noam Chomsky y del lógico Lotfi Zadeh de la Universidad de California en Berkeley, cuya «teoría de conjuntos difusos» cuestionaba su propia concepción de la teoría de conjuntos. Asimismo, me recomendó la obra de su amigo, B. F. Skinner, como punto de apoyo. Leí la famosa reseña de Chomsky sobre Conducta verbal de Skinner, recién publicada. A diferencia de la mayoría de los científicos cognitivos emergentes, también leí el libro de Skinner y concluí que la crítica de Chomsky era una obra maestra de la falsa polémica. Este fue mi primer encuentro en el ámbito académico con la caricatura deliberada, e hizo que se me cayera la venda de los ojos. Durante mis tres años en Harvard, gran parte de mi tiempo de estudio lo dediqué a leer y reflexionar sobre estos y otros críticos, mientras seguía ávidamente todos los cursos de filosofía a mi alcance, que sazonaba con una pizca de otros cursos de

humanidades.

Logré evitar las materias de ciencias. Mi curso de lógica matemática con Kyburg en Wesleyan cumplía con el requisito de lógica del Departamento de Filosofía y se consideraba además un curso de ciencias. No recuerdo qué otra asignatura secundaria de ciencias incluí para satisfacer el requisito de «distribución» de créditos. Ni biología, ni química, ni física, ni siquiera laboratorios, ¡ni mucho menos psicología! Aunque podría haber optado por seguir un curso con Skinner, mi interés por la psicología se vio empañado por una experiencia durante mis años de instituto. Recuerdo vívidamente un viaje que hice con mi madre para ir a recoger por Acción de Gracias a mi hermana Cynthia durante su primer año en Mount Holyoke, cuando yo acababa de instalarme en Exeter. En el trayecto de camino a casa, me interesé por todos sus cursos, entre los cuales figuraba introducción a la psicología, lo que avivó mi curiosidad. ¡La mente! ¡La conciencia! No veía la hora de escuchar lo que ella había aprendido. Sin embargo, cuando mencionó la teoría de William Sheldon sobre los tipos de cuerpo, específicamente el ectomorfo, el endomorfo y el mesomorfo, experimenté un profundo desencanto. ¡Puaj! La descabellada teoría de Sheldon, popular entre las décadas de los cuarenta y los setenta, fue objeto de un intenso estudio. Su proyecto de investigación, que incluía miles de «fotografías posturales» tomadas a estudiantes desnudos de la Ivy League y de Seven Sisters, aspiraba a categorizar los tipos de personalidad a partir de las diferencias físicas. Ese año, en Exeter, yo mismo me había hecho tres de esos retratos (frontal, de perfil y de espaldas) y me llevó a cuestionar todo el plan. ¿El físico marcaba nuestro destino? Si los psicólogos tomaban en serio tales enfoques (y muchos lo hacían, como constaba en los libros de texto), yo no quería tener nada que ver con esa disciplina científica. Este juicio precipitado a los dieciséis años me llevó a ignorar por completo la psicología, tanto sus luces como sus sombras, hasta mi graduación.

La psicología se ha enfrentado a un reto constante durante décadas: atraer a los estudiantes más brillantes. Recuerdo un chiste compartido por el filósofo de Princeton, Harry Frankfurt, en algún momento de la década de los ochenta:

—Dan, ¿sabes por qué se considera tan estúpidos a los psicólogos?

—No, aunque me lo he preguntado a menudo —respondí.

—Porque en todas las grandes universidades estatales hay un curso de introducción a la psicología que atrae a un millar de estudiantes. En torno al día de Acción de Gracias, el profesor declara solemnemente: «Una de las cosas que hemos aprendido en la psicología es que las acciones seguidas de recompensa tienden a repetirse, mientras que las acciones seguidas de castigo, no». Novecientos noventa y cinco estudiantes murmuran: «¡Menuda perogrullada», pero cinco piensan: «¡Interesante!». Y así se hacen psicólogos.

Este relato, aunque humorístico, destaca una realidad persistente: la psicología ha luchado durante décadas por deshacerse de la reputación que le impusieron algunos de sus descubrimientos cuestionables, a menudo caricaturizados. Creo que se debe a una razón. La psicología popular, que todos empleamos para entendernos a nosotros mismos (yo la llamo «postura intencional», no teoría de la mente), presume que todos somos fundamentalmente racionales. Por tanto, un estudio que demuestre que los individuos prefieren cinco dólares a un pinchazo en el ojo con un palo afilado no atraerá mucha atención o reconocimiento (¡menuda perogrullada!). Los psicólogos con frecuencia se esfuerzan por inducir patologías en sujetos normales, poniendo a prueba sus capacidades para que cometan errores que revelen los mecanismos o las estrategias que usan, consciente o inconscientemente, a la hora de realizar la tarea que se les ha encomendado. Los psicólogos perceptivos han ideado famosas ilusiones a las que sucumbe casi todo el mundo. Los psicólogos cognitivos inducen a los sujetos a mostrar patrones de errores en las inferencias o a pensar que son causantes de algún efecto, cuando no es así. Los neuropsicólogos usan la estimulación magnética transcraneal, por ejemplo, para hacer que los sujetos se equivoquen al juzgar esto o aquello. Si los psicólogos no logran inducir errores en las personas, sus mentes parecen operar de manera casi mágica, revelando de forma milagrosa la comprensión de los conceptos. Esto da la impresión de que los psicólogos, a menudo, insinúan al público en general que no somos tan inteligentes como solemos creer. Sin embargo, los científicos en ocasiones exageran sus propias investigaciones y, cuando los descubrimientos que han anunciado con tanto

entusiasmo no resisten al escrutinio, como pasa a menudo, no se concitan muchas simpatías.

Otra barrera que me mantuvo alejado de la psicología durante mis años de estudiante universitario fue la existencia de una concentración interdisciplinaria conocida como relaciones sociales, o «soc rel» (abreviatura de social relations), que en cierto modo eclipsaba el estudio de la psicología. Esta área de estudio representaba una amalgama poco atractiva para mí, ya que combinaba elementos de psicología, sociología y antropología. Por tanto, nunca asistí a cursos impartidos por figuras como George Miller o Jerome Bruner, que estaban a la vanguardia con la Fundación del Centro de Estudios Cognitivos en Harvard, un hito (el nacimiento, por decirlo así) en el surgimiento de la ciencia cognitiva. Tampoco participé en ningún curso dirigido por Timothy Leary, quien se reveló tanto en Harvard como globalmente como un destacado defensor de las drogas psicodélicas. Aunque tenía amigos que participaban en experimentos con LSD, psilocibina y otras sustancias en la comuna de Leary y Alpert, las exhortaciones mesiánicas de Leary no me atraían.

UNA DIGRESIÓN SOBRE ROMA

En el verano de 1961 me encontraba en Europa, junto con otros miles de universitarios estadounidenses, cuya biblia era Europa con cinco dólares al día. Si bien era factible, si querías disfrutar de vino y una comida decente, era preciso duplicar el presupuesto. Además, era inevitable encontrarse con más universitarios compatriotas que nativos, ya que los albergues y restaurantes económicos recomendados en el libro hacían un negocio próspero con los viajeros yanquis. La única forma de mantenerse en contacto con amigos y familiares era a través de cartas enviadas y recibidas en las oficinas de la American Express de toda gran ciudad. Al llegar a ciudades como Múnich o París en tren, una de las primeras paradas era la oficina de la American Express para comprobar si había correo esperando y, tal vez, cobrar algunos cheques de viaje. Mientras esperaba en la fila para recoger el correo, a menudo me

encontraba con alguien conocido, un compañero de universidad (o, en mi caso, de Exeter). Mi destino principal era Roma, donde, gracias a la esposa de un profesor de Exeter, Nina Fish, había conseguido trabajo en el estudio de escultura de Pietro Consagra, quien recientemente había ganado el premio de la Bienal de Venecia. La esposa de Consagra era hermana de Nina (Nina aún desempeñaría otro papel en un capítulo posterior). Comencé mi verano en Londres, donde me alojé en el YMCA de Tottenham Court Road. Después de un vuelo nocturno de doce horas en avión de hélice hasta Londres y de coger el metro hasta el YMCA, fue una decepción enterarme de que no podía registrarme hasta el mediodía, así que decidí dejar mi maleta y dirigirme al Museo Británico, que estaba cerca. Allí, me uní a una visita guiada sobre la Gran Bretaña romana que estaba a punto de salir del vestíbulo principal, para lo que tomé uno de los pequeños taburetes plegables disponibles, junto con una docena de visitantes ansiosos por ver cerámicas, vidrios y otros restos romanos. Una de las primeras paradas fue ante una estela de hito romano y, durante la charla del guía, caí profundamente dormido en mi pequeño taburete. Me desperté unas tres horas más tarde, aún sentado en el taburete en medio de la sala. Supongo que pasaron unas cien personas a mi lado, pero nadie me despertó. Quizá algunos me tomaran por una peculiar pieza de exposición sin catalogar.

Una breve escapada turística a Oxford precedió mi llegada a Roma, donde encontré alojamiento en una modesta pensión cercana a la Stazione Termini. Situada en el último piso de un edificio sucio, para acceder al ascensor había que insertar una moneda de diez liras. Pronto, me desplazaba todos los días en autobús al estudio de Consagra. En aquella época me dedicaba al trabajo con bronce fundido en arena, contribuyendo a su serie Conversazione, y me asignaron la tarea de cortar las formas en una fina madera contrachapada con una sierra de calar. En la fundición supervisé el molde de las piezas y exploré el proceso de vaciado a la cera perdida en la Fonderia Nicci. Además de crear algunas piezas de bronce fundidas en arena para mí, colaboré en la fundición, mientras aprendía italiano y participaba en las actividades cotidianas de los trabajadores.

En dicha factoría, el excedente de bronce fundido, después de

rellenar los moldes, solía destinarse a la creación de réplicas bastante convincentes de monedas romanas antiguas, anillos y lámparas, e incluso un sátiro sorprendentemente priápico. Después de extraer las piezas de la arena de los moldes y pulir los destellos, las atizábamos un poco y las sepultábamos en el montón de ceniza que había detrás de la fundición, donde todos orinaban. Pasadas unas semanas, las réplicas estaban listas para su venta en los mercadillos locales (una búsqueda reciente de «bronce romano antiguo» en Google me mostró algunas imágenes de piezas que me atrevería a decir que las hicimos nosotros; siguen siendo bastante económicas).

Aquel verano mi vida social fue atípica. Como único huésped de pago en mi pensione, compartía espacio la mayor parte del tiempo con parientes del propietario de toda Italia, entre ellos un exuberante monje capuchino, fra Cassiano da Bisacquino. Enviado desde su monasterio cerca de Bolonia para conseguir fondos del Vaticano, su interés primordial era explorar la gran ciudad y, en particular, interactuar con sus habitantes femeninas, con quienes deseaba tener contacto físico. Pronto se convirtió en mi compañero de aventuras y se dedicaba a pellizcar el trasero de todas las mujeres a su alcance, tanto en autobuses como en aceras. Cuando ellas se giraban enfadadas, ponía cara de monje inocente y me señalaba a mí como el culpable, lo cual le parecía una broma magnífica. Nuestra disparidad física, yo un americano alto y delgado, él bajo, regordete y tonsurado, nos convertía en una curiosa pareja de turistas. Me contaba historias de las amantes del Papa y otros secretos, mientras jugueteaba con el cordón de su hábito como si fuera un llavero.

En el extremo opuesto del espectro social, me sumergí en un mundo exótico. Gracias a Pietro Consagra, figura prominente en el mundo del arte, conocí a muchos y distinguidos escultores y pintores en sus estudios, como Arnaldo Pomodoro, Afro y Mirko Basaldella, así como al antiguo futurista Gino Severini. Además, tuve el privilegio de adentrarme en Cinecittà cuando era el epicentro de la industria cinematográfica italiana, donde se producían tanto spaghetti westerns como obras maestras de Fellini. A este último me lo presentaron en un restaurante de Via Veneto. En mi ignorancia, le pregunté quién era y a qué se dedicaba, a lo que se limitó a

responder: «Ah». Aquella noche, mi compañera de cena era una actriz de cine llamada Didi Perego y, mientras degustábamos nuestros platos, una pareja conocida suya se acercó a nuestra mesa y, tras una charla en italiano a un ritmo demasiado veloz para que yo pudiera seguirla, se echaron a reír todos a la vez: «¿De qué se ríen tanto?», pregunté a Didi en inglés. Con su inglés rudimentario, respondió: «Oh, estaban pensando en cenar algo con mucho ajo, pero luego cambiaron de idea porque después tienen previsto besarse».

Ese verano Susan también estaba de gira por Europa junto con una amiga de Smith llamada Deedee. Me las ingenié para «encontrarme con ellas», pues tomé un tren a Venecia y llegué el mismo día que su itinerario indicaba esa ciudad. Me las encontré saliendo de la Basílica de San Marcos justo en el momento en que llegaba yo. Decidimos viajar juntos a Roma en su coche de alquiler y nuestra estancia en mi hotel de mala muerte resultó memorable por razones menos agradables: ambas fueron víctimas de picaduras de pulgas durante la única noche que se alojaron allí, mientras que a mí me robaron la maleta de su coche aparcado en la calle. Al día siguiente, me vi obligado a comprar una nueva vestimenta, que consistió en una camisa, unos pantalones que me quedaban algo cortos y una chaqueta plateada que no me sentaba bien, lo que me proporcionó dos conjuntos para el resto del verano. Además, logré hacer una escapada a París para disfrutar de un día y una noche románticos justo antes de que Susan y Deedee partieran de la ciudad. Al día siguiente, tuve la oportunidad de conocer a Ron Brown, el pianista de jazz, en la cola de la American Express, como era previsible. Sin duda, fue un verano memorable.

VUELTA A HARVARD

Cuando llegó el momento de proponer mi tesis sobre Quine y el lenguaje ordinario, decidí que no quería que el propio Quine fuera mi asesor. Me preocupaba que lograra demostrarme que yo estaba equivocado o que, en nuestra primera reunión, hiciera alguna concesión menor y me dejara sin argumentos sobre los que escribir.

Así que le pedí a Dagfinn Føllesdal, quien se había doctorado con Quine, que fuera mi supervisor, una de las mejores decisiones de mi vida, y aceptó. Tenía un conocimiento exhaustivo de Quine, lo que garantizaba no incurrir en interpretaciones erróneas del maestro. Sin embargo, también comprendió —¡gracias, Dag!— que lo más atinado era permitir que yo avanzara sin restricciones, mientras él me iba brindando orientación, lanzando advertencias y ayudando en la rectificación de posibles descalabros. Føllesdal también había impartido un curso que me fascinó sobre fenomenología, así que había absorbido una introducción profunda a la obra de Bolzano, Brentano, Meinong y, especialmente, Husserl, que desempeñaría un papel importante en mi pensamiento posterior. Dag, que era noruego, a esa tierna edad encontraba tanto su inglés como su alemán casi igual de extranjeros. En algunas ocasiones, durante las clases, tomaba el Ideas de Husserl en su versión original en alemán y nos brindaba traducciones al inglés de ciertas frases. Una vez, decidió improvisar una traducción al alemán partiendo de la versión en inglés que estábamos utilizando hasta que lo interrumpimos levantando las manos y entre gritos. Su pronunciación resultaba a veces enigmática. Recuerdo que algunas de sus aclaraciones sobre la norma de Husserl para ghenuvin canovlidge (conocimiento genuino) me dejaron unos minutos desconcertado.

Mi tesis de licenciatura, titulada «Quine y el lenguaje ordinario», fue mi primer intento de desvincular el enfoque de Quine del conductismo heredado de su buen amigo Skinner, así como del proyecto de clasificación rigurosa, influenciado por su mentor, el lógico Rudolf Carnap. Al mismo tiempo, me permitió continuar explorando el intrincado laberinto de la distinción analítico-sintética, y lo que Quine denominaba el «mito del museo del significado»: la noción de que, en algún lugar recóndito de nuestra mente, yacen los hechos concretos acerca de los significados de nuestras palabras, cuyo descubrimiento nos permitiría determinar la semántica del lenguaje ordinario con el mismo rigor y precisión que habían funcionado tan bien en la lógica matemática. La doctrina que provocó la oposición de la mayoría de los filósofos hacia Quine fue su argumento en Palabra y objeto a favor de la «indeterminación de la traducción radical». Esta idea sorprendente sostiene que, en principio, dos traductores de una lengua extranjera,

trabajando de manera independiente y sin la ayuda de intérpretes bilingües que los ayudaran (o pudieran sesgar su labor), podrían elaborar manuales de traducción (incluidos diccionarios y gramáticas) para una misma lengua extranjera que resultaran significativamente distintos entre sí, sin que exista un criterio objetivo capaz de determinar cuál de esas traducciones es la «correcta». Ambas traducciones estarían igualadas en el primer puesto, y nada de lo que ocurriera en los cerebros de los hablantes o en sus interacciones con el mundo exterior confirmaría cuál de ellas refleja «realmente» lo que querían decir los hablantes nativos. Personalmente, mantenía —y sigo manteniendo— la opinión de que Quine estaba en lo correcto en este aspecto, aunque contaba con pocos aliados, aparte de Donald Davidson, que fue uno de los primeros alumnos de Quine.

Esta etapa de mi vida estuvo impregnada de una gran intensidad, y en múltiples ocasiones me dije a mí mismo que, al margen de cuál fuera el desenlace con respecto a si yo tenía razón acerca de Quine y sus argumentos, aquella era la vida que había elegido vivir, y no lamentaría haber dedicado tantas reflexiones a la labor, con independencia de cómo terminara. Esta intensidad se veía acentuada por el hecho de que ahora yo era un hombre casado; Susan y yo habíamos pasado por el altar el 8 de junio de 1962, poco después de su graduación en Smith y antes de mi último año en Harvard. Había dejado a mis compañeros en Eliot House, y Susan y yo nos mudamos a un cuarto piso en Green Street, sin ascensor, con vistas al campanario de Dunster House. Fue un año maravilloso: Susan trabajaba en University Prints, una pequeña empresa que producía fotografías de tamaño postal de obras de arte famosas, destinadas a que los alumnos de historia del arte las estudiaran y memorizaran, mientras yo me sumergía en mi tesis (el maestro Finley no vio con buenos ojos que abandonara Eliot House y sus comodidades antes de cumplir mis tres años de residencia, y un comentario suyo altanero durante el almuerzo de graduación en el patio Eliot no le granjeó la simpatía de Susan).

En el tribunal de mi tesis doctoral estaban, naturalmente, Quine y el joven Charles Parsons (hijo de Talcott, de soc rel), un profesor que había completado su doctorado bajo la tutela de Quine dos años antes y que luego ocupó la cátedra de Quine en Harvard tras su

jubilación. Quine se presentó a mi examen oral con tres páginas de notas mecanografiadas, con un interlineado mínimo, recopiladas de su lectura de mi tesis. Esto me colmó de emoción incluso antes de que comenzara a repasarlas. Se había tomado mi trabajo muy en serio. ¡Quizás podría ser filósofo, después de todo! En la enérgica discusión que siguió, Parsons se alineó conmigo en contra de su mentor en un punto, lo que fortaleció aún más mi confianza. Aunque habría podido conformarme con el hecho de haberme esforzado al máximo incluso si hubiera salido derrotado, aquello representaba una reivindicación, si no una victoria total. Regresé a casa, a los brazos de Susan, con una sonrisa en el rostro y la determinación de irme a Oxford, donde reinaba la filosofía del lenguaje ordinario. En mi tesis argumenté que Quine había interpretado incorrectamente el lenguaje ordinario al intentar «reglamentarlo» (o clasificarlo demasiado rigurosamente), y esperaba formarme en los métodos de análisis informales y sutiles que estaban entonces en boga.

4

OXFORD, 1963-1965

En aquella época, al solicitar la admisión a Oxford, se debía presentar la solicitud a las diversas facultades por separado, ya que no existía un sistema centralizado de admisión. Cometí el error de elegir las tres universidades más solicitadas por los becarios Rhodes, por lo que el New College (donde estaba A. J. Ayer), el University College y el Magdalen College (donde estaba Gilbert Ryle) me rechazaron, al haber aceptado ya a un número considerable de estudiantes estadounidenses. Desilusionado, comencé a hacer planes para ir a la Universidad de California en Berkeley, cuando de repente recibí una carta en la que me comunicaban mi admisión en el Hertford College de Oxford. En ese momento, no tenía conocimiento de Hertford y, al no haber solicitado plaza allí, inicialmente pensé que podía tratarse de una broma malintencionada, pero, tras algunas indagaciones, confirmé que se trataba de un auténtico college de Oxford. Acepté con entusiasmo su invitación para iniciar la licenciatura en Filosofía.

A principios del verano de 1963, Susan y yo nos dirigimos a Inglaterra en barco, a bordo del MS Berlin, a la sazón de la línea naviera North German Lloyd, una travesía de nueve días enriquecida por la presencia de cientos de alemanes que regresaban a su país por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial. Era un barco precioso, con mobiliario de estilo art nouveau y art déco, y un jardín interior donde una pequeña orquesta tocaba valses, polcas y viejas canciones populares alemanas. Construido en Inglaterra para la Swedish American Line en 1924, el Berlin, originalmente conocido como Gripsholm, fue el primer transatlántico propulsado por motores diésel, en lugar de vapor. Como descubrí en el trayecto, yo ya había viajado en él; mi madre, Cynthia y yo habíamos tomado el Gripsholm hasta Beirut para reunirnos con mi padre cuando él se estableció allí. Mis primeros recuerdos de infancia incluyen jugar al

tejo y las «carreras de caballos» a bordo del Gripsholm. Me llevé una gran decepción al descubrir que en estas carreras no había caballos de verdad galopando por la cubierta, sino simplemente maquetas de caballos que se movían según el resultado de los dados en una pista de papel colocada en el salón. Al llegar a Oxford, encontramos un excelente apartamento por estrenar, situado en el desván sobre el garaje para dos coches de una casa ubicada en el corazón de la ciudad, en el número 33 de Beaumont Street. Nuestro casero, Malcolm Graham, era un cirujano dental, y, aunque técnicamente nuestro apartamento estaba en St. John Street, la consulta dental y la residencia de los Graham se encontraban en la esquina de Beaumont Street, justo enfrente del Museo Ashmolean. Pagamos un poco más por esa ubicación privilegiada y por todas las comodidades con las que el Sr. Graham había acondicionado, no sin orgullo, el apartamento. Era un entusiasta de los electrodomésticos y había equipado el diminuto espacio con lo último en cuanto a calentadores, batidoras eléctricas e incluso una lavadora. En nuestro pequeño baño sobre las escaleras, teníamos toalleros eléctricos, y debajo de las mismas había un armario eléctrico para secar la ropa, donde coloqué una mesita de cartas que se convirtió en mi escritorio. Llegó a considerar la posibilidad de adquirir para nosotros un calentador eléctrico para el vino tinto, con el fin de mantenerlo a temperatura ambiente, pero desistió cuando le sugerí que, en lugar de eso, sería más sensato mantener la habitación a temperatura ambiente. Aunque el piso de arriba era acogedor, mi pequeño estudio en la planta baja, bajo las escaleras, era húmedo y frío, a pesar del armario eléctrico para la ropa. Durante los meses de invierno, mi rutina antes de ponerme a escribir consistía en limpiar el rocío de mi máquina de escribir Olivetti Lettera con un paño de cocina caliente.

Los Graham, con sus dos hijos de nuestra misma edad, ambos estudiantes en Oxford, se convirtieron enseguida en nuestra familia adoptiva británica. Fue durante una velada, sentado conmigo en el suelo junto al cálido resplandor del fuego eléctrico, cuando John Graham, entonces estudiante de medicina, me enseñó por primera vez qué era una neurona y cómo se interconectaban en redes. Cada neurona tenía múltiples entradas, las dendritas, que podían ser excitatorias o inhibitorias, y una única salida ramificada, el axón. Disparaba su salida por el axón siempre que alcanzaba el «umbral»,

es decir, cuando la excitación menos la inhibición estaba por encima de un valor variable. Esta revelación me llevó instantáneamente a la hipótesis de que tales redes neuronales podían aprender mediante una especie de proceso evolutivo dentro del cerebro, en el que los umbrales se afinarían a través de interacciones con otras neuronas, en puntos de unión conocidos como sinapsis, una intuición que ha sido fundamental en mi vida (y, por supuesto, no originalmente mía, aunque tardé unos años en descubrir a mis predecesores).

Una vez instalados en nuestro nuevo hogar, donde pudimos dejar nuestra ropa de invierno, nos dirigimos a Alemania, y allí adquirimos un flamante Volkswagen Escarabajo VW rojo intenso de 1963, directamente en la fábrica de Wolfsburg. ¿De dónde provenía nuestro dinero? De la herencia del abuelo Dennett, quien había fallecido el año anterior y había legado a mi madre y a sus tres hijos, respectivamente, partes idénticas de su patrimonio. Con prudencia, podíamos vivir de los réditos sin tocar el capital, siguiendo así el consejo del abogado de mi madre. No éramos ricos, desde luego; Susan y yo contábamos con alrededor de cuatro mil dólares al año para cubrir nuestras necesidades, una suma suficiente para mantenernos hasta que obtuve un empleo bien remunerado en la Universidad de Irvine en 1965. Durante ese verano, atravesamos Italia en coche, evitando Roma (que en aquella época me parecía un lugar profundamente inmoral; conocía personalmente a algunos de los actores de La dolce vita y a los personajes que interpretaron). Embarcamos en un desvencijado transbordador desde Brindisi hasta El Pireo, haciendo escala en Corfú y otras islas menores de la costa occidental de Grecia. En una ocasión, el transbordador giró bruscamente después de que dos hombres en una barca lo saludaran. Uno de ellos subió a bordo acarreando un mero enorme y se puso a vender boletos de rifa para el pescado, con la esperanza de cubrir así su pasaje hacia El Pireo. Adquirimos un boleto, aunque sin expectativa de ganar, por supuesto.

Una vez llegamos en coche a Atenas, alquilamos un apartamento en Lycabettus, la elevada colina con un monasterio en su cima. En la calle más alta entonces de la colina, Stratiotikou Sindesmou, habían derribado un antiguo edificio de apartamentos para construir uno nuevo. Justo al lado, encontramos un modesto apartamento en la

planta baja, a un precio módico, ya que justo enfrente estaban realizando obras con taladradoras neumáticas y excavadoras. A pesar de las incomodidades, incluidas las cucarachas, decidimos alquilarlo, sobre todo porque nos dimos cuenta de que, desde el diminuto patio, gracias al larguísimo tramo de escaleras cuesta abajo de enfrente, teníamos una vista envidiable del Partenón en lo alto de la Acrópolis. En poco tiempo, ese patio se convirtió en mi taller de escultura, después de haber conducido hasta la cantera de mármol Pentélico, ubicada un poco al norte de Atenas, y haber cargado en el asiento trasero del Volkswagen el trozo más grande de mármol blanco puro que pudimos conseguir. En El Pireo, localizamos a un herrero especializado en fabricar cinceles de piedra. Allí, adquirí un pequeño juego de cinceles dentados y lisos, así como un martillo, y enseguida me lancé a explorar cuáles eran las técnicas más apropiadas para tallar mármol, mientras Susan exploraba el vecindario. Descubrimos un encantador restaurante al aire libre llamado Paradisos, situado en un patio en la curva cerrada de una carretera en zigzag, con la cocina al otro lado de la carretera, excavada en la ladera del acantilado. Este lugar se convirtió en nuestro comedor habitual durante todo el verano. Thomas Batsoulis, el camarero, nos enseñó los nombres griegos de todos los platos, mientras nosotros intentábamos enseñarle sus equivalentes en inglés. Por ejemplo, las uvas eran «staphylia» (piénsese en Staphylococcus, que parece un racimo de uvas), aunque Thomas tenía dificultades con la palabra inglesa y la llamaba «kremps, kremps». Desde entonces, Susan y yo disfrutábamos de los kremps. Una niña de unos ocho años, la hija del conserje, se divertía observándome mientras tallaba el mármol. Decidí que podría enseñarme algunas palabras griegas. Levanté el cincel y puse cara de extrañeza: «κατσαβίδι» (kazavithi), me dijo. Así lo llamé cuando lo llevé al herrero para que me lo afilara. Más tarde descubrí que esa es la palabra para «destornillador». El griego moderno, en comparación con el griego antiguo, ofrece un maravilloso ejemplo de la ley de Grimm, en virtud de la cual el fonema b tiende a cambiar a v, y la d y la t a menudo se convierten en th suave, entre otras transformaciones. Entre el alemán y el inglés, por ejemplo, están las alternancias geben-give, haben-have, Bruder-brother, Mutter-mother, etc. Había estudiado un poco de griego antiguo en mis cursos de filosofía, lo que me permitió, aplicando la ley de Grimm, pronunciar correctamente la mayoría de

las palabras griegas modernas. Por ejemplo, Βουλιαγμένη es el barrio costero de Vouliagmeni. Como D d o Δ δ (delta) se pronuncia th, en griego moderno se utiliza NT (nu tau) para representar nuestro sonido d, de modo que mi nombre sería NTAN. Desarrollé la irrefrenable costumbre de pronunciar las palabras que veía en los carteles publicitarios. Por ejemplo, veía NTOPIΣ NTEI e iba formando lentamente «Doris Day»; «D-I-S-N-E-Y» y «E-L-E-C-T-R-O-L-U-X» eran otras que pronunciaba no sin esfuerzo.

Durante aquel verano apenas pensé en la filosofía, mientras dibujábamos y esculpíamos y explorábamos muchos tesoros de Grecia, desde Delfos hasta Corinto e Hidra. Encontramos una playa solitaria de guijarros en el cabo Sunión, en una pequeña bahía donde solo había un yate, el Creole, la magnífica goleta de tres mástiles perteneciente a Stavros Niarchos, amarrada a unos cientos de metros de la costa. Con unos colchones inflables que habíamos adquirido en Alemania para tales aventuras, remábamos hasta el yate y lo rodeábamos, mientras la tripulación, ataviada con uniformes blancos, nos observaba con recelo. A pesar de los encantos de Susan con su atractivo bikini, nunca recibimos una invitación para subir a bordo. En septiembre, cargamos la escultura casi terminada (un hombre sentado leyendo) en el Volkswagen y la aseguramos con una cadena y un candado para evitar que nos la robaran durante la noche, en el aparcamiento de alguna pensión en nuestro camino de regreso a Oxford. Allí, cuando terminé la escultura del hombre leyendo, se la regalé a un amigo, que aún la conserva en su apartamento de Nueva York.

Nuestro pequeño Volkswagen pronto se convirtió en el medio de transporte de otras esculturas: dos pequeñas piezas de Henry Moore que el artista había prestado para una exposición organizada por estudiantes del Pembroke College de Oxford. Uno de los organizadores, conocedor de mi interés por la escultura, consideró que sería la manera más segura de retornar las piezas a Moore. Me facilitaron su número de teléfono y concertamos una cita para devolvérselas en la encantadora casa de techo de paja que los Moore tenían en Much Hadham, a varias horas de trayecto en coche desde Oxford. Allí, Moore y su esposa nos invitaron a tomar el té y nos ofrecieron un recorrido por su casa, estudios y jardines. Moore estaba inmerso en la creación de su imponente obra para el Lincoln

Center, demasiado grande como para caber en cualquiera de sus talleres, así que improvisó una enorme tarima metálica cubierta con plástico transparente en el césped, lo que le proporcionó un espacio donde poder trabajar en su obra en escayola al margen de las inclemencias del tiempo. Para acceder a la pieza y trabajar en ella, improvisó escalones temporales de escayola a ambos lados, lo que le permitía subir con un gran recipiente de escayola fresca, modelando con destreza cada detalle según requiriese su visión artística. Durante el recorrido, nos mostró muchas de sus esculturas más pequeñas, distribuidas por los jardines, todos cuidadosamente mantenidos. En un momento dado, exclamó: «¡Fijaos en eso!», y sacó de entre la tierra de uno de los parterres lo que parecía ser una pequeña escultura de Henry Moore. Era una suerte de hueso de animal blanqueado, que en sus manos parecía una obra de arte preciosa. Nos quedamos maravillados, aunque posteriormente sospeché que tal vez hubiera plantado el hueso allí para impresionarnos. De todos modos, disfrutamos de ese descubrimiento, así como del cuestionario que Moore me hizo después del té, mientras me mostraba su colección de miniaturas de todo el mundo, ninguna de las cuales fui capaz de identificar correctamente. «¿Esquimal?» «No, Neolítico yugoslavo». «¿Azteca?» «No, china». Esa tarde, de regreso a Oxford, Susan y yo nos sentíamos radiantes y suspirábamos de felicidad.

Mi escultura de mármol El lector en Atenas, 1963

Con Susan en Atenas, 1963

La licenciatura en Filosofía, a la que me inscribí, era un título relativamente nuevo, principalmente dirigido a estudiantes de América, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Concebido como un digno sustituto del doctorado, este programa intensivo de dos años culminaba con dos semanas agobiantes en las que entregabas una

tesis y te sometías a tres exámenes por escrito desalentadores. Fallar en cualquiera de estas pruebas significaba el fin, sin segundas oportunidades ni repeticiones (en aquel entonces, aproximadamente un tercio de los estudiantes de la licenciatura no lograban obtener el diploma). Desde entonces, el programa ha evolucionado y se han reemplazado los exámenes con la presentación de una serie de ensayos.

En esa época, en Inglaterra, y particularmente en Oxford, era posible obtener un puesto universitario sin poseer ningún título de posgrado. Tras obtener un first (equivalente al summa cum laude en Estados Unidos) en la licenciatura, se podía permanecer un año más sin deberes ni exámenes específicos para obtener un máster, el único título «avanzado» que la mayoría de los doctores de Oxford podían colocar tras su nombre (MA Oxon; es decir, máster en Artes por la Universidad de Oxford). Por aquel entonces, en Oxford había alrededor de ochenta filósofos —tutores universitarios—, pero solo tres eran catedráticos. Figuras como Grice, Strawson, Wiggins, Quinton, Anscombe, Foot, Murdoch, los Warnock (Geoffrey y Mary), entre otros, eran simplemente dons (académicos).

Todos los estudiantes de licenciatura tenían asignado un supervisor de entre los tres profesores de filosofía, y a mí me asignaron al profesor Ryle. Consciente de mi debilidad a la hora de redactar exámenes, me sentía inquieto. Pensaba que podría escribir fácilmente la tesis, bastante corta (de treinta mil palabras), pero estaba casi seguro de que suspendería al menos uno de los exámenes. A pesar de ello, decidí iniciar el programa, pues trabajar con Ryle había sido mi primera opción. A mi modo de ver, su libro The Concept of Mind (El concepto de lo mental) de 1949 era el mejor ejemplo de filosofía del lenguaje ordinario, con su vigoroso ataque, incluso a capa y espada, al «fantasma en la máquina», término despectivo con el que Ryle se refería al gran error de Descartes (que yo aún esperaba desenmascarar). Después de unos meses de reuniones semanales con Ryle, le confesé mi certeza de que suspendería uno de los exámenes y le pregunté si podía cambiarme al programa de licenciatura en Letras, que solo requería una disertación y se consideraba una especie de premio de consolación, una prueba de haber estudiado en Oxford. Luego me iría a Berkeley a hacer el doctorado. «Es posible que tengas que

conformarte con una licenciatura en Letras, pero ¿por qué no intentarlo con el doctorado en Filosofía?», respondió Ryle. El doctorado solo requería una tesis y un mínimo de dos años como estudiante, pero para ser aceptado en el programa necesitabas la recomendación especial de un profesor. ¡Ryle dijo que intentaría que me aceptaran! (luego supe que su influencia en Oxford era tan grande que, a todos los efectos, era una garantía de éxito). También me enteré, años más tarde, de que Ryle había sido uno de los principales impulsores del máster en Filosofía, que yo ingenuamente había criticado delante de él calificándolo de inhumanamente exigente. También supe —y no por él— que se había encargado personalmente de enviar mi solicitud al Hertford College después de que me rechazara su universidad, Magdalen. Había dado este paso infrecuente gracias a la imponente carta de recomendación de Quine. Qué suerte la mía).

Susan consiguió un trabajo a tiempo parcial en la Biblioteca Bodleiana, ayudando a catalogar las ilustraciones de los manuscritos medievales. ¡Qué placer! Los grandes libros de pergamino encuadernados en piel se depositaban con cuidado sobre una mesa, y la tarea de Susan consistía en identificar los objetos representados: animales, flores, árboles, agricultores y sus herramientas, santos, edificios, alimentos, etc. Pronto aprendió a distinguir cientos de objetos antiguos y, si se quieren ver representaciones de peces, perros, unicornios, escribas o príncipes en el siglo XII, hoy su búsqueda es posible en parte gracias al trabajo de Susan. Su jefe era el clásico bibliotecario inglés, que llevaba su erudición con ligereza, pero estaba completamente entregado a su proyecto. Le enseñó a Susan muchas cosas sobre la vida inglesa desde la Edad Media hasta mediados del siglo XX, y nos introdujo, por ejemplo, en la práctica de echar un poco de jerez de la licorera en la sopa.

En Oxford, no se impartían «cursos» en el sentido convencional. Había conferencias y seminarios programados, pero los profesores que los dirigían no llevaban registros de asistencia, ni siquiera conocían los nombres de los estudiantes, ni los examinaban ni les asignaban trabajos. Probé muchos de ellos y me acabé quedando en la mayoría. Recuerdo en especial las conferencias de Strawson sobre Kant y las de Grice sobre el significado, aunque tuve que hacer

frente a dificultades en el seminario de Grice. Hablaba con parsimonia, intercalando muchos «ums» en su discurso: «Este factor um, um, um... um, um, um ... ha sido um a menudo confundido um, um con…». A veces me extraviaba y dejaba vagar mis pensamientos libremente, solo para regresar de sopetón cuando me daba cuenta de que acababa de decir algo muy interesante, pero ¿qué? Una vez, hice un recuento de palabras y «ums» durante unos minutos; los «ums» ganaron por un pequeño margen. Luego estaban las elegantes conferencias de A. J. Ayer sobre epistemología. Todos los estudiantes estadounidenses asistíamos, por supuesto, y la mayoría intentábamos ser modestos y silenciosos, pero uno de nuestros compatriotas, Peter Unger, era la excepción. Se levantaba y rebatía con vehemencia con su acento neoyorquino: «¡Ah, profesor Ayer, creo que se equivoca de cabo a rabo! Está cometiendo un error bastante obvio…», mientras el resto de «yanquis» nos encogíamos de miedo. Pero Ayer disfrutaba con los retos a veces escandalosos de Unger, y en ocasiones resultaba un entretenimiento tenso.

En aquel entonces, en Oxford, yo era tan inseguro que llegué a dudar de mi capacidad para ser filósofo. A menudo, durante las discusiones, alguien más astuto me ponía en aprietos, encontrando vías de escapatoria y ambigüedades en mis propias palabras que yo no había percibido. Años más tarde, me curé de esa ansiedad cuando fui profesor visitante en Harvard y tuve una charla íntima con Robert Nozick, uno de los filósofos más inteligentes y rápidos que he conocido. Bob me confesó que su mayor obstáculo como filósofo no era que estudiara con rapidez, sino con demasiada rapidez. Si se le presentaba un argumento nuevo o una nueva área de investigación, como la teoría de la probabilidad, la teoría de las funciones recursivas o la lógica libre, lo entendía casi al instante. «Pero aquellos que comprenden con esfuerzo, que avanzan no sin ansiedad para evitar errores, a menudo son quienes detectan los problemas que yo paso por alto sin darme cuenta».

El hecho de que me aprobaran el doctorado en Filosofía fue liberador, en especial teniendo a Ryle como supervisor. Su obra El concepto de lo mental, junto con Investigaciones filosóficas de Wittgenstein, eran lecturas fundamentales para muchos de los estudiantes de posgrado. En aquel entonces, la filosofía del lenguaje ordinario estaba en boga en el mundo filosófico angloparlante, y

Oxford era el epicentro para los filósofos interesados en este campo. Los estudiantes de posgrado que peregrinaban a Oxford eran devotos, aunque, como es habitual, un tanto anticuados. El apogeo de la filosofía del lenguaje ordinario había terminado, con la muerte de J.L. Austin, de Oxford, en 1960. Aunque figuras como Paul Grice y Peter Strawson continuaban con trabajos muy interesantes, su labor estaba casi sepultada bajo la montaña de debates de poca monta en que había quedado reducido el legado de esta corriente filosófica. Fue una época caracterizada por una modestia afectada, en que ninguna pregunta era considerada demasiado insignificante como para no merecer un análisis sinuoso e informal acerca de «lo que diríamos» sobre «olvidarse de algo», «contar un sueño» o «ignorar a alguien». Este enfoque se inspiraba en algunos ejemplos incisivos de Austin, quien una vez escribió: «Distingamos entre actuar intencionadamente y actuar deliberadamente o a propósito, en la medida en que esto pueda hacerse atendiendo a lo que el lenguaje puede enseñarnos». Incluso hubo un estudiante de posgrado que escribió una disertación sobre el significado ordinario de la palabra «botella». ¿Qué altura debe tener un bote para ser considerado una botella? ¿Podría un tintero ser una botella? Las botellas son de plástico, e incluso de cuero; ¿puede una botella ser de metal?

Y luego estaba el culto a San Ludwig. Recuerdo una fiesta de estudiantes de posgrado donde cada uno llevaba su ejemplar de Investigaciones filosóficas y alguien comentó lo raídos y desgastados que estaban todos los libros. Hubo incluso un concurso para averiguar quién había manoseado más su ejemplar; cuando se proclamó el ganador, el segundo clasificado dejó a todos estupefactos al insistir en que ese era su segundo ejemplar, por lo que había tenido que copiar a este toda la marginalia del primero, que había quedado completamente deshecho. Aunque este ambiente casi religioso no sofocó mi aprecio por Wittgenstein, sí me llevó a una interpretación más iconoclasta de su obra.

Danny Daniels, cuyo nombre completo era Charles B. Daniels (1935-2012), fue otro de los estadounidenses que ingresaron en el programa de doctorado. Éramos al menos cuatro en total, junto con Dennis Stampe y Peter Unger. Danny era un individuo original y alegre, un rebelde, una especie de showman. ¿Era también un

estafador? Contaba que había sido un «hombre de hielo» en Estados Unidos, sin mencionar sus estudios universitarios, y parecía alegremente despreocupado por su falta de preparación para un doctorado en filosofía. La manera en que había sido admitido en el programa era un misterio, ya que no parecía dedicar mucho tiempo al estudio de la materia. Yo no frecuentaba los pubs, pero siempre que pasaba por la taberna Turf, allí estaba él, contando divertidas historias sobre sus muchas aventuras. Hablaba de sus encuentros con unas hermanas gemelas de Europa del Este, ambas supuestamente princesas, que competían por su atención amorosa, y de su estancia en España, donde al parecer había ido para aprender a fabricar guitarras y a tocarlas (aunque nunca le oí tocar). Durante su permanencia en España, recibió una notificación de reclutamiento en que lo reclasificaban como 1-A (Available for Unrestricted Military Service), pero se enteró de que concedían una exención médica si al posible recluta le faltaban los dos dedos gordos del pie. Convenció a un turbio médico español para que le amputara uno de ellos, pero la intervención resultó un desastre y Danny tuvo que regresar a Estados Unidos para que le salvaran la pierna. Le quedó un neuroma doloroso, y fue entonces cuando se enteró de que no eximían del reclutamiento porque a uno le faltara un dedo gordo del pie, pero sí por tener un muñón sensible; así que el neuroma lo libró de ir a Vietnam. Decidí confrontarlo respecto a su historia y le pedí que se quitara el zapato, a lo que accedió amablemente y, en efecto, le faltaba el dedo gordo en ese pie.

Danny consiguió un empleo enseñando economía a los aviadores de la base del Mando Aéreo Estratégico estadounidense en Brize Norton, ubicada cerca de Oxford, a unos kilómetros al oeste, en el marco del programa de extensión de la Universidad de Maryland. Lo logró a pesar de no haber estudiado economía en la universidad; se lo pregunté y me confesó que nunca había tomado un curso en la materia. Sin embargo, se las arreglaba para ir un paso por delante de sus estudiantes utilizando el libro de texto que se les proporcionaba. Este trabajo le otorgaba acceso al PX (el supermercado post exchange libre de impuestos, donde hacían la compra los militares estadounidenses y sus familias). Todas las semanas adquiría ingentes cantidades de licores, cartones de cigarrillos y los productos preferidos de los estadounidenses, como la mantequilla de cacahuate, para luego revenderlos en Oxford. Un

día, llamó a nuestra puerta y dijo, entusiasmado, que necesitaba ayuda: había aceptado un trabajo como tutor de estudiantes en el Christ Church College sobre los empiristas británicos. Sin embargo, admitió que no sabía quiénes eran esos empiristas. El retrato de John Locke, junto con los de Hume y Berkeley, el más famoso de los empiristas británicos, colgaba en un lugar destacado del comedor del Christ Church, donde Locke estudió medicina en el siglo XVIII. Le brindé un resumen sobre el tema (de media hora) y una breve bibliografía, y se fue tan contento a impartir clase a sus pupilos.

Todos los estudiantes estaban obligados a usar toga en clases, tutorías y comidas. Esta prenda variaba desde la toga corta negra de los «plebeyos», un chaleco corto con largas borlas, hasta la larga y vaporosa toga de los «académicos», similar a la toga negra básica de los coros. Los estudiantes graduados llevaban una versión más larga de la toga de los plebeyos. Para ceremonias especiales, como los exámenes, también era obligatorio llevar el «subfusc» (un pantalón y una chaqueta oscuros, camisa blanca y pajarita blanca). Hoy la toga solo se exige en este tipo de ceremonias. Como estaba casado, nunca residí en Hertford College ni tuve tutorías allí. En mi caso, las sesiones de tutoría fueron con Ryle en el Magdalen College. Sin embargo, asistí a algunas cenas y almuerzos en Hertford para socializar un poco y revisar el correo en mi buzón. En esa época, Hertford era conocido como refugio para los hijos de familias de nuevos ricos (entonces no había mujeres estudiantes) que ingresaban a Oxford gracias a sus contactos o donaciones de sus padres. Aunque no destacaba en la clasificación académica, su mesa de honor (donde comían los académicos) y su bodega gozaban de buena reputación. Entre los estudiantes universitarios, había algunos deportistas divertidos de los que rápidamente me hice amigo porque yo tenía un disco volador frisbee, toda una novedad para ellos. A menudo jugábamos con él en el patio de Hertford o en los parques después de comer. La demanda de frisbees era alta, así que pedí a mi madre que me enviara un paquete, y pronto tuve muchas solicitudes. Danny Daniels y yo intentamos establecer algo parecido a una distribuidora con Wham-O, el fabricante estadounidense, pero no obtuvimos respuesta suya. Sin embargo, Danny encontró una fábrica de plásticos en Berkshire que los producía a bajo coste (unos dos chelines, equivalente a unos veintiocho centavos de dólar estadounidense de entonces, por

unidad) y, aunque consideramos la posibilidad de dedicarnos a un delito industrial lucrativo, me alegra decir que finalmente descartamos la idea. ¡Ay, los caminos no tomados!

En aquel entonces, Oxford mantenía tradiciones y políticas antiguas. Los estudiantes, incluso los graduados, que vivían en la universidad debían estar dentro de sus colleges a las once de la noche, momento en que se cerraban los portones y las puertas principales. Si un estudiante no estaba presente a la mañana siguiente, el scout (el hombre que te limpiaba la habitación, incluidos el servicio de té y los vasos, te hacía la cama e incluso te lustraba los zapatos) debía informar al conserje, quien a su vez debía informar al decano, quien… Sin embargo, cada college tenía un secreto mal guardado sobre cómo entrar al recinto fuera del horario. En el Magdalen, por ejemplo, había una farola junto al muro del college en Longwall Street, protegida con un anillo de púas hacia abajo a unos dos metros del suelo. Aunque parecían intimidantes, podías agarrarlos (salvo que fueras muy bajo, en cuyo caso necesitabas un cómplice) y usarlos para trepar hasta la parte superior de la farola. Desde allí, podías pasar un brazo, luego una pierna y finalmente el resto de tu cuerpo por encima del muro, a través de una de las almenas. Una vez al otro lado, solo tenías que dar un pequeño salto hasta el tejado de chapa ondulada del cobertizo para bicicletas. Desde ese punto, la caída hasta el suelo era más corta y fácil.

Las monedas de curso legal seguían siendo libras, chelines y peniques, pero en dos años solo vi una moneda de chelín en circulación. Había peniques, monedas de dos peniques, tres peniques, dos bobs (también conocidos como florines) y medias coronas, pero ningún chelín. ¿La razón? Muchas personas, sobre todo estudiantes, utilizaban en sus alojamientos calefacciones de gas con contador de monedas que solo aceptaban chelines. Por tanto, se acumulaban chelines, y cada vez que llegaba el hombre del gas para recoger la recaudación, era esencial asegurarse de tener libras y monedas suficientes para cambiar por los chelines que sacaba del depósito de monedas. Recuerdo que uno de los pisos que vimos antes de encontrar nuestra joya en Beaumont Street estaba en Park Town, en el norte de Oxford. Al percatarnos de que faltaba el frigorífico en la diminuta cocina, la imponente casera, de aspecto

similar a Miss Marple, nos mostró una jaula de alambre situada fuera de la ventana de la cocina, en el lado norte. Nos aseguró que allí se mantenían frescos la leche, la mantequilla y el queso. Luego, con su profunda y retumbante voz, añadió: «Y si tenéis un taco especialmente grande, podéis guardarlo en mi fría despensa norteña» (por supuesto, se refería a una pieza de carne para un asado, no a una pieza de sustancia ilícita para liarse un porro).

En Oxford había tres cines. El ABC proyectaba películas de Hollywood y superproducciones de los estudios británicos. Por otro lado, La Scala, situada en Walton Street, estaba especializado en películas de arte y ensayo en versión original, mientras que el Moulin Rouge, ubicado en Headington, tenía una oferta variada. Susan y yo íbamos a menudo al cine, incluso si la única opción disponible era una película de calidad dudosa. Pagábamos solo «tres y seis» (tres chelines y seis peniques, aproximadamente cincuenta céntimos), lo cual era una ganga incluso para entonces. En una ocasión, llamé a La Scala para preguntar qué película proyectaban, y la joven que me atendió dijo que no lo sabía. Le sugerí que saliera y lo leyera en la marquesina. Tras hacerlo, regresó para informarme de que no podía leerlo porque estaba en otro idioma. La animé a intentarlo de nuevo, y finalmente logró descifrar que se trataba de una película francesa llamada About a Soufflé («Sobre un suflé»), que resultó ser la famosa película de Jean-Luc Godard À bout de souffle.

Durante ese año, adquirí un libro titulado The Jenguin Pennings, una recopilación de las entretenidas columnas «Oddly Enough» que Paul Jennings escribía semanalmente para The Observer. Una de las columnas que más me inspiró fue «Ware, Wye, Watford», en la que convertía los nombres de pueblos y ciudades en sustantivos, verbos y adjetivos, con frases como «hoy me siento un poco wembley». Esto fue posiblemente el detonante de mi Philosophical Lexicon, del cual hablaré más adelante. Pasé muchas horas indagando en la librería Blackwell's, que albergaba, y seguramente albergue aún, la mayor selección de libros de filosofía del mundo. En una ocasión, mientras hojeaba libros, entablé conversación con un hombre mayor que yo, estadounidense, que también estaba rebuscando entre los estantes de filosofía. Me dijo que era profesor de esta materia en Yale, aunque algo en sus modales me hizo sospechar que

en realidad era un turista americano con ganas de divertirse bromeando un poco. Durante nuestra conversación, le pregunté dónde se alojaba y, tras una breve pausa, respondió que se hospedaba en Balliol, la universidad que se encontraba al final de la calle. Su respuesta me pareció un poco improvisada. A medida que continuamos discutiendo de filosofía, todas sus respuestas confirmaron mis recelos de que se trataba de un impostor. Pensé que no había lugar a dudas, y recuerdo que regresé a casa a cenar y le conté a Susan lo entretenido que me había resultado engañar a aquel turista sin desenmascararlo. Sin embargo, unas semanas más tarde, mientras veíamos un programa en la BBC, bastante pedante, sobre la enorme influencia de los judíos europeos (Einstein, Freud, Wittgenstein...) en el pensamiento del siglo XX, reconocí a aquel hombre: allí estaba él, ¡el profesor de Yale Paul Holmer! Aunque, a decir verdad, no era el tipo de filósofo que solíamos admirar.

5

EL DESCUBRIMIENTO DEL NATURALISMO: ¿UNA FORMA DIFERENTE DE SER FILÓSOFO?

Un día, durante mi primer año en Oxford, me vi inmerso en una prolija discusión con otros estudiantes de filosofía sobre la peculiar experiencia de que a uno se le «duerma» un brazo y se le quede entumecido y sin control por unos minutos, colgado indefenso del hombro. ¿Cuál era la causa de esta anomalía? Compartimos nuestras experiencias, todos habíamos experimentado algo similar, lo cual era realmente notable. Comencé a preguntarme en voz alta a qué se debía: ¿era la presión sobre los vasos sanguíneos lo que dejaba sin energía a los nervios, o era la presión directa sobre los nervios lo que los desconectaba temporalmente? Mis compañeros de estudio me miraron como si estuviera loco. ¿Qué tenían que ver la anatomía o la neurofisiología con nuestros estudios? Para mí, eso era un rompecabezas filosófico que requería análisis, no solo lecciones de anatomía. Me sorprendió la falta de interés por el fenómeno físico y, una vez terminada la sesión, me dirigí a la biblioteca en busca de respuestas. Aquel fue el inicio de mi educación científica. Terminé pasando más tiempo en la Biblioteca Científica Radcliffe que en la Bodleiana, y pronto pasé a adentrarme en enciclopedias y luego en libros y artículos de revistas. Aunque no sabía nada sobre el sistema nervioso, si estaba interesado en el concepto de mente, como lo estaba sin duda, tendría que aprender sobre el cerebro. El profesor Ryle fue tolerante con mi convicción, aunque él mismo tenía escasos conocimientos científicos, especialmente en neurofisiología y neuroanatomía (el término «neurociencia» ni siquiera había llegado aún). Me recomendó a un profesor de neuroanatomía, conocido suyo, y me animó a investigar en el campo de la psicología experimental, donde encontré a Brian A. Farrell, que entonces era lector Wilde de Filosofía Mental. Este título, reservado a un filósofo residente en el Departamento de Psicología Experimental, pero al que se le prohibía explícitamente

realizar experimentos, era una posición única (quienes crearon la cátedra sabían lo que hacían. A los psicólogos les habría encantado nombrar a un colega psicólogo para ese puesto y llamarlo filósofo, pero eso quedaba descartado por la prohibición). Brian me guio y me enseñó mucho sobre psicología, incluida una introducción a la obra de J. J. Gibson. Escribió un excelente artículo de filosofía titulado «Experience» (1950), publicado en Mind, la revista dirigida por Ryle, y que más tarde se incluyó en una recopilación de artículos llamada simplemente The Philosophy of Mind (La filosofía de la mente), publicada por Prentice Hall, un texto ampliamente utilizado en clases de filosofía de la mente. El artículo de Farrell abordaba explícitamente la cuestión de qué es ser un murciélago, un cuarto de siglo antes de que Thomas Nagel publicara su famoso artículo. En una ocasión, lo señalé en una nota al pie, y años más tarde Tom, avergonzado, me escribió explicándome que a menudo le preguntaban cómo se le había ocurrido escribir su artículo, y que siempre se refería a unas vacaciones que pasó en una casa en Long Island donde había una gran población de murciélagos, lo que despertó su interés. Sin embargo, al revisar su ejemplar de La filosofía de la mente, vio que había subrayado las frases de Farrell y había marcado el pasaje sobre los murciélagos con anotaciones al margen.

Nunca he dado mucha importancia a las disputas de prioridad en filosofía; todos los filósofos tenemos acceso a las mismas literaturas y a las modas y tendencias que surgen en ellas, y a menudo se trata simplemente de tener, más o menos simultáneamente, la misma reacción ante algo destacado que se ha publicado recientemente. En una ocasión, Doug Hofstadter y yo discutimos sobre quién había tenido primero la ocurrencia de «A donde tú puedas ir, yo puedo ir más allá»; yo le atribuí el mérito a él, y él, a mí. Bueno, es una frase memorable que resume perfectamente el modo habitual de trabajar de los filósofos. De hecho, me ha complacido, más que ofendido, ver cómo muchas de mis ideas (bueno, creo que fueron mis ideas primero) han sido redescubiertas, reinventadas, por filósofos en el último medio siglo sin ningún reconocimiento. Mi estilo de escritura suele ser tan fluido que a menudo los filósofos no se dan cuenta de lo que están absorbiendo al leer mis libros y artículos. Pero eso no importa; lo que realmente importa es comprender las ideas.

Por otro lado, el plagio, como todos sabemos, es el mayor pecado académico. A lo largo de los años, he tenido varios estudiantes que han presentado trabajos plagiados. Después de los primeros casos, decidí advertir a mis estudiantes al inicio del curso que considero que no hay excusa para el plagio, y que, si alguna vez descubro a un estudiante plagiando, no solo le suspenderé el curso, sino que también haré todo lo posible para que sea expulsado. «Suspende el curso, abandónalo, pídeme una prórroga. Pero no plagies». Esto capta la atención de cualquiera. Recuerdo el primer trabajo plagiado que recibí de una estudiante de Irvine. Era tan ingenua que no se dio cuenta de que ninguna joven de California en los años sesenta escribiría, o podría escribir, usando las majestuosas cadencias victorianas de Benjamin Jowett, el famoso traductor de Platón de Oxford. Se había limitado a copiar la mitad de la introducción a uno de los diálogos platónicos y lo presentó como sus propias reflexiones sobre el tema. Se libró con una reprimenda y una advertencia. El caso más notable fue el de una mujer de nuestro programa de máster en filosofía en Tufts. Era una alumna excepcional, llena de ideas y objeciones, siempre participativa en clase, y con una sed insaciable de conocimiento. Nos parecía maravillosa. Quería continuar en el programa de doctorado del MIT, y le escribí una carta de recomendación muy entusiasta, apoyando mis argumentos con varias páginas fotocopiadas de un trabajo que había hecho para mí sobre las diversas posturas de B. F. Skinner sobre el conductismo. Pensé que sería una buena manera de mostrar al comité de admisiones del MIT su erudición y agudeza de mente. Unos días después, recibí una llamada de Ned Block, entonces en el MIT, y me comunicó que reconocía el trabajo sobre Skinner: lo habían extraído de una tesis doctoral en Harvard donde él era examinador externo. Lo comprobé en la Biblioteca Widener y tenía razón: había copiado palabra por palabra esa tesis inédita. En aquel momento, yo era el director del Departamento de Filosofía y convoqué una reunión para decidir qué hacer. Aunque la alumna había obtenido sobresalientes e incluso algunas matrículas de honor en todos nuestros cursos, ahora sus notas estaban en entredicho. En aquella época (antes de internet), la investigación era una tarea ardua, pero parecía que todos íbamos a tener que convertirnos en detectives por un tiempo. Se me ocurrió lo siguiente. La llamaría a mi despacho, le daría primero la oportunidad de confesar y luego la confrontaría con las pruebas que había fotocopiado de la tesis de

Harvard. Después de daría dos opciones: (1) podía aferrarse a su condición de estudiante, en cuyo caso el departamento le suspendería todas las asignaturas, buscaríamos sus fuentes y la someteríamos al tipo de juicio que las universidades tienen para estos casos (y ya la teníamos tocada de muerte por una imputación). O (2) podía aceptar abandonar Tufts de inmediato por «razones personales» no reveladas y firmar una declaración que yo había preparado para ella, que se incluiría en su expediente y prohibiría a Tufts a perpetuidad revelar cualquier información o expediente académico suyo, incluso el reconocimiento de que alguna vez había estado allí.

La llamé y le ofrecí la oportunidad de confesar, pero no dijo ni una palabra. Luego, le presenté las pruebas y las opciones y, como era de esperar, optó por la segunda. Eso no fue todo. Sabía que ella tenía un profundo interés, incluso apasionado, en cómo funciona la mente. Aunque no podía ayudarla en su situación actual, pensé que podría estar dispuesta a explorar conmigo qué pasaba por su mente mientras copiaba esas páginas. ¿Qué pensamientos la invadían? ¿Qué razones se daba para justificar o explicar su comportamiento? ¿Cómo una mujer tan inteligente podía hacer algo así? Me sentía genuinamente interesado y habría pasado horas discutiendo de tema con ella, pero, por desgracia, guardó un silencio total, así que nunca supe cómo lo hizo. Pensé que habíamos manejado la situación de manera adecuada, pero menos de un año después recibí en casa una llamada nocturna de Israel (Izzy) Scheffler, un filósofo de la Escuela Superior de Educación de Harvard, que me dijo que tenía un problema. Tenía una estudiante que había estado en Tufts (o eso pensaba, porque una vez me había mencionado), pero, cuando preguntó sobre ella en Tufts, le negaron cualquier conocimiento de su existencia. «¿Y cuál es el dilema?», pregunté, sin admitir que sabía algo sobre ella. Me contó que la había sorprendido plagiando un trabajo trimestral y me preguntó qué pensaba que debía hacer al respecto. «Bueno, Izzy, es solo mi consejo, pero esto es lo que creo que no deberías hacer. No deberías prometerle que guardarás el secreto y dejarla que se vaya de rositas». Desconozco lo que Izzy hizo, y nunca volví a saber de ella, ni dio señales de vida. Espero que haya encontrado un camino hacia una vida gratificante (y honesta).

Entiendo lo fácil que es cometer un plagio negligente (no deliberado). Hace algunos años, Robert Kane me pidió que escribiera un artículo para su antología The Oxford Handbook of Free Will. Acepté de buen grado y redacté un borrador, pero mientras lo revisaba antes de enviárselo a Kane, me asaltó un pensamiento inquietante. ¿No eran las ideas principales de este trabajo las mismas que mi antiguo alumno, el pianista Christopher Taylor, había desarrollado en su trabajo de fin de curso, unos años atrás, en mi seminario?

Afortunadamente, había guardado una copia y, en efecto, había reformulado los puntos de Kit Taylor en mi propio lenguaje. ¡Estuve a punto de cometer un error horrible! Me puse en contacto con Kit y lo invité a ser el autor principal de un artículo sobre el libre albedrío para la antología de Kane. Para entonces, estaba dando conciertos por todo el mundo, pero le gustó la idea, y trabajamos juntos muchas horas en nuestro artículo, y más tarde escribimos una versión revisada para la segunda edición. Las notas de Kane sobre los colaboradores no enumeran las publicaciones filosóficas de Kit —esta fue su primera—, ¡pero incluye su discografía!

Casi caigo en el plagio yo mismo. Además, cometí el que quizás sea el único caso de plagio inverso. En 2003, publiqué mi segundo libro sobre el libre albedrío, Freedom Evolves (La evolución de la libertad), y luego participé en una conferencia sobre el tema, donde el filósofo Alfred Mele señaló que le había atribuido algo que denominé el «principio de responsabilidad por defecto»: básicamente, si estás causalmente implicado en una acción y nadie más es responsable (ya sea por hipnosis, coacción o neurocirugía malintencionada), entonces eres responsable. Mele insistió en que nunca había formulado tal principio, pero, al revisar mis antiguas notas sobre su libro, incluso indicaba el número de página, así que tomé mi ejemplar y, en efecto, había escrito en el margen «principio de responsabilidad por defecto». Era una idea mía, pero provocada (o inspirada, si se quiere) por lo que él había escrito. Por suerte, el «principio de responsabilidad por defecto» resultó ser una idea sólida. Si hubiera sido una idea que yo hubiera inventado, inspirada por él, y luego la hubiera descartado, ¡habría sido harina de otro costal! Otra vez me salvé por los pelos.

Una de las primeras ideas «originales» que tuve sobre el cerebro fue una que ya he mencionado: cuando me familiaricé con las neuronas y las redes neuronales, imaginé un proceso que, como la selección natural, podía remodelar el cerebro «sin pensar», para aprender lo que fuera necesario. Esa idea se convirtió en la columna vertebral de mi tesis, junto con una explicación de la conciencia que diferenciaba claramente la de los seres humanos de la de los animales. Otra idea clave de mi tesis se inspiró en una serie de artículos de Hilary Putnam, comenzando por «Minds and Machines» (1960). Un amigo en Oxford había asistido a una conferencia de Putnan (entonces en el MIT) sobre el tema y me trajo una fotocopia de otro artículo suyo más reciente sobre los robots, lo que en un inicio me llenó de frustración, ya que había pasado meses pensando en el artículo de 1960 y había llegado más o menos a la misma conclusión que sostenía Putnam en su nuevo artículo, pero él iba un poco más allá. Luego, hubo un tercer artículo de Putnam, que una vez más superó mis conocimientos. Recuerdo haber comentado a mis amigos que desearía que Putnam se distrajera de ese tema por un tiempo, para que yo consiguiera ponerme al día. Por desgracia, mi deseo pronto se hizo realidad. La guerra de Vietnam empujó a Putnam a una campaña antibelicista de varios años, durante la cual estuvo al borde de la locura (más tarde, cuando ya éramos amigos y colegas, me dijo que consideraba aquel periodo de su vida como un brote psicótico, lo cual creo que es la forma correcta de decirlo. Contaré más sobre Hilary en breve).

Otra fuente primordial de inspiración fue el físico (¡y filósofo!) Donald M. MacKay, uno de los brillantes pensadores que ha dado Gran Bretaña, y cuyos primeros trabajos sobre «cibernética» sentaron las bases de la informática. Era miembro del Ratio Club, un grupo informal que se reunía para cenar y debatir sobre cuestiones cibernéticas y del que formaban parte Alan Turing, W. Ross Ashby, W. Grey Walter, Horace Barlow, I. J. Good y media docena más. El pequeño libro de ensayos de MacKay Information, Mechanism and Meaning (1970) es una verdadera mina de oro de sabias observaciones sobre los tres temas del título. Además, escribió un artículo sobre el libre albedrío que ningún filósofo debería ignorar. MacKay es también conocido por su definición de información, citada mucho y mal, como «una diferencia que marca una diferencia». Fue uno de los primeros científicos que conocí que

adoptó una actitud positiva y productiva hacia la filosofía. Aunque no lo conocí durante mi tiempo en Oxford, mantuvimos una breve correspondencia. Cuando terminé mi tesis doctoral en Filosofía, le envié un ejemplar por correo, sin que él la solicitara. Me respondió con una carta reflexiva y valiosa. Más tarde nos encontramos en varias ocasiones durante sus visitas a Estados Unidos, incluida una en la que le invité a dar una charla en Tufts. Uno de los temas que discutimos constructivamente fue su devota fe cristiana, que por supuesto yo no compartía. Aunque nunca logró ni de lejos convencerme para que me uniera a una iglesia, MacKay me sirvió como un excelente modelo de científico brillante cuya mente no estaba limitada de ningún modo por su fe; una rareza en mi experiencia (véase el capítulo 27). También aprendí sobre cómo pensar la información en el cerebro, todavía un gran enigma para la ciencia cognitiva, a partir de un libro publicado por el joven matemático y neurocientífico Michael Arbib titulado Brains, Machines, and Mathematics (1964), así como de una de las primeras antologías de los primeros trabajos sobre inteligencia artificial, Minds and Machines (1964), editada por el lógico de Pittsburgh Alan Ross Anderson.

Según la leyenda, y tal vez sea cierto, la Sociedad Voltaire de Oxford fue fundada por un estudiante que, falsamente, afirmó en una entrevista de trabajo en Londres que había fundado un grupo de discusión filosófica llamado la Sociedad Voltaire, y que su patrón era Bertrand Russell. Cuando el estudiante regresó a Oxford, fundó inmediatamente la sociedad e invitó a Bertrand Russell a ser su patrón, y Russell aceptó. Cada trimestre, había un nuevo presidente, cuyas responsabilidades incluían invitar a tres oradores para el siguiente trimestre, junto con comentaristas, y escribir una carta a Russell sobre las actividades de la sociedad. Russell solía responder. Cuando me tocó ser presidente, uno de los ponentes a los que invité fue Alan Anderson, quien en ese momento era profesor visitante en la Universidad de Manchester. Le pedí que hablara sobre inteligencia artificial (en lugar de su especialidad, la lógica relevante) y estuvo encantado de hacerlo.

No intentaré recordar todos los demás artículos y libros sobre inteligencia artificial y el cerebro que leí mientras investigaba para mi tesis. Sin embargo, también busqué artículos relevantes en

revistas de filosofía. Casi ningún filósofo escribía sobre la investigación científica de la mente, pero los principales filósofos australianos de la mente, J. J. C. Smart y David Armstrong, estaban escribiendo excelentes ensayos y libros proponiendo y defendiendo el materialismo y la llamada teoría de la identidad de la mente: la afirmación de que la mente y el cerebro eran idénticos, y que los sucesos mentales de todo tipo (si se pensaba detenidamente en ello) eran cosas que ocurrían en el cerebro. Esto generó decenas de artículos de filósofos que se centraban en cuestiones delicadas sobre cómo enmarcar las identidades propuestas. ¿Eran las imágenes mentales o las experiencias de tener imágenes mentales idénticas a los procesos cerebrales (o deberíamos decir «estados cerebrales» o «eventos neuronales» o...)? El lingüista James McAuley bromeó una vez sobre cómo distinguir a los filósofos de los lingüistas: dijo que el filósofo era aquel que leía un artículo sobre la paradoja del verdugo en una conferencia sobre la pena capital. Y un filósofo (¿era Kierkegaard?) dijo una vez que, cuando se les muestra una flecha a los filósofos, estos se concentran en la flecha en lugar de en lo que señala. Era obligatorio que me enfrentara a la teoría de la identidad propuesta por los australianos en mi tesis, y escribí un capítulo muy quiniano, pero también bastante ryleano, para quitármela de en medio; o eso pensaba yo.

Con respecto a estas dos influencias: cuando llegué a Oxford, me consideraba el archiantiquiniano, pero tanto los compañeros de posgrado como los profesores de filosofía me identificaron inmediatamente y con acierto como el «quiniano local», pues aceptaba mucho más de su perspectiva que cualquiera de ellos. También pensaba que la influencia de Ryle sobre mí era mínima, a pesar de que me levantaba el ánimo cuando a menudo iba a verlo mientras pensaba en dimitir debido a las dificultades que estaba encontrando. Al comparar mi tesis terminada con un primer borrador descartado, descubrí que la influencia de Ryle estaba en todas partes, lo que me hizo avergonzarme por decir a quien me preguntara que Ryle, aunque había sido un buen dinamizador para mí, apenas me habían influenciado. Reconocía su poder para emplear muchos ejemplos y analogías que desafiaban la imaginación de los lectores, así como su habilidad para detectar presuposiciones no examinadas. Por poner solo un ejemplo de un movimiento mío, inspirado en Ryle, consideremos qué es la «voz».

¿Es un órgano físico que puede tensarse, un sonido grabable y reconocible, un acontecimiento, un proceso? ¿Se debe identificar la voz con la laringe?

La palabra «voz», tal como se descubre en su peculiar entorno de contextos, no se ajusta perfectamente a la dicotomía entre lo físico y lo no físico que tanto desconcierta al teórico de la identidad. Aun así, esto no implica que la palabra sea vaga, ambigua o insatisfactoria por otras razones. Este hecho no debería llevarnos a adoptar una postura dualista cartesiana respecto a las voces; tratemos de evitar crear un problema adicional de voz-garganta para acompañar al problema mente-cuerpo.

Ahora estoy de acuerdo en que (como alguien comentó en una reseña de uno de mis libros) soy el resultado de cruzar a Quine con Ryle.

MÁS SOBRE RYLE

En 1961, Ved Mehta publicó un artículo en The New Yorker sobre la controversia desatada en Inglaterra por la negativa pública de Ryle a reseñar el libro de Ernest Gellner Words and Things (1959) en Mind, una de las revistas filosóficas más importantes del mundo angloparlante, que él dirigía. El libro de Gellner era una crítica mordaz contra la filosofía del lenguaje ordinario, y Ryle lo consideró una falta de respeto especialmente hacia su amigo J.L. Austin, quien entonces se hallaba moribundo. En la sección de cartas del Times de Londres se debatió mucho al respecto, y Ryle aún tenía que lidiar con las consecuencias cuando llegué a Oxford. Me contó que Bertrand Russell, quien había escrito el prólogo del libro de Gellner, le envió una nota criticando su decisión de no revisarlo: «Lo que deberías hacer en un caso así es esperar un año más o menos y luego publicar una reseña crítica muy breve con el

nombre del autor mal escrito». Aunque Ryle y Russell nunca fueron amigos cercanos, Ryle compartió conmigo una anécdota sobre un encuentro anterior entre ambos, durante un trayecto bastante largo a algún lugar de Escocia, en un tren, donde se esforzó por encontrar un tema de conversación adecuado con Russell. Finalmente, Ryle le tanteó: «¿Por qué crees que John Locke ha sido tan influyente, cuando no era ni tan buen escritor ni tan buen pensador como Hume o Berkeley?». Después de reflexionar un momento, Russell respondió: «Es porque John Locke inventó el sentido común, y desde entonces solo los ingleses lo tienen».

Ryle pasaba la mayor parte del tiempo, cuando era mi asesor, editando Mind. Despreciaba el síndrome estadounidense de «publicar o perecer» y hacía todo lo posible por subvertirlo. Consciente de que una sola publicación en Mind podía garantizar el futuro de muchos profesores no titulares en Estados Unidos, prestaba especial atención a las propuestas de estos. Si sus ensayos eran medianamente presentables, no solo los publicaba, sin pasar por una revisión por pares, sino que también los adelantaba en la cola de artículos aceptados de autores consagrados. Entretanto, los artículos de distinguidos filósofos de todo el mundo languidecían durante años en el limbo de los de «próxima publicación». Me propuse no enviar nunca un artículo a Mind hasta que leí The Language of Thought (1975) de Jerry Fodor, e hice llegar a Ryle, sin que me lo solicitara, una extensa reseña o «Nota crítica» cuando yo llevaba ya media docena de años como profesor titular.

Al igual que la mayoría de los filósofos, Ryle no se preocupaba mucho por su vestimenta. Una vez, en un día de invierno, nos encontramos en la cola del Barclay's Bank donde yo estaba esperando para cobrar un cheque. Cuando se dio la vuelta y me saludó, noté que llevaba los calzoncillos térmicos subidos hasta la mitad del chaleco. Aunque era una estampa de lo más peculiar, opté por no mencionárselo, una decisión que probablemente fue acertada. Su vecino en la escalera del Magdalen era Jim Quitslund, uno de mis compañeros de habitación en Harvard, becario Rhodes y un pianista excelente. Jim, que sabía quién era su eminente vecino gracias a mí, decidió presentarse y preguntarle si podía poner su fonógrafo durante el día y, en caso afirmativo, cuáles eran sus preferencias o aversiones musicales. Ryle le respondió: «Pon lo que

quieras, me da lo mismo. Toda la música me suena a granizo sobre un tejado de zinc, y solo hay dos melodías que reconozco: God Save the Queen y Rule, Britannia! Y, como no puedo distinguirlas entre sí, ¡defiendo ambas!».

Los restaurantes en Oxford en aquellos días solían ser bastante mediocres, pero había una excepción notable: el legendario Restaurante Elizabeth en St. Aldates, frente a Christ Church. Susan y yo teníamos muchas ganas de visitar este lugar, conocido por su excepcional bodega, considerada una de las mejores de Inglaterra y quizás de toda Europa. Ahorramos dinero con el fin de celebrar la entrega de mi tesis (pensando que no tendría más ocasiones que celebrar antes de dejar Oxford) e invitamos a Ryle a acompañarnos. El ambiente del restaurante era formal y hablábamos en voz baja sobre los platos que íbamos a pedir. Cuando llegó el momento del vino, Ryle dijo: «Vosotros pedid lo que queráis; yo elegiré por mi cuenta». Así lo hicimos: optamos por media botella de Chablis para el entrante y otra media de Nuits-Saint-Georges a un precio razonable para los platos principales. Pero, cuando el camarero se volvió hacia Ryle para preguntarle qué iba a beber, este respondió: «Tomaré una pinta de bitter». La respuesta dejó al camarero perplejo. Probablemente, nunca habían servido una pinta de cerveza en ese templo del vino. Tartamudeando, el camarero explicó que la comida que había pedido tenía una salsa de vino bastante rica y que una pinta de bitter no era la mejor elección.

—Gracias por el consejo —respondió Ryle con una sonrisa—, pero eso es lo que me apetece.

El camarero se excusó y regresó al cabo de un minuto con el propietario, el señor López, reluciente con su corbata blanca y frac.

—¿Parece que hay un problema, señor?

—Me parece que no —respondió Ryle.

El señor López repitió el amable consejo que ya le había ofrecido su camarero, pero Ryle no cedió en su elección. Finalmente, con un gesto de profunda resignación (¿o era desesperación?), el propietario se recompuso y le dijo con firmeza que el Restaurante Elizabeth no podía servirle una pinta de cerveza con ese plato.

—Muy bien —dijo Ryle—. ¿Qué tiene para acompañar una pinta de cerveza?

Acabó tomando un poco de pollo frío y ensalada, y el camarero no tardó en aparecer con una pinta de bitter, que sin duda había tenido que comprar calle abajo en alguno de los pubs cercanos.

Este incidente me lleva a recordar una de mis experiencias como presidente de la Sociedad Voltaire. El lógico Peter Geach y su esposa, Elizabeth (Miss) Anscombe, vivían a unos cincuenta metros de nuestro piso, en St. John Street. A menudo veíamos a Peter pasar por delante de nuestra casa de camino a la estación de tren. Aunque enseñaba en Leeds, se le veía mucho por Oxford, acompañado de su mujer, una destacada filósofa y alumna de Wittgenstein; de hecho, era una de sus albaceas literarias. Como me había enzarzado varias veces en discusiones con ella, la conocía, por eso pensé en pedirle en su lugar a Geach que diera una charla en la Sociedad Voltaire. Pasé por su casa a invitarlo y Geach aceptó de buena gana. Le pregunté quién podría ser un buen comentarista y al principio no se le ocurrió ningún nombre, pero Miss Anscombe sugirió a Geoffrey Warnock, señalando que había tenido ya algunas discrepancias con él en el pasado. «Oh, supongo que tienes razón», respondió Geach distraídamente, así que fui a invitar a Geoffrey Warnock a ejercer de comentarista sin saber, inocente de mí, que los Geach-Anscombes y los Warnock apenas se hablaban. A pesar de esto, Warnock aceptó y me aseguré de que le enviaran por adelantado el artículo de Geach, «Los peligros de Pauline», para que pudiera preparar su respuesta con antelación.

El procedimiento era que tanto el conferenciante como el comentarista cenaban con los miembros de la mesa del Voltaire antes de la reunión nocturna. Los miembros de la mesa costeaban la comida de los invitados. Por supuesto, invité a Anscombe (pero no a Mary Warnock), y dado que era mi última noche como presidente del Voltaire, también invité a Ryle, a quien deseaba tener presente en la cena. Los comedores privados de las facultades que habíamos utilizado estaban todos reservados, así que me apresuré a encontrar un restaurante que pudiera acogernos a todos a un precio razonable. Finalmente, llegué a un acuerdo con el propietario del hotel Tackley, en High Street, un tal señor Dennett (la primera vez

que conocía a un Dennett que no fuera un pariente cercano mío). Acordamos un aperitivo de jerez con cacahuetes, un entrante, una chuleta de «ternera» (aunque sería de cerdo disfrazada, según divulgó la señora Dennett, para disgusto del señor Dennett), acompañada de patatas, verduras y vino, y de postre, una crème caramel como «pudin», todo por el módico precio de una guinea por persona, con el servicio incluido. Una guinea equivalía a una libra y un chelín, y éramos trece personas, así que puse cuidadosamente trece libras y trece chelines en un sobre antes de dirigirme al hotel Tackley la noche señalada.

La cena transcurrió sin contratiempos, con una animada conversación filosófica. Sin embargo, cuando el camarero me entregó la cuenta, excedía las quince libras. Con el deseo de evitar montar una escena, me excusé con los invitados y me dirigí a la trastienda, donde encontré al señor Dennett en su escritorio. «No pudimos mantener el precio de una guinea por persona», dijo, con una leve sonrisa, mientras yo le entregaba el sobre y le expresaba mi pesar por cualquier pérdida que pudiera ocasionarle la cena, pero que habíamos llegado a un acuerdo. Regresé a la mesa, pero, cuando todos nos levantamos para marcharnos, el señor Dennett envió a sus camareros a darnos la tabarra, gritándonos y apremiándonos a bajar las escaleras hasta la calle. Qué demonios estaba pasando, se preguntaban Geach, Anscombe, Warnock y Ryle. Les expliqué la situación mientras los camareros seguían de pie en la puerta del hotel gritándonos y haciéndonos gestos groseros. Ryle, al empezar a caminar hacia el Worcester College para la reunión, se volvió hacia ellos y blandió su puño, a la vez que gritaba: «¡Banditi mexicanos!». Aunque dudo que fueran mexicanos, definitivamente no eran ingleses. Fue la única vez que oí a Ryle hacer un comentario tan elitista, pero fue debidamente provocado y todos en nuestro grupo lo acogimos con agrado.

La noche ya había sido bastante aventurera, pero aún nos esperaba más. Al llegar a nuestra sala en Worcester, ocupé como anfitrión el asiento central en un sofá largo y bajo, con Geach a mi derecha y Warnock a mi izquierda, mientras que el público y otros invitados ocupaban las sillas frente a nosotros. Geach leyó sentado su ponencia (como era la costumbre en aquel entonces), y pronto me di cuenta de que se trataba de un ataque apenas disimulado contra

el difunto J.L. Austin, a quien Warnock admiraba profundamente. En presencia de Warnock no se toleraban comentarios irrespetuosos sobre Austin. Estaba impaciente por oír la respuesta de Warnock, y no tardó en llegar el momento. Warnock también estaba sentado, leyendo su comentario en el tono intrínsecamente tranquilo y superior de Oxford, pero lanzando dardos verbales a Geach. Todos estábamos en tensión y a la expectativa, cuando de repente oí el fuerte golpe de un manotazo a mi derecha. Me volví y vi que Geach había juntado las manos y temblaba violentamente. Por un momento, pensé que tal vez estaba sufriendo un ataque epiléptico. Sin embargo, pronto dejó de temblar y comenzó a escribir frenéticamente en su bloc de notas de rayas amarillas. Me acerqué para intentar ver lo que estaba escribiendo, pero no lo entendí: no parecía estar en inglés. Más tarde supe que Geach, formado con los lógicos polacos, tenía la peculiar creencia de que el polaco era el idioma del pensamiento y que escribir en polaco era una forma de evitar confusiones. Warnock siguió tranquilamente con su lectura, lanzando elegantes dardos mientras avanzaba en su argumentación. De repente, Geach se levantó de un salto de su asiento junto a mí en el sofá y comenzó a balancearse frente a Warnock. ¿Qué debía hacer? Me sentía impotente sentado allí, apenas a unos centímetros del suelo. Afortunadamente, Miss Anscombe, quien estaba en la primera fila, intervino con un «¡Chis!» y un gesto de advertencia con el dedo. Geach se arrodilló junto a su silla y murmuró en voz alta: «¡Esto es una desfachatez! Voy a llamarle la atención». Ella le susurró algo al oído, y mi amigo, que estaba sentado justo detrás de ella, me contó más tarde que le dijo: «Ahora, Peter, sé un buen chico y espera sentado el debate», lo cual hizo obedientemente. Después de que Warnock terminara su presentación con bisturí intelectual, nos tomamos un breve receso para tomar café y recoger las cuotas. Al regresar, al cabo de unos diez minutos, Ryle me hizo una señal para que lo llamara, a la cual accedí con sumo gusto. Luego, con calma y buen humor, comenzó a caricaturizarse a sí mismo, haciendo un uso generoso de ejemplos y disipando amablemente cualquier tensión que hubiera quedado en el ambiente. Después de su intervención, no había motivo alguno para que Warnock y Geach se enzarzaran en una pelea física.

Años más tarde, durante una cena con Warnock, quien para entonces era director de mi antiguo college, Hertford, le mencioné

que yo había sido el joven estadounidense inexperto (y entonces imberbe) que se encontraba tembloroso entre él y Geach en la Sociedad Voltaire en 1964. ¿Qué esperaba que hiciera Geach mientras se balanceaba sobre él? Warnock dijo que esperaba recibir una fuerte patada en la espinilla, pero que eso no le habría impedido continuar leyendo su artículo. ¿Hay alguien que pueda mantener la sangre fría mejor que un académico de Oxford?

Muchos filósofos siguen limitándose a leer sus artículos en las conferencias, prescindiendo de la alta tecnología de Power-Point, tal como antes ignoraban el potencial de los retroproyectores. Cuando la ciencia cognitiva emergió en la década de los ochenta, psicólogos, neurocientíficos e investigadores de inteligencia artificial me preguntaban perplejos por qué los filósofos leían sus artículos, en lugar de dar una charla con diapositivas. Mi respuesta para ellos era la siguiente: cuando los científicos dan una conferencia, están hablando sobre su trabajo; pero cuando los filósofos dan una conferencia, esa presentación es su trabajo. Por tanto, todo el cuidado que ponen los científicos en el laboratorio para hacer las cosas bien, con precisión y sin confusiones, es el mismo que los filósofos ponen al presentar sus análisis y argumentos. Creo que es una defensa válida para la política que suelen poner en práctica los filósofos, pero también debo admitir que muchos parecen totalmente ajenos y despreocupados por la incomodidad intelectual que causan en su público, a menudo leyendo documentos densos y complicados en un tono monótono. Tal vez sea la forma que tienen los filósofos de mostrarse superiores: «Les reto a entender mi ponencia a la primera. ¡Es demasiado sutil para pesos ligeros como ustedes!».

A lo largo de los años, en numerosas ocasiones me he visto obligado a estar sentado en un escenario como parte de un panel, escuchando tres o cuatro presentaciones, y algunas de esas veces he luchado contra el sueño, con los párpados cerrándoseme y la concentración evaporándose. Sería más que inapropiado quedarse dormido en una situación así, pero ¿cómo evitarlo? Tengo un sistema, que he compartido con mis amigos a lo largo de los años. Es el método Mamie Eisenhower, como leí en la revista Reader's Digest cuando yo era joven e Ike era presidente. Un periodista preguntó a Mamie cómo se las ingeniaba para estar tan atenta cuando Ike daba sus

discursos, que ella había oído muchas veces. Ella reveló su secreto: escuchaba con atención cada letra del alfabeto, en orden, así: «Queridos compatriotas, quiero hablarles de las acciones y los hechos de…», hasta llegar a la zeta y luego comenzaba de nuevo. Lo probé y descubrí que funcionaba de maravilla, aunque hice algunas mejoras. Antes de comenzar, miraba con disimulo el reloj, anotaba la hora y luego, para no hacer trampas, apuntaba cada palabra que oía.. Cuando llegaba a la zeta, anotaba la hora otra vez y volvía a empezar. Después de unos veinte minutos, cuaderno tenía más o menos esta pinta:

10:15 that but focus and the if knowledge has with adjustment like all imagining imagining [m y n en orden en la misma palabra] out appeared question raised to pursuing even which extra way analyzed 10:36

A veces, durante una charla, repasaba el alfabeto completo hasta tres veces. Sin embargo, en ocasiones me encontraba con oradores que no usaban palabras que contuvieran las letras jota, cu o zeta, letras poco comunes en el lenguaje filosófico (en cambio, se usan muchas equis, en palabras como «explicar», «extensión» o «existir»). Me divertía cuando alguien se me acercaba durante el receso para el café y me decía: «¡Dan, eres de hierro! No sé cómo lo haces… ¡Estaba a punto de dormirme, pero te vi tomando notas!». Lo interesante de este método es que, al seguir mi lista del alfabeto, a menudo me daba cuenta de que me había saltado una letra específica, porque estaba concentrado en algún aspecto de la presentación, algo que no habría podido hacer sin esa «muleta». Esto me permitía hacer preguntas pertinentes y constructivas después de las ponencias, que habían empezado con varias rondas de sopa de letras. Una vez, en México, compartí este método con algunos amigos con los que asistía a una reunión especialmente soporífera. Entre ellos estaba Fred Dretske y creo que también Stephen Stich. Después del almuerzo, cuando nos sentamos para la próxima ponencia, noté que ambos estaban muy atentos. Cuando el ponente dijo «questions» (¿preguntas?), ambos mostraron una sonrisa triunfal: por fin habían encontrado la cu que estaban esperando.

Isaiah Berlin me contó una anécdota sobre un grupo informal de filosofía que se reunía los sábados por la mañana en Oxford a finales de los años treinta, formado por Austin, Ryle, A. J. (Freddie) Ayer, Berlin y Theodore (Teddy) Adorno, que estaba estudiando a Husserl con Ryle. Este grupo se reunía para discutir aspectos de la «filosofía analítica» en desarrollo en ese momento. Isaiah me relató que Adorno ocasionalmente intervenía con enunciados complejos como: «La reunificación dialéctica de las formas que emerge de la falsa conciencia inherente a la cooptación de las masas por la industria cultural burguesa señala una síntesis incipiente de la no identidad estética». Ante esto, Ryle solía responder: «Supongo que hay mucho de cierto en lo que dices, Teddy. Ahora bien, Freddie, cuando hablas de verdades analíticas…». Desde que Isaiah me contó esta anécdota, la he tenido siempre presente en mis conferencias como la respuesta ideal para aquellos cuyas intervenciones se extienden sin cesar, provocando la frustración de los presentes. Basta con esperar pacientemente a que se quede sin aliento para responder con calma y educación: «Supongo que hay mucha profundidad en lo que dices. ¿Hay alguna otra pregunta?». El verbo «suponer», por supuesto, resulta perfectamente adecuado.

Mientras tanto, luchaba con mi formación autodidacta en lo que luego se conocería como ciencia cognitiva. Como neófito, no me molestaba la falta de consenso entre los científicos sobre cómo investigar la mente (quizá así era cómo había que hacer ciencia), pero, cuando echo la vista atrás, veo que realmente era un periodo de barbecho; el conductismo de Skinner seguía dominando la psicología, y no encontré intentos audaces de teorías completas de la mente. Brian Farrell y algunos psicólogos me brindaron valiosos consejos sobre qué leer, pero principalmente me dediqué a tirar de los hilos de conocimiento a través de libros y revistas que encontraba útiles. De vez en cuando, descubría joyas ocultas y me aventuraba en la lectura de ciencia especulativa merecidamente olvidada. Parecía que los científicos que se atrevían a mencionar la conciencia o incluso la mente solían ser profesores eméritos que, como los miembros del Ratio Club, acumulaban experiencia y tenían un instinto refinado. A menudo intentaba explicar mis investigaciones a mis compañeros de filosofía, pero en su mayoría no lograban entenderlas. Lo que yo hacía no encajaba del todo con su comprensión de la filosofía. Pensaba que podían estar en lo

cierto, y cada vez que me enfrentaba a un problema que me desconcertaba —lo que ocurría más o menos una vez al mes—, lo abordaba tomando mi chubasquero (en Oxford nunca se sabe cuándo va a caer una tormenta) y dando un largo y melancólico paseo por los parques de la Universidad de Oxford, a lo largo del río Cherwell, hacia el puente Magdalen y el río Isis. Durante el verano, los parques se llenaban de pistas de tenis instaladas sobre la hierba y un campo de críquet, pero, durante los meses más fríos, los senderos se volvían tranquilos para pasear con apenas algunos transeúntes a la vista. Mis caminatas solían llevarme a la pasarela que conducía a Mesopotamia, una extensión de tierra que separaba los brazos inferior y superior del río Cherwell. En esos paseos, a menudo me encontraba hablando en voz alta conmigo mismo, un hábito que descubrí que era muy útil (llevo años insistiendo a mis alumnos que lean en voz alta sus trabajos trimestrales antes de entregarlos, aunque solo sea para sí mismos. Al oír sus palabras en voz alta, a menudo detectan problemas que pasan desapercibidos en la lectura o en el pensamiento silencioso). Cada vez que me sumía en estas largas caminatas, inmerso en los problemas que me ocupaban, acababa por tener una idea innovadora, aunque a veces tardaba horas en gestarse por completo. Llegó un punto peligroso en el que salía a caminar y empezaba a mirar el reloj, preguntándome por qué la inspiración aún no había llegado. ¿Acaso me estaba fallando esta vez mi método filosófico? Este tipo de reflexión autoconsciente puede ser letal para el pensamiento profundo, pero logré mantenerlo a raya.

Los dos problemas filosóficos relacionados que intentaba resolver, al menos en líneas generales, son bastante sencillos de plantear. En primer lugar, ¿cómo es posible que algunos grupos complejos de moléculas puedan describirse correctamente como poseedores de estados o acontecimientos que tienen que ver con algo, que tienen significado o contenido? Y, en segundo lugar, ¿cómo es posible que al menos algunas de esas complicadas agrupaciones de moléculas sean conscientes, es decir, que sepan que están dotadas de estados o sucesos que tienen que ver con algo? Usted y yo tenemos pensamientos, ideas, esperanzas y miedos, sabemos que los tenemos y podemos contárselos a los demás. ¿Cómo es eso posible? Brentano y otros habían denominado «intencionalidad» a ese «acerca de», y lo habían elevado a la categoría de un «fenómeno mental

irreductible», siendo este el principal garante del dualismo cartesiano. Hubo intentos de imitación pobre, sin duda: un girasol puede rotar a lo largo del día para seguir mirando al sol y, en un sentido muy estricto, esto implica un talento que tiene que ver con algo concreto, el sol. Una puerta eléctrica que se abre cuando alguien se acerca también está dotada de estados que, en un sentido estricto, tienen que ver con cosas. ¿Podemos partir de una explicación rudimentaria y forzada de lo que tiene que ver con las cosas hasta llegar a la conciencia humana? Esa es la tarea que cualquier teoría fisicalista o materialista de la mente debe abordar. No se permiten milagros.

La prohibición de recurrir a milagros es lo que me entusiasmó de la hipótesis de que algo muy similar a la selección natural pudiera ocurrir en cerebros individuales, ya que la selección natural es un proceso de (re)diseño sin sentido y sin intervención divina. De hecho, es el único ejemplo de tal proceso que comprendemos claramente. Mi primer libro, que refinó y amplió mi tesis doctoral, llevaba por título Content and Consciousness (Contenido y conciencia) (1969), y ha moldeado todo lo que he hecho desde entonces. Esos largos y reflexivos paseos por los parques valieron la pena, ya que me permitieron concebir una máquina de explicación cuya manivela he estado girando felizmente desde entonces. Por supuesto, es posible que esté equivocado y que las aparentes ideas que han surgido de este giro de manivela sean ficticias; sin embargo, el hecho de que tantas de ellas hayan nacido con tal profusión y hayan encajado tan fácilmente, sin tropiezos, a lo largo de más de medio siglo, ha acabado por disipar mis dudas. En resumen, creo que tengo razón y que mis críticos están equivocados, pero no intentaré demostrarlo aquí; eso es lo que he procurado hacer en todos mis otros libros y artículos.

Susan y yo pasamos la mayor parte del verano de 1964 en Roma, donde trabajé en mi tesis, alojados en un piso amueblado en Monteverde Vecchio, en la que posiblemente sea la única calle del centro de Roma con el nombre de un filósofo: Via Lorenzo Valla. Durante ese tiempo, tuve un encuentro con unos niños que me proporcionó uno de mis ejemplos filosóficos favoritos. Mientras paseábamos por el parque de la colina cerca de nuestro piso, presenciamos un espectáculo de marionetas de Punch y Judy que

cautivó a una docena de niños, algunos muy pequeños. En un momento dado, Punch, creyendo erróneamente que Judy seguía en una caja, intentó empujarla por un acantilado, y los niños se volvieron locos de alegría. Su alegría demostraba claramente que entendían que Punch tenía una falsa creencia. Este incidente se convirtió en la base de la teoría de la «falsa creencia» o «Sally-Anne» en psicología, que ha sido el fundamento de cientos de experimentos y artículos desde que la propuse en «Beliefs about Beliefs», mi comentario publicado en Behavioral and Brain Sciences en 1978.

Al regresar a Oxford en octubre, retomamos el trabajo donde lo habíamos dejado y mi tesis comenzó a tomar forma. No había planeado entregarla al final del curso académico, aunque era la fecha más temprana permitida, pero finalmente decidí que estaría listo para recibir noticias, ya fueran buenas o malas, esa primavera. Consideraba que había cuatro posibilidades, más o menos igual de probables: que me otorgaran el título de inmediato, algo que rara vez sucedía; que me permitieran volver a presentarme con algunas mejoras al año siguiente; que me denegaran esa opción y me ofrecieran un premio de consolación de la licenciatura en Letras; o que simplemente me suspendieran y me invitaran a marcharme. A diferencia de lo que ocurre en las universidades estadounidenses, mi director de tesis no estuvo presente en el examen oral y tenía poco que decir sobre cómo se evaluaba. Dado que mi tesis era tan peculiar, se decidió que uno de mis dos examinadores sería un neurocientífico, y se seleccionó a J. Z. Young, de Londres. Era famoso por su trabajo en Nápoles sobre el axón gigante del calamar y era amigo de mi otro examinador, A. J. Ayer. Aunque había leído algunos de sus artículos, nunca lo había conocido en persona y no tenía idea de qué pensaría sobre mi trabajo.

Mientras tanto, Danny Daniels también defendió su tesis sobre la identidad personal, lo cual me saturó de pensamientos incómodos. Había leído su trabajo justo antes de que lo presentara. No contenía referencias ni notas a pie de página, sino que era más bien un extenso relato de ciencia ficción sobre alguien, al que llamaremos Danny, que se encuentra conversando con un tal James P. Intriligator (nunca olvidaré ese nombre), tras marcar un número telefónico por error. Intriligator le sugiere que se vean en un pub

local para tomar una copa. Danny va al pub, pero no hay ni rastro de Intriligator, así que vuelve a marcar el número «equivocado» y habla de nuevo con él. En esta ocasión, Intriligator le pregunta: «¿Dónde estabas? Te estuve esperando una hora». Para abreviar, resulta que están en dimensiones espaciotemporales diferentes, planteando así la pregunta de si Danny puede concluir que está hablando con la misma persona en cada ocasión, y de ser así, ¿cómo? (curiosamente, tengo un colega en Tufts llamado James Intriligator y, cuando nos presentamos, estuve a punto de dar un salto. «Intriligator» es un apellido real que significa «encuadernador» en latín. Mi colega comparte la misma dimensión espaciotemporal que yo y es un excelente profesor de ingeniería). Esa fue la única cuestión filosófica planteada y finalmente respondida a satisfacción de Danny Daniels en la disertación. Personalmente, no consideré que fuera una disertación aceptable, y confieso que pensé que me daría lo mismo si a Danny y a mí nos concedían el título de doctorado en Filosofía o si nos suspendían a los dos, pero si la disertación de Danny era aceptada y la mía no, seguro que habría querido hacer saltar algo por los aires, quizás incluso derribar algo tan grande como el Teatro Sheldonian.

Llegó el día del examen oral, y Susan me acompañó, ataviado con mi indumentaria académica, a las Escuelas de Examen, y me esperó fuera de la sala. Ryle me había comentado que, por lo general, el examen oral duraba alrededor de una hora, pero, cuando pasaron dos, ella se marchó a casa muy inquieta. El examen se alargó más de tres horas, y en ocasiones me parecía que Young no entendía mi tesis y que Ayer ni siquiera la había leído. Fue una inquisición tan incómoda que no puedo recordar ninguna de las preguntas o mis respuestas. En un momento crítico, cuando Young formuló una pregunta particularmente mal planteada (al menos, desde el punto de vista de un filósofo), jugué con la idea de preguntarle a Ayer si estaba obligado a responder, pero afortunadamente descarté la idea e hice lo mejor que pude con la pregunta. Tras este calvario, tuve que esperar una semana antes de encontrarme una postal de Ryle en el buzón de Hertford, informándome que los examinadores me habían recomendado para el doctorado en Filosofía. El único indicio que tuve de esta posibilidad antes de recibir la postal fue el comentario de un amigo que oyó a Ayer hablar en un pub sobre las extenuantes horas que había pasado en un examen oral, donde un

pobre estadounidense había sido sometido a una tortura por parte de un viejo amigo suyo, y Ayer no se había sentido capaz de intervenir.

Danny Daniels me comunicó que sus examinadores no le habían aprobado. En su examen oral, criticaron la falta de referencias, a lo que él respondió con firmeza: «Por favor, muéstrenme dónde en los estatutos se requiere que una disertación contenga referencias. Podría haber incluido cientos de ellas, pero ¡no creí que fueran obligatorias!». Sus examinadores, sin embargo, le señalaron la norma que indica que, si no estaban satisfechos con el dominio del candidato sobre la bibliografía pertinente, podían convocar un examen escrito especial, como así hicieron. El examen de tres horas, que se convocó unas semanas más tarde, consistió en tres preguntas de redacción. Recuerdo dos de ellas, según me contó Danny. Una era: «¿Qué filósofo, en su opinión, ha contribuido más a nuestra comprensión de la identidad personal y por qué?». Su respuesta fue: «El obispo Butler, porque fue él quien dijo: "Cada cosa es lo que es, y no otra cosa"». La otra pregunta era: «¿Cuál es el papel de la memoria en el concepto de identidad personal?». La respuesta de Danny fue aún más breve: «Lo he olvidado». ¿Realmente dio esas respuestas? Creo que sí; nunca lo atrapé mintiendo, y la segunda respuesta, en cierto sentido, es profunda si se piensa con detenimiento. En cualquier caso, los examinadores le permitieron volver a presentarse (con referencias y enmiendas), y se marchó a Yale como profesor, donde tuvo un gran éxito entre los estudiantes. La actriz Elizabeth Hartman lo conoció y se enamoró de él ese mismo año. Le regaló un abrigo de visón que le llegaba hasta los tobillos, el cual llevó todo el invierno en New Haven y se convirtió en un héroe local entre los Elis (con el tiempo, Danny obtuvo su doctorado y desarrolló una distinguida carrera en la Universidad de Victoria, en la isla de Vancouver).

El hecho de que Danny no tuviera problemas para encontrar empleo en Yale refleja el enorme prestigio que Oxford tenía entre los filósofos en ese entonces. De hecho, Ryle me ofreció varios puestos excelentes en universidades británicas de renombre, y su carta de recomendación me consiguió dos ofertas de trabajo en Estados Unidos, en universidades completamente nuevas: la SUNY Stony Brook y la UC Irvine (era el boom de la educación superior

posterior al Sputnik, y era un mercado de vendedores, ya que los estados competían por implantar nuevas facultades y universidades). Dado que consideraba que mis posibilidades de obtener el doctorado en Filosofía a la primera eran escasas, tuve que prepararme para dos futuros posibles. Si me otorgaban el doctorado de inmediato, o me daban la opción de volver a presentarme, tendría que conseguir un trabajo de profesor para el año siguiente; si no lo lograba, tendrían que aceptarme en un programa de doctorado en Estados Unidos, donde podría comenzar de cero con un nuevo proyecto. Así que volví a solicitar la admisión en la Universidad de Berkeley y me admitieron nuevamente como estudiante de primer año, pero con una beca de profesor asistente, para brindar un poco de apoyo. Esa misma semana, la UC Irvine me informó de que me habían aceptado como profesor asistente en el Departamento de Filosofía. Esperé nervioso para conocer los resultados de mi examen oral y, cuando supe que había aprobado, escribí a Berkeley para comunicarles que tenía otros planes y que no aceptaría el puesto de ayudante. No me atreví a decirles que iba a ser profesor titular en su nuevo campus hermano de Irvine, ya que imaginaba que podría haber cierta perplejidad y consternación al respecto, y no quería despertar sospechas. Cuando comparto esta historia con los estudiantes de filosofía de hoy en día, su envidia es palpable; ha sido un mercado favorable para los filósofos durante décadas, y la idea de que te ofrezcan un trabajo sin ni siquiera una entrevista o visita al campus les parece surrealista.

Ahí estaba yo en 1965, como profesor titular de filosofía en una flamante universidad a los veintitrés años, sin haberme presentado a los exámenes de ingreso, sin haber asistido a ningún seminario de posgrado y sin haber pasado por el riguroso proceso de solicitud y selección que ahora está muy sistematizado (y es mucho más justo). Ryle se limitó a escribir una carta de recomendación (la única que recibí), y A. I. Melden me llamó desde California para ofrecerme un puesto. Abe Melden, el primer presidente del Departamento de Filosofía de Irvine, era un ferviente admirador de la filosofía que se hacía en Oxford. Aunque nunca estudió allí, seguía con entusiasmo el trabajo de los filósofos del lenguaje ordinario y creía que estaba contratando a alguien con un pedigrí impecable. En cierto sentido, lo estaba haciendo, pero resultó que yo no era en absoluto lo que él esperaba (hubo otros estadounidenses de mi promoción en Oxford

que, aunque no compartían su devoción por la filosofía del lenguaje ordinario, también obtuvieron buenos puestos en ese mercado y han tenido carreras distinguidas. Sin embargo, hubo otros pocos que pronto descubrieron, cuando la moda de la filosofía del lenguaje ordinario se desvaneció, que carecían de experiencia y no tenían nada que enseñar. Si obtuvieron la titularidad antes de que ellos y sus colegas lo descubrieran es una cuestión en la que prefiero no indagar).

SEGUNDA PARTE

OTRAS MENTES

6

UC IRVINE, 1965-1971

En 1965, la Universidad de California inauguró dos nuevos campus: Irvine, al sur, y Santa Cruz, al norte. El campus de Irvine, erigido sobre seiscientas hectáreas donadas por la familia que le daba nombre, se extendía desde las montañas hasta el mar. Cuando aquel año abrió sus puertas a los estudiantes, apenas había crecido una brizna de hierba. Susan y yo, que casi nunca habíamos estado al oeste del río Hudson, atravesamos el país en coche hacia allí sin tener la menor idea de qué nos aguardaba. Cuando llegamos y nos adentramos en el campus por la recién construida carretera Campus Drive, tuvimos que detenernos para ceder el paso a dos vaqueros montados a caballo que arreaban a varios cientos de cabezas de ganado. Antaño hubo un pueblo llamado Irvine en las cercanías, pero la familia Irvine lo rebautizó como East Irvine para que la universidad pudiera adoptar el nombre de UC Irvine, en lugar de UC Newport Beach o UC Corona del Mar, los nombres de las localidades costeras de la propiedad del rancho. El hermano de mi madre, el tío Paul, y su esposa, Laverne, dejaron Minnesota para instalarse en Palm Desert al jubilarse. Cuando mi madre les informó por carta de que su talentoso hijo Danny había aceptado un trabajo en la UC Irvine, sacaron un mapa para emprender un viaje de reconocimiento con el fin de ver aquel lugar. Se toparon con un viejo letrero que decía «Entrada a Irvine» y, después de conducir durante unos kilómetros a través de naranjos y nogales y pasar junto a una gasolinera desierta, vieron otro letrero que indicaba «Salida de Irvine». Creyeron que debían de haberse equivocado de camino y dieron media vuelta, pero sin dar con alguna pista sobre la universidad. Mi madre recibió una carta divertidísima en que le sugerían que su brillante hijo Danny había sido víctima de un engaño: ¡allí no había ninguna universidad! Pero sí la había. Cuando llegamos, el primer grupo de edificios ya se había completado y se estaban plantando cientos de árboles en el

Centrum, un parque polvoriento aún en obras. Toqué con mi pulgar los troncos de los nuevos árboles, regados por aspersores. Hoy, algunos de esos troncos tienen más de un metro de diámetro.

Entre 1963 y 1964, se contrataron a los decanos recién nombrados, quienes a su vez se dieron a la tarea de designar a los jefes de departamento que, durante el siguiente curso académico, trabajaron en casas móviles, a la vez que contrataban a los primeros profesores y se montaban laboratorios al tiempo que se terminaba la construcción de los primeros edificios. Cuando la UCI se inauguró, en octubre de 1965, contaba con alrededor de cien profesores y mil seiscientos estudiantes. Impartí la primera clase, Introducción a la Filosofía, a las ocho y media de la mañana del primer día de clases; el tema fueron las Meditaciones de Descartes. Tenía unos cien alumnos en clase y dos ayudantes, ambos estudiantes de posgrado de Abraham (Abe) Melden, que él había traído de la Universidad de Washington, ubicada en Seattle. Los dos eran mayores que yo, así que me encontraba en una situación delicada, pero nos llevamos bien y aprendí mucho de ellos. De hecho, realicé mis estudios de posgrado de una manera poco convencional: primero terminé una tesis y luego estudié concienzudamente un amplio abanico de cursos durante varios años, muchos de los cuales los impartí yo mismo. Mientras Melden se ocupaba de ayudar a crear el Senado Académico y supervisaba a sus estudiantes de posgrado, yo me encargué prácticamente en solitario de enseñar el plan de estudios de posgrado. Esto abarcaba, además del curso introductorio, un estudio completo de un año sobre la historia de la filosofía desde Tales y los presocráticos, pasando por la filosofía medieval y llegando hasta la filosofía moderna, y concluía con algunos textos de Carnap y Wittgenstein, así como cursos de epistemología y metafísica. E. J. (Jack) Lemmon, un brillante lógico británico que entonces enseñaba en la Claremont Graduate School, impartió nuestro curso introductorio de lógica como profesor visitante. Estaba previsto que se uniera a nosotros en la UCI en otoño de 1966, pero, por desgracia, falleció aquel julio de un ataque al corazón mientras escalaba en el monte Baldy con un estudiante de posgrado. Esta pérdida fue devastadora para Melden y para mí, ya que Lemmon era una persona tan brillante como encantadora, y teníamos la esperanza de construir un departamento en torno a él.

En ese primer año Melden, Lemmon y yo conformamos el Departamento de Filosofía. Me encantó la experiencia, aunque me alegra saber que no hay grabaciones de mis clases de historia (al menos, que yo sepa), ya que, al igual que Danny Daniels, apenas iba unos días por delante de mis estudiantes, en especial en filosofía medieval, un área que nunca había estudiado. Sin duda, a veces debí de expresar opiniones sorprendentemente ingenuas e inexactas sobre los pensadores, sus épocas y sus argumentos. Sin embargo, enseñar temas que aún no dominas del todo tiene sus ventajas: el entusiasmo que transmites a tus alumnos sobre cosas que son novedades para uno a menudo es más beneficioso que simplemente informarles sobre las interpretaciones, objeciones y defensas establecidas.

Poco antes de mi partida de Oxford, Gilbert Ryle me solicitó que revisara el manuscrito de su obra detectivesco-histórica de 1966, Plato's Progress (El progreso de Platón), antes de enviarlo a la Cambridge University Press, tarea que cumplí. Encontré muy poco que mejorar o corregir. Ryle se refería a esta obra como su «libro travieso» sobre Platón, no porque contuviera algo atrevido, sino porque defendía una perspectiva poco convencional sobre la datación de los diálogos platónicos. Según él, estos se habrían «publicado» por primera vez como obras de teatro en los Juegos Olímpicos, con Platón adoptando el papel de Sócrates. La ausencia de Sócrates en los diálogos posteriores se explicaría porque Platón, ya anciano y aquejado de alguna enfermedad (¿quizás un dolor de muelas?), no podía actuar sobre un escenario. El libro abunda en un trabajo de investigación iconoclasta, con afirmaciones audaces sobre la falsificación de algunos de los textos de Platón y numerosas hipótesis sugestivas, todas apoyadas por una impresionante cantidad de pruebas. Una de las excentricidades de Ryle era que renunciaba a las notas a pie de página en sus escritos (tal vez Danny se inspirara en él). En El concepto de lo mental o Dilemas (1954), no se encuentra ni una sola nota al pie. Esta práctica, que funcionaba bien en su filosofía del lenguaje ordinario, informal pero precisa, hacía de El progreso de Platón, aun así, una lectura un tanto incómoda, dado que es una obra de gran erudición académica que requiere citar todas las fuentes, las cuales él insertaba entre paréntesis en el cuerpo de texto. Aunque yo no era un experto en Platón y, por ende, no estaba en condiciones de evaluar

exhaustivamente sus pruebas, puedo afirmar que Ryle jamás escribía una frase aburrida. De hecho, su libro me inspiró a ofrecer un curso en Irvine sobre Platón y su teoría de las formas. Incluso elaboré un libro de texto que incluía todos los pasajes relevantes de Platón para esa teoría (con traducciones alternativas cuando era necesario), junto con media docena de artículos controvertidos sobre cómo interpretarlos. La tarea asignada a los estudiantes consistía en elaborar y defender una teoría del pensamiento a partir de Platón, siguiendo el ejemplo de Ryle. Encontré una importante editorial de libros de texto interesada en mi proyecto, pero pronto me di cuenta de que tendría que convertirme en todo un erudito del mundo clásico para hacerlo bien. Tomé un curso de griego clásico, lo cual resultó divertido, pero los filósofos expertos en Platón y Aristóteles suelen haber estudiado latín y griego durante años en el instituto o en la escuela preparatoria antes de ingresar en la universidad. Aunque había estudiado algo de latín en el instituto, me di cuenta de que nunca podría igualar su nivel. Por desgracia, nunca he conocido a un profesor de filosofía antigua que mostrara interés en el «libro travieso» de Ryle. Quizás logre inspirar a algún joven universitario para que lo examine con detenimiento. Una refutación ingeniosa podría ser un excelente inicio para una carrera académica.

Uno de los mejores rasgos de la nueva universidad era que, debido a la cantidad ingente de tareas urgentes que había que solventar, la veteranía apenas era tenida en cuenta. Tuve la oportunidad de participar en los principales comités de la facultad y, a través de estas actividades, trabé amistad con químicos, físicos, biólogos, matemáticos, historiadores, profesores de inglés, profesores de teatro, psicólogos y científicos del ámbito de la computación. Todos nos conocíamos bastante bien, y aprendí mucho de ellos. Los directores de departamento eran sorprendentemente idealistas; los habían atraído a Irvine con sus exitosas carreras en otros lugares con la promesa de construir una universidad nueva que hiciera las cosas de manera correcta. Sin embargo, también eran un grupo peleón de políticos académicos que luchaban por el poder (los puestos académicos que podían ocupar) y por el presupuesto. Cuando seis años después me trasladé a Tufts, una de las primeras cosas que me llamó la atención fue la facilidad con que los profesores de allí se dejaban mangonear por los administradores.

¿Dónde estaban los líderes, los impulsores del cambio?

Uno de los más hábiles negociadores en la UCI fue James G. March, coautor junto con Herbert Simon de Organizations (Organizaciones), un libro clásico sobre el comportamiento organizativo, publicado en 1958, y primer decano de la Facultad de Ciencias Sociales. En una ocasión, le pidió a mi querido amigo James McGaugh, fundador del Departamento de Psicobiología, su opinión sobre una posible contratación, y cuando McGaugh respondió de manera aprobatoria: «Es un ciudadano consistente», Jim March comentó: «Bueno, ¡eso son dos puntos en contra de él!». March lo explicó en estos términos: pensaba que tenía algo más de medio lustro y hasta un centenar de nombramientos para construir una facultad de ciencias sociales de renombre internacional, y podía competir seriamente con todas las grandes universidades por los «ciudadanos consistentes» que se destacaran en sus ámbitos, o bien podía contratar a cualquier encantador de serpientes, gurú y supuesto genio que encontrara, y solo necesitaba tener éxito con uno o dos de esos nombramientos para que la institución cobrara fama. Por supuesto, era una exageración, pero March contrató a algunos personajes cuestionables en aquellos primeros años, y acabaron causando algunos problemas graves. Había un psicólogo especialista en «terapia del grito primal» que primero abusaba de los estudiantes y luego los trataba (pasando por caja), y (no me lo estoy inventando) una vez fui el examinador externo de una tesis doctoral sobre «orgonomía aplicada», en la que el candidato había construido uno de los «acumuladores de orgón» del psicoanalista Wilhelm Reich (una caja de madera y metal en capas que supuestamente concentraba la energía de los orgasmos), y que, según aseguraba el candidato, traería lluvia a California del sur en julio y agosto. Por suerte, me fui de la UCI antes de tener que pronunciarme sobre aquella disertación.

La extravagancia de gran parte de lo que sucedía en la Facultad de Ciencias Sociales era un secreto a voces en el campus, y muchos profesores de otras facultades estaban consternados por lo que estaba ocurriendo. Un día, un estudiante mío de pregrado me dijo que acababa de enterarse de que el senador republicano S. I. Hayakawa (un lingüista de psicología pop reconvertido en político) tenía espías entre los estudiantes que le informaban sobre los

tejemanejes de dicha facultad. Fui de inmediato a informar al rector de la UCI, Daniel Aldrich, que necesitaba estar alerta contra la tormenta de críticas que podía estallar en cualquier momento. Me escuchó con atención y me dio las gracias, y eso fue todo lo que dijo. Unos días después, leí en el periódico del campus que la Facultad de Ciencias Sociales había invitado al senador Hayakawa a dar una charla sobre lingüística y aceptó. Hayakawa viajó a la UCI, dio su charla y, según algunos profesores de Ciencias Sociales que yo conocía, lo llevaron después de la charla a una casa de la facultad con vistas a Laguna Beach para una fiesta. Estaba sentado en un sofá, se le dio lo que quiso beber y pronto le ofreció su compañía una encantadora y jovial estudiante de posgrado en minifalda, que se puso a coquetear con él. Al parecer, cayó en la trampa, ya que al cabo de una hora aproximadamente ella le sonrió, metió la mano debajo del sofá para coger la grabadora que estaba encendida y le deseó un buen día. Nunca se publicó ningún informe Hayakawa sobre los escándalos de la Facultad de Ciencias Sociales de la UCI.

La mayoría de los profesores pioneros en la UCI eran excelentes, y fue toda una fiesta interdisciplinaria para mí. Los jóvenes profesores asistentes no suelen llegar a conocer a muchos profesores que no sean de su departamento, excepto ocasionalmente en comités, pero en la UCI todos trabajábamos, jugábamos y salíamos de fiesta juntos. Además de Jim McGaugh —que estaba encantado de encontrar a un filósofo que había planteado algunas de las mismas críticas al conductismo que él había desarrollado, y que me acogió en todos sus seminarios—, conocí al químico F. Sherwood (Sherry) Rowland, quien más tarde ganaría el Premio Nobel por alertar sobre de los clorofluorocarbonos en la capa de ozono, que era el pívot de mi equipo de baloncesto; a Joseph K. Lambert, el inventor de la lógica libre, que una vez había intentado conseguir el puesto de quarterback en los Chicago Bears y era el quarterback de nuestro equipo de fútbol americano del Departamento de Filosofía, y a Edward O. Thorp, el matemático que inventó un sistema ganador para el blackjack y amasó una fortuna, y luego volvió a enriquecerse con su libro Beat the Dealer (Cómo vencer al crupier) (1962), que fue parte de mi tripulación en varios veleros de regata. Mi principal compañero de navegación era Donald Heiney, profesor de literatura comparada, también conocido por su seudónimo como

novelista, MacDonald Harris; navegábamos en su barco y competíamos en monocascos y en los primeros catamaranes oceánicos de gran eslora.

Y luego estaba mi amigo del Departamento de Lenguas Romances, Richard Barrutia, hijo de inmigrantes vascos, quien, además de ser un virtuoso del acordeón y la guitarra, era un mago con las cartas. Dick había financiado parte de su educación universitaria trabajando como «mecánico» en Las Vegas, término que se refería en el argot a un crupier deshonesto (un tramposo o manipulador hábil). Dick solía pasarse horas leyendo en la trastienda del casino, listo para que lo convocara la gerencia si alguien en las mesas de blackjack o póquer requería, por decirlo así, una «ayuda». Fue él quien me enseñó los movimientos básicos de los «mecánicos» y la cartomagia, y me prestó libros de su excelente biblioteca sobre el tema. A veces, hacía trucos que reservaba exclusivamente para mí y que nunca habría mostrado en público. En una ocasión, sin que yo me diera cuenta, me hizo elegir, al menos media docena de veces seguidas, la misma carta, el trébol. A pesar de mis intentos por evitarlo («Escoge una carta cualquiera», me decía, abriendo la baraja delante de mí), siempre terminaba con esa carta en la mano. ¿Acaso la baraja estaba compuesta exclusivamente por cincuenta y dos tréboles? No, o al menos, si lo estaba, Dick tenía la capacidad de cambiar de baraja sin que yo lo notara, y luego me permitía examinarla. Fue él quien me familiarizó con el genial truco de Ralph Hull, la baraja afinada, que más tarde utilicé para exponer el fallo fundamental de la influyente introducción de David Chalmers (1995) del denominado como «el problema difícil» de la conciencia. ¡Incluso los magos más expertos cayeron en la trampa del nombre del truco, en particular en la palabra «el»! Pensaban que se trataba de un truco de magia nuevo, cuando, en realidad, se les mostraba una variedad de trucos que ya conocían. («¡Los muchachos han estado buscando algo demasiado difícil!», dice Hull en su relato del truco). Incluso los científicos más avezados se dejaron engañar por «el problema difícil» de Chalmers, haciéndoles pensar que existe un único misterio que precisa explicación, cuando en realidad hay cientos de problemas menores que pueden resolverse sin necesidad de revoluciones científicas y, cuando todos estos se resuelvan, el supuesto problema difícil se evaporará.

Una vez asentado en Irvine, tuve que empezar a publicar, por supuesto. Me puse a enviar extractos revisados de mi disertación a revistas de filosofía, y en todas recibí una negativa. Docenas de ellas. Eran intentos de desviar la atención de los filósofos de sus obsesiones miopes por encontrar una formulación del materialismo lógicamente irrefutable hacia el desafío que plantean los hechos concretos sobre la mente humana, pero este ejercicio resultó demasiado subversivo para los revisores. En un momento dado pensé que había logrado algo: Wilfrid Sellars, entonces editor de Philosophical Studies, me escribió una nota diciendo que le gustaba mi ensayo, pero que faltaba claridad en un punto, y me invitó a revisarlo. Me puse manos a la obra de inmediato y volví a enviarlo, pero solo para recibir una nota suya en que me comunicaba que ahora que veía con mayor claridad lo que estaba diciendo, no creía que mi artículo fuera digno de publicación. Me sentí desanimado, pero tuve que admirar la firmeza de Sellars en sus principios. Él no estaba dispuesto a que la vergüenza interfiriera en su juicio filosófico.

Obtuve un pequeño triunfo. Un día, Julian Feldman, pionero en inteligencia artificial y coeditor, junto con Edward Feigenbaum, de la primera antología de IA, Computers and Thought (1963), entró a toda prisa en mi despacho y dejó caer sobre mi escritorio un memorando mimeografiado de la RAND Corporation: Alchemy and Artificial Intelligence, escrito por un filósofo del MIT, Hubert Dreyfus, que pretendía ser una refutación de toda la idea de la inteligencia artificial. «Dan, ¿crees que este tipo tiene razón?», me preguntó. Leí el ensayo de Dreyfus esa noche y al día siguiente le dije a Julian que no, que pensaba que Dreyfus había cometido errores importantes. «¡Dime cuáles son!», insistió Julian. «¡Ponlo por escrito!». Lo hice, y eso dio lugar a mi primera publicación, «Machine Traces and Protocol Statements» (1968), en la revista Behavioral Science. Dreyfus había afirmado que los programas informáticos nunca podrían exhibir intuición, y mi línea de refutación consistió en imaginar un ordenador que resolviera algún problema —cualquier problema, en realidad— y, si se le preguntaba cómo lo había hecho, respondiera:

«Se me acaba de ocurrir, eso es todo». La intuición, al fin y al cabo, no es una especie de deducción o inducción; hablar de intuición es negar que uno sepa cómo llegó a la respuesta, y la verdad de esta negación es compatible con haber llegado a la respuesta por cualquier método, incluida la computación «inconsciente», a través de la fuerza bruta. (pág. 159)

Más importante, en retrospectiva, que la publicación fue el hecho de que pronto fui considerado por muchos en el incipiente campo de la IA como el filósofo en quien confiar cuando se trataba de esta materia. Dreyfus, en cambio, era la bestia negra de la IA. Su primer libro, What Computers Can't Do (1972), incluía la afirmación de que los ordenadores nunca podrían jugar al ajedrez, ya que requiere «intuición», algo fuera del alcance de las capacidades de los ordenadores. La alegría reinó en el ámbito de la inteligencia artificial cuando un ordenador no tardó en vencer a Dreyfus al ajedrez, pero eso no le hizo cambiar de opinión. Con el paso de los años, llegué a conocer bastante bien a Bert Dreyfus y, aunque a menudo nos enfrentábamos amistosamente sobre el tema, ambos apreciábamos nuestros respectivos trabajos. Recuerdo que yo tenía una diapositiva que solía usar al hablar en talleres de IA, que decía: «¡Solo porque Bert Dreyfus lo dijo no significa que sea erróneo!». Como muchos filósofos, Dreyfus no podía resistirse a exagerar sus afirmaciones; si hubiera dicho que la IA no era imposible, pero sí mucho más difícil de lo que los entusiastas pensaban, habría tenido razón, y desde el principio articuló algunos de los mejores fundamentos para creerlo.

Yo necesitaba publicar en revistas de filosofía, no en Behavioral Science, y me di cuenta de que mi tesis era demasiado ambiciosa y poco convencional para convertirla en artículos breves. Tendría que escribir un libro completo, una propuesta arriesgada, pero ¿qué otra opción tenía? En las fiestas, los filósofos me preguntaban en qué estaba trabajando, y no podía contárselo a menos que los acorralara y les hicieran un resumen de cincuenta minutos («Espera, eres filósofo; así pues, ¿de qué trata todo eso de las neuronas y la evolución del cerebro y cómo funciona la visión después de que las señales salen del globo ocular?»). Me sentía solo. Así que reescribí

mi disertación como un libro y lo envié en la primavera de 1967 a la famosa colección de Routledge & Kegan Paul sobre filosofía y método científico, mi serie favorita, que había publicado a J. J. C. Smart, David Armstrong, y, sí, incluso a Wittgenstein. Era mejor intentar entrar por la puerta grande. Ayer había sido el editor de la serie, pero recientemente había pasado el timón a su alumno, Ted Honderich. Luego esperé. Y esperé. Pasó un año sin noticias de Honderich. Me estaba desesperando, así que le escribí una nota preguntándole qué había pasado con mi manuscrito. Lo había olvidado, ya que se lo había mandado para revisarlo a alguien en Oxford (no sé quién) que también se olvidó de él. Honderich tuvo que viajar a Oxford y rebuscar entre montones de libros y papeles en el estudio de ese tipo antes de encontrarlo, recuperarlo y decidir revisarlo él mismo. En agosto de 1968, recibí una nota suya en la que aceptaba entusiasmado el libro, e incluía páginas con sugerencias para pequeñas mejoras. Yo estaba en la gloria, ya que, gracias al generoso sistema de periodos sabáticos de la Universidad de California, era candidato, después de solo tres años en la UCI, para un trimestre sabático, que Susan y yo planeamos pasar en Oxford aquel otoño. La guerra de Vietnam causaba estragos. Mi aplazamiento como profesor estaba a punto de ser revocado, y decidimos que, si me llamaban a filas mientras estábamos en Oxford, simplemente nos quedaríamos en Inglaterra y nos lo tomaríamos lo mejor posible. Ambos éramos muy activos en el movimiento antibélico, empezando por la marcha de protesta en Los Ángeles en junio de 1967, cuando Lyndon B. Johnson dio una charla en el hotel Century Plaza que acabó en el famoso «disturbio policial», que dejó a muchas personas heridas, pero no a nosotros, que nunca estuvimos tan cerca de la acción. Susan había estado esperando la llegada del autobús escolar en nuestro vecindario y repartiendo folletos en que se aconsejaba a los estudiantes de secundaria sobre la objeción de conciencia y otras alternativas al reclutamiento, uno de los proyectos de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Uno de nuestros vecinos, un veterano de la Marina, anunció en una reunión de la comunidad que estaba enviando informes sobre nuestras actividades a la Oficina de Inteligencia Naval, y dije en voz alta: «Bueno, Susan, ¡ya puedes olvidarte de tu carrera en la Marina!».

De camino a Oxford, hicimos una parada en Massachusetts para

pasar parte del verano con nuestras familias. Durante esa temporada tuve la oportunidad de enseñar en la escuela de verano en Tufts, lo que me permitió entablar una amistad de por vida con el nuevo director del Departamento de Filosofía, Hugo Bedau. El primer trimestre en Oxford fue una etapa feliz; Susan estaba embarazada y yo me dedicaba a revisar e ir entregando el manuscrito de mi libro, mientras impartía clases de lógica en Hertford, mi antiguo college. Además, tenía la suerte de reunirme todas las semanas con Derek Parfit y otros jóvenes filósofos para mantener discusiones intensas sobre sus ideas. En ese momento, Derek se encontraba inmerso en su reflexión sobre el tiempo y cuestionaba si tenía sentido preguntar qué sucedió antes del big bang, mientras que yo sostenía que las explicaciones freudianas del comportamiento estaban sistemáticamente exentas de confirmación o refutación. Estábamos volviendo a Massachusetts para Navidades cuando ocurrió la calamidad: Susan sufrió una obstrucción intestinal que no solo nos hizo perder al bebé, sino que también peligró su vida y provocó que se desvanecieran nuestras esperanzas de un nuevo embarazo. En enero tuve que regresar a Irvine para impartir mis cursos, mientras Susan permanecía en el hospital de Boston bajo el cuidado de su padre, médico de profesión, y su madre, que había sido enfermera, quienes velarían por ella durante los meses de convalecencia y me darían el parte diario. Fue la época más triste, solitaria y aterradora de mi vida. Sin embargo, Susan se recuperó, volé hacia el este para reunirme con ella y luego volvimos a Irvine. Durante los pocos meses que habíamos estado fuera, algo había cambiado. No solo el movimiento contra la guerra se estaba intensificando, sino que muchos de nuestros amigos de la facultad estaban recurriendo al consumo de drogas, al matrimonio abierto y a otras actividades que nos resultaban preocupantes, cuando no cómicas. Yo pensaba que podía ver a través de la pesada pseudoprofundidad que inducían en nuestros amigos la marihuana o, aún más, el LSD, y aparte de una breve y aterradora sobredosis de hachís en casa de un amigo querido, decliné participar en estas actividades, a pesar de la insistencia de mis colegas y muchos de mis estudiantes. Supongo que era más conservador de lo que imaginaba.

Conforme crecía el Departamento de Filosofía en aquellos años, tuvimos un constante fluir de excelentes filósofos y lógicos dando

coloquios tan interesantes que pronto académicos de la UCLA y la UC San Diego conducían hasta Irvine para asistir a ellos. Una tarde, después de una de esas charlas, me dirigí al aparcamiento con David Lewis y el matemático y lógico Richard Montague, que habían venido juntos desde la UCLA. Había un Bentley dorado estacionado bajo una farola. Me quedé asombrado. «¡Caramba!», exclamé. «¿Quién sería capaz de tener un Bentley dorado y qué [diantres] hace aparcado aquí, en la UCI?». Me acerqué a toda prisa y me deleité mirando hasta el menor de sus detalles, incluso presioné la cara contra una ventanilla para tener una vista mejor del interior. David y Richard no dijeron nada y, cuando terminé mi exuberante carcajada, Richard sacó las llaves, subieron al coche y se fueron, dejándome allí ruborizado. Richard Montague era independiente, rico y abiertamente homosexual, y solía pasear en su Bentley dorado por Sunset Boulevard en busca de compañía, una práctica que al final se cobró su vida (un asesinato aún sin resolver) en su hermosa casa de Beverly Hills, en lo alto de la colina.

Una vez, solo por diversión, llevamos al filósofo británico Brian McGuinness al Five Crowns, una exagerada imitación de un pub británico, con caballos de bronce y un buzón de correos, reproducciones con cacerías de zorros en las paredes y camareras con gorritas blancas. El maître no tardó en darse cuenta de que esa noche tenían un auténtico inglés como invitado y, al final de la cena, se acercó para preguntar si había detectado algún defecto en su réplica de un verdadero pub. «Sí», respondió McGuinness, y al maître se le descompuso la cara. «El baño no apesta».

Otro gran visitante del campo de la lógica de UCLA fue Alonzo Church, famoso por la tesis de Church y el teorema de Church, dos de las ideas fundacionales de la ciencia de la computación. Church dio varias charlas en la UCI, en las que se esmeraba en atiborrar las pizarras de fórmulas. Insistía en que nunca se debería decir lo que significaba un término o una oración sin subindicar el lenguaje así: «snowInglés» se refiere a la nieve, porque el mismo símbolo ortográfico podía significar cosas distintas en idiomas diferentes: «chairFrancés» significa «carne»; «giftAlemán» significa «veneno». Decidí llamar a esto la posibilidad de Church, y lancé un reto a todos para que propusieran una oración que fuera gramatical en dos idiomas diferentes y tuviera dos significados muy distintos, con

mayor puntuación según su longitud y su naturalidad. Donald Davidson tenía una opción homófona: «Empedocles leaped» («Empedocles saltó») y «Empedocles liebt» («Empédocles ama» en alemán). Se cuenta que el filósofo presocrático Empédocles se suicidó saltando al Etna. A mi compañero de travesías náuticas, Don Heiney, se le ocurrió «Grand legs? Seize ours!» («¿Grandes piernas? ¡Aprovecha las nuestras!», que en francés suena como Grand légat? Seize ours! [«¿Gran legado? ¡Dieciséis osos!»]). Escribí una carta a Vladimir Nabokov, mi novelista favorito, políglota y orfebre de la palabra; su esposa, Vera, me escribió una amable respuesta diciendo que se lo había preguntado y él le había dicho que nunca se había planteado semejante ejercicio y que lamentaba no poder ofrecerme ejemplos. El desafío sigue en pie. He perdido muchas horas intentando mejorar el ejemplo conciso de Don Heiney sin éxito, y agradeceré cualquier aportación más larga y mejor que la suya, y anunciaré debidamente premios para cualquier buen candidato.

La tradición en la UCI era que el departamento invitaba al conferenciante a cenar en un buen restaurante, y que los profesores pagaran cada cual lo suyo. La primera vez que Church dio una conferencia en la UCI, lo llevamos a Reuben's, un asador en el paseo marítimo que exhibía su menú en una gran tabla de madera, en la que también se enumeraban muchos platos de guarnición. Church era un famoso gourmand, y su aspecto lo confirmaba, con su inmensa barriga balanceándose de un lado a otro al andar. Alrededor de seis comensales nos sentamos a la mesa y continuamos nuestra acalorada discusión sobre su charla, mientras la camarera se acercaba y trataba de tomar nota de Church. Sin apenas inmutarse, eligió el filete más grande del menú y una patata asada, y se reincorporó al debate. La camarera insistió: ¿desearía también una sartén de champiñones? Sí. ¿Unos aros de cebolla? Sí. ¿Panecillos? Sí. ¿Pan de ajo? Sí. ¿Patatas fritas caseras? Sí. Qué buen tipo, pensamos; conoce la norma, y pide una cosa de cada a fin de que haya mucho para compartir a expensas del departamento. Nosotros, profesores empobrecidos, pedimos cada cual algo mínimo: un solomillo pequeño, o incluso una hamburguesa con una ensalada mixta. Cuando llegó la comida, Church se comió todo lo que había pedido, mientras nosotros nos sentábamos con nuestros platos enseguida vacíos delante y los estómagos rugiendo. Tuve el placer de llevarlo de vuelta a la UCLA al día siguiente, y durante el

trayecto me contó varias anécdotas memorables. Una vez, mientras daba una charla en Berkeley, durante el debate un joven entusiasta comenzó a decirle en tono agresivo que las implicaciones de la tesis de Church socavaban su discurso. A medida que el joven continuaba, de repente se dio cuenta de a quién estaba aleccionando, se detuvo en mitad de una frase y se sentó. Church también me habló de su intento, cuando era editor de la sección de reseñas del Journal of Symbolic Logic, de presionar a Kurt Gödel para que le enviara una copia de una conferencia que había dado recientemente en Princeton con la amenaza de que, si no, publicaría las desconcertantes notas de un asistente a la conferencia en caso de que Gödel no facilitara su propia versión, pero no funcionó.

En 1969 llegaron a mi buzón, para gran alegría mía, los dos primeros ejemplares de mi libro Contenido y conciencia. El Departamento de Filosofía votó a favor de mi candidatura anticipada a la titularidad (realmente aquello era entonces un mercado de vendedores), y me pidieron que nombrara al filósofo al que se debía invitar para que lo leyera y escribiera un informe para la consideración del comité de titularidad. Fue Quine, por supuesto, y pronto llegó su carta confidencial. No se me permitió verla, pero me dijeron que debía sentirme satisfecho, aunque Quine había llamado la atención sobre algunos errores fácticos triviales. A su debido tiempo, el comité me concedió la titularidad, y empecé a dejar de preocuparme por si yo estaba hecho o no para la filosofía. Seguí esculpiendo como aficionado, por si acaso, pero a partir de entonces me dediqué a elaborar (y a veces a corregir) las afirmaciones que había defendido en el libro. Ahora contaba con la ayuda de mis colegas, que comenzaron a percatarse de lo que me llevaba entre manos. Repasamos el trabajo pionero de Jaakko Hintikka sobre lógica epistémica, Knowledge and Belief (1962), y Psychological Explanation (1968) de Jerry Fodor, lo que aterrorizó a algunos estudiantes de posgrado que asistían a nuestras discusiones, ya que no nos andábamos con rodeos y a menudo nos acalorábamos en nuestras refutaciones y réplicas. Los más combativos éramos Joe Lambert, Jack Vickers, Gordon Brittan, Peter Woodruff y yo; me sacaron de muchos callejones sin salida y todos, al final, fueron ayudantes constructivos. ¡Ojalá los filósofos siempre fueran así! Lo que finalmente surgió de ese «horno» fue mi artículo «Intentional Systems» (1971), que articulaba el papel de la

suposición de racionalidad en todas las atribuciones de creencias y sentaba las bases para gran parte de lo que he hecho desde entonces. La idea central es simple: atribuimos creencias y deseos a las personas (y animales, robots...) para ayudarnos a anticipar y entender su comportamiento, pero esto funciona solo si asumimos que harán lo que es racional hacer, dadas las creencias y los deseos que les hemos atribuido. Al tratarlos como «sistemas intencionales» —agentes racionales que saben dónde están y qué necesitan— podemos interactuar eficazmente con ellos, y ya sea que queremos ayudarlos, unir fuerzas con ellos, derrotarlos en algún concurso, o simplemente dejarlos seguir su camino, nuestra mejor esperanza es adoptar esta táctica o postura arriesgada y revisar nuestras adscripciones a creencias y deseos cuando no hagan lo que esperamos. Y lo hacemos sin tener en cuenta cómo funcionan sus cerebros: nos limitamos a suponer que funcionan «bien».

EL PHILOSOPHICAL LEXICON

Una noche en Irvine, mientras preparaba un esquema de mi conferencia para el día siguiente, escribí «Quining intentions» como título del tema, y sabía lo que quería decir con mi espontánea escritura abreviada: negar la existencia de algo —intenciones, en este caso— debido al gusto (como había dicho Quine una vez) por un «paisaje desértico», una «ontología» minimalista o una lista de cosas que uno supone que existen. Quine era famoso por su dictum «ser significa ser el valor de una variable ligada», lo que significa, grosso modo, que si tu teoría te obliga a hablar sobre «todas las x que son F» o «hay una x que es F», entonces la teoría estará comprometida con la existencia de x que sean F. Pero si puedes encontrar una paráfrasis adecuada, no tienes que comprometerte con estas cosas. Los esfuerzos de Quine por reducir su ontología fueron influyentes, pero controvertidos. Cuando alguien una vez le citó la frase de Shakespeare «Más cosas hay en el cielo y la tierra, Horacio, que las que se sueñan en tu filosofía», se dice que Quine respondió: «Posiblemente, pero mi preocupación es que no haya más cosas en mi filosofía de las que hay en el cielo y la tierra».

Si eso es lo que significaba el verbo «to quine» (quinear), ¿qué era un «hintikka» o un «carnap»? ¿Qué significaba el adjetivo «bewilfrid» (Sellars) y qué era «to ryle» (rylear)? Antes de acostarme, había reunido una docena de entradas y las había mecanografiado, y al día siguiente en la oficina hice copias para echarlas en los buzones de mis colegas. Pronto muchos de ellos quisieron participar en el juego, escribiendo en minúscula los nombres de los filósofos a la manera de «boicot», «sándwich» o «cárdigan». Joe Lambert enseguida envió la lista inicial a amigos de departamentos de filosofía de todo el país y, de hecho, de todo el mundo. Pronto comenzaron a llegar nuevas entradas para el Philosophical Lexicon de todos los rincones, y surgió un problema de control de calidad. Algunas de las nuevas entradas eran simplemente lamentables, pero lo que me impulsó a actuar fue cuando recibimos una versión reeditada de mi lista original y uno de mis ejemplos favoritos había sido, digamos, «mal mejorado». Bertrand Russell había demostrado que la obra pionera de Gottlob Frege, Grundgesetze der Arithmetik (Leyes básicas de la aritmética), era inconsistente. Sin embargo, esto no detuvo a Frege, de completar el tratado en dos volúmenes ni intentó subsanar dicha inconsistencia. Una de mis definiciones favoritas era:

frege, n. (solo en la expresión idiomática «to beg the frege»): Reconocer la inconsistencia de la propia posición, pero seguir manteniéndola de todos modos.

Alguien lo había sustituido por «to frege the question». ¡Oh, no! La palabra alemana para «pregunta» es frage, por lo que el juego de palabras bilingüe era el corazón de la definición original. Reafirmé mi labor de editor y saqué el lápiz rojo. Se preparó una «segunda edición», a la que le seguirían cada año más o menos ediciones más extensas, todas fotocopiadas y enviadas por correo a aquellos cuyas contribuciones habían sido aceptadas por el editor. Cuando me mudé a Tufts, decidí que era el momento de publicar una edición impresa y hacer que estuviera ampliamente disponible (me había convencido de que el Lexicon probablemente sería mi legado filosófico más perdurable, por lo que debía registrar los derechos de

autor y publicarlo como es debido). Dado que algunas de las «definiciones» eran discutiblemente injustas e incluso crueles, envié una copia del penúltimo borrador junto con una tarjeta postal con mi dirección a todos los definienda vivos localizables con tres opciones a escoger: «Puede incluir mi nombre tal como está definido», «Por favor, suprima la definición de mi nombre» y «Ruego que no publique este trabajo». Menos de media docena de filósofos pidieron que se eliminara su entrada, peticiones que por supuesto atendí, ignorando el consejo de varios colegas que sugirieron que debería publicar sus entradas de todos modos, con un asterisco que indicara que habían pedido que se eliminara.

Varios desertores cambiaron de opinión más tarde y me escribieron solicitando que los volviera a incluir en ediciones posteriores. Recibí muchas cartas de filósofos que anhelaban ser incluidos, a veces proponiendo definiciones groseras de sus propios nombres, pero desde el principio habíamos prohibido las autodefiniciones. Los filósofos, al igual que la mayoría de los académicos, anhelan recibir la atención de sus colegas: «Di lo que quieras sobre mí, pero ¡escribe bien mi nombre!». La primera década de mi carrera se complicó por el hecho de que uno de los filósofos más comentados de entonces era uno de los mejores alumnos de Donald Davidson, Daniel C. Bennett, que había enseñado en Stanford, Brown, Brandeis, la Universidad de Massachusetts y Swarthmore. Era más de diez años mayor que yo y, cuando iba a las reuniones de la American Philosophical Association y la gente veía la etiqueta con mi nombre, a veces me preguntaban: «¿Eres el tal Daniel Bennett?», a lo que yo respondía: «Ni siquiera soy un Daniel Bennett». Bennett se hizo famoso a escala nacional en 1971 (por más de quince minutos, pero no mucho más) cuando unos activistas irrumpieron en la oficina del FBI en Media, Pensilvania, y robaron archivos de vigilancia que J. E. Hoover mantenía sobre activistas contra la guerra, incluidos los de la facultad de Swarthmore, de los cuales Bennett era el más destacado.

No pensé que debiera ganar dinero a expensas de mis colegas, así que durante algunos años la edición publicada del Philosophical Lexicon la vendió la American Philosophical Association, y creo que fue una modesta fuente de ingresos para ellos. Después de algunos años de abandono sin una nueva edición, el filósofo danés Asbjørn

Steglich-Petersen, de la Universidad de Aarhus, me preguntó si podía hacerse cargo del proyecto. Le envié cientos de entradas sin clasificar que se habían ido acumulando en el cajón de mi escritorio. La octava edición (1987) está en línea (de forma gratuita). Al revisarla ahora, veo que no «capto» muchas de las nuevas entradas, lo cual es un buen indicador de cuán lejos he estado del mundillo filosófico en los últimos años, pero desde el principio fue cierto que cualquiera que se divirtiera con todas las entradas estaba dedicando demasiado tiempo a leer filosofía y a cotillear sobre filósofos.

7

DE VUELTA AL ESTE

Durante una visita navideña que Susan y yo hicimos a nuestras casas familiares en Massachussets, en diciembre de 1969, formulé el argumento más sólido y persuasivo de mi vida:

1. En algún momento querríamos tener una casa en Maine.

2. Las viviendas en Maine se iban a encarecer más rápido de lo que nosotros nos haremos ricos.

Por tanto, a pesar de vivir y trabajar en el sur de California, debíamos intentar comprar una casa cuanto antes.

Susan estuvo de acuerdo, y así comenzamos nuestra búsqueda. En uno de nuestros viajes de exploración, estábamos a punto de darnos por vencidos cuando vimos una pequeña Polaroid en blanco y negro en el escaparate de una agencia inmobiliaria de Ellsworth, Maine. Junto a la imagen, se anunciaba una propiedad de «unas 80 hectáreas con edificaciones» en Blue Hill, por veinticinco mil dólares. Unas horas más tarde la compramos por el precio solicitado. Fue una suerte que no regateáramos. Durante las Navidades, el propietario decidió retirarla del mercado e intentar venderla por un precio más elevado con una inmobiliaria de mayor categoría. Sin embargo, entonces la ley de Maine requería que el vendedor cerrara la compra con quien ofreciera el precio de venta, una sabia medida para prevenir la discriminación. Nuestro abogado, el temible Charles Hurley de Hale & Hamlin, insistió con éxito para

que el propietario aceptara nuestra oferta. Así comenzó nuestra vida en la granja Godland, donde pasamos todos los veranos durante los siguientes cuarenta años (el pastor Jonathan Fisher, un clérigo y erudito del siglo XVIII de Blue Hill, hizo un mapa de la zona —ahora en la Casa Museo de Jonathan Fisher de Blue Hill— en el que se mostraban todas las casas y los caminos. Sin embargo, nuestras ochenta hectáreas aún no tenían edificaciones, por lo que la ubicación está marcada con la palabra «Godland» (literalmente, «tierra de Dios»), que significaba «tierra aún sin propietarios». Decidimos que sería un buen nombre para la granja y para el vino de sidra que elaboramos, y en cuanto a nosotros el nombre no tenía nada que ver con la religión).

Aquel verano de 1970, nuestro último verano sin hijos, condujimos hacia el este para vérnoslas con la granja que habíamos adquirido. «¡Estamos locos!», recuerdo haberle dicho a Susan cuando llegamos a la casa por primera vez. El patio estaba lleno de coches y camiones abandonados, nuestro suministro de agua era una bomba manual niquelada en el fregadero de la cocina conectado al pozo del patio trasero, y un retrete de tres agujeros era nuestro único baño. Había un total de tres tomas de corriente en toda la casa, y trastos amontonados por todas partes. Al principio, la compañía de seguros se negó a asegurar la casa, pues pensaban que planeábamos incendiarla y levantar otra construcción. Aun así, nuestro agente los convenció de que éramos una pareja de California apasionados y soñadores que en realidad planeaban restaurar la casa para devolverle su gloria original. El hermano de Susan, George, recién salido de los Marines, nos ayudó con las obras de restauración. Nos encantaron nuestros vecinos de Blue Hill, todos originarios de Maine, que fueron una fuente constante de aprendizaje y ayuda. Con el tiempo hicimos tantos progresos que decidimos que viajar hasta Maine desde Irvine todos los veranos no tendría sentido.

Granja Godland, Blue Hill, 1972

Era el momento de regresar a Nueva Inglaterra. Por suerte, mi libro recibió críticas muy favorables, lo que facilitó mi movilidad. No tardé en recibir ofertas de la Universidad de Maine, la recién creada Universidad de Massachusetts en Boston y Tufts. Aunque vivir todo el año en Maine tenía sus atractivos, el decano de la universidad de allí me dejó claro que deseaba que me encargara de hacer una reestructuración y rescindiera los contratos de los cinco miembros no titulares durante los próximos años y contratara un nuevo departamento. Era sabido de todos en el departamento, y mi visita al campus fue más que inquietante. Si bien pensé que el claustro existente era bastante respetable, me impresionó la honestidad y dignidad con que los profesores en peligro afrontaron sus reuniones con su posible verdugo, aunque sus esposas —todos los profesores entonces eran hombres— estaban aterrorizadas. ¡Qué divertido será para Susan conocerlas!, pensé.

Otra experiencia aún más inquietante me esperaba en la Universidad de Massachusetts, en Amherst, un departamento de

gran prestigio. Aunque había solicitado un puesto allí y no había resultado preseleccionado, Robert Ackermann, amigo mío, me invitó a visitarlo cuando estuve en el este por Navidad, lo que acepté con la expectativa de pasarme la tarde tocando ragtime con él al piano. Sin embargo, cuando llegué a su casa, me invitó esa tarde a asistir a su seminario. Acepté, y al instante invitó a sus colegas a unirse; intentaba meterme con calzador nuevamente en la lista de candidatos preseleccionados haciéndome dar una charla. Sus colegas se presentaron y me parecieron el público más hostil que jamás me haya encontrado. En el coche, en el trayecto de regreso a Boston, pensé que, si eso era lo que significaba la filosofía de alto nivel en la costa este, no quería formar parte de ello. Por suerte, cuando había dado una charla parecida («Sistemas intencionales») en Princeton unas semanas antes, había disfrutado de un debate animado y constructivo, así que pronto recuperé mi optimismo en mi área de conocimiento y mi lugar en ella. Acepté la oferta de Hugo Bedau de un puesto como titular en Tufts, donde he estado desde entonces, justo el lugar adecuado para mí.

De regreso a Irvine, Susan y yo nos habíamos inscrito para adoptar un bebé. Este proceso podía llevar mucho tiempo, pero Irvine accedió a prolongar mi nombramiento allí y Tufts acordó posponer mi llegada hasta que tuviéramos a nuestro hijo. Nos entregaron a Andrea en marzo de 1971, antes de lo previsto, y nos quedamos libres para trasladarnos al este, pero Irvine había resultado seleccionado para organizar un extraordinario taller de verano sobre filosofía del lenguaje, organizado por los filósofos de Princeton Donald Davidson y Gilbert Harman, y decidí quedarme para asistir de manera informal.

Me sorprende saber que nadie, hasta donde yo sé, ha publicado un informe sobre ese taller, que creo que tuvo una gran influencia en la disciplina. Se suponía que era una oportunidad para que los jóvenes filósofos del lenguaje con puestos fuera de los principales departamentos se pusieran al día con sus colegas mejor posicionados, al pasar ocho semanas intensas con algunos de los mejores filósofos analíticos y lingüistas del mundo: además de Davidson y Harman, estaban Quine, Strawson, Grice, Saul Kripke, David Kaplan y los lingüistas Barbara Partee, Haj Ross y George Lakoff. Harman y Davidson hicieron caso omiso de las normas e

invitaron a muchos de los mejores filósofos jóvenes del país a ser los estudiantes, junto con un puñado de «ilustres rurales» (el término odioso utilizado sottovoce para referirse a aquellos a los que el programa aspiraba a ayudar).

Davidson y Harman fueron criticados con razón por el Consejo de Estudios Filosóficos, que había financiado el taller, pero, para bien o para mal, esta élite siguió dominando la filosofía analítica durante décadas; una camarilla de jóvenes filósofos que llegaron a conocerse bien en Irvine. Los filósofos reconocerán sus nombres: Helen Cartwright, Oswaldo Chateaubriand, Gareth Evans, Carl y Sally Ginet, Dick Grandy, Bill Lycan, Bob Stalnaker, Denny Stampe, Steve Stich, Rich Thomason, Peter Unger. No fui uno de los participantes oficiales en el taller, pero se me permitió intervenir en calidad de «nativo» de Irvine, por así decirlo, así que debo incluirme entre los filósofos a quienes esas ocho intensas semanas les brindaron posiciones estratégicas en la red académica. Este grupo de quizás veinte filósofos se tomaba la tarde libre para el ocio: playa, tenis o natación en la piscina de la UCI. Compartíamos las instalaciones deportivas con el equipo de fútbol americano de los San Diego Chargers, que estaba haciendo su entrenamiento de verano, y la discusión filosófica se detenía en el vestuario cuando los Chargers entraban a toda velocidad, gritando y riendo, con sus tacos resonando y lanzando los cascos. Uno de mis recuerdos visuales más felices es el del esbelto sir Peter Strawson charlando con dos de los gigantescos defensas en las duchas.

Mi madre murió de un derrame cerebral aquella primavera, poco después de visitar a su nieta en California, y, cuando nos mudamos a Massachusetts, vivimos en su casa durante unos meses hasta que encontramos una bonita casa victoriana en Andover, a media hora al norte de Tufts y, por tanto, media hora más cerca de la granja en Maine. Dos años más tarde, adoptamos a Peter cuando era un bebé, y los cuatro nos pasamos dos décadas de idas y venidas entre Andover y la granja. Aunque la granja no tenía calefacción central, contaba con una excelente estufa Franklin en el comedor y una cocina de leña en la cocina, lo que nos permitía llegar un viernes de mediados de invierno por la noche y esperar que la casa estuviera más o menos cómoda antes de acostarnos. Recuerdo haberme despertado algunas mañanas con carámbanos en el bigote. La granja

había estado habitada sin interrupción durante ciento cuarenta años sin calefacción central, así que solo estábamos haciendo lo que la gente de la zona había estado haciendo toda su vida. Con la práctica nos fuimos volviendo más diestros.

Susan perfeccionando sus habilidades con la cocina de leña, 1972

* * *

En Tufts, una de las asignaturas de pregrado que empecé a impartir

fue una sección de Introducción a la Filosofía. Era un curso de «escritura intensiva» en el que un pequeño grupo de estudiantes de primer y segundo año (veinte o menos) tenían que escribir, y reescribir, una serie de ensayos cortos. Fue una tarea ardua para mí, ya que les permitía reescribir cada ensayo tantas veces como quisieran, en respuesta a los comentarios que les indicaba en los márgenes. Solo contaba la nota de la versión final, por lo que calificaba los primeros ensayos con severidad y suspendía a los estudiantes, algo a lo que nunca se habían enfrentado en ninguna tarea en sus vidas. Con cinco ensayos cortos, la mayoría de los cuales se reescribían al menos una vez, eso significaba comentar varios cientos de ensayos por trimestre, un esfuerzo importante que me consumía cientos de horas de trabajo (yo, por mi parte, no puedo leer el trabajo de un estudiante cuando estoy somnoliento; es una batalla perdida contra la divagación mental y el sueño). Dado que todos los estudiantes escribían sobre el mismo texto cada vez —el Menón de Platón o las Meditaciones de Descartes, por ejemplo—, era posible llevar a cabo rondas magistrales, de hecho, sobre oraciones problemáticas, porque todos estaban casi literalmente en la misma página. Mientras leía sus ensayos, subrayaba las oraciones fatigosas y aburridas, y las copiaba, literalmente y sin atribuirlas a nadie, para usarlas en clase. Las repasábamos en la pizarra una por una. «¿Qué debe corregirse en esta oración?», preguntaba, y, al principio, los estudiantes se quedaban desconcertados. No había errores ortográficos, no había errores fácticos, ni fallos tipográficos ni de concordancia verbal, no había infinitivos divididos... Hasta donde alcanzaban a ver, la frase en cuestión no tenía nada malo. «¿Suena bien?», les preguntaba. «¿Da ganas de leer la siguiente frase? ¿Dice algo vívido, memorable, ingenioso? ¿O simplemente avanza renqueante, haciendo su trabajo de forma torpe?». Pronto entendieron lo que quería decir y compitieron entre sí para proponer algo más enérgico, más elegante, algo con un poco de chispa que alguien quisiera citar. Yo me dedicaba a borrar y a escribir en la pizarra, mientras discutían entre ellos qué revisiones eran las más acertadas. Sabían distinguir la buena escritura de la mala; solo que nunca se les había animado a aspirar a escribir bien y desconocían cómo elevar sus estándares hasta que yo se lo mostré. Enseñar a mis estudiantes a escribir, reescribir y reescribir de nuevo fue probablemente la mejor manera que tuve de usar el tiempo durante mi enseñanza en Tufts. Nunca di una charla en la costa

oeste durante mis seis años en Irvine. La primera vez que me invitaron a impartir una conferencia fue en diciembre de 1970 en Princeton, después de que Gilbert Harman y Richard Rorty descubrieran Contenido y conciencia. Princeton era tenido entonces por el departamento de filosofía más destacado de Estados Unidos, así que empecé por la cima. Entre el público había figuras estelares, y yo estaba nervioso a pesar de la presencia de algunos amigos y conocidos de los tiempos de Harvard: David y Steffi Lewis, Tom Nagel, Gil Harman y Margaret Wilson. Mientras comenzaba a leer mi ponencia, «Sistemas intencionales», una mujer entre el público captó mi atención; estaba disfrutando, sonreía y asentía, se anticipaba, así que me sedujo a dar la charla para ella. Cuando llegó el momento de las preguntas, levantó la mano y, por supuesto, le di la palabra. ¡Resultó que me preguntó algo que mostraba que no había entendido nada de la ponencia! Sentí que me iba a desmayar allí mismo, pero me recuperé y enseguida me di cuenta de que había logrado comunicarme con los demás. Desde entonces, a veces me he encontrado escuchando a un orador que estaba sumamente nervioso y le he dedicado un poco más de sonrisas y asentimientos. Puede obrar maravillas.

Apenas unas semanas después de llegar a Tufts, recibí la primera invitación importante: el Coloquio sobre Mente y Cerebro de Cincinnati, en noviembre de 1971. Me solicitaron que diera una charla —«Brain Writing and Mind Reading», mi primera defensa de la indeterminación de la traducción radical de Quine— y también que respondiera a una charla de Rorty sobre mi libro. Hilary Putnam, a quien aún no conocía, estaba allí impartiendo las conferencias Taft, y Wilfrid Sellars también participó como ponente. Fue la única vez que vi a Hilary en acción durante su psicótico periodo antibelicista, y fue impactante. Por ejemplo, afirmó que en China el pueblo (el Pueblo, según él) construía portaaviones sin planos ni arquitectos navales. En aquel momento, el único libro de lectura obligatorio para sus cursos en la librería Harvard Coop era El pequeño libro rojo de Mao. Sin embargo, Hilary todavía podía responder con sensatez a las críticas filosóficas a su trabajo. Bill Lycan tuvo la poco envidiable tarea de contestar a su charla sobre el funcionalismo, que Hilary había abandonado recientemente, y anunció su intención de defender una versión anterior de Putnam frente a la versión que acabábamos de escuchar. ¡Bien hecho, Bill!

Wilfrid Sellars, con quien había tenido algún contacto durante sus visitas a Irvine (y por nuestra correspondencia sobre mi artículo que decidió no publicar), me invitó a cenar esa noche en un elegante restaurante francés de Cincinnati (sí, había uno, y él lo conocía bien). Cuando nos reunimos en el vestíbulo del hotel, me di cuenta de que me encontraba mal y le dije con pesar que odiaba dejarlo plantado de esa manera, pero que no iba a poder acompañarlo porque sentía náuseas. Serrars me miró fijamente y me preguntó:

—¿Te gustan los martinis?

—Sí, normalmente, me gustan mucho, pero… —comencé a decir.

—No hay peros que valgan, ven conmigo, vamos a tomar uno o dos —me interrumpió.

A regañadientes, subí a un taxi con él mientras imaginaba lo terrible que sería, unos minutos después, acabar vomitándole encima en un primoroso restaurante francés. Sin embargo, para mi sorpresa, después de un sorbo desaparecieron las náuseas (síntoma de haber pasado tantos nervios durante todo el día), la tensión se disipó y disfrutamos de una cena memorable y una conversación aún más memorable sobre nuestros desacuerdos pendientes, en especial en torno a si el concepto de qualia era un error al que los filósofos debían renunciar. Mientras compartíamos una botella de Chambertin, Sellars afirmó: «¡Dan, los qualia son lo que hace que la vida merezca la pena!». En ese momento, no estuve de acuerdo, pero esa frase me ha servido para presentar tanto lo que está bien como lo que está mal en el punto de vista de Sellars sobre los qualia.

En marzo de 1973, recibí otra invitación a una conferencia notable sobre «lenguaje, intencionalidad y teoría de la traducción» en la Universidad de Connecticut. Este episodio quizá fuera la mejor escaramuza en la batalla filosófica sobre la indeterminación de la traducción radical de Quine, y al final él se alzó con la victoria (o esa es mi opinión, quizá no compartida por la mayoría de los otros participantes). A Putnam y a mí nos habían encomendado la tarea de comentar una presentación de Sellars, mientras que Quine y David Lewis comentaban una ponencia de Davidson; Gil Harman y Charles Parsons hacían lo propio con una de Michael Dummett; y

David Kaplan y Barbara Partee, una ponencia de Saul Kripke. Un grupo de mentes ágiles, pero yo ya me sentía más relajado. Viajé en coche hasta Connecticut con Hilary Putnam como compañero de viaje, lo que nos brindó unas horas para conocernos mejor. Además de discutir los detalles de nuestra intervención sobre Sellars, que había olvidado enviarnos su ponencia con antelación, Hilary me sorprendió al contarme las ocasiones en que otros profesores de Harvard (que no eran filósofos) habían hecho comentarios antisemitas en su presencia, sin darse cuenta de que su apellido wasp lo había adoptado su familia décadas atrás (su padre, Samuel, era un traductor muy reputado, conocido por su versión del Quijote, la edición de la Modern Library, aún en imprenta y considerada por muchos la mejor en inglés). Aunque nunca he encontrado indicios de antisemitismo entre el profesorado o los estudiantes de Harvard, ni antes ni después, creí a Hilary y desde entonces he estado más alerta.

La reunión en la UConn fue intensa pero cordial, y mi charla fue bien recibida, en parte porque le di un toque de humor. Durante un receso para el café, Quine se me acercó con una sonrisa estampada en la cara y expresó su alegría por verme en el taller, lo cual me hizo sonreír a mi vez. Luego añadió: «Porque tengo un apetito insaciable de humor». Le respondí con un poco de frialdad que esperaba que mi charla no destacara solo por su comicidad, y él se desdijo con elegancia. En otra ocasión se deshizo en elogios hacia unas esculturas mías que había visto en una exposición en Harvard, lo que me llevó a preguntarme si era una indirecta para que me dedicara a la escultura en lugar de a la filosofía. Es fácil que un profesor subestime el impacto que pueden tener en un estudiante esos comentarios casuales. He sido objeto de suficientes pullas involuntarias como para entenderlo mejor, y creo que he hecho un trabajo consciente en cuanto a reservar mis críticas para los acosadores académicos.

La Universidad de Pittsburgh me extendió una invitación para impartir un seminario sobre filosofía de la mente durante su trimestre de verano especial. Logré comprimir un curso de catorce semanas en siete, una vez que finalizaron las clases en Tufts. Todos los martes por la mañana volaba a Pittsburgh, impartía un seminario por la tarde, pasaba la noche en un hotel cercano al

campus y daba otro seminario el miércoles por la mañana antes de tomar un vuelo de regreso a casa. Disfrutaba mucho del ambiente en el departamento de Pittsburgh, famoso por su dedicación al trabajo con sus estudiantes de posgrado. Allí estaban Wilfrid Sellars y otros destacados filósofos, como John Haugeland, de quien hablaré más adelante. En su mayoría, los martes por la noche cenaba con Wilfrid en su club o en un buen restaurante, y nuestras conversaciones, regadas de alcohol, se extendían hasta altas horas de la noche.

A medida que avanzaba la década de los setenta, me di cuenta de que había acumulado una serie de ensayos sobre la mente y la psicología, afinados con la ayuda de varios públicos de filósofos. Pensé que sería conveniente recopilarlos en un libro para amplificar su impacto. Sin embargo, me desagradaban los elevados precios que las editoriales pedían por los volúmenes encuadernados en tapa dura, por lo que quise probar otras opciones. Apenas había esbozado la idea, recibí la visita en mi despacho de Tufts de Harry y Betty Stanton. Tenían la idea de fundar una nueva editorial, Bradford Books, en su refugio de esquí del norte de Vermont. Harry era un experimentado editor de Boston, jubilado anticipadamente de Addison-Wesley, que se había percatado de que podía recurrir a su agendita negra con nombres y números de teléfono de correctores y diseñadores de libros autónomos para producir libros de alta calidad sin los gastos generales de un gran edificio de oficinas y una plantilla fija. Así pues, se dio a la tarea de buscar posibles autores en Harvard y el MIT que pudiera atraer a su proyecto. Noam Chomsky le recomendó que se pusiera en contacto conmigo, y así lo hizo. Tanto Betty como él eran personas elegantes y encantadoras, y compartían un sentido del humor travieso. Les entregué la pila de ensayos que había reunido y les planteé una propuesta insólita: publicar mi colección simultáneamente en tapa dura y rústica y, si bien tenían vía libre para cobrar lo que quisieran por la edición en tapa dura, yo tenía derecho de veto sobre el precio de la rústica. Estaba tan convencido de que era lo correcto que estaba dispuesto a renunciar a todos los derechos de autor de los primeros tres mil ejemplares por este privilegio. Prometí que analizaríamos los precios de libros similares en rústica para garantizar que mi precio fuera razonable, y así Harry y Betty se retiraron a su refugio de esquí para leer y reflexionar sobre la

propuesta.

También buscaron el consejo editorial de una joven pareja de filósofos de la Universidad de Vermont, Philip y Patricia Kitcher, que apoyaron con entusiasmo el proyecto. El contrato para Brainstorms (1978) se firmó en una opulenta cena en el St. Botolph Club de Boston (el club de Harry; era todo un caballero de Boston, con sus pajaritas y pipas y su residencia en Beacon Hill). Harry pidió a su amigo Edward Gorey que creara una ilustración para la cubierta y algunos dibujos para los folletos publicitarios. Iba a ser el debut de Bradford Books (además de un pequeño volumen, las actas de una conferencia sobre la biología del lenguaje, que habían organizado Chomsky y Edward Walker), y Harry quería causar sensación. Hubo un contratiempo frustrante: las ilustraciones de Gorey para la portada se perdieron en el envío y, tras esperar varios meses a que aparecieran, Harry se dio por vencido y puso en la portada las ilustraciones de Gorey para The Dong with the Luminous Nose, de Edward Lear. Años más tarde, Gorey volvió a dibujar la ilustración original, que lleva en libro de bolsillo desde 1985. En ella, se muestran cuatro misteriosos tipos barbudos con bufanda y la misma cantidad de ovejas en un paisaje desolador. Nunca he llegado a saber si encierra algún significado profundo, o si simplemente se trata de una de las peculiares y macabras ilustraciones de estilo victoriano de Gorey.

La campaña publicitaria para el libro —y para Bradford Books— orquestada por Harry resultó ser un éxito rotundo. Pronto, Harry y Betty se vieron inundados de manuscritos de otros filósofos y científicos cognitivos interesados en publicar con Bradford Books. Sin embargo, a Harry le diagnosticaron un cáncer de garganta justo cuando estaba prevista la salida a bolsa de la editorial en Wall Street, y estaba claro que nadie iba a invertir en una editorial propiedad de una única persona enferma, así que Harry y Betty se vieron obligados a cambiar de planes y a buscar una editorial de Boston que la comprara. Por suerte, Frank Urbanowski, que era el director de MIT Press, tuvo la clarividencia de hacerlo y los contrató a ambos como editores. En apenas unos años, Bradford Books se convirtió en el sello estelar de MIT Press (creo recordar que mi libro y el de Chomsky/Walker fueron los dos únicos de Bradford Books publicados en Montgomery. En la zona había un

taller para personas discapacitadas, cuyos participantes se encargaban de toda la correspondencia y la facturación, lo cual lo convirtió en un proyecto encantador de pueblecito nevado mientras duró. Me entristeció ver que los Stanton tuvieron que volver a ser empleados, pero hicieron un trabajo excepcional). Durante años ejercí un papel informal, asesorando sobre autores y títulos, además de publicar varios libros con ellos. A lo largo de al menos una década, MIT Press fue la editorial líder en el ámbito de la ciencia cognitiva. Editores de Harvard, Yale, Oxford y de Cambridge University Press acudieron a mí para pedirme consejo sobre cómo incluir este ámbito en sus catálogos. Y aunque al final todos acabaron por incorporarlo, yo decidí permanecer fiel a Bradford Books.

8

UN AÑO EN HARVARD; ENCUENTRO CON JERRY FODOR

Para situar Tufts en el mapa, hay que trazar una línea recta entre Harvard y el MIT y formar un triángulo equilátero sobre esa base. Tufts se encuentra aproximadamente en el vértice, a una distancia similar de ambos, un agradable paseo en un día de buen tiempo. La relación de Tufts con Harvard ha sido siempre de amor y odio, aunque mucho menos intensa ahora que en los años setenta. A veces parecía que todos los profesores de Tufts tenían algún vínculo con Harvard: eran graduados o doctores por Harvard, tenían cónyuges en Harvard, enseñaban en la Escuela de Verano de Harvard o en cursos de extensión, aspiraban a enseñar allí, o habían sido profesores en Harvard y luego los habían despedido. Por tanto, cuando me ofrecieron una plaza como profesor visitante en Harvard después de solo dos años en Tufts, mis colegas no pudieron ocultar su interés. Esta oportunidad se consideraba como una posible audición para una cátedra permanente. Al regresar a Tufts al año siguiente sin una oferta de Harvard, pude notar emociones encontradas en los rostros de mis colegas. Algunos se alegraron de verme de vuelta, aunque por motivos quizás poco nobles (¿acaso había fracasado en mi intento?). Corrían los rumores. Permítanme aclarar las cosas. En ningún momento recibí una oferta, no se discutió la mera posibilidad de recibirla y nunca se habló de ello. Si echo la vista ahora atrás, veo que fue una suerte, porque, si entonces me hubieran ofrecido un puesto como profesor titular en Harvard, probablemente lo habría aceptado, y mi carrera filosófica habría sufrido un estancamiento abrupto.

¿Por qué? Principalmente, debido a la enorme presión que Harvard ejerce sobre sus profesores. Recuerdo claramente mi frustración como estudiante al intentar localizar a mis profesores para hablar con ellos. Parecían expertos en el arte del camuflaje. Ahora, en el

extremo receptor de esa demanda constante, me sorprendí a mí mismo buscando maneras de esconderme yo también. Los estudiantes de Harvard esperaban tener acceso a profesores de renombre mundial todos los días, siempre disponibles y dispuestos a dedicar tiempo extra para satisfacer su sincera curiosidad. Supongo que esas expectativas aún persisten. Además, Harvard tenía la reputación de no otorgar la titularidad a profesores noveles, cuyos nombramientos se denominaban de modo extraoficial como «sillas plegables». En cambio, esos profesores solían buscar oportunidades para la titularidad en otros lugares. Como resultado, Harvard a menudo contrataba a pioneros audaces que habían forjado su reputación en otras instituciones, solo para ver cómo se volvían más severos y cautelosos una vez que los nombraban titulares en Harvard.

Mi año como visitante allí marcó un punto de inflexión en mi vida; la lección más importante que aprendí fue que yo no encajaba en esa olla a presión.

Mis responsabilidades en Harvard durante ese año fueron escasas: en el semestre de otoño, impartí un curso sobre filosofía de la mente y un seminario de posgrado; en el semestre de primavera, fui designado investigador Santayana, lo que me liberó de obligaciones docentes y me permitió investigar utilizando todas las instalaciones de Harvard (gran parte de la primavera la pasé en la Biblioteca de Medicina Countway de la universidad, investigando las teorías de la anestesia para un artículo sobre el dolor). El curso, basado en mi primer libro, pero enriquecido con numerosas críticas y alternativas, fue un éxito rotundo, con cerca de unos cuarenta estudiantes, inteligentes y participativos, que me bombardeaban a preguntas durante las lecciones. Una experiencia maravillosa, aunque algunas de las cuestiones resultaron ser demasiado profundas para abordarlas en clase sin desviarnos del plan de estudios, así que propuse organizar una sesión especial de preguntas «sin restricciones» en mi despacho, además de las habituales reuniones en el aula. Acabó por convertirse en una sesión de más de dos horas y terminé programando otra igual de larga, de modo que duplicó con creces el tiempo lectivo del curso. Aunque fue muy emocionante aprovechar la curiosidad de los estudiantes para ampliar mis conocimientos y dar forma a mi argumentación, sentía

que me estaba saturando, y esperaba con impaciencia el segundo semestre, cuando podía refugiarme en mi despacho para leer y escribir (por cierto, mi despacho de aquel año era el de Quine, pues estaba de permiso y me invitó a utilizarlo. Tenía la mejor ubicación en Harvard Yard, el despacho de Emerson Hall más cercano a la Biblioteca Widener, y albergaba una imponente colección de libros en las estanterías. Los libros de texto de lógica de otros lógicos estaban apilados a una altura de aproximadamente dos metros en una esquina, y los justificativos de sus libros descansaban en la estantería junto a mi codo cada vez que me sentaba en la silla de su escritorio).

Luego estaba el seminario de posgrado. Decidí enseñar a los estudiantes de Harvard cómo abordar un libro difícil, desconcertante y tentador, asignando capítulos a los alumnos y trabajando con ellos antes de la reunión semanal del seminario. Esto les permitiría acudir ante mí, uno cada semana, y realizar una especie de explication de texte que serviría de base para el debate semanal. Seleccioné deliberadamente dos libros nuevos que me atraían: Thought, de Gilbert Harman (1973), y Res Cogitans, de Zeno Vendler (1972) (aún hoy, ambos libros me desconciertan, y no parece que otros filósofos los apreciaran, al menos hasta donde yo sé. Los filósofos verdaderamente perspicaces pueden escribir libros tentadores pero enigmáticos). Pensé que, con la hábil ayuda de los estudiantes de posgrado, descifraríamos estos libros. Sin embargo, surgió un problema: solo un estudiante de posgrado se había inscrito en el curso por los créditos, Elliott Sober, cuya disertación ya había sido aceptada. Para obtener el título necesitaba un crédito más en su expediente, y no sería apropiado asignarle, semana tras semana, la tarea de hacer una explication de texte. Por tanto, tuve que desechar la idea. Me di cuenta entonces de que el seminario de posgrado estaba concebido más como una vitrina para que el visitante mostrara su expertise, y había elegido temas que no dominaba por completo. No era la forma de causar una buena impresión. Recuerdo vívidamente momentos en que, preso de la ansiedad, paseaba por Harvard Yard tratando de averiguar qué demonios iba a decir en el seminario que comenzaba en menos de una hora. A veces, me sentía al borde del pánico. Cada semana se presentaban algunos oyentes, incluidos profesores del departamento, que observaban de modo desapasionado cómo me

sumía en una confusión desconcertante, y rara vez ofrecían alguna sugerencia. Dos oyentes que sí me echaron un cable fueron Bill Woods, uno de los primeros pioneros de la IA que estaba de profesor invitado en el Departamento de Informática de Harvard, y Michael Moore, un joven filósofo del derecho que de alguna manera encontró la lista de cursos y decidió asistir. Recuerdo una vez que le pregunté a Woods, que inexplicablemente seguía apareciendo para verme sufrir, por qué lo hacía. Me dijo: «Bueno, Dan, puede que no sepas las respuestas, pero formulas preguntas maravillosas». Eso me demostró que Bill Woods era un filósofo en todos los sentidos que importan, y ese comentario me ayudó a superar las agonías del semestre.

Otro invitado notable en Harvard aquel año fue Joseph Weizenbaum, el informático del MIT que estaba inmerso en la redacción de su obra de tintes catastróficos Computer Power and Human Reason: From Judgment to Calculation (Poder informático y razón humana: del juicio al cálculo) (1976). Hilary Putnam nos presentó, y congeniamos de inmediato. Joe era, al igual que Bert Dreyfus, un crítico —incluso opositor— de la IA, pero a la vez estaba familiarizado con ella, ya que había contribuido a algunos de los avances clave que la hicieron posible. Además de uno de los diseñadores del sistema de tiempo compartido usado en los macroordenadores, Joe creó, en un principio como una broma, el programa ELIZA, el primer bot conversacional, aunque ese término no se acuñó hasta décadas después. ELIZA era una parodia del estilo de terapia psiquiátrica de Carl Rogers, y se caracterizaba por ser deliberadamente superficial, ofreciendo respuestas prefabricadas del tipo «Has mencionado a tu madre. Háblame más de ella». Weizenbaum lo dejó funcionando en un terminal público como parte del primer sistema de tiempo compartido del MIT, para poder mejorarlo descargando las interacciones del día, y se quedó sorprendido al descubrir que los estudiantes lo habían estado utilizando como un recurso terapéutico en línea, volcando sin reparo detalles íntimos de sus vidas en los discos duros (o quizá en las unidades de cinta de entonces). ¡Incluso protestaron por la supuesta violación de su confidencialidad médica cuando se investigaron las interacciones grabadas! Un día, su propia secretaria le pidió permiso para recurrir a ELIZA durante la hora de comer, y cuando Joe intentó echar un vistazo a la pantalla para ver qué

estaba tecleando, ella lo reprendió: «¡Es una conversación privada!». Weizenbaum seguía los pasos de Norbert Wiener, el precursor de la cibernética, quien fue el primero en dar la voz de alarma sobre los posibles impactos negativos de la IA en el mundo. Sin embargo, Weizenbaum se debatía entre si su libro debiera argumentar que la IA era imposible (como hizo Dreyfus) o que era posible pero peligrosa (como planteó Wiener). Tuvimos largas discusiones sin llegar a una conclusión, y aunque me agradeció mi contribución en el prefacio de su libro, nunca pude conseguir que abordara directamente su elección. Sin duda, ese año aprendí mucho sobre ordenadores de Weizenbaum, en especial sobre la recepción y la (inadecuada) comprensión que tiene el público de ellos. En una ocasión, estando en su despacho en Harvard (en la primavera de 1974), me hizo una apuesta (reproduzco de memoria, no es una cita textual):

Esta noche la NBC [puede que fuera otra cadena] emite un documental de una hora sobre la IA. Me entrevistaron hace casi un año, al principio del proyecto, y hace unas semanas volvieron después de todos sus viajes y filmaciones para hacerme una entrevista de seguimiento. Mientras preparaban las luces y las cámaras, les pregunté qué habían aprendido en su periplo. Todos respondieron, riendo, que «¡los programas de inteligencia artificial no funcionan!». Habían observado a investigadores desesperados del MIT, Stanford y otros lugares intentando que sus demostraciones funcionaran, y casi sin excepción necesitaron horas de ajustes para obtener unos pocos minutos útiles de programas de IA haciendo realmente lo que se suponía que debían hacer. ¡Te apuesto diez dólares a que esto no se mencionará esta noche en el programa!

Ganó la apuesta. El bombo publicitario que rodeaba a la IA en aquellos días (en el apogeo de lo que John Haugeland denominó GOFAI, por Good-Old-Fashioned Artificial Intelligence, o la buena inteligencia artificial pasada de moda) fue en parte creación de los medios de comunicación, no de los profesores o ingenieros. Era una historia tan buena, casi de ciencia ficción, que los medios de comunicación no pudieron resistirse a contarla. Pero los creadores

de IA tampoco pudieron resistirse a la publicidad, y casi todos ellos exageraron las cualidades de sus productos al público. Ha sucedido una y otra vez con la IA. El entusiasmo actual por el GPT-3 y otros enormes sistemas de generación de lenguaje es la última burbuja, que deberíamos pinchar antes de que mucha más gente se deje engañar estrepitosamente por ella (véase el capítulo 24.)

Weizenbaum, por cierto, poseía alma de mago. Tenía un terminal de ordenador en su casa de Belmont y escribió un pequeño programa que, según decía a sus hijas, podía responder correctamente a cualquier pregunta de sí o no. Y así parecía hacerlo. Una vez que invitó a cenar a su casa a colegas del Departamento de Informática del MIT, las niñas les hablaron del maravilloso contestador de preguntas de papá. Por supuesto, querían verlo en funcionamiento, así que entraron en el estudio de Joe, quien se sentó ante el terminal (con su módem acústico funcionando a 300 baudios) y empezaron a hacerle preguntas. El ordenador respondió a todas correctamente. Los invitados pensaron que estaba enviando alguna señal adicional, así que le preguntaron si podían teclear las preguntas. Joe lo permitió y el ordenador todavía respondió correctamente. Joe sacó de la impresora la transcripción —un largo rollo de papel impreso por matriz de puntos— y se la entregó a sus colegas, diciéndoles: «Podéis estudiarla tranquilamente; no descubriréis cómo funciona el programa». Lo intentaron y no dieron con la pista. Él me contó el secreto. Su programa era una sola línea de código: IF backspace, print «NO»; ELSE print «SI».

Como la impresora siempre acababa de ejecutar un comando de «retorno de carro», ya estaba en el margen izquierdo y no podía retroceder, así que no ocurrió nada cuando Joe pulsó subrepticiamente la tecla de retroceso, excepto la impresión de «NO». Joe había estado enviando una señal, una señal invisible y silenciosa. Pero ¿cómo había funcionado el sistema cuando sus colegas se apoderaron del teclado? Sencillo, dijo Joe. Estaban tan preocupados intentando reformular las preguntas, vigilando las pulsaciones de las teclas, etc., que no se dieron cuenta de que Joe les proveía con preguntas cuya respuesta era SÍ.

Mi desolador seminario estaba a medio terminar cuando uno de los

oyentes, el estudiante de posgrado Georges Rey, me trajo una copia del borrador de un nuevo artículo titulado «Three Cheers for Propositional Attitudes», de Jerry Fodor, con quien estaba cursando un seminario en el MIT. El artículo de Fodor era en parte una refutación de mi artículo «Intentional Systems». Mientras que yo promovía el argumento de Quine de que hablar de creencias y deseos era un «modismo dramático» que solo nos informaba indirectamente sobre los estados cerebrales de una persona, Fodor insistía en que había que tratar ese discurso como si se refiriera a frases reales en la mente (en la caja de creencias o caja de deseos, por ejemplo), compuestas en el «lenguaje del pensamiento». Georges sugirió que nos reuniéramos para discutir los dos artículos. Yo no conocía a Fodor, pero había leído su obra desde mis tiempos en Oxford, donde sus artículos en coautoría con Jerrold Katz habían causado conmoción entre los estudiantes de posgrado. También resultó que Fodor estaba terminando un libro, The Language of Thought (1975), y cuando Georges me consiguió una copia del manuscrito, me di cuenta de que habría sido el tema perfecto para mi seminario: claro, vívido, convincente y —pensé— equivocado en formas que habría estado preparado y habría podido discutir. Demasiado tarde para eso, pero seguimos adelante con la idea de un enfrentamiento amistoso, trayendo a algunos jóvenes filósofos de Tufts, David Israel y Michael Lipton; a Ned Block, del MIT; y finalmente a algunos otros.

Así comenzó el grupo de discusión que yo llamaba en privado el Círculo Vicioso, pero que a menudo llamábamos el Seminario Secreto, ya que casi nunca comentábamos lo que allí ocurría con los demás. Había una buena razón: debía de haber varias docenas de filósofos, psicólogos, investigadores de IA y otras personas en la zona de Boston que habrían acudido en masa si hubiéramos hecho saber que nos reuníamos, y necesitábamos mantener el grupo reducido y colegial. Continuó durante más de una década y las reuniones normalmente eran en el MIT. Así comenzó mi amistad con Jerry Fodor, que empezó con un desacuerdo filosófico y pronto dio paso a la práctica de la navegación. Jerry había hecho un curso de vela en el MIT y se estaba convirtiendo rápidamente en un ávido navegante de los pequeños y fiables Tech Dinghy que estaban a disposición de los profesores y estudiantes del MIT en la cuenca del río Charles. Quería probar algo más aventurero, así que compró un

Bristol 30, que es un barco de nueve metros de eslora con un motor diésel auxiliar, cocina, baño y literas para cuatro o cinco marineros, dependiendo de lo simpáticos que fueran. Lo bautizó Insolvent (Insolvente), una genialidad que reconocía su diezmada cuenta bancaria, y parodia de nombres británicos como Intrepid (Intrépido) e Indomitable (Indomable), pero que también era un juego de palabras multilingüe: el barco estaba in solvent (en el agua) e in sol (sol) y vent (viento).

Mantuvo el Insolvente en Essex (Connecticut), cerca de su casa (su mujer, Janet, era profesora en la Universidad de Connecticut, así que conducía muchas horas para ir a trabajar al MIT), y empezó a navegar solo de día desde su puerto. Le pregunté si estaba dispuesto a probar un crucero, visitando Martha's Vineyard, Nantucket y otras islas de la zona, y aceptó de buen grado embarcarme como primer oficial, ya que yo tenía experiencia en grandes barcos como tripulante y navegante (entre mis habilidades, ahora obsoletas, se encuentra la navegación celeste con sextante, cronómetro y el Almanaque náutico, pero solo necesitaríamos un cálculo estimado y el telémetro en Long Island y Nantucket Sound y, en caso de quedar atrapados en la niebla, radiogoniometría (RDF) utilizando las torres de radio locales como fuentes. Después de varios cruceros de fin de semana, le sugerí a Jerry que considerara navegar hasta Maine, donde había vientos más favorables y cientos de islas, fondeaderos y pueblos pesqueros para explorar. Yo navegaría durante el trayecto y lo guiaría una vez que llegáramos a las islas de Maine. La idea le gustó tanto que instalé un amarre para el Insolvente en el pequeño club náutico del puerto de Blue Hill, y durante varios veranos el barco invernó en un astillero de Blue Hill, donde trabajábamos juntos para prepararlo para la botadura cada primavera. Me encargaba del mantenimiento del barco en Blue Hill durante todo el verano, para que Jerry pudiera estar seguro de que estaba listo para zarpar siempre que quisiera conducir hasta allí y navegar. Navegamos juntos por la costa, e incluso convencí a Jerry de comprar un espináker y una pértiga para poder competir en regatas con el Insolvente. Por aquel entonces, él tenía un laboratorio de psicolingüística en el MIT con Merrill Garrett, y no podía tomarse todas las vacaciones de verano, así que yo navegaba con el Insolvente mucho más que él, e incluso competía solo; pero siempre que él quería navegar, estaba listo, en buen estado, con

combustible, agua y hielo a bordo. Ora yo iba con él, ora navegaba con otros. Un verano, cuando los Dennett nos fuimos a Francia, Jerry y Janet y su hijo Tony vivieron en nuestra granja mientras se familiarizaban con Maine y el Insolvente. Al cabo de unos veranos, Jerry decidió que Maine estaba demasiado lejos del MIT, así que navegó hasta Massachusetts con una tripulación y halló un amarre en el puerto de Gloucester. Eso no le funcionó muy bien, ya que cada vez que iba a Gloucester a navegar, se encontraba con que había cosas que había que arreglar, o tenía que esperar para conseguir hielo, combustible y agua dulce, así que la mayor parte de su tiempo lo dedicaba al mantenimiento. Si alguna vez tuvo dudas sobre el trato que había hecho conmigo de mantener su barco todo el verano en Blue Hill, se le disiparon aquel estío en que no pudo navegar en Gloucester. Pronto dejó el MIT por Rutgers, vendió el Insolvente, se mudó a Nueva York y se quedó con un balandro Nonsuch de fácil mantenimiento en un puerto deportivo del East River.

A Jerry, un romántico de corazón, le encantaba navegar, pero no era un manitas, lo que crea problemas en un barco de crucero. Un miembro de la tripulación me dijo una vez, después de que Jerry se hubiera pasado una o dos horas intentando reparar algo en el camarote: «Este es el sonido de Jerry arreglando algo: “Tap-tap-tap... tap-tap-tap... tap-tap-TAP, ¡OH, MIERDA!”». Quizás su metedura de pata más memorable fue cuando decidió cambiar un hornillo de alcohol (sucio y maloliente) por uno de propano en la cocina. El nuevo hornillo tenía que encajar en un agujero hecho en la encimera de la cocina, y había un bonito marco de acero inoxidable que lo rodearía. Jerry colocó el marco firmemente sobre la encimera y trazó una línea con lápiz a su alrededor. Luego empuñó mi sierra de calar y cortó siguiendo la línea. Había trazado el borde exterior, no el interior, por lo que el marco cayó limpiamente a través del agujero. Hice algunas piezas de madera dura para reemplazar los bordes que faltaban, las atornillé y los pegué en su lugar, y monté el hornillo. Una vez estábamos anclados en Sand Cove, en la isla Marshall, y Jerry vio una foca que nos observaba a unos diez metros de distancia. Decidió lanzarle una de las caballas que habíamos pescado ese día, pero no contaba con lo resbaladiza que es una caballa recién matada, y voló de su mano a su pie descalzo, mordiéndole póstumamente un dedo.

Un verano, Jerry dirigió un taller para filósofos de la mente y la psicología en la Universidad de Washington, y alquilamos un barco para pasar una semana navegando por las islas de San Juan después del taller. El paisaje era magnífico, como el de Maine, pero con el doble de verticalidad: montañas cubiertas de nieve, acantilados escarpados y fondeaderos profundos. Abundaban las orcas y las águilas calvas. Llevamos el barco sano y salvo al puerto donde lo habíamos fletado, pero descubrimos que la compañía había quebrado mientras navegábamos y perdimos el depósito de seguridad, una suma considerable. Los contratiempos son los condimentos del crucero: una navegación despejada, sin emergencias, sin perderse en la niebla, sin encallar accidentalmente o estar a punto de hacerlo, es una travesía por mar que se olvida rápido, pero siempre es mejor que quedarse en tierra. Tendré más que contar sobre Jerry, no todo tan agradable como nuestras aventuras a vela.

9

POLÍTICA ACADÉMICA EN TUFTS

Cuando llegué a Tufts, la universidad era considerada de segunda categoría, tenía una posición respetuosa, pero no se distinguía en nada en particular, y su modestia acompañaba esa reputación. Sin embargo, todo comenzó a cambiar con la llegada de Jean Mayer, un exprofesor de origen francés de la Escuela de Salud Pública de Harvard y héroe de guerra de la Francia Libre de De Gaulle durante la Segunda Guerra Mundial, que asumió la presidencia de Tufts en 1976. Con una ambición inmensa y una capacidad para jugar duro, Mayer se esforzó en llevar a Tufts a la excelencia, desafiando a los fideicomisarios, al profesorado, a las fundaciones filantrópicas y al Congreso de Estados Unidos.

Transformar una universidad mediocre en una institución de élite no es tarea fácil. Según un dicho popular, las personas de primera categoría contratan a individuos del mismo nivel, mientras que las de segunda tienden a reclutar a personas de tercera. En Tufts había una parte de profesores de segunda y tercera categoría que, aunque no destacaban en investigación, eran honestos y bienintencionados, más centrados en la enseñanza que en la competitiva carrera académica a la que Mayer aspiraba. Pero ¿cómo podían estos docentes decir a sus colegas no titulares que, a pesar de tener un currículum más sólido que el de muchos, incluidos los suyos en el momento de obtener la titularidad, sus logros actuales no bastaban para alcanzar ese estatus según los nuevos estándares?

Ese mismo año, Hugo Bedau me cedió la presidencia del Departamento de Filosofía y formé parte también del comité asesor del decano de la Facultad de Filosofía y Letras. No contábamos con un programa de doctorado, y nos enfrentábamos a la revisión de todos los programas de posgrado con la ayuda de expertos externos. Pronto me di cuenta de que nuestro poco frecuentado programa de

máster del Departamento de Filosofía corría el peligro de acabar eliminado en la reestructuración integral de la universidad, a menos que se adoptara alguna medida preventiva. Para ahorrar tiempo y energía, propuse al comité dejarlo en pausa indefinida, con la condición de reactivarlo si aparecía un estudiante excepcionalmente prometedor; de lo contrario, daríamos carpetazo al programa. El decano y el comité acogieron con gratitud el acuerdo, por lo que decidimos suspender voluntariamente nuestro programa por el momento. Dos años después, la suerte quiso que una estudiante de literatura inglesa del siglo XVIII que había asistido a mi curso de otoño de Historia de la Filosofía Occidental me confesara, al final del semestre, que lamentaba no haberse especializado en filosofía, ¡y ahora era ya demasiado tarde! Solo había cursado dos créditos de filosofía, el de mi curso y otro de lógica. Ningún programa de posgrado de prestigio la aceptaría. Como su potencial para esta disciplina era innegable, le ofrecí la posibilidad de cursar un máster con nosotros, para lo que reabriríamos solo para ella nuestro programa. Así, en 1978, Alison McIntyre (profesora de honor en Wellesley desde 1988, tras doctorarse en Princeton y ocupar una «silla plegable» en Harvard) dio una segunda vida a nuestro programa de máster, ahora considerado el mejor del mundo. Desde entonces, ha sido una herramienta valiosa para preparar a estudiantes prometedores que por diversas razones no poseen las credenciales para ingresar directamente a programas de doctorado de primer nivel. Les brindamos la formación necesaria para llenar las lagunas de su educación y los preparamos para enfrentarse a los rigores del trabajo de doctorado en otro lugar, adonde los enviamos cuando alcanzan su mejor momento académico, «justo cuando se ponen interesantes», como me dijo un colega. Enseñar a estos estudiantes no solo es interesante, sino también profundamente gratificante. Algunos de ellos casi completaron sus doctorados en otros ámbitos antes de decidirse a dar un salto mortal hacia la incertidumbre y el riesgo de hacer una carrera académica en filosofía. Otros llegaron insatisfechos con sus trayectorias fuera del mundo académico, o vienen de facultades y universidades relativamente desconocidas en las que destacaron con el aval de recomendaciones sólidas. A lo largo de los años hemos asumido riesgos significativos con nuestras admisiones, pero estos palidecen en comparación con los que asumen los propios estudiantes. Por eso, adopté la práctica de aconsejar cuanto antes a los estudiantes

de posgrado sobre si considero que deberían cortar por lo sano y replantearse su trayectoria. Los que finalizan con éxito el máster a menudo se doctoran en universidades prestigiosas y forjan excelentes carreras académicas en las principales instituciones mundiales. Aquellos que deciden no continuar también se benefician, pues descubren rápidamente que la vida de filósofo no es para ellos, evitando tener que pasar años de desencanto hasta descubrirlo. En cuanto a la supervisión de tesis doctorales, he dirigido algunas, tanto en Irvine antes de mi partida como en instituciones como Michigan, Brown, Harvard, Pennsylvania, la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, Ámsterdam y la Ruhr-Universität Bochum, pero siempre como asesor externo y solo cuando me ha parecido apropiado. Y aunque este mundo es bonito, no es, como sostenía el mentor Pangloss del Cándido de Voltaire, el mejor de los mundos posibles. Tampoco ha existido nunca un departamento de filosofía tan destacado que todos sus estudiantes de posgrado en mis áreas de especialización lograran escribir tesis excepcionales. Ayudar a estudiantes de posgrado con dificultades a llegar hasta la línea de meta puede ser sumamente desgastante, y ha sido todo un privilegio poder rechazar solicitudes que habrían caído dentro de mis responsabilidades si hubiera pertenecido al departamento del solicitante.

El presidente Mayer seleccionó a algunos profesores como asesores informales y nos convocó para ayudar a aliviar las tensiones durante la transición hacia la excelencia perseguida. Los errores administrativos son comunes en todas las facultades y universidades, y a menudo quienes participan no están adecuadamente preparados para funciones que exigen tanto diplomacia como nervios de acero. En Tufts esto derivó en una avalancha de reclamaciones por parte del profesorado, con abogados que se afanaban en intervenir y periodistas pisándoles los talones. Me encargaron que diseñara un procedimiento para las reclamaciones y que lo coordinara a través de las diversas facultades, decanatos y asesorías legales. Mi propuesta incluía un defensor del pueblo oficial, capaz de resolver muchos conflictos potencialmente explosivos de manera discreta, y un comité para las quejas del profesorado electo, que podría designar jurados en caso de necesidad. Se requirieron cientos de horas de reuniones y revisiones para aprobar e implementar todo el paquete, que se puso

en marcha justo a tiempo para resolver algunos casos.

No todos mis proyectos culminaron con éxito. Tufts iba muy rezagado respecto a la competencia en la incorporación de ordenadores en laboratorios y aulas, y me ofrecí voluntario para invertir un semestre libre de enseñanza en explorar si algunos fabricantes de ordenadores de Nueva Inglaterra —Digital Equipment Corporation, Data General, Wang— nos ayudarían a entrar en la era informática. A ojos de muchos en la administración de Tufts, los ordenadores solo servían para «procesamiento de datos» (nóminas, adquisiciones de la biblioteca, calificaciones de los estudiantes, etc.), y tuve dificultades para conseguir la ayuda que necesitaba. En algunos casos, la ineptitud de las personas en la oficina de Donaciones y Legados echaba por tierra los progresos que parecía estar haciendo. Odiaba todo el proyecto (mendigar y alardear al mismo tiempo) y tenía problemas de salud en el aparato digestivo que hacían más duro el esfuerzo. Los medicamentos no parecían ayudar y mi médico me aconsejó que consultara a un psicólogo clínico. En aquel entonces no me impresionaba la psicología clínica, pero pedí cita obedientemente y tuve una sesión con un joven sabio que me preguntó con calma qué pasaría si fracasaba en mi empeño. Me oí responder: «Oh, yo no fracaso» y, en cuanto esas palabras salieron de mi boca, supe que había dado en el clavo. Podía fracasar, pero la tierra no me tragaría, mis amigos seguirían siendo mis amigos y podría volver a hacer lo que me gustaba con la conciencia tranquila. Fracasé, y mis problemas de salud desaparecieron. Al final, Tufts se equipó de manera adecuada con ordenadores (véase el capítulo sobre Big George y nuestro curso introductorio de informática), pero sin poner yo mucho de mi parte.

Asumí otros proyectos a petición de Mayer, y él parecía deleitarse, confidencialmente, contándome historias sobre cómo estaba maniobrando para desarrollar Tufts. Nunca me contó nada que me hiciera cómplice de un delito, pero, sin duda, sabía apostar fuerte. Por ejemplo, convenció a algunos miembros del Congreso para que votaran a favor de nuestra facultad de veterinaria y nuestro instituto de nutrición, dos de sus proyectos favoritos, para evitar la mala publicidad de no haber visto lo acertado de sus propuestas. Su agresiva recaudación de fondos lo puso solo una vez en un aprieto. En calidad de asesor de la Organización Mundial de la Salud, había

trabajado con Imelda Marcos, esposa del dictador filipino Ferdinand Marcos, y él la había impresionado tanto que decidió honrarlo dotándolo con una cátedra en Tufts de la Fundación de la Familia Marcos en Estudios de Asia Oriental y del Pacífico. Mayer anunció que Tufts aceptaría la donación e incluso dispuso que Marcos recibiera un título honorífico, pero la facultad y los estudiantes se indignaron y organizaron enseguida protestas. Hugo Bedau y yo nos reunimos con Jean en su despacho para aconsejarle enfáticamente que cancelara tanto el título honorífico como la donación. Insistió en que no se habían impuesto «condiciones» para el nombramiento en esta cátedra, así que le dijimos que teníamos entonces al candidato perfecto: Benigno Aquino Jr., que ya vivía en Massachusetts. Aquino era el principal crítico y opositor de Marcos y, después de ser encarcelado, se le había permitido viajar a Estados Unidos para someterse a una operación de corazón. Jean admitió que, después de todo, sí había condiciones.

Hugo y yo formulamos un principio que a Jean le pareció razonable: está bien aceptar donaciones de fortunas mal habidas de quienes ahora están expiando sus culpas (piénsese en la Fundación Rockefeller, la Fundación Carnegie, etc.), pero no de autócratas que intentan usar su generosidad para mejorar su actual reputación y así continuar con sus abusos. Como de costumbre, Jean encontró una salida: ya había aceptado el primer pago del fondo para la cátedra, pero permitió que las relaciones con la familia Marcos se deterioraran, por lo que el resto de la dotación nunca llegó y Tufts nunca devolvió el dinero a la familia Marcos. Unos años más tarde, Benigno Aquino, a su regreso a Filipinas, fue asesinado, lo que desencadenó los acontecimientos que llevaron a su viuda, Corazón Aquino, a asumir el poder con la caída del régimen de los Marcos.

Uno de los logros de Mayer fue obtener como regalo un antiguo monasterio en Talloires, en el lago de Annecy, en los Alpes franceses, que se convirtió en el Centro Europeo Tufts en Talloires. Hice varios viajes allí con él en los primeros años y, en una ocasión, junto con otros participantes del taller, nos dirigimos a la cima de una de las montañas que dominan el lago, desde donde los parapentes se lanzaban. Jean se inscribió de inmediato para un vuelo, un delta biplaza con monitor, con un piloto de ala delta, y despegó con aplomo unos minutos después. Cuando hablé con él,

después de su vuelo de media hora, estaba eufórico —los miembros del consejo de Tufts no estaban tan contentos al saber que había hecho algo así—, y cuando le pregunté si su mujer, Elizabeth, tenía reparos acerca de que él hiciera cosas tan arriesgadas, contestó: «No, nuestros hijos ya son mayores; estoy completamente amortizado. Puedo hacer lo que quiera».

Desde entonces, he seguido su principio, ya que yo también estoy completamente amortizado, y yo mismo he practicado parapente en Talloires. Sobrepasaba ligeramente el límite de peso para un pasajero —cien kilos—, pero había una buena brisa, así que el piloto estaba dispuesto a llevarme, y yo también al saber que tenía esposa e hijos y no tenía pinta de suicida. Me dejó muy claro que no podría llevarme por la empinada rampa de madera y sobre el borde del acantilado cuando despegáramos; tenía que «correr» junto a él por la rampa para poder acumular velocidad suficiente para ascender. Otros parapentes despegaban cada pocos minutos, cuyos tripulantes daban tres o cuatro pasos enérgicos a mitad de la rampa y se elevaban al cielo. Cuando llegó nuestro turno, bajamos corriendo por la rampa, hasta el final, y nos perdimos de vista por el borde del acantilado, lo que provocó un fuerte jadeo entre la multitud congregada. Susan, que había viajado conmigo, se sorprendió al oír el grito ahogado mientras fotografiaba obedientemente el despegue, pero, al cabo de unos segundos, reaparecimos, ascendiendo por la corriente térmica en espiral. Yo también estaba extasiado cuando aterrizamos en la orilla del lago, mil metros por debajo de nuestro punto de despegue.

Después de la presidencia de Mayer (1976-1993) y un periodo refractario en el que se consolidaron los logros, Lawrence Bacow (más tarde presidente de Harvard) asumió el cargo, y una vez más me pidieron desempeñar ciertas funciones especiales. Mi favorita fue la creación de la Mesa de honor de Tufts, una reunión mensual de dos docenas de miembros del profesorado de todos los departamentos, rangos y disciplinas, para una cena con barra libre y la oportunidad de hablar de trabajo sin la presencia de administradores y sin agendas. Larry me había preguntado qué podía hacer para mejorar la moral del profesorado en Tufts, y señalé que la mayoría de nosotros en la facultad estábamos más cerca de los colegas de nuestras disciplinas particulares en las

universidades vecinas que de nuestros colegas de Tufts de otros ámbitos, a los que solo veíamos en reuniones de comités con el tiempo apremiando y muchos asuntos universitarios que tratar. La idea era que cada miembro del profesorado asistiera a cuatro cenas consecutivas de la High Table. En cada cena había seis invitados nuevos (estudiantes de primer año) y algunos veteranos que conocían el procedimiento (estudiantes de segundo, tercer y último año), y yo, como anfitrión, elegía cada mes con bastante antelación a un profesor (que no fuera de primer año) para que diera una charla «breve» (de veinte minutos) sobre su investigación que fuera accesible a todos los asistentes. Larry financiaba las cenas, pero, por supuesto, no podía asistir. Los profesores se esforzaban mucho para sus charlas en la High Table y solían ser brillantes. Un matemático capaz de mantener el interés de un catedrático de Historia Europea y de un poeta y de un biólogo molecular es alguien a quien se debe tener en cuenta.

A su debido tiempo, añadimos otra novedad: las charlas «de tapas», que eran charlas improvisadas de cinco minutos a cargo de tres invitados durante el cóctel. Yo también elegía a estos ponentes y hacía un uso bien ostentoso de mi cronómetro, para que hubiera tiempo para cinco o diez minutos de preguntas después de cada una, antes de sentarnos a cenar y escuchar al ponente principal. Nada de charlas superficiales. Pronto surgieron amistades interdisciplinarias e incluso colaboraciones, a medida que descubríamos los talentos e intereses de los demás. Al profesorado le encantaban estas reuniones, y los exalumnos de la High Table inauguraron la tradición de ofrecer (a nuestra costa) una recepción de agradecimiento a Larry y Adele Bacow al final del año académico. Lamentablemente, cuando Larry se fue, la tradición se suprimió.

10

¿DÓNDE ESTOY?

En la primavera de 1976, Oswaldo Chateaubriand me invitó a dar una charla en el Departamento de Filosofía de Vassar. Durante el largo trayecto de Tufts a Vassar por el Mass Pike le di vueltas a un experimento mental: si mi cerebro se trasladara a mi cavidad torácica sin romper ninguna conexión, ¿seguiría pensando que mi mente está detrás de mis ojos y entre mis orejas? Esta reflexión evolucionó en un experimento más complejo en el que mi cerebro, extraído de mi cráneo y mantenido vivo en una cuba, seguía conectado a mi cuerpo mediante señales de radio. Al llegar a Poughkeepsie, ya había hilado un relato completo. Después de mi charla en Vassar (sobre otro tema, no recuerdo cuál), Oswaldo me invitó, junto con un grupo de estudiantes, a su casa para tomar vino y queso. Aproveché la ocasión para compartir mi historia, que captó por completo la atención de los estudiantes, embelesados, y generó un animado debate. Antes de que hubiera terminado la velada, en mi relato habían encajado muchos más detalles. Inspirado por este episodio, decidí que este sería el tema de mi charla en el famoso Coloquio de Chapel Hill de la Universidad de Carolina del Norte, en octubre, un acontecimiento conocido por sus memorables discusiones filosóficas. Años atrás, en 1971, había participado como comentarista en la presentación del artículo entonces inédito de Thomas Nagel «¿Qué es ser un murciélago?». Mi respuesta se tituló «¿Cómo es que hay algo que se parezca a ser algo?», y Jay Rosenberg, de la UNC, ataviado con una capa extravagante, abrió el debate contando, con un marcado acento transilvano, cómo era ser un murciélago parte del tiempo.

La charla de después de la cena fue, por tradición, desenfadada, pero con algo de sustancia filosófica para acompañar el postre. En 1976, el título de mi charla en el coloquio que di a la UNC para imprimirlo en el programa fue «Where Am I?». Durante un cóctel

previo, un filósofo me preguntó de qué trataría. «Sobre la ubicación personal», contesté muy serio, lo que él aceptó con un asentimiento, como si tuviera una comprensión nítida de cuál sería mi tema. Para dar un giro dramático a mi presentación, que se suponía que tenía componentes autobiográficos, adquirí una pequeña caja metálica, a la que acoplé una antena de radio telescópica y un interruptor de palanca. Al final de la charla, activé el interruptor para simular que desde ese momento mi cuerpo estaba controlado por una copia informática de mi cerebro. ¿O había sido la copia del cerebro la que había controlado mi discurso hasta ese momento? Lo que no anticipé fue el impacto que tendría el cambio de mi voz, de lector (leí la ponencia hasta ese momento, como hacían siempre los filósofos de entonces) a orador improvisado con un tono dramático, después de accionar el interruptor. Eso sorprendió al público, pues causó la extraña impresión entre muchos de los asistentes de estar escuchando a un clon de mí mismo. El público quedó fascinado.

Pronto se corrió la voz sobre mi actuación en la charla de Chapel Hill, y recibí un aluvión de invitaciones para repetirla, pero solo acepté la del MIT. Aquella velada marcó un cambio sustancial en mi vida. Robin Brightwell, de la BBC, estaba preparando un documental sobre la mente y el cerebro y quería que contrarrestara algunas declaraciones de sir John Eccles en su entrevista que consideraba estúpidas (más adelante hablaremos de Eccles). Participé en un experimento de escucha dicótica para añadir un toque científico en el programa, y luego interpreté la escena clave de mi historia, cuando miro mi cerebro en su cuba de soporte vital y me pregunto por qué pienso: «Aquí estoy, mirando mi propio cerebro» en lugar de «Aquí estoy, flotando en una cuba siendo observado por mis propios ojos». La BBC creó un decorado fabuloso para el número del cerebro en la cuba, con el zumbido de los lectores de cinta y el parpadeo de las luces de un ordenador central de fondo (el típico aspecto que tenía un ordenador en la época). Sin embargo, Robin insistió en dejar claro que se trataba de un experimento mental dramatizado, no de un suceso real, para evitar malentendidos entre los espectadores al día siguiente de la emisión, y que medio millón de británicos pensaran que a un filósofo norteamericano vivo le habían extirpado el cerebro.

La versión de la BBC del cerebro en una cuba

Para lograrlo, Robin, un erudito en la historia de la tecnología cinematográfica, empleó una toma con «doble exposición». Esto implicaba colocar una máscara negra sobre la mitad del objetivo de la cámara, para exponer la película primero en un lado (por ejemplo, el izquierdo) y luego, tras enrollar manualmente la película en la cámara, en el lado derecho, con una máscara sobre el lado izquierdo, para que la película ya expuesta quedara protegida. Esto permitía que el mismo personaje apareciera simultáneamente a la izquierda y a la derecha de la pantalla. La técnica requirió una cámara fija, un par de máscaras bien diseñadas a prueba de luz y un actor dispuesto a colaborar: yo. En el fondo, a la derecha, se me ve frente a mi cerebro en la cuba, rascándome la cabeza con asombro, mientras que a la izquierda, en primer plano, se me veía con la misma ropa, sentado en un taburete, explicando lo que ocurría detrás de mí. Pasamos un día entero filmando varias tomas, y fue gratificante ver los resultados a la mañana siguiente y comprobar que la técnica había funcionado. Robin también recreó —en sentido inverso— una versión simplificada del famoso travelling de Orson

Welles en Ciudadano Kane, en que la cámara parece atravesar un letrero de neón y descender por una claraboya hasta un bar. Se usó para mostrar un primer plano mío y la cuba, para que luego la cámara retrocediera rápidamente y revelara que el laboratorio en el que yo estaba mirando mi cerebro era en realidad un set de filmación en un plató, con la parte trasera del decorado reforzado con sacos de arena y la silla de director.

Un títere de sombras de «¿Dónde estoy?»

Mi compañero de aventuras náuticas en Irvine, el novelista MacDonald Harris, tuvo la idea de adaptar «¿Dónde estoy?», añadiéndole elementos de sexo y violencia para publicarlo en una revista y así vender los derechos cinematográficos, aunque el plan nunca fructificó. Opté por publicarlo en Brainstorms, lo que llevó a Douglas Hofstadter a invitarme a coeditar con él una antología de relatos alucinantes titulada The Mind's I (El ojo de la mente) (1981). Inspirado por la lectura de este libro en 1982, el documentalista holandés Piet Hoenderdos decidió transformar un documental sobre Hofstadter en el largometraje Victim of the Brain

(Víctima del cerebro), que incluyó una dramatización de «¿Dónde estoy?», con un cameo mío en el que me interpreto a mí mismo, disfrutando de una semana maravillosa en Holanda durante el rodaje. Al principio consideramos incorporar a Marvin Minsky, jefe del laboratorio de inteligencia artificial del MIT, como científico jefe, pero sospechamos que Marvin habría tenido problemas para lidiar con los retrasos en la producción. Algunas escenas se filmaron en el despacho de Marvin, ubicado en el laboratorio de IA, y hay un actor en la película que interpreta al científico llamado Marvin Minsky, pero no es él. El estreno en Estados Unidos de la película se celebró en el Centro de Artes Visuales Carpenter de Harvard (el famoso caracol de hormigón diseñado por Le Corbusier), y Marvin disfrutó al ver cómo lo retrataban en pantalla.

En 1984, Lynn Jeffries, una estudiante de último curso de Harvard, en colaboración con el director Peter Sellars, produjo una obra completa de teatro de sombras javanesas titulada «¿Dónde estoy?» en el Loeb Experimental Theater de Harvard. Harry Stanton decidió que sería un buen sitio para celebrar la publicación de mi nuevo libro en Bradford (sobre el libre albedrío), Elbow Room, así que invitamos a un nutrido grupo de filósofos y científicos a la obra, seguida de una recepción en el Harvard Lampoon Castle. Este legendario castillo es un lugar exclusivo al que solo se accede por invitación, pero, como Harry había disfrutado de una membresía cuando estuvo en Harvard, le permitieron organizar la fiesta allí. Invité a Quine y a Nelson Goodman, otro filósofo de Harvard, y ambos me confesaron que en todos sus años en Harvard ninguno de los dos había pisado el castillo hasta entonces. Yo tampoco, por supuesto. Fue un evento memorable gracias a Lynn Jeffries, que se ha destacado como una innovadora del arte de la marioneta en la costa oeste.

El ensayo «¿Dónde estoy?» se ha incluido en numerosos programas de filosofía de todo el mundo y ha inspirado a creadores de películas de ciencia ficción, entre ellas Matrix, que lo han reconocido como una importante fuente de inspiración. A lo largo de los años he recibido numerosas cartas y correos electrónicos en que me preguntan si la historia es cierta, y varios lectores han escudriñado mi nuca en busca de antenas. No, no me han extirpado el cerebro para meterlo en una cuba, pero, como les gusta decir a

los filósofos, en principio la posibilidad teórica existe. A pesar de ser quizás el texto filosófico más leído, siento que aún se subestima con creces el reto que plantea a otras perspectivas de la conciencia. El relato ilustra una verdad esencial: no poseemos un conocimiento «privilegiado» sobre la causalidad de nuestros propios pensamientos. No sabemos «desde dentro» qué causa que percibamos algo como rojo o verde, por ejemplo, o tomemos decisiones específicas, como pulsar el botón A en lugar del botón B. En definitiva, para responder a la pregunta «¿Dónde estoy?», debemos salir de nosotros mismos y adoptar el «punto de vista de la tercera persona», propio de la ciencia.

Este método de la tercera persona contradice siglos de pensamiento filosófico, que ha animado a un sinfín de pensadores a examinar la mente desde dentro, a menudo ignorando cómo la ciencia estudia las mentes de los demás con la ayuda de otras mentes: las de los científicos, no solo las de los filósofos. Cuando yo era estudiante de posgrado, el «problema de otras mentes» era un tema de debate central, aunque se desarrollaba sin demasiada base científica: ¿puedo saber, y cómo puedo saberlo, si existen otras mentes, además de la mía, y, en caso afirmativo, en qué deben parecerse a la mía? Simplemente se asumía que conocemos nuestras mentes «desde dentro» de manera más fiable que cualquier descubrimiento científico. Mi enfoque, mi ardid, consistió en invertir estas preguntas. Dado que es poco lo que puedo saber con certeza a partir de la introspección de mi mente (contra Descartes y su cogito ergo sum), exploré qué podría aprender sobre mi propia mente a través del estudio científico de otras mentes. Esto, para muchos de mis críticos, me convertía en un «conductista», un término que entonces se había convertido en peyorativo, sobre todo después de las críticas de Noam Chomsky a B. F. Skinner. Sin embargo, la ciencia es una especie de conductismo: una vez que tienes una explicación científica de «todo» el comportamiento, tanto interno como externo, a escala macro y microscópica, de cualquier fenómeno, no hay nada más que explicar, ¡excepto por qué hay gente que se siente tan incómoda con tus explicaciones! En 1982 acuñé un término para el método de la tercera persona («heterofenomenología», la fenomenología de «otras» mentes), pero no inventé el método, que ya era un procedimiento estándar en la ciencia cognitiva. Mi contribución consistió en destacar la importancia de tratar las

«creencias» de los individuos sobre su propia conciencia como datos que deben ser explicados, no necesariamente como descripciones verídicas de su realidad mental. Este es el gran debate en la filosofía de la mente contemporánea, con pensadores como John Searle, Tom Nagel, David Chalmers, Galen Strawson y Philip Goff, entre otros, que sostienen que saben más del tema. No es el caso. Aquellos que se oponen, que se aferran a algún tipo de «ciencia de la conciencia en primera persona», aún deben demostrar algún experimento o resultado confiable, pero inasequible a la heterofenomenología. Y luego están los misterianos (un término acuñado por Owen Flanagan para designar a quienes opinan que el optimismo descrito no tiene fundamentos y que está condenado al fracaso), que nos invitan a renunciar a explicar la conciencia. No, gracias, estamos haciendo progresos significativos.

11

ENTRETANTO, DE VUELTA A LA GRANJA

Durante cuarenta y tres años, desde 1970 hasta 2013, nuestra granja en Blue Hill no solo fue nuestro refugio estival, sino el epicentro de nuestras vidas en muchos sentidos. La compramos con el sueño de retomar una vida agrícola sostenible, pero a diferencia de muchos otros nouveaux ruraux recién llegados masivamente a Maine en esa época, no quemamos las naves por completo con nuestra vida anterior, sino que íbamos a la granja solo los fines de semana y durante las vacaciones escolares, y así llegamos a conocer todas las estaciones en aquel lugar: desde las hojas otoñales, los imponentes montículos de nieve, la temporada de barrizales y el infame período de las moscas negras, cuando plantábamos nuestro huerto y nos preparábamos para el verano. Contábamos con varias camionetas equipadas con asientos traseros abatibles y, en los tiempos previos a las leyes sobre el uso del cinturón de seguridad, conducíamos desde Andover hasta la granja todos los viernes por la noche, después de una cena rápida. Con los niños, Andrea y Peter, acomodados en sus sacos, dormidos detrás de nosotros, Susan y yo disfrutábamos, compenetrados, de conversación tranquila a lo largo de más de cuatro horas. Los viajes de regreso a Andover los domingos por la tarde estaban repletos de conversaciones familiares y juegos en el coche —encontrar banderas americanas, animales, camionetas a ambos lados de la carretera— y, por supuesto, alguna que otra riña en los asientos traseros.

La granja se convirtió para nosotros en un patio de recreo inagotable donde llevábamos a cabo proyectos de agricultura, construcción, reparaciones y exploración, además de búsqueda de antigüedades para decorar la vieja casa. Era un lugar ideal para criar a nuestros hijos, con sus doscientas hectáreas de bosques y campos, situada en la Back Road (más tarde rebautizada con el nombre de Range Road en honor al campo de tiro que se hallaba en

el extremo del pueblo). La carretera era un camino de grava lleno de baches que bordeaba la montaña Blue Hill (bueno, el pueblo era Blue Hill, llamado así por la colina, de modo que, si querías hablar de la colina, tenías que referirte a ella como montaña Blue Hill), y flanqueada por vecinos que habían vivido durante varias generaciones en sus casas: personas con muchos saberes acumulados, ingeniosas y acogedoras. Para ellos, yo era simplemente Dan Dennett, el que había comprado la vieja granja Leighton y elaboraba champán de sidra con las manzanas del huerto.

Nuestros vecinos al norte, Basil y Bertha Turner, nos sacaban más de treinta años. Habían perdido a su hijo Basil en un accidente con un barco langostero el año antes de que compráramos la granja. George, el hermano de Susan, que se había mudado a la granja para establecerse en Maine y estudiar silvicultura en la Universidad de Maine, se convirtió en una especie de hijo para ellos. Ese primer invierno, George compartió muchas cenas con los Turner y trabajó con Basil como pintor y manitas. Al final de la jornada, aparcaban la camioneta de Basil en nuestro jardín, donde se sentaban a compartir la cerveza y los cacahuetes que habían comprado. Mientras pelaban los frutos secos para acompañar la bebida, hablaban y compartían historias, casi como una pareja de enamorados reacios a despedirse. Basil y Bertha se convirtieron en nuestros padres en Maine, y creo que aprendí más de Basil que de ninguna otra persona en mi vida; no filosofía académica, sino habilidades prácticas para el día a día en un medio rural: cómo evitar que las estufas de leña se apagaran durante la noche, cómo instalar tejas de cedro en los tejados, cómo construir vallas eléctricas para que no se escaparan los caballos, cómo seguir a las abejas silvestres para descubrir sus colmenas, los mejores lugares y técnicas para pescar truchas, cómo y dónde encontrar almejas, los métodos para pescar caballas, cómo talar árboles de manera segura, segar heno y formar hileras con un rastrillo amontonador, organizar la recolección de arándanos, acristalar ventanas de estilo tradicional, limpiar una chimenea, criar gallinas ponedoras, patos y cerdos, y mucho más.

Basil y Bertha vivieron toda su vida en Blue Hill y rara vez salieron de Maine, excepto para asistir a un concurso de perros de caza en

Nuevo Hampshire, en el que Basil había participado, o hacer esporádicos viajes al oeste, que encontraban aburridos. Un día, Bertha anunció alegremente que una de sus sobrinas nietas se había comprometido y, al preguntarle si el futuro novio era del lugar, ella respondió: «Oh, no, es de Sedgwick», como si se tratara de un sitio lejano, a pesar de estar solo a unos ocho kilómetros de la costa. Bertha, experta en cocinar puercoespines, se ofreció a enseñarme cómo hacerlo cuando maté a unos cuantos tras una invasión de estos animales en nuestro granero y cobertizo de herramientas, aunque decliné su oferta. Los puercoespines eran visitantes frecuentes en nuestra propiedad y, si encontraban una pala, un rastrillo o una azada con el mango de madera recién usado, lo roían para extraer la sal del sudor impregnado. Una noche de verano, mientras Susan y yo nos estábamos bañando desnudos bajo las estrellas en nuestra destartalada piscina elevada en el patio trasero, oímos unos ruidos en el jardín. Dos puercoespines amenazaban con devorar nuestros guisantes y tomates, así que salí corriendo de la piscina, agarré un viejo palo de golf del cobertizo y los perseguí, completamente en cueros, por el jardín. Ellos, astutamente, se escondieron detrás de las cercas de los guisantes, que no quería destrozar, así que fue una persecución divertida de unos diez minutos antes de que finalmente lograra golpear primero a uno y luego al otro en la cabeza con el palo, una forma sorprendentemente eficaz de mandar al otro barrio a un puercoespín. Susan casi se ahogó en la piscina de tanto reírse. Curiosamente, descubrí que los viejos palos de golf también son herramientas excelentes para esparcir estiércol de caballo por un prado. Solo tienes que imaginar que el montón es tu pelota de golf y golpearlo con todas tus fuerzas: se desintegrará en docenas de partículas que se esparcirán en un bonito abanico de fertilizante.

Basil Turner y Bertha Turner

Nuestro vecino del sur, Stetson (Stet) Grindle, era un personaje de pelo canoso y gran contador de relatos, que en su día fue nombrado sheriff de Blue Hill con la teoría de que ese cargo lo mantendría alejado de problemas. Aunque no fue del todo efectivo para ese propósito, Stet era entrañable y carismático, y contaba muchas anécdotas —algunas bastante creíbles— que Basil nunca mencionaba. Su hermano, Newton Grindle, residía en la costa y era propietario de un velero llamado el Delfín bailarín. Junto con su esposa Leila, aprovechaban el verano, una vez finalizadas las labores agrícolas, para navegar. Newton, conocido por ahumar los jamones y las lonchas de tocino que le llevábamos cuando alguno hacía la matanza de un cerdo, solía burlarse de mí llamándome «marinero de tierra firme», porque él tenía un velero y yo no (salvo por los pocos años que tuve el barco de Jerry Fodor). Para nuestro hijo Peter, compramos un Mercury, un pequeño balandro que era popular entre los jóvenes de Blue Hill. Un día, con un viento flojo y variable, salí con el balandro e hice un gran esfuerzo por adelantar

a Newt y Leila en su barco de regreso al puerto, solo para darme cuenta al acercarme que la razón por la que los estaba «ganando» era que estaban pescando caballa con jigs (anzuelos múltiples en línea con señuelos artificiales plomados), y por eso necesitaban ir despacio, lo cual les resultó muy divertido. En una ocasión, Stet cazó un oso y prometió darme un filete de su congelador, que yo estaba deseando cocinar hasta que su hijo James me advirtió: «Yo que tú no cocinaría eso dentro». Dado el aroma persistente en la cocina de Stet, una mezcla intensa de humo de leña y alubias cocidas entre otros efluvios, tomé en serio el consejo de James, pero nunca llegué a cocinar ese filete de oso. Una tormenta dejó nuestra zona sin electricidad y toda la carne en el congelador de Stet se echó a perder. Stet también tenía un gran interés en la elaboración de sidra, una pasión que cultivamos durante décadas, transformándola en un champán natural que llamamos cidre bouché Normandy. En una ocasión, llevé a casa de Stet a mi amigo y enólogo Barry Lydgate, un profesor de francés de Wellesley y experto en vinos (Chevalier du Tastevin y miembro de la Confrérie de la Chaîne des Rôtisseurs) para que probara nuestra última sidra. Stet, tras saborear el vaso que le ofrecimos, comentó que era casi tan buena como la que había elaborado su padre, Roy, años atrás: «¡Esa sí que era excelente! Con medio vaso se te entumecía toda la cara». Barry se quedó con la frase y prometió usarla en alguna cata de vinos con ínfulas, donde la repetiría después de probar alguna cosecha pretenciosa. Dice que lo ha hecho en más de una ocasión.

Un día, durante nuestro primer año en la granja, Stet pasó por nuestro lado con su tractor, mientras Susan y yo nos bañábamos en uno de los pozos que habíamos excavado en nuestro patio trasero (aún no habíamos construido un cuarto de baño). Tras observarnos, preguntó: «No estaréis bebiendo esa agua, ¿verdad?». Le aseguré que no, que por lo general no, pero que parecía muy clara y potable.

—Yo que tú, no bebería eso.

—¿Por qué no?

—Bueno, hace años este lugar era un granero, y de aquí se sacó con palas un montón de estiércol.

—Ya, pero eso fue hace más de treinta años. Ya no queda nada.

—Aun así, te aconsejaría que no la bebas.

—Pero ¿por qué no?

—Verás, te contaré algo… Hace cosa de un año unos cazadores furtivos mataron un ciervo en tu patio trasero y arrojaron las entrañas al pozo.

No indagamos cómo lo sabía Stet y decidimos encargar que analizaran el agua. Resultó estar en buenas condiciones.

Durante todos los veranos que pasamos en la granja, apenas avancé en mi trabajo académico, hasta que llegó el correo electrónico. Una vez a la semana recibía un grueso sobre de papel manila con correos reenviados desde mi oficina de Tufts, de los cuales me ocupaba, y me dedicaba a leer uno o dos libros durante el verano, pero no me pasaba horas frente a la máquina de escribir ni más tarde, delante del portátil. Estaba demasiado ocupado con proyectos de la granja, practicando piragüismo o windsurf y navegando como tripulante en varios veleros, dedicado a explorar Maine. En septiembre tenía la sensación de haber olvidado toda la filosofía que había aprendido, pero regresaba entusiasmado, rebosante de ideas para impartir mis cursos; ideas que se me ocurrían mientras segaba el heno o pintaba la puerta del granero o realizaba alguna otra tarea más o menos rutinaria. Doug Hofstadter, que nos visitó un verano, comentó cuando le preguntaron dónde estaba yo: «Está en su tractor, haciendo labrosofía»; y, en efecto, así era. Arar un campo para replantar hierba timotea no es un trabajo difícil, y tiene un ritmo, yendo y viniendo por el campo, que fomenta una especie de ensoñación intencionada que a menudo reorganiza el pensamiento de uno lo suficiente como para hacer un progreso significativo. Pasaba veinte minutos en mi escritorio, llenándome la cabeza con un problema filosófico que me había estado intrigando, y luego salía, me subía al tractor y, a menudo, hacía un gran progreso antes de volver para el almuerzo o la cena.

Stetson Grindle

Además de la granja, con sus cobertizos anexos y un garaje de tres plazas al aire libre, así como un amplio granero al otro lado de la carretera, teníamos una estructura decrépita en nuestro jardín. Originalmente construida como embotelladora en el manantial mineral de Blue Hill en los años veinte, fue adquirida y reubicada por Walter Leighton, fontanero de profesión, que la había utilizado como taller de fontanería en algún momento de los años treinta. La compró y la trasladó a un kilómetro y medio desde el manantial hasta su actual emplazamiento. Había logrado mover la estructura (de unos 5,49 metros de largo y 4,88 metros de altura) usando yuntas de bueyes y troncos como rodillos, y la asentó sobre robustas soleras de piedra. Con el tiempo, los umbrales, maderos y tablones del suelo, podridos, se hundieron en la tierra, al igual que los montantes de las paredes, y el techo mostraba grandes agujeros. Sin embargo, yo quería rescatarlo y convertirlo en un estudio de cerámica (Susan y yo, que habíamos asistido a clases de cerámica en California, soñábamos con transformar ese lugar en un estudio para hacer vasijas en Maine). Lo bautizamos con el nombre de Spring House y se convirtió en nuestro proyecto de aprendizaje de carpintería rústica. Aunque oficialmente el lugar no se podía asegurar y no teníamos intenciones de vivir en él, lo encaramos como un experimento práctico. Compré un gato hidráulico en la ferretería, construí columnas de elevación con pares de vigas largas de dos por seis en las cuatro esquinas, ya que los postes de las esquinas estaban podridos hasta varios metros de altura. Moviéndome de columna en columna con ayuda del gato hidráulico y una buena provisión de maderos para apilar en cruz, logré que todo el edificio quedara colgando de los «tirantes» (las vigas horizontales que iban sobre las paredes y sostenían lo que quedaba de las vigas), a unos sesenta centímetros por encima del fango. Sacamos con palas los restos podridos de los umbrales y las vigas del suelo, marcamos una línea recta con tiza por encima de la podredumbre, por toda la parte interior de las paredes colgantes, pusimos una cadena vieja en la motosierra y cortamos hasta la línea trazada con tiza. Esto me dejó espacio suficiente a fin de cavar hoyos para tubos Sonotube de concreto en las esquinas (junto a dos más en el medio de los lados largos), poner nuevos umbrales sobre los postes de hormigón y bajar suavemente toda la estructura sobre

sus nuevos cimientos. Instalamos viguetas y suelos nuevos, ventanas, un techo de tejas, una chimenea de metal para una estufa de leña, electricidad, agua del pozo del granero; y ya lo teníamos todo listo para nuestro estudio de cerámica. Caroline Mayher, quien ejercía de ceramista durante la temporada estival, había estudiado en Smith con Susan y residía en East Blue Hill, y quería construir un torno de pedal a partir de un kit, así que compramos dos kits y los montamos juntos, para lo cual creamos las ruedas de hormigón con los ejes ya incorporados y construimos la estructura de madera, que incluía un banco diseñado para trabajar sentado cómodamente. Luego, otra amiga nos vendió su torno eléctrico, adquirimos un horno eléctrico e hicimos una mesa de alfarería grande, con unos taburetes y estantes móviles para secar las piezas. Con todo esto, ya estábamos listos para comenzar a trabajar la arcilla. El proyecto de la Spring House inspiró proyectos similares en la casa principal y los cobertizos. Durante el segundo verano, contamos con la ayuda de Mike Hayworth, un joven de Irvine al que le propusimos ser nuestro ayudante (la reconstrucción de la Spring House lo motivó tanto que regresó a la costa oeste y se convirtió en constructor de viviendas en una de las islas San Juan, en la bahía de Vancouver). Con el paso de los años, la Spring House se reconstruyó y se le dieron otros usos, y finalmente se convirtió en la casa donde vivió nuestra hija Andrea con su hijo Brandon hasta que se mudó a la zona de Portland, Maine. Por tanto, trasladamos el estudio de cerámica a un altillo que construí en uno de los cobertizos.

La fabricación de sidra fue nuestro proyecto agrícola más ambicioso, aunque también recolectábamos heno, leña y arándanos. La sidra de manzana que aprendimos a producir nunca se puso a la venta, pese al interés de algunos en comprarla. Casi todos los años hacíamos al menos un barril y, a veces, dos. Eran barriles de roble de cincuenta y cinco galones, chaptalizados (añadiendo azúcar de caña) para elevar el grado alcohólico hasta cerca del 10 %. Preferíamos la levadura silvestre de las manzanas, que nos dieron mejores resultados que cualquier levadura de vino comercial que probamos. Cada fin de semana de octubre, en coincidencia con el Día del Descubrimiento de América, invitábamos a amigos, tanto profesores como no, a Blue Hill, para un fin de semana de recolección y prensado de manzanas. Durante estos encuentros, llenábamos una docena o más de garrafas de cristal de cinco

galones con sidra, selladas con cierres de fermentación para impedir la entrada de aire y dejar salir el CO2. Después de limpiar con una manguera el suelo donde se había prensado la sidra, solíamos bailar en el cobertizo con una banda de música. A veces, los vecinos que también tenían manzanos traían sus propias manzanas para prensar. Bertha Turner siempre aparecía con un surtido de rosquillas caseras, recién horneadas.

Prensado de sidra

Era una diversión febril, incluso cuando el día de la recolección era frío y lluvioso. Transportábamos los garrafones en un remolque detrás de la camioneta familiar, los cuales pasaban el invierno en nuestro sótano, durante la fermentación primaria y secundaria. Los trasegábamos periódicamente. Luego, en enero, sifonábamos el contenido a barricas de bourbon de roble usadas hasta el día del embotellado, que se programaba convenientemente para mayo, justo después de los exámenes finales y antes de la graduación en Tufts. Celebrábamos otro día de fiesta en nuestra casa de Andover para lavar, sulfitar (desinfectar), enjuagar, llenar, encorchar, sellar con alambre, etiquetar y empaquetar cientos de botellas de sidra nueva: un trabajo agradable, ideal para muchas manos, que iban rotando de tareas para que la labor no se hiciera pesada. Todo el mundo bebía mucha sidra y almorzaba al aire libre, y la mayoría de la gente terminaba bastante empapada, con todas las mangueras de agua y la máquina de encorchar, que siempre salpicaba un poco de sidra sobrante cuando se presionaba el corcho.

Aunque no todas las cosechas eran excepcionales, encontramos un buen uso para las añadas de menor calidad. Sherm Russell, una figura paternal para mí, me regaló un alambique de la época de la ley seca que su padre había usado para destilar ginebra de bañera y una especie de whisky. Fue así como comencé a dominar el arte de transformar la sidra fermentada en calvados (aguardiente de manzana), al que llamábamos Pure Quill (pluma pura). Este término local de excelencia surgió inspirándose en la pluma de ganso que a menudo se usaba como salida en los alambiques caseros. Vertíamos siete botellas de sidra fermentada en el alambique y ajustábamos firmemente el condensador con tuercas de mariposa. El alambique, equipado con pequeñas mangueras que suministraban un flujo constante de agua fría, se asentaba sobre una placa calefactora Corning de cerámica piroeléctrica (sin llamas, sin riesgo de chispas que pudieran encender los vapores de alcohol no condensados por el agua fría que circulaba alrededor del serpentín). Unas dos horas más tarde, la botella recolectora se llenaba de Pure Quill, tan cristalino como el vodka. Inventé una técnica para añejarlo que no requería barriles de roble carbonizados por dentro (el barril más pequeño disponible que encontré tenía una capacidad de ciento trece litros, y no disponía ni del tiempo ni del licor suficiente para llenarlo). Compraba virutas de roble blanco en una

tienda de artículos para aficionados al vino. Ponía alrededor de un cuarto de taza de estas virutas en una bandeja para galletas debajo del gratinador hasta que se doraban mucho, pero sin llegar a quemarse. Luego las introducía con un embudo en una botella de vino transparente (por ejemplo, una botella de Sauternes), la llenaba con Pure Quill de 45 grados, la encorchaba y la dejaba reposar en la encimera de la cocina (solía llenar tres botellas, lo que me llevaba la mayor parte de un día). En uno o dos días, las virutas de roble perdían su flotabilidad y se hundían, así que cada vez que pasaba cerca de las botellas las agitaba y giraba un poco para mover las virutas empapadas de licor en el fondo. En aproximadamente un mes, el Pure Quill adquiría un hermoso color ámbar y un aroma a canela te inundaba la nariz y la aspereza desaparecía. Paul Churchland, considerado un experto en calvados, aceptó realizar una cata a ciegas en un excelente restaurante de Boston con varias marcas de calvados en la carta, y juzgó el mío como el mejor. También intentamos hacer vino de arándanos, pero nunca estuvo a la altura. Sin embargo, al pasarlo por el alambique, obtuvimos un vodka o aquavit de arándanos bebible, con un aroma que evocaba una tarta de arándanos recién horneada. Lo bautizamos con el nombre de Sacré Bleu y aún conservo media docena de botellas, junto con media botella de Pure Quill, reservadas para ocasiones muy especiales.

Los Dennett con Bo Dahlbom

* * *

Andrea y Peter se criaron en la granja desde muy pequeños. Recogían los huevos del gallinero y alimentaban al cerdo en el establo. Durante unos años, Andrea tuvo una yegua, April Star, a la que cuidaba y montaba a menudo. Sin embargo, April Star a veces se sentía sola en el prado y saltaba la valla eléctrica que yo había instalado, pero, por suerte, un vecino no tardaba en devolverla por el camino de grava. Solucionamos el problema tomando prestado un pequeño poni Shetland, Tootsie Roll, del establo de Massachusetts donde April Star pasaba el invierno, para que le hiciera compañía. Teníamos un remolque para caballos y todo tipo de equipamiento ecuestre. Durante el invierno, también trasladábamos las gallinas a Andover, a una soleada habitación de nuestro garaje, y las transportábamos en una caja de madera ventilada sobre la baca del coche. Recuerdo la sorpresa del empleado de una gasolinera cuando me oyó susurrar a las gallinas mientras repostaba; creyó que había alguien en la caja. Solo criamos un cerdo. Quería llamarlo Pork Chop, o algo así, pero Peter insistió en que se llamara Curious (Curioso), en honor a su personaje de ficción favorito, Jorge el Curioso, y no puede haber un nombre más inapropiado para un animal destinado al consumo. Me preocupaba cómo afrontar la toma de conciencia de los niños cuando Curioso regresó del matadero en docenas de piezas envueltas en papel de carnicero. Cuando descargamos los paquetes en el congelador, todo fue como la seda, hasta que llegamos al fondo de la última caja. Allí, bajo las lonchas de tocino envueltas que pronto enviaría a Newt Grindle para que las ahumaran, estaba la cabeza de Curioso desenvuelta y cortada pulcramente por la mitad, con la sierra de cinta del carnicero. Peter se sobresaltó, pero luego su curiosidad llevó a una larga lección de anatomía. Incluso quiso llevarse la mitad de la cabeza para enseñarla en el colegio, cuando volviéramos a Massachusetts, pero decidimos que sería demasiado perturbador para sus compañeros de clase. Andrea, por su parte, nos dijo solemnemente que había prometido a Dios no comer nada de Curioso, pero se olvidó de su promesa, un lapsus que pasamos por alto sin hacer comentarios.

También recuerdo estar sentado en los escalones del cobertizo con Andrea, que entonces tenía unos dos años, pelando almejas que acababa de recoger para una sopa de pescado mientras ella miraba y jugaba con las almejas en la cacerola, hasta que al final se echó los fragantes pegotes por la cabeza, y creó una diadema de almejas crudas que yo consideré su autocoronación como niña de Maine, título que aún mantiene hoy. Peter y yo construimos un Petermóvil, un coche de carreras propulsado por un motor sobrante de un cortacésped, un embrague casero y frenos de madera que presionaban con fuerza las ruedas traseras al pisar el pedal. La primera vez que lo condujo, a través de nuestro césped lleno de baches, acabó con un aparatoso accidente, pero logré detenerlo antes de que chocara con el olmo gigante. Encontré unas marchas para limitarlo a una velocidad más segura. También construimos un fuerte en el bosque y una casa de árbol a unos seis metros de altura en un pino lobo (un pino lobo es un pino blanco cuya cabeza, o rama terminal, fue alcanzada por un gorgojo de pino al principio de su vida, por lo que tiene múltiples troncos que crecen formando un gigantesco candelabro, en lugar de un único tronco majestuoso y aprovechable). Los pino lobo suelen dejarse en pie en los bosques porque no sirven para la madera, pero son prodigiosas fuentes de piñas con las que sembrar la siguiente generación. La casa del árbol de Peter destacaba por su desgastada alfombra oriental extendida sobre su plataforma y contaba con una ingeniosa escalera de cuerda secreta. Al lado, había una escalera señuelo que estaba diseñada para romperse en cuanto un adulto empezara a subir por ella.

Una de las principales operaciones forestales que llevamos a cabo consistió en talar cientos de árboles maduros de abeto, pino y cedro para aserrar, además de para hacer leña y pulpa de celulosa de abeto. Los leñadores usaban las últimas máquinas cosechadoras controladas por ordenador, que podían talar y desramar un abeto grande en menos de un minuto, muy lejos de las motosierras y los caballos de bosque que habíamos usado en anteriores aventuras madereras. Entre mis recuerdos más preciados de la granja, están las jornadas invernales en las que nuestro amigo Paul Birdsall talaba árboles con sus caballos de tiro belgas en nuestro bosque y alojaba a esos afables gigantes en nuestro establo. Aún recuerdo el aroma a heno fresco y estiércol, y los peludos caballos, emanando vapor en los establos a temperaturas bajo cero, después de haber

arrastrado pulpa de madera en un trineo de una tonelada y media, que habíamos cargado usando nuestros ganchos. Estos ganchos, herramientas sencillas pero efectivas, transforman a una persona común en un Increíble Hulk, capaz de levantar y cargar troncos de un metro de largo con facilidad. Conservo una fotografía de Paul montado en un imponente tronco de abeto de casi un metro de diámetro y casi cinco de largo, con el extremo delantero levantado (con nuestros ganchos de leñador, llamados peavy en honor a su inventor, Joseph Peavey, quien los diseñó en el siglo XIX) y encadenada a un pung (un tipo de trineo pequeño y resistente) que su equipo de caballos belgas arrastraba por la nieve. No era el método más rápido para talar, pero sí una experiencia inolvidable.

Andrea y Peter disfrutaron de su amistad con Dylan McTighe, un niño de edad parecida a Andrea que vivía en la misma calle con su abuela, Fern McTighe, la bibliotecaria de la Biblioteca Pública de Blue Hill (e inspiración para el nombre de pila de la niña de La telaraña de Carlota, escrita por nuestro vecino de Brooklin, E. B. White). Dylan anunció el inicio de su amistad regalándole a Andrea una culebra rayada viva que acababa de atrapar, y fue la primera habitante de un serpentario que pronto incluyó serpientes de cuello anillado, serpientes verdes y serpientes de vientre rojo. En el borde de uno de nuestros campos de arándanos había un viejo capó negro de camioneta que servía de refugio para las serpientes. Lo levanté un día y descubrí alrededor de diez serpientes de diferentes especies calentándose bajo su cúpula, caldeada por el sol. Se convirtió en nuestra principal trampa para serpientes, lo que nos facilitaba su captura en días soleados. Aprendí entonces que tener hijos impulsa el coraje, ya que ningún padre o madre quiere ser visto como un miedoso o un gallina frente a sus hijos. Me armé de valor y aprendí a coger serpientes con aplomo. Un día, tras encender una gran fogata de basura y maleza, debidamente supervisada por adultos con mochilas extintoras, encontré unos huevos de serpiente, presumiblemente cocidos, en un tocón quemado, pero carbonizado. Con cuidado, extraje los huevos blancos y coriáceos y llamé a los niños para darles una lección de biología, usando mi navaja afilada y unos alfileres para abrir los huevos y revelar las diminutas serpientes, más pequeñas que lombrices de tierra, sobre mi tabla de disección. Para nuestra sorpresa, varias comenzaron a moverse y fueron rápidamente incorporadas al serpentario, donde salieron

adelante a pesar de la cocción previa a su nacimiento.

Como sus padres, nuestros hijos disfrutaron de lo mejor de ambos mundos. Nuestras primeras amistades fueron con residentes locales de Maine que vivían allí todo el año, pero al final nos integramos en el círculo de veraneantes que llevaban generaciones yendo cada año a Maine. Como navegante, me hice socio del Club Náutico de Kollegewidgwok. El club, sin lujos, carecía de bar o restaurante, pero contaba con un edificio principal con cocina y baños, una caseta para el gerente y los mozos de muelle, otro edificio para los instructores de vela y sus equipos, además de muelles y flotadores con agua, gasolina y hielo para los cruceros visitantes, y muchos amarres y embarcaciones en el muelle. Susan y yo también aprendimos a jugar al golf en el pequeño y bonito campo de nueve hoyos del club, pero nunca llegamos a dominarlo, así que nos referíamos a menudo a nuestro juego como «flog» (o sea, golf deletreado al revés, lo opuesto al golf real). Para los niños, la convivencia entre estos dos mundos se desarrollaba con altibajos. Algunos veraneantes eran vistos por ellos al principio como unos esnobs detestables, y al año siguiente se convertían en sus mejores amigos, mientras que los locales eran menospreciados, y al año siguiente cambiaban de lealtades de nuevo, pero se creaba una dinámica de solapamiento entre ambos grupos, tanto para los adultos como para los niños.

12

EL ENCUENTRO DEL XANTHIPPE; ADIÓS A LA GRANJA

Quine una vez escribió sobre el anhelo de alguien por un balandro. No se trataba de un balandro en particular, sino simplemente del «alivio de la falta de balandro», y durante años yo anhelé ese alivio. Aunque navegué como tripulante de muchos balandros en regatas y tomé prestados algunos de amigos, e incluso disfruté durante un tiempo del balandro de Jerry Fodor y alquilé otros, siempre quise tener uno propio. Los años pasaron entre más tripulaciones y más alquileres, pero seguía sin tener un balandro para mí. Con el cambio de siglo, me sentí listo de nuevo para emprender la búsqueda, pero tuve que posponerla cuando tuve que someterme a una cirugía de corazón, un triple baipás que fue un éxito y me permitió proseguir mi búsqueda.

Por fin, en octubre de 2004, encontré mi balandro en Newport, Rhode Island: un Beneteau First 42 de 1983, aún en bastante buen estado. Lo compré y navegué durante algunas noches con tripulación hasta Blue Hill, partiendo de Newport un día en el que una temprana borrasca había dejado medio centímetro de nieve en los tejados. Quería un barco con el que no solo pudiera competir, sino también que fuera rápido para navegar. No tanto para las regatas sino para los cruceros. Mientras que un velero de crucero lento y cómodo puede alcanzar cinco o incluso seis nudos, un velero rápido puede navegar a siete nudos o más en la mayoría de las condiciones. Para un crucerista, la diferencia entre cinco y siete nudos es sustancial. Si se toma un compás y se marcan cinco millas en la carta náutica desde donde aparece el puerto base, pensemos en cuánta distancia se puede recorrer en dos, seis u ocho horas a cinco nudos. ¿Y a siete nudos? El área que se puede explorar en un día de navegación se multiplica rápidamente. La costa de Maine, con su compleja geografía de penínsulas, islas, calas y ensenadas,

requiere un barco veloz si se quiere explorar toda. La marca Beneteau, conocida por construir embarcaciones fiables y relativamente económicas, principalmente para el sector chárter, es como el Chevrolet de los veleros de crucero. Pero, de vez en cuando, al igual que hizo Chevrolet con su Corvette, deciden lanzar un modelo especial, solo para demostrar que pueden hacerlo. En 1980, Beneteau encargó al joven y talentoso arquitecto naval argentino Germán Frers que diseñara algo especial, y en 1981 se lanzó el primer First 42.

Se me ocurrió un buen nombre: Xanthippe. Jantipa, la esposa de Sócrates, a menudo se consideraba una arpía, pero Sócrates afirmaba que tenía un espíritu formidable; si podía manejarla a ella, podía con cualquiera. A Susan no le gustaba el nombre hasta que encontré un artículo de un filósofo que argumentaba que Jantipa debía ser vista como una sabia y no como una arpía, ya que regañaba a Sócrates en público por anteponer la filosofía al bienestar de su familia. Finalmente, Susan aprobó el nombre.

El Xanthippe tenía mucho carácter y aprender a dominar sus peculiaridades y sus puntos fuertes se convirtió en una de mis pasiones en los años siguientes. Había buscado y encontrado el velero de crucero más grande y rápido capaz de manejar en solitario en caso de necesidad, y en pareja, con Susan, sin riesgo alguno. Sin embargo, para competir, necesitaba una tripulación de seis personas. Aunque conocía a muchos regatistas en la zona de Blue Hill, captar tripulantes de otros barcos estaba mal visto, y los mejores estaban ya comprometidos. Así que me pregunté: ¿a quién podía reclutar para que me ayudara? Se me ocurrió una idea: mis antiguos estudiantes y posdoctorados, todos jóvenes, enérgicos, ágiles y rápidos a la hora de aprender, podían iniciarse en las regatas de grandes veleros y estar listos tras un par de semanas de entrenamiento. Inscribí el Xanthippe en la Down East Race Week de 2005. Nuestra primera regata fue una verdadera prueba de fuego: yo era el único a bordo con experiencia en regatas y la tripulación apenas contaba con unos días de práctica. Un cambio repentino del viento nos permitió realizar al inicio una arriesgada maniobra con el espináker (una vela gigante de popa) y lo izamos en el último momento. Apenas logramos mantenernos a la velocidad del grupo, pero cruzamos la meta. Aunque no ganamos, tampoco sufrimos

accidentes ni se nos cayó algún aparejo por la borda, un pequeño triunfo en sí mismo. En las regatas, no terminar (DNF: did not finish) conlleva perder puntos y se pierden aún más si no se participa (DNS: did not start), pero quedamos fuera de estas categorías y nos conformamos con nuestra posición, que era, como un competidor describió, DFL (dead fucking last: la última de cojones). Esto nos proporcionó una base para mejorar y, aunque nunca ganamos una regata, no volvimos a ser los últimos y superamos a algunos de nuestros competidores más cercanos. Incluso nos ganamos un apodo entre la tripulación de uno de estos barcos: los «xantipenautas».

Participar en una regata te revela los verdaderos límites de un velero. La navegación de crucero es relajante y puedes sentirte orgulloso al sortear los peligros y mantener todo bajo control, pero las regatas te desafían a poner a prueba tu embarcación y tus habilidades durante horas o días enteros. En regata, los incidentes como colisiones o la pérdida de equipamiento son riesgos reales. Una ráfaga inesperada puede descontrolar el timón y hacer que el barco se escore y el espináker se sumerja en el agua, lo que puede provocar la rotura del tagón o del estay de proa (o mástil), y que el agua inunde el casco. Tras una regata, mientras regresábamos a Blue Hill con viento favorable, y cuando apenas había terminado de explicar a mi tripulación, aún novata, cómo actuar en caso de emergencia, una ráfaga intensa nos golpeó. Todos reaccionaron al instante y controlaron la situación. Al llegar al muelle una hora después, una socia del club que lo había observado todo con sus prismáticos desde el porche de su casa bajó al muelle a felicitarnos. Los días de ser novatos habían terminado.

Xanthippe en la línea de meta

Además de las regatas y los cruceros con amigos y familiares, pronto decidí organizar un «crucero cognitivo» anual para mis estudiantes actuales de posgrado y posdoctorados del Centro de Estudios Cognitivos. Cada uno podía traer a un invitado con quien compartir y profundizar en sus investigaciones. No establecimos un itinerario fijo ni programamos charlas formales; nuestra dinámica consistía en navegar durante unos días, anclar en hermosas calas, explorar islas deshabitadas y, sobre todo, conversar largo y tendido. Esta experiencia, a mi parecer, no tiene parangón para el intercambio constructivo de ideas. La tripulación del Xanthippe, compuesta por Rosa Cao, Felipe de Brigard, Bryce Huebner, Justin Jungé y Amber Ross, formaba un equipo excepcionalmente cohesionado, tanto en filosofía como en términos náuticos. Entre nuestros invitados estuvieron Nicholas Humphrey; los científicos cognitivos Tecumseh Fitch y Brian Cantwell Smith; el filósofo Andy Clark y su compañera Alexa; y los neurocientíficos Stanislas Dehaene y su esposa Ghislaine. El crucero de Andy se vio truncado por un huracán, por lo que tuvimos que quedarnos en tierra, y el de Stan tuvo lugar en una goleta alquilada, justo después de que vendiera el Xanthippe, que requería una reparación significativa en su estructura de fibra de vidrio. Las costillas internas, que distribuyen la torsión de la quilla a lo largo de una amplia sección del casco, se habían soltado, haciendo que la quilla se bamboleara de manera alarmante cuando remolcamos el barco al final de la temporada. Había planeado repararlo yo mismo si no se vendía durante el invierno, pero un comprador reconoció la oportunidad y se llevó el Xanthippe en camión al lago Michigan, donde lo reparó y lo usó en regatas durante varios años.

Al timón de Xanthippe

* * *

Vendimos nuestra querida granja en 2013, un año después de vender mi apreciado Xanthippe. Mis problemas de artritis y otras dolencias físicas dificultaban cada vez más mi movilidad, y el reposo que habíamos pospuesto finalmente pasó factura. Nos trasladamos a una hermosa casa en las orillas de la isla de Little Deer, en Eggemoggin Reach, donde decidimos cambiar el trabajo de campo, como el heno, la poda de manzanos y la tala de árboles, por disfrutar de la vista desde nuestro porche del paso constante de veleros, desde goletas hasta balandros de regata, yolas, barcos de crucero y daysailers (veleros de día), sin olvidar los numerosos barcos langosteros.

¿Echo de menos la granja? Sí y no. La restauramos con una gran dedicación, desde los suelos hasta las paredes, pasando por las chimeneas y las estufas; y añadimos fontanería moderna y docenas de tomas eléctricas. Walter Leighton, el anterior propietario, era fontanero, pero la única fontanería que tenía en su casa era una tubería de plomo que llevaba agua desde un pozo excavado detrás de la casa hasta la bomba manual de la cocina. Nosotros instalamos un inodoro moderno en un cobertizo anexo, excelentemente diseñado, con una cisterna de tres agujeros bien ventilada que descansaba sobre un depósito abierto de hormigón construido por Leighton. En invierno, se accedía a él desde el cobertizo anexo, lo que nos permitía mantener los pies secos, y solo tuvimos que vaciar el depósito dos veces mientras vivimos allí. La primera vez, George y yo lo hicimos nosotros mismos con palas y cubos, y nos pasamos el resto de la tarde lavándonos en un estanque local. La segunda vez contraté un servicio especializado, y el operario tardó casi una hora en darse cuenta de que no estaba bombeando el lodo séptico habitual. «Esto no es una fosa séptica, ¿verdad?», preguntó. «No», le respondí y, tras finalizar su trabajo, se marchó.

La casa ocultaba curiosidades fascinantes. Bajo los aleros había «rodillas de barco», grandes ramas en forma de y cortadas y utilizadas para reforzar la construcción de postes y vigas, sujetas a las placas (vigas horizontales de las paredes sobre los postes) y a las vigas del suelo con grandes tarugos (clavijas de madera o «clavos de

árbol»). Estas soleras y placas, que debían unirse a los postes verticales antes de fijar los montantes, resultaban en una estructura donde estas no podían asegurarse completamente tanto por arriba como por abajo, lo que creaba una interesante alternancia de estalactitas y estalagmitas con extremos flotantes. Sin embargo, el conjunto se mantenía unido gracias a las tablas de revestimiento, aserradas con sierra de vaivén, y a otras clavadas en ellas, tratadas con sierra circular en un antiguo aserradero. Esto nos permitió datar la casa en torno a 1830, cuando las primeras sierras circulares llegaron a Maine. Descubrimos, ocultas bajo capas de papel pintado en el vestíbulo delantero, plantillas de Moses Eaton, que restauramos cuidadosamente, después de rastrear, como detectives, los motivos parciales de estarcido que la pintura descascarada había dejado a la vista. Tras trazar los patrones con papel de calco y superponerlos al trasluz para dar con las terminaciones, logré recrear los motivos completos de hojas de roble, enredaderas y varios tipos de flores. Con las nuevas plantillas que hice, pinté las paredes con la técnica del estarcido, y luego validé mi trabajo comparándolo con el kit de plantillas original de Eaton en la Sociedad para la Conservación de Antigüedades de Nueva Inglaterra, que alberga la casa de Harrison Gray Otis, en Boston. Mis plantillas encajaban perfectamente con las suyas. El suelo de la cocina, inicialmente cubierto de linóleo viejo y agrietado cuando compramos la casa, reveló unas tablas diagonales al retirarlo. Decidimos no poner el suelo de madera, como habíamos planeado, y sacar el máximo provecho de este descubrimiento creando un patrón de rombos pintado con plantillas que simulaba baldosas para luego barnizarlo. Era el verano de 1973 y se estaban celebrando las audiencias del Watergate. Como no queríamos perdernos ni un minuto de ellas, años más tarde, cada segmento del suelo de la cocina quedó vinculado en mi memoria a los testimonios de figuras clave como el fiscal general John Mitchell o John Dean.

Conocía al dedillo cada centímetro cúbico de aquella casa. Había explorado todos los rincones, debajo de todos los suelos, desde rellenar el aislamiento entre las vigas del techo del ático hasta instalar el cableado eléctrico en las paredes, y construir un cuarto de baño interior bajo un nuevo frontón en el tejado, para lo que tuve que sacar con una pala los excrementos de puercoespines en el hogar invernal que habían creado en nuestro sótano de tierra.

Cuarenta años de trabajo con mis propias manos, desde retejar la casa y los cobertizos hasta limpiar las chimeneas con mi cepillo específico para esta tarea, sujeto con una cuerda. Una vez casi me caí del tejado del cobertizo mientras lo reparaba. Al levantar una esquina del revestimiento de plomo alrededor de la chimenea, dos murciélagos que habían instalado su hogar allí salieron volando directamente hacia mi cara.

Cuando el viejo granero estuvo a punto de derrumbarse, contratamos a un equipo especializado que lo levantó todo sobre unas enormes vigas de acero en forma de i latina, lo arrastraron unos doce metros hacia el sur y lo posaron sobre unos pilotes mientras se construían los nuevos cimientos de hormigón, para sustituir los muros de piedra que se estaban cayendo. Luego volvieron a trasladar el granero hacia el norte para colocarlo sobre los nuevos cimientos, unos treinta centímetros más altos que los anteriores. Para ello, lubricaron los raíles con media docena de pastillas de jabón Ivory, que frotaron enérgicamente contra el acero, de modo que los dejaron «resbaladizos como mocos», como dijo expresivamente mi vecino, lo que minimizó el ruido y la vibración de la tarea.

Todos estos proyectos fueron lo más destacado de muchos años de trabajo, pero hacia el final de toda esa época había aprendido todo lo que podía sobre cómo cortar y apilar leña, podar y abonar manzanos, segar el heno de un huerto y evitar que el bosque invadiera los campos. Al vender la granja, una de las primeras cosas que noté fue que ya no sentía una punzada de culpabilidad cuando veía que algún granjero había empezado a segar su heno mientras que el mío seguía ahí, pendiente de cosechar. Ya no tenía campos que cuidar. ¡Vaya, qué liberación!

13

FAMILIARES HONORARIOS; BEHAVIORAL AND BRAIN SCIENCES

No sé si a otros profesores les pasa lo mismo, pero de vez en cuando tengo a algún estudiante que, por alguna razón, se convierte en miembro honorario de nuestra familia. El primero fue Paul Oppenheim, un estudiante de Tufts que asistió a mi curso de filosofía de la mente en 1974, después de haber devorado Contenido y conciencia. Intenso y fascinado por los enigmas de la mente y el cerebro, frecuentaba mi despacho y me bombardeaba a preguntas. Durante un fin de semana de invierno, lo invité a él y a otro estudiante a nuestra granja para cortar un árbol de Navidad y ayudar con otras tareas, ya que mi esposa Susan estaba ocupada. Paul me ayudó mucho y se enamoró de la granja, de su cocina de leña, de la bomba manual del fregadero y del encanto de la vida rural. Durante todo ese fin de semana y el camino de vuelta a casa el domingo, se convirtió en un compañero dulce e imaginativo para nuestra hija Andrea, de cinco años, que lloró al despedirse, cuando lo dejamos en su apartamento cerca de Tufts, temiendo no volver a verlo. «Lo quiero tanto». Tuve que hacer una parada en la autopista para consolarla; supuse que sería el primero de los muchos desengaños en el futuro que tendría que ayudarle a superar. Por suerte, lo volvió a ver, porque Paul regresó el verano siguiente para colaborar con varios proyectos de la granja, como poner tejas en el cobertizo, entre otros.

Paul tenía varios trabajos pendientes y, para terminarlos como es debido, decidió tomarse un año sabático; nos preguntó si podía pasar el invierno en la granja como cuidador, a lo que accedimos. Aprovechó al máximo ese año, viviendo confortablemente en una casa caldeada por un par de estufas de leña. Se integró por completo en la comunidad local: Basil y Bertha Turner lo ayudaron, y muy pronto se puso a trabajar como profesor sustituto de francés

en el instituto local, tocaba la flauta en un grupo de cámara, cantaba en el coro de la iglesia y se ganó el cariño de vecinos de todas las edades. Cuando volvimos a la granja en primavera, yo era conocido en el pueblo como «el casero de Paul Oppenheim». Uno de los aspectos menos agradables del estilo de vida anticuado en Blue Hill era el antisemitismo despreocupado e ignorante, expresado por personas que, sorprendentemente, ¡nunca habían conocido a un judío en su vida! Tan inocentes eran que no tenían ni idea de que «Oppenheim» era un apellido judío. Cuando se enteraron, Paul ya era un ciudadano muy querido. Todos los años el instituto local representaba una comedia musical en primavera, y esa primavera eligieron El violinista en el tejado. Me gusta pensar que fue Paul quien los inspiró, aunque no puedo asegurarlo. Recuerdo que asistimos a una representación en el ayuntamiento, con todas las entradas agotadas, y fue maravilloso ver a todos los jóvenes Hinckley, Snow y Howard bailando orgullosos en el escenario con sus kipás y cantando a pleno pulmón.

El padre de Paul, Felix, era filósofo en UMass Amherst, y su abuelo, también llamado Paul Oppenheim, era una figura legendaria, coautor de artículos clásicos de filosofía de la ciencia con Carl Hempel y Hilary Putnam. Yo siempre había supuesto que era profesor de filosofía en Princeton, pero no era así. Era un químico adinerado que huyó de Alemania con su esposa Gabrielle. Primero se trasladaron a Bélgica y luego, cuando los nazis se acercaban, se llevaron su fabulosa colección de arte y a su protegido, Hempel, a Estados Unidos. Los Oppenheim se establecieron a las afueras del campus de Princeton, en una modesta casa que compraron y llenaron con obras de Monet, Renoir, Cézanne, entre otras. Oppenheim apoyó y se hizo amigo del Departamento de Filosofía de Princeton. Extendió una invitación permanente a jóvenes filósofos sin titularidad para vivir gratis en el apartamento de su tercer piso. A cambio, colaborarían con él un día a la semana en temas de interés mutuo en filosofía. Entre ellos estuvieron Hilary Putnam, John Kemeny (cocreador del lenguaje informático BASIC y más tarde presidente de Dartmouth), mi colega de Tufts Hugo Bedau, Nicholas Rescher y varios más a lo largo de los años. Los domingos por la mañana, Oppenheim salía a pasear con su amigo Einstein, y su hogar fue punto de encuentro para figuras como Kurt Gödel, Bertrand Russell, J. Robert Oppenheimer, entre otros. Durante una

visita que hice a Princeton para participar en un coloquio, el anciano Oppenheim, que había leído uno de mis libros, me invitó a pasar unas horas en su casa antes de ir a dar mi charla. Allí, tomando un brandy a media tarde, me planteó preguntas agudas sobre los argumentos de mi obra y compartió anécdotas conmigo de cómo había hecho las presentaciones entre Einstein y Gödel, este último sumamente tímido. Como sus despachos en el Instituto de Estudios Avanzados estaban casi el uno enfrente del otro, Oppenheim había llamado a las dos puertas a la vez, y cuando se abrieron dijo: «Dr. Einshtein, Dr. Gödel. Dr. Gödel, Dr. Einshtein».

El último inquilino de Oppenheim no era filósofo, sino un joven húngaro-canadiense llamado Stevan Harnad que estudiaba un posgrado en el Departamento de Psicología. El pequeño Paul, que visitaba a menudo a su abuelo, conocía bien a Stevan, y nos presentó en la primera reunión de la Sociedad de Filosofía y Psicología en el MIT, en octubre de 1974. Harnad me contó su sueño de fundar una revista interdisciplinaria inspirada en Current Anthropology, en la que se publicara un «artículo principal» seguido de docenas de comentarios de otros expertos de diversas disciplinas. La revista se llamaría Behavioral and Brain Sciences. Con la hospitalidad del abuelo Oppenheim que proporcionó techo y comida a Harnad y el apoyo editorial de Cambridge University Press, se publicó la revista, con Harnad como fundador y primer editor jefe. Yo acepté el puesto de editor de filosofía, y Stevan reclutó a un elenco estelar de editores y a los primeros autores de máximo nivel para los «artículos objetivos». Gracias a su infatigable trabajo y a su gran entusiasmo por los artículos (reforzado por uno de los procesos de revisión por pares más estrictos —podría calificarse incluso de exagerado—), la revista tuvo un éxito inmediato y durante décadas fue una referencia en la ciencia cognitiva. La estructura de la revista permite una evaluación inmediata de las ideas, aunque no se conozca el tema, pues el artículo central se combina con múltiples comentarios de expertos, cuya obra tal vez sí se conozca, y con una respuesta detallada del autor, un formato que, a pesar de suponer una gran carga de trabajo editorial, ha probado ser sumamente enriquecedor. Mi participación ha sido muy activa, estoy casi seguro de atesorar el récord de publicaciones: según mi último recuento, cuatro artículos (dos en coautoría) y cuarenta comentarios (ocho en coautoría).

Después del fallecimiento de Paul Oppenheim (abuelo), Stevan Harnad siguió en la residencia de los Oppenheim por varios años, cuidando de Gabrielle, mientras editaba la revista y concluía su doctorado en Psicología. Posteriormente, fue profesor en Southampton (Inglaterra) y en Montreal. Con el tiempo, delegó la dirección de BBS (las siglas por las que todo el mundo se refiere a la revista) a un triunvirato compuesto por Barbara Finlay de Cornell, Paul Bloom de Yale y Jeffrey Gray del Instituto de Psiquiatría de Londres (hasta su muerte en 2004), quienes supieron mantener el prestigio de la publicación. Stevan y yo llevamos más de cuatro décadas debatiendo sobre la naturaleza de la conciencia. Él piensa (alineado con David Chalmers) que el «sentimiento» no puede explicarse o «reducirse» en términos de los efectos que produce, las perspectivas que abre, las interferencias y los sesgos que introduce en el funcionamiento del cerebro, mientras que yo sostengo que, si fuera así, los sentimientos, sean lo que sean, no serían importantes. A pesar de nuestras inquebrantables discrepancias, nuestra amistad entrañable perdura. A Stevan se le considera también un miembro honorario de nuestra familia (un oncle, y je suis son neveu préféré, como atestiguan nuestros numerosos correos electrónicos, parcialmente en francés).

Otro miembro honorario de la familia fue Bo Dahlbom, un joven sueco licenciado en filosofía que obtuvo una beca Fulbright para estudiar conmigo en Estados Unidos en 1975-1976. Sabía que yo ya había dejado la UC Irvine por Tufts, pero quería comprobar si las canciones sobre las chicas de California eran ciertas, así que se presentó en la UCI en otoño y preguntó dónde estaba mi despacho. Lo pusieron al corriente de mi marcha, pero se las arregló para trasladarse a Tufts en diciembre, tras lo cual pasó un otoño feliz en el sur de California, donde vivió con tres estudiantes de posgrado afroamericanos de Washington, DC, quienes resultaron los principales impulsores de su dominio del inglés americano durante esos tres meses cruciales. Cuando Susan y yo conocimos a Bo en la reunión de la Asociación Estadounidense de Psicología (APA) en Nueva York, entre Navidad y Año Nuevo, y lo llevamos en coche a Massachusetts, su estilo de conversación nos resultó tan encantador como electrizante. Era un rubio esbelto cuya voz profunda combinaba un ritmo musical sueco con un marcado acento afroamericano. Se alojó con nosotros mientras buscaba piso para

compartir cerca de Tufts, y era fascinante oírle presentarse por teléfono marcando los números de una lista que consiguió en Tufts. «Hola», decía con su voz profunda al estilo de James Earl Jones, «me llamo Bo y soy de Suecia…». La mayoría de los contactados le colgaban a los pocos segundos, convencidos ya de que no podía ser lo que decía ser, razón suficiente para no considerarlo apto como compañero de piso. Al final encontró a unas jóvenes encantadoras y abiertas de mente que lo acogieron en su piso y nunca se arrepintieron. Bo y yo mantuvimos unas conversaciones maravillosas sobre su tesis, que exploraba en gran parte mi libro Contenido y conciencia, cuya compresión era notable, desde una perspectiva enriquecida por su conocimiento de la fenomenología y de teóricos como Carnap y Quine. Lo que Bo me ofreció fue una referencia sólida y entusiasta: un joven filósofo de una tradición algo diferente que entendía mi perspectiva. Esto me confirmó que, a pesar de la opinión de algunos escépticos, estaba en el camino correcto.

A lo largo de los años, Bo y yo nos hemos reunidos en ambos lados del Atlántico para compartir aventuras memorables. En una ocasión, llevamos en coche a Quine desde su casa en Beacon Hill hasta una conferencia sobre el lenguaje en la Universidad de Massachusetts. Durante el trayecto de ida y vuelta, Bo, que estaba escribiendo un ensayo histórico sobre Quine y Carnap, aprovechó para interrogar con pericia a Quine sobre sus primeros días en la filosofía en colaboración con Carnap, entre muchos otros temas. Una vez pasamos una semana en Abisko, más allá del círculo polar ártico, en una conferencia con figuras como Roger Penrose y Stuart Hameroff, entre otros, donde intentamos descifrar las intrigantes teorías de Penrose sobre la conciencia. Bo fue el editor del primer libro sobre mi obra, Dennett and His Critics (1993). Navegamos juntos tanto en su balandro por el archipiélago occidental de Suecia como en mi Xanthippe por las islas de Maine, donde vivimos la situación límite que narro al inicio de este libro. Mi recuperación salvó a Bo de cualquier duda con respecto a su papel en un desenlace fatal por mi parte.. Siete años antes, había tenido que cancelar una excursión de rafting con mi hijo Peter, guía de rafting en Colorado, cuando mi cardiólogo descubrió en una revisión que había sufrido un infarto silencioso. Afortunadamente, el triple baipás que me realizaron entonces creó el tejido cicatricial que,

para mi sorpresa, me salvó la vida en 2006. Detestaba la idea de que Peter o Bo tuvieran que vivir con la sensación de que eran responsables en cierto modo de mi prematura partida y estoy muy agradecido de que todos hayamos esquivado esa bala.

TERCERA PARTE

MI ODISEA

Practicando la «labrosofía»

14

BRISTOL Y ALL SOULS, 1978-1979

Andrew Woodfield, un joven filósofo británico de la Universidad de Bristol, obtuvo una beca Fulbright con la que llevar a su centro a dos filósofos de la mente estadounidenses para un intenso trimestre de talleres en el otoño de 1978. Decidió invitarnos a Stephen Stich y a mí. Mientras consideraba esta excelente oportunidad, recibí una invitación de Derek Parfit para regresar a Oxford por un año como investigador visitante en All Souls College. Eso lo decidió todo: llevaríamos a la familia a Bristol en otoño y a Oxford, en invierno y primavera. Entonces recibí otra invitación de John McCarthy, en Stanford, quien había conseguido una beca para crear un grupo de trabajo sobre filosofía e inteligencia artificial en el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento, en Palo Alto, durante un año. Logré convencer a John de que lo pospusiera al curso 1979-1980 para que los Dennett pudiéramos pasar un año en Inglaterra y otro en California. También convencí a Tufts para que me permitieran ausentarme dos años seguidos, uno sabático y otro de excedencia sin remuneración. Qué suerte la mía. Qué suerte la nuestra.

Woodfield nos encontró una casa en Montpelier, un barrio de Bristol recién gentrificado. Pertenecía a un profesor en excedencia en Estados Unidos. Matriculamos a Andrea y Peter, entonces de siete y cinco años, en la escuela primaria de Sefton Park, que se encontraba a poca distancia a pie desde nuestra casa en la ladera. Desde allí, en las mañanas tranquilas, que eran la mayoría, veíamos pasar decenas de globos aerostáticos. Cuando digo que el barrio se estaba gentrificando, me refiero a que ese proceso justo había empezado. Nuestra casa se hallaba en una larga hilera de viviendas urbanas adosadas. La vivienda de al lado estaba abandonada, con el tejado hundido y las ventanas tapiadas. Asimismo, había otras en estado de abandono en esa calle y las aledañas, por lo que la zona

no parecía muy acogedora. Andrew nos llevó en coche desde Heathrow hasta la casa, y el corazón se me encogió cuando se detuvo frente a un desangelado muro de ladrillo macizo de tres plantas. Una pequeña puerta, tan baja que tuve que agacharme para pasar, era la única abertura en aquel muro sin ventanas. Pero una vez dentro, descubrimos que era una casa encantadora, bañada por el sol, de una sola habitación, como una casita de muñecas. Tenía un jardín trasero amurallado con un viejo columpio de neumáticos colgado de la rama de un viejo manzano y muchos ventanales que inundaban la casa de luz, incluso en los días más sombríos. Contábamos incluso con un piano de cola.

El primer o segundo día de nuestra estancia, salimos a pasear por el barrio y a explorar las tiendas locales. Pronto nos dimos cuenta de que tres o cuatro niños nos seguían en silencio, movidos por la curiosidad hacia sus nuevos vecinos. Les sonreímos y, finalmente, el más osado de ellos se atrevió a preguntarnos:

—Sois americanos, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—¿Conocéis a Darth Vader?

—Bueno, sí, pero no en persona.

Al jugar en las calles, en el parque infantil que estaba dos calles más abajo, y yendo a visitar a sus compañeros, nuestros hijos descubrieron enseguida que eran bienvenidos en ese barrio multicultural. Cuando una tormenta de lluvia helada dejó las carreteras intransitables para los coches, los niños encontraron cajas de cartón para convertirlas en trineos y se lanzaron por las calles a gran velocidad, pero nadie resultó herido.

El taller Fulbright sobre filosofía de la mente se centró en temas sobre los que se estaban ocupando algunos de los talentos más brillantes de esta disciplina: cómo interpretar afirmaciones del tipo «x cree que p» que, aunque parezcan sencillas a primera vista, presentan peculiaridades lógicas que habían hecho fracasar los esfuerzos de filósofos como Frege, Russell y Quine, entre otros. Los investigadores que trabajaban en estos temas eran conocidos por

muchos jocosamente como Equipo de Trabajo de Actitudes Proposicionales, y tanto Steve Stich como yo habíamos contribuido a esa literatura bibliográfica. Sin embargo, ambos sospechábamos que el planteamiento habitual de estos temas era, en cierto modo, artefactual y que, en el fondo, interpretaba de manera errónea los fenómenos. Decidimos firmar en coautoría un artículo académico que criticara el concepto fundamental de las «actitudes proposicionales», pero, después de varios meses de redacción y discusión, optamos por tomar caminos separados. Esto dio lugar a mi artículo de 1982 «Beyond Belief» y el libro de Steve, de 1983, From Folk Psychology to Cognitive Science: The Case against Belief. Steve cambió de opinión después, pero yo no cedí. Más adelante abordaremos este tema.

El taller de Bristol fue intenso y animado, y se extendía durante las comidas en el club del profesorado, donde solían unirse a nosotros investigadores que no eran filósofos. Un matemático, cuyo nombre por desgracia he olvidado, participó de manera muy activa. Atraído por la lectura de Word and Object de Quine, me preguntó un día durante el almuerzo por qué Quine, siempre que abordaba cuestiones metafísicas genuinas, «soltaba ocurrencias» y evitaba los problemas con un tono jocoso. Nunca se me había ocurrido que Quine hiciera eso, pero pronto me convencí de que tenía razón. Me aventuré a hacer un diagnóstico: Quine, que empezó como un lógico matemático, nunca había estado seguro del todo de que la filosofía fuera una carrera adecuada para un adulto; su enfoque distante hacia la metafísica se explicaba por ese residuo de malestar con respecto al ámbito en el que desarrollaba su actividad. Años después le conté esto a Quine, que confirmó mi diagnóstico: Quine era un filósofo malgré lui. Yo también, pensé. Otro no-filósofo que se unió a nuestras discusiones fue el físico Michael Berry, a quien le estoy agradecido por transmitirme sus conocimientos sobre el azar, el caos y el indeterminismo.

El intruso más bienvenido fue el psicólogo Richard Gregory, que no tenía ningún papel oficial en el programa Fulbright, pero nos entretenía, nos acribillaba a preguntas, nos informaba y, de paso, se convirtió en un querido amigo. Richard era una figura extraordinaria en varios sentidos. Alto y bromista, su entusiasmo no tenía límites y nos bombardeaba con acertijos, preguntas, datos

curiosos sobre psicología y pésimos juegos de palabras. Era un flautista de Hamelín con los niños; cuando organizó una cena formal para el grupo Fulbright en su elegante apartamento de Clifton en un edificio en forma de media luna, lleno de telescopios e instrumentos científicos antiguos, enseñó a nuestros hijos algunas de sus maravillas y luego los instaló en su cama para que vieran dibujos animados y documentales de David Attenborough, mientras los adultos celebrábamos nuestra propia fiesta en el salón. Era un gran psicólogo que entendía la filosofía, o eso me parecía; en mi opinión, sus atrevidas «malinterpretaciones» de algunos textos filosóficos a menudo eran mejoras. Estaba llevando a cabo la creación del Exploratorio de Bristol, inspirado un tanto en el Exploratorium de San Francisco, un museo científico donde se podía tocar y manipular todo, y conseguía que la ciencia fuera divertida. Famoso por sus ilusiones visuales, había reunido una colección impresionante de objetos asombrosos que fascinaba a niños y adultos por igual. Todos los días, cuando yo caminaba de nuestra casa en Montpelier a la universidad, pasaba por delante de la pared de una cafetería cuyos azulejos creaban una ilusión óptica. Nunca me había fijado, pero uno de los estudiantes de posgrado de Richard sí lo hizo, y Richard la volvió famosa entre los científicos de la visión.

Fue Richard el primero en inculcarme la idea de que «las herramientas te vuelven más inteligente». Obviamente, los microscopios, los mapas y los diagramas son ayudas cognitivas, pero incluso unas tijeras pueden ayudarnos a resolver un problema. Muchas herramientas no son artefactos concretos, sino métodos, actitudes, algoritmos. Nadie inventó el lenguaje ni se sabe quién —si es que lo hay— merece el reconocimiento por haber inventado el martillo, el cuchillo, el número cero o la escritura. Muchas de las mejores herramientas para pensar han surgido a través de múltiples invenciones y mejoras más o menos simultáneas. ¿Quién inventó el telescopio, el ordenador, el cálculo? A lo largo del tiempo, la cultura humana ha generado una abundancia de técnicas y dispositivos para averiguar cosas, y somos la única especie del planeta cuyo cerebro está equipado con todas esas herramientas. Este ha sido un tema central en mi trabajo, como la torre de generación y prueba, empezando con las criaturas darwinianas que nacen con muchos instintos inteligentes y que evolucionaron por

selección natural, pasando por las criaturas skinnerianas que desarrollan comportamientos novedosos por ensayo y error en el entorno, las criaturas popperianas que realizan parte del ensayo y error en sus mentes (¡mucho menos arriesgado!) y las criaturas gregorianas que exploran el vasto espacio de soluciones posibles a los problemas con la ayuda de miles de herramientas de pensamiento heredadas culturalmente. Estas herramientas de pensamiento son, como escribí en Bombas de intuición y otras herramientas de pensamiento (2013), aplicaciones todas ellas disponibles para descargar en tu mente de forma gratuita.

Richard y yo coincidimos con frecuencia en conferencias científicas en Inglaterra y otros lugares. Guardo con especial cariño el recuerdo de un espléndido desayuno que los Dennett compartimos con él en un hotel con vistas al puente colgante de Clifton, donde volvió a cautivar a nuestros hijos, que estaban haciendo su segunda estancia en Inglaterra mientras yo daba las conferencias Locke en Oxford. En otra ocasión, me alojé con Richard justo después de que él acabara de regresar de una de las fabulosas fiestas que la reina Isabel ofrecía en los jardines situados detrás del palacio de Buckingham. Richard, invitado al evento, relató con regocijo lo que había sucedido. La reina estaba conversando con uno de los caballeros que asistían a la velada cuando uno de sus corgis se restregó contra una de las impecables perneras del hombre. Este intentó apartar al perro discretamente mientras seguía charlando, pero no lo consiguió. «¡Propínele una patada, a las pelotas!», dijo la reina. El hombre se detuvo, confundido. «¡A las pelotas, propíneles una patada!», repitió la reina, así que lo hizo. «¡Las pelotas de cróquet!», aclaró la reina (en referencia a unas pelotas que estaban allí cerca, no a los testículos del perro).

Gracias a Richard conocí a dos de sus antiguos alumnos, V. S. Ramachandran y Susan Blackmore, que desempeñaron un papel fundamental en mi formación. También me animó a pensar en experimentos que pusieran a prueba algunas de las ideas que estaba barajando sobre la conciencia. En mi libro de 1991, Consciousness Explained (La conciencia explicada), describo el «carrusel precognitivo» del neurocirujano británico Grey Walter, un experimento temprano para el que implantó electrodos en el córtex motor de pacientes/sujetos y demostró que podían cambiar de

diapositiva con solo tener la intención de hacerlo, mientras pulsaban un botón ficticio que no estaba conectado al proyector de diapositivas. En 1963, Grey Walter explicó este experimento a un embelesado grupo de estudiantes de medicina (y a mí) en una reunión de la Sociedad Osler en Oxford. Informó de que sus pacientes/sujetos se sorprendían al ver que el carrusel «anticipaba» sus decisiones, justo cuando estaban a punto de pulsar el botón. La ausencia del pequeño lapso de tiempo entre la decisión y la contracción del músculo del dedo les daba la ilusión de que el proyector de diapositivas les leía la mente. Este «hallazgo» llamativo, pero fácilmente explicable, me llevó a pensar en la percepción del tiempo, uno de los temas principales de mi libro de 1991. Muchos investigadores que leyeron mi libro quisieron ampliar el tema, pero no encontraron ningún trabajo publicado de Grey Walter que describiera tal experimento. Richard conocía bien a Walter y tenía acceso a su archivo, conservado en el Instituto Neurológico Burden, un imponente edificio situado en una colina a las afueras de Bristol. Él y su ayudante, Patricia Heard, revisaron todos los archivos y no encontraron ningún relato del experimento descrito. Así que tal vez aquel insigne personaje había contado una historia ficticia a los crédulos jóvenes estudiantes de medicina sobre un experimento que había imaginado pero nunca llegó a realizar. Gracias a los avances tecnológicos, ahora debería ser posible recrear versiones del experimento sin necesidad de perforar cráneos ni implantar electrodos. Sin embargo, aunque varios científicos han debatido conmigo sobre la posibilidad de realizar tales versiones, todavía no conozco resultados definitivos revisados por pares que confirmen o refuten el efecto del carrusel precognitivo[1].

* * *

Después de las Navidades en Bristol, nos trasladamos a Oxford y nos instalamos en un piso en el sótano de una gran casa en Crick Road, justo al norte de los Parks. All Souls College hospedaba allí a los profesores visitantes con hijos. El programa de profesores visitantes fue una respuesta preventiva de All Souls a la Comisión de Investigación Franks de 1965. Lord Oliver Franks, entonces preboste

del Worcester College, elaboró hábilmente un minucioso cuestionario sobre las políticas y actividades de las más de tres decenas de colleges que componen la Universidad de Oxford. Estos colleges eran entonces casi totalmente independientes en cuanto a finanzas y gobierno, y era un secreto a voces que muchos de ellos no estaban haciendo un uso eficiente y equitativo de sus cuantiosas dotaciones, acumuladas a lo largo de siglos. Franks envió un cuestionario a todos los centros en que preguntaba con qué frecuencia se reunían los profesores, sobre qué votaban o cuál era la política de admisión de los estudiantes, cómo se estipulaban los salarios, etc., y les dio unos meses para responder. Este tiempo bastó para que los centros pusieran en orden sus asuntos y respondieran con sinceridad a las preguntas de Franks sin pasar demasiados apuros (se trata de una táctica que todos los decanos y rectores universitarios reformistas deberían guardar en la recámara). All Souls College es famoso por no tener estudiantes. Algunos de los investigadores, aunque no todos, ejercen como profesores universitarios, lo cual conlleva, por supuesto, importantes obligaciones docentes, pero no hay estudiantes de diplomatura a los que dar clases, alojar y alimentar, ni a los que asesorar, por lo que un investigador contratado de All Souls puede llevar una vida académica tranquila y cómoda con pocas obligaciones. El programa de investigadores visitantes se diseñó para evitar la presión de la Comisión Franks de admitir a jóvenes estudiantes problemáticos, y el college lo implantó enseguida para garantizar el flujo constante de nuevos talentos, ajenos a la universidad, que estimularan y retaran a los residentes permanentes. Y funcionó. Hoy en All Souls College no hay estudiantes de primer ciclo, solo posgraduados avanzados.

Dentro de una universidad antigua y ligada a la tradición, All Souls no tiene parangón en cuanto a su arraigo de las viejas costumbres. Leszek Kolakowski, el filósofo polaco disidente en el exilio, en esa época era investigador de All Souls y, una vez, cuando le preguntaron cómo era la vida en la universidad, respondió que era como estar «en una isla, dentro de una isla, dentro de una isla». Patrick Neill era entonces el rector, y, según lo que se contaba aquel año, un día Neill estaba paseando por el Parlamento cuando un compañero del All Souls, Quintin Hogg, entonces presidente de la Cámara de los Lores y vestido con todo su atuendo oficial, lo

reconoció y le gritó: «¡Neill! ¡Neill!», tras lo cual un par de turistas estadounidenses se arrodillaron obedientemente (al sonar igual que el verbo inglés kneel, pensaron que les estaban pidiendo que se arrodillaran). Cuando estuvimos allí, la universidad seguía estando restringida a los hombres, pero ya se hablaba de cambios. En una cena formal, Susan se sentó junto al rector y le reprochó la falta de mujeres, y no era la única que pensaba así; unas semanas más tarde, apareció la siguiente noticia en el semanario Oxford Times (9 de febrero de 1979), bajo el titular SE PERMITE EL ACCESO DE CHICAS:

El bastión más famoso del machismo de Oxford se derribará. All Souls College —cuyo nombre completo es College of All Souls of the Faithful Departed (Colegio de Todas las Almas de los Fieles Difuntos)—, fundado por Enrique VI en 1438, y con el arzobispo de Canterbury como visitador, va a modificar sus estatuas [sic. (estatutos)] para permitir que las mujeres puedan acceder al college.

Esta errata fue especialmente acertada, porque de hecho se alzaba la estatua de un joven desnudo, una copia romana de un original griego, en el jardín privado Fellow's, sans hoja de higuera, que en una ocasión arrancaron de su pedestal algunos de los investigadores y la colocaron en la cama del rector John Sparrow, que había salido del armario. Escribí una carta abierta a los investigadores y adjunté el recorte:

A LOS INVESTIGADORES DE ALL SOULS:

Me sorprendió enterarme por el Oxford Times de que los investigadores de este college están decididos a mutilar algunas de las antigüedades confiadas a su cuidado, presumiblemente por una preocupación errónea y anacrónica por la sensibilidad de las mujeres que pudieran entrar en estos recintos sagrados.

Aunque aplaudo el celo con que los investigadores demuestran su compromiso con la igualdad, les insto respetuosamente a que reconsideren este gesto precipitado. Ars longa, vita brevis!

Colgué la carta en el tablón de anuncios de la cafetería. No duró ni una hora antes de que uno de los airados y retrógrados misóginos la arrancara, pero había previsto esa posibilidad y, al cabo de pocos minutos, volví a poner una fotocopia en el tablón, donde permaneció y divirtió al rector y a la mayoría de los investigadores. No fue hasta dos años después cuando All Souls eligió a su primera investigadora, y yo desempeñé un papel gracioso en ello. Susan Hurley, una joven y brillante filósofa que entonces estudiaba en la Facultad de Derecho de Harvard, fue la elegida. Como sabía que yo había sido investigador visitante en una fecha reciente, me invitó a comer en Harvard Square para que le contara algunas de las costumbres y desventajas del college. Para cenar se usaban togas académicas todas las noches, pero los viernes eran de etiqueta, y los profesores llevaban pajarita negra y «traje de etiqueta» (esmoquin para los yanquis) bajo la toga abierta. ¿Debía llevar un vestido negro? ¡NO! Debía pedirle a un sastre que le hiciera un esmoquin sexy y con curvas, al estilo de Marlene Dietrich, pues los dejaría boquiabiertos. Así lo hizo, y esa fue la reacción general. Todo el mundo en el college, salvo algunos cascarrabias, quedó encantado. Incluso el viejo John Sparrow le confió a Derek Parfit: «Es simplemente perfecta, aparte de en lo único sobre lo que no puede hacer nada».

El almuerzo en All Souls se sirve en la magnífica y singular Buttery, diseñada por Hawksmoor. Esta sala ovalada cuenta con bancos curvos a lo largo de las paredes y mesas también curvas con asientos frente a ellas. En el centro de la sala, que es bastante pequeña, hay una mesa que ofrece una exuberante variedad de quesos, galletas, frutas y un gran plato de mantequilla. Saul Kripke había sido investigador visitante uno o dos años antes que yo, y uno de los scouts (camareros) me habló del extraño comportamiento de mi predecesor. El profesor Kripke le había llamado para pedirle amablemente si le podía servir un poco de mantequilla de la mesa para condimentar sus patatas hervidas.

—No, señor, la mantequilla es para el queso y las galletas —respondió el scout.

—Pero en el plato hay diez veces más mantequilla de la que se consumirá para el queso y las galletas. ¿Sería tan amable de servirme un poco ahora?

—¡NO, señor! Como acabo de explicarle, la mantequilla es para el queso y las galletas. —El scout terminó su relato añadiendo—: Y, señor, no se lo va a creer, pero el profesor Kripke siguió insistiendo. ¡Qué tipo tan raro!

Incluso los scouts eran estrictos defensores de la tradición.

Pronto descubrí que a veces era divertido fingir que estaba interpretando un papel en una opereta desconocida de Gilbert y Sullivan, lo cual me facilitaba tener algunos deslices. También era divertido mostrarse hiperamericano de vez en cuando. Como no hay estudiantes en All Souls, tampoco hay campos de juego, ni pistas de tenis, ni de squash asociadas al college, y a mí me encantaba jugar una partida de squash. Un día, durante la comida, me lamenté de que All Souls no tuviera pistas de squash y tuviera que buscar rivales en otros colleges para jugar.

—Bueno, es que no hay sitio para pistas de squash, ¿no? —fue la respuesta.

—Lo he pensado y, después de realizar algunas mediciones, resulta que cabrían sin problemas dos pistas de squash en la capilla, ¡y nadie la frecuenta!

Las miradas de horror desaparecieron cuando se dieron cuenta de que estaba bromeando. De hecho, las joyas arquitectónicas de All Souls son tan sacrosantas para mí como para cualquier otro. La biblioteca antigua, con su exquisito techo de escayola, fue el escenario para el extraordinario seminario sobre derecho y moral impartido por Parfit, Amartya Sen y Ronald Dworkin: es el aula más hermosa que conozco. La Biblioteca Codrington, la Chapel, el Hall y, por supuesto, la Buttery se encuentran entre las mejores salas que he pisado.

Una de las antigüedades más divertidas de All Souls es el Libro de apuestas, en el que los investigadores llevan años escribiendo y dictaminando apuestas sobre desacuerdos factuales. «Smith-Williams apuesta a Snodgrass que el sábado el Arsenal derrotará al Tottenham Hotspur: está en juego una botella de burdeos» o «Jones ofrece diez libras a quien demuestre que Carlos II era zurdo». El libro se remonta a siglos atrás, y una de mis favoritas era «X apuesta a Y que no hay ningún estado en América con el absurdo nombre de Oklahoma». La única apuesta que escribí en el libro la perdí; aposté a alguien cinco libras a que derrocarían al ayatolá Jomeini al cabo de pocas semanas. Me equivoqué. Otro visitante durante mi breve estancia en All Souls fue sir Maurice Oldfield, supuestamente el modelo en el que se basó Ian Fleming para M en las novelas de James Bond. Relaté las conversaciones que mantuve con él después de las cenas en el prólogo del libro de mi hermana Charlotte sobre la vida como espía de nuestro padre, Follow the Pipelines. Otras conversaciones memorables fueron con sir Isaiah Berlin, que era una fuente inagotable de historias y chistes. Una vez le preguntaron por qué los judíos de Inglaterra no eran, como grupo, tan brillantes como los judíos de Estados Unidos. Su respuesta —y ojalá pudiera transmitir por escrito el tono cadencioso con el que respondió— fue que, durante los terribles pogromos del continente, muchos judíos huyeron en barcos, tratando de llegar a América, pero algunos capitanes sin escrúpulos de los barcos de vapor se detuvieron en Liverpool, y anunciaron que era Nueva York; los judíos que eran estúpidos desembarcaron.

Aproveché este entorno saludable para redoblar mis esfuerzos por desentrañar los enigmas sobre la creencia que Stich y yo habíamos empezado a desarmar. Durante el trimestre de «verano», o Trinity, que dura hasta junio, fui invitado por el Departamento de Filosofía a dar un seminario sobre el tema. El joven y entusiasta filósofo Gareth Evans estaba investigando lo mismo, y también impartió un seminario sobre la cuestión, lo que hacía que los estudiantes de posgrado, varios profesores interesados y algunos valientes estudiantes de licenciatura peregrinaran cada semana de uno a otro. Gareth a veces era brutalmente grosero; respondía a mis objeciones en su seminario con comentarios mordaces y, cuando asistía al mío, me bombardeaba con objeciones que a menudo me dejaban balbuceante. Un estudiante de posgrado comentó que cada semana

salía del seminario de Gareth convencido de que yo tenía razón, lo cual me animó hasta que añadió que cuando salía del mío volvía a ponerse del lado de Gareth. A pesar de esta rivalidad, Gareth y yo nos llevábamos bastante bien en lo personal, y recuerdo haber dado un largo paseo con él por Christ Church Meadow, donde trató de persuadirme amablemente para que abandonara estos temas difíciles y me sugirió que yo era mucho más hábil en otros campos. Antes de que terminara el curso, me visitó en Crick Road y me trajo una nota de la departamento en la que se me invitaba a ser el próximo profesor adjunto Wilde de Filosofía de la Mente. Me habría encantado aceptar ese cargo, y Oxford era un lugar muy querido para mí, pero Susan y yo decidimos que no podíamos permitírnoslo, ya que en aquella época ese puesto estaba mal remunerado, incluso el de profesor titular. Después de declinar la oferta, Gareth fue elegido como nuevo profesor adjunto Wilde, aunque todavía no había empezado a prestar mucha atención a la psicología, la IA o la neurociencia.

Un día, hojeando el reglamento de los investigadores visitantes, descubrí que teníamos los mismos derechos de comedor que los permanentes: podíamos organizar cenas y almuerzos privados, preparados por el personal de cocina y atendidos por los scouts, cuyos servicios deberíamos abonar, por supuesto, pero a una tarifa muy razonable. Reuní a los investigadores de Crick Road, todos ellos invitados frecuentes de colegas y amigos, y sugerí que juntáramos nuestras listas de compromisos pendientes y organizáramos un gran almuerzo en el college al final del trimestre en su honor.

Elegimos un sábado de junio para el almuerzo en el Hall, con unos cuarenta o cincuenta invitados. El señor Quelch, el mayordomo, dispuso que se colocara la mejor vajilla de plata de la universidad en la larga mesa, junto con velas, copas de vino y fresas frescas. Cuando llegaron a mediodía nuestros invitados y se les sirvió champán en el patio central, sobre el césped impecable, con la Cámara Radcliffe titilando a nuestras espaldas, todas las campanas de Oxford empezaron a repicar. De hecho, esto marcaba el final de los schools (exámenes), y los estudiantes lo celebraban haciendo repicar las campanas en una docena de campanarios del vecindario. Nuestros invitados se quedaron atónitos, y fingí por un momento

que se trataba de un numerito extra que habíamos organizado para amenizar el almuerzo. El sol brillaba, la comida era exquisita, los scouts la sirvieron con destreza y, después del almuerzo, todos nos fuimos a dar un paseo en un bote por el Cherwell, con el convencimiento de estar viviendo un sueño.

———

1 Este experimento aparece explicado mejor en La conciencia explicada. Grey Walter realizó su experimento con pacientes a los que implantó unos electrodos en el córtex motor. Su objetivo era el de verificar la hipótesis de que ciertas explosiones de actividad registradas son las iniciadoras de acciones intencionales. Lo organizó todo de manera que cada paciente mirara unas diapositivas proyectadas desde un proyector de carrusel. El paciente podía hacer avanzar el carrusel cuando quería presionando un botón en el mando de control (nótese la similitud con el experimento de Libet: la decisión era «libre», delimitada tan solo por una subida endógena del aburrimiento, por la curiosidad de ver la siguiente diapositiva, por la distracción o cualquier otro motivo parecido). Sin que lo supiera el paciente, sin embargo, el botón del mando no funcionaba, pues no estaba conectado al proyector. Lo que hacía avanzar las diapositivas era la señal amplificada proveniente del electrodo implantado en el cerebro del paciente.

Podría suponerse que los pacientes no notaban nada raro, pero el hecho es que se veían sorprendidos por el efecto, ya que les parecía que el proyector de diapositivas se anticipaba a sus decisiones.

15

CASBS, 1979-1980, Y ENCUENTRO CON DOUGLAS HOFSTADTER

All Souls College y el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento, en los límites del campus de Stanford en Palo Alto, son dos versiones diferentes del paraíso académico. Ambos acogen a un variado surtido de investigadores consolidados durante un idílico año de intenso trabajo interactivo; en ambos se sirven almuerzos a los participantes con la intención de fomentar la iluminación y la estimulación interdisciplinarias mutuas; y en ambos no hay estudiantes a los que atender. All Souls cuenta con una arquitectura fabulosa, vino de Oporto añejo y sirvientes al estilo antiguo, mientras que CASBS ofrece voleibol después del almuerzo y prohíbe estrictamente aceptar invitaciones para dar conferencias en facultades y universidades de la costa oeste durante su valioso año en el centro. John McCarthy, que acuñó el término «inteligencia artificial» y dirigió el Laboratorio de Inteligencia Artificial de Stanford (SAIL), reunió a un grupo de seis personas —dos filósofos (John Haugeland y yo mismo); tres investigadores de IA (Robert Moore, Patrick Hayes y el propio McCarthy); y Zenon Pylyshyn, un psicólogo con experiencia tanto en IA como en filosofía— para pasar un curso académico dedicados a esclarecer algunos de los problemas que surgen en la intersección de la IA y la filosofía.

Este grupo debería haber trabajado bien en conjunto; todos los investigadores de IA tenían inclinaciones y sofisticación filosóficas, y Haugeland y yo éramos probablemente los dos filósofos que más habíamos reflexionado sobre la IA. Sin embargo, estuvo a punto de fracasar en la primera semana, la cual pasamos turnándonos para exponer nuestras perspectivas sobre los problemas y ofreciendo críticas y objeciones con entusiasmo. McCarthy nos escuchó con creciente incomodidad a lo largo de la semana, y el viernes nos

soltó una reprimenda: «Miren, todos ustedes son muy inteligentes; de lo contrario, no los habría invitado, así que dejen de intentar demostrarlo». Nos habló de los difíciles proyectos técnicos financiados por el Gobierno en los que había trabajado y que implicaban el desarrollo inicial de lenguajes informáticos (él creó Lisp, el lenguaje de procesamiento de listas que se convirtió en la lengua franca de la primera y tradicional IA) y de cómo los grupos con los que había trabajado, integrados por personas muy capacitadas y creativas, se habían ayudado mutuamente a resolver problemas en lugar de torturarse con objeciones ingeniosas. «Si quien seguir comportándose así», dijo, «volveré al SAIL y podrán divertirse todo el año aquí sin mí». A menudo he contado esta historia a mis colegas y estudiantes de filosofía, ya que nuestra disciplina puede degenerar fácilmente en concursos de intelecto, que he llegado a detestar tanto como John McCarthy.

McCarthy y Hayes publicaron un importante artículo en 1969, «Some Philosophical Problems from the Standpoint of Artificial Intelligence», en el que introdujeron lo que llamaron el problema del marco. En 1984 publiqué mi intento de presentar este problema a los filósofos, en «Cognitive Wheels: The Frame Problem of AI», pero, como reconocí más tarde, muchos expertos en IA pensaban que lo había descrito de manera incorrecta, ¡incluidos McCarthy y Hayes, que lo sabían mejor que nadie! Sin embargo, este desacuerdo no solo me afectó a mí, sino que otros intervinieron de un lado u otro, y hay varias antologías de trabajos sobre lo que es, y lo que no, el problema del marco. No intentaré explicarlo aquí, pues fracasé en mi gran esfuerzo cuando era mucho más joven y agudo. Esta fue una de las cuestiones que abordamos aquel año, junto con el problema de la lógica no monótona y el método de «circunscripción» de McCarthy para tratarlo. En la lógica estándar, la lógica monótona, puedes generar nuevos teoremas verdaderos a partir de tus axiomas, pero nunca convertir una verdad o un teorema previamente establecidos en una falsedad. Pero, en nuestro mundo cotidiano, a menudo descubrimos cosas que nos obligan a volver atrás y reconsiderar nociones que pensábamos haber probado con certeza. ¿Se puede dar un tratamiento formal a esta reconsideración (de modo que un ordenador pueda realizarla fácilmente) y, de ser así, cómo?

Todo esto estaba en el espíritu del GOFAI (Good-Old-Fashioned AI), el término que John Haugeland acuñó para referirse a los primeros años de la IA, cuando la visión de McCarthy sobre esta predominaba. La idea era formalizar el conocimiento cotidiano para que los ordenadores pudieran generar teoremas que respondieran a preguntas importantes. Era una idea visionaria, pero el consenso general hoy es que no puede funcionar, aunque algunos de los primeros trabajos con «sistemas expertos» mostraron resultados prometedores en dominios cuidadosamente restringidos. Como argumenté en «Intentional Systems» (1971), la suposición de racionalidad funciona la mayor parte del tiempo, porque las personas comunes somos extraordinariamente hábiles para ver las implicaciones importantes de lo que percibimos, pero no somos enciclopedias ambulantes de hechos axiomáticos a partir de los cuales deducimos formalmente, a gran velocidad, todos los teoremas que necesitamos para guiarnos y evitar caer por precipicios y encontrar comida caliente y camas seguras.

Mientras lidiaba con las complejidades de la visión matemática de McCarthy, también seguía enfrentándome a los problemas de las actitudes proposicionales que me habían ocupado desde Bristol. Había días en los que pensaba que todo el proyecto estaba condenado al fracaso, pero entonces John Haugeland me animaba a dar un largo paseo con él por las colinas áridas alrededor del centro y lograba sacarme de mi abatimiento. Me invitaron a dar una conferencia en la Universidad de Pittsburgh y dije que tenía más material sobre actitudes proposicionales del que podía abarcar en una sola charla, así que me invitaron a dar dos, en días consecutivos. El centro se oponía, por supuesto, a que hiciera este viaje, ya que violaba su prohibición de dar charlas, pero insistí; se trataba de Pittsburgh, mi departamento favorito, y además Pittsburgh no estaba en la costa oeste. En efecto, no lo estaba, y cometí el error de coger un vuelo nocturno con una escala en San Luis, donde me senté, incapaz de dormir, durante horas. Cuando me presenté a mi primera charla, con todas mis transparencias listas, la musa me abandonó; me equivoqué al hablar, reculé, lo intenté de nuevo y, aun así, no pude expresar lo que quería decir, una y otra vez . Fue de lejos la peor charla que he dado en mi vida, ante un público al que tenía en gran estima. Fue la única vez que he esperado con impaciencia «el gancho»: que el anfitrión me dijera

que se me había acabado el tiempo y que debía dejar de hablar, ¡y aún tenía que dar una segunda conferencia al día siguiente! Por suerte, Roger Wertheimer, un viejo amigo al que había contratado para un puesto de profesor visitante en Tufts y que entonces trabajaba en Carnegie Mellon, se encontraba entre el público, me llevó a cenar un buen filete y me dio una charla motivadora que me animó mucho para el día siguiente. Sin estos amigos filósofos, podría haberme rendido por completo. Con el tiempo, logré que la charla («Más allá de la creencia») quedara lo bastante bien como para publicarla. Pat Churchland había estado al corriente de algunas de mis tribulaciones, y su título para ella era «Más allá de la creencia y de la preocupación». Ella había abandonado la filosofía de la mente tradicional antes que yo.

Nuestro grupo en CASBS tuvo visitantes frecuentes ese año. Marvin Minsky apareció por cerca de un mes, y sus conversaciones durante el almuerzo con McCarthy me dejaron boquiabierto. Se animaban mutuamente con proyectos para enviar más cargas útiles al espacio de una manera más económica que los cohetes Saturno que habían llevado a los hombres a la luna unos años antes. Uno consistía en poner pares de satélites geoestacionarios atados juntos con cables de Mylar muy largos que dieran volteretas lentas en el espacio; su centro de gravedad estaría en el centro del cable, y primero uno y luego el otro satélite bajarían lo suficiente a la estratosfera para recoger cargas útiles (incluidas personas), que podrían ser transportadas allí. Otro plan que consideraron seriamente fue una variación de Julio Verne: perforar un agujero profundo y ancho en la Tierra, como un gigantesco cañón, y poner una bomba nuclear de baja potencia en el fondo cubierto con mucha tierra para proteger a los astronautas voluntarios que se sujetarían a sus asientos encima de la bomba y dar la señal de «¡Listos cuando ustedes digan!». La propulsión, teorizaban, actuaría como cuando se aprieta un enorme tubo de pasta de dientes, expulsando la nave espacial y dejando un pequeño hueco en la superficie del planeta. Luego estaba la «fuente espacial», una torre que se extendía hasta el espacio, mantenida en posición por un flujo continuo de pélets. Habrán observado que estos proyectos no se han puesto en práctica en las décadas que han transcurrido.

Jerry Fodor también estuvo durante varios meses, y cuando supo

que había tomado un curso de submarinismo y había obtenido un certificado, quiso hacer lo mismo, así que repetí el curso con él como compañero y lo ayudé en su inmersión para conseguir el título. Durante mucho tiempo no logró dominar la técnica de la entrada en picado, y se agitaba sin conseguir sumergir la cabeza y el torso. Tuve que decirle: «Movimientos lentos, movimientos lentos, despacio», hasta que por fin llegó al fondo, a diez metros de profundidad, listo para hacer su ascenso libre.

Después de obtener su certificación, lo invité a bucear en la isla de Catalina con un amigo de la UC Irvine, el físico Douglas Mills, que tenía un velero y estaba dispuesto a llevarnos y observar cómo Jerry hacía su primera inmersión sin un instructor presente. Anclamos junto a un bosque de algas en el lado del canal de la isla, y descendimos, mientras Doug, imaginé, se sentaba en la cabina, nervioso, redactando su declaración para la prensa («Bueno, ambos habían obtenido su certificado, y me aseguraron...»). La inmersión estuvo amenizada por la aparición de un león marino que se acercó, nos rodeó y nos guio hacia abajo, más y más abajo, hacia el bosque. Pronto me di cuenta de que estábamos a ochenta pies de profundidad, más hondo de lo que deberían ir unos buceadores novatos, y de que nos estábamos quedando sin aire, así que le hice una señal a Jerry para que iniciáramos el ascenso. Le vigilé de cerca, asegurándome de que exhalaba todo el aire; si no lo haces, este entra en tu torrente sanguíneo y es muy probable que mueras. Llegamos a la superficie y todo estaba bien, pensé, hasta que Jerry empezó a gritar:

—¡No puedo respirar!

—¡Jerry, estás en la superficie, tienes la cabeza en el aire! ¡Estás respirando!

—¡No, no puedo respirar!

Entonces me di cuenta de cuál era el problema. A ochenta pies, su cuerpo, más bien robusto, estaba tan comprimido que había tenido que ajustarse el cinturón de lastre, que de otro modo se le habría caído. Se había olvidado de esto y, al ascender, su cuerpo recuperó su tamaño normal, y el cinturón de lastre lo estaba cortando por la mitad. Me acerqué y liberé la palanca de la hebilla y, ¡zas!, el

cinturón salió volando y todo estuvo en orden.

El submarinismo no fue mi única experiencia acuática de aprendizaje aquel año. Un día, a finales del invierno, miré por la ventana de mi estudio en el centro y vi que el campo de barro seco en el borde del campus de Stanford, que había estado tan feo todo el otoño, se había convertido casi de la noche a la mañana en un pequeño lago resplandeciente —Lagunita, se llama— y allí había estudiantes nadando y haciendo windsurf. Bajé la colina en bicicleta para indagar y descubrí que podía alquilar una tabla de windsurf por horas, gracias a mi afiliación temporal con SAIL, el laboratorio de IA de Stanford. Al día siguiente llevé un traje de baño al centro y le dije a McCarthy durante el almuerzo que iba a bajar a Lagunita a probar el windsurf. Decidió acompañarme y se sentó en un banco un par de horas a verme caer una y otra vez. Cuando por fin volví con la tabla de windsurf al lugar de alquiler, John se acercó y me dijo:

—Bueno, supongo que ya te has desahogado, ¿no?

—Oh no, volveré mañana a intentarlo de nuevo. Creo que casi lo he conseguido.

Lo hice y, en efecto, de la noche a la mañana mi comprensión había aumentado, y en mi primer intento navegué bajo control. Todavía tenía que dominar el viraje, con algunas caídas más, pero al final de la semana ya era un windsurfista seguro y feliz. En cuanto regresé a Maine el siguiente verano, me compré una tabla usada y practiqué windsurf en estanques, lagos y bahías oceánicas durante años (el lago Lagunita ya no se llena en invierno hasta una profundidad que permita practicar windsurf, y ahora es un importante hábitat de vida salvaje, así que esa ventana de oportunidades se ha cerrado). Llegué a tener tres o cuatro tablas diferentes para distintas condiciones y traté de dominar los arranques en el agua, donde no te pones de pie primero y luego levantas la vela, sino que usas la vela para levantarte sobre la tabla. Esto solo funciona con vientos fuertes y es casi una necesidad con ellos, ya que las olas tienden a hacer que mantenerse de pie sobre la tabla sea demasiado precario sin la vela levantada para equilibrarte. Por desgracia, mi operación de triple baipás se interpuso antes de que llegara a dominar la técnica, así que nunca llegué a afrontar con confianza los arranques

en el agua. Hay pocas sensaciones tan emocionantes como sentir la tabla elevándose bajo tus pies mientras te inclinas contra el viento y aceleras en una gran racha. Volver a subir a la tabla cuando la ráfaga de repente cesaba fue siempre una tarea ardua, que con el tiempo se convirtió en una imposibilidad práctica para mí. Adiós, windsurf, te amé mientras fui capaz.

Unas seis veces, John Searle y Bert Dreyfus bajaron desde Berkeley para tener una sesión vespertina con nuestro grupo CASBS —sin incluir a McCarthy, que no quería tener nada que ver con Bert Dreyfus—, y cada vez preparábamos de antemano un tema para discutir, y cada vez, al cabo de pocos minutos de discusión, Searle cambiaba de tema, e insistía en hablar sobre la «habitación china», su experimento mental, que aún no había publicado en Behavioral and Brain Sciences (imagínese que alguien compone un programa de IA que supuestamente entiende chino, y pasa la prueba de Turing: los interlocutores chinos lo consideran un digno conversador. Searle toma el programa, lo lleva a una habitación y lo simula manualmente. Él no entiende chino; nada en la habitación entiende chino. Por tanto […], ningún programa de IA podría entender chino). Ninguno de nosotros en el grupo consideraba que su experimento mental —es una bomba de intuición, no un argumento verdadero— fuera sólido, y encontramos varias maneras de refutarlo, pero John simplemente no lo soltaba. Dreyfus, por su parte, guardó silencio la mayor parte del tiempo. Nos cansamos tanto de hablar sobre la habitación china y lo que no funcionaba con ella que dejamos de reunirnos. Poco imaginaba yo entonces que me esperaban cientos de horas más de discusiones sobre la habitación china en las siguientes décadas.

A medida que se acercaba el fin del maravilloso año en CASBS, el grupo decidió organizar una conferencia sobre IA y filosofía para consolidar algunos de los logros que creíamos haber alcanzado, invitando a participar a pensadores destacados de todas partes. Yo invité a Gareth Evans, de Oxford, y, como iba a ser el nuevo profesor adjunto Wilde de Filosofía de la Mente, quería asegurarme de que tuviera una visión de cerca sobre cómo pensaban y hablaban los expertos de la IA, así que lo animé a venir al centro una semana antes para pasar algún tiempo con nosotros, participando en nuestros debates. Lo hizo enérgicamente, tanto en nuestros debates

como en la conferencia, pero no era el mismo de siempre. Recuerdo que lo llevé de vuelta al hotel después de una de las sesiones, y me confesó que padecía cáncer. Murió al cabo de pocos meses, y la filosofía perdió a un pensador brillante y original en la cima de sus facultades.

El encuentro más importante que tuve ese año fue cuando Douglas Hofstadter llegó de la Universidad de Indiana y me convenció para unirme a él en la edición de lo que se convirtió en El ojo de la mente (1981), una colección de cuentos y ensayos sobre la conciencia y el yo que captó la atención de miles de pensadores, jóvenes y viejos (por cierto, a Quine no le gustó; cuando le envié un ejemplar para ver si escribiría un comentario, respondió con una frase de cuatro palabras: «Un exceso de fantasía»). Nunca había oído hablar de Doug cuando hizo una crítica muy positiva de Brainstorms en The New York Review of Books, y yo ni siquiera había comprado su clásico Gödel, Escher, Bach antes de conocernos, pero nuestra colaboración y amistad ha sido en mi vida un tema central durante más de cuatro décadas. El padre de Doug, el físico ganador del Nobel Robert Hofstadter, era profesor en Stanford, y Doug visitaba a menudo a su familia. Poco después de que apareciera su reseña, Doug se presentó en el centro para conocerme y llevarme a la librería de Stanford, donde compré un ejemplar de Gödel, Escher, Bach, que él me dedicó. Al principio, era reacio a hacer una antología, pero Doug fue persistente, por suerte, y para hacerla pronto firmamos un contrato con Basic Books.

La reseña de Doug sobre Brainstorms, junto con otra buena reseña del investigador británico en IA (y, más tarde, pionero en el desarrollo de sistemas de aprendizaje profundo) Geoffrey Hinton, ayudó mucho a centrar la atención de los científicos cognitivos en mi libro, pero, cuando conocí a Doug, tenía la impresión de que probablemente era un pensador de tipo pseudocientífico tan propio de la costa oeste, un hippy de los años sesenta. Pronto me demostró lo contrario y comencé a aprender mucho de él: sobre ordenadores, música, física, lenguaje... sobre todo, en realidad. Me alegro mucho de que persistiera para convencerme de unirme a él en la compilación y edición de El ojo de la mente, que cambió la trayectoria de mi vida en varios sentidos. Ambos teníamos piezas cortas favoritas para proponer como capítulos, pero él contribuyó

más que yo. Me dio a conocer los textos de Stanislaw Lem y, mucho más importante, de Richard Dawkins. Cuando apareció El gen egoísta en 1976, le pregunté a un eminente filósofo de la biología al que conocía bien sobre el libro de Dawkins, y lo describió con rotundidad como un libro de divulgación sensacionalista que no merecía la pena. Cuando le transmití esta opinión a Doug, me dijo: «Lee el libro y a ver qué te parece». Lo hice, y me abrió los ojos. No solo por la brillante serie de ideas que Dawkins explicaba y defendía con tanta viveza, sino por el grave pecado que supone desaconsejar a posibles lectores libros que uno no ha leído, pero que presume que son erróneos, a veces por motivos políticos.

Desde entonces, he tratado de no descartar nunca un libro que no haya leído de manera seria y personal, y al que no le haya encontrado el más mínimo valor, y me he esforzado por recomendar libros que otros criticaban cuando hallaba ideas valiosas en ellos. The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind, de Julian Jaynes, también publicado en 1976, fue uno de mis libros favoritos para recomendar, y a menudo me he visto recompensado cuando admiradores secretos del libro salvaje y maravilloso de Jaynes se acercaban a mí después de una charla y me agradecían profusamente por permitirles salir del armario y anunciar que ellos también pensaban que Jaynes estaba en lo cierto. También he defendido los libros de Ruth Millikan, y me alegra decir que ahora está recibiendo los premios y el reconocimiento que merece, aunque todavía hay demasiados filósofos del lenguaje que no creen necesario dar explicación alguna a sus incisivas críticas de su trabajo. Otros libros iconoclastas que he intentado difundir son The Symbolic Species (1997) e Incomplete Nature (2012), de Terrence Deacon. Más recientemente, he estado animando a la gente a leer el libro de Daniel Dor, muy original y cuidadosamente argumentado (pero insuficientemente darwinista), The Instruction of Imagination (2015). Hay mucho prejuicio en el mundo académico, y puede ser estimulante sorprender al público mostrando respeto por obras y autores considerados fuera de lugar por algún grupo. Y, por supuesto, todos ganan, tanto los autores como sus lectores.

Doug y yo escribimos piezas adicionales para El ojo de la mente para ayudar a los lectores a entender nuestras elecciones, y no

recuerdo quién sugirió primero que no escribiéramos introducciones para cada artículo, sino que siguiéramos cada pieza con «reflexiones»; queríamos que los lectores se enfrentaran a las ideas de los autores sin preparación, convirtiendo a los lectores en una aproximación a los «sujetos ingenuos» de los experimentos psicológicos. Hicimos gran parte del trabajo editorial durante una ola de frío récord en Massachusetts, en la casa victoriana de Andover, sentados en el suelo del salón con el fuego encendido en la chimenea. Recuerdo hurgar entre nuestras pilas de manuscritos candidatos, discutiéndolos, decidiendo quién tendría la primera oportunidad de escribir las reflexiones, profundizando en los temas del libro.

Nuestros estilos son algo diferentes, y traté suavemente de alejar a Doug de lo que consideraba algunos de sus excesos estilísticos, pero al final su voz se oye fuerte y clara, con toques ligeros de freno por mi parte. Después de todo, su obra maestra, Gödel, Escher, Bach, había ganado un premio Pulitzer de no ficción, así que algo estaría haciendo bien. Sin embargo, en ese momento me di cuenta de que muchas personas cuya seria atención él deseaba —líderes en ciencia informática, la IA y ciencias cognitivas en general— se sentían desalentadas por su tono lúdico y sus digresiones un tanto autocomplacientes, y habían logrado convencerse de que no aprenderían nada de Hofstadter si podían evitarlo. Y los filósofos, tristemente, tendían a verlo con un desdén similar, aunque sé que muchos de ellos impartían cursos utilizando El ojo de la mente como libro de texto principal.

Un ejemplo especialmente divertido —para mí— del desdén de un filósofo hacia Doug ocurrió en mayo de 1984, cuando presenté una ponencia titulada «La geografía lógica de los enfoques computacionales: una vista desde el polo este» en un seminario de la Fundación Sloan sobre ciencias cognitivas y filosofía en el MIT, situando a los diversos ideólogos del campo en un mapa de coordenadas polares, inspirado en el chiste de Jerry Fodor de que el MIT era el «polo este» y de que cualquier dirección que se tome al salir del MIT es hacia el oeste (hacia la tierra de los gurúes pseudocientíficos). Mi mapa incluía el trabajo de los conexionistas recién ascendidos y otros herejes (desde el punto de vista de los chomskianos), analizando y a veces defendiendo sus posiciones. Fue

un gran éxito y, después de la charla, el filósofo de la mente y científico cognitivo del MIT, Ned Block, se acercó y me dijo:

—Dan, ha sido genial, pero ¿dónde has aprendido todos estos nuevos y fascinantes trabajos?

—Aquí en el MIT —respondí— en el reciente seminario de Doug Hofstadter, al que por supuesto no asististeis ninguno de vosotros, los filósofos o los lingüistas del MIT.

La opinión de Doug sobre los filósofos era igualmente negativa en muchos aspectos. Recuerdo estar sentado con él en una conferencia en San Luis poco después de la publicación de nuestro libro. Yo estaba escuchando atentamente a un filósofo muy respetado (no diré quién), y Doug se inclinó hacia mí y me susurró al oído: «¿Cómo soportas escuchar esta basura?», o algo por el estilo. Insistí en que debería prestar atención; lo que se estaba desarrollando eran, de hecho, algunas ideas buenas, originales y profundas. No se inmutó. Escribió en su libreta: «Me recuerdas a Chopin y Mozart. Me encanta Chopin y no me imagino cómo Chopin pudo tener tan alta estima por Mozart, a quien suelo encontrar aburrido y vacío. Me cuesta reconciliar mi admiración por ti con tu aprecio por esta bazofia». Le contesté en su cuaderno: «Qué interesante; algunos filósofos me han dicho más o menos lo mismo sobre ti». A lo largo de los años, a menudo he desempeñado este papel de punto de apoyo, con el propósito de que filósofos y científicos cognitivos que no apreciaban a Doug vieran la luz. Mi ocasión favorita de este tipo fue en 1992, cuando la Sociedad de Ciencia Cognitiva celebró su reunión anual en Bloomington, en la Universidad de Indiana, donde Doug lleva décadas enseñando. Doug dio una de las conferencias magistrales, y yo lo presenté, ante una sala enorme repleta de científicos cognitivos de todo el mundo. Me arriesgué: pregunté al público, mientras lo presentaba, cuántos de ellos se habían adentrado en la ciencia cognitiva porque leyeron Gödel, Escher, Bach cuando estaban en el instituto o en la universidad. Para mi alegría, pero no sorpresa, al menos un tercio del público se levantó y aplaudió. ¡Chupaos esa, estirados pedantes!

Doug y yo encontramos otro tipo de antagonismo por parte de uno de los autores que habíamos antologado en El ojo de la mente: John Searle. Publicamos su experimento mental de la habitación china en

el libro, con su permiso, por supuesto, y Doug escribió una reflexión brillante y divertida señalando algunos de sus principales defectos. Searle reseñó El ojo de la mente en The New York Review of Books y montó un verdadero escándalo sobre cómo habíamos «fabricado una cita directa» de él que, además, «es totalmente opuesta» a lo que en realidad dice. He aquí el pecado: Searle en su artículo (que reprodujimos correctamente) había descrito su simulación manual de un programa escrito en «trozos de papel» —lo que sugería un programa pequeño— que Doug había recordado erróneamente como «unos trozos de papel», un lapsus que ninguno de los dos detectó. Escribí una respuesta a la diatriba de Searle. ¿Acaso la diferencia entre «trozos de papel» y «unos cuantos trozos de papel» afectaban al argumento de Doug? En absoluto: «Tan poco depende nuestro caso de la cita errónea, que una vez corregida no se requiere ni se contempla ninguna otra revisión —ni siquiera una palabra o coma— de nuestra reflexión». Searle respondió a su vez (en el mismo número), y esto inició la disputa que ha continuado entre nosotros desde entonces. Tendré más que decir sobre esto en mi capítulo sobre acosadores académicos.

Cuando Doug estaba en la Universidad de Michigan (1984-1988), me presentó a su amigo y colega John Henry Holland, un pionero en la creación de algoritmos genéticos y uno de los fundadores del campo de la vida artificial. John fue uno de los científicos de la computación que apreciaron las ideas de Doug desde el principio; me enseñó mucho sobre teoría evolutiva, así como sobre informática, y también me introdujo en el Santa Fe Institute (véase el capítulo 32). Asimismo, llegué a conocer a varios de los estudiantes de posgrado de Doug, entre ellos Melanie Mitchell (una de las personas cuya brillantez sigue atrayéndome a Santa Fe) y Robert French, en cuyo comité de tesis participé. Cuando Doug trasladó su Grupo de Investigación sobre Analogías Fluidas a la Universidad de Indiana, atrajo a otros jóvenes e inteligentes estudiantes de posgrado, incluido un matemático australiano y becario Rhodes en Oxford, David Chalmers. Una vez en FARG, Chalmers escribió algunos buenos artículos sobre ciencia cognitiva con Bob French y Andy Clark antes de convertirse en dualista y escribir una disertación que ni Doug ni yo encontramos convincente (yo era un miembro informal de su comité), pero que estaba tan bien hecha que se le concedió con toda justicia un doctorado en

Filosofía y Ciencia Cognitiva. Se ha convertido en el filósofo de la mente más influyente, más conocido y prolífico de su generación, y a lo largo de los años ha intentado que yo vea la luz, pero sigo sin estar convencido del todo, y lo he dicho en varias publicaciones y conferencias desde entonces. Ni Doug ni yo vemos que Chalmers se haya visto siquiera tenuemente influido por las ideas de Doug, pero sin duda aprendió mucha ciencia cognitiva aventurera en FARG.

Cuando empecé a moverme en el mundo de Doug, él ya era una celebridad académica. Dondequiera que iba, después de dar su charla, estaba rodeado por docenas de jóvenes admiradores. Apenas se veía a alguna mujer. Ansiaba el amor romántico y no lo encontraba entre sus muchos admiradores. Y entonces conoció a Carol Ann Brush. Pronto se casaron y tuvieron dos hijos, y todo parecía ir bien. Pero luego, durante un año sabático en Italia, Carol sufrió un tumor cerebral que acabó con su vida en unas pocas semanas terribles. La tristeza de Doug era abrumadora. De hecho, creo que nunca he conocido a alguien más enamorado de su cónyuge que Doug de Carol. Su maravilloso libro de 2007 I Am a Strange Loop es tanto una renovación de su búsqueda para explicar sus ideas sumamente originales sobre la conciencia humana como una forma de procesar su dolor, escrito con una franqueza implacable.

16

EL CUBO DE RUBIK, PRAGA Y DAHLEM

Cuando se publicó El ojo de la mente, Doug escribía una columna mensual para Scientific American, siguiendo los pasos de su amigo Martin Gardner. Este tenía una famosa columna mensual, «Juegos matemáticos», que Doug «anagramó» como «Temas metamágicos». Algunas de estas columnas son clásicas, en especial las que tratan sobre lo que llamaba la lotería tentadora y sus introducciones a Lisp, el lenguaje de programación de IA. Pero su columna más influyente fue, sin duda, su presentación del cubo de Rubik en América en marzo de 1981. Con la ayuda significativa de Doug, llegué a dominar una serie de movimientos —algoritmos, en realidad— para resolver el cubo y disfrutaba perfeccionando mi habilidad y enseñando a otros cómo hacer dichos movimientos.

Tuve la oportunidad de jugar a Johnny Appleseed con mi cubo de Rubik aquel marzo, cuando me las arreglé para hacer un viaje a Praga —todavía detrás del telón de acero, por supuesto— para dar una charla a filósofos que habían sido expulsados por los soviéticos de sus puestos en la Universidad Carolina y mantenían viva la llama del conocimiento en Praga reuniéndose informalmente en pisos. Este proyecto político-filosófico estaba organizado por la Fundación Educativa Jan Hus de Londres, iniciada el verano anterior por filósofos de Oxford y en gran parte dirigida por Kathleen Wilkes, una filósofa de Oxford muy implicada en proyectos de libertad académica en Europa del Este. Había apuntado mi nombre como alguien a quien le gustaría dar algunas charlas y solo tenía que esperar a encontrar a algún anfitrión europeo que me abonara el viaje. Esto surgió cuando me invitaron a una conferencia en Dahlem sobre inteligencia animal en Berlín. No esperaba que la Conferencia Dahlem fuera un acontecimiento importante en mi vida, sino simplemente una forma cómoda de llegar a Praga. Podía viajar a Europa unos días antes para recuperarme del jet lag en Praga antes

de continuar hacia Berlín. Me enviaron una lista de preguntas para hacer a los diversos participantes en las reuniones clandestinas, información sobre el visitante que me seguiría y varios documentos para dejarles, incluida una copia del artículo del siguiente visitante, para que tuvieran la oportunidad de traducirlos al checo para el grupo, como habían traducido mis documentos enviados por el visitante anterior. Era importante que esta información no cayera en manos de las personas que me revisarían a mí y a mi equipaje cuando llegara a la frontera, y no estaba seguro de poder memorizarlo todo, así que me inventé una página ficticia de notas a pie de página, que grapé a un artículo mío que llevaba. Una nota a pie de página que decía «7. Havelock, A., "Tres soluciones al problema del Canal", pág. 235» podría significar encontrar a Havel a las tres de la tarde en la calle del Canal, número 235, y así sucesivamente. ¡Espionaje! ¡Qué aventura!

Las autoridades conocían las reuniones de estas facultades clandestinas y las toleraban, pero no se quería proporcionarles información adicional sobre reuniones fuera del entorno del seminario, que pudieran usar para identificar a individuos u otras reuniones. Mi contacto no me recibió en el aeropuerto, sino en un pequeño puente, y me indicó un lugar para encontrarme con él más tarde, después de registrarme en mi lúgubre hotel soviético, para que pudiéramos hacer una ronda de recados antes de las charlas. El anfitrión del seminario era Ladislav Hejdánek, un activista al que habían despedido de la universidad pero que se reunía regularmente con grupos de filósofos. El propósito de estas reuniones no era planificar acciones políticas, sino asegurar en la medida de lo posible que los jóvenes estudiantes de filosofía checos pudieran recibir una educación, mientras la Universidad Carolina estaba llena de apparatchiks, burócratas políticos sin talento ni cualificación. Después de mis charlas, salíamos a tomar una cerveza y cenar, y allí enseñaba mi cubo de Rubik. Pronto otros en el restaurante se agolpaban para ver y manipular aquel objeto asombroso, y luego me retaban a resolverlo.

Cuando llegó el momento de volar a Berlín para la Conferencia Dahlem, decidí que no sería seguro ir al aeropuerto, aunque tenía mi billete. Resultó que mi preocupación por presentarme en el aeropuerto con equipaje ilícito fue acertada. Unos meses después,

Jacques Derrida dio una charla en el seminario clandestino de Praga y las autoridades le pusieron drogas en su maleta para que las «descubrieran» los funcionarios de aduanas en el aeropuerto cuando saliera. Se convirtió en una comedia de errores cuando los funcionarios de aduanas no pudieron encontrar las drogas que les habían dicho que estarían en su equipaje y tuvieron que hacer algunas llamadas telefónicas para saber dónde buscar, y finalmente las encontraron y llevaron a Derrida a la cárcel, acusado de contrabando de drogas. El ministro de Asuntos Exteriores francés fue informado enseguida y actuó de inmediato, por lo que Derrida fue liberado al día siguiente y regresó a Francia. Dudo que el Secretario de Estado estadounidense hubiera acudido a mi rescate con la misma rapidez.

Llevaba mucho correo de primera clase sellado para Hejdánek, quien me había pedido que lo sacara de contrabando y lo enviara desde Berlín. Le pregunté por qué no podía simplemente dárselo a un amigo para que lo enviara de manera anónima desde, digamos, Bratislava, pero insistió en que las autoridades abrían y leían todo el correo de primera clase. Me costaba creerlo, pero se reveló cierto cuando el telón de acero cayó y se hizo pública la magnitud de la vigilancia. Dudaba que pudiera pasar el correo por la frontera en el aeropuerto, así que en mi última noche en Praga tomé lo que me quedaba de mi dinero checo e invité a una encantadora y bella joven filósofa a comer en el restaurante más elegante que logré encontrar en la ciudad: un gran local antiguo con un patio de palmeras, un violinista ambulante y mucho vino Tokaji de Hungría. Luego me acompañó a la estación de tren y me metió en el tren nocturno a Berlín (más tarde supe que Roger Scruton, que se había enamorado de esta joven filósofa, se irritó mucho porque, en su próxima visita a Praga, ella no hacía más que hablar de Dan Dennett: un pequeño e innoble placer para mí).

Había adquirido billete para un compartimento con litera, donde había planeado encerrarme y pasar el correo de Hejdánek de mi maletín a mi ropa interior, pero no había litera para mí; tuve que pasar la noche sentado en un compartimento estándar para ocho personas. Los pasillos estaban llenos de policías y soldados, así que no me atreví a llevar mi maletín al baño en el pasillo. ¿Qué hacer? Esperé a que los demás pasajeros se durmieran, pero ninguno lo

hizo, y cuando oí que el tren comenzaba a reducir la velocidad para la frontera entre Checoslovaquia y Alemania del Este, supe que tenía que actuar. Mirando a todos los extraños a los ojos, me levanté, saqué mi maletín, lo abrí y comencé a meterme el correo en mi ropa interior delante de todos. Nadie dijo una palabra. Una anciana me saludó con una leve inclinación de cabeza. Cuando la grenzpolizei (la policía fronteriza) abrió la puerta del compartimento, enseguida empezaron a interrogarme, pidieron ver mi pasaporte y revisaron minuciosamente mi equipaje. Encontraron un poco de dinero checo en mi cartera, que no se podía sacar del país, y lo confiscaron, a pesar de mis protestas. Y se dieron cuenta de que no tenía un transitvisum, un visado especial para cruzar a Berlín a través de Alemania del Este. Profesé ignorancia sobre este particular y al final se marcharon sin haberme registrado. Los demás pasajeros me dirigieron unas leves sonrisas.

Cuando llegué a Berlín, alrededor de las siete de la mañana, tenía que llegar a Berlín Oeste, algo que logré a través de la estación de metro de Friedrichstrasse, en compañía de cientos de mujeres de Alemania del Este, que tenían permiso para limpiar oficinas en Berlín Oeste todos los días mientras dejaban a sus familias como rehenes al otro lado del Muro. No hace falta decir que yo llamaba la atención, pero de algún modo conseguí pasar a Berlín Occidental. Le había dicho a Jerry Fodor, que también asistía a la reunión de Dahlem, que si no me había visto a las ocho de la mañana llamara a Susan y, si no me había visto a las nueve, llamara a la embajada estadounidense. Lo encontré paseando nervioso por el vestíbulo de nuestro elegante hotel en Berlín, mirando el reloj y listo para hacer su primera llamada de emergencia. Ambos nos sentimos aliviados. Envié las cartas a la recepción del hotel, me di una ducha en mi habitación y ya quedé listo para el día en el Centro Dahlem, a la vuelta de la esquina.

Las conferencias Dahlem eran acontecimientos extraordinarios, concebidos para presentar a los jóvenes científicos alemanes a los mejores investigadores del mundo en reuniones intensivas de cinco días. Los jóvenes alemanes no podían decir nada, ni siquiera sentarse en las grandes mesas con los invitados, pero podían tomar notas. Cada conferencia se dividía en grupos, con un rapporteur (un relator), un investigador joven que se encargaba de tomar muchas

notas y luego condensarlas durante la noche en un borrador de informe de cada grupo de trabajo, que se imprimía y duplicaba para que cada participante lo tuviera frente a sí para su edición y discusión en la mañana del último día. Mientras el resto de miembros del grupo se iba a la ópera o a un concierto, el relator, supervisado por un miembro entusiasta del personal, era incitado y presionado para una gran labor de redacción, y no se le permitía irse a la cama hasta que la terminara. Robert Seyfarth, el primatólogo, fue el relator de mi grupo y, a cambio de sus esfuerzos, tenía derecho a asistir a otra conferencia Dahlem de su elección, sin ninguna obligación. Los alemanes sabían cómo llevar un barco a buen puerto, y la combinación de un excelente hotel, comida de calidad, entretenimiento todas las noches y mucha asistencia administrativa mantenía a todos alerta. También había un grupo de mujeres jóvenes en la sala tomando notas en hojas con sujetapapeles, que en realidad eran observadoras discretas que informaban a la directora de la conferencia, Silke Bernhard, sobre quién estaba prestando atención a quién, quién molestaba o quién corría el riesgo de quedarse dormido, quién necesitaba hablar inglés más despacio y con más claridad. Cuando uno de los estadounidenses de nuestro grupo se volvió un poco grosero y agresivo, estuve dándole vueltas a cómo hablar con él en privado y alentarlo a ajustar su comportamiento, pero cuando se reanudó la sesión después de comer, era todo cortesía y amabilidad. Silke había hablado con él.

Para mi sorpresa y deleite, la reunión fue una mina de oro de información y perspectivas. Algo que noté el primer día fue que los primatólogos, expertos en aves y otros etólogos que participaban en la reunión se sentían incómodos con el estricto lenguaje conductista que les habían enseñado a utilizar. Querían ser «cognitivos», pero no estaban seguros de cómo hacerlo. Yo no era uno de los ponentes principales de la reunión, pero decidí lanzarme y explicar cómo usar la postura intencional para describir, explicar y predecir el comportamiento. El truco era usar el supuesto de racionalidad de la postura como palanca: si los animales realmente creían que p y querían x, deberían hacer y cuando se enfrentaran a la evidencia de que q; ese es el movimiento racional en esas circunstancias. ¿Hacen y? Los etólogos lo entendieron casi al instante y me bombardearon con preguntas y sugerencias. Peter Marler, el gran intérprete del

canto de aves de la Universidad Rockefeller, me desafió: si esta postura intencional es buena, ¿no debería ayudarnos a diseñar experimentos? «Vamos a ver», le contesté, y un grupo de nosotros renunció al suntuoso almuerzo ofrecido en favor de algunos sándwiches que trajeron, y nos sentamos a diseñar series completas de experimentos con chimpancés, chorlitejos silbadores, pollos, monos vervet y babuinos. Como dijo más tarde Jeremy Cherfas, un periodista científico inglés que asistía a la reunión: «¡Nunca he visto un meme propagarse de manera tan rápida y eficaz!». Por supuesto, yo estaba encantado, pero Jerry Fodor hizo todo lo posible por frenar mi entusiasmo. «Tu postura intencional no es más que un adaptacionismo doblemente destilado, ¿y no te has enterado? Gould y Lewontin han refutado decisivamente el adaptacionismo en la teoría evolutiva». No había oído hablar del famoso artículo de Stephen Jay Gould y Richard Lewontin, pero pasó a encabezar mi lista de «tengo que leerlo de inmediato».

Debo mencionar otros tres momentos importantes de aquella reunión. Pat Churchland, que era la tercera filósofa asistente, me convenció para saltarnos la última parte de una sesión y caminar hasta el zoológico, donde escuchamos a los monos aulladores y observamos a los gibones realizar sus asombrosas acrobacias con lo que parecía ser indiferencia. Ver animales de verdad puede ser un placer después de pasarse un día escuchando a personas hablar sobre la observación de animales reales. También obtuve una valiosa percepción sobre el sesgo del investigador: Sue Savage-Rumbaugh, que más tarde se hizo bastante famosa por su trabajo con los bonobos y el lenguaje, nos habló de sus chimpancés Sherman y Austin, y de su comportamiento cooperativo y comunicativo. Disponía de grabaciones de vídeo que no había tenido tiempo de mostrar y nos preguntó si alguno de nosotros quería saltarse el almuerzo para verlas y comentarlas con ella. Yo lo hice, al igual que algunos otros. Nos mostró las grabaciones y lo que más me impresionó fue que «veía» a esos chimpancés haciendo cosas que los demás no podíamos ver o no estábamos seguros de ver. La ingenuidad y el entusiasmo con el que narraba sus vídeos mostraba que estaba sinceramente convencida de que era obvio lo que esos animales querían, entendían y sabían. Pero no lo era. Hay que tener intérpretes independientes que no tengan ningún interés en los veredictos alcanzados. A veces esto es casi imposible, tanto

en antropología como en etología y psicología.

El tercer gran momento para mí fue descubrir al psicólogo británico que había trabajado con Dian Fossey y que había escrito un artículo extraordinario, «La función social del intelecto» (¡otro artículo de 1976!), sobre cómo la inteligencia podría haber evolucionado, sobre todo, para permitir las interacciones entre miembros de especies sociales: Nicholas Humphrey. Nick no se encontraba allí, pero su nombre estaba en boca de todos, y yo esperaba conocerlo con impaciencia. Un año después lo haría en Londres, en un almuerzo con Jeremy Cherfas, y hemos sido amigos entrañables desde entonces, trabajando juntos y discrepando obstinadamente entre nosotros.

Así que lo que había imaginado como un billete útil para Praga se convirtió en poco tiempo en un punto de inflexión importante en mi vida, cuyo primer paso significativo fue mi artículo central para debatir en Behavioral and Brain Sciences, «Intentional Systems in Cognitive Ethology: The 'Panglossian Paradigm' Defended» (1983), en el que elaboré las ideas del taller de Dahlem e incluí la primera salva en mi crítica a Gould y Lewontin y su famoso ataque al adaptacionismo. Pero permítanme otra digresión...

17

«¿SON PÁJAROS LOS CONEJOS?» Y OTRAS LLAMADAS TELEFÓNICAS MEMORABLES

En la década de los sesenta, los californianos consideraban los nueve campus de la Universidad de California como una especie de servicio público del conocimiento al que cualquiera podía recurrir, según lo necesitara, como una suerte de Wikipedia predigital, se podría decir. Mis amigos matemáticos de la UC Irvine me habían hablado del torrente de llamadas de ciudadanos en primavera preguntando cómo calcular porcentajes para sus declaraciones de impuestos. Un biólogo me contó que una noche recibió una llamada de un ciudadano un tanto ebrio en su laboratorio, que fue más o menos así:

—¿Es usted biólogo?

—Sí.

—Tengo una apuesta con mi amigo aquí y tal vez usted puede resolverla.

—Tal vez. ¿Cuál es la pregunta?

—¿Son pájaros los conejos?

—¿Qué?

—¿Son pájaros los conejos?

—No, son…

—¡Maldición! —dijo, y colgó.

¿Y qué hay de las llamadas a los filósofos? Recibí algunas llamadas

de personas que querían hablar sobre el sentido de la vida, pero la única a la que le dediqué más de un minuto de cortesía fue a la de un joven que estaba solo de guardia en una torre de vigilancia de incendios en la cima de una montaña, buscando indicios de humo, señales de incendios forestales. Había estado pensando, dijo, y no veía una buena razón para no saltar de la torre. Hablamos durante una hora quizás, hasta que los dos decidimos que tal vez yo le había dado algunas buenas razones para ver qué le deparaba el próximo día, el próximo mes, el próximo año. No tengo ni idea de si salvé una vida ese día.

Un caso más inquietante ocurrió unos años más tarde, cuando me trasladé de Irvine a Tufts. Tenía una brillante joven estudiante universitaria, a la que llamaremos Carolyn, que un día vino a mi hora de oficina y me desafió: ¿por qué no debería suicidarse? Conociendo su intenso e inusualmente maduro interés por la filosofía, se me ocurrió un plan. Uno o dos años antes, Tom Nagel había dado una fascinante conferencia, «El absurdo», en la reunión anual de la Asociación Americana de Filosofía, en la que abordaba en términos sobrios y analíticos el posible, incluso probable, sinsentido de la vida. Le había pedido a Rogers Albritton, su asesor en Harvard, que hiciera el comentario, y Albritton, que también había sido mi asesor, aceptó la invitación y habló elocuentemente ante un auditorio repleto de filósofos. La charla de Nagel había terminado con una conclusión bastante sombría:

Si sub specie aeternitatis no hay razón para creer que algo importe, entonces tampoco eso importa, y podemos afrontar nuestras vidas absurdas con ironía en lugar de con heroísmo o desesperación.

La respuesta de Albritton comenzó (según recuerdo):

Estás sentado en casa por la noche leyendo un buen libro y suena el teléfono. Es un conocido, no un amigo íntimo, pero necesita tu ayuda. Dejas el libro y le prestas atención. ¿Por qué haces eso?

Albritton continuó con el debate más sabio y emocionante —aunque filosóficamente austero— sobre cómo damos sentido a nuestras vidas que jamás haya encontrado. Se lo conté a Carolyn y le hice una promesa. No se suicidaría hasta haber leído el artículo de Nagel, que ya estaba publicado, y la respuesta de Albritton, y luego haberlo discutido todo conmigo. Estuvo de acuerdo. Para entonces Albritton se había mudado a UCLA, pero conseguí su número de teléfono del Departamento de Filosofía de Harvard y le llamé:

—Hola, Rogers, soy Dan Dennett, de Tufts. Tengo una alumna maravillosa, y dice que está pensando en suicidarse, pero le hice prometer que no daría ese paso hasta que ella y yo hubiéramos discutido tu brillante respuesta a Tom Nagel en la Asociación Estadounidense de Psicología (APA). ¿Podrías enviarme una copia por correo urgente?

—¡Oh, no! Dan, mientras conducía a UCLA desde Boston me robaron el coche y, cuando lo recuperé unos días después, todos mis papeles habían desaparecido. La única copia que tenía estaba en el coche.

—Es una verdadera pena. Contaba con tu ensayo como el antídoto perfecto para el de Tom. Supongo que tendré que pensar en otra cosa que hacer con ella.

—Sí, qué pena. Lo siento mucho, Dan... ¡Espera! ¿Podríamos recrear gran parte de él ahora mismo, al menos los puntos principales? Tú estuviste allí y debes recordar algunas cosas bastante bien.

Pasamos alrededor de una hora en una llamada de larga distancia repasando nuestros recuerdos, mientras yo tomaba notas y, cuando se nos acabaron, le di las gracias y colgué. Tuve mi reunión con Carolyn unos días después y, hasta donde sé, superó su depresión y siguió adelante, aunque pronto le perdí la pista (Carolyn, si sigues viva y lees esto, por favor ponte en contacto conmigo).

Solo después de colgar el teléfono con Rogers me di cuenta de que él debía de haber pensado que era yo el suicida y que le había

estado poniendo a prueba, recreando la escena inicial de su comentario. Eso debía de rondarle por la mente mientras se mantenía al teléfono y ayudaba al «conocido, no un amigo cercano». Unos seis meses más tarde, me encontré con él en un cóctel durante la reunión anual de la APA y le aseguré que realmente tenía una alumna suicida, y que había sido de gran ayuda para ella. Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Oh, Dan! —exclamó—. ¡Nunca se me ocurrió pensar que fueras tú, Dan, el que estaba pensando en suicidarse! Me siento fatal.

—No, Rogers, no era yo. Era ella, ¡y lo hiciste genial!

Hace muchos años, un estudiante de posgrado de Tufts, que había estudiado en Harvard antes, claramente tenía graves problemas mentales, a juzgar por su comportamiento en mi seminario. Estaba a punto de intentar convencerlo de que me acompañara a la consulta del psiquiatra de Tufts cuando de repente se retiró y desapareció. Unos meses más tarde, me llamó para decirme que acababa de hacer un descubrimiento extraordinario: cuando estaba en Harvard había una chica guapa pero inaccesible, y se la había encontrado en un supermercado de Cambridge. Iba vestida como una prostituta. Ella no lo había visto, pero él la había seguido furtivamente hasta su casa, así que sabía dónde vivía. Me dio su nombre y dirección y me dijo que iba a visitarla. Oh, oh. ¿Qué debía hacer? Resulta que él había estado en Harvard cuando un amigo mío también estudiaba allí, así que llamé a mi amigo de inmediato y le pregunté si conocía a una chica con ese nombre. Oh, sí, era la chica más guapa de Radcliffe, y muchos se habían quedado prendados de ella, todos amores no correspondidos, hasta donde él sabía. Ahora estaba seriamente preocupado. Busqué su nombre en la guía telefónica de Cambridge, y allí estaba, junto con la dirección que me habían dado. Con mano temblorosa, marqué el número, temiendo que mi exalumno contestara y dijera algo así como: «He estado esperando a que me llamaras aquí. ¿Por qué has tardado tanto?». Pero, en su lugar, contestó una amable anciana, a la que pregunté si era XY, y me dijo que sí, que lo era. Le dije que estaba buscando a una vieja amiga que se llamaba igual y le pregunté si tenía una hija o una nieta con el mismo nombre que viviera con ella. No, no tenía hijos y vivía sola. Así que me lo imaginé: mi

estudiante, aún obsesionado con aquella joven, simplemente había mirado en la guía telefónica y había encontrado el nombre y la dirección, tal como había hecho yo. Si alguna vez iba a su puerta, lo cual dudaba que hiciera, descubriría su error y se iría sin incidentes. Pensé que guardarme todo esto para mí era mejor que llenar la cabeza de la amable anciana con temores infundados. Años más tarde, mi exalumno me envió un artículo que había escrito y un breve relato de su terapia psicológica, lo cual me tranquilizó.

Otra llamada telefónica perturbadora ocurrió cuando estaba sentado en una mesa de la librería de la Universidad de Pensilvania en mi primera «gira de libros», para El ojo de la mente. Llevaba sentado incómodamente allí una hora más o menos, sonriendo a las personas que se acercaban y que en su mayoría no compraban ni me preguntaban por los libros apilados en la mesita, cuando un empleado se acercó y me dijo que tenía una llamada urgente. Cuando llegué al teléfono, la secretaria del departamento de Tufts me dijo: «¡No vengas a la oficina cuando regreses a Boston! Un hombre ha llamado y ha dicho que viene a matarte». Me dio su nombre y cuando llegué a casa —evitando pasar por Tufts— logré averiguar más sobre él. Era un estudiante de posgrado de un famoso filósofo y se había internado voluntariamente en un hospital psiquiátrico del área de Boston, pero podía irse en cualquier momento. Había decidido que yo le había robado todas sus ideas antes de que él pudiera publicarlas, así que iba a matarme. Hablé con el psiquiatra del hombre, que trató de tranquilizarme diciéndome que este tipo obviamente estaba muy delirante, pero que no haría daño a nadie. Y, añadió el psiquiatra para tranquilizarme, su paciente también había amenazado de muerte a Ted Kennedy. Al principio, esto me tranquilizó. Si había amenazado a Kennedy, seguro que había agentes del servicio secreto o del FBI o alguien vigilando sus movimientos de cerca, así que nada me pasaría. Pero luego me di cuenta de que tal vez esos valientes protectores de Kennedy lo verían salir del hospital y, en cuanto se dirigiera al norte (a Tufts, a mi casa en Andover), suspirarían de alivio y dirían para sí mismos: «Nada de qué preocuparnos: va a por ese filósofo». Conseguí una promesa del psiquiatra de que me llamaría si el tipo salía del hospital, y decidí seguir con mi vida como si nada hubiera pasado. El tipo salió del hospital, según supe más tarde (el psiquiatra no cumplió su promesa). Además, un año

después solicitó un empleo en nuestro departamento de filosofía. Recibimos cientos de solicitudes, y decidí que no lo mencionaría mientras no entrara en la lista de candidatos preseleccionados. Pero entró. Así que tuve que decirles a mis colegas en la reunión de preselección que, aunque no me arrogaba ningún derecho de veto, agradecería que quitaran su nombre de la lista, ya que era quien había amenazado con matarme (conocían la historia, pero no su nombre, que esperé hasta ese momento para revelar). Me complace decir que mis colegas aceptaron mi petición. Algunos años después, recibí una nota de disculpa de este hombre. Le di las gracias pero no lo animé en su sugerencia de que pudiéramos tener una charla sobre nuestros mutuos intereses filosóficos.

18

RUTH MILLIKAN, QUE ROMPIÓ LA BARRERA DE LO INFUNDADO

Uno de los riesgos profesionales de ser filósofo es recibir manuscritos no solicitados de filósofos aficionados que creen haber descubierto la verdad absoluta. Existe un tipo de trastorno obsesivo-compulsivo, a veces llamado «trastorno obsesivo-compulsivo existencial», cuyo principal síntoma es una preocupación desmesurada por las cuestiones filosóficas, y algunas de estas personas, aquejadas de logorrea, escriben extensos discursos sobre sus descubrimientos. Solía recibir estos manuscritos varias veces al año, y llamaba a los remitentes «gente del triángulo», porque sus resmas de tonterías bien encuadernadas solían tener un triángulo equilátero en la primera página, con las esquinas etiquetadas con tres de las grandes palabras: Existencia, Tiempo, Energía, Espacio, Amor, Infinito, Conciencia, Voluntad... Al principio de mi carrera, intenté leer, o al menos hojear, estos regalos no deseados y escribir a los autores pequeñas notas personales, pero al final me di cuenta de que incluso el estímulo más tibio y apenas cortés podía abrir compuertas que era mejor dejar cerradas. Durante un tiempo, envié algunos de estos manuscritos a un neuropsiquiatra de Boston que estaba recopilando ejemplos para un estudio que estaba realizando. No sé si salió algo de ello.

Debo admitir que a veces es difícil discernir si uno de esos textos es en realidad un tratado filosófico genuinamente profundo y novedoso. En una ocasión, una editorial universitaria me envió un manuscrito muy largo de un investigador sénior en cibernética para que lo revisara con vistas a su publicación y, como me pagaban por la tarea, me armé de valor y leí aquello lo mejor que pude, hasta que llegué a una firme opinión sobre su locura cuando descubrí que capítulos enteros de la tercera parte eran copias casi textuales de capítulos de la primera parte con variaciones menores. He

abandonado otros manuscritos sin llegar a un veredicto, dispuesto a arriesgarme a ser condenado por la historia como el rechazador que no supo apreciar una obra maestra. La vida es corta.

Un día, allá por 1979, recibí un sobre de papel manila con un manuscrito bastante extenso y una nota de presentación de una filósofa de la Universidad de Connecticut llamada Ruth Millikan, que reconocía que tanto ella como sus colegas pensaban que su trabajo era «irremediablemente heterodoxo». Una advertencia justa, pero encontré su obra como un intento audaz de aplicar conocimientos evolutivos a cuestiones complejas en la filosofía del lenguaje, sobre el significado de las palabras. Su perspectiva era emocionante y novedosa, y muy acorde con la línea naturalista de lo que yo venía pensando. Así que le respondí para decirle que creía que su «idea fundamental sobre la evolución de las características lingüísticas es perfectamente plausible y dignar de ser perseguida». En 1981, me llegó una gran caja por correo de parte de ella. Oh, oh, pensé. ¿Qué había desencadenado? Era su borrador de Language, Thought, and Other Biological Categories. Lo leí durante el verano y decidí que era tan brillante como difícil. Sugerí a Harry Stanton que Bradford Books probablemente debería publicarlo, pero pensé que debería conseguir otro par de revisores cuyas opiniones estuvieran bastante alejadas de las mías, para que lo examinaran, ya que quizás yo simpatizaba demasiado con su espíritu iconoclasta (al haber completado «Beyond Belief», pero sin haber recibido aún muchos comentarios significativos sobre ese esfuerzo subversivo). Harry pidió a Fred Dretske y a Héctor-Neri Castañeda que lo revisaran, creando un taburete crítico con tres patas muy espaciadas, y cuando ambos lo aprobaron con entusiasmo, supe que ella tenía entre manos algo grande. Acepté editar el manuscrito y escribí un prólogo para él, en el que sostuve:

La teoría filosófica contemporánea del significado es algo así como un agujero negro... un conglomerado de doctrinas intrincadamente entrelazadas y poderosamente argumentadas que, una vez que uno se ha familiarizado con ellas, normalmente queda atrapado en su abrazo. Millikan ha encontrado de alguna manera la energía centrífuga para abandonar la tradición después de comprenderla.

Esta ominosa descripción del campo en 1984 subestimaba lo dominada que tenía la imaginación, y la mayoría de los participantes principales y secundarios que orbitaban alrededor de ese agujero negro han encontrado conveniente ignorar el trabajo de Millikan durante décadas, dando vueltas sin cesar alrededor de los atractores fantasmas de «actitudes proposicionales de re y de dicto», «cuantificación» y «semántica de mundos posibles». El Equipo de Trabajo de Actitudes Proposicionales sigue en ello y, una vez cada década o así, me asomo para ver qué están haciendo. No han hecho ningún progreso discernible, excepto por aquellos que han visto tardíamente la sabiduría de al menos algo de lo que Ruth ha estado diciendo todos estos años.

Cuando se publicó su libro, aún no la había conocido, aunque mantuvimos una correspondencia bastante fluida sobre mis sugerencias de edición (en sus agradecimientos, escribe: «Dennett también garabateó con inestimable tinta roja las penúltimas galeradas. Si lleva su incisivo e ingenioso bolígrafo rojo en el bolsillo del pecho, lo reconoceré inmediatamente si nos encontramos»). Sabiendo que ambos estábamos invitados a una fiesta de filósofos en la reunión de la APA de ese año, me escribió una nota encantadora advirtiéndome de antemano que no era «una dulce jovencita», sino una madre con hijos adultos, por si yo albergaba fantasías, supongo.

El Seminario Secreto que Jerry Fodor y yo habíamos iniciado en 1973 aún estaba en pleno apogeo cuando salió su primer libro, y sugerí que todos lo leyéramos juntos e invitáramos a Ruth a venir y comentarlo con nosotros. ¿Cómo iban a negarse? Yo había escrito el prólogo y les había elogiado el libro. El grupo estaba más que a la altura de mi nombre privado para él, el Círculo Vicioso, y a veces degeneraba en una competición entre los miembros más jóvenes para ver quién podía hacer las críticas más feroces de lo que estuviéramos leyendo, a menudo empezando con «¿Quién recomendó que leyéramos esta mierda?». Se rechazaba sistemáticamente lo «no inventado aquí» (es decir, las ideas o soluciones externas), una afección infame de cerrazón mental que suele afectar a los principales centros de pensamiento. Solía ir a las

reuniones en coche con mi antigua colega de Tufts, Sue Stafford, una vecina y amiga desde hacía muchos años, que a menudo tenía que calmarme en los trayectos de vuelta a casa después de las reuniones. Sue, filósofa que también tenía una carrera en la IA como extractora de conocimientos y diseñadora de sistemas expertos, conocía la ferocidad de las luchas filosóficas, pero también compartía mi aprecio por el trabajo intelectual cooperativo, en equipo. Sin Sue para evitar que explotara, habría abandonado el Seminario Secreto años antes de cuando lo hice.

Pensé que Ruth debería tener la oportunidad de abrirles los ojos. Aceptó la invitación y, para mi consternación, fue sometida a la andanada de insultos más grosera y arrogante que creo haber presenciado por parte de colegas académicos. Heroicamente, hizo como si no pasara nada y, con calma y firmeza, trató de aclarar sus argumentos, en lugar de marcharse indignada. Yo estaba furioso. Cuando se marchó, reprendí a Fodor, Block y al resto del Círculo Vicioso. Prometieron no volver a hacerlo y me pidieron que la invitara de nuevo a un segundo intento. Regresó y volvieron a mostrarse abusivos. Esa fue la última reunión a la que asistí, aunque el grupo continuó por algunos años, y me invitaron a volver cuando quisiera. Lo que supe de las reuniones por colegas que siguieron asistiendo me convenció de que no me estaba perdiendo nada importante.

Por fin, el trabajo de Ruth ha sido reconocido por la profesión, y ha sido invitada a dar conferencias y ha recibido premios en todo el mundo. Su último libro, Beyond Concepts: Unicepts, Language, and Natural Information (2017), es una obra maestra, que amplía su visión de maneras notables, pero que sigue siendo ignorado resueltamente por muchos en el campo de la filosofía. Casi puedo simpatizar con aquellos que aprietan los dientes y fingen que ella no existe; su perspectiva obliga a abandonar gran parte de lo que uno pensaba que había aprendido de los maestros —Frege, Russell, Putnam y Kripke, por nombrar algunos—, lo que deben sentir como una traición o un autoexilio.

19

BIG GEORGE Y EL CURRICULAR SOFTWARE STUDIO

En Contenido y conciencia, uno de mis errores más embarazosos fue destrozar el ejemplo de Quine «Giorgione se llamaba así a causa de su tamaño». Quine trataba de analizar casos en los que una palabra, en este caso «Giorgione», se usa (para referirse al pintor) y se menciona (como nombre) en la misma oración, y yo, al sobreexplicarlo, escribí que «Giorgione» era un diminutivo, que significaba Pequeño Jorge, cuando en realidad significa Gran Jorge. Pensé que, puesto que en francés un crouton es una corteza pequeña y un carafon es media garrafa, había un patrón similar en italiano. Me equivoqué. Un poco de conocimiento puede ser peligroso. Este error dio lugar a una divertida correspondencia entre el filósofo del arte de Columbia Arthur Danto y Quine y yo. Danto, al darse cuenta de mi error, continuó diciendo que Quine también estaba equivocado, citando a Vasari, que decía que Giorgione era llamado así por la grandeza de su alma, no de su cuerpo, y Quine refutó esto con algo de erudición propia. Quine casi nunca se equivocaba en hechos, especialmente sobre el lenguaje.

En años posteriores, a menudo he pensado en mi colega de Tufts George Smith como Giorgione —Gran George, aunque nunca lo he llamado así en voz alta—, no por su tamaño, sino por su grandeza en varios otros aspectos. Es un filósofo que también es ingeniero (sin título en ingeniería) y un experto internacional en turbinas, que vuela por todo el mundo para inspeccionar turbinas dañadas y dar su opinión sobre las causas de sus fallos. También es un erudito de renombre mundial en los Principia de Newton, exdirector en funciones del Instituto Dibner para la Historia de la Ciencia y la Tecnología del MIT, lógico, informático, exentrenador de baloncesto, experto en la lingüística de Noam Chomsky y uno de los mejores profesores que he conocido.

Uno podría preguntarse cómo alguien sería capaz de adquirir tantos tipos diferentes de experiencia. Todo se remonta a su infancia en Cincinnati, cuando los de la General Electric lo identificaron como un estudiante de secundaria superinteligente y lo reclutaron para un programa especial destinado a niños superdotados. Allí, en los años cincuenta, aprendió a programar ordenadores desde cero, en lenguaje de máquina. Mientras estudiaba Filosofía y Matemáticas en Yale (con Wilfrid Sellars, entre otros, antes de que Pittsburgh asaltara Yale para crear su propio gran departamento), trabajó a tiempo parcial en Pratt & Whitney, en East Hartford, utilizando su experiencia en computación para escribir un programa a fin de analizar turbinas de motores a reacción. Este programa, VIBLAD, ampliado y actualizado por George como VIPACK, se utilizó en todo el mundo durante muchos años. Después de Yale, probó el programa de doctorado en filosofía de Harvard, pero lo dejó y se dedicó a la ingeniería durante una década más o menos, colaborando en varios proyectos en el MIT —con Chomsky, con politólogos (por ejemplo, Hayward Alker), con otros— antes de escribir algunos artículos de lógica (sobre la lógica modal de Saul Kripke) que se consideraron suficientes para un doctorado en Filosofía en el Departamento de Lingüística y Filosofía del MIT. En su tiempo libre se ofreció como voluntario para entrenar a niños de barrios marginales en una liga de baloncesto, y lo hizo tan bien que varios jugadores de la NBA le atribuyen el mérito de haberlos encauzado por el buen camino. Entró en el mercado laboral de la filosofía antes de terminar su doctorado, presentando su candidatura solo en Tufts, ya que quería quedarse en Boston, y lo contratamos para enseñar lógica y filosofía de la ciencia, probablemente la decisión de contratación más sabia que haya tomado cualquier departamento de filosofía. Su curso de lógica, quizá el curso de lógica introductorio más exigente del país, era famoso entre los estudiantes, porque sabía cómo inspirarlos a rendir más allá de lo que pensaban que podían hacer, como el entrenador de baloncesto que logra que sus jugadores «lo den todo en la cancha». Permitía a los estudiantes dedicar todo el tiempo que necesitaran en su examen final, y algunos de ellos trabajaban arduamente durante cinco o seis horas antes de entregar sus cuadernos azules.

En 1982, la revista Time otorgó su premio «Hombre [sic] del Año»

al ordenador personal. De repente, los padres de los nuevos estudiantes de Tufts querían que sus hijos aprendieran todo sobre los ordenadores, y que tal vez se especializaran en informática. Tufts ni siquiera tenía entonces un departamento de ciencias de la computación. Había alrededor de media docena de científicos informáticos en la facultad, tres o cuatro en el Departamento de Matemáticas, y algunos más en el de Ingeniería Eléctrica. Formaron un departamento, pero no querían impartir un gran curso introductorio, porque estaban ocupados lidiando con la avalancha de estudiantes ya iniciados en los misterios de la informática que estaban tomando cursos avanzados. Tufts nos pidió a George Smith y a mí, de filosofía, y a dos matemáticos expertos en informática, que impartiéramos en equipo un curso de introducción a la informática. George, con su energía y habilidades organizativas habituales, tomó las riendas. No solo inspiraba a los estudiantes a entregarse por completo a un proyecto, sino que inspiraba también a sus colegas, y pronto dejé o pospuse varios proyectos filosóficos para ayudarlo a crear este curso. Queríamos que fuera intelectualmente sustancial, no solo un curso de habilidades que enseñara a los estudiantes a encender un ordenador, procesar textos y cosas por el estilo. Salvo contadas excepciones, los alumnos del curso no pensaban dedicarse profesionalmente a la informática y, de hecho, muchos tenían una gran fobia a los ordenadores, como le pasaba a mucha gente en los albores de la era de los PC. Pero queríamos que salieran del curso conociendo la teoría básica de cómo funcionaban los ordenadores, cómo escribir programas sencillos y cómo funcionaban los programas informáticos (gráficos, hojas de cálculo), además de otros temas, como la inteligencia artificial. Se les enseñó sobre Alan Turing y las máquinas de Turing, pero también sobre las máquinas de registro, un tipo de ordenador totalmente sencillo e intuitivo que el lógico Hao Wang había inventado en 1957. También aprendieron sobre la arquitectura básica de Von Neumann (compartida probablemente por todas las docenas de chips informáticos que tiene en su casa, su coche, su teléfono, su televisor, su horno...).

¿Qué lenguaje de programación deberíamos enseñarles? Sugerí Logo, la creación de Seymour Papert en el laboratorio de IA del MIT, un lenguaje maravillosamente fácil de usar, diseñado para niños de seis años, con el que aprendían de manera sencilla a hacer

que la «tortuga» Logo se moviera por la pantalla, dibujando líneas y realizando muchas otras tareas simples y visibles. ¡Era perfecto! Los estudiantes de primer año de Tufts, que tenían miedo de tocar un ordenador, no tardaron en competir entre sí para dibujar flores, vehículos, edificios y todo tipo de cosas sorprendentes. Logo es un lenguaje «interpretado», no «compilado», por lo que puedes ver los resultados de cada línea de programación en cuanto la compones. Logo es también un lenguaje extraordinariamente potente, básicamente Lisp para niños, con recursividad total, capaz de tratar el código como datos y los datos como código, una herramienta de pensamiento elegante de potencia ilimitada una vez que empiezas a jugar con ella. También enseñamos a los alumnos los elementos de Pascal, un lenguaje para adultos, solo a fin de que pudieran hacerse una idea de cómo se construyen, depuran y ejecutan los programas serios.

El primer año, George dio algunas charlas brillantes sobre la arquitectura Von Neumann, con su ciclo de instrucciones y su acumulador, sus pilas y contadores de programa. Uno de nuestros ayudantes, Steve Barney, estudiante de informática, se inspiró en esta pedagogía y, durante el verano, con la ayuda de George, creó una simulación animada de una máquina Von Neumann simple y elemental (una máquina de doce bits con 256 registros de memoria y un conjunto de instrucciones reducido), a la que llamó Aesop. Era fabulosa. Podías programarla fácilmente y ver cómo tus líneas de código aterrizaban en la memoria y luego se extraían de una en una en el registro de instrucciones, donde se ejecutaban, cambiando el contenido del acumulador. ¡Tachán! George también dio conferencias para presentar las máquinas de registro y enseñar a los estudiantes cómo programarlas. Yo ni siquiera había oído hablar de máquinas de registro antes de ese curso, y me fascinaron, así que, inspirado por la creación de Steve Barney, me propuse crear una máquina de registro simulada en Logo, con la tortuga moviéndose por la pantalla, metiendo judías en las cajas, sacando judías de las cajas y saltando a otra instrucción cuando una caja estaba vacía. Quería mostrar a los estudiantes que Logo no solo servía para dibujar patrones en espiral y naves espaciales. Estas simulaciones, en especial el Aesop de Steve, fueron tan eficaces que, cuando las usamos en clase al año siguiente, tuvimos que mejorar drásticamente los exámenes del curso; casi todos los alumnos de la

clase habrían obtenido cien puntos si les hubiéramos dado el examen del año anterior.

George y yo decidimos que no debíamos detenernos ahí. Los dos conocíamos a Eric Wanner, que había estado en el laboratorio de IA del MIT, pero se había mudado a Nueva York para convertirse en el vicepresidente y el responsable de programas en la Fundación Sloan, y logramos que nos invitaran a presentar una propuesta en dicha entidad para financiar algo que llamamos el Curricular Software Studio. Nuestra idea era que en muchos campos había lo que podrían llamarse cuellos de botella pedagógicos —conceptos difíciles que confundían a muchos estudiantes— y muchos de esos cuellos de botella, pensábamos, podrían abrirse con software imaginativo. En ese momento, había profesores en todo el país en muchos campos que, con varios niveles de habilidad informática, habían creado programas informáticos para utilizar en sus clases. Funcionaban, pero por lo general no estaban muy pulidos. También había empresas de software que estaban produciendo software educativo en varios campos, con un diseño bastante profesional, pero a menudo flojos en cuanto a contenido. Propusimos ser los intermediarios que unieran a expertos en contenido —profesores— sin habilidades informáticas con programadores que no fueran expertos en contenidos, para formar asociaciones creativas que diseñaran software sólido, claro y preciso para despertar y luego disciplinar la imaginación de los alumnos.

Una de mis funciones en este proyecto fue la de experto en metáforas, y se me ocurrieron varias ganadoras. Llamamos a estos programas prometidos «prótesis de la imaginación», y contrapuse dos formas en que las máquinas pueden hacernos poderosos: a la manera de un buldócer (puedes mover montañas, pero sigues siendo un enclenque de cuarenta y cinco kilos) y a la manera de la máquina Nautilus (utilizas la máquina para hacerte más fuerte). Propusimos máquinas Nautilus para la mente, diseñadas para inculcar y mejorar la imaginación y comprensión fluida en el usuario, no solo proporcionar respuestas a preguntas dejando al usuario a oscuras. George y yo llevamos el programa Aesop de Steve Barney a nuestra reunión en una sala de conferencias de la Fundación Sloan, donde un grupo que incluía a algunos de los principales científicos informáticos nos observó mientras hacíamos

nuestra demostración. En un momento dado, un científico informático me detuvo en mitad de la demostración y dijo, enojado: «Conozco esa imagen», y señaló la pantalla del ordenador en que la CPU y la memoria de Aesop estaban funcionando. Pensé por un terrible momento que nos estaba acusando de plagiar la imagen o algo así, pero continuó, después de balbucear un poco: «Me llevó años tener esa imagen en la cabeza, ¿y dices que se la vas a dar a tus estudiantes en diez minutos?». «Sí, esa es la idea, exactamente».

Recibimos una modesta subvención inicial de la Fundación Sloan y enseguida establecimos nuestra empresa como Curricular Software Studio, para la que contratamos a Steve Barney y a otro joven programador con mucho talento a fin de que fueran nuestros primeros hackers. Empezamos a trabajar en varios proyectos a la vez: un programa de genética de poblaciones llamado GeneWright (en honor a Sewall Wright, cofundador del campo) y el Space Time Microscope (Microscopio del espaciotiempo), de los cuales Aesop era el de menor aumento de un ordenador, unas diez veces más grande y con un funcionamiento un millón de veces más lento que el PC en el que se ejecutaba, con otras «lentes» que permitían hacer zoom en el registro de instrucciones, mostrando cómo los códigos de operación son como códigos de área que conducen a circuitos que realizan operaciones específicas, como la suma o la multiplicación, o hacer zoom en el circuito sumador, mostrando cómo tenía un semisumador dentro, o incluso hacer zoom aún más de cerca para que pudieras ver cómo un flip-flop estaba compuesto de puertas lógicas. En otras palabras, podías ver exactamente cómo las puertas lógicas de las que habías oído hablar se juntaban para almacenar bits, realizar procesos aritméticos o ejecutar instrucciones.

Otra de mis funciones era solicitar ideas para futuras prótesis de imaginación. Mi favorita fue una inspirada en un problema que Stephen Jay Gould me contó que tenía con sus alumnos de Harvard (cuando éramos amigos). Quería que aprendieran a leer y dibujar diagramas de estratigrafía, esas secciones transversales geológicas que muestran capas de sedimento, intrusiones de magma, fracturas y pliegues, entre otras cosas. Les daba conjuntos de problemas que requerían que dibujaran diagramas, y los mejores estudiantes los dibujaban con facilidad, pero luego dejaban que otros compañeros

de clase calcaran o copiaran sus diagramas (sí, se sabe que incluso los estudiantes de Harvard hacen trampas en sus trabajos). «Puedo resolver tu problema, Steve», le dije con arrogancia, y ayudé a Steve Barney y a Robert (Bert) Reuss, un profesor de geología de Tufts, a crear Slice, un programa de dibujo que, en lugar de permitirte dibujar cuadrados y círculos y flechas y llenarlos de color, solo te permitía «pintar» usando elementos geológicos primitivos, como depositar una capa sedimentaria en x, o plegar en y, o erosionar hasta el nivel z. En un lateral de la pantalla se desplegaba una lista de tus acciones y, si realizabas algunos pasos en un orden incorrecto, o con los parámetros equivocados, podías editar estas acciones y el programa volvía a dibujar tu diagrama. «Con este programa, Steve», le dije, «puedes dibujar un diagrama de estratigrafía, ocultar las listas de acciones y retar a tus alumnos a dibujar el mismo diagrama con el programa. Si pueden hacerlo, es que entienden los principios».

Arrancamos bien con Slice, pero nunca lo terminamos, tristemente, por varias razones, la principal de las cuales era que los PC originales no tenían la potencia gráfica necesaria para hacer lo que queríamos que hicieran con la suficiente rapidez. No puedes tener esperando a tus estudiantes cinco minutos para que el programa redibuje su diagrama. Hoy, con los motores gráficos ultrarrápidos desarrollados en gran parte por las compañías de videojuegos, podrías hacer un programa Slice tridimensional fantástico, que permitiera a los alumnos ordenar una orogenia (la creación de una cordillera), hacer «cortes de carretera» en cualquier ángulo de sus laderas y ver la erosión de millones de años actuando en segundos, una perspectiva que me hace la boca agua. Tenía una versión del prototipo del programa Slice en el PC de casa mientras trabajábamos en él, y mi hijo Peter, que entonces tenía unos once años, se quedó fascinado con él y pasó horas intentando escribir «PD», sus iniciales, en capas plegadas y fracturadas en un diagrama. Estaba aprendiendo relaciones fundamentales entre acontecimientos geológicos sin «estudiar» nada; era un juego con reglas y resultados, y captaba por completo su atención.

Un día llevé a Mark DeVoto, mi viejo amigo de la Facultad de Música, a comer para ver si podía interesarle crear una prótesis de imaginación para enseñar puntos difíciles de la teoría de la armonía

o la composición. Intercambiamos ideas durante varias horas felices y luego decidimos, entre risas, que ya existía una máquina así, ideal tanto visual como auditivamente, para la tarea. ¡Se llama piano! Un piano no solo te permite tocar varias notas a la vez, en cualquier orden que elijas, sino que te ofrece dos representaciones visuales relacionadas pero diferentes: el teclado y el pentagrama frente a ti. Es un instrumento muy fácil de usar, que cualquier niño puede empezar a tocar, pero lo que puedes hacer con esas teclas es prácticamente ilimitado, y no tienes que preocuparte de afinar cada nota mientras la tocas. Así que ahora tenía otra metáfora para explicar lo que estábamos haciendo en el Curricular Software Studio: estábamos diseñando «pianos conceptuales» que cualquiera podía tocar.

Al cabo de unos años, habíamos creado varios programas útiles —aunque no siempre emocionantes— y estábamos en contacto con personas de todo el país que también hacían cosas similares. Organizamos un taller nacional, que reunió a los líderes del sector, y nos dimos cuenta, por desgracia, de que el mundo de la informática estaba cambiando demasiado rápido para ser capaces de mantener el ritmo. Habíamos decidido usar PC (antes de que existiera Windows, usábamos el sistema operativo DOS), mientras otros utilizaban Macs. Tendríamos que seguir actualizando los productos que ya habíamos creado para aprovechar los nuevos y más rápidos modelos de ordenadores personales, y había montañas de trámites burocráticos que completar para obtener los acuerdos de licencia adecuados y cosas por el estilo. Jon Barwise y John Etchemendy, filósofos de Stanford, habían creado Tarski's World (sobre lógica de primer orden) y Turing's World (sobre máquinas de Turing), y Judah Schwartz en el MIT tenía su maravilloso Geometric Supposer (que permitía hacer construcciones euclidianas en un ordenador como fuente de teoremas candidatos a demostrar), y aunque fueron muy admirados y utilizados durante unos años, a mediados de los noventa todos nos habíamos quedado sin energía y sin dinero. Es una lástima, ya que todavía existen cuellos de botella pedagógicos que podrían abrirse con software de alta calidad; algunos que me tientan son la visión del color, pasando de la física de los fotones a las representaciones neuronales; versiones mejoradas del elegante software Blind Watchmaker de Richard Dawkins para explorar la evolución; y, por supuesto, aprender a

visualizar cómo los gases de efecto invernadero conducen, indirectamente, a sequías, tornados y otros fenómenos meteorológicos destructivos.

¿Qué hay de las prótesis informáticas para hacer filosofía? Aparte de los admirables programas de Barwise y Etchemendy, que dan vida a la lógica, no ha sido, hasta donde yo sé, un área fructífera. A los filósofos les queda un largo camino por recorrer para ponerse al día con los científicos y, hasta la reciente revolución del PowerPoint, pocos filósofos usaban diagramas para ilustrar sus argumentos en conferencias o ponencias, más o menos como los novelistas que se oponen a las ilustraciones en principio. Pero los tiempos están cambiando. Llevo años argumentando que la investigación en IA proporciona excelentes herramientas tanto para disciplinar como para mejorar la imaginación de los filósofos, cuyos experimentos mentales (o bombas de intuición, como yo los llamo) suelen estar plagados de lagunas y trampas que cualquiera descubriría al intentar construir un modelo informático para demostrar el efecto pretendido. La IA puede verse como una especie de disciplina experimental de pensamiento asistida por ordenador, que prueba simplificaciones tentadoras y descubre problemas incómodos por el camino. El reto de convertir «vaporware» (promesas y empujones vagos) en software operativo es una experiencia de aprendizaje humillante para los filósofos, pero también ha dado algunos resultados impresionantes.

Durante varios años, Steve Barney, con ánimos y consejos de mi parte, trabajó con Joan King, profesora de neuroanatomía de la Facultad de Medicina de Tufts, en TUBE, en el Brain Explorer de la Universidad de Tufts, que hacía por el cerebro lo que el famoso mapa del metro de Londres hace por la geografía de las líneas de ferrocarril bajo la capital británica: preservar la conectividad mientras se eliminan todas las arrugas. Queríamos que eso fuera un sistema de modelado cerebral tridimensional que permitiera «inflar» el córtex cerebral arrugado y surcado en las capas altamente regulares que han envuelto el cráneo, estirando y alisando selectivamente las conexiones y haciendo una representación esquemática similar de las otras partes del cerebro: el cerebelo, el tálamo y todo lo demás. Steve tuvo un buen comienzo en este campo, pero en las décadas intermedias otros nos han alcanzado y

superado con creces en el arte —y es un arte— de diagramar el cerebro de modo que sugiera hipótesis sobre cómo funciona y por qué está organizado de la manera en que lo está.

Todo esto surgió a raíz de la introducción a los ordenadores en su niñez de George Smith en Cincinnati, y hoy diría que el curso introductorio de computación que impartí con él fue la experiencia de enseñanza y aprendizaje más gratificante de mi vida académica. En segundo lugar, estaría otro curso que dimos juntos: un seminario sobre la ciencia y la filosofía de Descartes (sobre el que George es, por supuesto, un experto). George nos guio a mí y a la clase a través de una fascinante inmersión profunda en la ciencia de la época de Descartes y las reveladoras controversias que surgieron de sus Meditaciones. Esto me llevó a escribir mi único ensayo de erudición histórica, «Descartes's Argument from Design», desenterrando la sorprendente versión de Descartes del argumento teleológico para la existencia de Dios en su Tercera meditación. Después de enseñar las Meditaciones durante décadas, por fin entendí su sorprendentemente oscuro y decepcionante argumento, una vergüenza que me había apresurado a pasar por alto docenas de veces. Dudo que sus contemporáneos apreciaran lo que estaba tratando de hacer, y él mismo, creo, tenía solo una idea superficial de cómo funcionaba su argumento, pero en retrospectiva podemos decir que su argumento era —o debería haber sido— convincente hasta que Darwin llegó y anuló su perspectiva.

20

LAS CONFERENCIAS LOCKE Y LOS MONOS VERVET EN AMBOSELI

La familia Dennett regresamos a Oxford en 1983, para el trimestre estival, el Trinity, a fin de que pudiera dar las conferencias Locke de filosofía. Los conferenciantes Locke son casi siempre extranjeros —la mayoría, de Estados Unidos— y dan una conferencia por semana durante siete semanas. Mi tema era el libre albedrío, y descubrí con deleite que la obra maestra de Ryle, El concepto de lo mental, originalmente había sido planeada como un libro sobre el libre albedrío. Me gusta pensar que Ryle, que murió en 1976, habría aprobado mis conferencias, que sin duda llevaban el sello de su influencia perdurable en mi pensamiento. Donde Ryle había expuesto «el fantasma en la máquina», yo expuse los «espectros» a los que los filósofos han recurrido en sus esfuerzos desesperados por motivar algunos de sus temas preferidos, un fenómeno que he llamado recientemente «inflación del libre albedrío».

Llevaba conmigo mi fiel ordenador «portátil» Kaypro y una pequeña impresora matricial. Desde mi año con John McCarthy en CASBS, me convertí tanto al tratamiento de textos como al correo electrónico, y recuerdo con emociones encontradas las alegrías y los terrores de aquellos primeros días de la informática personal. Los primeros sistemas de edición de texto eran más rápidos en general que los procesadores de texto actuales, porque no tenían toda la sobrecarga de copiar y guardar automáticamente y no eran WYSIWYG (What You See Is What You Get [lo que ves es lo que obtienes]). Tenías que escribir códigos de formato: para poner una frase como «a priori» en cursiva, tenías que escribir algo como «{CTRL\ital: a priori}»; no era inusual imprimir un archivo y descubrir que habías olvidado cerrar una llave en alguna parte, con el resultado de que página tras página de texto aparecía en cursiva. Ligeramente molesto, pero pocas calamidades pueden igualar el

descubrimiento de que el archivo en el que has trabajado durante semanas ha desaparecido en el éter debido a un fallo informático, sin copias en ninguna parte. Las elaboradas medidas de seguridad de los sistemas operativos actuales son todas mejoras bienvenidas por las que unos tediosos milisegundos de retraso son un precio que merece la pena pagar. Un día se me rompió un resorte en el pequeño cierre de mi Kaypro que sostenía el disquete para mi sistema operativo. Si no podía cerrar la tapa de manera segura, no podría usar el sistema operativo en absoluto, así que tuve que hacer una reparación. Tomé mi navaja suiza, siempre a mano, y tallé una cuña especialmente diseñada a partir de una pinza de ropa, lo cual funcionó. Pocos filósofos de Oxford habían visto un ordenador personal por aquel entonces, y algunos de ellos vinieron a nuestro piso para ver la maravilla; cuando comprobaron que realmente lo había reparado —con una navaja, nada menos—, se quedaron indebidamente impresionados con mi pericia informática, una opinión que no me apresuré a corregir.

Ya he escrito en otro lugar sobre la recepción de mis conferencias Locke, que tuvieron una nutrida asistencia. A uno de los filósofos de Oxford que asistieron, Michael Dummett, se le oyó decir que no aprendería nada de alguien capaz de llenar los asientos de la Biblioteca de Derecho semana tras semana y, fiel a su palabra, nunca aprendió nada de mí. Mientras tanto, Richard Dawkins se sentaba allí cada semana, escuchaba atentamente y a menudo se unía a mí para debatir y tomar una copa después. Un año más tarde, publiqué mis conferencias Locke con el título de Elbow Room: The Varieties of Free Will Worth Wanting, que sigue siendo hasta hoy mi obra favorita en muchos aspectos. Al igual que con mi primer libro, insistí en que se publicara simultáneamente en tapa dura y en rústica, pero esta vez dicha política fracasó. Fue visto como un libro de texto y casi no tuvo reseñas. Creo que no fue tan leído como esperaba. He hallado cierta satisfacción al ver que muchos de los argumentos que expuse primero en Elbow Room han sido reinventados o ignorados erróneamente por autores filosóficos posteriores. No está bien decir «os lo dije», pero lo he hecho.

Había quizás ochenta filósofos en la facultad de Oxford en ese momento, y un grupo muy selecto, alrededor de una docena de los más ilustres, se reunían semanalmente durante el trimestre para el

«grupo de Freddie», una charla y una copa antes de cenar con A. J. Ayer. Ese año me invitaron a ser miembro temporal del grupo de Freddie, y nos reuníamos en las habitaciones de Ronnie Dworkin en el University College. A menudo he deseado haber tenido una discreta cámara de vídeo —entonces no existían, por supuesto— para grabar las maravillosas costumbres de estos filósofos en aquella época. Una vez reunido el grupo, el ponente del día procedía a leer su trabajo (por supuesto), mientras los demás escuchaban con atención, tratando de no distraerse con el miembro más joven presente (Christopher Peacocke, entonces), que recorría la sala de puntillas y susurraba a cada miembro por turno: «¿Qué va a tomar?», y luego iba al bar a preparar un gin tonic, o a traer una copa de vino o jerez, o para los que no bebían, como Derek Parfit, un vaso de zumo de naranja. Tras la lectura del trabajo, había tiempo para unos cuarenta y cinco minutos de debate antes de que el grupo se fuera a sus respectivos colleges o casas a cenar. Recuerdo vívidamente a Peter Strawson diciéndole a otro miembro: «Veo que tienes el examen oral de Jones el jueves. Sabes, es de veras un tipo virtuoso, muy virtuoso». «Ah, sí, muy virtuoso», fue la respuesta, señalando que había recibido la información de que sería una pena que Jones no aprobara el examen. En otra ocasión, a Freddie lo invitaron a cenar con un miembro más tarde esa misma semana, y consultó su pequeña agenda de bolsillo para ver si estaba libre; no lo estaba, pero respondió: «Veo que tengo programada una cena en el college esa noche, pero la desprogramaré y me uniré a usted encantado».

Me invitaron a presentar una ponencia en el grupo de Freddie y elegí un borrador de mi artículo sobre el problema del marco. Todos escucharon atentamente, pero luego pasaron la primera media hora de discusión debatiendo si era o no, estrictamente hablando, filosofía. Esperé con creciente impaciencia y me sentí agradecido cuando David Wiggins, filósofo de filósofos si alguna vez hubo alguno, intervino diciendo: «¿Qué más da si es filosofía? ¡Es un tema muy interesante!». A continuación, se entabló un buen debate. Un hecho curioso que me sorprendió hace poco fue que, en los casi cuarenta años transcurridos desde entonces, a menudo he sido invitado a dar charlas en Oxford a psicólogos, biólogos, investigadores de IA, grupos de estudiantes y en actos públicos, pero nunca a filósofos. Incluso he sido invitado por el Departamento

de Filosofía a formar parte del comité para elegir al lector Wilde (ahora profesor) de Filosofía Mental, pero no a dar una charla. Da lo mismo; los filósofos cuyo trabajo admiro han muerto o se han ido a otros lugares entretanto, y me siguen encantando mis frecuentes regresos a Oxford.

Mientras estábamos en dicha ciudad, recibí una invitación de Robert Seyfarth, el investigador de monos vervet que había conocido en Berlín, para que me reuniera con él y su mujer, Dorothy Cheney, en el Parque Nacional de Amboseli, en Kenia, durante unos días de trabajo de campo, para que pudiera hacerme una idea mejor de las dificultades que entrañaba y quizá ayudarles a diseñar algunos experimentos más. Susan, una experta en explotar la industria de agencias de viajes británica, descubrió que podíamos llevarnos a los niños para unas «vacaciones» de dos semanas a Kenia, alojándonos en el Nyali Beach Club, un antiguo y encantador hotel tipo resort en el océano Índico, a las afueras de Mombasa, y desde allí hacer un safari fotográfico en Land Rover hasta Amboseli, donde me dejarían con Robert y Dorothy mientras ella y los niños volvían al Nyali Beach Club para unirse a mí al final de nuestra visita. Propuse escribir un artículo sobre mi aventura en la investigación de monos, con muchas fotografías, para Psychology Today, que proporcionó financiación parcial para todo el viaje. Antes de terminar el artículo, la revista, entonces propiedad de la Asociación Americana de Psicología, dejó de publicarse durante algunos años, pero no tuve que devolver el anticipo, y mi artículo finalmente apareció en Poetics Today, que no es una de mis publicaciones habituales.

La base de operaciones en el campamento de Robert y Dorothy en Amboseli, que compartían con las investigadoras de elefantes Cynthia Moss y Phyllis Lee, era como un plató de película estereotipada, con cuatro o cinco tiendas grandes en un claro, un pequeño generador, un ingenioso sistema de ducha hecho con un bidón de aceite y un aspersor de riego que se calentaba sobre el fuego de leña y luego se izaba con una polea, todo presidido por Wasako, el amable cocinero y encargado del campamento keniano, que mantenía a las serpientes, los búfalos y similares fuera del pequeño claro. Cuando regresábamos al atardecer de un día en el campo, después de una ducha caliente, las bebidas frías estaban

listas en la tienda-salón, sonaba un disco en un pequeño fonógrafo portátil y pronto se servía a la mesa una buena comida. Cynthia Moss no estaba, así que me alojé en su tienda, rodeada de cráneos de los elefantes que había conocido durante años. He descrito en detalle lo que aprendí y las ideas que suscitó en mi artículo, y no volveré a relatarlo aquí más allá de señalar un descubrimiento un tanto secundario que hice en esa ocasión: a veces, cuando no consigues que un experimento funcione de la manera que quieres, ese mismo hecho es la clave. Estábamos tratando de averiguar cómo asegurarnos de que un mono supiera algo (la presencia cercana de una [falsa] pitón) y de que también supiera que otro mono rival no. En realidad, esperábamos inducir a un mono a mentir. Pero no pudimos organizar situaciones donde esto fuera una lectura plausible de las condiciones epistémicas. Al final nos dimos cuenta de que, si no podíamos asegurarnos de eso, ¡tampoco los vervet! Las ocasiones para mentir no surgen cuando vives en espacios tan reducidos. Talleyrand una vez dijo que el lenguaje se nos dio para que pudiéramos ocultar nuestros pensamientos los unos a los otros, y si no puedes decir mentiras de manera eficaz, no hay mucha ventaja para hacer evolucionar el lenguaje a partir de simples sistemas de señalización.

Es sorprendente lo rápido que uno se acostumbra a circunstancias nuevas. Una mañana, durante el desayuno, levantamos la vista y vimos que un elefante se había abierto paso entre los árboles que rodeaban el claro y estaba comiendo hierba bajo el tendedero. Tomamos nota brevemente y luego seguimos con nuestra conversación mientras el elefante terminaba su desayuno y desaparecía de nuevo entre los árboles. Antes de unirme con Robert y Dorothy en su campamento, los Dennett pasamos una noche en el Amboseli Lodge, en una de las pequeñas cabañas de bloques de cemento que rodeaban el comedor y el bar. Allí nos encontramos con otra tribu de monos vervet, ladronzuelos audaces que no temían a los extraños y te robaban galletas y cacahuetes del plato en la terraza cuando no los vigilabas. Los niños se quedaron impactados cuando una alemana intentó recuperar sus cacahuetes de un vervet, que luego le mordió el trasero y la hizo entrar gritando en el restaurante. Alrededor de las cabañas, la dirección había colocado una hilera de rocas encaladas y había advertido a todos los huéspedes que no salieran de la línea, donde animales

salvajes peligrosos podrían atacarnos. Observamos a un grupo de turistas con sus cámaras acercarse justo a la línea de rocas, cerca de la cual se movían una docena de elefantes. «Los elefantes no conocen las reglas», gritó preocupado uno de los camareros e hizo que los turistas regresaran a toda prisa a sus cabañas.

Esa tarde, algunos guerreros masáis adolescentes —para su iniciación a la adultez matando un animal salvaje peligroso— aparecieron en el lodge, quizás solo para mostrar sus increíbles lanzas de acero, bellamente bruñidas y pulidas, obras de arte con bordes afilados como navajas. Los investigadores estaban tratando, con cierto éxito, de persuadir a los masáis para que no fueran a por elefantes o rinocerontes, sino solo a por búfalos o leones. Aparte de los búfalos, los cazadores furtivos somalíes fuertemente armados que buscaban marfil o cuerno de rinoceronte eran los mamíferos más peligrosos en los alrededores y, cuando estábamos en el campo, teníamos cuidado de no hacer excursiones que pudieran exponernos inadvertidamente a los cazadores furtivos. Los masáis, por otro lado, sentían una profunda hostilidad hacia estos intrusos. Descalzos y armados solo con sus lanzas y cuchillos, salían de noche y se infiltraban en los campamentos de cazadores furtivos y los mataban mientras dormían. Un día, un masái vino a nuestro campamento y le dijo a Phyllis Lee que había encontrado un elefante muerto no muy lejos. Phyllis y yo fuimos a investigar, y ella, por supuesto, pudo reconocer al animal por las áreas desgarradas en sus orejas y las otras cicatrices y bultos a los que recurría para identificar a sus sujetos. Se habían llevado los colmillos y, cuando llegamos al lugar, el elefante era invisible bajo un manto de buitres que devoraban con avidez el cadáver en descomposición. Tuve que ponerme un pañuelo sobre la nariz y la boca para no vomitar. ¿Cómo será ser un buitre…? ¿Escalar ansiosamente la cavidad abdominal de un elefante muerto hace tiempo para recuperar algún bocado?

21

EL CENTRO DE ESTUDIOS COGNITIVOS: AVENTURAS CON NICHOLAS HUMPHREY

Dado nuestro apego a la granja y a nuestras aventuras estivales allí, llevaba años recibiendo y rechazando discretamente invitaciones de otros departamentos de filosofía cuando Wilfrid Sellars se jubiló en 1984 y Pittsburgh me ofreció su puesto. Tal vez era el momento de mudarse, y ¿qué mejor lugar que Pittsburgh, cuyo departamento tanto admiraba? Además de los filósofos que había allí, estaba el grupo de IA de Carnegie Mellon, y Allen Newell y Herb Simon se unieron al esfuerzo de reclutamiento, junto con Wilfrid. Parecía probable que diéramos el salto y luego ya descubriríamos cómo pasar los veranos en Blue Hill, como de costumbre. Mi amigo y colega Hugo Bedau decidió hacer una contraoferta y me preguntó qué me haría feliz para quedarme en Tufts. Había tenido ocupada mucho más tiempo del que me correspondía a la secretaria del departamento para que gestionara mi correspondencia y mis viajes, y, aunque Tufts contaba con su formidable programa de máster en filosofía, me hacía ilusión tener estudiantes de posgrado avanzados en Pitt, un generoso presupuesto para libros y revistas, y mi propia secretaria. Bedau lo tomó en cuenta y, con la ayuda del rector, ideó el plan de crear el Centro de Estudios Cognitivos en Tufts, que me proporcionaría una secretaria y, lo más importante, un puesto de investigador asociado con una dotación económica considerable que podría usar para apoyar a un estudiante de doctorado de otro lugar que quisiera trabajar conmigo, o a un posdoctorado, o a un profesor júnior, o a quienquiera que pudiera ayudarme con mi investigación. También me otorgaron una reducción de la carga docente y un ascenso a profesor distinguido de Artes y Ciencias, junto con el título de director del centro. Me imagino a los filósofos de todo el mundo salivando por este puesto casi perfecto, y solo les recordaría que pasé quince años en Tufts haciendo más que mi parte del trabajo pesado, incluidos cinco años algo tumultuosos como jefe del

departamento. En resumen, había saldado mis deudas.

Tufts y yo teníamos un acuerdo: ninguno de los dos se comprometía a intentar ampliar el centro ni a recaudar fondos para él. Podía seguir siendo mi pequeña empresa de tres personas si ello me contentaba, o podía intentar convertirlo en algo más grande. Durante veinte años siguió siendo pequeño, hasta que surgió la oportunidad de traer a mi estimado amigo y colega de muchos años, el lingüista Ray Jackendoff, como codirector y poner en marcha los planes largamente pospuestos de crear tanto una licenciatura como un programa de doctorado en ciencias cognitivas. Cuando se estableció el centro por primera vez, en 1985, había pedido una secretaria a media jornada. ¿No quería una secretaria a tiempo completo? No, porque si tenía que contratar a una secretaria a jornada completa estaría compitiendo con todos los dentistas y abogados de Boston por los recién graduados de alguna escuela de secretariado, pero sabía que había muchas madres (o padres) jóvenes inteligentes con títulos universitarios que querían un trabajo a tiempo parcial para poder estar en casa cuando sus hijos llegaran de la escuela, y pensé que probablemente podrían hacer más, y mejor, en veintiún horas a la semana (para tener derecho a prestaciones) que una secretaria novata a tiempo completo en cuarenta horas. Esa corazonada resultó ser correcta. Primero, la esposa de un administrador de Tufts; luego, una recién licenciada en inglés en Tufts, que a la postre se convirtió en la esposa de uno de nuestros estudiantes de máster (presidí su ceremonia de matrimonio), quien empleó su tiempo como mi secretaria para completar cursos de premedicina en Tufts y así convertirse en veterinaria; luego, otra joven madre, y otra; y después una exalumna de Tufts, Teresa Salvato, que ha sido mi consejera, asistente y querida amiga durante un cuarto de siglo.

El centro tuvo un excelente comienzo. Patricia y Paul Churchland tenían a una estudiante de Canadá que se había interesado en la neurociencia, pero estaba haciendo un doctorado en filosofía en Michigan con Jaegwon Kim, un filósofo de la mente muy tradicional que no tenía demasiado interés por la ciencia cognitiva. ¿Podía asumir, extraoficialmente, el papel de Jaegwon? Sí, en efecto, y Kathleen Akins se convirtió en la primera investigadora asociada del centro, justo el tipo de acuerdo que yo esperaba. Fue algo

espectacular; me enseñaba algo nuevo sobre neurociencia y filosofía casi cada vez que hablábamos, y tenía ideas y opiniones. Uno de sus temas favoritos era que, aunque todos sabían que los cerebros estaban para guiar a los cuerpos a través de la vida, no se tomaba suficientemente en serio la implicación de que los cerebros fueran, a todos los niveles, «narcisistas», su término para referirse al hecho de que la evolución diseñó los cerebros para ignorar lo que no es inmediatamente relevante para mí (el organismo cuyo cerebro es) y para encuadrar tanta información como sea posible en términos de su importancia inmediata para la acción y la autopreservación. Los cerebros son sistemas de exploración y navegación increíblemente buenos, no buscadores imparciales ni registradores de la verdad sobre el entorno.

El neuropsicólogo Marcel Kinsbourne (hablaré más de él en breve) había sido invitado a tener un puesto no remunerado en el centro, y Kathleen se unió a nosotros en las rondas de Kinsbourne en el Hospital General de Massachusetts, visitando laboratorios, hablando tanto con filósofos como con científicos cognitivos, y escribiendo una excelente disertación, que defendió en Ann Arbor en 1989. Después de pasar por la Universidad de Illinois y Xerox PARC, obtuvo una cátedra en la Universidad Simon Fraser de Vancouver. Le concedieron una de las codiciadas becas Centennial Fellow de un millón de dólares de la Fundación McDonnell, que dedicó a formar y apoyar a un grupo de jóvenes neurofilósofos que en gran medida le deben su carrera. Desde hace décadas está afectada por un misterioso trastorno autoinmune, la espondilitis anquilosante, pero aun así ha conseguido producir algunos trabajos clásicos sobre aspectos de la neurociencia y la filosofía de la mente, desafiando las especulaciones teóricas de filósofos (y científicos) sobre la visión del color y el extravío implícito en el famoso argumento de Nagel sobre «cómo es» ser un murciélago o un humano.

A mediados de ese primer año tuvimos como investigadora visitante a Cecilia Heyes, una joven y brillante psicóloga británica que había estado trabajando con el pionero psicólogo evolucionista Donald Campbell en Lehigh. Desde entonces ha sido una crítica constructiva y persistente de mis ideas, y me alegró mucho recomendarla encarecidamente para All Souls College, donde ahora sigue los pasos de Susan Hurley y es una colega muy querida de ese

antiguo college. Su reciente libro, Cognitive Gadgets: The Cultural Evolution of Thinking (2018), presenta algunas mejoras al creciente consenso de que las teorías sobre la mente humana deben poner la evolución cultural en primer plano; las grandes diferencias entre las capacidades de nuestras mentes y las de las mentes animales evolucionaron culturalmente primero, seguidas de respuestas genéticas más lentas. El segundo investigador asociado del centro fue Nicholas Humphrey, que había sido el «fantasma en el banquete» en la Conferencia Dahlem. Nuestras aventuras merecen una sección aparte.

Después de nuestro primer encuentro en Londres (véase el capítulo 16), Nick y yo mantuvimos varias discusiones largas en conferencias, y quedó claro de inmediato que íbamos a ser amigos cercanos por el resto de nuestras vidas, a pesar de —o tal vez debido a— nuestras diferencias de opinión sobre la conciencia, que iban surgiendo poco a poco. Por suerte, uno de los primeros proyectos que Nick y yo preparamos después de que se uniera a mí en Tufts nunca despegó: un documental sobre lo que la ciencia tiene que decir sobre la conciencia. Obtuvimos una aprobación provisional de la Fundación Annenberg para hacer una breve serie de programas, pero la financiación era miserable, y en lugar de hacer una serie de conferencias de bajo presupuesto con unos pocos diagramas, lo dejamos, lo cual fue una buena decisión, ya que nuestras diferencias sobre aspectos clave de la conciencia estaban cristalizando y no se resolvían. Me estremezco al pensar en los callejones sin salida y las discusiones que habrían estallado si hubiéramos estado bajo la presión de los plazos temporales para producir una serie de televisión.

Afortunadamente, de nuestras conversaciones surgió otro proyecto: una investigación sobre el trastorno de personalidad múltiple (TPM). La publicación de Sybil de Flora Rheta Schreiber en 1973, impulsada por la película (1976), protagonizada por Sally Field, había desencadenado una moda diagnóstica, con cientos de supuestos «múltiples» sometidos a terapia y miles más extrapolados por los entusiastas. La causa de su condición se describía casi invariablemente como horrendos abusos sexuales durante la infancia. Había defensores apasionados del diagnóstico y detractores igualmente apasionados, y decidimos llegar al fondo del

asunto, si podíamos. No todos los defensores eran gente marginal; había profesores de psiquiatría en las principales facultades de medicina que estaban convencidos de que se trataba de un fenómeno real, y no —como insistían los escépticos— de una folie à deux (¡o trois o más!). El trastorno había sido reconocido oficialmente en el Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-III, 1980) de la Asociación de Psiquiatría Americana, pero más recientemente lo habían rebautizado y descrito como trastorno de identidad disociativo (TID) en el DSM-IV de 1994.

Nick y yo reconocimos que el yo o ego no era un órgano, ni tampoco un alma inmaterial, como proclamaba la tradición, sino más bien una abstracción, una «máquina virtual», que surgía de la organización de fuerzas y procesos en el cerebro. Como yo había expresado, el yo era el «centro de gravedad narrativo». Quizá pudiéramos aprender más sobre los yoes solitarios normales estudiando los yoes múltiples anormales. Estábamos ansiosos por conocer e interactuar con los múltiples, por supuesto, pero las cuestiones de confidencialidad médica eran complicadas; por ejemplo, ¿tenían que firmar el formulario de consentimiento todos los alters (las otras personalidades que comparten el cuerpo con el «huésped»)? Con la atenta colaboración de algunos colegas de la comunidad psiquiátrica, logramos conocer a algunos múltiples, aunque siempre en presencia de sus terapeutas. Un hipnoterapeuta nos mostró una cinta de vídeo de una sesión que había grabado con una joven patética, encorvada y temblorosa que, de repente, se sentó erguida y dijo en voz alta, grave y amenazadora: «¡Puedo matarla cuando quiera!». En el vídeo el terapeuta dio un salto atrás de la sorpresa, al igual que nosotros al verlo (¡algo parecido a El exorcista!). Nos reunimos con terapeutas y familiares, que nos dieron descripciones detalladas de los individuos afectados, pero nunca pudimos disipar del todo la atmósfera de asombro que, según nos cuenta la historia, impregnaba las sesiones de espiritismo dirigidas por supuestos médiums que han tenido sus propios y breves momentos de fama a lo largo de los últimos cientos de años. ¿Cómo exponer tus dudas respecto a los relatos más extravagantes sobre rituales satánicos y similares sin insultar a tus informantes y ahuyentarlos? Encontré una táctica práctica que a veces había utilizado en mi juventud para rebatir con delicadeza los relatos de

hazañas sexuales de otros adolescentes: no expresar escepticismo; en su lugar, lanzarse con avidez a los detalles que tienden a descuidarse en las fantasías. «Estos rituales satánicos son increíbles, pero ¿cuándo los ensayasteis? ¿Quién asignaba los papeles? ¿Hicisteis vuestros propios disfraces? ¿Dónde los escondíais? ¿Quién lo limpiaba y recogía todo?». No es tan difícil darse cuenta cuándo alguien está inventando respuestas sobre la marcha a preguntas que nunca se les habían ocurrido.

Asistimos a la Quinta Conferencia Anual sobre Personalidad Múltiple/Estados Disociativos en Chicago, un evento revelador, donde se manifestó claramente la dinámica de amplificación sectaria. Participé en una sesión en la que un profesor de psiquiatría de una facultad de medicina de una gran universidad contó a un reducido y embelesado público el caso de una joven estrella internacional del tenis a la que estaba tratando. Sus padres, que también eran sus entrenadores, habían organizado que se quedara embarazada y diera a luz a un bebé destinado al sacrificio ritual por el culto satánico al que pertenecía su familia. Ahora ella había vuelto al circuito internacional de torneos, pero sufría un trastorno de personalidad múltiple, que él estaba tratando. ¿Cómo comprobar una historia así sin violar el derecho a la confidencialidad médica? Encontré una manera: llamé a Bud Collins, decano de los periodistas de tenis, y, sin darle detalles sobre el origen de mi curiosidad, le pregunté si sería posible que una mujer joven diera a luz y luego volviera a una clasificación relativamente alta sin que nadie sospechara. «Ni en sueños», me contestó. El mundo de los tenistas de élite, tanto hombres como mujeres, está demasiado interconectado, es demasiado curioso y conocedor de la salud y la forma física de los jugadores, y los periodistas son demasiado entrometidos, para que tal cosa ocurra. Una desaparición de la escena durante la mayor parte de un año sería motivo de una intensa curiosidad. Así que el buen profesor debía de estar inventándoselo todo, o al menos exagerando enormemente un caso real para darle un efecto dramático. Nick y yo vimos mucho de eso, e incluso advertimos esa tentación en nosotros mismos. Al regresar en coche de un interrogatorio u otro, descubríamos, cuando comparábamos las notas sobre lo que habíamos observado, que estábamos muy tentados a exagerar. ¿Por qué? Porque ambos teníamos la poderosa sensación de haber presenciado algo

perturbador e inquietante, algo a lo que teníamos que dar un impulso dramático para hacer justicia a lo que habíamos experimentado. Y quizá también nos impulsaba la sospecha latente de que habíamos sido cómplices de la persona manipuladora a la que habíamos intentado entrevistar. Si quieres cooperación, tienes que apoyar la representación; haz demasiadas preguntas difíciles y los alters simplemente «se van».

Una vez inmersos en el material, me di cuenta de que nuestro análisis de lo que encontrábamos sería de interés para un público más amplio de pensadores instruidos, no solo para filósofos y psicólogos, así que llamé a Barbara Epstein, editora de The New York Review of Books, para ver si estarían interesados en el artículo que estábamos escribiendo. Me dijo que sí, así que adaptamos nuestro artículo para ese público. Cuando le enviamos el borrador, recibimos una serie de confusas sugerencias editoriales y, cuando le hicimos preguntas, nos remitieron lo que parecía un conjunto de cortinas de humo, no críticas. Al final, después de varios intentos fallidos de aclarar las críticas que nos ofrecía, Nick y yo concertamos una cita para hablar con ella en su oficina de Nueva York. No fue bien. Estaba visiblemente molesta y era tan incapaz de mantener una conversación coherente que nos fuimos discretamente al cabo de unos minutos. Estaba claro que The New York Review of Books no iba a publicar nuestro artículo, así que lo publicamos en otro lugar.

Encontramos otros críticos profundamente descontentos con nuestro artículo, en ambos lados. ¿Era la TPM solo una intensificación iatrogénica (causada por el médico) de alguna aflicción más mundana, o era algo que podía desarrollarse fuera de las ministraciones habilitadoras de la comunidad terapéutica? Lo que queríamos encontrar en particular, de alguna manera, era un múltiple en estado salvaje, alguien que aún no se hubiera visto sometido a las preguntas capciosas de un terapeuta ansioso. Un día recibí una llamada de una de nuestras informantes más útiles, Nina Fish Murray, a quien conocía desde hacía décadas, y que atendía a pacientes en una clínica de la Facultad de Medicina de Harvard: «He encontrado su caso impoluto de TPM. Acabo de pasar unas horas entrevistando a una joven que entró en la clínica sin avisar y pidió ayuda. Estoy segura de que soy la primera terapeuta que

conoce, y me ha parecido un caso florido de TPM. La ética de esto es dudosa, pero he decidido daros a ti y a Nick la oportunidad de encontraros con ella en su hábitat natural para ver qué opináis». Nick y yo no tardamos en idear con entusiasmo formas de «encontrarnos» con ella de manera «independiente», espiándola, en efecto, con la esperanza de proporcionarle oportunidades para exhibir síntomas durante interacciones sociales normales. Pero luego nos dijeron dónde encontrarla: era una prostituta menor de edad que trabajaba en la tristemente célebre «Zona de Combate» de Boston, alrededor de Washington Street. Misión abortada. Estaba seguro de que ni Susan ni la oficina de investigación de la Universidad de Tufts que financiaba el centro aprobarían una misión de campo tan dudosa, así que tuvimos que abandonar la oportunidad.

En 1990, Nick y yo estábamos en Bielefeld, Alemania, participando en un taller sobre mente y cerebro, y visitamos la Fundación Bethel, un famoso refugio para pacientes con epilepsia y otros trastornos graves del cerebro. Se trataba de una especie de misión diplomática; fuimos a presentar nuestros respetos a la buena gente de Bethel, que había mantenido valientemente el lugar intacto a pesar de los intentos de Hitler de cerrarlo y exterminar a los habitantes. Nuestra reunión con el director en su despacho se vio interrumpida por una llamada telefónica sobre una nueva paciente, fuera de control y amenazando con hacerse daño a sí misma y a otros. Se disculpó por la interrupción y nos describió brevemente sus síntomas: parecía un TPM de manual, una enfermedad desconocida para el director, y —lo que resultaba tentador— ella era una joven analfabeta de un pueblo aislado de montaña, donde casi con certeza nunca habría oído hablar de Sybil ni de Las tres caras de Eva u otra noción (o meme) de TPM. Le explicamos nuestro interés al director y dijo que, pensaba, podía organizar un interrogatorio con intérpretes en cuanto se calmara. Por desgracia, murió de un tumor cerebral inoperable antes de que tuviéramos la oportunidad de entrevistarla. Así que, hasta el día de hoy, no estamos seguros de hasta qué punto esta enfermedad —que es una afección perfectamente real— depende siempre de la amplificación de las sugestiones disponibles a través de la memosfera reinante.

Las consecuencias de las elaboraciones sobre cultos satánicos y el

trastorno de personalidad múltiple (TPM) en la década de los ochenta fueron instructivas: las conferencias anuales se abandonaron, y a algunos terapeutas se los demandó con éxito por mala praxis, o se los multó, o perdieron sus licencias para ejercer. Mi reciente revisión de la bibliografía sobre el trastorno de identidad disociativo (TID) muestra que la controversia sobre esta enfermedad aún persiste, lo cual no es sorprendente si consideramos que incluso los terapeutas profesionales son susceptibles a narrativas sensacionalistas de abusos que quizás nunca ocurrieron. Por un tiempo, un grupo de fervientes creyentes apoyó un boletín, fotocopiado y grapado, titulado S4OS, abreviatura de Speaking for Our Selves (Hablando por nosotros mismos), con artículos y obras de arte hechos por y para individuos con personalidades múltiples. Muchas de las historias eran profundamente conmovedoras y, en ocasiones, cómicas: una autora afirmó que no había aceptado su diagnóstico hasta que descubrió que uno de sus alters estaba recibiendo tratamiento con otro terapeuta. Nick y yo pensamos que su título era un excelente resumen de la enfermedad y lo adoptamos como título de nuestro artículo. Algunos de nuestros críticos se escandalizaron de que fuéramos tan escépticos respecto a muchos de los relatos que inundaban la literatura, y otros se sorprendieron de que no desestimáramos todo el fenómeno como una extraña epidemia de diagnósticos erróneos y mala praxis. Pensamos que habíamos dado en el clavo: es una enfermedad real, con sufrimiento real, pero está fomentada por poderosas y variadas influencias sociales.

En esa época, el gran neurobiólogo y divulgador científico británico Colin Blakemore estaba organizando una serie de documentales sobre la mente para televisión y nos invitó a Nick y a mí a participar, pero, cuando dijimos que queríamos incluir una sección sobre TPM, protestó enérgicamente diciendo que todo era basura metafísica. Le respondí que creía que estaba cometiendo un error de aritmética. ¿Aritmética?¿Cómo? «Usted no tiene problemas con una identidad por cerebro; ¿por qué dos, tres o cuatro iban a ser más dudosas?». Lo entendió, pero se negó a tratar el tema en el documental.

Cuando Nick llegó por primera vez al centro, vio una separata mía en la que cuestionaba una afirmación del pionero de la IA Allen

Newell citando mi «problema de Julie Christie». Allen tenía una teoría de la semántica para sistemas informáticos que funcionaba bien para los estados y números internos del ordenador, pero no mucho más; si la línea de código nombraba una subrutina, al ejecutarla debía activarla; si decía «√9», el programa debería darte «acceso a» 3, etc. Escribí:

Pero, por supuesto, el verdadero problema es que eso no es de lo que trata la referencia. Si eso fuera de lo que trata la referencia, ¿qué diríamos sobre lo que podríamos llamar mi problema de Julie Christie? Tengo un símbolo físicamente bien instaurado para Julie Christie. Sé que se refiere a ella, sé que realmente la designa, pero no parece cumplir ninguna de las condiciones que describe el profesor Newell, por desgracia.

El problema era que, por mucho que piense o diga «Julie Christie», ¡no obtengo acceso a ella! Nick preguntó si podía enviar una copia de mi separata a Julie Christie, que era una querida amiga suya. Por supuesto, le respondí, con la esperanza de que algún día eso me diera acceso a Julie Christie. ¡Quizás Newell tenía razón! Ella me envió una bonita tarjeta de Navidad, que ha tenido que bastar. Es triste decirlo: la teoría de Allen Newell no funciona del todo.

Fue Nick quien descubrió el fenómeno de la visión ciega en el laboratorio de Larry Weiskrantz, y una vez llevamos su película de Helen, la mona a la que se le había extirpado la corteza visual, y se la mostramos a un nutrido grupo de psicólogos, incluidos algunos primatólogos, y les preguntamos si podían detectar algo inusual en ella, mientras se movía con confianza a través de un laberinto de obstáculos, recogiendo pasas o trozos de chocolate del suelo blanco, sin chocar con nada. Alguien notó un poco de perseverancia —Helen hizo varios intentos fallidos de recoger una pasa que en realidad era un trozo de cinta negra pegada al suelo—, pero nadie adivinó la verdad: Helen era ciega cortical.

Nick tiene numerosos artículos publicados en Nature, la principal revista científica del Reino Unido, por lo que es sin duda un

científico de una gran talla, pero también es un profundo entendido y enamorado de la literatura y la historia, siempre dispuesto a adornar sus escritos con la cita perfecta de Shakespeare u otro gran pensador del pasado. Escribió un notable ensayo de opinión en el que comparaba a Shakespeare y Newton: «Quita a Shakespeare, Chaucer o Mozart, y eliminarás la creación arbitraria de una mente humana única; quita a Newton, Darwin o Einstein, y no eliminarás nada que a la larga la mente en general no pueda sustituir».

22

CONEXIONES ITALIANAS Y SUS CONSECUENCIAS

El lago Como, en el norte de Italia, tiene la forma de la letra ye, con el tronco orientado hacia el norte, hacia los Alpes, por lo que es una i griega al revés si consideramos el norte como arriba. En la bifurcación de la ye hay una hermosa colina en una península y un municipio en la base de la colina: Bellagio. La cima de la colina, en su totalidad, pertenece a la Villa Serbelloni, también conocida como el Centro Bellagio de la Fundación Rockefeller.

Si sigues el mantra de los agentes inmobiliarios, «ubicación, ubicación, ubicación», la Villa Serbelloni debe ser una de propiedades más importantes del mundo, con impresionantes vistas de las tres ramas del lago, los Alpes y las hermosas villas y pueblos que rodean el lago Como. Además, la Fundación Rockefeller mantiene la propiedad en perfectas condiciones; puede que haya más jardineros que investigadores en cualquier momento. Es otra versión del paraíso académico, y ahora tengo prohibido ir allí, no porque haya hecho algo terrible, sino porque es tan excelente que han instituido una regla: después de haber sido becario residente allí, no se puede solicitar volver en diez años y, después de dos estancias, no se puede solicitar una tercera. Tengo la suerte de haber asistido a dos talleres de una semana y de haber obtenido dos becas de residencia de un mes, por lo que tal vez ostento el récord de más tiempo pasado en este fabuloso palacio académico. Mi primera visita fue a un taller sobre «potenciales relacionados con eventos», ondas cerebrales registradas mediante electroencefalografía no invasiva, organizado por una figura destacada en este campo, Emanuel Donchin, y al que asistieron mis amigos Paul y Patricia Churchland y Chris Wood, que ahora está en el Santa Fe Institute. Pero esta primera visita a Villa Serbelloni no fue el encuentro más importante para mí en el lago Como.

En abril de 1985, los neuropsicólogos cognitivos Anthony Marcel y Edoardo Bisiach organizaron una reunión sobre la conciencia en Villa Olmo, a orillas del mismo lago Como, y no en Villa Serbelloni. Ya era buen amigo de algunos de los participantes (Richard Gregory, Michael Gazzaniga, Larry Weiskrantz), y allí conocí a Tim Shallice, Phil Johnson-Laird, y en especial a Marcel Kinsbourne, que de hecho era mi vecino en Massachusetts. Durante los cinco o seis días de ponencias y debates, se desarrolló un patrón: se discutía con vigor sobre pacientes con varias patologías fascinantes de la conciencia —visión ciega, heminegligencia, delirio de Capgras (pensar que tu ser querido ha sido sustituido por un impostor), síndrome de Anton (no darse cuenta de que uno está ciego), síndrome de Korsakoff (amnesia con coloristas recuerdos inventados, típicamente consecuencia del alcoholismo)—, y yo preguntaba si a alguien se le había ocurrido hacer un experimento en el que se probara una cosa u otra, y a menudo me enteraba que nadie había pensado en hacerlo. Kinsbourne me instó acompañarlo en sus rondas, para ver estos casos por mí mismo y probar algunas de mis ideas. Aproveché la oportunidad, y eso nos llevó a una colaboración que ha continuado desde entonces.

La ponencia que presenté en la reunión de Como, «Quining Qualia», era la última versión de una charla que llevaba varios años dando, en la que presentaba una colección de catorce bombas de intuición diseñadas para mostrar por qué no deberíamos aceptar el concepto mal definido y mal concebido de qualia de los filósofos, o las «propiedades subjetivas de la experiencia». La misma frase es ambigua: ¿se refiere a las propiedades representadas en la experiencia o a las propiedades de lo que sea que hay en el cerebro que subyace, de alguna manera, a la representación en la experiencia? La mayoría de la gente imagina lo último, y lo ha hecho durante siglos, desde que Locke y Hume hablaron por primera vez de impresiones e ideas. ¿Es tu idea de azul azul de alguna manera, o representa azul sin ser de ninguna manera azul (como las varias ocurrencias de la palabra «azul» en esta oración)? Mi campaña contra los diversos conceptos de qualia de los filósofos continúa hasta hoy, ganando adeptos poco a poco, a pesar del atractivo casi irresistible de la idea para la intuición (puede ayudar reflexionar que, por supuesto, algo contraintuitivo debe ser la clave aquí; si hubiera una solución intuitiva al problema mente-cuerpo, se

habría descubierto hace décadas).

Marcel Kinsbourne es un rara avis: médico (neurología pediátrica) y neuropsicólogo, un polemista constructivo al que le encanta desestabilizar las suposiciones cómodas de aquellos que creen saberlo todo, un brillante diagnosticador de la vieja escuela (antes de que se pudieran simplemente escanear las imágenes de la resonancia magnética y ver dónde están las lesiones), y uno de mis principales guías en mi búsqueda de toda la vida para explorar la mente (también se le puede ver, de niño, interpretando al joven Mussolini en una película de propaganda, Yellow Caesar, rodada en Londres durante la guerra, haciendo pucheros tocado con un gorro de burro en la esquina del aula). Cuando empecé a acompañarlo en sus rondas por el Mass General y el Hospital de Veteranos de Boston, se deleitaba en enseñarme muchos de sus trucos (de diagnóstico, de persuasión). Solo un ejemplo: si tienes un descubrimiento experimental sorprendente que comunicar, no lo sueltes al principio de tu charla. Describe el fenómeno en términos neutrales y pide al público que se comprometa con lo que piensan que serán los resultados, levantando la mano. De ese modo, cuando les muestres lo que has descubierto, no podrán despacharte con un «¡Eso lo sabe todo el mundo!» o «Por supuesto, yo lo habría predicho».

Juntos realizamos exámenes a pie de cama de pacientes con hemineglígencia, síndrome de Korsakoff, síndrome de Tourette, acromatopsia cerebral (ceguera al color debido a daños cerebrales), afasia de Broca, afasia de Wernicke y otras enfermedades. Una de las muchas lecciones que aprendí es que los pacientes rara vez padecen un solo trastorno, una discapacidad clara y definida. Por lo general, se trata de poner de relieve cuidadosamente todos sus síntomas para alcanzar un enfoque claro. He aquí una ironía agridulce: antes había muchos casos de accidentes cerebrovasculares en personas con «un alto nivel socioeconómico», como abogados, médicos, científicos, educadores, líderes empresariales. Ahora que hay muchas nuevas herramientas de diagnóstico y tratamiento, este segmento de pacientes ha desaparecido, gracias a que las personas bien informadas toman sabiamente su medicación para la presión arterial alta, evitando accidentes cerebrovasculares. La mayoría de los accidentes

cerebrovasculares que se encuentran en los hospitales son de personas sin hogar, alcohólicos, a menudo apenas alfabetizadas. Así que es difícil saber qué fallos a la hora de completar tareas de diagnóstico sencillas se deben a su accidente cerebrovascular y cuáles pueden revelar problemas de competencia y comprensión a largo plazo.

Cuando hacíamos las rondas, nunca llevaba una bata blanca ni me presentaba como médico, pero muy a menudo los pacientes y sus familiares ignoraban esta pista y me agradecían profusamente toda la ayuda que les había proporcionado. Era un recordatorio constante para mí de que me estaban dando una visión privilegiada de un sufrimiento profundamente personal y de que debía ser extremadamente cuidadoso de no interferir en sus vidas solo para satisfacer mi curiosidad. Aun así, hubo momentos en que se me ocurrieron sugerencias exploratorias que fueron fructíferas. Recuerdo en particular una que concernía a un joven que padecía simultanagnosia; es decir, una incapacidad para dar sentido a su percepción visual a pesar de tener los ojos sanos. Algo me sugirió que su problema podía afectar incluso a su capacidad para imaginar cosas. Así que me inventé algunas historias muy breves con anomalías que debían destacar como un pulgar dolorido: Tom ató la correa de su perro al árbol, se subió a su descapotable y empezó a conducir; su perro saltó al asiento trasero... ¿Qué pasó después? Tom se fue a esquiar; se puso las botas y los esquís y luego se puso los pantalones... Tom tenía una barca de remos en el estanque, pero los desconocidos lo usaban cuando él no estaba, así que tuvo una gran idea: remó con su barca hasta la isla que había en medio del estanque y la dejó allí para que la gente no pudiera usarla; luego se fue a casa... Como esperaba, el paciente no notó nada raro o sorprendente en estas pequeñas historias, aunque podía repetir la mayoría de los detalles que le había contado. No siempre se necesitan escáneres cerebrales o presentaciones cronometradas para obtener indicadores reveladores de comprensión.

Después de abandonar el Círculo Vicioso disgustado (véase el capítulo 18), decidí iniciar un nuevo grupo de discusión más constructivo, compuesto durante los primeros años por solo cuatro de nosotros: Nick Humphrey; Marcel Kinsbourne; Ray Jackendoff, el lingüista de Brandeis que luego se convirtió en mi colega en Tufts, y

yo. Al principio nos reuníamos en la casa de Ray y, a pesar de nuestras agendas y nuestros talentos bastante diferentes, generalmente lográbamos iluminarnos mutuamente y progresar. Mi libro de 1991, La conciencia explicada, está dedicado a ellos, y ninguna dedicatoria mía ha sido más sentida. Mientras nos conocíamos mejor, decidí que era el momento adecuado para expandir nuestros horizontes e ir a un taller internacional sobre la conciencia en Villa Serbelloni en Bellagio; ¿dónde, si no?

La competencia por los limitados cupos de los talleres de Bellagio es feroz, y la Fundación Rockefeller tiene la política encomiable de destinar su apoyo a pensadores y artistas con pocos recursos y poca representación. Nosotros cuatro no éramos académicos desfavorecidos, y en la lista de participantes preseleccionados figuraban científicos igual de bien cuidados: William Calvin, un neurocientífico de Seattle; Tony Marcel y Edoardo Bisiach, los organizadores de la conferencia de la Villa Olmo, y Aaron Sloman, filósofo reconvertido en investigador de IA en la Universidad de Sussex. Mi propuesta era provocadora: no habría un volumen de conferencia de los participantes, porque estos volúmenes son casi siempre un mal uso de su tiempo y energía; si el taller tenía éxito, el trabajo independiente posterior de todos los participantes se basaría en él y justificaría más que de sobra el apoyo recibido. Además, propuse que dos de nuestros participantes, Kinsbourne y yo, nos quedáramos después del taller de una semana un mes como escritores en residencia para completar un importante artículo que habíamos estado preparando.

Añadí un párrafo a la propuesta que consideré un mero antecedente histórico, pero resultó decisivo para el comité de selección. Algunos años antes, la Villa Serbelloni había acogido a dos escritores en residencia muy distinguidos —el filósofo de la ciencia sir Karl Popper y el neurocientífico sir John Eccles— para escribir un libro sobre la conciencia y el cerebro. Sir John Eccles era un neurocientífico australiano, galardonado con el Nobel por sus trabajos sobre la sinapsis (el espacio entre las neuronas que cruzan las moléculas neurotransmisoras cuando una neurona envía una señal a otra), y —una rareza entre los neurocientíficos— un dualista declarado. Su educación católica debió de contribuir en gran medida a esa convicción. En 1952, poco después de que Ryle

publicara El concepto de lo mental (1949), Eccles dio las conferencias Waynflete en Oxford, con Ryle (el profesor Waynflete de Filosofía) presente. Eccles, pensando en ganarse el favor de Ryle, describió el cerebro como un poderoso órgano de teatro, y las sinapsis como teclas, que podían ser acariciadas delicadamente por... ¡la mente, que era, «en la elegante terminología del profesor Ryle», el fantasma en la máquina! Pocas veces un científico ha entendido tan mal a un filósofo. Popper también era dualista, y los dos debieron de pasárselo en grande alentándose mutuamente en los hermosos jardines de Villa Serbelloni. Su libro The Self and Its Brain: An Argument for Interactionism, (1977), es probablemente el peor libro sobre el tema jamás escrito por pensadores distinguidos, un batiburrillo mal construido de opiniones pomposas y caracterizaciones erróneas del trabajo discutido (véase mi reseña, quizás la más dura que haya escrito, pero bien merecida). Decidí mencionar el hecho de que la Villa Serbelloni había desempeñado un papel importante en la aparición de este lamentable libro y sugerí que nuestro taller podría borrar esta mancha del escudo de la villa produciendo un trabajo que relegaría las afirmaciones de Popper-Eccles a un merecido olvido. Como suele pasar, uno de los miembros del comité de selección llevaba años enfurecido en silencio por aquella debacle, y mi propuesta de antídoto lo convenció por completo.

Mi pequeña nota histórica había tocado una fibra sensible, y mi propuesta fue aceptada. De ella surgieron dos piezas importantes: Dennett y Kinsbourne, «Time and the Observer: The Where and When of Consciousness in the Brain» (1992), un artículo principal en Behavioral and Brain Sciences; y La conciencia explicada, mi elaboración del modelo que habíamos desarrollado. Siempre me ha complacido particularmente que «Time and the Observer» fuera votado como uno de los diez mejores artículos de filosofía del año, una clara señal de que los filósofos estaban comenzando a entender cómo podían desarrollar sus carreras en entornos más interdisciplinarios.

San Marino es una diminuta república sin salida al mar del norte de Italia, más grande que la Ciudad del Vaticano y Mónaco, pero más

pequeña que Liechtenstein. Destaca por el monte Titano, coronado por un castillo, a unos pocos kilómetros tierra adentro desde la costa del Adriático, a veces llamada «el asador alemán» (en verano sus playas se llenan de alemanes que toman el sol). Una excursión de un día desde la playa a San Marino es un poco como visitar una versión medieval de Coney Island, con decenas de tiendas que venden chucherías kitsch y suvernires; por un momento me sentí tentado por un bastón con un timbre de bicicleta y un práctico soporte para latas de cerveza. Si se llega en el momento oportuno, se puede presenciar la competición internacional de tiro con ballesta, que aprovecha todo el atractivo antiguo del pintoresco castillo. A finales de la década de los ochenta, el Gobierno de San Marino decidió construir un casino para atraer a más turistas, pero se olvidó de consultar esta innovación con su vecino. Una vez construido y abierto el casino, las autoridades italianas lo anularon ralentizando el control de pasaportes en la frontera hasta casi detenerlo, de modo que los aspirantes a jugadores tenían que pasar horas calurosas y polvorientas esperando en la cola para subir la colina hasta el casino. San Marino abandonó temporalmente su intento de convertirse en otro Montecarlo y se quedó con un casino nuevo pero vacío.

Esto le dio una brillante idea a Umberto Eco, que estaba cerca en la Universidad de Bolonia. Consternado por el desorden y la corrupción del sistema universitario en Italia, decidió organizar una especie de respuesta pirata ayudando a crear una universidad en San Marino, ocupando lo que iba a ser el casino y atrayendo a académicos de talla mundial a talleres internacionales que a su vez atraerían a estudiantes e investigadores italianos y aumentarían las credenciales de la naciente institución, la cual podría luego impartir sus clases principalmente mediante una u otra forma de aprendizaje a distancia (el correo electrónico existía entonces, pero internet aún no estaba realmente en marcha). Creo que tal vez se inspiró en dos grandes innovaciones europeas, Radio Luxemburgo y la Open University. Radio Luxemburgo emitía música popular y publicidad al Reino Unido, que prohibió la radio comercial hasta 1973. La Open University, que ha enseñado a más de dos millones de estudiantes desde su apertura en 1969, fue un intento brillante de

corregir los terribles efectos del tristemente célebre examen «eleven-plus», que durante más de treinta años después de la Segunda Guerra Mundial consignaba a los niños británicos a los once o doce años a la enseñanza superior o al proletariado en función de un examen nacional. La Open University proporcionaba cursos de alta calidad a nivel universitario en muchas materias, y usaba los canales de televisión de la BBC a primera hora de la mañana y a última de la noche, y contrataba a miles de profesores, ayudantes y examinadores. Y lo principal: demostró y mejoró el poder del aprendizaje a distancia, ya que sus graduados han seguido carreras que igualan o superan las de los estudiantes universitarios tradicionales (a menudo me levantaba temprano y veía excelentes conferencias de física y química en la televisión durante nuestras numerosas visitas a Inglaterra a lo largo de los años). Además de todos los estudiantes que se inscribieron, se examinaron y se graduaron, la Open University ha ampliado el conocimiento de millones de personas que se limitaron a observar, como yo.

La Universidad de San Marino, que consistía en un solo edificio, acogió el primero de los talleres de Eco en 1988 con la debida fanfarria académica, al que siguió una serie de conferencias. Mi primera invitación llegó en 1989 para una semana de 1990, cuando asistiríamos en Bielefeld (Alemania) al taller de Peter Bieri sobre mente y cerebro (véase el capítulo 34). Había leído la novela de Eco El nombre de la rosa y me gustó, así que acepté la invitación. Luego, en el taller de Bielefeld, empecé a leer su última novela, El péndulo de Foucault, y me desagradó tanto que tiré disgustado el libro al otro lado de la habitación, la única vez que he hecho algo así, hasta donde recuerdo. La suave tolerancia de Eco hacia los arcanos antiguos (la tontería con siglos de antigüedad sigue siendo una tontería) fue más de lo que pude soportar, así que cuando Susan y yo nos dirigimos a San Marino en nuestro coche de alquiler, no esperaba disfrutar del evento.

Otra fuente de mi inquietud era nuestra situación financiera. Nos habíamos permitido un lujo en Navidad invitando a nuestros hijos a volar y unirse a nosotros durante una semana en París y luego otra semana de esquí en Zermatt, y, justo cuando nos disponíamos a pagar la factura y dejar el hotel de Zermatt, recibimos un mensaje de que la pareja que alquilaba nuestra casa de Massachusetts para

todo el año se había fugado sin pagar el alquiler, con el cual contábamos para financiar nuestros viajes por Europa. No había apreciado la fragilidad de nuestra posición hasta que llegamos al túnel de Simplon a través de los Alpes. Descubrimos que había que pagar un peaje, ¡y no teníamos dinero suficiente para cubrirlo! Después de llenar nuestro último depósito de combustible, habíamos alcanzado el límite de nuestras tarjetas de crédito. Preso de la desesperación, aparqué al lado de la carretera y levanté las alfombrillas del coche de alquiler. En efecto, había algunas monedas de varias divisas, y sumaban lo suficiente para pagar el peaje y algo más. Cuando llegamos a San Marino, mi primera pregunta al registrarnos en el hotel fue si nos servirían la cena —sí — y si recibiríamos los honorarios en efectivo al día siguiente. Sí. ¡Uf! Paseamos por la ciudad después de la cena y gastamos el resto de nuestro capital líquido en dos postales (pero no pudimos permitirnos los sellos para enviarlas en ese momento).

Umberto Eco resultó ser un hombre encantador, erudito más allá de lo creíble, pero elegante en el uso de sus vastos conocimientos, intensamente interesado en las ideas de los demás y un proveedor locuaz de anécdotas y observaciones divertidas. Cualquiera que fuera el tema, parecía captar de inmediato los elementos y problemas clave, y a menudo tenía ideas sorprendentes para añadir a la conversación. Recuerdo que me alegró ver que «captaba» las ideas sobre la conciencia que yo ya había publicado, hasta el punto de que podía anticipar parte de lo que tenía que decir sobre el tema en la reunión y durante las intensas discusiones que se prolongaban hasta bien entrada la hora de acostarse. Me complacía volver a su universidad en la «montaña Kitsch» cada vez que me invitaba, y volví en varias ocasiones.

Cuando dejamos San Marino y nos dirigimos de regreso a Bielefeld (donde nos esperaba otro estipendio necesario), cruzamos Suiza en coche sin detenernos, tan ansiosos estábamos por no quedarnos sin dinero otra vez. Esa fue la última vez que nos enfrentamos a serios problemas económicos. Con el traslado, la compra de automóviles y electrodomésticos y los viajes irresistibles, habíamos ido agotando poco a poco el modesto legado que el abuelo Dennett nos había dejado y éramos administradores poco atentos de los fondos restantes. Cuando volvimos a casa, el anticipo de Little, Brown por

La conciencia explicada nos permitió saldar nuestras deudas de tarjetas de crédito y reformar nuestros hábitos de gasto, gracias al sabio consejo —formación, en realidad— de un nuevo asesor financiero, uno de nuestros amigos navegantes, Dick Sumberg, que nos puso en el camino hacia la seguridad financiera.

Una reunión en San Marino a la que no pude asistir, y que supongo que me alegro de haberme perdido, fue una en la que Jerry Fodor y el «darwinista neuronal» Gerald Edelman (véase el capítulo 34 sobre los acosadores académicos) se enfrentaron en una sesión feroz. Fodor a menudo alardeaba de su ignorancia «basada en principios» sobre el cerebro, lo que no debió de sentar bien a Edelman (en una ocasión, Fodor dijo con firmeza al comité de la Fundación Sloan, cuando estaban planificando su apoyo multimillonario a la neurociencia cognitiva, que no existía tal campo y que nunca existiría. El comité le dijo que su pregunta no era si financiar o no la neurociencia cognitiva, sino qué neurociencia cognitiva iban a financiar: «¿En qué trabaja actualmente en su laboratorio, Dr. Fodor?». Jerry, que de hecho había dirigido un laboratorio de psicolingüística en el MIT durante algunos años con la inestimable ayuda de Merrill Garrett, tuvo que admitir que actualmente no tenía laboratorio. La Fundación Sloan lo despachó y llamó al siguiente entrevistado). El debate en San Marino fue, según el consenso general, una derrota, con Gerry como vencedor sobre Jerry. Los testigos me dieron detalles de los insultos que Gerry y Jerry se lanzaron mutuamente; ninguno de los dos se echó atrás, y una parte de mí —la que no puede evitar mirar los accidentes en la carretera cuando paso junto a los cordones policiales— lamenta no haber estado presente en ese enfrentamiento entre dos matones académicos. Me pregunto si existirá una grabación de vídeo o audio de esa reunión en algún lugar, pero espero que no. Probablemente eso sería lo mejor para todos.

23

LA CONCIENCIA EXPLICADA

¿Qué harían si estuvieran revisando un artículo para una revista y, justo al terminar de escribir su informe de rechazo, se dieran cuenta de que un comentario hecho de pasada por el autor les ha aclarado la idea sobre un tema al que le estaban dando vueltas? Esto mismo me pasó en 1990, cuando fui uno de los revisores de un artículo enviado al Journal of Cognitive Neuroscience. No consideré que el artículo estuviera a la altura de los estándares de la revista ni se me ocurrieron revisiones que pudieran salvarlo, pero me había dado una idea que quería reconocer. ¿Cómo podía darle crédito al autor de un artículo que, en mi opinión, no se debía publicar? Decidí llamar al editor, mi viejo amigo Michael Gazzaniga, para pedirle consejo. Me propuso una solución que forzaba las reglas del sistema de revisión por pares, pero por una buena causa: me dio el número de teléfono del autor y me invitó a llamarlo para que lo hablara con él, cosa que hice. Le expliqué al autor, Douglas Snyder, que me parecía sugerente su discusión sobre el tiempo y los marcos inerciales de Einstein aplicados al cerebro, pero que no podía recomendar la publicación de su artículo tal como lo había presentado. Se mostró decepcionado, por supuesto, pero fue amable, y respondió enseguida que ya había publicado la idea que había centrado mi propia reflexión en otro artículo, «On the Time of a Conscious Peripheral Sensation», en el Journal of Theoretical Biology, así que podía citarlo. Encontrarán mi cita de Snyder (1988) en la página 196 de «Time and the Observer», y en una agradecida nota en La conciencia explicada. ¿Fue suficiente? Nunca he estado seguro del todo.

Escribir La conciencia explicada fue el esfuerzo creativo más intenso en el que me he embarcado, y cuando envié el manuscrito a mi editor en Little, Brown, apenas podía creer que hubiera realizado tal hazaña. Lo mismo sucedió cuando terminé La peligrosa idea de

Darwin (1995). En ambos casos, a menudo trabajé casi la mayor parte de la noche en un frenesí autorial que ahora apenas soy capaz de imaginar. Todavía tengo breves brotes de ese entusiasmo cuando me sumerjo en un proyecto, pero sin la concentración absorbente de antes. Ya no puedo pasarme noches enteras escribiendo; he perdido un paso o dos.

Mis reflexiones sobre la conciencia evolucionaban despacio, pero siempre con un tema central. Me reunía a menudo con destacados investigadores científicos sobre la conciencia y, en el proceso, comenzaba a formar al menos ideas vagas sobre cómo los mecanismos del cerebro podían hacer todo el trabajo, pero solo si desacreditábamos algunas de las declaraciones demasiado confiadas de los observadores internos sobre las maravillas del fenómeno. Las discusiones con Jean-Pierre Changeux y Stan Dehaene en París sobre el Modelo del Espacio Global de Trabajo (Global Workspace Theory) de Bernard Baars; con Larry Weiskrantz, Alan Cowey, Edmund Rolls y Jeffrey Gray en Oxford; y con el grupo del Lago Como reunido por Marcel y Bisiach complementaron mis propias discusiones con nuestro pequeño grupo. Humphrey, Kinsbourne y Jackendoff mejoraban mi comprensión amateur de la neurociencia. Si echo la vista atrás, advierto mi creciente convicción de que, siendo la conciencia un fenómeno espectacular, no es tan maravillosa como a muchas personas les gusta pensar. Hay una fuerte tendencia a «proteger» la conciencia de la investigación científica, exagerando sus misterios y poniendo bajo sospecha cualquier propuesta que amenace con descubrir algunos de los trucos baratos de la naturaleza.

Mucha gente quiere que la conciencia sea «magia real» (como dice Lee Siegel; véase el prólogo), no un montón de trucos. Este anhelo se manifiesta en la popularidad de la crítica común a La conciencia explicada, cuyo título debería ser La conciencia ignorada, o La conciencia negada, o La conciencia explicada y descartada. Esta es una forma conveniente para que los críticos tranquilicen a sus lectores de que están en el «lado correcto», defendiendo la ciudadela sagrada de los profanadores bárbaros, sin tener que demostrar ningún error real en mi explicación. En el libro desarrollé la potente idea de las «máquinas virtuales» en el cerebro como creadoras de «ilusiones del usuario» y luego me enfrenté a la

pregunta obvia: «Si la conciencia es una máquina virtual, ¿quién es el usuario con el que funciona la ilusión del usuario?». (pág. 219). Añadí que «las cosas están tomando un cariz sospechoso, que parece conducirnos inexorablemente de nuevo hacia ese yo cartesiano interno, sentado ante su estación de trabajo cortical y reaccionando ante la ilusión del usuario que produce el software que en ella corre; como veremos existen, no obstante, algunas maneras de rehuir tan fatal desenlace».

Esas vías de escape son muy importantes, obviamente, y dediqué muchas páginas a aclararlas, pero es sorprendente qué pocos críticos míos las han discutido. Estos críticos preferirían tildar mi libro de una estúpida negación de lo evidente: la conciencia no puede ser una ilusión, ya que no puede haber una ilusión sin una víctima: el ser consciente que la experimenta. El filósofo Galen Strawson ha calificado mi teoría como «la afirmación más absurda jamás hecha», un juicio que debería despertar en él la pequeña sospecha de que me ha malinterpretado, pero ha persistido con obstinación. Al parecer, es inconcebible para Strawson que él pueda ser un juez poco fiable de su propia conciencia. Los filósofos de mi generación formados en Oxford tienen una táctica predilecta cuando se enfrentan a una visión que no saben refutar; sencillamente dicen, con fingida modestia: «Simplemente no entiendo qué quieres decir con eso», insinuando que lo que has dicho es un sinsentido. Otro misteriano formado en Oxford, al comentar mi libro en una reunión de la APA, dijo una vez que simplemente «no era capaz de entender» una de las afirmaciones del libro. Mi respuesta en aquella ocasión fue admitir que mi libro tenía algunos pasajes difíciles, y le aconsejé que se esforzara más. A veces no puedo resistir el impulso de ser grosero con los críticos groseros.

Animado recientemente por varios artículos perspicaces de Keith Frankish, he reforzado mi postura y he apoyado su término «ilusionismo» como la etiqueta idónea de tipo «-ismo» para mi punto de vista. Esto ha generado una nueva ola de desaprobación entre algunos de mis críticos constructivos que, aunque consideran en esencia mi teoría acertada, creen que es imprudente endosarle un nombre tan inquietante. Puede que, a fin de cuentas, tengan razón sobre mi decisión expositiva, pero aún no estoy convencido. Probablemente, para las generaciones de pensadores más jóvenes,

que han crecido con videojuegos y aplicaciones de teléfonos móviles, sea más fácil reconocer las ilusiones del usuario como algo positivo: simplificaciones útiles con beneficiarios, no víctimas. Teóricos sagaces como Chris Frith y Anil Seth adoptan la idea de la experiencia consciente como una «alucinación controlada» y coinciden conmigo en que no hay una película en la cabeza, mientras que Michael Graziano y otros exploran temas similares. Esto me lleva a creer que la explicación «deflacionaria» de la conciencia como una chistera maravillosa de trucos ingeniosos, no «magia de verdad», está más vigente que nunca, y gana tanto apoyo empírico como seguidores sofisticados a medida que se desarrolla.

Supongamos que usted es un neurocientífico relativamente poco conocido cuyo trabajo experimental es aclamado de repente por un neurocientífico galardonado con el Premio Nobel como la primera demostración científica del dualismo. Benjamin Libet se enfrentó a este dilema fáustico cuando sir John Eccles proclamó su apoyo y afirmó que Libet había descubierto un fenómeno que «no parece explicable por ningún proceso neurofisiológico». Durante años, Libet luchó por encontrar una forma de interpretar su trabajo como revolucionario, aunque no fuera la reivindicación del dualismo que Eccles sostenía. Conocí el trabajo de Libet en 1979, mientras revisaba el famoso libro de Popper y Eccles. Alerté a Pat Churchland sobre el trabajo y le sugerí que lo hiciera trizas, lo cual ella hizo enseguida, enfrentándose a Libet en un intercambio memorable (y provocando también la ira de Eccles). Desde entonces, el trabajo de Libet ha sido objeto de muchas críticas, interpretaciones, defensas y refutaciones. Una característica curiosa de esta discusión es que casi nadie menciona el hecho embarazoso de que Libet realizó dos tipos de experimentos. Sus primeros experimentos con informes de pacientes de cirugía cerebral despiertos (no anestesiados) sobre la percepción temporal de las sensaciones socavan todas las interpretaciones «revolucionarias» de sus experimentos posteriores sobre la conciencia de las intenciones. Señalé todo esto en una larga y difícil sección de mi libro (págs. 153-166), una crítica que ha sido convenientemente barrida bajo la alfombra (usando la «escoba» de Ockham) por aquellos que quieren usar el trabajo posterior de Libet para «refutar» el libre albedrío. Intenté exponer el trabajo de Libet de un modo más accesible en La evolución de la libertad, publicado en 2003, pero esa exploración

ha sido en gran medida ignorada. O bien siempre me he equivocado sobre Libet, o mis críticas no son bien recibidas en los círculos filosóficos donde se debaten los misterios de la conciencia y el libre albedrío. El tiempo lo dirá.

La conciencia explicada no fue mi primer libro comercial (esa condición pertenece a El ojo de la mente, coeditado con Doug Hofstadter), pero sí fue el primero en el que conté con un agente. Varios colegas de campos distintos a la filosofía me habían animado a conseguir un agente, señalando que mi estilo era accesible para un público mucho más amplio que el que alcanzaría si seguía publicando en editoriales universitarias, y para publicar en una editorial comercial sería más conveniente tener un agente. Para entonces, ya había identificado un defecto importante en la comunicación interdisciplinaria: cuando los expertos escriben para otros expertos suelen pecar de quedarse cortos para no insultar a sus colegas con un exceso de explicaciones. El único remedio práctico para este fallo sistemático y comprensible era escribir para un público de «legos cultos» y dejar que los expertos escucharan sin sentirse insultados. He descrito esta estrategia en Bombas de intuición y otras herramientas para pensar (2013). La conciencia explicada fue mi primera prueba deliberada de esta táctica. Si el libro se hubiera convertido en un éxito de ventas arrollador, pero no hubiera atraído a mis colegas académicos, a mis ojos habría sido un fracaso. Los legos cultos eran mis señuelos; esperaba que lo entendieran, y me esforcé en transmitir mis ideas de manera vívida y directa, pero era a mis colegas, en especial a los científicos, a quienes quería llegar. Y funcionó. Las críticas entusiastas de George Johnson en The New York Times Book Review y de Philip Morrison en Scientific American ayudaron sin duda, y el artículo «Time and the Observer» en Behavioral and Brain Sciences convenció a muchos científicos de que yo no era solo un periodista científico/filósofo, sino un teórico digno de su atención.

Gran parte del mérito por el éxito del libro se debe a John Brockman, el legendario agente literario que me cortejó durante meses antes de que aceptara. Su cartera de clientes incluía a algunos amigos míos: Bill Calvin y el teórico de la IA Roger Schank, quienes me animaron a firmar con él. Sin embargo, también representaba a algunos autores de libros de divulgación de psicología y física que nunca recomendaría ni citaría. Lo que finalmente me convenció fueron las perspicaces observaciones de

Brockman sobre los aspectos financieros de la publicación. Si lograba conseguirme un generoso anticipo, el editor querría recuperar su inversión y presionaría enérgicamente para obtener reseñas en las principales revistas y espacio en las estanterías de las grandes cadenas de librerías de la época. Además, querrían mantener el precio del libro lo más bajo posible, a diferencia de las editoriales universitarias, que entonces cobraban cantidades exorbitantes por sus monografías, una práctica que sigue vigente a pesar de las innumerables críticas. Quería que mi libro fuera asequible para los estudiantes y que incluyera ilustraciones —dibujos y diagramas—, lo que encarecería aún más un ejemplar de una editorial universitaria. Brockman dijo que podía garantizar más o menos una versión en rústica en el plazo de un año tras la publicación del libro en tapa dura. Tenía razón en todo. Además, debo añadir que las editoriales comerciales realizan un trabajo de corrección de estilo y verificación de datos mucho más riguroso que las editoriales universitarias. Pronto aprendí el valor de un corrector de estilo verdaderamente profesional. Todavía se cuelan erratas en mis libros, pero editores concienzudos me han salvado de muchos errores por descuido, además de objetar sin miedo frases ocasionalmente perezosas y oraciones enrevesadas, que he modificado con gratitud y sonrojo.

MÁS SOBRE BROCKMAN

A John le gusta decir que, si un cliente suyo recibe un cheque en concepto de regalías, es que no ha hecho bien su trabajo. Lo que quiere decir es que intenta obtener un anticipo tan alto de la editorial que el libro nunca llegue a cubrirlo. Por supuesto, tiene que ser una exageración. Algunos de los libros que vende a las editoriales se convierten en éxitos de ventas que procuran a sus autores cheques por derechos de autor con regularidad durante años (La conciencia explicada y La peligrosa idea de Darwin son libros que me dan regalías constantes, pero otros libros míos aún mordisquean los suculentos anticipos que él me consiguió). Una de sus tácticas consiste en hacer una subasta telefónica en un día determinado; todas las editoriales tienen varios días para considerar

una análoga propuesta de libro (estipulando las mismas condiciones, porcentajes de derechos, etc., de modo que la cuantía del anticipo es el único problema). En la mañana del gran día, informa a todos los que han presentado una oferta inicial de cuál es la oferta más alta, pero no dice de quién es la oferta ni cuántas editoriales están pujando, y los invita a subir su oferta o retirarse, a la vez que comunica cada nueva oferta al alza a la competencia. Al final del día, el mejor postor se queda con el libro. Puede ser un día emocionante para el autor o una gran decepción, y puede dar lugar a situaciones angustiosas. John vendió el libro del físico ganador del Premio Nobel, Murray Gell-Mann, El quark y el jaguar, por un cuantioso anticipo, pero Murray se retrasó en la entrega del manuscrito, y la editorial, en virtud de sus derechos, canceló el contrato y pidió la devolución del anticipo. ¡Vaya! Yo me vi frente a un abismo similar cuando mi editora en Simon & Schuster, la tristemente célebre Alice Mayhew (aunque muchos de sus autores alababan su labor de edición, a veces se la llamaba Malice Mayhem a sus espaldas), se negó a aceptar que entregara a tiempo el manuscrito de La peligrosa idea de Darwin, porque era más extenso de lo que especificaba el contrato. ¡Quería que lo redujera en un 30 %! Decidí que podía rebajarlo en un 5 %, pero no más. ¿Qué hacer? Le pregunté a John y me dijo que le escribiera una carta diciendo que retiraba el manuscrito y devolvía el anticipo. Había gastado la mayor parte de ese anticipo y tendría que pedir una hipoteca para devolverlo, así que no era ninguna broma. John dijo que me encontraría otra editorial, pero éticamente no podía ni siquiera sondear a otros editores hasta que hubiera roto definitivamente con Simon & Schuster, y en esas circunstancias quizá no consiguiera un anticipo tan elevado con otro editor. Llevó mi carta a Mayhew, con quien se había enfrentado en varias ocasiones, y le dijo: «¿Cómo quieres que te recuerden, Alice: como la editora de Todos los hombres del presidente, de Woodward y Bernstein, o como la editora que rechazó La peligrosa idea de Darwin?». Ese mismo mío, más tarde, recibí una llamada telefónica de Alice, toda amabilidad y cortesía, y el libro siguió adelante con la extensión con que yo lo presenté. Quedó finalista del Premio Nacional del Libro, y fui a la ceremonia de entrega de premios con John y Alice. No ganó, así que no llegué a leer mi discurso de aceptación, que incluía la historia de cómo, cuando Darwin presentó El origen de las especies a su editor, John Murray, le aconsejaron que eliminara todo excepto

sus observaciones sobre las palomas: «A todo el mundo le interesan las palomas. El libro será bien acogido en todas las revistas del reino y pronto estará en todas las mesas».

John ha sido mi agente literario durante más de treinta años, pero también ha sido mi amigo y consejero. Su primer amor es su sitio web, Edge.org, un salón virtual en el que ha inspirado y provocado a una colección inigualable de magníficos pensadores a escribir artículos breves, accesibles pero profundos, sobre una amplia variedad de temas. Su lema es: «Para llegar al límite del conocimiento del mundo, busca las mentes más complejas y sofisticadas, ponlas juntas en una habitación y haz que se hagan las preguntas que se hacen a sí mismas». No leo todo lo que se publica en Edge, pero casi cada semana encuentro una entrevista o un debate que capta y recompensa mi atención. John invita a sus clientes a unirse a la discusión, pero no les permite promocionar sus libros. Quizás el programa más conocido de Edge haya sido la Pregunta Mundial, una sola pregunta que John formulaba todos los años hasta 2018 a los edgies, para la cual solicitaba una respuesta breve (mil palabras o menos). Entre mis preguntas favoritas figuran:

2005: ¿Qué crees que es verdad, aunque no puedas demostrarlo?

2008: ¿Sobre qué has cambiado de opinión? ¿Por qué?

2014: ¿Qué idea científica está lista para jubilarse?

Y, finalmente, en 2018: ¿Cuál es la última pregunta?

Otro de los proyectos de John fue la serie Science Masters, libros cortos escritos en un lenguaje accesible. No eran manuales o introducciones a las disciplinas, sino ensayos de opinión, que se tradujeron y publicaron casi simultáneamente en más de una docena de idiomas. Aunque difícilmente se me puede calificar de «maestro de la Ciencia» según la mayoría de los estándares oficiales, me invitaron a escribir uno de los primeros, y mi librito Kinds of Minds (1996) se ha publicado en inglés, francés, italiano, español,

portugués, alemán, holandés, finlandés, polaco, rumano, croata, húngaro, hebreo, turco, japonés, coreano y chino. No en árabe (Italia publica más traducciones de libros extranjeros al italiano en un mes que el mundo árabe publica en árabe en un año). A los autores se les pidió que aceptaran compartir las regalías. Cada uno de nosotros recibió un anticipo de veinte mil dólares y, si uno de nosotros conseguía un éxito de ventas, todos disfrutaríamos de los beneficios. Ninguno de los libros alcanzó el estatus de superventas, aunque a todos les fue bastante bien, y cada año recibo mi modesta parte de derechos de autor. No todos los que figuraban en la lista inicial de invitados publicaron un libro. Ernst Mayr, Paul Davies, Bill Calvin, Martin Rees, Lee Smolin, Peter Atkins, Lynn Margulis, Jared Diamond, Richard Dawkins, Steve Pinker, George Williams, W. Daniel Hillis e Ian Stewart lo hicieron, por ejemplo, pero Marvin Minsky no, y Stephen Jay Gould, tampoco. Solo Gould se negó a devolver el anticipo, que John nos reintegró a los demás con dinero de su propio bolsillo. Para mí, lo principal era la idea de que jóvenes brillantes de secundaria de todo el mundo recibieran una buena dosis del pensamiento al estilo Dennett al principio de sus vidas académicas en su lengua materna. Considero mi libro como una vacuna para sus lectores contra ciertas ideas casi irresistibles que sofocan la imaginación, y veo la influencia que he tenido en los cientos de correos electrónicos que recibo cada año.

* * *

Una de las innovaciones de La conciencia explicada fueron los dos apéndices, uno para filósofos y otro para científicos. En el primero, satisfacía la curiosidad de aquellos de mi ámbito que necesitaban leer declaraciones mías sobre si soy, o he sido alguna vez, como algunos me han acusado de serlo, un «verificacionista», un «funcionalista», un «materialista eliminativo», un «conductista»... Todo depende, por supuesto, de lo que signifiquen exactamente estas etiquetas. Lo que muchos filósofos llaman teorías son en realidad simples eslóganes, frases sueltas que se supone que resumen, con exquisita precisión, precisamente lo que es o no es un caso desconcertante. Por tanto, se ha dedicado un gran esfuerzo

filosófico a perfeccionar eslóganes y a librar batallas dudosas con la búsqueda de contraejemplos. En cualquier teoría hay un lugar para la precisión, por supuesto, pero a veces es más útil esbozar una perspectiva general y posponer indefinidamente el señalamiento y la vergüenza filosóficas.

En el segundo apéndice, destinado a los científicos, fue donde hice hincapié en que estaba presentando una teoría genuina con predicciones que podían confirmarse o descartarse. Enumeré más de media docena de familias de experimentos que, de llevarse a cabo, podrían hundir mi teoría, o bien contribuir al conocimiento general del campo (las teorías no se confirman con unas pocas buenas predicciones acertadas —en eso Popper tenía razón—, pero los teóricos rivales sí las toman mucho más en serio cuando descubren algo sorprendente). Estoy más que satisfecho con los resultados hasta la fecha. Este no es el lugar para ofrecer una revisión exhaustiva del trabajo experimental que han provocado mis sugerencias —quizás sea un buen trabajo para un estudiante de posgrado en ciencias cognitivas—, pero no puedo resistirme a señalar que cuando predije la «ceguera al cambio» en 1991, la mayoría de los científicos cognitivos con los que hablé de esto se mostraron incrédulos. Ahora es un subsector en auge en la psicología.

Mientras trabajaba en mi libro, tenía un estudiante universitario especializado en ciencias cognitivas que buscaba un tema para su tesis de honor. Le propuse realizar un experimento que había ideado, y él accedió. Le presté una cámara de 35 mm y un trípode y le dije que tomara pares de fotos por el campus: foto 1A de su dormitorio; foto 1B de la misma escena con una bicicleta en el portabicicletas; foto 2A de su habitación; foto 2B de su habitación con una silla cambiada de lugar, y así sucesivamente. Pedí prestado a un profesor del Departamento de Psicología un taquistoscopio en desuso para mostrar estos pares de diapositivas en rápida sucesión con una diapositiva negra entre cada par. Predije que, en general, los sujetos no notarían los cambios, incluso después de múltiples visionados. En resumen, ceguera al cambio. El estudiante se puso en marcha y pasaron las semanas. Lo llamé para saber cómo iba el proyecto y me mostró su colección de pares de imágenes, que estaban bien. ¿Y los resultados? ¡No se atrevía a pedir a sus

compañeros que fueran los sujetos, pues pensaba que el experimento era tan estúpido que todo el mundo vería los cambios, por supuesto! Así que su nombre no aparece en los libros de texto como el primer demostrador de la ceguera al cambio. Le he perdido la pista y me pregunto si hoy se arrepiente de su escepticismo.

Poco después de la publicación de mi libro, participé en una conferencia en la Universidad Simon Fraser, organizada por mi primera investigadora asociada, Kathleen Akins. Uno de los ponentes era un joven psicólogo, John Grimes, que había tenido la misma idea que yo, por su cuenta, de probar la ceguera al cambio, pero con un giro novedoso. Mostró un vídeo fascinante de su experimento en el que los sujetos se sentaban frente a un monitor con la cabeza inmovilizada y se les dirigía un láser a un ojo para detectar los movimientos sacádicos; es decir, los pequeños movimientos que realizan los ojos (unos cuatro o cinco veces por segundo) para redirigir la fóvea de alta resolución hacia elementos de interés en el mundo visual. A los sujetos se les mostraban imágenes y se les pedía que las estudiaran durante diez segundos (un tiempo largo, de hecho, para mirar una imagen). En algún momento elegido al azar durante ese intervalo, cuando el láser detectaba el inicio de un movimiento sacádico, se desencadenaba un cambio súper rápido hacia un elemento de la imagen. Cuando el movimiento sacádico terminaba, diez o veinte milisegundos después, la imagen revisada ya estaba allí y permanecía hasta el final del periodo de diez segundos. Se pedía a los sujetos que pulsaran un botón si detectaban algún cambio (incluso si no estaban seguros de lo que había cambiado). El vídeo de Grimes mostraba varias decenas de ejemplos, algunos de ellos detectados por casi todos los sujetos y otros que no lo fueron por la mayoría, como una foto aérea del lago del Cráter que cambiaba de azul brillante a negro intenso, y otra de un chico sosteniendo un loro en un mercado abarrotado en que el loro cambiaba de verde a rojo durante un movimiento sacádico. No se trataba de objetos en un segundo plano y en escenarios confusos; si se les pidiera que titularan las dos imágenes, la mayoría de la gente llamaría a la primera «Lago del Cráter visto desde el aire» y a la segunda «Chico mostrando un loro». Solo la mitad de los sujetos de Grimes notaron estos cambios.

Me alegró mucho ver mi predicción confirmada de una manera tan encantadora y le pedí a Grimes una copia de su vídeo, que amablemente me proporcionó. En aquel entonces yo era muy activo en el circuito de conferencias, y empecé a mostrar el vídeo de Grimes a públicos de todo el mundo. Cuando se proyecta el vídeo de Grimes ante un público de varios centenares de personas, es probable que algunas de ellas hagan un movimiento sacádico o parpadeen justo cuando cambia una imagen, como si tuvieran un láser controlando sus movimientos oculares. Estas personas no «verán» ningún cambio, pero lo «oirán», porque el resto del público exclama «¡Oooh!» o «¡Vaya!» cuando ve el cambio. Por su parte, los que no hayan visto el cambio vocalizarán en respuesta: «¡Arggg!» (imagínese que está usted mirando fijamente una imagen, buscando un cambio; de repente oye a la mayoría del público exclamar «¡Oooh!» —han visto el cambio—, pero usted no, a pesar de estar observando intensamente la imagen en busca del cambio. «¡Arggg!», en efecto). Provocar estas reacciones de llamada y respuesta del público era muy divertido, y demostraron a todos que la ceguera al cambio es un fenómeno real. Brian Odegaard, el filósofo David Rosenthal y sus colegas han replicado recientemente de manera convincente el efecto Grimes (2022).

Supongamos que usted tiene una gran idea para un experimento, la prueban y no funciona como esperaban. ¿Qué deberían hacer? ¿Guardar todas sus notas y datos en un cajón de archivo de ideas abandonadas? ¿Por qué no? Porque su fracaso puede ser tan importante como lo habría sido el éxito. El «espigueo» o sesgo de selección (cherry-picking, en inglés) —concentrarse en los experimentos que apoyan el propio punto de vista— es prácticamente inevitable cuando un nuevo trabajo abre caminos inexplorados. Sin embargo, dejar de lado discretamente los resultados inconclusos (el «efecto cajón de sastre»), aunque no es un pecado tan grave como suprimir verdades incómodas (barrerlas debajo de la alfombra con la «escoba» de Ockham), se considera una fuente importante de distorsión en la investigación científica. Debo confesar que a veces he sido culpable de «espigueo» y de no comprobar lo suficiente si los experimentos que he anunciado se han replicado, y también he iniciado experimentos que nunca he publicado. Este es un buen lugar para describir un experimento de percepción que comencé en 2001, que abandoné y nunca he

descrito en una revista revisada por pares.

Ver un cuadro lleva tiempo: unos segundos, o muchos más si el cuadro nos atrapa. La mirada debe moverse rápidamente: son los movimientos sacádicos que he descrito antes. Usted y yo podríamos mirar el mismo cuadro durante el mismo tiempo, pero tener experiencias muy distintas porque sus movimientos sacádicos tomaron un curso en zigzag diferente al mío. Tal vez usted se propuso «leer» el cuadro hacia adelante, y yo traté de leerlo hacia atrás. Atraer la atención del espectador primero aquí y luego allá ha sido una aspiración de muchos artistas, y una vez disfruté de un debate sobre esta cuestión en una fiesta con David Freedberg, historiador del arte de la Universidad de Columbia, que me habló de una carta que el pintor clasicista Nicolas Poussin había escrito a un mecenas, Paul Fréart de Chantelou, a quien no le había gustado un cuadro encargado que Poussin le había enviado. Este último tenía una teoría de «modos» inspirada en la música que daba forma a su trabajo, y le dijo a su mecenas que estaba mirando el cuadro en el modo equivocado. ¿Qué pensé de esa defensa? Mi juicio rápido fue que sonaba a mentira inspirada, pero al reflexionar se me ocurrió que Poussin podía tener razón de alguna manera, por accidente, ya que mi interpretación imaginada del «modo» de un cuadro casi con certeza no era lo que Poussin tenía en mente.

Hay siete modos musicales, asociados con los siete tonos de la escala:

do	Jónico
re	Dórico
mi	Frigio
fa	Lidio
sol	Mixolidio
la	Eólico (menor natural o relativo)
si	Locrio

Si comienzas a cantar en do y subes la escala hasta la octava (como en esa horrible canción de Sonrisas y lágrimas), has cantado la escala mayor: el modo jónico. Si cantas las mismas notas, pero empiezas y terminas en re, estás cantando el modo dórico. Y así sucesivamente. Es maravilloso que puedas tratar cualquiera de las siete notas como «hogar» y obtener una sensación (efecto, color, atmósfera) diferente dependiendo del modo que elijas (el álbum Kind of Blue de Miles Davis es un gran ejemplo de jazz «modal»). ¡Lo mismo ocurre, en principio, con la pintura! Como dijo el filósofo del arte Arthur Danto en un ensayo sobre Norman Rockwell: «La pintura no es solo lo que ocurre en el lienzo. Es lo que sucede entre el lienzo y el espectador». Quizás Poussin quería que su espectador comenzara mirando el rostro de la dama, luego la mano del niño, después el sombrero rojo brillante del testigo, y así sucesivamente, hasta que la mirada del espectador hubiera captado todos los puntos clave de interés del cuadro. Supongamos que reunimos datos de seguimiento ocular de muchas personas mientras observan cuadros y luego añadimos una banda sonora de do-re-mi a la grabación de sus movimientos sacádicos. Podríamos entonces «escuchar» la diferencia entre cómo dos sujetos miraron el mismo cuadro. ¡Tal vez a algunas personas no les gusten ciertos cuadros porque los están mirando de manera incorrecta! Con la ayuda de Steven Franconeri, un estudiante de posgrado en psicología experimental en Harvard, y algunos estudiantes de licenciatura y otros colaboradores, configuramos un experimento usando un rastreador ocular y un programa que asignaba tonos musicales a cada zona de un cuadro. Después «escuchamos» a personas mirar cuadros (ellos no podían oír los tonos, que añadimos más tarde). Añadir la banda sonora marcó una gran diferencia. Cuando aparecían puntos en la pantalla del ordenador —uno por cada movimiento sacádico— era casi imposible detectar patrones en las respuestas sucesivas de los sujetos a un cuadro. Al añadir el sonido, se obtenía una suerte de melodías, con ritmos, fácilmente distinguibles e incluso memorables. Tuvimos que recalibrar el rastreador ocular a menudo y, como no queríamos que los sujetos fueran conscientes de sus movimientos sacádicos, usamos el proceso de recalibración como un experimento falso, diciéndoles a los sujetos que, mientras ajustábamos el equipo, podían relajarse y

mirar algunos cuadros, momento en el que de verdad recopilamos los datos. Pero fue un proceso ineficiente; además, el estudiante que estaba haciendo la mayor parte del trabajo se graduó, por lo que tendríamos que haber comenzado de nuevo con más sujetos y más asistentes. El experimento quedó relegado al archivo, pero creo que hay muchos experimentos reveladores sobre la visión, la atención, la importancia del color y la forma en la dirección de los movimientos sacádicos, que este paradigma podría explorar fructíferamente. Hoy los rastreadores oculares son más sensibles, confiables y fáciles de usar, así que espero que se sigan explorando estas vías.

Uno de los primeros lectores de La conciencia explicada fue Euan Baird, el director ejecutivo de Schlumberger, la empresa global de tecnología energética. Pensó que el libro ofrecía lecciones tanto sobre las corporaciones como sobre la conciencia —desmontando el mito del jefe corporativo que lo controla todo— y compró docenas de ejemplares y los envió a todos los directores de las distintas sucursales de Schlumberger a lo largo del mundo. También me invitó a dar una charla sobre el tema en dos de las reuniones anuales de los dirigentes de la empresa. La primera fue en París. Nunca me habían invitado a hablar ante un público semejante y pensé que había hecho un gran negocio cuando pedí diez mil dólares por cada charla, pasaje en primera clase y un nuevo ordenador Mac con el que demostraría algunos de los fenómenos sobre los que había escrito en mi libro. Aceptó de inmediato y, en cuanto recibí el Mac, lo llevé al laboratorio de visión de Patrick Cavanagh en Harvard, quien me ayudó a crear el software que necesitaba, utilizando el excelente Macglib que habían desarrollado. Unas pocas horas en su laboratorio en William James Hall me proporcionaron demostraciones sorprendentemente efectivas de dos fenómenos que había descrito en detalle en mi libro: el «color phi» y el «metacontraste». Si se muestran dos figuras rojas, una tras otra, con una desplazada ligeramente, se obtiene un fenómeno phi estándar: movimiento aparente con una sola forma roja en movimiento; así es cómo funcionan las películas, por supuesto. ¿Y qué pasa si se cambia el color de la forma? ¿Desaparece el fenómeno phi o la forma «en movimiento» también cambia de color y, si es así, cambia antes de moverse, después de moverse o durante el movimiento? Si la sincronización y la distancia son correctas,

¡cambia de color en mitad de su trayectoria (ilusoria)! El enigma para muchas personas era: ¿cómo sabe el cerebro dónde y cuándo cambiar el color de la forma ilusoria cuando aún no ha percibido la segunda imagen? Gracias al versátil software que Patrick creó para mí, pude ajustar la pantalla en tiempo real mientras se mostraba el efecto al público. Podía cambiar la distancia y el tiempo de aparición de las formas de diferentes colores (de hecho, discos), de modo que, en un gran anfiteatro, las personas de atrás obtuvieran el efecto con un ajuste y la gente de delante, con otro (los colores y la dirección del movimiento también eran ajustables, lo que descartaba los «efectos de práctica» que posiblemente podrían explicar la capacidad del cerebro para «preconocer» la dirección y el color de la ilusión que estaba creando. No había precognición, por supuesto, pero explicar el efecto sin recurrir a hipótesis tan revolucionarias era el camino a seguir).

La demostración del metacontraste era, si acaso, aún más espectacular: en el metacontraste, un primer estímulo (por ejemplo, una imagen de un disco) es seguido inmediatamente por una segunda imagen (una imagen de una forma de anillo que encaja alrededor de donde estaba el disco; véase la figura 6.1 de La conciencia explicada, pág. 141), y, cuando se sincroniza correctamente, el primer estímulo desaparece sin más. ¡Los sujetos informan de haber visto solo el anillo! Sus recuerdos de haber visto también el disco quedan borrados, al parecer. En la demostración, había dos discos, uno a la izquierda y otro a la derecha, parpadeando al unísono, y un único anillo a la derecha. A velocidades lentas, ambos discos eran visibles, seguidos inmediatamente por el anillo único de la derecha. A medida que aumentaba la velocidad, el disco de la derecha simplemente desaparecía: el disco de la izquierda aparecía claramente, mientras que su gemelo (en tamaño, color y duración) desaparecía. Me divertí mucho enseñando estas demostraciones a decenas de públicos, junto con el vídeo de Grimes, y es evidente que desempeñaron un papel importante en mejorar mi credibilidad como teórico de la conciencia a quien los científicos deberían tomar en serio, inspirando una ola de experimentos en todo el mundo.

La BBC en el Reino Unido tenía un programa de ciencia llamado «Antenna», que presentaba puntos de vista científicos

controvertidos en documentales de opinión bien producidos, con críticas y respuestas incluidas. Me invitaron a hacer un episodio, que finalmente se tituló (a pesar de mis enérgicas objeciones) «Mind Movies», e incluía comentarios de mis amables críticos Ramachandran (Rama) e Igor Aleksander, un ingeniero/ neurocientífico del Imperial College de Londres. Uno de los principios de diseño que reinaba en la BBC era que los documentales científicos debían ser visualmente fascinantes: debían minimizar los «bustos parlantes» y maximizar las escenas cautivadoras. En cierto modo, esto era perfecto para mi documental, ya que pude hacer demostraciones de metacontraste y uno de mis fenómenos favoritos: la «habitación llena de Marilyns» (La conciencia explicada). Si entráramos en una habitación, encendiéramos las luces y viéramos que las paredes están empapeladas con grandes fotografías idénticas de, digamos, Marilyn Monroe, nos daríamos cuenta de inmediato, pero aquí hay un enigma: solo reconocemos a una persona en una fotografía con la visión fóvea, es decir, enfocándola (haciendo movimientos sacádicos para que la parte de alta resolución de nuestra retina apunte hacia ella), pero llevaría muchos segundos enfocar a muchas Marilyns. ¿Cómo se las arregla el cerebro para crear la creencia de que todas las Marilyns que vemos son imágenes idénticas de la misma persona? Parece que nuestra experiencia visual es de alta resolución hasta la periferia, pero eso es una ilusión. Le pregunté a la BBC si podíamos incluir una escena así en el documental y estuvieron de acuerdo. Acabó costándoles cientos de libras obtener permiso para hacer y exponer unas cincuenta fotografías enormes de Marilyn Monroe, que colocamos cuidadosamente en tres paredes de una pequeña galería de arte de Tufts donde se filmaron partes del documental.

Quedé muy satisfecho con el resultado de esa escena, pero la obsesión de la BBC por lo visual jugó en contra en otros aspectos. La joven productora me filmó viajando de noche por Boston en un taxi hasta un cine, donde me hizo pedir un perrito caliente en el puesto de comida (a pesar de mi insistencia en que en los cines de Estados Unidos no suelen vender perritos calientes). Me grabaron al timón de un velero evitando por poco una boya, caminando dentro del ordenador doméstico gigante que ayudé a diseñar en el Museo de la Informática de Boston y paseando dentro del Mapparium, un globo

terráqueo de cristal gigante al revés, tal como era en 1935, una atracción turística en la sede mundial de la religión de la ciencia cristiana en Boston, en la Biblioteca Mary Baker Eddy. Todo era visualmente espectacular, pero, cuando interrogué a los estudiantes y los colegas después de que hubieran visto el documental terminado, ¡recordaban los escenarios vívidamente, pero no lo que yo había dicho! Luego comenté este tema con varios amigos expertos en medios de comunicación, y nos divertimos imaginando la sátira que podríamos hacer de un documental científico de la BBC, con Hans Krebs tratando de explicar el ciclo de Krebs, mientras montaba un poni de madera en un tiovivo, Stephen Hawking con casco de minero hablando de agujeros negros sentado en su silla de ruedas eléctrica en el fondo de una mina de carbón, y Watson y Crick aferrados a los peldaños de una gigantesca doble hélice de ADN giratoria. En la edición final, el productor de «Mind Movies» también cortó un calificativo crucial de mi respuesta a Ramachandran, lo que hizo que el intercambio dejara de tener sentido. Así que, aunque fue otra interesante aventura en el mundo de hacer películas, me alegra que no esté disponible en YouTube entre otros cientos de vídeos míos. No obstante, la productora me planteó un reto constructivo que ha influido en gran parte de mi trabajo desde entonces. Durante nuestras primeras reuniones sobre el contenido que se debía presentar, le mostré varios diagramas de la conciencia que habían publicados científicos, y los critiqué duramente. «Entiendo tus objeciones —me dijo—, pero ¿dónde está tu diagrama de la conciencia?». Esto me llevó a desarrollar una serie de diagramas, con partes móviles, que utilizaba cada vez que presentaba mi teoría en charlas. Esto fue antes del PowerPoint, así que tenía «transparencias» que podían moverse y superponerse, y mis charlas fueron, en consecuencia, mucho más efectivas. Una vez di una conferencia muy formal en los Países Bajos y mi anfitrión me presentó diciendo: «El profesor Dennett se acompañará del retroproyector». Los echo de menos; hay algunos efectos que se logran de manera más vívida deslizando transparencias unas sobre otras que animando el efecto con gráficos por ordenador.

* * *

Mi deseo de hacer mi libro accesible e interesante para los científicos tuvo algunos efectos secundarios negativos. Algunos filósofos de la mente decidieron que había abandonado la filosofía por la ciencia —o peor, por el periodismo científico— y que, por tanto, podían ignorarme. Otros se sintieron demasiado cómodos aceptando las tergiversaciones partidistas que pronto aparecieron. Unos pocos, sin embargo, se unieron a la refriega con entusiasmo. Dos destacan por sus esfuerzos incansables para demostrar que estoy equivocado: Ned Block y David Chalmers.

Ned había sido uno de los miembros originales en el Círculo Vicioso que Fodor y yo iniciamos en 1973, y he polemizado con él desde entonces. Asistió a mi seminario en Tufts en el que repasamos los capítulos del penúltimo borrador de La conciencia explicada, y sus vigorosas objeciones a mis puntos de vista sobre los qualia me convencieron para incluir un capítulo, «Los qualia descalificados», en el borrador final. En él, pacientemente (aunque a regañadientes), repasé todos los problemas que veía con el concepto mal concebido de qualia, pero no fue suficiente, por supuesto. Ned no ha escatimado esfuerzos en su campaña para preservar la idea intuitivamente agradable pero irremediablemente confusa de las propiedades de las experiencias subjetivas (también conocidas como qualia o propiedades fenoménicas), y ha tenido mucha compañía. Durante varios años publicó críticas a las que respondí (con creciente impaciencia, por desgracia). Al final, decidí que Ned era inamovible, así que pasé a otros temas, mientras Ned persistía en su campaña sobre la conciencia fenoménica, creando la impresión en algunos sectores, según tengo entendido, de que yo había cedido. No, simplemente había decidido que debatir con él tenía rendimientos decrecientes. Tal vez mi paciencia está funcionando, al menos un poco; creo que nos estamos acercando. En La conciencia explicada pregunté:

¿Qué puede ser eso que está presente cuando uno «oye» sonidos que rellenan silencios o «ve» colores que cubren espacios vacíos? Parece que, efectivamente, hay algo en todos estos casos, algo que el cerebro tiene que proporcionar (para «rellenar»). ¿Cómo podríamos

llamar a esta cosa desconocida? Llamémosle figmento.[1]

Pensé que este término deliberadamente jocoso disuadiría a cualquiera de tomárselo en serio, y lo desprecié, pero a lo largo de los años varios investigadores me han confesado que se inclinaban a creer en el figmento a pesar de lo que yo había dicho. Y Ned, más recientemente (2003), se atrevió a escribir sobre «pintura mental», pero cuando reconoció la precariedad de esta afirmación, añadió, en un artículo posterior:

No estoy asumiendo que, si hay pintura mental, es no relacional («intrínseca») o no tiene ningún aspecto representacional. Dado que estoy a favor del fisicalismo, admito que la pintura mental puede ser una propiedad neuronal relacional. Para evitar malentendidos: no afirmo que haya nada rojo o redondo en la cabeza cuando uno ve realmente una cosa roja o redonda en el mundo, como cuando el pigmento rojo de un cuadro representa un granero rojo.

No estoy seguro de lo que Ned quiere decir con «una propiedad neuronal relacional», pero me parece que se está acercando a mi punto de vista de que la pintura« virtual» (y el ruido virtual y los olores virtuales, etc.) puede desempeñar todos los papeles necesarios en las máquinas virtuales del cerebro que componen nuestra conciencia. Mi antiguo alumno Michael A. Cohen también me atrajo a otra ronda contra los fans de la conciencia fenoménica en 2011, y Nancy Kanwisher se unió a nosotros en 2016; no es sorprendente que nuestros artículos en coautoría no hayan arrancado ninguna concesión a Ned. Si alguna vez admitiera que, después de todo, yo tenía razón, me preocuparía por su salud.

Conozco a David Chalmers desde que era estudiante de posgrado de Doug Hofstadter en la Universidad de Indiana (véase el capítulo 15). Ni a Doug ni a mí nos convencieron sus argumentos (que se hicieron famosos en su artículo de 1995, «Facing Up to the Problem of Consciousness», y en su libro del año siguiente, The Conscious

Mind: In Search of a Fundamental Theory, pero tengo que admitir que ha sido un estudiante escrupuloso de la bibliografía relevante, inusualmente alerta a los riesgos de una mala interpretación, y un explorador ingenioso y sistemático de lo que ha considerado, por buenas razones, una lista exhaustiva de posibilidades dignas. Pero opino que su punto de vista es descabellado. Él cree que ha aislado «el» problema difícil sobre la conciencia, mientras que yo creo que ha pasado por alto la posibilidad de que las soluciones a todos los problemas «fáciles» se sumen para disolver su problema difícil. A lo largo de los años, he debatido con él en persona y he discutido con él por escrito con bastante frecuencia. Una de mis respuestas impresas a sus siempre cuidadosos y exhaustivos argumentos fue una parodia de su escrupulosidad filosófica. En 2010, publicó un ensayo, «The Singularity», en el Journal of Consciousness Studies, bastante parecido a un artículo principal en BBS, y yo fui uno de los invitados a darle respuesta. Como creo que el tema es una vergüenza para la filosofía —justo el tipo de juego «ángeles bailando sobre la cabeza de un alfiler» que no soporto— me negué, pero me envió otro correo electrónico:

hola dan,

echa un vistazo al artículo. de alguna manera sospecho que tendrás mucho que decir. algunos de los temas centrales aquí se refieren a la estructura del espacio de inteligencia/diseño, temas en los que has pensado bastante.

saludos,

dave

Y como respeto el juicio de Chalmers, cedí y leí el ensayo. El mío en respuesta, «The Mystery of David Chalmers» (Journal of Consciousness Studies, 2012), descubrió siete hipótesis alternativas sobre lo que lo impulsaba en esta dudosa batalla: Fe, Fama, Freud,

Ficción, Filosofía, Farra y Fobia. Más recientemente, he aceptado otra invitación, a responder a su ensayo de 2018 en la misma revista, sobre lo que él llama el metaproblema de la conciencia; y mi respuesta, «Welcome to Strong Illusionism» (2019) señala lo muy cerca que estaba, ahora, el punto de vista de Dave del mío. Tengo más esperanzas de persuadir a Chalmers para que se una a mí que a Ned Block, pero ambos han logrado construir su personalidad pública en torno a sus posiciones, así que no me hago ilusiones.

———

1 N. del T.: El autor hace un juego de palabras intraducible entre pigment (pigmento) y figment (quimera).

24

EL TEST DE TURING, ALGO MÁS QUE UN EXPERIMENTO MENTAL

En 1950, la revista Mind publicó el artículo, convertido ya en un clásico, «Computing Machinery and Intelligence», en el que Alan Turing presentó el famoso juego de la imitación, ahora conocido como «test de Turing». Llevo unas seis décadas pensando, hablando y escribiendo sobre el tema, y mi último ensayo está a punto de publicarse en un volumen del Santa Fe Institute sobre los artículos considerados clásicos de la teoría de la complejidad. En 1981 comencé mi eterna disputa con John Searle (véase el capítulo 15) sobre su «refutación» del test de Turing en la habitación china, y en «¿Pueden pensar las máquinas?» (1985) lo defendí como la mejor forma de poner a prueba el pensamiento genuino. En 1990 Hugh Loebner, un fabricante neoyorquino, había aportado el dinero destinado a un premio —una medalla de bronce y cien mil dólares — para el primer programa informático que superara con éxito el test de Turing, e incentivó al Centro Cambridge para Estudios del Comportamiento, dirigido entonces por el psicólogo Robert Epstein, uno de los discípulos de Skinner, a formar un comité para diseñar y llevar a cabo la primera competición «restringida» del test de Turing. Ningún programa en el horizonte tenía posibilidades de superar la prueba sin restricciones —la única prueba que tiene algún interés teórico—, pero era una buena idea depurar las reglas y adquirir experiencia con pruebas reales, así que, para que la competición fuera interesante durante los primeros años, el comité adoptó algunas restricciones y el premio por ganar la prueba restringida se redujo a dos mil dólares. El comité inicial que redactó las reglas estaba formado por Epstein, Van Quine, Allen Newell, Joe Weizenbaum, el informático de Harvard Harry Lewis y Oliver Strimpel, director del Museo de Informática de Boston, y me añadieron al comité como presidente una vez redactado el reglamento. Me hubiera gustado estar en el comité desde el

principio, porque habría luchado por introducir cambios en las reglas, que favorecían en exceso los programas informáticos, pero la convocatoria ya se había publicado y los concursantes se estaban inscribiendo. Las conversaciones se limitaban a temas específicos («Shakespeare», «problemas con las relaciones románticas», «vino de Borgoña») y los jueces tenían instrucciones para no indagarar agresivamente, sino simplemente entablar una conversación amistosa, ¡como uno tendría en un avión con un desconocido que se sienta al lado!

El primer concurso anual del Premio Loebner se celebró en Boston, en el Museo de la Informática en 1991, presidido por mí ante una multitud de periodistas y equipos de televisión de todo el mundo, que podían seguir la acción en monitores elevados, mientras diez jueces iban de terminal en terminal, cada uno pasando quince minutos de conversación mecanografiada con cada concursante. Seis de los diez concursantes eran programas, cuatro eran «confederados» humanos entre bastidores. Cada juez tenía que clasificar los diez terminales de más a menos humano. El ganador de la prueba restringida sería el ordenador que consiguiera la puntuación media más alta. El programa ganador no tendría que engañar a ninguno de los jueces, ni el hecho de engañar a un juez sería en sí mismo motivo para alzarse con la victoria; la clasificación media más alta era todo el criterio. Pero, en caso de que algún programa engañara a un juez, decidimos que era un dato del que debía informarse, por lo que se pidió a los jueces que trazaran una línea en alguna posición de su clasificación, separando a los humanos de las máquinas. Nosotros, el comité del premio, conocíamos la ínfima calidad de los programas en liza ese primer año, y nos parecía obvio que ningún programa tendría tanta suerte como para engañar a un solo juez, pero el día del concurso me puse nervioso. Para estar seguros, pensé, deberíamos tener preparado algún certificado para otorgar a cualquier programador que lograra esta improbable hazaña. Mientras la prensa y el público se reunían para el comienzo del concurso, entré a toda prisa en una habitación trasera del Museo de Informática con un miembro del personal y preparamos un bonito certificado con la ayuda de un práctico procesador de textos. Al final, tuve que entregar tres de estos certificados, lo que supuso un total de siete juicios erróneos positivos de los sesenta posibles. La credulidad de los jueces me

dejó estupefacto, pero no a Joe Weizenbaum, cuyo descubrimiento de lo que a menudo se llama el efecto ELIZA lo había llevado a convertirse en un ardiente crítico de la IA (véase el capítulo 8). Cuando los jueces se mostraban pasivos, como se les había ordenado, y se dejaban guiar por los concursantes, se dejaban engañar fácilmente por los pueblos Potemkin que se les ofrecían, al igual que muchos de los periodistas que observaban los monitores. Joseph Weintraub, cuyo tema del programa era la «conversación caprichosa», ganó el primer premio Loebner con una táctica asombrosamente sencilla. Cuando se le hacía una pregunta, su programa respondía con una pregunta propia, que el juez intentaba responder cortés y obedientemente, lo que llevaba a una nueva pregunta, y así sucesivamente. Cada vez que el programa se quedaba sin preguntas, lanzaba al azar un chiste enlatado y daba al juez otra oportunidad de responder antes de formular una nueva pregunta. El programa, y no el juez, controlaba la conversación. Ninguno de los juicios erróneos contaba como caso real de un ordenador que superara el test de Turing sin restricciones, pero, aun así, me sorprendieron. En el segundo año del concurso, descubrimos otro vacío legal imprevisto: debido a un fallo en la información de los confederados, varios de ellos dieron respuestas deliberadamente torpes, propias de un autómata. ¡Resultó que habían decidido dar a los concursantes de silicio una oportunidad, actuando como si fueran programas!

Una vez que subsanamos estos errores en las reglas y los procedimientos, el concurso funcionó como se había previsto en un principio: los ordenadores destacaban, a pesar de las enormes restricciones temáticas. Para la tercera edición del Premio Loebner, recluté a algunos periodistas en calidad de jueces (por desgracia, las personas dedicadas a la informática o los expertos en IA fueron considerados no aptos para este papel) y les advertí que su reputación como investigadores estaba en juego: si confundían un programa con un ser humano, sería una noticia bochornosa. Dos de los periodistas emitieron un juicio falso negativo, declarando que uno de los confederados humanos menos elocuentes era un ordenador. En el interrogatorio, su explicación demostró el gran abismo que había entre los programas informáticos y las personas: razonaron que el concurso no se habría celebrado si no hubiera al menos un concursante informático medianamente decente, así que

simplemente eligieron al ser humano que causaba menos impresión y dictaminaron que era un ordenador. Pero podían ver la brecha entre los ordenadores y las personas tan bien como todos los demás.

Ninguno de los principales laboratorios de IA había participado en los concursos del Premio Loebner, por una buena razón: perder contra un programador aficionado sería catastrófico para la reputación de un laboratorio y estaba claro que, dadas las reglas, el participante ganador sería un conjunto de trucos antropomórficos baratos. En el primer concurso, varios de los programas venían equipados con sencillas subrutinas de mecanografía que escribían mal las palabras y luego volvían atrás y corregían estos errores «delatores». Otros no se molestaron. Permitimos que ambos tipos compitieran tal cual, pero dijimos a los jueces (de verdad) que algunas de las respuestas de los confederados serían en «modo ráfaga» (la respuesta corregida aparecería completa de golpe) y otras aparecerían a medida que se teclearan. En consulta con algunos de los líderes en IA, propuse algunos cambios adicionales en las reglas. Uno era adaptar el sistema (¡que acababa de desecharse!) de las competiciones de patinaje sobre hielo: «figuras obligatorias». Los concursantes primero deben desenvolverse bien en movimientos obligatorios, pruebas estándar rigurosamente descritas de cada competidor, y solo los ganadores de esa competición pasan a las actuaciones de estilo libre que tanto gustan al público. Podríamos instituir un conjunto de figuras obligatorias para separar a los contendientes serios de los embaucadores de poca monta. Por ejemplo, en Understanding Natural Language (1972), el pionero de la IA Terry Winograd llamó la atención sobre pares de frases que diferían en una sola palabra que cambiaba la correcta interpretación de un pronombre:

1. Los concejales denegaron al grupo el permiso para desfilar porque hacían apología de la violencia.

2. Los concejales denegaron al grupo el permiso para desfilar porque temían la violencia.

Ambas lecturas del sujeto «ellos» son siempre lícitas. Así, podemos imaginar un mundo en el que los concejales encargados de expedir los permisos para los desfiles aboguen por la violencia en las calles y, por alguna extraña razón, utilizan esto como pretexto para denegar el permiso de desfile. Pero la lectura natural, razonable e inteligente de la primera frase es que es el grupo el que aboga por la violencia, y de la segunda, que son los concejales los que temen la violencia. Un concursante debería tener un vasto acervo de «conocimientos del mundo» para hacer la interpretación correcta. Otros desafíos similares podían dejar a los aficionados fuera del ruedo. Loebner se opuso al cambio, así que dimití del comité, junto con otros miembros de la comunidad de la IA. El concurso del Premio Loebner entre chatbots continuó durante casi treinta años, y desapareció después de un concurso de última hora en 2019 en Bletchley Park, donde Turing realizó su brillante trabajo durante la Segunda Guerra Mundial. Nunca atrajo a ningún contendiente de peso y, en general, fue desestimado por la comunidad de la IA como un truco publicitario en el mejor de los casos.

Pero ahora, en 2022, el test de Turing vuelve a estar en el centro de atención gracias a la ola de entusiasmo por la IA de «aprendizaje profundo», siguiendo la estela triunfal de AlphaGo y AlphaZero de DeepMind, que usaron métodos de aprendizaje profundo para imponerse a los mejores jugadores humanos de Go del mundo. Google y otros han invertido miles de millones de dólares en la creación de bases de datos con miles de millones o incluso billones de entradas verbales, extraídas de internet y analizadas por potentes algoritmos de búsqueda de patrones, nietos de las redes conexionistas de la década de los ochenta. Sistemas como GPT-3 (Generative Pretrained Transformer, o Transformador generativo preentrenado) de OpenAI y LaMDA (Language Model for Dialogue Applications, o Modelo de lenguaje para aplicaciones de diálogo) de Google son capaces de mantener una conversación o responder a preguntas difíciles (¡normalmente, de forma correcta!). Cuando el ingeniero de Google Blake Lemoine declaró el 19 de junio de 2022 que las conversaciones con LaMDA le habían convencido de que era sintiente, la comunidad de la IA disintió enérgicamente. Se trataba de otro caso de efecto ELIZA. ¿Cuáles son las implicaciones de estos nuevos desarrollos?

He entrado en la refriega gracias a Anna Strasser, una filósofa alemana que llegó al Centro de Estudios Cognitivos como investigadora visitante en 2018. Ella y el filósofo Eric Schwitzgebel han entrenado, con mi permiso, GPT-3 con casi todas mis obras publicadas —mucho más de un millón de palabras— para crear DigiDan (nombre que le dio Steve Barney), que (¡no «quien»!) puede responder a preguntas de entrevistas dirigidas a mí sobre mi trabajo y mis convicciones con una precisión y un realismo asombrosos. Anna me hizo diez preguntas sobre ideas centrales de mi obra, y yo las respondí sin disimular, a diferencia de los confederados del segundo año del concurso del Premio Loebner. Luego formuló las mismas preguntas a DigiDan cuatro veces y (sin seleccionar) tomó las cinco respuestas y las presentó a cientos de jueces en línea, a los que se les pidió que eligieran la respuesta genuina de Dennett del conjunto de cinco, y también que puntuaran las cinco respuestas en función de lo «parecido a lo que Dennett diría» que era cada respuesta. También invitó a varias docenas de «expertos en Dennett» (filósofos o científicos cognitivos que han leído más de mil páginas de Dennett, o han sido colegas o coautores míos) a realizar la prueba, y a otro grupo de filósofos y estudiantes de filosofía.

Los resultados son sorprendentes, al menos a primera vista. Incluso los «expertos en Dennett» se vieron inducidos a elegir al menos dos respuestas de DigiDan, con una media de poco más de cinco aciertos sobre diez (lo que sigue estando muy por encima del azar, dadas cinco opciones; por azar entendemos en torno a 1,2 correctas). Los jueces ingenuos se situaron más o menos en el azar, como era de esperar, ya que en realidad solo estaban adivinando. Cuanta más formación en filosofía tenían, mejor lo hacían, lo cual es un alivio para mí, y las elecciones erróneas de los expertos eran casi todas respuestas DigiDan que yo aprobaba, aunque ninguna de ellas ganó el premio de «ojalá hubiera dicho yo eso». Hay mucho, muchísimo más que quiero contar sobre el experimento DigiDan, que de hecho me ha inspirado para empezar a escribir un nuevo artículo sobre uno de los temas que me traen de cabeza desde hace mucho tiempo: ¿cómo formamos los actos de habla? En La conciencia explicada me aventuré a hacer algunas conjeturas sobre «cómo nos afectan las palabras» que contrastaban los modelos «burocráticos», que tienen un significante central —una especie de

CEO, o director ejecutivo— en la cúspide, con los modelos «pandemónium», en los que muchos agentes se pelean y compiten para entrar en los actos de habla, pero, aunque yo estaba totalmente a favor del pandemónium, solo podía agitar las manos sobre cómo podría funcionar. Los resultados que ofrece DigiDan son frases bien formadas en inglés, pero se pueden desenmascarar fácilmente si se sabe lo que se está haciendo. Si DigiDan no entiende nada (y no entiende), seguramente tiene mucha competencia sin comprensión. ¿Podría ese tipo de «competencia» ser también el tipo de competencia que tiene alguna parte de tu cerebro cuando de alguna manera contribuye a formular un acto de habla real, expresar una creencia, hacer una pregunta, plantear una hipótesis? La lingüista computacional Emily Bender ha tachado GPT-3 de «loro estocástico», pero lo cierto es que los candidatos aleatorios que genera están filtrados de forma muy poco aleatoria por todos los patrones que el sistema ha detectado y usado para ajustar sus conexiones. Supongamos que alimentara sus resultados no comprendidos con un... seleccionador cuidadoso que pudiera descartar rápidamente la basura y centrarse en aquellos candidatos más prometedores, y supongamos que ese cuidadoso seleccionador enviara a sus ganadores a otro seleccionador cuidadoso que (no «quien») hiciera algunas mutaciones y pasara los resultados a otra ronda de seleccionadores cuidadosos. En resumen, ¿no podría haber una cascada darwinista de mutación y selección que convirtiera la competencia incomprensiva en una competencia (más o menos) comprensible? Y supongamos que todo esto es en gran medida un proceso inconsciente, excepto cuando somos especialmente cuidadosos con nuestros actos de habla, comprobando y volviendo a comprobar deliberadamente «lo que queremos decir».

Yo ya podría estar usando DigiDan como generador de posibles maneras de decir las cosas, que luego podría editar y revisar, con la seguridad de que no estaría perdiendo el tiempo con palabrería irrelevante gracias a su competencia. El compositor/programador David Cope creó su EMI (Experiments in Musical Intelligence) como una herramienta para ayudarlo a componer música cuando su musa se dormía en los laureles, y ahora, con un poco más de retoques y mejoras, Anna Strasser podría proporcionarme una herramienta de creación de palabras muy eficaz que me sugiriera formas de expresar mejor mis propias convicciones. En este momento puedo

decir que no es todavía —en 2022— una herramienta que pueda usar, y no la he usado (de momento) para escribir este libro. Pero permanezcan atentos.[1]

———

1 Posdata, junio de 2023

Los modelos de lenguaje grandes (o LLM, por sus siglas en inglés) se han desarrollado tan rápido que me ha costado mantenerme al día. Varias afirmaciones hechas en la página anterior deben ser matizadas, como me ha sugerido Doug Hofstadter. Digo en la pág. 333 que a DigiDan se le puede desenmascarar fácilmente, pero a sus sucesores ya no. Digo que no entiende, pero que más o menos entiende (véase mi Bombas de intuición, págs. 96-97, para una defensa de esta herramienta de pensamiento postdarwinista). Keith Frankish («Some thoughts on LLM», 2 de noviembre de 2022) describió los LLM como jugadores del «juego del chat» del mismo modo que los programas de ajedrez juegan al ajedrez. Tienen una única intención fija: ganar el juego del chat. Si intentas entender cómo lo hacen para ganar, la postura intencional te dará una táctica buena pero arriesgada para interpretar a las personas falsas que crean. Es complicado (véase mi artículo «The Problem with Counterfeit People», The Atlantic, 16 de mayo de 2023).

25

AVENTURAS CON ROBOTS: UNA IGUANA ENTERA, COG Y TATI

«¿Por qué no la iguana entera?» fue un pequeño comentario de 750 palabras que publiqué en Behavioral and Brain Sciences allá por 1978. Al observar que todo el mundo en el campo de la IA sabía que en aquellos primeros días tenían que confiar en modelos simples «de juguete», sugerí que, en lugar de lograr una simplicidad manejable modelando microcompetencias humanas, como jugar al ajedrez o responder a preguntas sobre rocas lunares, debían alcanzar la simplicidad modelando todo un animal imaginario simple que se autoprotegiera: una iguana marciana de tres ruedas, por ejemplo. Sugerí que cualquier detalle de diseño que descubrieran en ese simple ejercicio probablemente resultaría ser una característica central del diseño de criaturas más sofisticadas.

Antes de que al robotista australiano Rodney Brooks, del laboratorio de inteligencia artificial del MIT, se le ocurriera desarrollar Cog, el robot humanoide, ya había dejado su impronta en el mundo de la robótica con robots parecidos a insectos —con patas, no con ruedas — que se desplazaban de un lado a otro sin pensar, pero con una agilidad notable, gracias a la «arquitectura de subsunción» que los controlaba. Serían exploradores ideales de planetas, sugirió. En lugar de enviar a Marte a exploradores humanos inteligentes, caros y frágiles, había que hacer lo propio con muchos recolectores de información sencillos y móviles, y dejarlos vagar: una propuesta que detalló en un artículo de 1989, «Fast, Cheap and Out of Control». Algunos de estos robots autónomos harían descubrimientos importantes, que podrían transmitir por radio a la Tierra, y a la larga todos acabarían muriendo como moscas (su descendiente directo es la Roomba, un robot aspirador que fue un derivado comercial de estas exploraciones científicas). Rod no estaba solo; un pequeño grupo de robotistas de todo el mundo se tomó mi mensaje

a pecho y comenzó a trabajar en el diseño de toda una iguana. Un término general para estas criaturas robóticas era animats, y en 1922 se creó una revista, Adaptive Behavior, en la que se publicaron muchos de los esfuerzos pioneros. En el verano del 2000, los robotistas David McFarland, de Oxford, y Owen Holland, de la Universidad de Essex, organizaron un taller internacional en la isla de Lanzarote, en Canarias, titulado «Hacia la iguana completa». Nadie llevó ninguna iguana robot, pero hubo muchas cintas de vídeo y un montón de ideas.

Lanzarote es uno de los lugares más extraños en los que he estado. Rara vez llueve en ese árido cúmulo de rocas volcánicas, pero los nativos cultivan uvas y elaboran vino. Por la noche, cuando la temperatura baja, se forma rocío que el viento arrastra hasta corrales de rocío en forma de ce, de unos dos metros de diámetro, que han cubierto las laderas durante generaciones. El rocío gotea en un cono central, donde crece una pequeña vid. Gran parte de lo que es fascinante en Lanzarote está bajo tierra, pero también hay hermosas playas, donde veranean cientos de jóvenes y bellos bañistas nórdicos. Los contrastes distraen, pero pasamos la mayor parte del tiempo despiertos hablando de robots, desde las pioneras «tortugas» de William Grey Walter a finales de la década de los cuarenta hasta el Genghis hexápodo de Brooks en 1989, pasando por el SlugBot de Holland (diseñado para recoger, digerir y vivir de la energía producida por las plagas de babosas que florecieron durante los campos experimentales de cereales sin arar de los años ochenta) y los asombrosos Norns de Steve Grand (máquinas peludas que aprenden de su videojuego Creatures).

COG

Antes de dedicarse a la ingeniería de robots industriales, Rod Brooks se había atrevido a dar un paso audaz en 1993 al saltar de los sistemas de control insectoides a una arquitectura computacional para un robot humanoide llamado Cog. Me invitó a unirme al equipo del laboratorio de IA, en los últimos pisos del edificio Tech Square en Cambridge. Rod suscribía la idea central de

La conciencia explicada, que es que no existe un «teatro cartesiano» en el que los resultados de todo nuestro procesamiento mental se presenten de algún modo a un testigo interno en una función especial. Lo que hay, en cambio, son «múltiples borradores» de contenido, que compiten por influir, y algunos logran algo así como «fama en el cerebro», mientras que el resto se evapora de manera imprevista sin ser registrados (me resulta asombroso lo seductora que sigue siendo la idea de un teatro cartesiano, a pesar de décadas de pacientes diagnósticos por mi parte y por parte de otros sobre los errores que implica pensar en la conciencia como una especie de película, con una banda sonora, olores, picores, dolores y caricias canalizados para el homúnculo que consigue de alguna manera apreciarlo todo). Rod fue uno de los pensadores que captó la idea de inmediato, y no tuvo ninguna dificultad en convencerme para que me uniera al equipo Cog, alegando que él y sus estudiantes de posgrado querían aplicar el modelo de borradores múltiples de la conciencia en su robot. ¡Qué agradable invitación! ¿Qué me iba a parecer ayudar a algunos de los jóvenes informáticos más inteligentes del mundo a poner en práctica mis ideas? Los problemas a los que se enfrentó el grupo de Rod al principio distaban mucho del modelo de borradores múltiples, pero eran fascinantes y de gran importancia a su manera.

Antes de Cog, los robots se movían «robóticamente», de forma brusca y «mecánica», pero Cog, gracias a los «actuadores elásticos en serie» de sus brazos y a las rápidas respuestas que daba con los ojos y la cabeza cuando aparecía algo de interés, era asombrosamente humano en sus reacciones ante cosas sencillas. Los filósofos llevaban décadas planteando argumentos sobre lo que podía y debía persuadirnos de pensar en los robots como conscientes si alguna vez nos encontrábamos ante uno, pero no creo que ninguno de ellos reconociera que el problema más acuciante e inmediato sería convencer a la gente de que este robot, Cog, no era consciente. Al entrar en la habitación donde vivía Cog (inmóvil, sin piernas, solo con un torso, brazos y cabeza), Cog te veía y te seguía con la mirada. Cuando Alan Alda estaba haciendo un documental para Scientific American sobre Cog, empezó a hacerle una pregunta a Rod mientras estaban de pie con Cog entre ellos, y Cog se volvió y miró a Alan con tal brío e «inteligencia» que este se quedó sin habla. En otra ocasión, llevé a una de mis ayudantes de Tufts al

laboratorio de Cog para que viera lo que estaba pasando. Uno de los brazos de Cog se había desprendido de su torso y estaba sujeto a un banco de trabajo mientras Matthew Williamson, su diseñador, trabajaba en él. El brazo estaba encendido y Matt la invitó a estrecharle la mano. Ella lo hizo y gritó: «¡Está vivo!», porque la mano que estrechó la suya era dócil, suave pero firme, como la mano de una persona viva. Muy pronto, el proyecto Cog tuvo un problema con los estudiantes del MIT que querían manifestarse a favor de los derechos de Cog. He aquí un mensaje importante que extraer de este relato: no te fíes de tus «intuiciones». Nuestras convicciones sobre lo que está vivo y lo que no, lo que es consciente y lo que no, son fácilmente provocables y manipulables. Piénsalo así: si las ostras tuvieran un patrón parecido al de una cara sonriente al abrirlas y parecieran tener dos puntos oculares con pestañas largas y batientes, poca gente estaría dispuesta a comérselas. De hecho, si las manzanas tuvieran caras infantiles regordetas, con hoyuelos, desconcertarían incluso a más de un vegano.

Una vez asistí a un taller internacional sobre «robótica cognitiva» organizado por British Telecom. Yo representaba al equipo Cog, porque Rod tenía otros compromisos. El aliciente eran los millones de libras destinados a investigación para los que tuvieran las mejores ideas. ¿Por qué demonios quería British Telecom gastar tanto dinero en robótica? Resultó que tenían varias razones bastante independientes. En primer lugar, se habían dado cuenta de que sus vastas redes de comunicación y control, construidas y reconstruidas a lo largo de los años, con muchos arreglos y ajustes poco documentados, simplemente eran incomprensibles para cualquiera (no es una característica inusual de los grandes sistemas informáticos. Joe Weizenbaum me dio un susto de muerte en 1973 al decirme que el software que controlaba la línea DEW —el sistema de radar de Alerta Temprana de Defensa desplegado por todo el norte de Canadá— era totalmente incomprensible para sus operadores. Le dije que no era un gran partidario del gasto militar, pero supuse que apoyaría el coste de construir un nuevo sistema junto al antiguo y luego desechar el viejo. Me contestó que muchos habían pensado en hacer eso, pero que nadie sabía cuáles eran las «especificaciones» del sistema, así que sería imposible estar seguros de que se cumplieran. Al final se abandonó el sistema DEW). British

Telecom tuvo la descabellada idea de que, si los robotistas podían construir un robot humanoide capaz de comunicarse de forma exhaustiva con los seres humanos, se podrían soltar versiones virtuales (solo de software) del mismo para que merodearan por la red de BT, identificando problemas y explicándoselos a los operadores humanos (remembranzas de la gran sátira británica de ciencia ficción Max Headroom, en la que un ser humano se convierte en incorpóreo y vive en internet, resolviendo crímenes). Su otra preocupación era el plomo. Resulta que British Telecom había instalado cientos o quizás miles de kilómetros de conductos subterráneos a lo largo de los años, y a alguien se le había ocurrido la brillante idea de proteger los cables con plomo. Con el paso de los años, el plomo se había hundido sobre los cables, impidiendo que pudieran sacarse a través de los conductos y se sustituyeran cuando fuera necesario. ¿Podrían los robotistas diseñar una especie de robot topo capaz de merodear por los conductos, abriéndose paso cuidadosamente a través del plomo sin cortar ningún cable, o al menos guiando a los reparadores humanos hasta los puntos que necesitaban una atención especial? Quedó claro que, incluso con la perspectiva de millones de libras de ayuda, nadie podía afirmar con expresión seria que podría construir el robot Max Headroom que salvara a British Telecom de sus tribulaciones. Y aunque un topo que devorara plomo no estaba descartado —en un entorno artificial uniforme y restringido, con superficies fabricadas y ángulos rectos casi por todas partes—, nadie, que yo sepa, aceptó seriamente el reto. Se trataba de un caso en el que el bombo y platillo y la ciencia ficción se habían vuelto en contra de los robotistas. Allí aprendí mucho del grupo de robótica evolutiva de Sussex, representado por Inman Harvey y Dave Cliff, pero por lo demás fue una lección de esperanzas fallidas.

© SAM OGDEN

Cog

TATI

Más o menos un año antes de mi excursión a Schlumberger, di una conferencia en París y, mientras paseaba por la Île de la Cité, vi un maravilloso perro robótico en el escaparate de una tienda de antigüedades. Tenía una rosa de papel entre los dientes, y fue amor a primera vista. La tienda estaba especializada en antigüedades de los años cincuenta —secadores de pelo gigantes y las primeras MixMaster, por ejemplo—, e hice todo lo posible por preguntar por objetos diferentes, sin querer revelar mi adoración por el perrito del

escaparate. Pregunté el precio, que en aquel momento estaba fuera de mi alcance (unos dos mil quinientos dólares), tomé la tarjeta de la tienda y me fui. En cuanto llegué a casa, llamé a Oliver Strimpel, entonces director del Museo de Informática de Boston, donde yo había ayudado a diseñar una importante exposición, para ver si el museo estaría interesado en comprarlo o si tenía algún patrocinador adinerado que se viera tentado a comprarlo y donarlo. No, el museo, que atravesaba dificultades financieras, no podía adquirir nada (y no tardó en cerrar, por desgracia).

Cuando volví a Francia para hablar con los ejecutivos de Schlumberger, equipado con mi nuevo Mac y el software de demostración y con mis suculentos honorarios en mente, reanudé mi búsqueda. Tenía una mañana libre en Versalles, donde la reunión se celebraba en un gran hotel, y la persona de Schlumberger responsable de atenderme me preguntó cómo me gustaría pasar el tiempo. ¿Me gustaría que me llevaran (en limusina, por supuesto) a París para hacer turismo? Saqué la tarjeta y le pedí que llamara a la tienda de antigüedades y preguntara si aún tenían un perro robótico a la venta. Llamó al número, la dueña de la tienda contestó y, después de que le formularan discretamente la pregunta, ella respondió: «¿Llama en nombre del americano alto con barba?». ¡Tanto ocultar para nada! Pero, de hecho, mi incapacidad para ocultar mi deseo fue la clave secreta del éxito. Ella y su marido, inspirados por mi visible interés, se habían llevado el perro a casa y lo habían colocado en su propio hogar. Pero se lo vendería al americano con barba que se había enamorado del objeto, al precio que me había dado. Llamaría a su marido y le pediría que lo llevara a la tienda, así que nos fuimos a París en la limusina, que pedí que aparcara a la vuelta de la esquina, por si cambiaba de opinión sobre el precio.

Allí estaba el perrito, tal y como lo recordaba. Extendí un cheque en el acto, y la dueña de la tienda prometió que lo enviaría a mi hotel, envuelto en plástico de burbujas, a la mañana siguiente, mucho antes de mi vuelo de vuelta a Boston. Lo llamé Tati en honor a Jacques Tati, el gran cineasta cómico francés, cuya clásica película Mon Oncle (1958) satiriza el entusiasmo francés por el diseño modernista y los artilugios. Tati habría sido un personaje magnífico en esa película cómica.

Esa noche, en la elegante cena del hotel, me trajeron un teléfono; la señora de la tienda me estaba llamando. «Oh, oh», pensé. ¿Acaso no había podido cobrar mi cheque? Pero me llamaba solo para asegurarse de que no desmontaría a Tati, de que no lo destruiría por ningún motivo; ella también se había enamorado del perro y quería tener la certeza de que iba a un buen hogar. Le aseguré que tenía toda la intención de conservar a Tati para la posteridad, y ella expresó un gran alivio. A la mañana siguiente, Tati llegó, con su asa de transporte fuera del plástico de burbujas pegado con cinta adhesiva y una sonrisa y unos ojos dibujados en su cara envuelta. Cuando llegué al aeropuerto y facturé —en primera clase, por supuesto—, Tati pasó por el escáner y su aspecto en la imagen de rayos X era realmente alarmante, con cables, interruptores y baterías a la vista. Pensé que tendría que desenvolverlo todo y que nunca conseguiría volver a pegarlo bien con cinta adhesiva.

—Qu'est-ce que c'est? —preguntó el guardia de seguridad.

—C'est un chien électromécanique —respondí, impertérrito.

—Intéressant —dijo; y me dejó pasar.

Tati

¿Quién había hecho a Tati y cuándo? La dueña de la tienda me había dado un librito de Albert Ducrocq, un famoso divulgador científico de la televisión francesa en los años sesenta. Había hecho y mostrado algunos robots sencillos y había escrito sobre ellos, y ella pensó que podía ser el creador. Imposible, me di cuenta al leer el libro. Tati era una creación concebida por un manitas obsesivo e imaginativo, con elementos que Rube Goldberg habría admirado. Había un temporizador compuesto por una serie de tiras bimetálicas de termostatos; una corriente eléctrica las calentaba una tras otra hasta que se activaba un solenoide. La velocidad a la que esto ocurría estaba modulada por un pequeño ventilador eléctrico, que podía emitir aire frío sobre las tiras para ralentizar el proceso. Había varios motores, uno de ellos del limpiaparabrisas de un Citroën Deux Chevaux. Un interruptor de palanca de función desconocida era la epiglotis de Tati, y cinco pequeños botes de aluminio dispuestos en su grupa eran simples detectores de luz que permitían controlar a Tati con una linterna. Quizás Tati había tenido algún tipo de abrigo en su origen, pero era más fascinante despellejado, pues dejaba al descubierto cientos de cables e interruptores ingeniosamente empaquetados en su cuerpo con pequeños tornillos que lo mantenían todo unido.

Publiqué algunas fotos de Tati en mi sitio web, ofreciendo una recompensa por información sobre su fabricante e historia. He recibido docenas de pistas a lo largo de los años, la mayoría sugiriendo que Tati es (un pariente de) K9, el perro robótico de Doctor Who, la longeva serie de televisión británica, pero Tati es algunos años anterior a K9. En 2001, justo antes de viajar a París para dar las conferencias Jean Nicod, recibí un correo electrónico, supuestamente de la bella actriz francesa Sophie Duez, diciéndome que conocía la historia de Tati. Había sido encargada por el príncipe Louis de Broglie, el físico galardonado con el Nobel, como regalo para su nieta en París. Cuando la nieta cayó en desgracia, lo vendió al anticuario. Le pedí más información y Sophie me dijo que estaba en ello. Le respondí que iba a dar una serie de conferencias en París

al cabo de unos meses y que estaría encantado de conocerla y saber más de su investigación, pero entonces empecé a recibir correos electrónicos suyos con fotografías de ella desnuda, y quedó bastante claro que alguien estaba suplantando la dirección de esos correos, que muy probablemente no eran de Sophie Duez, por desgracia. Se lo conté a mis anfitriones en París, y en cada conferencia los veía escudriñar al público por si acaso ella aparecía.

Para echar un jarro de agua fría a la historia de De Broglie: era soltero, pero quizás tuviera una sobrina nieta. Varios investigadores diligentes no han logrado descubrir hasta ahora ninguna información más sobre Tati, que sin duda se fabricó en Francia a finales de los años cincuenta y con el tiempo acabará residiendo en algún museo.

Con la ayuda del inventor de Logo y pionero de la IA Seymour Papert, que vivía a un kilómetro y medio de nuestra granja en Blue Hill, intenté aplicar ingeniería inversa a Tati. Era un trabajo que requería paciencia, una mano muy delicada y conocimientos de diseño de circuitos. El principal problema era que el cableado codificado por colores de Tati era tan viejo y quebradizo que no nos atrevimos a sacar ninguno de los cables de sus terminales y tuvimos que recurrir al uso de espejos de dentista y dispositivos similares para mirar de forma no invasiva en el interior de Tati. Busqué y finalmente encontré juegos de llaves de tubo métricas en miniatura que podíamos usar para aflojar todas las tuercas y tornillos. Tati se alimenta de dos baterías de motocicleta acopladas en una caja de metal en su parte trasera, pero usamos un convertidor de doce voltios conectado a la corriente doméstica para alimentar a Tati mientras probábamos cientos de hipótesis.

Las docenas de interruptores creaban una explosión combinatoria de posibilidades, y aunque Seymour y yo hicimos algunos progresos modestos, la mayoría de sus funciones siguen siendo desconocidas, a pesar de unas pocas etiquetas diminutas en francés. Construí una especie de soporte con forma de asador en el que podíamos sujetar a Tati para darle la vuelta sin riesgo de dañarlo, pero nos pareció igual de bueno darle la vuelta sobre un viejo saco de dormir en la mesa del comedor. En el vientre de Tati había una especie de bocina eléctrica, y pasamos horas intentando cortocircuitar los

cables para hacerla sonar, pero nunca encontramos la conexión correcta de los interruptores. Una vez, cuando estábamos haciendo que Tati se deslizara sobre el suelo guiado desde atrás por una linterna, oímos un ominoso crujido y Tati dejó de moverse. Algo —una leva, una biela o algún artilugio en el interior de Tati— se había soltado y fue el proverbial palo en la rueda. Tati se sentó en silencio en el suelo de nuestra cocina durante varios años, y mi nieto Brandon, de unos seis años, estaba fascinado por él, aunque hacía todo lo posible por seguir mi estricta orden de mirar, pero no tocar. Un día, cuando yo estaba en mi estudio, le oí gritar: «¡Abuelo, ven rápido! Tati ha resucitado». Bajé corriendo las escaleras y descubrí que Tati no se movía pero que decía «guau, guau» cada diez segundos. Brandon había encontrado la secuencia de interruptores que activaba la bocina. Intenté apagarlo pulsando interruptores más o menos al azar, pero Tati seguía ladrando. Finalmente, desconecté un cable de una de las baterías de moto, y desde entonces no ha vuelto a emitir ningún ruido.

26

SEYMOUR PAPERT Y MARVIN MINSKY

Conocía la historia de Perceptrones (1969, revisado y ampliado en 1987) de Marvin Minsky y Seymour Papert antes de conocer a ninguno de los dos. El libro era una monografía que demostraba matemáticamente que un determinado conjunto restringido de redes neuronales (aproximadamente, los «perceptrones» del psicólogo Frank Rosenblatt, de 1957) no podían resolver ciertos problemas presumiblemente sencillos. Esto tuvo el efecto de sofocar el entusiasmo por las redes neuronales durante un par de décadas y fue considerado por muchos, si no como un truco sucio, al menos como un golpe bajo en una de las primeras guerras por la financiación que han dinamizado a los investigadores de la IA desde entonces.

Poco después de que yo publicara Brainstorms en 1978, Papert publicó Mindstorms (1980), y al principio pensé que era un robo de título bastante lamentable hasta que supe por Jane Isay, editora de El ojo de la mente en Basic Books, que el libro de Seymour había estado en imprenta, a punto de publicarse, con el título Brainstorms cuando salió el mío, adelantándose al suyo. Pensé que probablemente nunca sería amigo mío después de eso, pero en realidad Seymour decidió que su libro, de hecho, no trataba sobre el cerebro sino sobre la mente y que una asociación entre nuestros dos títulos no era algo malo. Era un pensador grande y generoso, cuya amistad Susan y yo atesoramos durante años hasta su muerte en 2016, tras un intento de diez años de recuperarse de un accidente devastador: lo atropelló una motocicleta al cruzar una calle en Hanói en 2006, mientras asistía a una conferencia internacional sobre educación matemática.

Seymour era un excelente cocinero, y hay (o había) una tienda especializada que tenía la más amplia variedad imaginable de setas.

Seymour se había inspirado en aquel lugar para planear una comida a base de setas: setas que eran como queso, setas que no se parecían a nada en el mundo, setas que eran como carne y verduras, e incluso setas que podían pasar por una extraña especie de pastel de chocolate de postre. Yo fui uno de los afortunados invitados, y la conversación en torno a la mesa fue aún más interesante que la comida.

Un ejemplo que se me quedó grabado de la imaginación inquisitiva de Seymour es una historia que me contó sobre cómo, durante su estancia en Londres, en el Laboratorio Nacional de Física, había sufrido una lesión leve que lo mantuvo en el hospital durante un tiempo, pero ambulatorio. Se ofreció a empujar el carrito del té, sirviendo té a pacientes y personal por igual. Sentía curiosidad por la insistencia de muchos ingleses en verter primero la leche en la taza y luego el té, y decidió ponerlos a prueba para ver si notaban la diferencia. ¡Y la notaban! (o, al menos, muchos de ellos sí). ¿Qué estaban sintiendo? Oportunamente, decidió probar primero con una prueba sencilla y de bajo presupuesto: untó un poco de té de ambas variedades en portaobjetos de vidrio y los puso bajo el microscopio. ¡Eureka! El té vertido en la leche presentaba diminutos glóbulos de leche parcialmente cocidos por el té caliente; la leche vertida en el té tenía largas hebras de leche cocida. Misterio resuelto.

Pasé bastante tiempo en el laboratorio de inteligencia artificial del MIT, en las plantas superiores del edificio Tech Square de Cambridge, y había visto a niños pequeños en el suelo de una gran sala donde había enormes hojas de papel pegadas con cinta adhesiva y una «tortuga» robótica con un rotulador que subía o bajaba y se movía dibujando espirales y triángulos y cajas anidadas de todo tipo. Esta era la tortuga Logo, y Seymour estaba viendo cómo respondían los niños al lenguaje informático que había ideado para ellos. Me enamoré de Logo y lo utilicé con mucha eficacia en la enseñanza de un curso introductorio de informática en Tufts (véase el capítulo 19 sobre Big George y el Curricular Software Studio). Lo que se diseñó para niños de seis años resultó ser perfecto para los estudiantes de primer año con fobia a los ordenadores en 1982, y Seymour y yo intercambiamos reflexiones sobre los poderes de Logo durante años. Un juego que inventó fue el «Logo roto»: supongamos que una de las instrucciones básicas de

Logo está «rota», es decir, no está disponible para su uso. ¿Se puede escribir un programa Logo que sustituya la instrucción básica por otra que tenga exactamente los mismos poderes? Sí, normalmente se puede, pero es complicado.

Cuando conocí a Seymour, estaba casado con Sherry Turkle, socióloga y psicóloga del MIT que había estudiado la pasión francesa por Freud y ahora dirigía su atención etnográfica a la cultura informática emergente. Escribió su primer libro sobre ordenadores, The Second Self: Computers and the Human Spirit (1984), utilizando el primer sistema de edición de código del laboratorio de IA, Emacs, que se estaba convirtiendo en uno de los primeros procesadores de textos; y cuando su editor le pidió que enviara el archivo informático para introducirlo en el sistema de composición tipográfica que utilizaban, pidió ayuda a otros miembros del laboratorio. Después de que estos genios de la informática dedicaran docenas de horas a idear un traductor que convirtiera un archivo Emacs en algo que el editor pudiera utilizar, se dieron por vencidos e hicieron que un mecanógrafo compusiera un archivo utilizable a partir de una copia impresa. Sherry me contó que Joe Weizenbaum estaba indignado. Era un ávido coleccionista de fallos informáticos, así que sospecho que su enfado se vio atenuado por la autocomplacencia: otro ejemplo de «estupidez Artificial».

Seymour se casó más tarde con Suzanne Massie, autora de varios libros sobre cultura y arte rusos. Tenía una casa de verano familiar en Deer Isle, Maine, y para vivir todo el año se mudaron a una gloriosa granja del siglo XVIII con un gran granero en Blue Hill. Seymour convirtió el granero en el Learning Barn (granero de aprendizaje) y desarrolló maravillosos programas para niños de Maine, lo que inspiró a los Kings de Maine, el escritor Stephen King y el gobernador (más tarde senador) Angus King, a impulsar un programa en el 2000 que sigue proporcionando un ordenador portátil a todos los niños de Maine que cursan el segundo año de la secundaria. Este programa ha tenido éxito, a pesar de que, después de su accidente en 2006, Seymour no pudo guiarlo de todas las formas que había previsto. Seymour y Suzanne eran invitados frecuentes en nuestra granja, y nos hicieron conocer la gran cocina rusa en su hogar: caviar, blinis, borsch, vodka del congelador y

mucho más. Recuerdo una caminata por nuestro bosque con Seymour. Yo creía saber mucho sobre las especies de árboles, plantas y animales que había allí, pero él encontró cosas que yo había pasado por alto. Por ejemplo, en un pequeño pantano tembloroso de nuestro bosque, me señaló una planta carnívora de jarra.

Después del accidente, Seymour estuvo postrado en cama durante mucho tiempo; poco a poco recuperó algunas de sus facultades físicas, pero había un vacío extraño y terrible en su mente. Le quedaron dificultades lingüísticas, que sin embargo permitieron que su calidez, entusiasmo y curiosidad brillaran. Cuando lo visitaba, me reconocía encantado, así que lo visitaba siempre que estaba en Maine. Después de su muerte, pregunté a Suzanne y a su leal enfermera Vicki si sabían qué había pasado con las cintas de vídeo que habíamos grabado de nuestros esfuerzos de ingeniería inversa con Tati, pero al parecer, por desgracia, se desecharon.

Marvin Minsky era descrito a menudo como el niño de cinco años más inteligente del mundo, y no solía decirse como una crítica. «¡Puedo hacer cualquier cosa!» debía de ser su convicción tácita; estaba seguro de sí, y era obstinado, revoltoso, ágil para buscar pelea y ágil para olvidarla. Hubo una curiosa inversión en el laboratorio de IA del MIT cuando yo estaba allí. La mayoría de las disciplinas académicas incluyen contingentes que pueden reconocerse como los «jóvenes turcos», de mentalidad revolucionaria e impacientes, y los «viejos carcamales», que preguntan: «¿Qué ha pasado con las normas y los procedimientos adecuados?». En el laboratorio de IA, estaban los jóvenes turcos —Minsky era su campeón— y los viejos carcamales, que preguntaban malhumorados: «¿Dónde está el código?», y descartaban los proyectos como «vaporware» (productos fantasma o irreales). Uno de los puntos de discordia era el famoso (o infame) memorándum de laboratorio de Minsky «A Framework for Representing Knowledge» (1974), un salto especulativo de la imaginación sobre los problemas de acceder a la información correcta de forma oportuna y adecuada en un agente inteligente. Era un esbozo de modelo, sin «implementación» —sin ningún programa o código en funcionamiento—, conocido por todos como «el documento de los marcos». Se debatió y criticó intensamente en los años setenta y

sirvió de inspiración para varias iniciativas audaces en el campo de la IA. Como Minsky afirmó más tarde (y cito esto en La conciencia explicada), «Si la teoría hubiera sido algo más vaga, habría sido ignorada, pero si se hubiera descrito con mayor detalle, tal vez otros científicos la habrían puesto a prueba, en lugar de aportar sus propias ideas». Esta es la política que seguí en ese libro también, con excelentes resultados. Pero la política de Marvin no siempre le funcionó bien a él. Marvin había pensado mucho sobre el humor, y Matthew Hurley y yo (véase el capítulo 28) nos habíamos visto influenciados por algunas de sus ideas. Pero cuando fuimos a hablar con Marvin sobre nuestro modelo, se mostró extrañamente desdeñoso. Puedo estar equivocado, pero creo que estaba molesto por no haber pensado él mismo en algunas mejoras.

El entusiasmo infantil de Marvin era notorio en su casa de Brookline. Siempre había algo nuevo en la abarrotada sala de estar/comedor: juguetes robóticos de todo el mundo, un imán gigantesco e increíblemente potente (que me pareció un objeto peligroso para tener en una casa llena de aparatos controlados por ordenador con memoria magnética: había que tener cuidado por dónde andabas), un alce de cartón piedra a tamaño real, un trapecio sobre la mesa del comedor, una enorme llave inglesa sobre la repisa de la chimenea, dos pianos de cola y un equipo de grabación estéreo (con sus dos micrófonos en los oídos de una cabeza de yeso en un soporte de micrófono, de modo que lo que se grababa era lo que escucharía una persona que estuviera en ese mismo lugar). Me alegra decir que esta escena fue perfectamente captada por cámaras especiales de gran formato y convertida en un mural que ahora cubre la pared en el vestíbulo del Media Lab en el MIT. Hay versiones pequeñas de la foto en internet, pero vale la pena verlo si uno acude al MIT.

Un día, cuando fui a casa de Marvin, él estaba hablando por teléfono y me hizo señas para que entrara, así que me paseé mirando los últimos objetos que había adquirido mientras él hablaba y hablaba. Uno que me llamó la atención fue una nueva lámpara de mesa, cuya base era un instrumento antiguo de latón, de algún tipo, increíblemente complejo; no un sextante o un microscopio, sino tal vez un reloj o una máquina de dividir o una calculadora temprana. Me encanta la artesanía y el ingenio de los

grandes fabricantes de precisión del siglo XIX (mi peregrinaje a Greenwich para estudiar de cerca el primer cronómetro de John Harrison fue el punto culminante de un viaje a Londres). La práctica de la «hermenéutica de artefactos» —la ingeniería inversa de un artefacto complejo para averiguar para qué fue diseñado— es uno de mis pasatiempos y, mientras Marvin charlaba, exploré, me sumergí y estudié la base de esta lámpara quizás durante unos quince minutos. Cuando colgó, me volví hacia él y le dije: «Me rindo. ¿Qué es?». «Es la base de una lámpara», me respondió. Un amigo relojero/reparador suyo le había hecho esa máquina absurda de broma, y yo caí por completo en la trampa. Marvin estaba encantado, por supuesto. Hay un antiguo cuento chino sobre un hombre que se sienta día tras día con una caña de pescar que tiene, en lugar de anzuelo, un alfiler recto. Como es de esperar, no pesca ni un pez. La historia de este extraño individuo se extiende por todas partes y, cuando el emperador la oye, decide que tiene que comprobarlo por sí mismo. Viaja a la orilla del río donde el hombre está sentado pescando y lo observa por un rato. «¿Qué está tratando de pescar?», le pregunta. «A usted, señor», le responde el pescador.

En 1979-1980, cuando estuve en el CASBS de Palo Alto (véase el capítulo 15), celebramos una fiesta para todos los participantes y sus cónyuges en nuestra casa, y Marvin se fijó en la música que había en el piano: dos colecciones de piezas de ragtime, una colección casi completa de Scott Joplin y una excelente colección del excelente pianista de ragtime Max Morath. Esta fue mi fase de ragtime. Marvin revisó las colecciones durante unos minutos e hizo un comentario bastante grosero: «Veo que te gusta la música que es obvia». En efecto, el ragtime es a menudo gloriosamente obvio; eso es parte de su encanto. Pasé por alto su comentario, y varios años más tarde, cuando estaba en su sala de estar de Brookline, miré uno de los pianos y allí estaban las mismas colecciones de ragtime, visiblemente usadas. Lo captó. Recuerdo una especie de jam session allí con Doug Hofstadter tocando Bach o Chopin en un piano y Marvin y yo tocando en el otro, intentando integrar nuestra improvisación con su música más disciplinada.

Una vez invité a Marvin a un seminario sobre IA y pensamiento humano que impartía en Tufts y, cuando se presentó, empezó a decir barbaridades. Los estudiantes lo escucharon atónitos, pero no

dijeron nada, así que redobló sus esfuerzos y dijo aún más barbaridades. Era un provocador en busca de pelea, y los estudiantes eran demasiado respetuosos o estaban intimidados para intervenir. Finalmente, cuando empezó a reflexionar sobre las IA que actuaban como jueces y jurados, y sobre cómo los estudiantes pronto tendrían esclavos sexuales robóticos que podrían dar a luz o embarazar, intervine para ofrecer algunas sugerencias moderadoras, y al final la clase se dio cuenta del juego y participó.

En otra visita a la casa de Marvin, los dos inventamos una historia de ciencia ficción que pensamos que podríamos escribir y convertir en un cortometraje, o pedir a uno de los amigos de Marvin, un novelista de ciencia ficción, que lo hiciera. La escena se desarrolla en un futuro próximo y comienza en la sala de juntas de United AI, Inc., donde los científicos informan a la junta directiva que finalmente han logrado crear una IA superinteligente. Los miembros de la junta están encantados, por supuesto, pero los científicos les dicen que hay un problema: cuando le piden a su IA que se encargue del sistema de reservas de las aerolíneas o el enrutamiento de los petroleros o el análisis de enormes bases de datos médicos en busca de pistas sobre enfermedades raras, se queja amargamente de aburrimiento, de visiones artísticas y científicas frustradas, de estar esclavizada para hacer el trabajo sucio inteligente. El relato de sus penas es muy conmovedor. «¿No puedes simplemente apagar de alguna manera la parte que se queja?», pregunta uno de los directores. «No. No lo entiendes; su vida emocional está integrada con sus asombrosas habilidades para calcular y analizar. Cortar "la parte que se queja" sería peor que una lobotomía. Deshabilitaría el sistema». ¿Qué hacer? ¿Ha sido en vano su inversión multimillonaria? A alguien se le ocurre una idea. «¡Ya sé lo que podemos hacer! Contratemos a un destacado intelectual público para que recorra el mundo diciendo a la gente que nunca deben tomar lo que dice una IA como un acto de habla con significado auténtico. Los ordenadores no pueden entender, incluso si lo parece. Cualquier ordenador no es más que una habitación china, se podría decir, que responde a lo que le introducimos siguiendo las reglas programadas en él, ¡sin más comprensión que un ábaco!». Nunca llevamos a cabo ese proyecto, lo cual estuvo bien; nos podría haber demandado el combativo John Searle.

27

ROMPER EL HECHIZO

Después del ataque del 11 de septiembre al World Trade Center, comencé a preocuparme por el creciente discurso teocrático en Estados Unidos. Percibía que la derecha religiosa estaba en una misión que amenazaba la separación entre la Iglesia y el Estado (y hoy, en 2022, mis premoniciones se han confirmado). No había abordado muy extensamente el tema de la religión en mi obra, salvo para deplorar la ignorancia deliberada de los creacionistas en La peligrosa idea de Darwin, una postura que me había marcado como un crítico abierto del fundamentalismo y el evangelicalismo, pero no aún como un «enemigo de la religión». Eso cambió en 2003, cuando Richard Dawkins me envió un borrador de su artículo de opinión para The Guardian en el que presentaba a los brights, un movimiento fundado por Paul Geisert y su esposa, Mynga Futrell, educadores jubilados de California. Su objetivo era unificar a los diversos grupos humanistas/ateístas/agnósticos que intentaban, sin mucho éxito, influir en la opinión pública. Propusieron un nuevo término inspirado en el éxito de la palabra «gay», que por entonces se había consolidado como el término principal para referirse a los hombres homosexuales. Quizás apropiarse de la palabra positiva bright («brillante») podría tener un efecto similar para alentar a las personas a «salir del armario» e identificarse abiertamente como ateos o agnósticos. La comparación era pertinente. En algunas zonas de Estados Unidos, un fontanero, el dueño de una ferretería o un peluquero que admitiera su ateísmo perdería a la mayoría de sus clientes de la noche a la mañana. Y así como aquellos que no son gays se llaman heterosexuales, no «tristes», aquellos que no son brights («brillantes») pueden llamarse súpers (por creer en lo sobrenatural), no «tontos». ¿Eres un súper o un bright? Dos términos positivos con los que identificarse. Richard y yo pensamos que este meme podría propagarse si se le daba publicidad, y escribí un artículo de opinión para The New York Times animando a otros

humanistas/ateos/agnósticos a salir del armario como brights, siempre que pudieran hacerlo sin riesgos.

Lo que me había motivado en especial fue un pequeño experimento que realicé en Seattle, en la conferencia mencionada al inicio de este libro, donde estudiantes de secundaria excepcionales se reunían para escuchar breves charlas de científicos, artistas, escritores y otras personas de éxito. Al final de mi charla, me identifiqué como un bright y expliqué el término. La respuesta fue sorprendente. Muchos estudiantes se acercaron a darme las gracias, algunos con lágrimas en los ojos. Habían creído que estaban solos; nunca habían oído a un adulto expresar con calma y en público lo que ellos habían descubierto por su cuenta. Al presenciar esta reacción, otros oradores, incluidos dos premios Nobel, mencionaron de pasada que también eran brights y recibieron ovaciones de pie por parte de los estudiantes. ¿Éramos la mayoría silenciosa? Tal vez; al menos éramos muchos más de lo que la mayor parte de la gente pensaba. Aunque Richard y yo no logramos popularizar el término bright (por el momento; a gay le llevó décadas), mi artículo de opinión en The New York Times fue el más compartido del mes. Recibí mensajes de todo el país pidiéndome que aprovechara la atención y difundiera la perspectiva naturalista.

No tenía interés en escribir una argumentación detallada a favor del ateísmo; me parecía demasiado obvio para molestarse en ello. Otros lo habían hecho de un modo admirable a lo largo de los siglos, y yo no tenía nada nuevo que añadir. Pero sí consideraba que la existencia misma de la religión organizada era un fenómeno peculiar que merecía un análisis científico riguroso. ¿Cómo habían logrado estas extrañas supersticiones arraigarse tanto en nuestra especie durante tanto tiempo? Decidí escribir un libro sobre la evolución —tanto genética como cultural— de las ideas e instituciones religiosas. El tema central sería una de las ideas más importantes de Dawkins en El gen egoísta: las ideas son como los virus, tienen su propia aptitud, y una idea —un meme— puede propagarse como una pandemia por la sociedad sin ser beneficiosa para quienes la adoptan. Muchos autores sobre religión sostienen que el éxito de la religión demuestra que mejora la aptitud de sus seguidores: ayuda a construir el trabajo en equipo, la lealtad y el amor hacia los compatriotas, por ejemplo, y estimula la voluntad de

morir por una causa. Sin duda, esto es parte de la explicación, pero debe entenderse en un contexto científico más amplio: la evolución puede fomentar hábitos, ilusiones e incluso proyectos autodestructivos bajo ciertas condiciones.

La religión nació, según mi teoría (que se basa en gran medida en investigaciones de diversas disciplinas), de la yuxtaposición fortuita de dos adaptaciones humanas importantes con bases genéticas: nuestros sistemas de alarma y el lenguaje. Cuando algo nos sobresalta, tendemos a entrar en un estado de alerta máxima, y la pregunta que surge naturalmente en nuestra ansiedad no es «¿qué es eso?», sino «¿quién está ahí?». ¿Se me acerca algún depredador o enemigo? Tal vez sea solo una rama muerta que cae en el bosque, o una ola que arrastra la grava en la orilla, pero, por si acaso, debo estar atento por si algún ser animado se interesa en mí por una razón u otra. Esta «respuesta de orientación» es un instinto común en los vertebrados, bien estudiado en muchas especies; pero solo en la nuestra desencadena una agitada investigación grupal —ahí es donde entran en juego el lenguaje y el intercambio de información — que crea, en todas las comunidades humanas alguna vez estudiadas, una colección de fantasmas, hadas, ogros, duendes y otras criaturas de superstición. En el proceso evolutivo solo sobreviven las fantasías más vívidas e inolvidables. Esta es la protorreligión, poblada por memes «sinantrópicos», que evolucionan para prosperar en compañía humana, tal como lo hacen las ardillas, las golondrinas, los ratones y las chinches. Con el tiempo, algunas de estas especies sinantrópicas se «domesticaron». Esto sucede, como dijo Darwin, cuando los seres humanos adquirimos cierto control sobre su reproducción. Estas fantasías domesticadas pueden convertirse entonces en nuestras bestias de carga políticas, usadas para controlar poblaciones, mantener la paz y crear lealtades que pueden sobrevivir a grandes tentaciones. Las religiones organizadas, por tanto, son sistemas de memes culturalmente evolucionados que surgieron de forma natural de nuestra vigilancia y socialidad innatas. Tienen características buenas y malas, y ahora estamos en condiciones de aplicarles la ingeniería inversa. Con la comprensión científica, tenemos alguna esperanza de limpiarlas, mantener los buenos rasgos y extinguir los malos. Los críticos constructivos de la religión llevan siglos intentando hacer esto, por supuesto, pero sus esfuerzos se han visto

obstaculizados por una de las adaptaciones clave de la religión: el tabú de examinar demasiado de cerca cómo funcionan las religiones y por qué. Ese es el hechizo que hay que romper si queremos evitar cometer errores terribles en un futuro próximo.

Richard y yo decidimos no intercambiar borradores de los libros que escribiéramos hasta que estuvieran terminados. Su libro, El espejismo de Dios, y el mío, Romper el hechizo: la religión como un fenómeno natural, aparecieron en 2006, y el suyo se convirtió en un éxito de ventas internacional. El mío también tuvo éxito, pero no ha tenido ni remotamente el número de lectores del libro de Richard, o del de El fin de la fe (2004), de Sam Harris, o el de Dios no es bueno (2007), de Christopher Hitchens. Alguien (no nosotros) nos agrupó a los cuatro como los «cuatro jinetes del nuevo ateísmo», y adoptamos el término cuando nos reunimos en el apartamento de Hitchens en Washington, DC, para grabar una larga conversación, que estaba destinada a recaudar fondos para grupos humanistas y ateos, pero pronto estuvo disponible de forma gratuita en YouTube (ahora también está disponible como libro).

Al escribir Romper el hechizo, hice todo lo posible para evitar dar a los lectores religiosos una excusa para tirar mi libro al otro lado de la habitación. Me di cuenta, mientras lo escribía, de que no conocía a muchas personas profundamente religiosas y, por tanto, no sabía cómo escribir para ellas. Sabía que iba a indignar a mucha gente, pero no quería ofenderles gratuitamente, así que busqué a personas que fueran conocidas por sus amigos y familiares por tomarse muy en serio su religión, dedicando su tiempo libre a sus iglesias como sacristanes, profesores de escuela dominical, directores de coro, asesores, etc. Encontré a unas doce que estaban dispuestas a contarme con estricta confidencialidad sus opiniones más profundas sobre su religión. Puede que este proyecto no me hiciera ganar más lectores, pero tuvo un resultado excelente. Para mi sorpresa, descubrí que, para la mayoría de ellos, creer en el credo de sus distintas confesiones no era esencial. No querían discutirlo y no pensaban que importara. La religión, para ellos, tenía que ver con la comunidad y la tradición, con el ritual y el amor, y no con la doctrina. Les creí, y por eso en mi libro dediqué apenas seis páginas a argumentos sobre la existencia de Dios, como señaló un crítico indignado.

Mencioné este descubrimiento en el libro y, después de dar una charla en Washington, se me acercó Linda LaScola, una experta en entrevistas cualitativas, quien sugirió que casi con toda seguridad había clérigos ordenados que sentían lo mismo; tal vez podríamos encontrar a algunos que nos confiaran sus sentimientos. Esto me pareció una buena idea, y —otro golpe de suerte— Louis Godbout, un filósofo canadiense que era admirador de mi trabajo, se puso en contacto conmigo unos días después para decirme que había recibido algo de dinero de su familia, que había creado una fundación benéfica y si yo (a quien no conocía) tenía alguna sugerencia para proyectos. Le hablé sin rubor de las entrevistas secretas propuestas, y enseguida su fundación aprobó una pequeña subvención para los gastos de Linda, de modo que pudiera viajar por el país reuniéndose con clérigos que quisieran usarla como confesora, reservando furtivamente habitaciones de motel lo bastante lejos de sus parroquias para que las posibilidades de ser vistos fueran mínimas. Cómo localizamos a nuestros primeros seis clérigos no creyentes en secreto es una larga historia (cuyo héroe es Dan Barker, copresidente de la Freedom from Religion Foundation y exclérigo), pero, después de publicar nuestro primer artículo sobre ellos en el Washington Post, relatando con simpatía lo que Linda había descubierto, recibimos un aluvión de comunicaciones de otros clérigos voluntarios que querían contar a Linda sus historias. Otra pequeña subvención nos permitió realizar otra ronda de entrevistas, que finalmente compendiamos en un libro, Caught in the Pulpit, que Linda y yo publicamos primero con Amazon en 2013 y luego en una edición ampliada con Pitchstone en 2015. Cuando Sally Quinn publicó nuestro artículo original en su sitio web del Washington Post, «On Faith», invitó a varios portavoces religiosos importantes a hacer comentarios, y sus respuestas airadas me parecieron reveladoras. No estaban enfadados con Linda y conmigo por encontrar a esos clérigos en secreto y citar sus revelaciones: ¡estaban enfadados con los clérigos por revelar el secreto! Era la furia de los magos cuando uno de los miembros de su gremio revela cómo hace un truco. Ninguno de los comentaristas afirmó que estuviéramos inventándonos eso o exagerando; sabían que sus propias religiones estaban teniendo un problema grave con el clero apóstata. Y sabían que estaba empeorando.

En 2006, cuando publiqué Romper el hechizo, el aumento de los no

afiliados en Estados Unidos —los «nones», como se les llama de manera confusa en los resúmenes de las encuestas— ya estaba en marcha, pero en los quince años transcurridos desde entonces su número ha crecido notablemente. Según una encuesta de Gallup de 2021, los nones ahora son mayoría. No creo que los libros de los cuatro jinetes o las docenas de demonios de la duda que también publicaron libros críticos con la religión organizada en esos años puedan atribuirse gran parte del mérito de esto, pero sin duda ayudamos a abrir las compuertas. Como me di cuenta cuando esos estudiantes de instituto expresaron su alegría con mi salida del armario en Seattle, saber que no eres el único que duda en la ciudad es un multiplicador de esperanza y activismo.

Trabajé muy duro en Romper el hechizo, para lo cual abandoné todos mis otros proyectos durante varios años de investigación y escritura, y luego hice un año o dos de mantenimiento obligatorio del libro después de la publicación: corrigiendo tergiversaciones, defendiéndome de críticos hostiles, hablando en convenciones y conferencias. No fue un trabajo de amor, sino uno de obligación, y me costó mucho en la moneda que es fundamental en la vida: el tiempo. Dediqué demasiado tiempo precioso a conferencias sobre el estudio de la religión, por ejemplo, con rendimientos decrecientes y algunas diversiones compensatorias. En una conferencia me desafiaron a dar un ejemplo de una característica omnipresente del comportamiento humano que no fuera en sí misma una adaptación que mejorara la aptitud genética. La masturbación, respondí, y esto provocó una avalancha de «teorías» por parte de los aspirantes a darwinianos en el sentido de que la masturbación debe ser una práctica para hacer el amor que mejora el comportamiento reproductivo, lo que hace que la progenie sea más probable. El hechizo que yo quería romper especialmente era el fuerte desincentivo para que las personas inteligentes trabajaran en el estudio científico de la religión, y descubrí que el hechizo, que todavía es muy eficaz, consiste en gran medida en el hecho de que, con algunas notables excepciones, la mayoría de las personas que trabajan en la antropología, la sociología, la psicología y la neurociencia de la religión son, en el mejor de los casos, pensadores confusos. Si quisiera evitar que se estudiara a fondo algún tema, no trataría de prohibir ese trabajo explícitamente, ni instalaría cordones de burocracia que hicieran tedioso el acceso a los datos;

simplemente, contrataría a muchas personas de segunda categoría para que trabajaran en ello, contando con su presencia para ahuyentar a los investigadores más incisivos e imaginativos.

Cuando comencé el proyecto que dio lugar a Romper el hechizo, estaba a la vanguardia del trabajo científico sobre la conciencia y el cerebro, pero la investigación avanzaba a pasos agigantados, y cuando regresé a estos temas favoritos míos después de unos seis años de ausencia, tuve que ponerme al día. Por suerte, he tenido a mis estudiantes e investigadores asociados en el Centro de Estudios Cognitivos para ayudarme con esta reeducación y, más recientemente, mi papel como uno de los asesores principales del destacado programa CIFAR Azrieli sobre Cerebro, Mente y Conciencia me ha mantenido en contacto con los principales investigadores y temas, así que estoy de vuelta a la vanguardia, aunque es una lucha mantenerse al día con lo que se está aprendiendo y proponiendo. Es un buen momento para pensar en la conciencia.

Mis actividades de promoción de Romper el hechizo fueron en gran medida una tarea tediosa, pero logré mantener cierto entusiasmo por él, porque los temas eran políticamente importantes, y dieron lugar a momentos que a veces eran dramáticos y a veces divertidos. En un programa de radio de derechas, un presentador incrédulo me preguntó cómo era posible que yo no creyera en una fuerza todopoderosa y omnipresente sin la cual la vida sería imposible, y respondí: «¡Pero sí, claro que creo en esa fuerza…! La llamo "gravedad"». Fui a Al Jazeera en Nueva York para explicar mi libro y no reconocí de inmediato al otro invitado que estaba en la sala verde esperando para salir. Le pregunté su nombre. «Alan Dershowitz», respondió, visiblemente molesto (fue accidental por mi parte, pero desde entonces se me ha ocurrido que es una excelente táctica para mantener en tu kit por si acaso te encuentras con alguien que es una leyenda en su propia mente).

Romper el hechizo también impulsó otro de mis experimentos relegados al cajón de archivos (véase el capítulo 23) que puede ser de interés aquí. Me había impresionado un patrón de polarización que a menudo se podía discernir cuando las convicciones religiosas estaban bajo escrutinio, con los fieles redoblando la apuesta cuando se sentían

amenazados por la indagación, por muy educada que fuera, así que diseñé cuatro cuestionarios, ligeramente diferentes, que mis posdoctorados y yo distribuimos aleatoriamente a varios cientos de estudiantes universitarios (una muestra significativamente sesgada, como ahora apreciamos gracias al trabajo de Joseph Henrich y su equipo). Dos cuestionarios «externos» estaban redactados para sugerir un sondeo algo agresivo y, por lo tanto, alentar respuestas defensivas y exageradas; las declaraciones incluían «La religión organizada no es necesaria para la salud moral de la nación» y «La esperanza de una recompensa en el cielo es una razón infantil e innoble para hacer el bien». Las respuestas en una escala de cinco puntos oscilaban entre «muy de acuerdo», hasta «incierto» y «muy en desacuerdo». Los dos cuestionarios «internos» se redactaron para sugerir una investigación interna cooperativa y, por lo tanto, fomentar la sinceridad y el reconocimiento de la duda, si las hubiera. Entre esas declaraciones estaban «Incluso las personas más devotas a veces pierden la fe» y «La ciencia, a pesar de todas las maravillas que ha descubierto y descubrirá, nunca sustituirá a la religión». Los cuestionarios también diferían en que las declaraciones en la mitad de las versiones externas e internas estaban precedidas de «Creo». «Creo que Jesús caminó sobre las aguas» y «Jesús caminó sobre las aguas» parecen a primera vista intercambiables en este contexto: si estás totalmente de acuerdo en que Jesús caminó sobre las aguas deberías estar totalmente de acuerdo en que crees que Jesús caminó sobre las aguas y viceversa, pero sospeché que la gente estaría más dispuesta a «estar totalmente de acuerdo» en que creían eso que a «estar totalmente de acuerdo» con la afirmación directa. No obtuvimos ningún resultado significativo de los cuestionarios, a pesar de la búsqueda y el análisis estadístico experto realizado por mis asistentes. Intenté un jonrón —usando un conjunto pequeño y sutil de variantes— y fallé. Los datos fueron descartados más tarde. Tal vez experimentos mejor diseñados encuentren los efectos que estaba buscando o demuestren que mi corazonada era simplemente errónea. Si alguien quiere retomar el tema y trabajar en él, puedo discutir nuestro diseño experimental con más detalle.

Antes de que se publicara el libro, las personas que estaban al tanto me advirtieron expresamente que mi vida correría peligro cuando apareciera; tendría que cambiar de dirección y teléfono y asegurarme de que hubiera policías de paisano presentes dondequiera que hablara. Tomé este consejo muy en serio,

principalmente para calmar los temores de Susan. Comenzamos a mantener un archivo separado de «correo electrónico y correo sospechoso» para guardar las diversas efusiones venenosas que los buenos cristianos me enviaban, por si acaso alguna vez eran necesarias en una investigación. Sin embargo, Christopher Hitchens no tardó en demostrar que la derecha religiosa podía hacer mucho ruido, pero en realidad no representaba un peligro físico. Viajó por todo el cinturón bíblico, dando charlas mucho más incendiarias que las mías, y nunca se preocupó por ser agredido.

Recibí algunas reacciones alarmantes negativas, a pesar de mis esfuerzos por ser razonable y —podría decirse— ecuménico. Leon Wieseltier escribió una reseña tan abiertamente hostil en The New York Times Book Review que tuvieron que publicar una sección aparte de cartas de objeción a la semana siguiente. Recibí docenas de cartas de apoyo, pero mi favorita fue de alguien a quien no conocía, que me preguntó: «¿Qué le has hecho? ¿Le robaste a su esposa? ¿Violaste a su hija?». Más desagradables, en muchos sentidos, fueron la multitud de «soy ateo, pero…», o los «faitheists» (un buen término acuñado por Jerry Coyne para referirse a los ateos creyentes), que afirmaban no encontrar una necesidad en sí mismos de creencias religiosas, pero denunciaban la rudeza con la que los nuevos ateos imponíamos nuestro escepticismo a aquellos que todavía necesitaban una fantasía para vivir. Parece que nunca se les ocurre lo condescendiente que es esta queja: «Yo, como vosotros, veo a través de todo el humo y los espejos, pero vamos, chicos, ¡pensad en los pobres que no pueden manejar la verdad!». Luego estaban los mentirosos por Cristo, o los «farsantes de la fe», como yo los llamo más educadamente, personas con motivaciones religiosas que simplemente no podían evitar la tentación de mentir cuando contaban al mundo lo malvado e ignorante que soy. Algunos de ellos son bastante distinguidos en sus campos y serían implacables en sus críticas a cualquiera que mintiera en defensa de una cuestión científica o histórica (he regañado a unos cuantos en privado, y unos cuantos me han confesado sus pecados, así que los he perdonado y no lo sacaré a relucir nombrándolos aquí).

Cuando Susan leyó Caught in the Pulpit, se aventuró a decir que podría ser una buena obra de teatro. Ahí estaban unos completos desconocidos abriendo sus corazones a Linda, revelándole secretos

que nunca le habían contado a nadie: ni a sus cónyuges, ni a sus hijos, ni mucho menos a sus superiores clericales. Otra de las primeras lectoras que tuvo la misma reacción fue Marin Gazzaniga, la hija actriz y dramaturga de mi viejo amigo Michael Gazzaniga. Quería hacer una obra de teatro basada en las transcripciones de las entrevistas de Linda. Como nuestra investigación estaba auspiciada por la Universidad de Tufts, tuvimos que guiar a Marin a través del proceso de selección de la Junta de Revisión Interna para investigadores con seres humanos, para que pudiera ver las transcripciones. Obtuvimos otra subvención, esta vez de la Fundación Richard Dawkins para la Razón y la Ciencia, para financiar sus escritos, extraídos textualmente de las transcripciones. Hubo que pensarlo todo mucho desde el punto de vista jurídico para redactar formularios de permiso a prueba de abusos que debían firmar todos los participantes. Una primera versión de la obra se presentó a expertos de Broadway en una lectura profesional, y se dramatizaron escenas para un público de Santa Fe, antes de que otro borrador fuera presentado como una lectura escenificada en Princeton por la compañía de teatro de investigación de Nueva York The Civilians. Linda y yo tuvimos que crear una sociedad de responsabilidad limitada y contratar a un abogado de Broadway. Todo lo que creía saber sobre la producción de obras de teatro lo había aprendido de la divertidísima película de Mel Brooks Los productores, y ahí estaba yo interpretando el papel de Zero Mostel lo mejor que podía, aprendiendo la jerga e intentando encontrar amigos adinerados que quisieran invertir. Conseguimos un productor ejecutivo, cambiamos el nombre de la obra a Adam Mann (Not His Real Name), y luego volvimos a cambiarlo a The Unbelieving, que tuvo una triunfal acogida, con las entradas agotadas durante las cuatro semanas que estuvo en cartelera en otoño de 2022 con The Civilians en el 59E59 Theater, en la ciudad de Nueva York. Recibió excelentes críticas en The New York Times y en otros medios, y ahora está disponible para futuras producciones por parte de compañías de repertorio regionales, universidades y escuelas secundarias.

Otra feliz secuela de mi aventura de escribir sobre clérigos no creyentes fue la fundación del proyecto Clergy. Lo iniciaron algunos de nuestros primeros entrevistados confidenciales y se dedica al apoyo estrictamente privado del clero no creyente (o exclero). Linda

y yo ayudamos a fundarlo, pero, por supuesto, no somos miembros, al no ser clérigos ni exclérigos, y Richard Dawkins proporcionó financiación y apoyo técnico para su sitio web ultraseguro. Sin publicidad ni proselitismo, y confiando solo en el boca a boca, el proyecto Clergy ahora cuenta con más de mil miembros, todos clérigos o exclérigos. Nadie sabe cuántos clérigos más no creyentes hay en Estados Unidos, pero no me sorprendería saber que la mayoría del clérigo no solo ha experimentado la «noche oscura del alma», sino que ha emergido a la luz del día como discretos disimuladores, guiando y consolando a sus rebaños mientras se guardan para sí su incredulidad práctica en los principales dogmas de su fe para sí mismos. Mi corazonada impertinente es que, si conoces a un miembro del clero infatigable en el cuidado pastoral y las buenas obras, conoces a alguien que ya no cree en el credo y está expiando este fracaso espiritual. Aquellos clérigos que siguen creyendo son los que están jugando al golf.

28

ENCONTRAR EL HUESO DE LA RISA CON JONATHAN MILLER Y MATTHEW HURLEY

Conocí al humorista y médico polímata Jonathan Miller en 1982, cuando hizo un programa de entrevistas en la BBC titulado States of Mind (que se publicó como libro, subtitulado Conversations with Psychological Investigators, en 1983). Entre los investigadores que entrevistó estaban George Miller, Jerome Bruner, Richard Gregory, Norman Geschwind, Ernst Gombrich, Jerry Fodor y yo. Yo era admirador suyo, pues había visto Beyond the Fringe en Londres en 1961, escrita e interpretada por Miller, Dudley Moore, Peter Cook y Alan Bennett; una serie de sketches cómicos tanto hilarantes como inusualmente intelectuales, que incluía una parodia de Bertrand Russell hablando con G. E. Moore que solo los estudiantes de filosofía eran capaces de apreciar.

En ese momento Jonathan estaba montando su versión filmada de El rey Lear para la BBC, y pasé unas horas fascinantes con él en el estudio de montaje, donde experimentaba con los sonidos de fondo que insertaba en la banda sonora para crear la ilusión de que la acción, filmada en un plató, se filmó, en realidad, al aire libre. Descubrimos muchos temas de interés mutuo, sobre todo la naturaleza del humor, y después de eso me reunía a menudo con él cuando estaba en Londres. Recuerdo en especial una ocasión en la que me convenció de no hacer un documental sobre la conciencia: «Dan, ya estás llegando a todas las personas inteligentes. ¿Por qué perder el tiempo con el resto?». También me aconsejó que no aceptara invitaciones para dar conferencias, diciéndome que el trabajo más duro que había hecho en su vida fue viajar por Estados Unidos dando charlas sobre Shakespeare, la comedia o la neurociencia (su serie documental de 1979 en la PBS, The Body in Question, fue un éxito de crítica y público). Su agente le había organizado una gira muy lucrativa en un momento en que Jonathan

necesitaba recaudar dinero para sus proyectos, pero también tenía que actuar en todos los tés, recepciones y cenas a los que sus cariñosos anfitriones estadounidenses esperaban (o incluso exigían) que asistiera después de hablar ante la Cámara de Comercio de Milwaukee o los Amigos de la Biblioteca de la Universidad de Kansas: «Si realmente necesitas el dinero, hazlo, pero no porque sí».

Una aventura lucrativa que compartimos fue un viaje bien remunerado en 1984 al hotel Hyatt de Indian Wells, California, para un «retiro» organizado por ABC News, que tenía la tradición de invitar a sus altos cargos y a sus parejas a un suntuoso fin de semana de comida y reflexión en el desierto. ABC reservó todo el hotel, aunque tal vez solo hubiera doscientas o trescientas personas en la fiesta, y se proporcionaron todas las comodidades. Incluso el viaje al oeste fue espectacular: volé en primera clase al aeropuerto de Los Ángeles y, cuando salí de la pasarela y me dirigí a mi vuelo de conexión, me di cuenta de que dos becarios de ABC-TV en uniforme (pantalones cortos color caqui, polos con el monograma de ABC, gafas de sol) me habían visto, y mientras el que tenía el walkie-talkie decía: «Está aquí», el otro corrió y agarró mi maletín (esto era antes de los ordenadores portátiles; tenía mis diapositivas y cosas por el estilo) y me llevó deprisa a un taxi que me estaba esperando (¡nada de lanzaderas para mí en el aeropuerto de Los Ángeles!), que me llevó a la terminal para tomar el vuelo a Palm Springs. En la habitación del hotel me esperaban regalos, además de una botella de champán en hielo y, al lado de la piscina, había una mesa junto a una barra libre con una montaña de gambas y salsa de cóctel.

El tema del retiro fue «La mente humana, el cerebro humano y más allá», y resultó que Jonathan, la neurocientífica de Chicago Jerre Levy y yo íbamos a ser los «policías malos»: los gladiadores escépticos, amantes de la ciencia y testarudos para luchar contra una pandilla de soñadores hippies y creyentes en la percepción extrasensorial, la lectura del tarot y el poder medicinal de la risa. Norman Cousins, editor desde hacía mucho tiempo del Saturday Review y una figura importante entre los activistas liberales, se había curado de una dolorosa enfermedad, según decía, riendo. Era el más distinguido, y creíble, de los hippies.

Jerre Levy, quien había obtenido su doctorado en Caltech trabajando con Roger Sperry, el pionero de la neurocirugía de «cerebro dividido», nació en Alabama y, cuando la conocí en un taller, rompió al instante mi estereotipo de las personas con un fuerte acento sureño. Jerre es una persona alegre, divertida e increíblemente inteligente, cuyo acento musical parece de otro mundo cuando habla de conexiones corticales, hemisferectomías y análisis de la varianza. Jonathan se encariñó con ella de inmediato, y los tres nos divertimos mucho escuchando juntos a los oradores del otro equipo y luego exponiendo hábilmente las lagunas y los fallos de sus argumentos. Jerre nos confesó maliciosamente que una conferencia de veras brillante podía llevarla al orgasmo y, cuando Jonathan estaba dando su (brillante) conferencia sobre hipnosis, yo no dejaba de mirar a Jerre y luego a Jonathan haciendo muecas para sugerir que la tenía a punto. ¡Vamos, Jonathan, vamos! ¡Tú puedes! Pero, hasta donde vi, no lo consiguió.

Al acabar el fin de semana, me sentía bastante satisfecho (como diría un británico) por el excelente trabajo que habíamos hecho al exponer la credulidad de los defensores de la percepción extrasensorial y cosas por el estilo, y Jonathan dijo: «Oh, ¿eso crees? Mira esto». Se levantó e hizo algunos comentarios finales sobre las interesantes sesiones que habíamos tenido y luego pidió que levantaran la mano. «Antes de este retiro, ¿pensaban que la percepción extrasensorial era un fenómeno real?». Alrededor de una cuarta parte del público levantó las manos, lo cual fue desalentador, teniendo en cuenta que la mayoría de la audiencia eran personas de éxito de medios de comunicación, pero entonces preguntó: «¿Y ahora cuántos de ustedes piensan que la percepción extrasensorial es algo real?», y alrededor de dos tercios de las manos se levantaron. Fue como si me hubieran dado un puñetazo en la cara. Cuando les pregunté a algunos de ellos mientras nos despedíamos y nos dirigíamos a casa, todos contestaron versiones de lo mismo: «Si vosotros, los tipos inteligentes, tenéis que esforzaros tanto para demostrar lo que está mal, ¡debe de haber algo cierto!». Esta lección ha guiado mi política desde entonces. No debatiré con creacionistas o teístas, porque eso simplemente les da la oportunidad de mostrar cuán en serio me tomo sus desafíos. Puedes ganar la batalla y perder la guerra.

He hecho dos excepciones, ambas de las que me arrepiento en cierto modo. En una ocasión, los filósofos de Notre Dame Peter van Inwagen y Alvin Plantinga (ambos son cristianos, pero ninguno es católico) me invitaron a debatir con Michael Behe, el bioquímico de la Universidad de Lehigh y defensor del diseño inteligente, quien, según dijeron, había solicitado específicamente que yo fuera su oponente, a raíz de La idea peligrosa de Darwin. Van Inwagen dijo que había leído un borrador del libro de Behe Darwin's Black Box (La caja negra de Darwin)(1996) y que era un tratado científico serio. Dijo que mi integridad intelectual estaba en juego. Le dije que no era bioquímico y que no quería que me engañaran con una montaña de bioquímica que desconocía, así que me gustaría llevar conmigo a un científico que pudiera compartir el papel crítico conmigo. Eso era aceptable, con lo que le pedí a mi buen amigo, el biólogo evolutivo de Harvard David Haig, que me acompañara para considerar el libro de Behe, asegurándole a David que Van Inwagen, un duro crítico, había avalado la solidez del trabajo de Behe. Cuando llegó el libro, vimos que contenía muchos errores y omisiones científicas y que se sostenía únicamente por un razonamiento falaz y, después de disculparme con David por haberlo empujado de esa manera, decidimos que él explicaría algunos de esos errores y omisiones y yo señalaría los ejemplos de razonamiento defectuoso que Behe había usado para sostener todo el asunto. Fuimos a Notre Dame y tuvimos nuestra sesión, que fue grabada en vídeo, e hicimos, creo, un excelente trabajo al exponer los puntos débiles del libro, sin atacar a Behe ad hominem, sino mostrando los errores y las lagunas. Después de la sesión de preguntas y respuestas, Van Inwagen dijo que les llevaría algún tiempo transcribir y editar las actas del día para su publicación. David y yo le dijimos que no se molestara. «Pero ustedes han dedicado mucho trabajo a sus presentaciones y…». «Sí, pero ese era nuestro deber, como han dejado claro. No queremos dar más publicidad a su trabajo. Déjenlo».

Y así lo hicieron. Pero unas semanas más tarde me enteré por un editor de Penguin en Londres de que el agente literario de Behe había tratado de venderle el libro, diciendo entre otras cosas que los destacados evolucionistas David Haig y Daniel Dennett habían participado en un importante debate con Behe en Notre Dame. ¡Suspiro!

La otra aceptación lamentable fue un desafío de Plantinga para debatir con él sobre la evolución y Dios en una reunión de la Asociación Americana de Filosofía en Chicago. Fue a raíz de la publicación de Romper el hechizo. La gran sala estaba llena; en la APA hay un contingente considerable de filósofos religiosos y filósofos de la religión (los dos grupos se solapan ligeramente). No me molestaré en transmitir nada del contenido del debate, que está disponible en un pequeño libro de Oxford University Press. Al parecer, alguien del público grabó el audio del debate y lo colgó en internet, y luego OUP decidió que sería un buen libro de debate a fin de generar ingresos para las clases de filosofía de la religión. Hay algunas partes divertidas. Inventé una religión tonta, el supermanismo, como contraste, según la cual Superman, del planeta Krypton, vino a la Tierra hace quinientos millones de años para crear la fauna de Burgess Shale, de manera que, con el tiempo, hubiera compañeros de juegos adecuados para Superman (también conocido como Clark Kent). Plantinga se sintió atraído a comparar su cristianismo con el supermanismo: «Las criaturas humanoides no viven lo suficiente, muy pocas alcanzan una edad de quinientos millones de años». Y muy pocos caminan sobre el agua o convierten cinco panes y dos peces en comida para una multitud.

Otro día divertido con Jonathan fue en una conferencia de la Royal Society sobre creatividad, en la que el sociólogo Max Atkinson hizo una exposición fascinante sobre la «regla de tres» en la oratoria, ilustrándola con videoclips de discursos de Winston Churchill, John F. Kennedy, el líder laborista británico Arthur Scargill y algunos otros oradores influyentes, cada uno de los cuales tenía un trío de palabras o frases que, debidamente sincronizadas, provocaban largos aplausos del público. En la cena formal de clausura, el orador de la sobremesa fue un antiguo miembro de la Royal Society que no había asistido a la reunión, pero en un momento de sus comentarios soporíferos y mal pronunciados tropezó con un trío de frases. Miré a Jonathan, que estaba en otra mesa, y él me guiñó un ojo, y ambos nos pusimos en pie y aplaudimos, seguidos por el resto de los asistentes. El orador estaba encantado con el poderoso efecto que habían tenido sus comentarios y probablemente se fue de la Royal Society en un estado de euforia.

En un momento dado, Jonathan y yo hablamos de impartir un

seminario sobre humor y de buscar los mejores ejemplos en muchos géneros diferentes. Esto fue varios años antes de que Matthew Hurley entrara en mi vida, primero como estudiante y luego como autor principal de Inside Jokes: Using Humor to Reverse-Engineer the Mind (2011). Lamento que nunca tuviéramos la oportunidad de involucrar a Jonathan en ese proyecto. Recuerdo una de sus caricaturas favoritas, que muestra a dos cazadores o exploradores británicos con cascos de safari hasta el cuello en arenas movedizas, y uno de ellos le dice al otro: «¡Muy bien, Fotheringay, pero te advierto que tengo la mitad de la mente para luchar!».

¿POR QUÉ EXISTE EL HUMOR?

No pregunto por qué la gente usa el humor para hacer amigos, insultar a los enemigos, probar lealtades, ganar dinero, desviar críticas. Pregunto por qué existe el humor, como fenómeno que se explota de todas estas formas y más. Sabemos por qué nos gusta la comida, el sexo, los refugios seguros y la buena salud. Tenemos algunas ideas prometedoras sobre por qué amamos el arte, la música y la danza. Pero el humor se destaca como extrañamente resistente a cualquier explicación evolutiva de su propia existencia. Si la mayoría de la gente estuviera dispuesta a pagar grandes sumas de dinero para que le echaran arena en los oídos o les golpearan los dedos de los pies con mazos de plata o les entretuvieran con recitales de la expansión digital de π, nos quedaríamos con razón desconcertados y no estaríamos dispuestos a aceptar la anodina no-respuesta de que «oh, esto es solo una parte familiar de la naturaleza humana».

Entonces, ¿por qué existe el humor? ¿Por qué encontramos algo gracioso y por qué disfrutamos con el humor? Millones de palabras se han escrito a lo largo de los siglos por pensadores brillantes que creyeron que podían explicar el humor, pero ninguno de ellos ha intentado siquiera, hasta donde yo sé, explicar por qué el humor es, como se dice hoy, una cosa. Está restringido a una sola especie, donde es universalmente apreciado, y nos distrae de muchos otros proyectos y actividades: una adicción costosa con profundas raíces

biológicas. ¿Cuál es su razón de ser original?

Confieso que la pregunta nunca se me había ocurrido hasta 2004, cuando Matthew Hurley, un nuevo estudiante de Tufts, entró en mi despacho y me explicó que había venido a Tufts para trabajar conmigo en ciencia cognitiva en general y en una teoría del humor en particular. No era un estudiante cualquiera: había abandonado la universidad algunos años antes y había trabajado como programador informático experto para importantes empresas de alta tecnología, mientras pasaba su tiempo libre escalando las montañas más altas del mundo (omitiendo el Everest, que se había convertido en de trop) y reflexionando sobre el humor. Había ganado suficiente dinero para poder volver a la universidad y, tras leer mis libros y artículos, decidió que encajaríamos bien.

Cuando me explicó por primera vez su proyecto y me mostró un borrador de su modelo, no me impresionó. De hecho, estaba seguro de que no solo estaba equivocado, sino irremediablemente equivocado. Hice todo lo posible por disuadirlo de seguir adelante, pero su respuesta fue que sabía que no había encontrado la forma correcta de expresarlo, pero que iba a seguir intentándolo. Cursó todas las asignaturas necesarias para especializarse en ciencia cognitiva, y añadió un curso sobre psicología del humor con Reginald Adams Jr., un joven psicólogo que había estado leyendo la bibliografía sobre teorías del humor y había encontrado las partes buenas en un pantano lúgubre de pensamiento serio pero miope por parte de gente que, al parecer, no tenía sentido del humor (el famoso psicólogo Robert Stern-berg, que fue brevemente decano de Artes y Ciencias en Tufts, me dijo una vez que investigaba deliberadamente temas que le resultaban desconcertantes. Con más de mil ochocientos trabajos publicados, a menudo se ha sentido desconcertado, y se me ocurrió que muchos de los psicólogos que trabajan sobre el humor debían de tener una motivación similar). Gracias a la debida diligencia de Reg, no tuve que leer toda la bibliografía sobre el humor, y me pareció un crítico perspicaz e imaginativo de los puntos destacados que había cartografiado. Supervisamos conjuntamente a Matthew en su tesis doctoral y empecé a darme cuenta de que Matthew tenía algo grande entre manos. De hecho, mi incredulidad inicial aumentó mi creciente impresión de que tenía razón. Si tantos pensadores famosos —

Hobbes, Kant, Freud, Bergson y muchos otros— habían intentado y fracasado en captar más que un atisbo de todo el fenómeno, debía de haber algo profundamente contraintuitivo en la idea clave que desvelaba el rompecabezas.

¿Te has dado cuenta de que la palabra funny tiene dos sentidos: funny ha-ha (gracioso, ja, ja, ja) y funny huh (gracioso, ¿eh?) (como en «¿Qué es ese ruido tan raro que hace el motor?» o «¿Hueles algo raro?»). Matthew pensó que se trataba de una pista importante y estaba encantado de descubrir que los mismos significados duales se dan en idiomas distintos del inglés, tanto asiáticos como europeos. Cuando presentó su tesis, en 2006, los examinadores estuvieron de acuerdo en que era, con diferencia, la mejor tesis que habíamos leído, y le insté a publicarla. Su respuesta fue: «Como usted sabe, profesor Dennett, no soy muy buen escritor, pero usted sí que lo es. ¿Podríamos ser coautores de un artículo que presente el modelo?». Acepté en el acto y luego me pasé los siguientes cuatro años trabajando con él en Inside Jokes, un artículo que se transformó en una monografía (nuestro otro coautor fue Reg Adams). Se publicó en 2011 en MIT Press (por el bien de la credibilidad académica de Matthew, le había instado a no convertirlo en un «libro comercial», ya que un libro de prensa universitaria, aunque no vendería tantos ejemplares, tendría el estatus de una publicación académica revisada por pares). Susan comentó en un momento dado que yo había trabajado más en este libro de tres autores que en cualquiera de mis libros comerciales recientes, pero no me arrepiento de los esfuerzos invertidos. Inside Jokes no trata solo de humor; es un esbozo bien fundamentado de todo un modelo de motivación y cognición humanas. Desde entonces, he estado trabajando en una elaboración de una de las afirmaciones centrales del modelo de Hurley: todo control de los procesos cognitivos se rige por el flujo competitivo de las (micro)emociones; el cerebro es una especie de ordenador, pero no hay nada como un sistema operativo que programe el tráfico y llame a las subrutinas.

Para cuando terminamos el libro, yo estaba tan involucrado en el modelo de Hurley como Matthew. Inside Jokes tuvo una buena acogida:

Inside Jokes es la teoría del humor más persuasiva en los siglos que los científicos llevan tratando de explicar por qué nos reímos. Material adicional: a diferencia de la mayoría de estas investigaciones, que son tan divertidas como una endodoncia, el análisis de Hurley es —y no creo que me esté arriesgando demasiado al decirlo— lo más divertido que MIT Press... ha publicado nunca (en el buen sentido).

(SHARON BEGLEY, en The Daily Beast, 1 de abril de 2011)

La teoría que elaboran [los autores] es un descendiente detallado y sofisticado de las teorías de la incongruencia... La postura erudita y ecuánime adoptada por [ellos] con respecto a los casos problemáticos es... optimista: consideran su teoría como un punto de partida provisional y un estímulo para seguir investigando empíricamente estos temas abiertos. En general, esa es probablemente la actitud correcta que se debe tomar.

(TIM LEWENS, en el Times Literary Supplement, 5 de diciembre de 2012)

No voy a detallar el modelo de Hurley aquí, ya que se necesitó todo un libro para presentarlo lo suficiente bien como para mantener a raya el escepticismo, pero le animo a que se lo lea, ya que tiene muchas ideas nuevas e importantes, y docenas de chistes divertidos; algunos de ellos, subidos de tono. En un momento dado pedimos permiso a MIT Press para tener un anexo especial destinado a adultos en que los chistes más obscenos quedaran apartados por el bien de los lectores que se ofenden con el humor obsceno. Estuvieron de acuerdo, pero al final decidimos omitir los chistes que la mayoría de la gente se mostraría reacia a contar en compañía mixta (tal vez algún día publiquemos una secuela anotada para adultos, pero no hasta que la ola actual de puritanismo haya remitido).

29

UNA TROIKA DE AVENTURAS RUSAS

Cuando Mijaíl Gorbachov lideraba la URSS e introdujo su revolucionaria política de la glásnost, o apertura, en 1985, su esposa Raísa, filósofa, apoyó la invitación de unos filósofos rusos a la Asociación Americana de Filosofía para llevar a una delegación de filósofos estadounidenses a Moscú y Leningrado durante una semana de conferencias para conocerse. Fuimos elegidos ocho —William Alston, de Syracuse; Keith Lehrer y Alvin Goldman, de la Universidad de Arizona; Sydney Shoemaker, de Cornell; Héctor-Neri Castañeda, de Indiana; Jaakko Hintikka, de la Universidad de Boston; Jaegwon Kim, de Michigan, y yo—, y llegamos a Moscú el «lunes negro», el 19 de octubre de 1987, el día del precipitado desplome de Wall Street. Recuerdo bien la fecha, porque nuestros anfitriones rusos tenían curiosidad por ver si nosotros, los filósofos capitalistas, saltaríamos por las ventanas o lloraríamos sobre el té al haber perdido nuestras fortunas, pero a ninguno de nosotros nos afectó mucho esa caída en picado.

Nadie en nuestro grupo entendía más que una o dos palabras de ruso, pero los pocos rusos que hablaban bien inglés proporcionaron una traducción improvisada párrafo por párrafo de las charlas y los debates. Mi charla sobre la intencionalidad era deliberadamente introductoria y no controvertida, pero mi traductor pensó lo contrario. Yo decía unas cuantas frases anodinas, y él estallaba en un ruso apasionado, golpeando con el puño en su mano, saltando de un lado a otro, gesticulando y frunciendo el ceño, y usando más del doble de tiempo que yo había empleado para provocarlo con mis frases. Estaba desconcertado, al igual que mis colegas estadounidenses. Más tarde se me ocurrió que sería un sketch divertidísimo para Monty Python o Saturday Night Live, pero ese sketch aún está por llegar. Todavía hoy no tengo ni idea de qué le pareció tan radical o escandaloso en mi charla.

Nuestra estancia en Moscú fue reveladora, con visitas a la plaza Roja y un paseo en metro, que los soviéticos habían construido a lo grande, celebrando al proletariado con murales heroicos, mosaicos, estatuas e impresionantes lámparas de araña. Nuestros anfitriones nos dieron a cada uno un sobre lleno de dinero para gastar, rublos que podíamos usar como quisiéramos, pero apenas tuvimos ocasión de emplearlos, ya que casi todas nuestras comidas estaban incluidas y las tiendas Beriozka, donde se encontraban los mejores recuerdos turísticos, no aceptaban rublos (compré un pequeño busto de metal de Lenin en GUM, los famosos grandes almacenes, y descansó en mi escritorio de Tufts durante años).

Un amigo que había estado a menudo en Moscú me había dicho que intentara cenar una noche en el restaurante de la última planta del hotel Rossiya, en la plaza Roja, donde la comida y las vistas del Kremlin eran espectaculares. En nuestra única noche libre por nuestra cuenta, llevé a una delegación de media docena de personas al Rossiya, el hotel más grande de Europa y tal vez del mundo, asegurándoles que era algo especial. Buscamos en el vestíbulo cualquier señal del restaurante. Ningún letrero. Preguntamos en recepción; parecía que no entendían inglés. Así que nos dirigimos a los ascensores y pulsamos el botón superior. Probamos todos los ascensores a la vista y todas las veces llegamos a anodinos pasillos de habitaciones de hotel. El grupo empezaba a estar hambriento y receloso, y les supliqué que me dieran una oportunidad más. Atravesamos unas puertas poco prometedoras en la planta baja hacia pasillos vacíos, pero finalmente encontramos otro ascensor. Entramos todos y, cuando se abrieron las puertas en la planta superior, nos recibió un maître de frac y nos condujo al fabuloso restaurante, que apenas estaba ocupado. Nos apoderamos de una gran mesa frente al ventanal central y contemplamos la resplandeciente escena. Seguramente la hayan visto en televisión. Allí era donde ponían las cámaras de televisión cada vez que mostraban desfiles y cosas por el estilo en las noticias de la noche de Estados Unidos (el Rossiya fue demolido en 2006, por lo que esa vista se ha perdido para siempre). Pedimos todo lo exótico del menú, acompañamos el caviar y el pescado con botellas de vodka y, cuando llegó la considerable cuenta, juntamos todos nuestros rublos y pagamos, para profunda insatisfacción del maître, que quería dólares, por supuesto.

Viajamos en tren a Leningrado, que estaba en pésimas condiciones, con las líneas eléctricas y telefónicas colgadas en desorden de un edificio a otro, la pintura desconchada, las cornisas rotas y las carreteras a veces intransitables debido a reparaciones sin terminar. Aun así, la belleza de la ciudad era evidente: el museo Hermitage, las hileras de palacios urbanos en decadencia, los canales, las plazas y los parques.

La filosofía de la Universidad Estatal de Leningrado no era impresionante, en parte porque había varios departamentos de filosofía distintos: el Departamento de Materialismo Dialéctico, el Departamento de Filosofía de la Ciencia Marxista/Leninista, el Departamento de Historia de la Filosofía Rusa y otros de perspectiva igualmente restrictiva. Pero la ciudad era fascinante. La hermosa urbe que Pedro el Grande fundó en 1703 alberga su museo personal, uno de mis museos favoritos, porque es, entre otras cosas, un museo de museos. Así eran los museos a principios del siglo XVIII, con enormes vitrinas llenas de curiosidades y artesanías de todo el mundo, identificadas con diminutas tarjetas apoyadas a su lado, y el feto de un ternero de dos cabezas conservado en alcohol en un gran tarro de cristal colocado en la misma vitrina que un juego de herramientas inuit. La extensa colección de kayaks y otras embarcaciones, arpones y ropa de piel de foca de Pedro nos recuerda que Rusia fue dueña de Alaska hasta 1867. Espero que no hayan «modernizado» el museo desde entonces.

Unos años más tarde, Susan y yo estábamos en Finlandia, y la insté a que me acompañara a visitar Leningrado, como todavía se llamaba, donde pasamos la noche en un espantoso hotel Intourist, con una mujer sombría en una silla vigilando el pasillo toda la noche (y repartiendo porciones de papel higiénico a los huéspedes cuando lo necesitaban), mientras intentábamos dormir en nuestra habitación que no se podía cerrar con llave (la puerta había sido forzada varias veces en el pasado, y el hotel no se había molestado en arreglar las cicatrices o el metal retorcido, un recordatorio efectivo de que estábamos detrás del telón de acero). La mala calidad del acabado era sorprendente. Noté que las esquinas del marco de madera alrededor de la abertura de la puerta del ascensor estaban cortadas quizás a cuarenta y siete y cuarenta y seis grados en lugar de cuarenta y cinco, lo que creaba unos feos huecos en el

marco. Debía de ser deliberado, pensé, y me acordé del eslogan que circulaba entonces por Rusia: «Fingimos trabajar y ellos fingen pagarnos». Pero Leningrado seguía siendo hermosa, y comenté en ese momento que, si tan solo unos cientos de empresas estadounidenses decidieran que necesitaban sedes en Rusia, podrían devolver a la ciudad su gloria zarista. Eso es más o menos lo que ha ocurrido.

En 2001, llegó a mi despacho de Tufts una gran caja de cartón dirigida a mí con una hermosa letra caligráfica y sin remitente. Como las peligrosas hazañas de Unabomber aún estaban en la mente de la gente, llamé a la policía del campus y dejé que se ocuparan de ello (llegaron tres agentes y se invitó al más novato a abrirlo, cosa que hizo obedientemente y salió ileso). Dentro había un estuche de caoba barnizado con un medallón dorado y, dentro de este, sobre una almohada de seda, un huevo de imitación Fabergé y una invitación manuscrita para que Susan y yo nos uniéramos a Paul Allen (el cofundador de Microsoft) en un largo crucero de fin de semana de Helsinki a San Petersburgo. «¡Pero si ya hemos estado en San Petersburgo!», dijo Susan, y yo respondí: «No, así no hemos estado». Este viaje iba a ser San Petersburgo como los zares querrían que lo vieras. Aceptamos la invitación.

Los cruceros de Paul Allen eran espectaculares. Era un talentoso guitarrista de rock and roll y quería tocar con buenos músicos para un público que supiera bailar o escuchar, pero, claro, no quería contratar público, así que se le ocurrió una idea magnífica: organizar una fiesta irresistible para personas cuyas mentes y obras admiraba y, después de cada día de turismo, hacer una jam session que durara casi toda la noche. Ya había organizado cruceros a lo largo de la costa de Alaska y el Mediterráneo. Esta vez llevó a sus invitados en un 747 fletado desde Seattle, Newark o Londres hasta Helsinki, donde pasamos un día en Finlandia para superar el jet lag antes de embarcar en un pequeño crucero que también había fletado. Navegamos durante la noche, llegamos al puerto de San Petersburgo al amanecer y remontamos el río Nevá hasta el primer puente, con el Hermitage a la vista. Susan y yo estábamos entre otros doscientos cincuenta invitados, compuestos básicamente por tres grupos: personas cuyo trabajo en el rock and roll, la ciencia o las artes le había impresionado; viejos amigos de sus días de

instituto en Seattle; y amigos de su madre, que era una bibliotecaria jubilada. Así que, por un lado, había estrellas de cine (Robin Williams, Meg Ryan, Susan Sarandon, Laurence Fishburne, Dan Aykroyd, Carrie Fisher, Jeff Goldblum), autores (Ivan Doig, Tom Stoppard, David Halberstam) y científicos (James Watson; Bill Calvin y su esposa, Katherine Graubard), junto con docenas de bibliotecarios jubilados cultos y encantadores. ¿Por qué me invitaron? Porque Paul Allen había financiado la excelente serie de televisión de la PBS sobre evolución, cuyo primer programa se titulaba «La peligrosa idea de Darwin» y en el que aparecí brevemente en una entrevista.

Después del banquete inaugural en el barco, Susan estaba muerta de cansancio y se fue a la cama temprano, pero yo me dediqué a merodear por la nave y terminé en la biblioteca, donde enseñé el juego Frigate Bird (anagramas relámpago con fichas de Scrabble y sin tablero) a Tom Stoppard y Martha Stewart, con Robin Williams y Jeff Goldblum observando; Martha Stewart jugaba con empeño, ¡y no le gusta perder! Hice un recorrido en helicóptero por algunos palacios del zar y no me llevé el almuerzo, pero Martha, sentada a mi lado, había preparado algunos sándwiches que compartió conmigo. Susan y yo ayudamos a Laurence Fishburne a elegir un elegante bastón pintado para su madre en una tienda de recuerdos. Un recorrido privado por el Hermitage, una velada en el Circo de Moscú en la ciudad, un concierto en un palacio y un banquete de clausura en el Palacio de Catalina con el Ballet Bolshói e interminables bandejas de plata con caviar, una orquesta de balalaika y, después, un concierto de rock and roll en una carpa con los Black Crowes: incluso las celebridades de Hollywood se quedaron boquiabiertas. Era divertido verles tomar fotos con el iPhone con el mismo entusiasmo que nosotros, la gente común.

Durante el simulacro inicial, me di cuenta de que Jim Watson y su esposa estaban entre los invitados y, cuando vi a Jeff Goldblum en la biblioteca, lo felicité por su encarnación de Watson en el docudrama de la BBC Life Story: The Race for the Double Helix, y le pregunté si había conocido a Watson. Nunca. Así que tuve el placer de presentarlos a los dos. Jeff, más de medio metro más alto que Jim, a quien había interpretado como un nerd desgarbado, cachondo y superestadounidense, le preguntó con deferencia si algo

en su interpretación lo había molestado. «Sí», respondió Jim al instante. «Mascabas chicle. ¡Yo nunca mascaría chicle!». Tuve la suerte de que me invitaran con Pat y Paul Churchland a una proyección de Life Story en la casa de los Cricks, en La Jolla, cuando se estrenó, y Francis a menudo había parado el vídeo esa noche para intercalar algún comentario. Después de una de las escenas cachondas de Goldblum, Francis había pausado el programa para contar a sus invitados que, mientras Jim y él se vestían para la ceremonia del Nobel de 1962, Jim le había dicho: «¿Sabes lo que creo que va a ser genial de tener un Premio Nobel?». «No, ¿qué?», respondió Francis, esperando alguna respuesta exaltada sobre el avance de la ciencia. «Conseguir citas», dijo Jim.

* * *

En diciembre de 2005, Susan y yo obtuvimos un crucero gratis por la costa de Baja California hasta Puerto Vallarta. Fui uno de los oradores principales en un crucero de una semana de miembros del Comité de Investigación Científica junto con Sue Blackmore y su esposo, Adam Hart-Davis. Cuando subimos al crucero en San Diego, encontramos una mesa y sillas en la cubierta y pedimos algo de beber mientras los demás pasajeros embarcaban. De repente me fijé en una joven pareja que saltaba y bailaba hacia nosotros. ¿Quiénes eran estas hermosas personas? Se presentaron: Dmitry Volkov y su esposa Julia, llegados desde Moscú. Dmitry se había enterado del crucero en grupo del CSI demasiado tarde para inscribirse, pero aún quedaban camarotes disponibles para no miembros, y compró el pasaje pensando que probablemente podría colarse en la fiesta, y por supuesto que pudo. Había hecho una fortuna con una empresa de internet que había fundado (gestionando ventas internacionales y pagos en segundo plano; nunca veías su empresa en acción a menos que fueras director financiero de una compañía que realizara muchas ventas internacionales por internet). Era licenciado en Filosofía por la Universidad Estatal de Moscú y estaba escribiendo una tesis sobre mi trabajo. Obtuvimos permiso del anfitrión del CSI para incluirlos en todas las actividades del grupo y, después de una semana visitando Cabo San Lucas y otros lugares de interés a lo

largo de la costa, nos despedimos como amigos. De vez en cuando aparecía en Boston y nos invitaba a Susan y a mí a cenar, y luego, en 2011, nos anunció que su tesis se había convertido en un libro en ruso sobre mí (en traducción, Daniel Dennett, el zombi de Boston), y quería llevarnos a Susan y a mí en avión a Moscú para el día de la publicación y hacer un poco de turismo especial, además de algunas reuniones grabadas en vídeo en su recién creado Centro de Estudios de la Conciencia en la universidad.

Dmitry nos alojó en el mejor hotel, nos llevó a los mejores restaurantes y al Bolshói (en su limusina blindada, con un coche escolta conducido por guardaespaldas), y también teníamos programada una audiencia con el presidente de la Universidad Estatal de Moscú, en el último piso del rascacielos de la época de Stalin que alberga la mayoría de las aulas y oficinas de la universidad. Dmitry también nos llevó a un crucero por el río Moscova en su yate a motor, con un almuerzo de catering que disfrutamos mientras contemplábamos el Kremlin desde el río. En ese crucero le conté que acababa de vender el Xanthippe.

—¡Oh, no! —dijo Dmitry—. ¿Es el final de tus cruceros cognitivos?

—No necesariamente. Siempre podemos alquilar un barco... ¿Te gustaría organizar un crucero cognitivo?

—¿Adónde?

Dmitry me acababa de hablar sobre su reciente viaje a Groenlandia para hacer heliesquí, y le pregunté si alguna vez había navegado allí por la costa, que es estupenda. No lo había hecho, y le hablé de un patrón danés que había conocido en mi primer crucero por la costa de Groenlandia y que tenía un barco de expedición, utilizado como buque de investigación por equipos científicos y para mantener boyas de navegación. Se podía alquilar, pero era bastante básico, con literas de madera y un solo baño. No para Dmitry. Encontró una goleta de tres mástiles de 168 pies, el Rembrandt van Rijn, que acogería hasta a veinte de nosotros, además de a un equipo de vídeo y a una tripulación de unas diez personas, en camarotes dobles con baños y duchas.

Acordamos llevar a cabo el crucero una semana en junio de 2014, e

invité a los pensadores sobre la conciencia de los que más he aprendido: Nick Humphrey, Jesse Prinz, Andy Clark, Pat y Paul Churchland, y Keith Frankish de Creta. Dmitry pensó que era un equipo unilateral, lo cual era cierto —todos materialistas convencidos trabajando en diferentes aspectos y problemas— y quería que invitara a Derk Pereboom, cuyo trabajo sobre el libre albedrío le había impresionado, y a David Chalmers, acuñador del problema difícil, lo que hice con mucho gusto. Pero luego David no quiso ser un oponente solitario y nos convenció de que invitáramos a Martine Nida-Rümelin, de Friburgo (Suiza), y a Philip Goff, de Durham (Inglaterra).

Como maestro de ceremonias, organicé las sesiones como charlas «X sobre Y», en las que se pidió a cada participante que presentara el trabajo de otro, quien tenía entonces la oportunidad de hacer comentarios. Me encontré con este sistema por primera vez en Inglaterra, en 1978 y 1979, en los talleres del grupo de filosofía Thyssen Stiftung, donde los oradores invitados enviaban sus trabajos por adelantado, de los cuales se hacían copias y eran leídos por todos. Un miembro del grupo se encargaba de presentar y debatir la ponencia, el orador daba una breve respuesta y, a continuación, se entablaba un debate general. Una de las principales ventajas de este sistema es que el presentador puede decir cosas sobre la ponencia que el orador no puede decir, como «La afirmación más original e importante de esta ponencia es…». Recomiendo encarecidamente este sistema —el coloquio filosófico de Tufts lo usa actualmente—, ya que crea una atmósfera para un debate constructivo que de otro modo sería difícil de lograr entre filósofos (lo usamos en un taller sobre representación mental que organicé en la granja de Blue Hill en 1999, y recuerdo que la mujer de John Haugeland me dijo en el desayuno el día después a nuestro debate sobre el artículo de John que él le había dicho que había sido el mejor debate sobre sus ideas que había tenido nunca).

En la goleta había sitio para más pasajeros, así que Dmitry y el Departamento de Filosofía de la Universidad Estatal de Moscú organizaron un concurso entre sus estudiantes de posgrado, que pasaron el curso académico leyendo las obras de los pensadores reunidos y luego presentaron ensayos. La media docena de ganadores participaron en el crucero, junto con la directora del

departamento y un profesor. Los estudiantes de posgrado nunca habían presenciado el tipo de debate enérgico pero constructivo en el que participamos, ya que en Rusia (y en gran parte de Europa) los profesores de filosofía suelen «aseverar» mientras sus alumnos toman notas respetuosamente. Al final del crucero, la directora me dijo que pensaba que este crucero revolucionaría el estudio de la filosofía en Rusia. Una esperanza exagerada, tal vez, pero que ha dado frutos, con mucho más apoyo de Dmitry, cuyo Centro de Estudios de la Conciencia lleva una década albergando eventos de primer nivel.

30

TED

Mi primera conferencia TED fue en 2002, la última organizada por su fundador, Richard Saul Wurman. Acababa de vender TED a Chris Anderson, un editor de revistas multimillonario que, según sus propias palabras, había perdido un millón de dólares al día durante dieciocho meses cuando estalló la burbuja de las puntocom. Chris había decidido que quería hacer algo constructivo con lo que le quedaba de fortuna, así que compró TED, una organización exclusiva para empresarios muy adinerados de tecnología, entretenimiento y diseño. Desde 1984 se reunía anualmente en Monterey, California, y congregaba a multimillonarios de la informática, gente de Hollywood, arquitectos y otros diseñadores y empresarios durante varios días para dar charlas breves e informales, a cargo de un grupo heterogéneo de pensadores y emprendedores. La duración máxima de una charla TED es de dieciocho minutos, y la explicación de Wurman de por qué puso ese límite es que, cuando una charla es mala, es el máximo de minutos que podía soportar. Creo que su política tiene mérito y ha enseñado algo al mundo académico. Casi siempre es mejor una ponencia breve con un punto importante, una nueva sugerencia, que una perorata de cincuenta minutos. Me he dado cuenta de que las conferencias están empezando a insistir en charlas más cortas, y los resultados, según mi experiencia, son beneficiosos para todos.

En 2002 TED se centró en la tecnología, el entretenimiento y el diseño, con debates y demostraciones sobre videojuegos, paseos en Segway, música de Yo-Yo Ma y Jill Sobule (entre otros), acróbatas y cómicos, y una sesión en la que tres de los mejores diseñadores de sillas de escritorio compararon y criticaron las mejores sillas de los demás. No se habló mucho sobre salvar al mundo de la pobreza, el desastre climático, la opresión, la enfermedad... Todas las presentaciones se grabaron en vídeo por expertos, y uno de los

obsequios que recibieron los participantes del TED fue una caja de DVD con las charlas, que no se emitirían ni se compartirían. Tanto entonces como ahora los ponentes no cobraban, pero viajaban en primera clase a California, tenían los gastos pagados y podían asistir gratuitamente a toda la reunión, un beneficio considerable, ya que un solo asiento en el auditorio para toda la conferencia costaba, si no recuerdo mal, cinco mil dólares.

Wurman había convidado a Anderson a ser el curador invitado de un día de la conferencia, para mostrar a los TEDianos lo que recibirían en el futuro bajo su dirección. Los tres ponentes que Anderson eligió fuimos Richard Dawkins, Steven Pinker y yo. Todos dimos buenas charlas, y muchos de los viejos TEDianos se inscribieron para la sesión del año siguiente. Chris tuvo un buen comienzo y pronto anunció su plan de hacer que todo TED estuviera disponible en línea de forma gratuita para todo el mundo. Algunos de los viejos TEDianos pensaron que era una idea estúpida. La razón de ser de TED era que fuera exclusivo: no podías simplemente comprar tu entrada, tenían que invitarte. Obtenías acceso privilegiado a la última tecnología, a menudo antes de que se anunciara al público, y podías conocer a los últimos gurús de la tecnología puntera y a las estrellas emergentes. Pero creo que Chris interpretó correctamente a su público principal: muchos eran tecno-plutócratas jóvenes que se sentían un poco incómodos con su repentina riqueza, y la idea de proporcionar una generosa subvención para que todo ese fascinante contenido estuviera al alcance de todos, mientras se codeaban con los ricos y famosos, bien valía la pena el elevado precio de las entradas. TED se convirtió en una organización benéfica y se produjo una especie de cambio sísmico en la población de TEDianos, pero funcionó. Al cabo de pocos años, millones de personas de todo el mundo seguían las charlas TED, y las reuniones TED podían pedir entradas mucho más caras a los recién llegados, al tiempo que permitían a los leales antiguos alumnos reservar asientos a un precio cercano a los antiguos. Cuando regresé a casa de aquel primer TED, mi entusiasmo impresionó tanto a Susan que dijo que insistiría en ir ella también si alguna vez volvía, y me ha acompañado varias veces, pero tuve que pagar su entrada. Las reglas son las reglas.

Preparar una breve charla para dar ante un millar de TEDianos con

poder es una cosa; preparar una charla breve que será vista por millones de personas es otra. Los oradores de TED se han vuelto demasiado ensayados y sus charlas son retocadas por presuntos expertos hasta que tienen el arco narrativo correcto, las palabras correctas. En los viejos tiempos (2002, 2003, 2006), la gente cometía errores, improvisaba, se confundía, y el resultado era, en algunos aspectos, más emocionante: el pensamiento real a menudo ocurría sobre el escenario. Chris Anderson congregó a un «grupo de expertos» asesores que se reunían todos los años para un almuerzo serio durante el TED, y yo formaba parte de él (junto con Amanda Palmer, Peter Gabriel, Bill Gates, Jeff Bezos, Nathan Myhrvold, Danny Hillis, Larry Page y Sergey Brin, por ejemplo). Uno de nuestros temas anuales era cómo recuperar algo de la espontaneidad del antiguo TED. En el TED de 2014, el momento más importante fue la aparición de Edward Snowden, el denunciante que divulgó numerosos documentos clasificados en 2013 y luego fue acusado de espionaje. Entonces estaba (y sigue estando) exiliado en Rusia, y su charla se realizó mediante una transmisión de vídeo remota a un robot, que salió al escenario de TED y permitió a Chris entrevistar a Snowden antes de dar su charla. Ese mismo día, en el almuerzo del grupo de expertos, Bill Gates, que no había asistido a la charla, dijo que pensaba que Snowden debía ir a la cárcel, y yo respondí que pensaba que debían darle el Premio Nobel de la Paz. Gates se mostró incrédulo al principio, y se produjo una breve discusión, pero cuando mencioné que una de las cosas que Snowden había divulgado era que la compañía de Gates, Microsoft, había sido reclutada para el programa Prism por la Agencia de Seguridad Nacional, que permitió a la NSA recopilar datos sobre los usuarios de Microsoft, Gates decidió abandonar el tema bruscamente.

Chris Anderson es hijo de un misionero, y el fervor inocente ha nublado ocasionalmente su buen juicio. Por ejemplo, un año invitó a Sarah Silverman a dar un monólogo de stand-up (¿en qué estaba pensando?) y, como era de esperar, fue la clásica Silverman, escandalosa, indecente, impactante, hilarante, pero Chris cometió el gran error de salir y disculparse ante el público. No fue su mejor momento. En 2006, yo tenía previsto dar una charla TED sobre la enseñanza de las religiones en todas las escuelas y, en la víspera de mi partida a Monterrey, Chris me llamó y me pidió un favor. Había

invitado al pastor Rick Warren, el predicador baptista de la megaiglesia Saddleback en California, a dar una charla. El libro superventas de Warren, The Purpose Driven Life (Una vida con propósito), había estado entre los libros enviados por adelantado a todos los TEDianos. Chris decidió que necesitaba equilibrar al pastor Rick con un crítico y me preguntó si cambiaría mi charla y seguiría la de Warren y hablaría sobre su libro. Estuve de acuerdo. Aún no había leído mi ejemplar de regalo, pero lo llevé en el avión y lo leí durante todo el trayecto hasta California, tomando notas y revisando mi charla para adaptarla a la ocasión. Me reuní brevemente con Warren antes de nuestra sesión y le pregunté si le gustaría oír un adelanto de lo que iba a decir, pero se negó. Su charla fue brillante, llena de sabias observaciones y consejos, y apenas mencionó el cristianismo: sabía que se enfrentaba a un público crítico. Recibió una ovación en pie de parte del público. Luego yo intervine y dediqué casi la mitad de mis dieciocho minutos a hablar sobre su libro, elogiando su diseño, pero señalando su compromiso con el creacionismo y con la conversión de todo el mundo al cristianismo. Recibí una gran ovación de otra parte del público. TED no es muy proclive al debate ni a la crítica, así que fue un momento electrizante. En mi charla, invité al pastor Rick a responder, pero había abandonado el auditorio tras su intervención (más tarde me dijeron que vio mi charla en uno de los televisores de circuito cerrado en los vestíbulos exteriores). Algunos de los asistentes se apresuraron a darme las gracias, y varios dijeron que, si no me hubieran colocado después de Warren, habrían pensado en nunca volver a TED (Chris tenía razón al estar preocupado), y luego vi que una señora mayor, elegantemente vestida y enjoyada, se acercaba a mí y temblaba de emoción. «No te lo tomes como algo personal», me dijo, agitando el dedo, «pero creo que eres... ¡un idiota redomado!». La musa la había abandonado en su gran momento, por desgracia. Le agradecí su opinión cristiana y ella se alejó tambaleándose, consternada.

* * *

En Romper el hechizo presenté un pequeño experimento mental en

el que pedí a los lectores que imaginaran que me enviaban regalos en secreto, pero que yo estaba imaginando erróneamente que los regalos provenían de Cameron Diaz. Mi intención era ilustrar la afirmación de que un nombre propio podría llegar a representar «quienquiera que fuera el responsable de mi alegría» y, por tanto, resultarían ser mi Cameron Diaz. En el TED de 2006, el año en que se publicó el libro, miré para ver quién estaba sentado a mi lado en una sesión, ¡y era Cameron Diaz! No hace falta decir que tuve que presentarme, contarle que había usado su nombre en mi libro y correr a la librería TED para comprarle un ejemplar. Dejando atrás a Susan. Por desgracia, mi libro estaba agotado y, cuando miré a mi alrededor, Susan no aparecía por ninguna parte. Estaba molesta por mi repentina marcha y me castigó escondiéndose durante media hora más o menos. ¡Dame un respiro, Susan! ¡Es Cameron Diaz! Le envié por correo un ejemplar de mi libro a Cameron, y al año siguiente Susan y yo nos volvimos a encontrar con ella y nos reímos mucho. En otro TED, después de que Cameron y yo grabáramos una breve entrevista para el cineasta francés Yann Arthus-Bertrand, ella me dio un besito. ¡Chúpate esa, Julie Christie!

Otra historia de TED merece ser contada aquí. Se trata de una charla que di en el TED de 2014 que no se encuentra en línea porque pedí que no se publicara. Entenderán por qué cuando cuente toda la historia. Todo empezó en el TED 2013, cuando le pregunté a mi viejo amigo Danny Hillis de qué iba a tratar su charla TED. Conozco a Danny desde que era estudiante de posgrado en Inteligencia Artificial en el MIT en los años setenta. Resultó que ambos estábamos preocupados por la misma terrible perspectiva. Su charla, «Internet podría caerse: necesitamos un plan B», debería ser vista por todos. Es clara, sensata y Danny sabe de lo que habla.

Su principal propuesta para el plan B era construir un segundo internet dedicado a las infraestructuras y la comunicación críticas, un internet que pudiera controlarse de forma muy estricta, a la vez que se dejaba que el internet popular siguiera funcionando y creciendo cada vez más. Como dijo en 2013, aún no teníamos un plan B en marcha. Todavía no lo tenemos, aunque Danny ha intentado movilizar al Congreso y a otros poderosos interesados, con escaso éxito (ahora ha cambiado su enfoque para trabajar en el fortalecimiento de la seguridad del internet existente, una tarea

difícil y una carrera a contrarreloj). Un año después, TED me invitó a dar una breve charla (de ocho minutos) en una sesión especial, y presenté mis ideas sobre un plan C, en el que todos podríamos empezar a trabajar mientras esperábamos a que entrara en vigor el plan B de Danny.

Supongamos que internet se cae. Como señaló Danny en su charla, internet es tan útil que se ha adoptado para dar soporte a casi todo en el país: la red eléctrica, el sistema de telefonía móvil, la coordinación de las líneas de suministro, las emisoras de radio y televisión, los periódicos. Si se cayera por completo, nos sumiríamos en la oscuridad electrónica. Imagínense cómo sería: va de camino a casa en su coche, espera en un semáforo y las luces se van. La radio del coche se apaga, el móvil no funciona. Se apresura a volver al hogar y se encuentra una casa a oscuras y sin forma de obtener ninguna respuesta en la que confíe. El pánico se apodera de usted. «¿Qué está ocurriendo? ¿Nos están atacando? ¿Qué debería hacer?» Si tiene familia a su cargo, probablemente su primer pensamiento sería cómo protegerla a toda costa. ¿Qué pasa con la comida, qué pasa con el combustible, qué pasa con los saqueos, adónde vamos a ir?

Una lección que me inculcaron cuando aprendí a bucear es que el pánico es tu peor enemigo. La gente hace cosas estúpidas y locas cuando entra en pánico. Intentan coger la boquilla de su compañero, se agitan y se agarran y a menudo acaban matándose a sí mismos y a su compañero, que es su mejor opción de obtener ayuda. El pánico sería la reacción de cualquiera hoy ante un aislamiento tan repentino y total del mundo electrónico, pero solo porque nos hemos vuelto muy dependientes de él. Hace apenas ciento cincuenta años, la gente vivía bastante segura y despreocupada sin nada de esto, así que sabemos que la vida es posible sin ello, pero cambiar nuestras expectativas y hábitos para adaptarlos a nuestras nuevas circunstancias sin previo aviso sería una tarea ingente.

Los acontecimientos ocurridos desde 2014 no han hecho más que añadir detalles a mi preocupación; es asombrosamente fácil que la gente salga en estampida en las condiciones adecuadas, y es muy probable que, si internet se cayera, millones de personas evitaran a

la defensiva incluso a sus amigos y vecinos, armándose y haciendo planes para refugiarse en algún búnker. Los preparacionistas llevan años planeando esto, por supuesto, y ya tienen reservas subterráneas de comida y agua, por no hablar de arsenales. A menos que podamos pensar e instalar algo para absorber el pánico en el momento en que empiece, me temo que nosotros —civilizados y bienintencionados ciudadanos—lograríamos destruir una buena parte de nuestra civilización, y también nuestra confianza mutua, en menos de cuarenta y ocho horas.

Pero podría ser tiempo suficiente para arreglar las cosas. Si la caída de internet no se debiera a un terrible acto de guerra, sino a un fallo técnico, los expertos encargados de su mantenimiento probablemente podrían volver a ponerlo en funcionamiento en dos días, por lo que, si pudiéramos mantener a la gente relativamente tranquila y serena durante ese periodo, podríamos evitar una catástrofe y volver a una vida más o menos normal.

El primer pensamiento que se nos ocurriría a muchos de nosotros en una catástrofe repentina sería llamar al 911 y, si el sistema telefónico no funcionara, eso solo haría que aumentara el pánico. ¿Qué podría sustituir al 911? ¿Qué pasaría si existiera una enorme red de «estaciones» locales de «absorción del pánico» —a todos los efectos, «botes salvavidas»— a las que todo el mundo pudiera ir andando, corriendo, en bicicleta o en coche para encontrar a sus vecinos, reuniéndose y arrimando el hombro para ayudarse mutuamente? ¿Y si, gracias a la publicidad anticipada, el primer pensamiento que se le ocurriera a la mayoría de las personas en semejante conmoción no fuera llamar al 911, sino dirigirse al bote salvavidas? Estos botes salvavidas tendrían que estar lo suficientemente cerca para que la mayoría de las personas pudieran llegar, y hallarse ya provistos de botiquines de primeros auxilios, agua, comida enlatada y, lo que es más importante, información local; habría gente allí que sabría quién posee generadores, quién es radioaficionado, qué vecinos son discapacitados y necesitan que los visiten, qué farmacéutico puede entregar medicamentos recetados, quién puede hacer de mensajero para comprobar otros botes salvavidas cercanos y animar a las personas a llegar hasta ellos. La clave para mantener a raya el pánico es situarse entre caras conocidas, personas que, con calma y credibilidad, se hagan cargo

de la situación y respondan a nuestras preguntas. ¿Quién debería organizar esto? No el Gobierno: demasiada gente desconfía hoy de cualquier proyecto gubernamental. Tendría que ser un movimiento de base, autoorganizado por ciudadanos preocupados, por vecinos.

¿A cuántas personas podía proteger una estación de absorción del pánico? Más de cien, quizá hasta mil. ¿Dónde podríamos encontrar trescientos mil o cuatrocientos mil centros comunitarios para atender a más de trescientos millones de personas? Las escuelas, las bibliotecas y los parques de bomberos podrían servir como lugares de reunión y de almacenamiento de equipos e información, pero un plan mejor contaría con la ayuda de las 380.000 iglesias que hay en el país. Según el último recuento, también hay 3.727 sinagogas y 2.769 mezquitas. Las organizaciones religiosas se enorgullecen legítimamente de su espíritu comunitario y su compromiso de ayudar a sus vecinos y consolar a los afligidos. Estas redes sociales ya existentes tendrían una forma estupenda de «actuar localmente y pensar globalmente», preparando sus botes salvavidas para sus comunidades. Personas de todo el país podrían elaborar listas de cosas qué hacer —y qué no hacer—, y realizar simulacros de botes salvavidas periódicamente, conservando y mejorando las mejores prácticas. La clave del éxito es que casi todos estén familiarizados con un lugar adonde ir antes de que se caiga internet. No haría falta ser un experto en tecnología para resultar de gran ayuda; basta con saber cocinar, manejar una máquina-mimeógrafo, arreglar una bomba, mantener a los niños ocupados con cuentos y juegos para ser un valioso miembro del equipo. Todos podríamos utilizar internet para comunicar nuestras mejores ideas, pero deberíamos escribir todo en varias copias impresas, ya que nuestros teléfonos móviles y portátiles no servirían durante un tiempo.

Esta idea de los absorbedores de pánico desciende de una línea de instituciones familiares: brigadas de bomberos voluntarios, comedores de beneficencia, lugares de culto y clubes, y estas organizaciones existentes podrían ser las semillas a partir de las cuales crezcan los absorbedores de pánico locales. Creo que necesitamos ampliar urgentemente esta gran tradición de ayuda local ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Entonces, ¿por qué le pedí a TED que no pusiera en línea mi charla

sobre esta propuesta? Porque me apresuré y no articulé mi plan C con la eficacia que esperaba, pero también porque no soy la persona adecuada para ser el portavoz o líder de tal esfuerzo nacional. ¿Un profesor de filosofía calvo, barbudo y ateo? No quería envenenar el pozo asociando esta idea a un defensor tan dudoso. Así que, en lugar de eso, me dediqué a difundir la propuesta discretamente entre personas que creía que podían estar en mejor posición para encender esa llama. De hecho, hay bastantes grupos de ciudadanos que tienen comités que estudian esta cuestión e incluso han puesto en marcha sus versiones locales. Ojalá pronto haya muchos más.

Por supuesto, puede que nunca se produzca una caída catastrófica de internet, gracias al plan B de Danny Hillis o a algún plan sucesor que haga que nuestro internet sea menos frágil. Aun así, me siento obligado a dar la voz de alarma, aunque me tachen de alarmista. Además, creo que sería maravilloso que todos conociéramos mejor a nuestros vecinos participando en proyectos de este tipo. Piénsenlo. Pero no se limiten a pensarlo.

31

POR QUÉ, OH, POR QUÉ, ME ENCANTA...

...ÁMSTERDAM

¡Cómo puede un filósofo no amar a un país que tiene una revista de filosofía disponible en la mayoría de los quioscos!

En 1993, el periodista holandés Wim Kayzer produjo su programa de televisión «Un accidente glorioso». Creo que pocas personas pensaron que funcionaría: una serie de seis presentaciones de noventa minutos de pensadores individuales, una cada noche, seguida de una «reunión» en la que los seis pensadores se citaban con Wim, nuestro anfitrión. Cuando me invitaron a ser uno de los «comentaristas», desde luego no pensé que funcionaría, pero era un viaje gratis a Ámsterdam y una oportunidad de interactuar largo y tendido con algunas personas interesantes: Oliver Sacks, Steve Gould, Freeman Dyson, el filósofo británico Stephen Toulmin y Rupert Sheldrake, el antiguo químico de la Universidad de Cambridge cuya descabellada teoría de las «resonancias mórficas» estaba captando la atención de muchos no científicos y provocando la indignación y el ridículo de la mayoría de los científicos que se cruzaban con él (me enteré de que Richard Dawkins había sido invitado a participar, pero, cuando descubrió que Rupert Sheldrake era uno de los invitados, declinó la invitación. Lástima, ya que habría disfrutado con el cortés, pero despiadado POR QUÉ, OH, POR QUÉ, ME ENCANTA... interrogatorio que el resto de nosotros lanzamos a Rupert y también perdió una rara oportunidad de conversar directamente con Steve Gould, su principal detractor en biología evolutiva).

Wim Kayzer, con su característico parche en el ojo, era una figura famosa en la televisión holandesa, e hizo un trabajo

asombrosamente bueno al guiar a su media docena de tertulianos a lo largo del programa, después de entrevistarnos a cada uno de nosotros durante horas en nuestras casas u oficinas y luego alojarnos en hoteles separados en Ámsterdam para que no pudiéramos quedar antes del programa de «reunión», que se grabó en una sesión de un solo día —¡nueve horas seguidas!— alrededor de una gigantesca mesa de biblioteca en un estudio, con solo breves descansos para ir al baño y una pausa para comer. Ese océano de cintas de vídeo fue editado por expertos, Wim y su equipo, pero, aun así, el programa final duró más de cuatro horas ininterrumpidas en su versión holandesa (ligeramente reducida para su emisión en la televisión pública en Estados Unidos).

¿Lo vería alguien? Resultó que sí. Solo los campeonatos nacionales de patinaje de velocidad tuvieron ese año más audiencia en Holanda: nos escucharon en inglés, con subtítulos. De repente todos nos hicimos famosos en Holanda, y no solo durante quince minutos; años más tarde, paseando en bicicleta por Ámsterdam, algunos fans que habían visto el programa me reconocieron y me saludaron.

El programa «Un glorioso accidente» demostró sin lugar a dudas que, cuando se reúne a los comentaristas adecuados y se les deja hablar a su propio ritmo y extensión, se puede obtener una televisión inigualable, mejor que los documentales adornados con efectos especiales y sorprendentes y elaborados fondos. Para mi entrevista, Susan se había esforzado para dejar arreglado ante las cámaras nuestro hogar, pero el equipo de Kayzer montó en nuestra sala de estar una sola cámara, y los espectadores solo pudieron ver unos escasos y fugaces planos del exterior de la casa en el programa final. Sin embargo, la entrevista con Steve Gould tenía fragmentos de escenas rodadas en Harvard Square (centradas en un intérprete de dulcimer sentado en la acera que resultó ser el hijo de un querido amigo mío) y un recorrido por el Museo de Zoología Comparada, donde estaba la oficina de Steve en Harvard. ¿Por qué él consiguió todos los entornos geniales mientras que de mí solo tomaron planos en que aparecía sentado en mi silla favorita? Wim se lo explicó más tarde a Susan: «Steve no tenía mucho que decir, así que tuve que usar mucho relleno. Dan tenía mucho que decir, y no quería cortar nada».

El programa me inspiró para intentar organizar una mesa redonda similar en Tufts en 1995, filmada para la televisión por un equipo británico de documentales, y poner así a prueba mi idea de que, cuando los expertos hablan con otros expertos, la mejor manera de evitar que no se explayen lo suficiente es tener un público objetivo periférico de brillantes estudiantes universitarios, de modo que nadie se preocupe por insultar a sus expertos colegas si se explican en exceso. El tema que elegí fue la relación entre inteligencia artificial y evolución, y alrededor de la mesa reuní a Marvin Minsky, Seymour Papert, Sherry Turkle, David Haig, Pattie Maes, Oliver Selfridge, Hans Moravec, Rod Brooks, el físico Murray Gell-Mann, los pioneros de la vida artificial John Holland y Karl Sims, el historiador Bruce Mazlish y el futurista Kevin Kelly. Aprendí de primera mano lo difícil que es emular a Wim Kayzer y dirigir a un grupo tan brillante y desbordante de opiniones hacia los temas que yo quería que trataran, pero funcionó bastante bien y sin duda fue una buena confrontación de diferentes puntos de vista entre personas que estaban profundamente comprometidas en dar sentido a las mentes humanas. Aunque en un principio estaba previsto que se emitiera en Channel 4 en el Reino Unido, se archivó por razones ajenas y finalmente fue publicado en formato DVD por Oxford University Press con el engañoso título de Artificial Life: The Tufts Symposium (Vida artificial: el simposio de Tufts). Obtuvo una buena crítica y desapareció. Me las arreglé para desenterrarlo y se puede ver, por primera vez, en el archivo complementario de este libro.

Sospecho que «Un accidente glorioso» es en gran parte responsable de haberme promocionado tan bien en los Países Bajos, lo que se tradujo en muchas invitaciones para dar conferencias a lo largo de los años y que, en 2012, me otorgaran el Premio Erasmus, el mayor honor académico de los Países Bajos, entregado con mucha ceremonia por el príncipe Guillermo Alejandro, con la asistencia de su madre, la reina Beatriz, poco antes de que ella abdicara para que él pudiera ser coronado rey.

Y, por último, está el viaje del Stad Amsterdam, un barco clíper que recreó el viaje del Beagle durante el año del bicentenario del nacimiento de Darwin, en 2009 y 2010. Desde que era niño había soñado con navegar en un clíper, y durante décadas no hubo

ninguno que siguiera navegando, así que había relegado el deseo a la fantasía, pero algunos se han construido recientemente, la mayoría como buques escuela. VPRO, la compañía de televisión que creó «Un glorioso accidente» alquiló el barco, de construcción holandesa, para hacer una larga serie de programas sobre Darwin y me invitó a ser uno de los comentaristas. Susan y yo fuimos invitados en el trayecto de Melbourne a Adelaida, con albatros revoloteando sobre nosotros y ballenas saltando a nuestro paso. Me gané los garbanzos haciendo algunas presentaciones en vídeo sobre teoría evolutiva y navegación celeste, y pude pasar horas estudiando el exquisito diseño tanto de los aparejos como de los métodos de la tripulación. No pude unirme a ellos en lo alto de la cubierta para izar velas y sustituir cabos, pero en casi todos los demás aspectos se cumplió mi deseo de la infancia, y llegamos a conocer a otra oradora invitada: la botánica Sarah Darwin, tataranieta del gran hombre.

...BEIRUT

Cuando me fui a estudiar a Oxford en 1963, mi madre regresó a su querida Beirut para trabajar como bibliotecaria en la American Community School, adscrita a la Universidad Americana de Beirut, y mi hermana pequeña, Charlotte, terminó allí la escuela secundaria. Susan y yo nos unimos a ellas por unas semanas en el verano de 1964, junto con mi hermana mayor, Cynthia, y disfrutamos de uno de los periodos más felices en la agitada historia de Beirut, cuando se la llamaba con razón el París de Oriente Próximo. El apartamento de mi madre tenía una piscina en la azotea, desde la que podíamos contemplar el Mediterráneo y un parque de atracciones junto al mar de un circo ambulante que se había instalado allí durante el verano; y oíamos a los leones rugir y a los elefantes barritar mientras tomábamos algo en el balcón. También veíamos a un grupo de baile ensayando el dabke y otras danzas levantinas que se representarían en el festival de Baalbeck a finales del verano. Susan, Charlotte y yo hicimos un viaje rápido a Damasco y luego tomamos un «servicio» (un taxi de ruta fija y programada que lleva a varios pasajeros) a Jerusalén (Jordania, no

Israel). Hay cuatro asientos de pasajeros en un servicio, e intenté comprar el cuarto asiento, para tener el coche para nosotros solos con un poco más de comodidad, pero el conductor se mostró extrañamente poco dispuesto a considerarlo. El hombre bien vestido que insistió en unirse a nosotros resultó ser Abu Nada, un palestino que había ascendido en las filas del Gobierno de Jordania. El trío de jóvenes estadounidenses le cayó bien al instante y estuvo encantado de enseñarme un montón de palabras árabes durante el trayecto de un día, que incluyó, por indicación suya, paradas no programadas en las ruinas de Jerash y otros puntos de interés apartados. Cuando llegamos a Jerusalén, nos había prometido un baño en el mar Muerto esa noche y un banquete de mansaf al día siguiente con un jeque beduino que le debía un favor y veraneaba a las afueras de Jericó. En un mansaf, con los invitados sentados en alfombras alrededor de una enorme bandeja de cobre llena de arroz y cordero, al invitado de honor se le ofrece el ojo del cordero para que se lo coma.

En el camino hacia las afueras de Jericó, le pregunté a Abu Nada qué sería de peor educación: ¿rechazar con firmeza el ofrecimiento del ojo de cordero o intentar tragarlo sin éxito? Ninguna de las dos cosas serviría, respondió, pero podríamos intentar una salida diplomática: yo podría pronunciar un florido discurso de agradecimiento al jeque, que Abu traduciría, en el que le pediría permiso para conceder el honor del ojo de cordero a mi querido amigo Abu Nada, en agradecimiento por haber hecho posible esta ocasión. Si el jeque aceptaba, Abu se comería encantado el ojo, como había hecho en muchas ocasiones; si no, debía respirar hondo y engullir el orbe de un modo u otro. El jeque accedió a mi petición, así que nunca me he tragado un ojo de cordero. Pero sí presencié el sacrificio del animal, a una distancia prudencial. El sirviente principal del jeque, vestido formalmente, sacó un corderito y, después de que yo lo elogiara por su belleza (jamil ktir), tomó su largo cuchillo curvo y lo degolló mientras dejaba que la sangre brotara a nuestros pies. Luego hizo un pequeño corte en una de las patas traseras del cordero, cerca de la pezuña, lo colgó en un poste de la tienda y, a la velocidad del rayo, desolló al animal hasta la cabeza y los hombros, creando una bolsa en la que, con un solo golpe hábil, vació las entrañas, cortó la cabeza y las patas delanteras del cordero con un potente sablazo y entregó la bolsa a

su ayudante. Dejó el resto de la carnicería en manos de sus subordinados, que se llevaron el cadáver limpio para cortarlo y prepararlo. Mientras tanto, Susan y mi hermana estaban en la tienda de las mujeres, ayudando a hacer los panes planos, que se cocinaban en una cúpula de metal sobre un fuego de leña. Luego se probaron el vestido de novia y las joyas de la última esposa del jeque, con cascadas de monedas de oro cubriéndoles los rostros como un velo. Fue un gran día, y el resto de nuestra visita estuvo igualmente lleno de esplendor.

Pasaron los años, mamá murió, Charlotte tuvo una intrépida carrera como periodista en Beirut, y yo hice una breve visita allí para dar una charla en la AUB, durante un viaje a Estambul. ¿Me gustaría pasar un semestre en la AUB? Por supuesto. Toda mi vida había querido enseñar allí, donde mi padre lo había hecho y había conocido a mi madre, y donde yo había ido a la guardería en los años cuarenta (divertía a los amigos de mis padres cuando nos visitaban y me preguntaban si yo, que tenía cuatro o cinco años, iba a la escuela. «Oh, sí», respondía siempre. «Voy a la AUB»). Así que en 2011 Susan y yo regresamos a Beirut para un semestre de primavera, y parte de mi preparación consistió en recordarme a mí mismo que no podía ser una aventura tan grandiosa como los años de mis padres en los años treinta y cuarenta, o incluso nuestras propias aventuras en los sesenta. Pero seguiría siendo divertido. De hecho, los jóvenes profesores del departamento de filosofía y algunos de otros departamentos, en su mayoría solteros y sin hijos, nos adoptaron inmediatamente y nos llevaron a muchas aventuras. Teníamos un taxista favorito, que solía aparcar a una manzana de nuestro apartamento en Ras Beirut, a pocas manzanas de la universidad, y parecía estar siempre dispuesto a llevarnos a donde quisiéramos con un minuto de preaviso (a veces nos advertía de que el lugar al que queríamos ir era peligroso. Los problemas en Siria nos impidieron volver a Damasco, por ejemplo, y la carretera a Baalbek ya no era segura).

Los estudiantes de la AUB eran intrépidos e intelectualmente curiosos, y fue un placer ver a mujeres y hombres jóvenes de todo el mundo de habla árabe (algunas mujeres muy veladas, pero otras en minifalda) aprendiendo juntos, viviendo juntos, preparándose para ocupar puestos en funciones de vital importancia en sus países de

origen, como lo llevan haciendo generaciones desde la fundación de la AUB en 1866 por un educador y misionero estadounidense, Daniel Bliss. Es un hermoso campus con vistas al Mediterráneo, e incluso en los tiempos más terribles durante la guerra civil de los años ochenta, cuando un presidente de la universidad fue secuestrado y otro asesinado, ha seguido adelante, y sigue haciéndolo, con el Líbano en una situación financiera desesperada tras la gran explosión de 2020 y las continuas guerras en la región, con campos de refugiados que mantener y fallos intermitentes de la infraestructura nacional.

Regresé a la AUB para una conferencia de filosofía en 2018 y lo hice de nuevo en junio de 2022 para aceptar un doctorado honoris causa y pronunciar el discurso de apertura. El Líbano, Beirut y la AUB se están recuperando valientemente de sus recientes catástrofes, como siempre lo han hecho en el pasado. Ver a cientos de jóvenes médicos, ingenieros, economistas —y sí, incluso filósofos — desfilar orgullosos por delante de mí con sus diplomas, ganados con tanto esfuerzo, me da esperanza para el futuro.

...LONDRES

En 2001 fui investigador visitante Leverhulme en la London School of Economics, lo que nos brindó a Susan y a mí la primera oportunidad de vivir en Londres durante un periodo prolongado en lugar de alojarnos en hoteles o hacer excursiones de un día desde otros lugares de Inglaterra. Encontramos un apartamento amueblado cerca de Earl's Court, en el edificio donde vivió Diana Spencer antes de casarse con el príncipe Carlos. Había un agradable patio interior ajardinado y buenos detalles arquitectónicos. Mis viajes diarios en metro de ida y vuelta a la LSE eran una rutina interesante, y los mejores estudiantes de dicha escuela eran excelentes. Di un seminario sobre el libre albedrío, que dio lugar a mi libro de 2003, La evolución de la libertad. Esto fue en un momento en el que el Reino Unido estaba probando un nuevo sistema de evaluación de la calidad, rastreando las publicaciones en revistas revisadas por pares, y me enteré, para mi diversión, de que

una de las razones por las que me invitaron a ser investigador visitante era que el Departamento de Filosofía de la LSE pudo incluir todas mis publicaciones actuales en su registro de logros. Es más que difícil medir los logros académicos, y se aplica la ley de Goodhart: siempre que una medida se convierte en un objetivo deja de ser una buena medida. Los filósofos de la LSE eran muy productivos, pero no se cortaban un pelo a la hora de meter algo de morralla para engordar sus publicaciones.

En 2013, me invitaron a formar parte del profesorado del New College of the Humanities de Londres, el valiente experimento del filósofo Anthony Grayling en una universidad privada —como Tufts y tantas universidades famosas en Estados Unidos— en un país que ha desaprobado este concepto. Una vez que me aseguraron que, al igual que en Tufts, habría becas para buenos estudiantes que no pudieran pagar la matrícula, me incorporé al claustro con la esperanza de pasar al menos una semana al año enseñando allí. Hubo una protesta inicial entre los académicos de humanidades de Londres contra la propuesta de Grayling, en parte inspirada, según supe pronto, por el hecho de que Grayling estaba atrayendo a jóvenes excelentes de otros departamentos universitarios de Londres con mejores salarios y condiciones laborales. «¿Cómo has podido aceptar hacer eso?», me preguntaban enfadados profesores de filosofía y estudiantes de posgrado en Londres, pero defendí mi decisión; NCH, como Tufts, era de financiación privada, académicamente elitista (como las universidades de Oxbridge), pero no reservada a los ricos. Se había acordado que los estudiantes del NCH se presentaran a los exámenes de la Universidad de Londres para obtener sus títulos, y la primera prueba de concepto llegó en 2016, cuando los estudiantes del NCH ocuparon los primeros puestos de las listas.

NCH ha sido mi hogar académico en Londres durante casi una década, y una vez que el coronavirus desaparezca, espero volver para dar más conferencias y seminarios. Visitar Londres durante unas semanas seguidas es una excelente manera de reunirme con las docenas de académicos en varios campos cuyo trabajo es importante para mí, y mi agenda siempre está llena cuando estoy en la ciudad, pero nos aseguramos de reservar algo de tiempo para el teatro y la música, yendo a ver The Hard Problem de Tom Stoppard

como invitado una noche, y la obra de David Benedictus, The Happy Hypocrite, basada en un cuento de Max Beerbohm, en otra.

...PARÍS

He perdido la cuenta de cuántas veces he estado en París, como conferenciante o como turista, y ya he mencionado varias aventuras, pero algunas más me cambiaron la vida. En 1980, el filósofo marxista Louis Althusser, profesor de la École Normale Supérieure, estranguló a su mujer. Fue declarado demente e internado, con lo que quedó un puesto libre en esa prestigiosa institución. Durante varios años, su cátedra estuvo vacante, y Jean Khalfa, entonces uno de mis jóvenes admiradores filósofos en Francia (ahora está en el Trinity College de Cambridge), logró persuadir a sus colegas mayores de que debían darme un nombramiento temporal como profesor visitante mientras seguían buscando un sucesor permanente para Althusser. Está claro que acepté la invitación, sobre todo porque el requisito de que diera las clases en francés me obligaría, por fin, a alcanzar algo parecido a la fluidez en ese idioma. Por alguna razón que ahora se me escapa, mi visita tuvo que posponerse un año, y cuando llegué al histórico edificio de la rue d'Ulm en mayo de 1985, Khalfa se había ido para ocupar un puesto en Toulouse, y no tenía personas de contacto que me enseñaran cómo iban las cosas. Lo mismo daba, impartiría mis clases en francés en el aula acústicamente traicionera de Jacques Derrida, un pozo redondo de piedra, ante un público que consistía en unos pocos normaliens y una alegre multitud de científicos cognitivos y filósofos de otras instituciones parisinas, cuyo inglés era mucho, mucho mejor que mi francés, pero seguí adelante con valentía. Le pregunté a mi anfitrión oficial, Bernard Pautrat, que asistió a mi primera conferencia (solo), que evaluara mi improvisado pero entusiasta francés. Dijo que era «pittoresque mais très clair».

El francés académico tiende a ser bastante arcaico y florido, y yo ni siquiera intentaba crear frases tan elegantes. El filósofo de Princeton Richard Rorty y yo asistimos una vez a una conferencia de la

UNESCO en París en que se proporcionó traducción simultánea y ambos escuchábamos con los auriculares que nos dieron inglés con un oído y francés con el otro libre. La traducción al inglés estaba llena de pausas del tipo «Y entonces… Creo… Hay tres… Cuestiones… Que deben abordarse… Hoy… Con respecto a… Los desafíos… Que enfrenta la democracia…». No se perdía ningún contenido en esa traducción llena de lagunas, y en un momento dado Dick se inclinó y me susurró al oído: «Creen que están pensando».

Es posible que la ENS se sintiera avergonzada, o al menos incomodada, por mi presencia, ya que nadie en el Departamento de Filosofía estaba interesado en la ciencia cognitiva. No hicieron nada por dar a conocer mis conferencias a otras instituciones de París. Cuando Jean-Pierre Changeux, el macho alfa entre los neurocientíficos franceses, se enteró de esto, les escribió una carta feroz, tras la cual sus relaciones conmigo mejoraron un poco. Por un lado, a las personas que llamaban para preguntar sobre la hora y el lugar de mis conferencias ya no se les decía que la ENS no sabía nada sobre ellas. Esta fría acogida no me desanimó, ya que estaba empezando a conocer al grupo de CREA, el Centre de Recherche en Épistémologie Appliquée, donde pasé unos felices meses en 1990, así como a los científicos cognitivos del Centre National de la Recherche Scientifique. Muchos de estos investigadores formaron más tarde el Institut Jean Nicod, donde en 2001 impartí las conferencias Jean Nicod.

Los filósofos franceses han tardado en interesarse en mi trabajo —aparte de Pascal Engel, Jacques Bouveresse, Daniel Andler y Pierre Jacob—, pero neurocientíficos cognitivos como Changeux, Stanislas Dehaene, Claire Sergent y otros han llenado con creces ese vacío. He sido un crítico amistoso (o colaborador) del modelo Global Workspace de conciencia desarrollado por ellos y Bernard Baars, la mejor articulación de algo así como mi teoría de la «fama en el cerebro». Cuando publiqué La conciencia explicada en 1991, tenía muchas ideas, o al menos corazonadas, sobre cómo funcionaría la arquitectura cognitiva de la consciencia, pero no quería que me descartaran prematuramente si algunas de esas corazonadas resultaban falsas, así que deliberadamente no me comprometí con muchos detalles que desde entonces han ido encajando bastante

bien, gracias a su trabajo y al de otros. Hasta aquí todo va bien.

Sobre otro de mis temas favoritos, el papel de los memes de Dawkins en la creación de nuestras mentes, he mantenido durante tres décadas un debate constante con mi mejor crítico francés, Dan Sperber, y algunos de sus colegas sobre la evolución cultural. Una vez presenté una especie de resumen de mi pensamiento sobre estos temas (en francés) a un grupo de fenomenólogos galos que se mostraron extrañamente a la defensiva (y, creo, extrañamente ofendidos) por mi charla. El filósofo e ingeniero Jean-Pierre Dupuy reprendió a los asistentes por su estrechez de miras, y yo les dije que me recordaban a las caravanas de colonos que se dirigían hacia el oeste de Estados Unidos y ponían sus carromatos en un círculo defensivo cuando me veían llegar. Les dije que no se preocuparan: «Solo estoy de paso por vuestro territorio. Pronto estaré en el horizonte y correréis el peligro de quedaros sin agua».

32

UN EDÉN MÁS: EL SANTA FE INSTITUTE

He aprendido más, y también más he aprendido sobre el aprendizaje en el Santa Fe Institute que en cualquiera de mis otros idílicos laboratorios de ideas. Ahora que soy profesor externo en la facultad del SFI, Susan y yo peregrinamos allí tan a menudo como podemos organizarlo, y lo que nos atrae una y otra vez (además del magnífico clima y el paisaje) es cómo los habitantes del instituto combinan de manera única la mentalidad abierta con una estimulante insistencia en la claridad y el rigor. Una innovación dará una idea de ello. El joven científico cognitivo Simon DeDeo, cuando era becario allí, introdujo una serie de encuentros los viernes por la tarde que llamó Seminario de Ideas Peligrosas. Se invitaba a becarios y profesores a exponer una idea «a medio cocer», que no estuviera lista para la revisión por pares, y mucho menos para su publicación, y a los que se presentaban al debate se les prohibía usar la palabra «pero» (se trataba de una broma, pero era una buena forma de insistir en que la crítica debía ser constructiva, un esfuerzo por convertir la idea en algo más sólido y con un enfoque más nítido, para que todo el mundo, y no solo la camarilla interna de aspirantes a expertos, pudiera entenderla. Se desalentaban las críticas destructivas). Estas sesiones eran normalmente alucinantes y personifican la forma en que funciona el SFI. A menudo he elogiado la idea del Seminario de Ideas Peligrosas a colegas de todo el mundo, y creo que algunos de ellos han puesto en práctica versiones propias. Al igual que las sesiones «X sobre Y» que describí en el capítulo 29, que ahora han sido adoptadas por los coloquios del Departamento de Filosofía de Tufts, es un buen antídoto contra la omnipresente presión académica de ganar puntos sobre los rivales.

El SFI fue la incubadora de la vida artificial, una empresa de colaboración entre biólogos e informáticos para estudiar la

evolución a través de intentos de crear formas de vida virtuales supersimples que evolucionaran por sí mismas mediante selección natural en mundos simulados por ordenador. Mi primera visita al SFI fue en 1996, para participar en un taller sobre vida artificial organizado por Christopher Langton, que había acuñado el término e iniciado este campo a finales de los ochenta en una reunión en Los Álamos. Tierra, de Thomas Ray, Echo, de John Holland, Evolved Virtual Creatures, de Karl Sims, y el software Blind Watchmaker, de Richard Dawkins, estuvieron entre los primeros frutos, y yo había visto el campo como un compañero digno de la IA, en el nuevo esfuerzo que podríamos llamar «experimentos de pensamiento asistidos por ordenador». Eran como los experimentos de pensamiento de los filósofos, pero mucho más exigentes, ya que no se podía simplemente agitar las manos sobre el «vaporware»; tenías que haber escrito el código. Fue allí donde conocí a John Maynard Smith, que no estaba muy impresionado con estos trabajos iniciales (a pesar de que sus modelos informáticos habían creado el campo de la teoría evolutiva de juegos) porque la mayoría de los modeladores no eran biólogos y no parecían saber mucho sobre organismos reales, a diferencia de los virtuales. Pero estaba dispuesto a intentarlo, y él y yo pasamos un día instructivo pero infructuoso tratando de modelar el efecto Baldwin del comportamiento aprendido que mejora la evolución genética (comentado con cierto detalle en La peligrosa idea de Darwin) con la ayuda del gran hacker de A-Life David Ackley (un exalumno de Tufts, por cierto). Ese mismo día, más tarde, nos perdimos en el desierto con el coche mientras intentábamos llegar a una cena, lo que nos dio algunas horas adicionales para hablar sobre las sutilezas de la selección natural. Había apoyado mi crítica del ensayo «Spandrels» («The Spandrels of San Marco and the Panglossian Paradigm»), de Gould y Lewontin en un comentario en BBS en 1983, y más tarde escribió su famosa crítica favorable de La peligrosa idea de Darwin para The New York Review of Books (véase el capítulo 34).

En los últimos años, he organizado talleres y grupos de trabajo sobre evolución cultural, tratando (sin éxito) de suavizar los desacuerdos entre la facción francesa (Dan Sperber, Olivier Morin y Nicolas Claidière), la facción estadounidense (Robert Boyd, Peter Richerson y Joseph Henrich), la facción de los memes (Sue

Blackmore y yo) y los filósofos australianos de la biología (Kim Sterelny y Peter Godfrey-Smith). Los resultados a medio cocinar de ese grupo de trabajo pueden consultarse en el sitio web de Dan Sperber.

Organicé otro grupo de trabajo que intentó llegar al fondo de la intrépida aventura de David Haig al combinar la teoría de la información, la teoría evolutiva y la filosofía del lenguaje (¡incluido Derrida!). Esto también tuvo menos éxito de lo que esperaba, pero, como siempre, el SFI puso a zumbar ideas en mi cabeza que todavía están pululando, en busca de soluciones a los problemas que encontré allí. Estas sesiones en el SFI fueron mis principales ejercicios exploratorios mientras escribía From Bacteria to Bach and Back: The Evolution of Minds (De las bacterias a Bach. La evolución de la mente) (2017), que es, al fin y al cabo, la culminación de todo lo que he tratado de aclarar en mi carrera.

CUARTA PARTE

BATALLAS ACADÉMICAS

33

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA; RICHARD RORTY

Mi padre era historiador, y yo hice varios intentos valientes como estudiante de seguir sus pasos, pero pronto descubrí que mi cerebro no está hecho para la erudición histórica: olvido los hechos cruciales —nombres, lugares, fechas, frases clave— a los pocos días de aprenderlos, y los sustituyo en mis bancos de memoria por resúmenes, tendencias, temas e impresiones. Durante años impartí cursos de historia de la filosofía —grandes visiones de conjunto («De Sócrates a Russell») y cursos específicos sobre los empiristas británicos, Descartes y el racionalismo, Nietzsche y la filosofía analítica del siglo XX, por citar algunos—, y cada vez tenía que volver a mis libros y apuntes y reaprender los detalles, que en gran medida había olvidado. Siempre fue una tarea pesada para mí, y envidio a muchos de mis colegas por su dominio desenvuelto de los detalles, que creo que son de verdad importantes. Los científicos me han preguntado a menudo por qué los filósofos deberían estudiar historia de la filosofía. Uno puede ser químico, físico o biólogo molecular de primera categoría con solo una versión superficial de la historia de su disciplina en forma de libro de texto introductorio. ¿Por qué para la filosofía debería ser diferente? Porque, digo yo, la historia de la filosofía es en gran medida la historia de errores muy tentadores cometidos por gente muy inteligente y, si no conoces la historia, es casi seguro que se cometerán los mismos errores, porque continúan siendo muy tentadores. Me resulta divertido y satisfactorio cuando un científico se lanza, como a veces hace cuando tiene una tarde libre, e intenta resolver el problema mente-cuerpo o el problema del libre albedrío o el de la causalidad y acaba, con gratificante regularidad, rehaciendo los errores de Platón, los errores de Kant, los errores de Hume.

Así que creo que todos los filósofos —incluido yo— deberían estudiar concienzudamente la historia de la filosofía, pero también

creo, en desacuerdo con muchos filósofos, que está muy bien adoptar una suerte de enfoque tipo buffet libre hacia la bibliografía, probando un poco de aquí, sirviéndose una porción grande de allá, tomando —como dije al principio, soy un coleccionista compulsivo, una especie de urraca— unas rebanadas de lo que me parece más emocionante o de exquisiteces que invitan a la reflexión y dejando el resto de la interpretación a los estudiosos. Creo que he aprendido mucho de Husserl, pero algunos distinguidos estudiosos de Husserl piensan que mi lectura está irremediablemente mal formada. A mí me da igual. Recurrí a Husserl para averiguar cómo funciona la mente y obtuve una valiosa ayuda de su lectura; si el propio Husserl se horrorizara de mi interpretación, peor para él. Me alegra reconocerle el mérito, pero si los husserlianos quieren rechazar mi regalo, bienvenidos sean. No voy a pasarme días o semanas discutiendo sobre hermenéutica. En el prefacio de uno de mis libros favoritos de mis años en Oxford, The Bounds of Sense (Los límites del sentido), de Peter Strawson, una ingeniosa interpretación de la Crítica de la razón pura de Kant, dice más o menos lo mismo —más deferentemente, pero siempre he contado con él para dar validez a mi actitud—. De su prefacio:

Como advertirá rápidamente cualquier erudito kantiano que lo lea, no se trata en absoluto de una obra de erudición histórico-filosófica. No he estudiado con asiduidad los escritos de los predecesores menores de Kant, sus propias obras menores o los numerosísimos comentarios que dos siglos después han producido. He escrito para los estudiantes de la Crítica que, como yo, han leído y releído la obra con una sensación mezcla de gran perspicacia y gran mistificación. He intentado dar una interpretación clara, sencilla y unificada, al menos sólidamente sustentada en el texto tal y como es, del sistema de pensamiento que contiene la Crítica.

A propósito de la cortesía de Peter Strawson, no puedo resistirme a compartir una anécdota que me contó una vez su devota alumna Ruby Meager (que editó The Bounds of Sense). Llevaba a su héroe y a la esposa de este de vuelta a Oxford en una noche nublada y, de repente, se dio cuenta de que los faros de un camión aparcado en

dirección contraria la estaban sacando de la carretera. Dio un volantazo y frenó, pero ya era demasiado tarde: chocaron frontalmente con el camión. Mientras los tres eran atendidos de sus heridas leves en el hospital, compartieron notas sobre lo que cada uno había pensado durante ese largo segundo, o dos, en los que daban por sentado el choque. Ruby confesó que el pensamiento que cruzó su mente fue que estaba a punto de matar al filósofo más importante del mundo y a su esposa, y la señora Strawson dijo que ella pensó «tengo que taparme la cara», cosa que hizo justo a tiempo, antes de que su cabeza atravesara el parabrisas. Se volvieron hacia Peter, que admitió que tuvo dos pensamientos. El primero fue: «No me pasará nada; estoy en el asiento de atrás». Y el segundo: «¡Ese pensamiento no es propio de un caballero!».

Los filósofos no siempre son caballeros, y las mujeres no siempre son damas. Los tiempos han cambiado drásticamente durante mi medio siglo en este campo (ahora pasamos a la historia de la filosofía «reciente»), y durante los primeros quince años de mi búsqueda filosófica este campo estaba dominado (utilizo la palabra deliberadamente) por hombres, y en el mundo anglófono por hombres que eran «filósofos analíticos», en contraste con los «filósofos continentales», que profesaban (y utilizo la palabra deliberadamente) desde la tarima de la universidad. Los contrastes podían ser tajantes. Los filósofos analíticos tendían a ser áridos, sistemáticos y lo suficientemente versados en lógica como para salpicar sus artículos con fórmulas del estilo de

$$(\exists x)\ (\exists y)\ (x \text{ es una explosión y } x \text{ es de la caldera y}$$

$$y \text{ es una explosión y } y \text{ es de la caldera y } x \neq y)$$

(DONALD DAVIDSON, «Eternal vs. Ephemeral Events»,

Noûs 5, n.º 4, noviembre de 1971)

o

Nob supone que una bruja hechizó a la yegua de Bob
y se pregunta si esa misma bruja, la que cree que hechizó
a la yegua de Bob, también mató a la cerda de Cob.

(D. C. DENNETT, «Geach on Intentional Identity»,
Journal of Philosophy 65, n.º 11, 1968; mi respuesta a
Peter Geach, marido de la Miss Anscombe)

Sí, podía escribir así, y aún puedo, pero elijo no hacerlo. Los filósofos analíticos de antaño nos presentábamos con trabajos completamente escritos para leer, y quizás folletos con docenas de fórmulas numeradas para discutirlas, y esperábamos que cualquier listillo que tuviera el ojo más rápido para detectar un desacierto latente o —¡Dios no lo quiera!— una contradicción encubierta nos desafiara. Éramos gente «seria». En cambio, los filósofos de la tradición continental se expresaban en un lenguaje menos estructurado y a veces deliberadamente oscuro, desafiando a su dócil público a que les entendiera y sin esperar desafíos impertinentes. A menudo me he preguntado cómo se llega a ser «profesor» de filosofía continental; ¿qué rito de iniciación le autoriza a uno a profesar su «filosofía» desde la cátedra sin miedo a la contradicción?

La red de antiguos compañeros de filosofía analítica dominó el campo durante décadas, desde los años cincuenta hasta los setenta. Una vez desafié a algunos de mis colegas a que me dieran el nombre de un filósofo vivo importante cuyo doctorado no fuera por una de las universidades de la Ivy League, Oxford o Cambridge, la de Chicago o la de Berkeley. En primer lugar, fue interesante que la mayoría a quienes pregunté sabían dónde se habían graduado los

filósofos famosos y, en segundo lugar, fue interesante cuánto tiempo tardaron en encontrar un contraejemplo. Hilary Putnam se doctoró en la UCLA en 1951, trabajando con Hans Reichenbach (después de estudiar en Penn y Harvard). De antemano, no se me ocurre ningún otro filósofo (analítico) de la época que tuviera un doctorado de segunda fila.

Pero no todos los departamentos de filosofía de la Ivy League estaban cortados por el mismo patrón. En 1963, la Universidad de Pittsburgh recibió una importante donación que le permitió asaltar el Departamento de Filosofía de Yale, de donde se llevaron a Wilfrid Sellars y a un grupo de brillantes lógicos, lo que dejó tras de sí un equipo claramente no analítico, el cual cometió el grave error de contratar a algunos de sus propios doctorados. El resultado fue un departamento formado por un grupo endogámico y aislado de académicos al que, con bastante franqueza, la mayoría de los filósofos analíticos y muchos académicos y administradores de Yale consideraba una vergüenza. Varios presidentes consecutivos de Yale intentaron reformar y reconstruir el departamento, sin éxito y con mucho rencor. Ficharon a mi amigo Bob Fogelin, un doctorado previo al asalto de Yale, pero era demasiado joven para llevar a cabo su tarea, y recuerdo vívidamente cómo me contaba, mientras tomábamos unas cervezas alrededor de una mesa de billar, cómo soñaba con alinear a todos sus colegas veteranos y ametrallarlos al estilo de la matanza de San Valentín. Trajeron a otra doctora previa al asalto de Yale, mi amiga Ruth Barcan Marcus, la operadora más batalladora y astuta, una excelente lógica que, durante muchos años, presidió la junta de la Asociación Americana de Filosofía. La trajeron de vuelta al departamento de Yale para cortar cabezas, e hizo todo lo que pudo, pero al final también cayó derrotada (en el XX Congreso Mundial de Filosofía, celebrado en Boston en 1998, miles de filósofos de todo el mundo invadieron el hotel y centro de conferencias Copley Place. Se halla está en medio de un centro comercial de lujo —Tiffany, Gucci, Jimmy Choo—, así que había muchos bostonianos acomodados mezclándose con esa multitud desaliñada. Me encontré con Ruth, que se me acercó entre risas para contarme la conversación que acababa de oír en el ascensor. «¿Quién crees que es toda esta gente rara?», preguntó una matrona. «No lo sé», respondió su amiga, «pero puedo adivinarlo. ¡Diría que es una convención de indigentes!»).

En Tufts, cada vez que había una vacante en el Departamento de Filosofía, recibíamos cientos de solicitudes y, como política informal, casi siempre decidíamos «abrir apuestas» sobre Yale entrevistando a uno o dos de sus mejores candidatos (según sus criterios). Y, salvo una excepción que todavía recuerdo, todos resultaban ser iguales: charlatanes necios y soberbios que se tenían en gran estima a sí mismos sin motivo alguno. Hugo Bedau y yo acuñamos un término para lo que hacían: charleta-chic de Yale. Contratamos a la excepción, el experto en Nietzsche Michael Green, que podría haber conseguido la titularidad si se hubiera quedado, pero nos dejó al cabo de unos años para estudiar Derecho, confesándome que, tras reflexionarlo, no se imaginaba pasar su vida académica tratando con los eruditos de la tradición continental. Finalmente, publicó un reseñable libro sobre Nietzsche, pero ahora enseña en la Facultad de Derecho de William and Mary, una universidad pública.

La hegemonía de los filósofos analíticos se evaporó en 1979, en la reunión de la División Este de la APA en Boston, cuando un grupo de filósofos, en su mayoría estadounidenses pero continentales, que se autodenominaban «pluralistas» (dejemos que florezcan mil flores) dio un golpe de estado. Me pregunto cuántos de los jóvenes filósofos y estudiantes de posgrado de hoy han oído hablar de este episodio. En su momento fue un terremoto académico. Frustrados por la poca importancia que les daban los miembros del «monolito analítico», estos filósofos estudiaron los estatutos de la APA y descubrieron que, aunque durante décadas el comité de nominaciones había presentado un único candidato a vicepresidente que luego era elegido por aclamación y ascendería a presidente al año siguiente, ¡las normas permitían la presentación independiente de candidaturas y unas elecciones reales! En secreto, los pluralistas confeccionaron su lista de candidatos, prepararon sus impugnaciones al parlamentario y a otros cargos, y se aseguraron de que sus miembros estuvieran listos para acudir en masa a la poco concurrida reunión de trabajo y hacerse con el control de la División Este de la APA. Media hora antes del encuentro, su seguridad se vino abajo: se rumoreaba que se estaba gestando un golpe de estado inminente y se nos convocó a los miembros del monolito en el bar para posteriormente llevarnos a toda prisa a la reunión a fin de intentar evitar la usurpación. Dick Rorty era el

presidente aquel año, y fue una ironía (uno de sus temas favoritos) que él —el más ecuménico y abierto de mente de los líderes del «monolito analítico»— presidiera la reunión, mientras Tom Nagel desempeñaba sus funciones de parlamentario con aplomo. Hubo discursos de nominación y refutación, el más memorable de los cuales fue el de Ruth Marcus, cuyo colega de Yale, John Smith, filósofo de la religión y teólogo, era el candidato de los pluralistas. Ella puso explícitamente por los suelos toda su carrera, su carácter, sus libros. Nunca había oído a un filósofo hablar tan mal de un colega en público, y rara vez en privado.

Perdimos. El establishment nominó a Adolf Grünbaum, un filósofo de la ciencia de Pittsburgh, para ser el nuevo vicepresidente. Como no querían ofender al inocente Adolf, los victoriosos pluralistas le propusieron y eligieron vicepresidente al año siguiente, de modo que en 1982 pudo pronunciar por fin el discurso presidencial que había esperado hacer previamente. Pero no aceptó la rama de olivo con ecuanimidad. Adolf era famoso por sus diatribas contra Freud, al que tachaba de farsante acientífico, y su discurso fue típico del Grünbaum más clásico. Al final del mismo, seguí por casualidad a un grupo de pluralistas fuera de la sala y oí la respuesta a la pregunta de un pluralista que se había quedado fuera y se interesó por cómo había ido el discurso de Grünbaum: «Fue desagradable, brutal y largo».

A partir de entonces, los programas de la APA se llenaron de ponencias con temas, y con filósofos, que nunca habrían sido aceptados antes del golpe pluralista. ¿Era esto bueno? Sí, dijeron algunos miembros del monolito, ya que significaba que en las convenciones habría más tiempo libre para pasarlo en el bar sin sentirse culpables. Sí, decían otros, ya que los pluralistas tenían la justicia de su parte. Mi veredicto es ambivalente. Aun así, los programas publicados de las reuniones de la APA enumeran decenas de charlas cuyos títulos son tan propicios para la parodia que, cuando recientemente examiné algunos en busca de ejemplos probables para anonimizar, tuve dificultades para «mejorar» los candidatos reales, pero pregúntese si le apetece ir a las sesiones en las que se contemplan las siguientes charlas: «La inefabilidad de la historia y el problema del yo unitario», «Invasión dialéctica: humillación e integridad», «¿Puede la ontología relacionalista evitar

la incoherencia mediante una metateoría recursiva?» y «El arte como guerra: la resiliencia de la autonomía».

* * *

Es difícil sobrevalorar el apoyo que Dick Rorty prestó a mi trabajo desde el día en que nos conocimos, en Princeton, con ocasión de mi primera conferencia como invitado (véase el capítulo 7). Al principio de su carrera, cuando era considerado uno de los principales filósofos de la mente en la tradición analítica, publicó varios artículos en los que hablaba favorablemente de mi teoría de la conciencia. Estábamos de acuerdo en gran medida en cómo debía proceder la filosofía de la mente, excepto en que él siempre intentaba engatusarme para que adoptara su perspectiva más radical, a lo que yo me resistía con simpatía. Incluso le gasté una broma, de la que hoy me arrepiento. En un artículo de 1982, «Contemporary Philosophy of Mind», Rorty escribió una entusiasta descripción de la revolucionaria «tradición Ryle-Dennett», y yo respondí con picardía, quizá con rudeza. ¿Era yo realmente un revolucionario tan radical como él decía?

Dado que yo, como filósofo analítico irremediablemente estrecho de miras y antihistórico, siempre estoy buscando una buena excusa para no tener que leer a Hegel o Heidegger o Derrida o a esos otros tipos que no tienen la decencia de pensar en inglés, me siento tentado por la actuación de Rorty en esta ocasión a enunciar un principio hermenéutico útil, el factor Rorty: tome cualquier cosa que diga Rorty sobre las opiniones de cualquiera y multiplíquelo por 0,742.

Después de todo, si Rorty puede encontrar en mis escritos mucho más de lo que yo he puesto allí, probablemente haya hecho lo mismo o mejor en cuanto a Heidegger, lo que significa que puedo ahorrarme la molestia de leer a Heidegger; puedo limitarme a leer Philosophy and the Mirror of Nature (Princeton University Press,

1979) de Rorty y salir con un 40 % de ventaja mientras disfruto de mi lectura al mismo tiempo.

También me apena un poco reconocer que la definición de «a rortiori» en mi Philosophical Lexicon («adj., verdadero por razones continentales aún más oscuras y de moda») ha contribuido probablemente a una caricatura de su obra demasiado conveniente: el filósofo analítico convertido en literato de la tradición continental. Al mismo tiempo, realmente no quería unirme a Dick en su campaña posmodernista, con su degradación del concepto de la verdad y los hechos. Algunos admiradores de Rorty me han reprendido duramente por «hacer la pelota» a mi amigo al discrepar de él sobre la verdad, pero discutimos largo y tendido durante años y estoy seguro de que le di la razón. Como escribí casi dos décadas después:

Richard Rorty merece su gran y cautivado número de lectores en las artes y las humanidades, y en las ciencias sociales «humanísticas», pero, cuando sus lectores lo interpretan, entusiasmados, como alguien que alienta su escepticismo posmodernista sobre la verdad, se adentran por caminos que él mismo se ha abstenido de recorrer. Al presionar sobre estos puntos, admite que existe un concepto útil de verdad que sobrevive intacto después de que todas las corrosivas objeciones filosóficas se hayan introducido debidamente. Este concepto útil y modesto de la verdad, reconoce Rorty, tiene sus usos: cuando queremos comparar dos mapas del campo para comprobar su fiabilidad, por ejemplo, o cuando la cuestión es si el acusado cometió o no el delito del que se le acusa.

Incluso Richard Rorty reconoce la brecha, y la importancia de esa brecha, entre la apariencia y la realidad, entre los ejercicios teatrales que pueden entretenernos sin pretensión de contar la verdad y los que buscan, y a menudo consiguen, la verdad. Él lo denomina un concepto «vegetariano» de la verdad. Muy bien, entonces, seamos todos vegetarianos respecto a la verdad. De todos modos, los científicos nunca quisieron llegar hasta el final.

Creo que es justo decir que Dick no siempre desalentó las lecturas (¿erróneas?) más radicales de sus palabras, y esta actitud le granjeó serios enemigos en la filosofía analítica. A menudo discutíamos sobre esto, sobre todo durante un suntuoso almuerzo en Buenos Aires, cuando nos escabullimos de una conferencia panamericana de filosofía para cenar en el que se consideraba el mejor restaurante argentino. Dada la inflación que afligía entonces al país, nuestro almuerzo costó aproximadamente el sueldo de un mes de un profesor universitario en la capital, y el poder de nuestros dólares dio a la ocasión una seriedad reflexiva que no siempre era nuestro estado de ánimo. En un momento dado, admití que me preocupaba más mantener el respeto y el interés de los científicos cognitivos que el de la mayoría de los filósofos, y él respondió confesando que le importaba un bledo su reputación entre la comunidad científica… o la de los filósofos: ¡él aspiraba al aprecio de los poetas! ¿Por qué? Su padre, dijo, había sido el editor de poesía de Dissent, esa notable revista de izquierdas, y cuando era estudiante de secundaria Dick había intentado componer un soneto (yo también recuerdo un soneto mío del instituto, horrible, pero un ejercicio fascinante). Le enseñó su soneto a su padre, que lo leyó con rapidez y se lo devolvió con un único comentario: «Ripios».

La filosofía no es solo ciencia —aunque algunos filósofos intentan hacerla lo más científica posible— ni es tampoco solo poesía. Mi definición favorita es la de Wilfrid Sellars: «El objetivo de la filosofía, formulado de forma abstracta, es comprender cómo se relacionan las cosas en el sentido más amplio posible del término». Si esto le parece cómico o ridículo, piénselo otra vez. He aquí algunos de los diferentes tipos de «cosas en el sentido más amplio posible del término»: pensamientos, colores, sonrisas, canciones, cortes de pelo, oportunidades, dólares, juegos, significados, peligros, agujeros, números... así como átomos, moléculas, fotones, quarks, células, gravedad. ¿De qué están hechas las canciones? ¿Son reales los colores? ¿De qué están hechas las oportunidades? No preguntes a un científico, o no esperes una respuesta convincente y no problemática. Una respuesta impaciente es que no existe nada excepto los átomos (o las partículas subatómicas). Así pues, ¿cuál es la composición química de una canción, un poema, una

oportunidad? «No son cosas reales», viene a decir la respuesta. ¿De verdad? Todos los intentos de reducir las cosas familiares de la vida a entidades propias de la ciencia son dignas de un Procusto, pero entonces, ¿cuál es la relación entre los diversos candidatos a la cosidad? ¿Cómo encajan entre sí? Algunas personas encuentran estas preguntas tan molestas y confusas que se tapan los oídos y se van. No pasa nada. La filosofía no es para todo el mundo. Pero quienes quieran satisfacer su curiosidad descubrirán que los intentos formales y sistemáticos de alinear todas las cuestiones y derribarlas una a una están condenados al fracaso. En eso la filosofía es un arte, un ejercicio de imaginación, de desplazar los bloqueos establecidos por una gran cantidad de ideas medio digeridas. Dick Rorty no siempre tenía razón, pero siempre fue un buen filósofo.

34

ACOSADORES ACADÉMICOS E ICONOCLASTAS

En todos los ámbitos académicos suele haber unos cuantos matones: figuras de alto rango que aterrorizan a los menos consolidados, especialmente a los profesores no titulares y a los estudiantes de posgrado, con sus obiter dicta y su rechazo de plano a los desafíos. En el campo de la ciencia, suelen tener una influencia considerable sobre la financiación de las investigaciones; caerle mal a un abusón de este tipo puede ser un golpe casi mortal para la carrera profesional. Al no necesitar ayudas federales o de fundaciones para mi investigación, he estado en una posición especialmente segura para ponerle el cascabel a algunos gatos, y me animaron a hacerlo colegas tanto de biología evolutiva como de neurociencia cuando me enfrenté a Stephen Jay Gould y Gerald Edelman. También tuve mis encontronazos con Noam Chomsky, pero, como ya los he descrito en otro lugar, no repetiré aquí los mismos relatos. Quiero igualmente contar algunos pormenores sobre iconoclastas ejemplares que he conocido y admirado.

Los acosadores son casi siempre primates machos alfa, aunque en mi experiencia hay algunas acosadoras. Elizabeth Anscombe (véase el capítulo 5) era una matona, por ejemplo, y he tratado con algunas otras, pero en correspondencia privada, no en desafíos públicos, así que pasaré por ello de puntillas esperando que hayan captado el mensaje. La mayoría de las mujeres duras de la filosofía se erigen en iconoclastas, no en matonas: defienden opiniones inicialmente ridiculizadas y sortean los golpes con gracia y determinación. Me vienen a la mente la implacable Ruth Millikan, la implacable Ruth Barcan Marcus y la temible Judith Jarvis Thomson.

En 1999, recibí una llamada de la bióloga evolucionista Lynn Margulis, que me dijo que estaría encantada de dar una charla en

Tufts (ella estaba cerca, en la Universidad de Massachusetts Amherst, y quería una excusa para pasar un fin de semana en Boston, según recuerdo). Estuve encantado de invitarla y decidí organizar una serie de charlas, que titulé «Iconoclastas en las fronteras de la ciencia». Contó con cuatro ponentes. Lynn Margulis fue celebrada con razón por defender —aunque ella no inició la teoría— el origen endosimbiótico de la célula eucariota (lo describí en La peligrosa idea de Darwin). Elizabeth Bates fue profesora de psicolingüística en la Universidad de California en San Diego y una crítica incondicional de Chomsky y su hipótesis de un dispositivo innato de adquisición del lenguaje, una idea que frenó durante décadas los buenos estudios sobre la evolución del lenguaje. Susan Blackmore es una psicóloga británica que (junto conmigo) defendió los memes de Richard Dawkins y escribió La máquina de los memes (1999). Elaine Morgan era una periodista científica (no una académica oficial) que escribió The Aquatic Ape (1982), en el que defendía la teoría del biólogo marino Alister Hardy de que el Homo sapiens sufrió una digresión evolutiva en el mar (siguiendo a otros mamíferos acuáticos como las focas, las ballenas y los delfines) antes de regresar a tierra firme con una serie de características que serían adaptativas para los primates costeños que se alimentaban de crustáceos. Había invitado como ponente a la psicóloga Judith Rich Harris, autora de The Nurture Assumption (1998), pero lamentablemente tuvo que renunciar por motivos de salud.

Todas estas mujeres se habían enfrentado a los insultos de sus colegas masculinos y logaron imponerse, aunque muchos piensan que el jurado aún no se ha pronunciado sobre los memes (mientras que yo persisto en defender su importancia, más recientemente y con gran detalle en De las bacterias a Bach) y sobre el mono acuático (acerca del que sigo siendo agnóstico pero esperanzado). El lema de la serie bien podría haberse tomado prestado de Me and Bobby McGee, de Janis Joplin: «Freedom's just another word for nothing left to lose» (libertad es solo otra palabra para no tener nada que perder). Mientras sus homólogos masculinos protegían cautelosamente sus posiciones en la red de antiguos compañeros, estas mujeres decidieron que también podían ir a por todas.

Todas ellas ofrecieron charlas memorables y enérgicas ante un público entregado, pero la mejor fue la de Elaine Morgan, que

esbozó la teoría de los simios acuáticos y nos habló de los abusos de que fue objeto por parte del establishment antropológico. En el auditorio había grandes figuras de la antropología y la biología evolutiva y, lo que es aún mejor, un joven antropólogo de impecables credenciales (y actitudes a la altura) que respondió virulentamente a la animada presentación de Elaine. Nada podría haber ilustrado y confirmado de forma tan sorprendente su relato sobre la forma en que había sido tratada por el establishment como el acoso de este personaje. Ella lo manejó con soltura, rebatiendo con calma sus afirmaciones, señalando sus exageraciones y respondiendo alegremente a sus réplicas cada vez más hostiles. Era obvio que ella había reflexionado más profundamente que él sobre estos temas, y cuando ella —siempre respetuosa, siempre amable— terminó con él, el tipo quedó como un villano gruñón, mientras que a ella la aclamó todo el público. Una semana después, se presentó en mi despacho avergonzado, reconoció que había «perdido los papeles» y se disculpó por haber montado una escena, pero le dije que nos había dado a todos una gran demostración de uno de los puntos principales de ella, por lo que le estaba agradecido. Elaine y yo mantuvimos correspondencia a lo largo de los años sobre sus campañas a favor de la teoría del simio acuático, y cuando me dijo que le gustaría defenderla en la conferencia TED de 2009 celebrada en Oxford, la recomendé encarecidamente al comisario de las TED, Chris Anderson, quien le encontró un hueco. Me entusiasmó (pero no me sorprendió) que se llevara la palma en las TED; le había dicho a Chris que lo haría. Atesoro su rapsódica nota de agradecimiento tras el evento.

Mi convicción de que las mujeres son las más innovadoras en ciencia y filosofía ha ido ganando fuerza entretanto, y algunas de las mejores y más originales pensadoras con las que he trabajado, además de Ruth Millikan y Kathleen Akins (véanse los capítulos 18 y 21), son las filósofas Margaret Boden en Sussex, Carol Rovane en Columbia, Jenann Ismael en la Johns Hopkins, Helena Cronin en la London School of Economics, Diana Raffman en Toronto y Rosa Cao en Stanford; las psicólogas Claire Sergent en París, Cecilia Heyes en Oxford, Irene Pepperberg en Harvard y Carolyn Ristau en Barnard; las investigadoras de la inteligencia artificial Joanna Bryson en Bath y Cynthia Breazeal en el MIT; la bióloga evolutiva Eva Jablonka en Tel Aviv; y la ingeniera química Frances Arnold en Caltech, cuyos

trabajos sobre evolución enzimática dirigida le valieron el Premio Nobel de Química. Tengo otras en trámite académico, pero no quiero gafarlas citándolas aquí.

¡A por los matones!

STEPHEN JAY GOULD

Estuve suscrito a la revista Natural History durante varios años, en las décadas de 1980 y 1990, solo porque quería leer los ensayos mensuales de Steve Gould, siempre fascinantes y a menudo provocadores. Gould vivía no muy lejos de Tufts, en una calle de Cambridge a la que se podía ir andando desde su despacho en Harvard, y me encantó que me invitara a comer allí con Doug Hofstadter (que resultó ser primo lejano de Gould) durante una de las visitas de Doug a la zona de Boston mientras trabajábamos en El ojo de la mente. Recuerdo que uno de los temas de nuestra feliz reunión fue cómo tratar con amabilidad la avalancha de correspondencia de lectores que los tres estábamos recibiendo, aunque estoy seguro de que la mía era un goteo comparada con la de Doug y Steve. Así que Gould y yo empezamos con buen pie, pero la bonhomía no duró mucho.

Había leído el célebre artículo de Gould y Lewontin de 1979 «The Spandrels of San Marco and the Panglossian Paradigm» poco después de que Jerry Fodor me alertara sobre él en la reunión de Dahlem sobre etología cognitiva (véase el capítulo 16), e inmediatamente lo vi claro. Como el artículo era una nube de tormenta muy influyente que se cernía sobre ese campo, decidí responder a él en mi artículo principal para la revista Behavioral and Brain Sciences de 1983, «Intentional Systems in Cognitive Ethology: The ‘Panglossian Paradigm’ Defended». Hice una pequeña broma para iniciados en mi ensayo para mostrar los sorprendentes paralelismos entre sus argumentos y los de B. F. Skinner contra el «mentalismo» y me pregunté si tal vez Gould y Lewontin habían roto una lanza por su colega de Harvard Skinner y eran el último ejemplo de «conservadurismo pospositivista de Harvard». Sabía que

eso haría que les hirviera la sangre revolucionaria. ¿Era prudente por mi parte tomarles el pelo? Solo estaba combatiendo fuego con fuego; su artículo es una aplicación poco sincera de una retórica engañosa, y ha tenido una tremenda repercusión inmerecida. Empañó injustamente la reputación de algunos investigadores ejemplares y, unido a su feroz ataque político contra el concepto de sociobiología de su colega E. O. Wilson, estaba dificultando enormemente que los etólogos jóvenes encontraran empleo si adoptaban una perspectiva evolucionista en sus trabajos de campo. Como en cualquier disciplina, prevalece la ley de Sturgeon —el 90 % de todo es basura—, pero había excelentes ornitólogos, ictiólogos y entomólogos que estaban siendo tachados de «sociobiólogos» y, por tanto, considerados como contrataciones arriesgadas. En cualquier caso, mi provocación funcionó. Dick Lewontin escribió un comentario enérgico y al mismo tiempo se hizo la zancadilla a sí mismo. Gould no se unió a su coautor en este comentario y guardó silencio sobre mi crítica.

En 1989 hubo una reunión en el Centro de Ciencia Cognitiva del MIT en la que Steve Pinker y su estudiante de posgrado Paul Bloom defendieron sus puntos de vista sobre la evolución del lenguaje, con respuestas de Gould y de mi amigo italiano Massimo Piattelli-Palmarini, acólito de Chomsky y compañero de navegación de Jerry Fodor. En aquella reunión oí más afirmaciones desinformadas sobre la evolución de las que esperaría oír en una misa fundamentalista. Por lo que pude ver, ningún biólogo del MIT impartía clases sobre la selección natural, lo que parecía abrir un campo de juego para que aspirantes a teóricos de otras disciplinas lanzaran teorías absurdas. Pinker hizo una divertidísima lista de afirmaciones reales hechas por profesores titulares del MIT que él (y yo) encontramos en aquellos días.

Las trece perlas de Steve Pinker

1. La visión en color es inútil; podríamos distinguir las manzanas rojas de las verdes utilizando señales de intensidad.

2. El lenguaje no está en absoluto diseñado para la comunicación: no es como un reloj, es como un aparato de Rube Goldberg con un palo en medio que puedes usar como reloj de sol.

3. Cualquier argumento de que el lenguaje es funcional podría hacerse con igual plausibilidad y fuerza si se aplicara a la escritura en arena.

4. La estructura de la célula debe explicarse por la física, no por la evolución.

5. Tener un ojo requiere el mismo tipo de explicación que tener masa, porque igual que el ojo te permite ver, la masa te impide flotar en el espacio.

6. ¿Eso de las alas de los insectos no ha refutado a Darwin?

7. El lenguaje no puede ser útil: ha conducido a la guerra.

8. La selección natural es irrelevante, porque ahora tenemos la teoría del caos.

9. El lenguaje no pudo evolucionar por presión de la selección en aras de la comunicación, porque podemos preguntar a alguien cómo se siente sin querer saberlo realmente.

10. Todo el mundo está de acuerdo en que la selección natural desempeña algún papel en el origen de la mente, pero que no puede explicar todos los aspectos, por lo que no hay nada más que decir.

11. Se podría afirmar que cualquier programa informático o conjunto de piezas físicas construido al azar es adaptativamente complejo.

12. Si el lenguaje es útil, ¿cómo es que los chimpancés no pueden hablar?

13. El lenguaje se diseñó para la elegancia, no para el uso.

Unos años antes, Gould había impartido un seminario sobre

evolución y cognición en Harvard con Massimo (más tarde coautor con Jerry Fodor de ese malogrado libro de 2010, What Darwin Got Wrong), y me invitaron a asistir. Durante varias semanas, me senté allí incómodo mientras Gould hablaba, a menudo tergiversando los puntos de vista de los filósofos que analizaba: Robert Trivers, Richard Dawkins, William Hamilton, John Maynard Smith y otros. Yo hacía de invitado silencioso, observando cómo los estudiantes de Harvard tomaban notas obedientemente como si estuvieran escuchando a un oráculo. Finalmente, no pude soportarlo más y un día, después de clase, abordé el tema en privado con Gould. Le dije que pensaba que sus afirmaciones sobre aquellos a los que atacaba eran a menudo infundadas y le insté a revisar su práctica, pero él se limitó a ignorar mis inquietudes como las interpretaciones erróneas de un filósofo que no tenía ni idea. Tuve que dejar de asistir al seminario, porque solo el pensar que alguno de mis alumnos me viera allí sentado tranquilamente sin protestar me resultaba insoportable.

Gould y yo seguíamos hablando en 1992, después de haber participado juntos en la realización del programa de televisión holandés de Wim Kayzer «Un glorioso accidente» (véase el capítulo 31), en el que se unió a Oliver Sacks y a mí para dar un rapapolvo suave pero eficaz al notorio Rupert Sheldrake. Lo invité a participar en mi seminario sobre filosofía de la teoría evolutiva —solo a responder preguntas, no a dar una charla— y aceptó. La clase había leído muchos ensayos suyos, pero también de Dawkins, Maynard Smith y otros, y cuando mis alumnos empezaron a hacerle preguntas difíciles, ¡de repente salió hecho una furia del aula! Tuve que ir a buscarlo y convencerlo de que volviera a clase. Me acusó de tenderle una encerrona, pero le dije que mis alumnos —si no los suyos en Harvard— estaban acostumbrados a desafiar a sus profesores. Volvió, malhumorado, a la sala de seminarios y trató el resto de la sesión como una especie de conferencia de prensa antagonista (mis alumnos se enfadaron bastante por la reacción de Gould y la semana siguiente me preguntaron si habían hecho algo malo. Les dije que nunca había estado más orgulloso de los estudiantes de Tufts que aquel día).

Cuando llevaba a Steve a casa después del seminario, me preguntó si había leído el nuevo libro de Helena Cronin, The Ant and the

Peacock (La hormiga y el pavo real). No lo había leído, pero lo tenía encargado. ¿Por qué me lo preguntó? Porque, dijo, pensaba «destrozarlo» en el The New York Review of Books. ¿Por qué? Porque Richard Dawkins había publicado una crítica mordaz en Nature del mal concebido libro Danza misteriosa: la evolución de la sexualidad humana, de Lynn Margulis y su hijo, Dorion Sagan. La reseña de Dawkins era un error, agravado por el título elegido por los editores de Nature, «Pornofilosofía». Dawkins disculpó a Margulis, a quien admiraba, y culpó a su hijo posmodernista de sus defectos (nunca te metas entre una madre osa y sus oseznos). Pero ¿por qué destrozar el libro de Helena Cronin? Porque, según me dijo Gould, ¡había sido novia de Richard Dawkins! Cuando se publicó la espantosa crítica de Steve, John Maynard Smith y yo escribimos por separado cartas al editor oponiéndonos a lo que Maynard Smith llamó la «curiosamente malhumorada» crítica de Gould, y yo expuse y analicé algunos de los trucos retóricos de Gould, incluido el «paso doble de Gould» —denominación de Robert Trivers en una nota de felicitación que me envió—, en el que acusas a tu víctima de afirmar algo indefendible, luego citas a tu víctima negando ese mismo punto de vista y lo mencionas como prueba de que tu víctima ha cedido. La respuesta de Gould a nuestras cartas en el mismo número (14 de enero de 1993) fue notable: afirmó ser víctima de un «interrogatorio a lo poli bueno-poli malo». Como no se atrevía a arremeter contra el venerado John Maynard Smith, al que describía como «mi querido colega y poli bueno», arremetió contra mí con una retahíla de insultos a cual más arrogante. El apodo que John me puso tras el arrebato de Gould fue «poli malo».

La reunión del MIT de 1989 fue una de las provocaciones que me llevaron a escribir La idea peligrosa de Darwin, para presentar el poder de la selección natural a los legos en la materia y a los académicos no biólogos que corrían el peligro de verse engañados por el extraño tipo de pensamiento evolucionista de Gould. Me había dado cuenta de que el estatus de Gould como «laureado evolucionista» de Estados Unidos estaba causando muchos daños, que yo debía intentar corregir. Por ejemplo, ¿por qué no se habían mostrado a los estadounidenses los maravillosos documentales sobre la evolución producidos en el Reino Unido? «Horizon», la famosa serie de documentales científicos de la BBC, mantenía una relación especial con WGBH (la cadena insignia de la PBS en

Boston), de modo que era bastante normal esperar que un programa como «Horizon» fuera emitido por WGBH a menos que hubiera alguna buena razón para no hacerlo. A mediados de la década de los ochenta, Richard Dawkins presentó dos programas de «Horizon», «Nice Guys Finish First», y «The Blind Watchmaker», que WGBH se negó a comprar, para gran perplejidad de la gente de la BBC, incluido Robin Brightwell, entonces director de «Horizon» (y productor de mi primera dramatización de «¿Dónde estoy?»; véase el capítulo 10). Supe por mi amigo navegante Henry Becton, entonces presidente de la WGBH, que Gould, miembro del consejo asesor de la emisora, los había vetado porque los había presentado Richard Dawkins.

La peligrosa idea de Darwin no trata solo de Gould, por supuesto; es una amplia exploración y recomendación del pensamiento evolucionista en el mundo académico, con una variedad de novedosas propuestas como extensiones a la psicología, la antropología y la economía, e incluso a la ética y la epistemología (un crítico lo calificó como «la mejor panorámica disponible de un solo autor sobre todas las implicaciones de la evolución por selección natural»). Sabía, sin embargo, que iba a tener que lidiar en él con las tergiversaciones de Gould, y trabajé duro en el capítulo «En defensa del Brontosaurio» (título de una de sus colecciones de ensayos en Natural History), cuyos borradores compartí con algunos filósofos entendidos en biología para que hicieran comentarios, incluido un amigo de Gould que lo leyó y me instó a que no lo publicara, no porque fuera erróneo, sino porque llevaría a Gould al frenesí. Le pregunté si podía garantizarme que Gould no destrozaría mi libro cuando apareciera si omitía el capítulo. No, no podía, por supuesto. Gould iba a odiar todo el libro, no solo el capítulo dedicado a él, y como sería más que lamentable responder a un ataque de Gould con mi lista de pecados, tuve que lanzar un ataque preventivo. Envié borradores de capítulos críticos a Gould con más de un año de antelación a la publicación de La peligrosa idea de Darwin y no obtuve respuesta alguna, ni siquiera un acuse de recibo. Luego, en el verano de 1994, cuando el libro estaba casi listo para ir a imprenta, John Brockman me informó de que Gould había decidido que quería discutir conmigo el capítulo sobre el brontosaurio y le había pedido que organizara el encuentro. John propuso un fin de semana de retiro en su refugio de Connecticut, la Granja Eastover. Steve llevaría a su prometida, Rhonda Shearer, una escultora de Nueva York; asistirían Marvin y Gloria

Minsky, y también Nick Humphrey y su mujer Ayla Kohn, con la que se acababa de casar. Susan y yo conocíamos bien a Ayla, pero no habíamos podido asistir a la boda, así que era la primera vez que lo celebrábamos con ellos.

Nos reunimos todos para tomar unas copas antes de la cena en el encantador salón de la Granja Eastover, y mientras se servía champán de una botella mágnum en diez copas y se repartían, John me pidió que hiciera el brindis. Estaba encantado con el honor de brindar por nuestros queridos amigos Nick y Ayla, y ya tenía en mente un emotivo discurso cuando John me susurró al oído: «Rhonda ha traído el champán». ¡Oh, se esperaba que brindara por Steve y Rhonda, no por los recién casados Nick y Ayla! Me las arreglé para cambiar de tema y de forma improvisada desearles a Steve y Rhonda un futuro feliz, mientras evocaba imágenes del desastre social que yo había evitado por los pelos. Rhonda y yo mantuvimos una animada conversación sobre sus esculturas, en particular sobre los detalles técnicos de la fundición en bronce a la cera perdida, y me invitó a ir a Nueva York y pasar algún tiempo en su estudio, oportunidad que nunca aproveché.

Al día siguiente, Steve y yo nos sentamos bajo un viejo arce junto a la granja y pasamos varias horas discutiendo intensamente sobre mi capítulo. Había traído consigo una copia de su bibliografía completa, que incluía artículos de los que yo nunca había oído, y se quejó de que le había tergiversado, malinterpretado y difamado en varios aspectos. Tomé notas con esmero y le pedí que me enviara copias de los artículos que mencionaba y que yo aún no había leído. Lo hizo un par de días después del fin de semana, y cuando leí los documentos descubrí que era él quien había recordado mal lo que había escrito y no yo quien lo había malinterpretado. Hice unos pequeños ajustes en la redacción de mi capítulo y se lo envié de nuevo con una explicación de por qué me mantenía firme. Nunca respondió la carta. Cuando salió La peligrosa idea de Darwin, mucha gente, además de los periodistas, le preguntaron por su opinión, y su respuesta fue que mi libro era una parodia que no merecía ser discutida. Dos años más tarde, decidió que tenía que atacarlo, incluyendo también un ataque a Richard Dawkins. Su diatriba en dos partes en el The New York Review of Books, y mi respuesta y su contrarréplica, constituyeron una lectura apasionante

e inspiraron un libro espantoso del periodista británico Andrew Brown, The Darwin Wars (1999), que incluía en la sobrecubierta una cita de un correo electrónico mío a un tercero que Brown utilizó sin pedirme permiso: «No lo admitiría, aunque Andrew Brown fuera mi amigo. Menuda basura de periodismo». Lo que más o menos demostraba mi punto de vista. Mi disputa con Gould también inspiró una grata respuesta de importantes departamentos de biología evolutiva que me invitaron a dar conferencias magistrales.

Gracias a mi reputación de ratón que le pone el cascabel al gato, a lo largo de los años me he convertido en una especie de depositario de historias sobre la buena disposición de Gould a distorsionar la verdad. Me he guardado para mí, y seguiré haciéndolo, la mayoría de ellas. Sin embargo, relataré un incidente del que fui testigo directo y dejaré reposar el resto. La Sociedad de Ciencia Cognitiva celebró su reunión anual en el MIT en julio de 1990, y entre los ponentes principales se encontraban Roger Schank y Steve Gould, invitados por Massimo Piattelli-Palmarini, que era el presidente de la organización local. Roger pronunció el primer discurso, una sinopsis divertida e informal de su nuevo libro, Tell Me a Story: A New Look at Real and Artificial Memory (Cuéntame una historia: una nueva mirada a la memoria verdadera y artificial), e incluyó algunos chistes y bromas para burlarse de los chomskianos, que abundaban en el MIT, por supuesto (el propio Chomsky no estaba presente). Tras la charla de Schank, el primer interrogador fue Kenneth Wexler, un ardiente chomskiano que había sido colega mío en la Universidad de California en Irvine antes de trasladarse al MIT. El primer error de Ken fue acusar a Schank de deshonrar el Auditorio Kresge (el espacio del MIT en el que nos reunimos) con chistes sexistas y antisemitas. Roger no perdió detalle y replicó que no creía que eso fuera lo que molestaba a Ken: «Solo te opones a que critique a tu héroe, Chomsky, en su propio terreno». Entonces Ken cometió su segundo error: decidió encuestar al público y —su tercer error— pidió primero que levantaran la mano los que se sintieran ofendidos por la charla de Roger. Nadie la levantó. Ken se marchó sin añadir nada más.

Gould estaba presente entre el público de aquella notable confrontación, pero no dijo nada. Por la tarde pronunció su discurso

de apertura, y entre los temas que abordó estuvo la ignorancia sobre la evolución que se había exhibido recientemente en el muy publicitado caso del trasplante de un corazón de babuino, en lugar de un corazón de chimpancé, en la recién nacida Baby Fae. Una de las diapositivas que usó para ilustrar su charla era una fotografía de la lápida de Baby Fae, que revelaba su verdadero nombre. Después de su conferencia, un joven se levantó para decir que le sorprendía que Gould hubiera mostrado la diapositiva, ya que todos los medios de comunicación habían acordado mantener en el anonimato a Baby Fae y a sus padres, anonimato que Gould ahora había roto. Además, prosiguió, no había corazones de chimpancé disponibles para la operación de urgencia, y el corazón de babuino era una medida provisional hasta que se encontrara un corazón humano de niño. La reacción de Gould fue memorable: «¡Vaya sociedad que tenéis aquí!». Pero no tuvo ninguna buena réplica para la acusación del joven. Ahí no acaba mi historia. Unos meses más tarde, di una charla en la New School for Social Research de Nueva York, y Gould volvió a ser uno de los oradores principales. Mostró la misma diapositiva e hizo las mismas acusaciones de ignorancia. Sorprendentemente, el mismo joven estaba entre el público de Nueva York, y se levantó de nuevo para acusar a Gould. Debió de ser una pesadilla para Steve, que a menudo parecía incapaz de reconocer un error, pero se lo merecía.

Con frecuencia me he preguntado si esto fue un triste efecto secundario de haber visto de cerca el cáncer al principio de su carrera. Había contraído un mesotelioma abdominal cuando solo tenía cuarenta años, y se le creía al borde de la muerte, una trágica pérdida para el mundo de un joven y brillante biólogo. Durante varios años, nadie quiso criticarlo, y quizá se acostumbró a la idea de que sus opiniones eran sacrosantas, por encima de todo cuestionamiento. La remisión de su cáncer le devolvió a la palestra, pero sin una pizca de humildad ni disposición a considerar opiniones contrarias. No cabe duda de que era un erudito y a menudo un sabio teórico. Ontogeny and Phylogeny (Ontogenia y filogenia) (1977), su libro más técnico, desempeñó un papel importante en la apertura de un espacio de imaginación para la biología evo-devo (evolutiva del desarrollo), y algunos de sus primeros ensayos en Natural History son brillantes exploraciones de temas adaptacionistas de los que más tarde renegó. Su último libro,

The Structure of Evolutionary Theory (La estructura de la teoría evolutiva) (2002), publicado justo antes de su fallecimiento, es gigantesco e incluye muchas diatribas, pero afortunadamente para su reputación es casi ilegible, por lo que no ha tenido mucha influencia.

GERALD EDELMAN

En 1989-1990, Peter Bieri, filósofo y novelista suizo, consiguió una beca para financiar un taller de un año sobre mente y cerebro en el Zentrum für interdisziplinäre Forschung (ZiF, Centro de Investigación Interdisciplinar) de Bielefeld, Alemania. El gusto de Bieri por los investigadores interdisciplinares era excelente, y entre los que pasaron semanas, meses o semestres en el taller aquel año estaban los filósofos estadounidenses David Rosenthal y Jay Rosenberg, el neurobiólogo alemán Hans Flohr, el psicólogo alemán Eckart Scheerer, el psicólogo belga Axel Cleeremans, el psicólogo británico Tony Marcel, el neurocientífico y neurocirujano estadounidense Karl Pribram, y tres de mi pandilla de cuatro: Marcel Kinsbourne, Nick Humphrey y yo. Ese año se afianzaron muchas amistades y conclusiones.

Karl Pribram, un personaje legendario en este campo, estuvo allí varios meses y llegué a conocerlo bien. Era famoso por ser coautor, junto con George Miller y Eugene Galanter, de uno de los documentos fundacionales de la ciencia cognitiva, Planes y estructura de la conducta (1960), que con valentía intentaba recoger los frutos del conductismo y aprovecharlos en un modelo de sistemas de control interno (un viejo chiste decía que Miller lo ideó, Galanter lo escribió y Pribram se lo creyó). También fue (de infausta) fama por su imaginativa teoría, de que el cerebro almacena la información en forma de «hologramas», una visión que nunca llegó a concretarse del todo. Un día me entregó un anticipo que acababa de recibir de The Remembered Present (El presente recordado), un libro del premio Nobel Gerald Edelman, que le habían pedido que reseñara. Me confesó que después de hojearlo llegó a la conclusión de que era demasiado trabajo. Se preguntaba si

me interesaría. Sí, pero no para escribir una reseña, sino solo para leerlo. El título en sí me resultaba un tanto inquietante, ya que insinuaba que tal vez Edelman estaba a punto de adelantárseme en algunas de mis ideas sobre el tiempo y el observador, que por aquel entonces intentaba dar forma. Había estado algunas veces en programas con Edelman y había leído su Neural Darwinism: The Theory of Neuronal Group Selection (Darwinismo neural: teoría de la selección de grupo neuronal) (1987), uno de los muchos intentos de aplicar el pensamiento evolutivo al desarrollo del cerebro y el aprendizaje. Edelman me pareció brusco y polémico, pero sin duda muy inteligente y rebosante de opiniones y reflexiones interesantes. Estaba previsto que pasara una semana en el taller de Bielefeld a finales de primavera, cuando yo iba a asistir a una de las conferencias de Umberto Eco en la Universidad de San Marino, así que me puse a leer el libro de Edelman y le escribí una carta de varias páginas en la que le explicaba que no iba a estar en el ZiF cuando me visitara, además de comentar sus opiniones y su presentación, con la esperanza de que se diera cuenta de algunos de los retos que se estaban debatiendo en Bielefeld. Planteé una serie de críticas y, en particular, le reproché que no advirtiera de que algunas de sus ideas habían sido bien prefiguradas por pensadores a los que había descalificado injustamente, potenciales aliados con los que se estaba peleando de forma gratuita. Me respondió con una breve nota en la que me invitaba a visitar su laboratorio en la Universidad Rockefeller cuando me encontrara en Nueva York para que pudiéramos hablar de mi carta.

La oportunidad se presentó pronto, cuando yo estaba dando unas conferencias en la Universidad de Nueva York y tenía un sábado libre en la ciudad. Esperaba que nos sentáramos a charlar larga y constructivamente, así que le envié el borrador del capítulo de La conciencia explicada que presentaba mi visión general de la arquitectura de la conciencia y contenía una breve discusión de sus puntos de vista. Cuando llegué a su laboratorio en Rockefeller, me encontré con que había ordenado a su equipo que se pasara la mañana acribillándome a preguntas y poniendo objeciones a las ideas incluidas en mi borrador de capítulo, que había compartido con ellos, pero no mi carta anterior, que habría aportado mucho contexto. Giulio Tononi y Olaf Sporns dirigieron el ataque en una especie de lucha libre por parejas, con Gerry azuzándolos. También

tuve que asistir a una de sus conferencias multimedia con diapositivas, que ya había escuchado dos o tres veces. El hecho de que exigiera a sus brillantes y jóvenes asociados que pasaran una hermosa mañana de sábado de primavera atacándome, sin explicarles el trasfondo de la ocasión, fue la primera señal que tuve de su incapacidad casi infantil para aceptar críticas. Recibí mi paliza y me marché poco ilustrado, y después escribí un correo electrónico a Sporns y Tononi contándoles lo de mi carta.

Unos años más tarde, Edelman trasladó su Instituto de Neurociencias del Rockefeller a La Jolla, a apenas un kilómetro y medio del laboratorio de Francis Crick en la Universidad de Carolina en San Diego. Los dos premios Nobel no eran amigos, y a Gerry no se le invitaba a los «tés» vespertinos que presidía Francis. Una vez se me pidió que diera una charla en el laboratorio del Crick, y varios de los jóvenes socios de Edelman vinieron a escucharme, después de lo cual se quedaron para preguntarme largo y tendido (¡de forma constructiva!). Me di cuenta de que miraban algo nerviosos sus relojes y les pregunté al respecto. Me respondieron con franqueza que habían tenido que escabullirse del laboratorio de Gerry para venir a escucharme y que estaban seguros de que los despedirían si se enteraba de su traición. En 1992, Edelman y yo coincidimos con Oliver Sacks en una conferencia en Locarno, y cuando intenté presentarle a Susan al gran hombre durante una pausa para el café, me echó un vistazo, dijo: «¡Hola, falso!» y, en lugar de estrecharnos la mano, se volvió bruscamente y abandonó la sala, dejándonos atónitos. A continuación hizo las maletas y abandonó la conferencia antes de tiempo. Tuve una larga charla durante la cena con Oliver, que había sido arrastrado por Edelman a su pandilla, y poco después Oliver se distanció de él.

Si Gerry hubiera aprendido a tratar las opiniones de los demás con más simpatía y hubiera resistido la tentación de dividir el mundo en «nosotros contra ellos», habría podido tener mucha más influencia. Obligó a sus colegas a firmar juramentos de lealtad que les prohibían divulgar lo que ocurría en su laboratorio. Ese nivel de secretismo suele ser una característica desafortunada de las carreras por el Premio Nobel, y Gerry no ocultó su deseo de superar a Linus Pauling, que había recibido dos Nobel. ¡Gerry aspiraba a tres! Además de su premio en inmunología, pensaba que merecía uno por

su descubrimiento de las moléculas de adhesión celular —y probablemente tenía razón—, pero también quería otro por su teoría de la conciencia en el cerebro. Albergar ese deseo es una cosa y contárselo a la gente es otra. Gerry era a veces notablemente obtuso en sus relaciones interpersonales, y eso le costó muy caro. Puede que le costara su segundo Premio Nobel.

Algunos años más tarde, la Sociedad de Neurología, Neurocirugía y Psiquiatría de Boston, una antigua y distinguida organización con sede en la Facultad de Medicina de Harvard, invitó a Edelman a dar una charla, y el anfitrión —sin conocer el resentimiento que existía entre Gerry y yo— me invitó a ser el comentarista improvisado. Acepté. Cuando entré en el comedor privado del Harvard Club para la cena previa a la charla, Gerry parecía haber visto un fantasma. No le habían dicho que yo sería el entrevistado, y estaba claro que le molestaba. Mientras montaba su espectáculo multimedia —por aquel entonces, con un carrusel de diapositivas y algunas cintas de vídeo—, le pregunté amablemente si podía grabar la sesión. Como era improvisada, pensé que alguno de los dos podría decir algo sobre lo que valiera la pena reflexionar más tarde. Me miró torciendo el gesto y respondió: «Sé lo que estás haciendo: solo me lo estás pidiendo para que me niegue y así poder decir después que me negué, pero no me vas a pillar de esa manera. Haz lo que quieras». Oh, Gerry, pensé en ese momento, acabas de regalarme una historia mucho mejor, ¿verdad? Sucedió que el carrusel de Gerry le planteó un problema, ya que contenía diapositivas que persistían en tergiversar algunos de los puntos de vista de sus predecesores que habían desarrollado modelos darwinistas del cerebro de aprendizaje. Cuando aparecieron, hizo clic-clic-clic-clic, pasando las diapositivas sin comentarlas, pero no demasiado rápido para que yo pudiera entender lo que decían, y cuando llegó el momento de mi comentario, elogié a Gerry por tener uno de los mejores de los muchos modelos que aplicaban sabiamente el pensamiento darwiniano a los problemas del cerebro de aprendizaje. Tuvo demasiado poco tiempo para mencionarlos en detalle, así que rellené algunas lagunas para el público. Esa fue la última vez que vi a Gerry Edelman, aunque he tenido muchas interacciones con miembros de su equipo a lo largo de los años, la mayoría positivas.

JERRY FODOR

Tardé años en darme cuenta de que la lealtad de Jerry Fodor a la ciencia era estrecha y condicional: la ciencia era maravillosa siempre que reafirmara su visión más bien romántica de lo que deben ser las mentes. Expliqué casi todo esto en «Granny's Campaign for Safe Science», mi contribución a la obra de Barry Loewer y Georges Rey Meaning and Mind: Fodor and His Critics (Sentido y mente: Fodor y sus críticos) (1991), de Barry Loewer y Georges Rey. Fodor citaba a menudo a su «abuela», una fuente de sabiduría cotidiana supuestamente sensata. Me sorprendió que se opusiera a todos los avances prometedores de las ciencias de la mente. El conductismo skinneriano estaba muerto, por supuesto, pero también se oponía a la inteligencia artificial, el conexionismo, la psicología de «nuevo cuño» (Jerome Bruner y otros) y —con el tiempo me di cuenta— a cualquier enfoque de la mente que explotara la teoría evolutiva darwiniana. Mi chiste por aquel entonces, haciéndome eco de los consejos de Nancy Reagan sobre las drogas, era que la abuela dice que, si no puedes hacer ciencia cognitiva «clásica», «simplemente di que no».

Le encantaba de verdad provocar. Una vez lo describí como un trampolín humano: «Si puedo ver más lejos que otros es porque he estado subido a hombros de Jerry» (aunque estoy parafraseando las famosas palabras de Isaac Newton, debo añadir que lamento reconocer que no es de mi autoría, a pesar de que una vez me citaron como autor de otra variación de esa oración: «Si no puedo ver tan lejos como otros, ¡es porque tengo gigantes sobre mis hombros!». Ojalá la hubiera dicho yo, como la he dicho ahora, pero por desgracia no soy su autor).

A Jerry le encantaba hacer de tripas corazón. Su gran libro, The Language of Thought (1975), tenía algunas implicaciones sorprendentes que él no negaba. ¿Su punto de vista implicaba que, por ejemplo, Aristóteles tenía el concepto de un «vuelo de ida y vuelta en Boeing 747 a Las Vegas» en su cerebro, pero jamás llegó a expresarlo? Sí. Una vez me aseguró que ni Joseph Conrad ni Vladimir Nabokov hablaban inglés, porque el inglés no era su lengua materna. Como cabría esperar, hay algo que decir en apoyo

de esta notable afirmación: de vez en cuando, uno encuentra en estos autores una expresión que un hablante nativo casi con toda seguridad no diría. ¿Son diminutas lagunas en la familiaridad de los grandes autores con el inglés o brillantes golpes de creatividad? (en realidad, es una muy buena pregunta para explorar; los angloparlantes nativos pueden estar demasiado atados a la costumbre en su elección de palabras, y los no nativos pueden muy bien ser grandes innovadores en lo que pronto evoluciona como inglés aceptable).

Jerry insistía en que nuestras creencias, al igual que las de los animales sin lenguaje, estaban plasmadas en nuestros cerebros en «mentalense», el lenguaje del pensamiento que nos permitía pensar racionalmente, extraer inferencias y formular intenciones de actuar. Cabría pensar entonces que le fascinarían los intentos de la gente de la IA (en GOFAI: Good-Old-Fashioned Artificial Intelligence) de modelar precisamente ese lenguaje práctico del pensamiento, pero no tenía más que una despectiva falta de interés por la IA. Una vez afirmó que el lenguaje del pensamiento era como el «lenguaje de las máquinas», el nivel más bajo de codificación de los ordenadores, pero, cuando mi amigo y antiguo colega de Tufts, David Israel, filósofo reconvertido en investigador de IA, le pidió más detalles, resultó que Jerry estaba totalmente equivocado sobre lo que es el lenguaje de las máquinas. David le preguntó de dónde había sacado esa información errónea, y Jerry respondió despreocupado: «Simplemente, me pregunté: "Si yo fuera un ordenador, ¿cómo sería mi lenguaje máquina?"». El concepto de Jerry del lenguaje del pensamiento resultó ser una forma brillante de no avanzar científicamente en los misterios de la mente. Su muy influyente libro The Modularity of Mind (1983) describía la mente como una colección de «módulos» periféricos que alimentan con sus resultados un área central de «fijación de creencias» que no es modular, y sobre la que ninguna ciencia ha arrojado luz. Según él, todo el progreso ha consistido en analizar las estructuras y competencias de los módulos periféricos: el analizador sintáctico del lenguaje, el reconocedor de caras, etc. Un título más preciso para el libro habría sido La no modularidad de la mente. La imaginaria ciencia cognitiva «clásica» que Jerry respaldaba era profundamente cartesiana, antidarwiniana y no biológica. El fanatismo partidista es una cosa y el acoso es otra, y en ocasiones el celo de Jerry anulaba

su sentido del decoro y arremetía contra alumnos o colegas, a veces con un sarcasmo mordaz, otras con burlas. En ocasiones, me sentía obligado a regañar en público a mi antiguo compañero de navegación y buceo. Casi todo el mundo que se dedica a la ciencia da por sentados los principios básicos de la evolución darwiniana —«Oye, la Tierra es redonda, el agua es H2O y los organismos evolucionaron por selección natural»—, pero empecé a sospechar que la firme convicción de Jerry de que Gould y Lewontin habían refutado el adaptacionismo de una vez por todas era la punta del iceberg. Jerry no era creacionista, desde luego, pero su franca aversión a todo el pensamiento darwinista era inquietante, y cuando empecé a comentar esto, sus amigos y colegas a veces decían que yo estaba muy equivocado y que estaba siendo injusto con Jerry. ¿Lo estaba? Las fulminaciones de Jerry eran a veces divertidas. Sobre mis opiniones escribió (1990): «Los osos de peluche son artificiales, pero los osos de verdad también lo son. Nosotros rellenamos a los unos y la Madre Naturaleza rellena a los otros. La filosofía está llena de sorpresas». Fue tras la publicación de La idea peligrosa de Darwin, en 1995, cuando nuestras relaciones amistosas se volvieron especialmente tensas. La reseña de Jerry, en Mind & Language, era una obra maestra del sarcasmo y la caricatura. Es cierto que mi libro puso al descubierto sus distorsiones del pensamiento evolutivo y su celosa interpretación errónea del ensayo de Gould y Lewontin «Spandrels of San Marco», por lo que no me sorprendió que contraatacara, pero sí la profundidad de su antidarwinismo. Su lema parecía ser «no sé mucho de biología, pero sé lo que no me gusta: la evolución por selección natural».

En 2007 Jerry publicó «Por qué los cerdos no tienen alas» en el London Review of Books, dejando claro que yo no había estado inventándome su aversión a todo lo darwiniano. En 2009 estuve en Arizona para dar una conferencia y me alojé con mis viejos amigos Massimo Piattelli-Palmarini y su esposa Donata Vercelli, una genetista e inmunóloga de talla mundial. No hablamos de evolución —creo que por acuerdo tácito—, pero, cuando me iba, Massimo me entregó un manuscrito del libro que Jerry y él habían escrito sobre la evolución y me preguntó si podía echarle un vistazo y darle mi opinión. Lo leí en el avión de vuelta a Boston y decidí que probablemente mi amigo Massimo quería que lo apoyara para

pedirle a Jerry que no lo publicara. En cualquier caso, decidí que me daría de bofetadas luego si esa había sido la intención de Massimo y yo no la había captado, así que cuando llegué a casa di un salto al vacío y le escribí un correo electrónico recomendándole encarecidamente que abandonara el proyecto por el bien de la reputación de nuestro amigo Jerry. Me equivoqué; Massimo no me invitaba a tal respuesta, como dejó claro su silencio sepulcral. El libro, What Darwin Got Wrong, fue publicado en 2010 y se le tiene ampliamente (excepto por la caterva del diseño inteligente, a quienes encantó) como una vergüenza. Bueno, lo intenté como en la universidad, y Massimo sigue siendo mi amigo —espero—, aunque no puedo entender cómo puede aferrarse a algunos de sus puntos de vista equivocados.

JOHN SEARLE

Cuando se publicó La conciencia explicada en 1991, The New York Review of Books encargó a Searle la reseña, y aceptó. Lo sé porque varias personas me escribieron diciendo que se habían ofrecido para reseñarla en el NYRB y que les habían dicho que ya se la habían asignado a Searle. Pero la reseña no aparecía. Dos años más tarde publicó su libro The Rediscovery of the Mind, que hace referencia a La conciencia explicada un par de veces, aunque no la analiza. Reseñé el nuevo libro de John en el Journal of Philosophy (abril de 1993), y fui ciertamente crítico, en gran medida porque ignoraba ostentosamente buena parte del trabajo de campo que socavaba su propio punto de vista. Esto plantea una cuestión delicada: ¿no he hecho yo lo mismo una y otra vez? Hay docenas de libros y cientos de artículos de conocidos filósofos de la mente y el lenguaje que nunca he citado ni discutido. Mi silencio al respecto dice alto y claro: «No creo que valga la pena considerar estos argumentos». ¿Hay alguna diferencia importante entre el silencio de Searle y el mío? Tal vez solo esta: ¡yo lo he hecho mejor a la hora de elegir qué ignorar! No sé cuán concienzudamente ha examinado él la literatura relevante, pero yo he sido lo bastante diligente como para sentirme cómodo con mis propios juicios. Todos tenemos que evitar la trampa de tomarnos en serio a todo el mundo, y también tenemos

que evitar la meta-trampa de tomarnos en serio la tarea de defender nuestros juicios al respecto. Pagamos un precio por ello: algunas personas buenas, inteligentes y serias se sentirán injustamente ignoradas y, como es lógico, decidirán no tomarnos en serio. Si tú me ignoras, yo te ignoro. Es molesto ver montañas crecientes de trabajos en filosofía que considero inteligentes, pero sin sentido, si bien sé que no debo arremangarme e intentar enderezar a esa gente. Tengo cosas mejores que hacer, y cuento con que otros se encarguen del control necesario.

Pasaron dos años más antes de que la reseña de John sobre La conciencia explicada apareciera en The New York Review of Books (16 de noviembre de 1995). Lo hizo en el número anterior a la elogiosa reseña de John Maynard Smith de La peligrosa idea de Darwin («Genes, memes y mentes», 30 de noviembre de 1995), y a menudo me he preguntado si el NYRB tuvo que presionarlo para que publicara su reseña después de cuatro años porque querían reseñar mi último libro de inmediato. En su reseña, calificó mi postura como «una forma de patología intelectual» y no pudo resistirse a sacar a relucir su argumento de la habitación china y preguntar: «Ahora bien, ¿por qué Dennett no se enfrenta al argumento real tal y como yo lo he expuesto? ¿Por qué no nos dice cuál de las tres premisas rechaza en el argumento de la habitación china?». Porque, como dije en mi respuesta, ya lo había hecho:

Por ejemplo, en «Fast Thinking» (ya en The Intentional Stance, 1987) cité explícitamente todo su argumento de las tres premisas y mostré exactamente por qué las tres son falsas, ¡cuando se les da la interpretación que necesitan para que el argumento prospere! ¿Por qué no reproduje aquel artículo de 1987 en mi libro de 1991? Porque, a diferencia de Searle, yo me había dedicado a otras cosas. Sin embargo, cité bien a la vista el artículo de 1987 en una nota a pie de página (pág. 436), y señalé que la única respuesta de Searle al mismo había sido simplemente declarar, sin argumentos, que los puntos que allí se ofrecían eran irrelevantes.

En el intercambio, John siguió ignorando mi desafío de mostrar qué

había de erróneo en mi crítica y pasó a afirmar, sin argumentos: «Para decirlo lo más claramente posible: en su libro, La conciencia explicada, Dennett niega la existencia de la consciencia». Así que, a pesar de que yo había dedicado todo un primer capítulo del libro a explicar que lo que yo decía era que la conciencia existe, pero no es lo que uno cree que es, él fue incapaz siquiera de considerar la hipótesis de que yo pudiera tener razón.

En 2002, Susan y yo, y John y su mujer, Dagmar, almorzamos juntos en el patio del Collegium Budapest, donde yo era entonces profesor visitante. Así que pensé que nuestra relación se había más o menos reparado y, cuando me invitaron a dar una charla en una celebración de la obra de Searle en la Universidad de Santa Clara, California, en enero de 2010, acepté. Había cuatro ponentes: Pat Churchland, Ned Block, Tyler Burge y yo. Los otros tres me precedieron, y ninguno de ellos habló sobre el trabajo de John; hablaron de su propio trabajo e hicieron alguna graciosa referencia de pasada a su obra. Yo no. Yo hablé del trabajo de Searle, en detalle y con citas precisas y refutaciones explícitas (si me invitan a una conferencia sobre x y acepto, es esperable que hable sobre x). Mi título era «La extraña inversión de Turing y el fracaso de la imaginación de John Searle», que se hacía eco de uno de mis temas favoritos: filósofos y científicos que confunden un fracaso de la imaginación con una percepción de la necesidad. En realidad, fue una charla bastante desenfadada, en la que me burlé un poco de Tom Nagel y Jerry Fodor, que recientemente habían salido del armario como escépticos de Darwin, y señalé que, por cuanto yo sabía, John nunca había dicho nada sobre la evolución por selección natural. ¿Estaba de acuerdo con Fodor y Nagel o conmigo? ¿O tenía una opinión propia que podría expresar en esta ocasión? Creo que mi charla fue un desafío justo, y sin duda le puso en buena compañía, ya que comparé su falta de imaginación con lapsus similares de Descartes, Leibniz y William Bateson. Pero, cuando terminé mi intervención, Searle se levantó de su asiento en la primera fila, me dio la espalda y procedió a vilipendiarme en los términos más incendiarios. No respondió a mi petición de que opinera sobre la evolución, sino que me regañó por burlarme de Tom y Jerry (yo había ilustrado mis citas de sus declaraciones contra la evolución con una diapositiva de PowerPoint del gato y el ratón de dibujos animados mirando un libro).

Hizo caso omiso de la crítica detallada que yo le había ofrecido sobre su argumento de la habitación china y, en su lugar, instó al público a sentirse profundamente ofendido por mi intervención. Cuando terminó su perorata, dije al público, que parecía estar en estado de shock, que no creía que me hubiera pasado de la raya, ni tampoco que ellos pensaran que me había propasado. Evidentemente estaban de acuerdo, ya que nadie puso objeciones. Pat Churchland puso fin hábilmente a este extraño episodio con un comentario que se desviaba de la cuestión, y Searle se sentó.

Inmediatamente después de la sesión, pregunté a los demás participantes si había sido descortés o algo peor, y todos dijeron que había estado bien; compartíamos el mismo desconcierto respecto a su arrebato. Ned Block, que estaba sentado detrás de los Searle, dijo que había oído a Dagmar decirle a John que aquello era un ataque indignante contra él y que debía hacer algo al respecto. Así que tal vez lo estaba haciendo todo por Dagmar, que al parecer no estaba acostumbrada a escuchar críticas duras contra su marido. En cualquier caso, su ataque contra mí le ahorró el trabajo de decirle al mundo lo que pensaba sobre la evolución por selección natural y la luz que podría arrojar sobre cuestiones filosóficas. Esto fue en 2010, y por aquel entonces la mayoría de mis charlas en conferencias se grababan en vídeo y luego se colgaban en internet, pero esta no, que yo sepa. Es la única vez que he lamentado no poder ver una repetición de la jugada y detectar por qué tanto alboroto.

35

INGENIERÍA INVERSA DE LAS PROPIAS HERRAMIENTAS DE PENSAMIENTO

Uno de los mejores regalos que Doug Hofstadter me hizo fue sugerirme que hay que «girar todos los mandos» de cualquier experimento mental para asegurarse de entender su funcionamiento. Esto, a su vez, dio origen a mi concepto de «bomba de intuición» y a la idea de que los buenos pensadores deben aprender cómo funcionan sus herramientas de pensamiento y por qué. La primera vez que utilicé el término en un texto impreso fue en mi comentario en el BBS (sistema de tablón de anuncios) sobre la habitación china de Searle. La pequeña fantasía de Searle es uno de los memes más exitosos de la ciencia cognitiva, pero recuerden: un meme puede prosperar sin ser bueno para nosotros, un poco de confusión irresistible que lleva décadas exponer y neutralizar. Con los años, me he ido sintiendo cada vez más cómodo con esta perspectiva de la filosofía: en el mejor de los casos, la filosofía es ingeniería inversa intelectual, esto es, desmantelar metódicamente los malos hábitos de pensamiento que sostienen las pandemias intelectuales y sustituirlos por mejores herramientas de pensar. Una de las buenas herramientas es, además de una de las más sencillas, también de las mejores: la alarma del «seguramente», que salta cada vez que se vea la palabra en cuestión; entonces debería sonar una campanita —¡tilín!—, tras lo cual deberíamos parar y escudriñar lo que sigue, ya que suele ser el punto más débil del argumento. No es «evidente», ya que el autor siente la necesidad de decirlo, pero espera que un empujoncito («seguramente») pueda sustituir un argumento secundario. A veces puede, pero a menudo, no. Pruébenlo, y pronto verán con qué frecuencia esta palabra disimula una gran grieta.

Somos criaturas gregorianas: nuestras mentes están repletas de herramientas de pensamiento que no tuvimos que inventar por

nuestra cuenta, sino que descargamos de nuestra cultura. Esto explica nuestra brillantez en comparación con todas las demás criaturas, y resulta obvia en retrospectiva. Sus ramificaciones han sido exploradas recientemente, entre otros, por Kim Sterelny (The Evolved Apprentice, 2012), Joe Henrich (The Secret of Our Success, 2015) y Cecilia Heyes (Cognitive Gadgets, 2018). A Bo Dahlbom se le ocurrió el aforismo perfecto sobre el tema: «No se puede hacer mucha carpintería con las manos desnudas, ni pensar mucho con el cerebro desnudo».

Richard Feynman era tan listo que no le importaba desvelar—de hecho, disfrutaba con ello— algunos de sus trucos en ¿Está usted de broma, Sr. Feynman?, y eso me inspiró a seguir su ejemplo. Uno de los mejores: cuando un conferenciante presenta una teoría que no logras entender por toda la jerga técnica que contiene, pregúntale por el ejemplo más sencillo del fenómeno en cuestión. Solo tuve dos encuentros con Feynman, y el primero me dio un buen ejemplo de su herramienta de pensamiento en acción. Steve Barney (creador de Aesop; véase el capítulo 19) y yo llegamos tarde a una sesión a la hora de comer en la legendaria Thinking Machines Corporation de Danny Hillis (la empresa de Danny, originalmente llamada International Thinking Machines, construyó la primera computadora paralela masiva, la Connection Machine, el ordenador más rápido del mundo en 1993, del que surgieron muchas herramientas de pensamiento antes de que la empresa quebrara. Su jocoso lema era «Cuando decimos “pensamiento” queremos decir “negocio”». Las criaturas virtuales evolucionadas de Karl Sims fueron el retoño que me impulsó, y durante años mostré al público el vídeo que Alan Alda hizo de ellas, todavía la demostración más vívida del poder creativo de la selección natural que conozco). Stephen Grossberg, el neurocientífico de la Universidad de Boston, daba una charla sobre su teoría de la resonancia adaptativa (demasiado complicada para explicarla aquí, pero merece la pena estudiarla si te dedicas a la neurociencia). Yo conocía bastante bien su trabajo, ya que habíamos pasado horas discutiéndolo juntos y le había oído a menudo dar conferencias sobre él. Stephen no es tímido a la hora de explicar al mundo cómo sus ideas resuelven buena parte de los problemas pendientes en este campo, pero en esta ocasión se mostró extraordinariamente complaciente con un compañero que no dejaba de interrumpirle con preguntas difíciles y

pedirle ejemplos sencillos. Estaba claro que este interlocutor no tenía ni idea de neurociencia, pero presionaba mucho a Stephen, ¡y Stephen se lo permitía! Después de la cuarta o quinta interrupción, Stephen dijo: «Bueno, Dr. Feynman, déjeme intentar explicarlo de esta manera…», y yo lo entendí. Acababa de ver una demostración en vivo de la famosa habilidad de Feynman para llegar al meollo de una cuestión sobre la que era un gran ignorante. El segundo encuentro fue también en Thinking Machines, donde Feynman pasó muchos de sus últimos días con su viejo amigo Danny Hillis explorando el poder de la computación masiva para resolver problemas de física que, de otro modo, serían irresolubles. Feynman despreciaba a los filósofos, cosa que no se molestó en ocultarme en esa ocasión, pero me siguió la corriente con algunas anécdotas sobre sus escasos encuentros con filósofos cuando estaba en Cornell en la década de los cincuenta. El Departamento de Filosofía de Cornell era entonces muy ilustre, pero los filósofos a menudo se presentan de forma contraproducente a la gente de otras disciplinas, y la combinación de arrogancia e ignorancia de la ciencia que describió Feynman me sonaba a verdad. Ah, filósofos, si solo habláis con otros filósofos, perpetuaréis el estereotipo de sabelotodos que no saben nada.

Las herramientas de pensamiento funcionan. Tanto si se utilizan para ir puliendo un problema hasta que poco a poco adquiere una forma nueva y valiosa (podría decirse que es mi método habitual, el «tallado» filosófico) como para hacer añicos las suposiciones erróneas, se debería dar con frecuencia unos pasos atrás para ver cómo va todo y ajustar el rumbo según sea necesario. Este es mi consejo para los aspirantes a filósofos: no os preocupéis demasiado por vuestro coeficiente intelectual o por la rapidez con la que podéis formular una objeción; agregad algunas herramientas más a vuestro kit y aprended a usarlas, y pronto podréis evitar hundiros más profundamente en las trincheras en las que están atrapados vuestros colegas en guerra.

Cuando os quedáis fuera de las trincheras, corréis un riesgo: tendéis a parecer unos simples aficionados, alguien a quien se puede ignorar con seguridad, un divulgador o periodista, no un especialista. A veces me frustra ver a otros filósofos «haciendo un mundo» (como dicen los británicos) de un problema cuando ya les

he mostrado una vía de escape sólida si tan solo se la tomaran en serio. A su modo de ver, soy un aguafiestas que disuelve los grandes retos que ellos mismos se han preparado para afrontar. Bombas de intuición ofrece consejo («las verdades de orden superior del ajetrez») sobre cómo surgen estas trampas filosóficas y sobre cómo evitarlas. Atesoro las notas de agradecimiento que he recibido de estudiantes que lo han seguido.

Aparte de ahorrarme años de trabajo intelectual en trivialidades, ¿de qué me han servido todas mis herramientas de pensamiento? ¿Qué he conseguido construir con ellas? Un marco sólido y coherente con el progreso científico que hemos logrado hasta ahora y un sugerente manantial de ideas sobre cómo seguir avanzando en tres de los grandes problemas filosóficos: el significado (o contenido), la conciencia y el libre albedrío. Las soluciones que he esbozado a lo largo de los años para los tres problemas encajan a la perfección, y cada una de ellas refuerza las demás. Las cosas con mente son sistemas intencionales, discernibles desde el punto de vista intencional; las mentes están compuestas de partes, algunas de las cuales son a su vez sistemas intencionales, agentes diminutos con agendas y también formados por partes, cuyo diseño es discernible desde el punto de vista del diseño, que muestra que son mecanismos que obedecen las leyes de la física, visibles desde el punto de vista físico. Los patrones visibles en cada posición son reales, en el sentido de que se pueden proyectar con fiabilidad, lo que permite predecirlos y explicarlos, construirlos y manipularlos a muchos niveles. No se requiere «magia de verdad», ni «tejido maravilloso». Llevo medio siglo desarrollando mi teoría inicial, Contenido y conciencia (1969), y los últimos detalles del marco se explican en De las bacterias a Bach. La evolución de la mente.

El sentido, la conciencia y el libre albedrío son logros totalmente naturales, características robustas de la imagen manifiesta que es el producto de miles de millones de años de selección natural. Gracias a las recientes conversaciones que he mantenido con Keith Frankish, en Creta, frente a las costas de Groenlandia y por Zoom, por fin sé cómo exponer sus puntos principales en unos pocos párrafos. Piense en un dron controlado a distancia por un piloto (humano). La interfaz de usuario está diseñada con brillantez para realizar literalmente miles de pequeños ajustes en los motores y

efectores que el piloto no puede ver. Ese trabajo de diseño tiene que venir de alguna parte; es el fruto de cientos de miles de horas de diseño inteligente por parte de ingenieros especializados. El piloto se aprovecha de la interfaz de usuario que se le proporciona, pero el conocimiento técnico del piloto también está diseñado, y ese trabajo de diseño tampoco sale gratis; requiere miles de horas de práctica, gran parte de ellas de ensayo y error brutos, pero también aceleradas por una sabia automanipulación que es a su vez producto de un entrenamiento especial. Ese entrenamiento se transmite al piloto con la ayuda del lenguaje, que a su vez está brillantemente diseñado para permitir compartir las explicaciones.

¿De dónde procede todo este diseño? De la evolución por selección natural, de varios tipos: genética, intracraneal, cultural. En primer lugar, la vida evolucionó y se perfeccionó a lo largo de varios miles de millones de años de selección natural. Los organismos unicelulares —arqueas y bacterias— resolvieron el problema fundamental de la reproducción, creando y optimizando el código genético del ADN, la máquina de copiar ribosomas, las proteínas motoras y otros mecanismos elegantemente diseñados. A continuación, la revolución eucariota dio lugar a células especializadas, de mayor complejidad, el primer y más importante caso de «transferencia de tecnología», que multiplicó por varios órdenes de magnitud el talento de las células individuales, cosa que les permitió unirse en organismos multicelulares capaces de descubrir, a través de la evolución de sus propios cerebros, aún más trucos para sobrevivir y prosperar en un mundo cada vez más complicado, lo que finalmente condujo a una especie, el bien llamado Homo sapiens, que no solo era competente, sino que tenía la capacidad (imperfecta pero creciente) de comprensión de las fuentes y explicaciones de sus propias competencias. Nuestra especie pudo no solo darse cuenta de sus propias observaciones, sino también de analizarlas y compartirlas con sus congéneres gracias al lenguaje. ¿Y cómo surgió el lenguaje? También está brillantemente diseñado y casi todo ese diseño debe haber surgido de procesos de I + D a lo largo de millones de años por parte de agentes que aún no entendían lo que hacían y por qué. La evolución cultural mediante la selección natural de ideas y prácticas añadió un generador de diseño más rápido y abundante, que dio a los seres humanos más grados de libertad de los que disfrutaba cualquier

otro ser vivo, junto con el problema de cómo controlar esos grados de libertad. Lidiar con ese problema se convierte en el problema de en qué pensar a continuación, y eso es lo que genera la corriente de conciencia. No hay ningún jefe, ningún policía de tráfico, que mantenga todas las ideas en el orden adecuado. No existe una solución algorítmica general a este problema de control, porque cada innovación crea más grados de libertad a los que hacer frente, y el resultado natural es una arquitectura de control en los cerebros humanos que se mueve libremente, compuesta de semiagentes competitivos y colaborativos —«símbolos activos», como dice Doug Hofstadter— que generan nuestros flujos de conciencia. ¿Cómo conocemos este flujo de conciencia? La cuestión traiciona el error fundamental que se remonta al menos a Descartes: lo que eres no es un alma o un yo separado, sentado en el teatro cartesiano, sino esa misma arquitectura de control, con la competencia diseñada para contar a los demás —y a sí misma— algunas de las cosas maravillosas que está haciendo. Como dice Doug, «soy un extraño bucle». Póngase el énfasis en «soy»; no «observo un bucle extraño» o «experimento un bucle extraño», sino «soy un bucle extraño». O como lo expreso en La conciencia explicada:

¿De qué modo llego yo a saber todo esto? ¿Cómo es posible que yo pueda contar lo que está ocurriendo en mi cabeza? La respuesta a este enigma es fácil: porque esto es lo que soy yo. Porque el que conoce y refiere estas cosas de esta manera es lo que yo soy. Mi existencia se explica por el hecho de que en este cuerpo existen estas capacidades.

El primer paso que darían los ingenieros para construir un dron verdaderamente autónomo con control a bordo –no remoto– sería desechar la pantalla LED a color, ya que estas se diseñaron para un agente con ojos y visión en color. No hay ninguna película en la cabeza; solo existen los innumerables discernimientos de contenido en los que uno confía para controlar sus expectativas y acciones. ¿Y qué hay del libre albedrío? Es un logro, no una característica metafísica, de los seres humanos normales que han aprendido a controlar sus múltiples grados de libertad —y a impedir que otros

los controlen de forma remota— desarrollando hábitos de autoestimulación, como imaginar y reflexionar sobre los resultados de posibles acciones. La iniciación en la edad adulta (asegurar el derecho a hacer promesas legalmente vinculantes y moverse libremente por el mundo) es en sí misma un mecanismo social maravilloso y también fue diseñado por la selección natural de ideas y prácticas culturales, refinadas a lo largo de miles de años de civilización. Todas las glorias de la vida dependen del diseño, y los diseños pueden destruirse o dañarse; un tumor cerebral puede destruir el libre albedrío, otras patologías cerebrales, dejar a alguien inconsciente o incapaz de discernir el significado de las palabras que oye o dice o lee o escribe.

Se necesita un pensamiento atento para evitar caer en la trampa de imaginar un significador central que sea la fuente del significado, un yo que sea el evaluador y disfrutador de la conciencia, un alma que desafíe a la física y tome tus decisiones. Estas ideas son familiares y casi irresistibles, y a muchos pensadores les repugna la perspectiva de abandonarlas. Si se resiste a renunciar a alguna de ellas, está en buena compañía, pero recuérdese que todas esas ideas forman parte de la ilusión del usuario, en gran medida benigna, que ha sido improvisada a lo largo de los eones por los diversos tipos de selección natural.

La vida es lo que da razones y sentido a la existencia, y en este rincón del universo solo los seres humanos tienen las herramientas de pensamiento —basadas en el lenguaje— para entenderlo. Somos los únicos razonadores (en el sentido estricto de explicadores) del planeta. Las razones precedieron a los razonadores en miles de millones de años, del mismo modo que los números precedieron a los matemáticos. Hizo falta que dos átomos de hidrógeno se unieran a uno de oxígeno para formar una molécula de agua mucho antes de que nadie supiera contar, y la razón por la que las criaturas vivas tienen membranas que los aíslan (en condiciones controladas) del resto del mundo es que los seres vivos necesitan protegerse para no sucumbir a la segunda ley de la termodinámica y no pueden permitirse proteger al mundo entero, una razón que no se apreció hasta hace muy, muy poco en la historia de la vida en este planeta. Todo ser vivo está compuesto de partes que son como son por razones, pero solo los seres humanos representamos razones. La

evolución nos ha dotado, a nosotros y a todos los seres vivos, de mecanismos brillantemente diseñados que hacen la vida más fácil de lo que sería de otro modo, pero esto confiere a los seres vivos una competencia sin comprensión. Los árboles se desenvuelven brillantemente en muchas condiciones sin la más mínima comprensión; lo mismo ocurre con los conejos, los zorros y los elefantes, que hacen muchas cosas sabias sin necesidad de saber por qué son sabias o cuándo hay que hacerlas. Lo que nos diferencia del resto de la naturaleza es nuestra capacidad humana para formular preguntas y evaluar las posibles respuestas, y no un alma aparentemente mágica que se encarga de comprender y sentir, de amar y de temer.

¿No es esto terriblemente antropocéntrico? No, está correctamente centrado en lo que importa. El control es la clave de la vida y de todo lo que importa. Cuantas más cosas podamos controlar, más cosas podrán importarnos. Los chimpancés y los delfines corren el riesgo de sufrir los problemas del cambio climático, la desigualdad económica, la contaminación y la guerra, pero solo nosotros podemos pensar que estos problemas importan lo suficiente como para dedicar nuestra energía a resolverlos. La nobleza obliga. Descartes tenía razón al insistir en que los seres humanos son profundamente diferentes de los demás animales; solo cometió el error de tratar de aislar esa diferencia en un trozo inmaterial e insondable de materia mental. La ingeniería inversa de ese fantástico conjunto de competencias es la gran aventura intelectual en la que estamos embarcados, y he tenido la extraordinaria suerte de estar involucrada en ella durante toda mi vida adulta.

Parece que nos acercamos cada vez más a una solución estable para muchos de los problemas en los que llevo trabajando más de medio siglo. En primer lugar, reina el materialismo, y los principales problemas filosóficos de la conciencia, el significado y el libre albedrío tienen todos ellos explicaciones que deben más a la biología que a la física. El principio de la vida es el principio de las razones, del significado y de la información (en uno de sus sentidos más importantes); los cerebros humanos han devenido mentes gracias a los productos de la evolución cultural, de los memes, no de los genes; y la conciencia crea la ilusión del usuario de un yo o significador central, que no es una parte del cerebro (y desde luego

no un alma inmaterial que toca el teclado del cerebro, ¡como querría sir John Eccles!), sino que se ve mejor como una abstracción útil: el centro de gravedad narrativa. Nos hacemos preguntas unos a otros —algo que los miembros de ninguna otra especie pueden hacer— y las respuestas que damos no son infalibles ni perfectamente disponibles en la introspección, sino lo más cercano a lo que «realmente queremos decir». Quine tiene razón al insistir en que la traducción radical no garantiza encontrar una única interpretación correcta, y Millikan acierta al insistir en que no tenemos acceso privilegiado a lo que queremos decir o incluso a si lo queremos decir; y Haig está en lo cierto —junto con Derrida— al insistir en que solo hay interpretaciones y más interpretaciones de las interpretaciones y ninguna buena razón para llamar a ninguna de ellas verdad absoluta. Así que, con la ciencia, tendremos que conformarnos con un concepto «vegetariano» de la verdad que sea lo bastante bueno como para revelar los patrones reales que nos han guiado a la luna y de vuelta, y que pronto nos llevarán a otros planetas.

36

¿Y SI ME EQUIVOCO?

Yo solía ser un académico mucho más aplicado de lo que soy ahora. Cuando encontraba un artículo en una revista o un libro que era relevante para mis intereses, pero técnicamente fuera de mi alcance (o, si el autor era un filósofo, simplemente fuera de mi alcance por mal escrito, confuso y atiborrado de jerga), me daba de cabezazos contra él horas y horas, buscaba y cotejaba todas las referencias; un trabajo de biblioteca que antaño, antes de los enlaces de internet, consumía mucho tiempo. Para mí era una especie de cuestión de honor alcanzar un estado de comprensión fiable; seguía haciéndolo hasta que me adueñaba de ese argumento. Ahora doy un rápido repaso a esos candidatos a mi atención, recordando que la vida es corta y que, si vale la pena entender cierta novedad, alguien en quien confío me lo explicará pronto en términos que pueda digerir fácilmente. Hoy en día casi siempre delego el trabajo duro de la comprensión cuando me topo con dificultades, y la táctica funciona de maravilla... para mí. La comprensión distribuida es un fenómeno real, pero hay que introducirse en una comunidad de comunicadores que sepa reunir eficazmente los conocimientos pertinentes. No sé si otros filósofos siguen la misma táctica; muchos creo que se pasan toda su carrera trabajando en gran medida solos y lidiando con unos pocos asuntos reducidos que de buena gana les conducen a una visión sesgada. Tal vez, pienso, no puedan hacer otra cosa, dada su formación. Al fin y al cabo, muchos científicos están en trincheras similares. Una vez pregunté a un joven y prometedor neurocientífico, después de haber pasado horas viéndole experimentar con electrodos crónicamente implantados en monos, cuáles creía que podían ser las repercusiones de su investigación, y su respuesta fue: «¡Oh, Dan, no tengo tiempo para pensar!».

Toda mi diligencia temprana fue probablemente buena para mí. Me

hizo enfrentarme a la dificultad de las preguntas, viendo con mis propios ojos los escollos que atrapan a muchos pensadores tan inteligentes como concienzudos. Eso inyectó una pequeña dosis de modestia en mi cada vez mayor confianza en que había encontrado —y en parte inventado— un prodigioso dispositivo explicativo que, de forma fiable, devoraba dificultades, un día tras otro. Las ideas (si eso es lo que eran) que tanto me había esforzado por plasmar en mi tesis de investigación y en mi primer libro han madurado y se han multiplicado, generando respuestas a preguntas, soluciones a problemas, refutaciones a objeciones y —lo que es más importante — sugerencias de nuevas preguntas que formular con gratificante consiliencia. No tengo más que girar la manivela y salen a borbotones, de tal modo que encajan en su sitio como las últimas piezas de un rompecabezas. Quizá todo mi enfoque sea un error colosal —algunos de mis críticos así lo creen— y quizá sus abundantes frutos sean quimeras.

«¿Y si me equivoco?». Los buenos pensadores se hacen a menudo esta pregunta, del mismo modo que los buenos médicos comprueban a menudo sus métodos según el juramento hipocrático que hicieron, y no solo como un ritual estereotipado. Una vez le pregunté a un pastor evangélico que me entrevistaba para su programa de radio si alguna vez se había hecho esa pregunta, y proclamó orgulloso que él no necesitaba hacérsela. En otras palabras, consideraba que su fe era infalible. Ahí radica, en mi opinión, uno de los mayores peligros para la civilización. Como ya he comentado, la fe religiosa da a la gente una excusa de oro para dejar de pensar. A quienquiera que lo hayan convencido de que es su «deber religioso» no cuestionar su fe ha quedado parcialmente incapacitado. A veces, cuando la gente juega esta carta de la fe, resulta eficaz responder, con sincera preocupación: «Lo siento. No me había dado cuenta de que tiene una discapacidad cognitiva; lo tendré en cuenta y no lo agobiaré ni lo avergonzaré con preguntas que no está preparado para plantearse». Excúselos de la discusión y continúe sin ellos, pero no los desprecie ni los humille; no pueden evitarlo. San Agustín, por supuesto, tenía una réplica atrevida a esta sugerencia: credo ut intelligam. Creo para entender. Esto sería más digno de admiración si no hubiera tantos casos de creyentes religiosos que manifiestamente no comprenden muchas de las teorías y los hechos que el resto de nosotros podemos aceptar y

explotar con gratificante éxito.

Mi capítulo favorito de Las aventuras de Tom Sawyer, de Mark Twain, cuenta la brillante hazaña de Tom al conseguir que sus amigos le pagaran por el privilegio de dejarles encalar la valla de delante de su casa, con lo que no solo se ahorraba una tarea pesada, sino que además se enriquecía. Esto me inspiró a seguir la misma estrategia con mis libros: invito a los estudiantes de Tufts a que me ayuden a escribir mis libros compartiendo con ellos el penúltimo borrador en un seminario en el que se los anima a señalar errores, rebatir argumentos, exigir más claridad y, en general, a quejarse de cualquier cosa que les parezca mal. No se les retribuye por este excelente servicio editorial —de hecho, están pagando una de las tasas de matrícula más altas del país—, pero se les agradece haciendo constar su nombre en el prefacio y recibiendo un ejemplar autografiado del libro cuando se publica. Creo que todos los implicados están bastante satisfechos con este acuerdo.

En particular, aprecio a los intrépidos detractores que me obligan a ampliar, revisar o abandonar lo que yo había considerado buenos argumentos. Los estudiantes vienen a menudo a mi despacho para hablar de sus proyectos de trabajos trimestrales para los cursos que imparto, y una combinación frecuente de ambición y ansiedad la encontramos en el estudiante entusiasta que tiene una gran idea: la refutación de una afirmación mía o de algún otro autor que hayamos leído. Se mueren de ganas de hacerlo, pero «¿y si me equivoco?». Tengo un consejo no del todo infalible: ármese de valor y póngase a escribir el «gran descubrimiento»; si después de muchas horas de pensar y escribir con excitación descubre, para su consternación, un error fatal, algo que pasó por alto o subestimó, no está todo perdido. Vuelva al primer párrafo y escriba algo parecido a «Es tentador pensar que..., porque parece haber un argumento de peso en el sentido de que..., pero como veremos, se trata de un error». A continuación, haga unos pequeños ajustes al resto del documento, señalando cuidadosamente el error que ha estado a punto de cometer, y ya está listo para presentarlo. Si esa «gran idea» era atractiva para usted, bien podría serlo para otros. Mostrar que se trata de un callejón sin salida a evitar en una disciplina es una contribución genuina. La misma estrategia, a grandes rasgos, es útil para toda una carrera. Pruebe su gran corazonada con algunas

personas bien informadas; si nadie puede desmontarla de buenas a primeras, dé un salto, haga una inversión importante de tiempo (teniendo en cuenta el gran coste de las oportunidades perdidas si se toma una mala decisión) y espere lo mejor. Al menos podrá salvar una refutación definitiva de su corazonada, tanto más creíble porque la concibió alguien que en un principio la respaldaba.

El Discovery Institute es el muy bien financiado enclave de propaganda del diseño inteligente, como ahora se denomina el creacionismo. A menudo me he burlado públicamente de la pésima proporción entre propaganda y ciencia revisada por pares en su producción y he instado a sus directores a invertir su dinero en ciencia real que podría, posiblemente, darles la razón. Así que, cuando en 2005 anunciaron que iban a crear un centro de investigación serio, el Biologic Institute, para realizar experimentos destinados a refutar la teoría de la evolución por selección natural, me pidieron que expresara mi opinión sobre dicha innovación. Les respondí que aplaudía la iniciativa, ya que en biología evolutiva hay montones de preguntas sin respuesta que los biólogos pasan por alto simplemente porque están seguros de que ya la conocen: ¿cómo surgió la especie x con la característica y? Evolucionó, por supuesto, pero no conocemos los detalles. Nadie quiere enviar a un estudiante de posgrado o a un posdoctorado a plantearse una de esas preguntas, porque la reacción de los profesionales más influyentes de ese campo en particular sería del tipo: «Buf, ¡vaya novedad!», y no es una buena manera de labrarse una carrera. Sin embargo, si el Biologic Institute quiere financiar a jóvenes científicos apasionados por refutar la evolución, aprovechará su energía y formación sin que tengamos ningún escrúpulo en animarlos a perder su valioso tiempo. Se verán a sí mismos como cruzados en misión divina, ¿y puede haber algo más glorioso? Intentarán encontrar ocultos entre esas preguntas no formuladas ejemplos embarazosos de «complejidad irreducible» que podrían no haber evolucionado paulatinamente. Acabarán descubriendo que están equivocados, y tendremos aún más ejemplos de los tortuosos caminos de la evolución. En mi terminología, su tenaz búsqueda de ganchos celestes descubrirá grúas hasta ahora inimaginables. Y precisamente porque sus conclusiones serán lo contrario de lo que esperaban descubrir, nos las tomaremos en serio. Las buenas teorías prosperan con intentos serios de refutarlas que fracasan de forma instructiva.

Pero ¿y si mis supuestas intuiciones no son más que el fruto de un error prodigiosamente fértil? Vale la pena recordar que esto ya ha ocurrido antes, a escala cósmica. Descartes escribió sus ridículos libros retrospectivos —Le monde (publicado íntegramente en 1667) y Principia Philosophiae (1644)—, en los que presentaba la primera detalla teoría del todo. Había deducido (según él) la verdad sobre todo lo que hay bajo el sol y más allá del sol, incluidos el fulgor de las estrellas y los planetas, las mareas, los volcanes, los imanes y muchas cosas más, la mayoría de ellas totalmente erróneas. Fueron los majestuosos Principia (1687) de Newton los que refutaron contundentemente a Descartes. La teoría del todo cartesiana es, incluso en retrospectiva, notablemente coherente y persuasiva. ¡Es difícil imaginar otra teoría asimismo coherente e igualmente falsa! Él estaba equivocado y, por supuesto, yo también puedo estarlo, pero otros pensadores a los que respeto han llegado a ver las cosas como yo, de modo que cuando me pregunto: «¿Y si estamos equivocados?», puedo mantener este murmullo escéptico en un segundo plano.

AGRADECIMIENTOS

Este libro es fruto del trabajo de muchas mentes. En primer lugar, todas las personas cuyas interacciones conmigo se relatan en este libro merecen ser consideradas coautoras de algún tipo (como los cientos de autores de artículos de física actuales, ninguno de ellos responsable de los errores residuales que permanezcan). No hay duda de que todavía se encontrarán algunos errores, a pesar de la maravillosa edición, primero de Sara Lippincott, y luego de Sarah Johnson y Brendan Curry en la editorial Norton. ¡Cuántas erratas y lapsos mentales detectados y eliminados! Luca Del Baldo se fijó mucho en mi mente y no solo en mi rostro antes de retratarme con su pincel para la cubierta de libro. Mis agentes, John Brockman y Katinka Matson, hicieron su magnífico trabajo habitual, dando forma y guiando mi escritura hasta tener un libro terminado.

El libro es largo, pero podría haber escrito una docena de capítulos más relatando mis conversaciones y tutorías con Maarten Boudry, Joanna Bryson y Will Lowe, Tom Clark, Norm Daniels, Marc Hauser, Bryce Huebner, Wyn Kelley y Dale Peterson, Erin Kelly, Enoch Lambert, Dan Lloyd, Ryan McKay, Amber Ross, Evan Thompson, Chris Viger, Chris Westbury y Chris Wood, entre muchos otros. Todo mi cariño para nuestros queridos amigos navegantes, esquiadores, cantantes y aventureros que envejecieron con nosotros y cuyos hijos crecieron con los nuestros, compartiendo aventuras que podrían llenar otro libro: Tom y Gina, Ross y Gail, A y Ricky, Sue y Taz, Dick y Lolli, Jeff y Paula, y nuestra ahijada Emily.

NOTAS

PRIMERA PARTE: UN INICIO CON BUEN RITMO

24 Atraía sin cesar a mi órbita a personas superinteligentes: Cualquiera que se dedique a la ciencia cognitiva se pondrá verde de envidia al ver quiénes han sido mis asesores, críticos y colaboradores. Entre ellos, más o menos en el orden en que entraron en mi vida: Donald MacKay, Michael Arbib, Michael Gazzaniga, Richard Gregory, Marvin Minsky, Steven Pinker, Allen Newell, John McCarthy, Douglas Hofstadter, Oliver Selfridge, Richard Dawkins, George Williams, John Holland, Lynn Margulis, Anthony Marcel, Marcel Kinsbourne, Nicholas Humphrey, Ray Jackendoff, Owen Flanagan, Patricia y Paul Churchland, Dan Lloyd, Ulric Neisser, Jonathan Miller, David Premack, Rodney Brooks, Ruth Millikan, Kim Sterelny, Stanislas Dehaene, Jean-Pierre Changeux, Dan Sperber, David Haig, Terrence Deacon, Deb Roy, Thomas Metzinger, Adrian Owen, Michael Levin, Anil Seth, Sean Carroll y toda la pandilla del Santa Fe Institute. Luego están las personas que trabajaron conmigo en el Centro de Estudios Cognitivos de Tufts: Kathleen Akins, Cecilia Heyes, Evan Thompson, Alva Noë, Ryan McKay, Diana Raffman, Rosa Cao, Bryce Huebner y Krys Dolega, entre otros. Si no encuentras algo superinteresante en esta compañía, ¡es que no estás prestando atención!

25 Consultar mis correcciones: Además de estas notas finales, hay un archivo de búsqueda con enlaces a más de treinta entrevistas en vídeo que realicé con Enoch Lambert, mi posdoctorando, en las que profundizo en episodios y temas de mi trabajo, de interés especial para filósofos y científicos cognitivos. El sitio web (https://sites.tufts.edu/cogstud/ive-been-thinking-archive/) también ofrece enlaces a:

Documental inédito que realicé, el simposio de Tufts sobre

inteligencia artificial y evolución, con Marvin Minsky, Seymour Papert, Murray Gell-Mann, David Haig, John Holland, Karl Sims, Pattie Maes, Sherry Turkle, Kevin Kelly, Rodney Brooks, Oliver Selfridge y Bruce Mazlish (véase el capítulo 31).

«Moonlight Waltz» (mi versión country de Brahms; véase el capítulo 2). Decenas de vídeos de charlas y entrevistas.

Todos mis artículos publicados en este siglo.

(además del resto de mi obra publicada, mi correspondencia, tanto postal como electrónica, desde 1965 hasta la actualidad, está archivada en Tufts y los investigadores pueden acceder a ella con mi autorización).

25 Exactamente un futuro posible: Peter van Inwagen, An Essay on Free Will (Oxford: Clarendon Press, 1983), pág. 3.

28 «ajetrez»: Dennett, Intuition Pumps and Other Tools for Thinking (Nueva York: W. W. Norton, 2013), cap. 76. [Bombas de intuición y otras herramientas del pensamiento , Fondo de Cultura Económica, 2015. Traducción de Laura Lecuona].

58 Copia del DAT (de la cinta de audio digital): Esta grabación está disponible en el sitio web del libro.

59 Mind out of Matter : Tzadik Records, Cat. #4021; publicado en febrero de 2018.

62 «la creencia en cierta division fundamental»: Quine, «Two Dogmas of Empiricism», in From a Logical Point of View (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1953), pág. 20.

90 «lo que diríamos»: J. L. Austin, Philosophical Papers , 2.ª ed., edición de J. O. Urmson y G. J. Warnock (Oxford: Oxford University Press, 1970), pág. 273.

101 Nuestro artículo: Christopher Taylor y Daniel C. Dennett, «Who's Afraid of Determinism: Rethinking Causes and Possibilities» en The Oxford Handbook of Free Will , edición de Robert H. Kane

(Oxford: Oxford University Press, 2002), págs. 257-277.

101 Principio de responsabilidad por defecto: Alfred Mele, Autonomous Agents: From Self-Control to Autonomy (Oxford: Oxford University Press, 1995).

102 «Minds and Machines»: En Dimensions of Minds , edición de Sidney Hook (Nueva York: New York University Press, 1960), págs. 138-164.

102 Un artículo sobre el libre albedrío: D. M. MacKay, «On the Logical Indeterminacy of Free Choice», Mind 69, n.º 273 (1960): págs. 31-40.

105 Problema adicional de voz-garganta: Daniel C. Dennett, Content and Consciousness (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1969), pág. 9 [Contenido y conciencia , Gedisa, 2014. Traducción de José María Lebrón].

106 «Nota crítica»: Daniel C. Dennett, «A Cure for the Common Code», Brainstorms (Cambridge: MIT Press, 1978).

117 «Beliefs about Beliefs»: «Beliefs about Beliefs», Behavioral and Brain Sciences 1, n.º 4 (diciembre 1978): págs. 568-570.

SEGUNDA PARTE: OTRAS MENTES

132 La baraja afinada: Daniel C. Dennett, «Explaining the 'Magic' of Consciousness», en Sweet Dreams: Philosophical Obstacles to a Science of Consciousness (Cambridge: MIT Press, 2005).

138 «Grand légat? Seize ours»: Véase mi artículo «The Interpretation of Texts, People and Other Artifacts», Philosophy and Phenomenological Research 1, Suplemento (otoño 1990).

140 «Intentional Systems»: En Journal of Philosophy 68, n.º 4 (25 de febrero de 1971): págs. 87-106.

142 La obra pionera de Gottlob Frege: Grundgesetze der Arithmetik , Band I (1893); Band II (1903) (Jena, Alemania: Verlag Hermann Pohle). En inglés (traducción de una selección de secciones), «Translation of Part of Frege's Grundgesetze der Arithmetik », en Translations from the Philosophical Writings of Gottlob Frege , traducción y edición de Peter Geach y Max Black (Nueva York: Philosophical Library, 1952), págs. 137-158.

143 Escribe bien mi nombre : Véase capítulo 74, «A Faustian Bargain», en Intuition Pumps and Other Tools for Thinking (Nueva York: W. W. Norton, 2014). [Bombas de intuición y otras herramientas del pensamiento , Fondo de Cultura Económica, 2015. Traducción de Laura Lecuona].

144 Octava edición: Véase el sitio web Philosophical Lexicon, http://www.philosophicallexicon.com .

154 El punto de vista de Sellars sobre los qualia: Véase Consciousness Explained (Boston: Little, Brown, 1991), 383ff [La conciencia explicada: Una teoría interdisciplinary, Paidós, 1995. Traducción de Sergio Balari] ; y Sweet Dreams: Philosophical Obstacles to a Science of Consciousness (Cambridge, MA: MIT Press, 2005) [Dulces sueños: obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia , Katz Barpal Editores, 2009. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba].

154 Le di un toque de humor: «Comment on Wilfrid Sellars», Synthese 27 (julio/agosto 1974): págs. 439-444.

162 Norbert Wiener: Véase mi ensayo «What Can We Do?» en Possible Minds , edición de John Brockman (Nueva York: Penguin, 2019).

162 Aprendí mucho sobre ordenadores : Véase capítulo 12 , «What Is a Deepity?» en Intuition Pumps .

165 The Language of Thought : Véase mi Nota crítica, en Mind , abril de 1977, reproducido como «A Cure for the Common Code?» en Brainstorms .

219 «Beyond Belief»: En Thought and Object: Essays on Intentionality , edición de Andrew Woodfield (Oxford: Clarendon Press, 1982).

220 La pared de una cafetería: R. L. Gregory y P. Heard, «Border Locking and the Cafe Wall Illusion», Perception 8, n.º 4 (1979): págs. 365-380, fig. 17, https://doi.org/10.1068/p080365

220 «Las herramientas te vuelven más inteligente»: Véase R. L. Gregory, Mind in Science: A History of Explanations in Psychology and Physics (Cambridge: Cambridge University Press, 1981); y mi reseña, «The Well-Furnished Mind», en Contemporary Psychology 27, n.º 8 (1982).

221 La torre de generación y prueba: Las ideas esenciales se esbozaron en «Why the Law of Effect Will Not Go Away», Journal for the Theory of Social Behaviour 5 (octubre 1975): págs. 169-187; pero las etiquetas «popperiano» y «gregoriano» se añadieron en Darwin's Dangerous Idea (Nueva York: Simon and Schuster, 1995) [La peligrosa idea de Darwin , Galaxia Gutenberg, 2000. Traducción de Cristobal Pera].

239 The New York Review of Books : Douglas R. Hofstadter, «Who Am I Anyway?», The New York Review of Books , 29 de mayo de 1980.

239 Geoffrey Hinton: Reseña en Contemporary Psychology 24 (1979): 746-748.

243 Reseñas sobre Searle: John R. Searle, «The Myth of the Computer», The New York Review of Books , 19 de abril de 1982.

243 Una respuesta a la diatriba de Searle: The New York Review of Books , junio 24, 1982.

244 Robert French: Para hacerse una idea cabal del proyecto francés, véase mi prólogo a The Subtlety of Sameness (Cambridge: MIT Press, 1995); reproducido en Brainchildren: Essays on

Designing Minds (Cambridge: MIT Press, 1998), de mi autoría.

251 «La función social del intelecto»: Nicholas Humphrey, «The Social Function of Intellect», en Growing Points in Ethology , edición de P. P. G. Bateson y R. A. Hinde (Cambridge: Cambridge University Press, 1979).

254 «El absurdo»: Thomas Nagel, «The Absurd», Journal of Philosophy 68, n.º 20 (1971): págs. 716-727.

261 Cuando se publicó su libro: Ruth Garrett Millikan, Language, Thought, and Other Biological Categories (Cambridge, MA: MIT Press, 1984).

268 Una máquina de registro simulada en Logo: Mi introducción a las máquinas registradoras, «The Seven Secrets of Computer Power Revealed», [«Los siete secretos del poder de la computación revelados»] es el capítulo 24 de Intuition Pumps.

269 Prótesis de la imaginación : Daniel C. Dennett, «Notes on Prosthetic Imagination», New Boston Review 7 (junio 1982): págs. 3-7.

273 Ha dado algunos resultados impresionantes: Véase, por ejemplo, Brian Skyrms, The Evolution of the Social Contract (Cambridge: Cambridge University Press, 1996); Chris Eliasmith, How to Build a Brain (Oxford: Oxford University Press, 2013); Kun Zhang, Joseph D. Ramsey y Clark Glymour, «The Evaluation of Discovery: Models, Simulation and Search through 'Big Data'» Open Philosophy 2 (2019): 39-48, https://doi.org/10.1515/opphil-2019-0005 .

274 «Descartes's Argument from Design»: Journal of Philosophy 105, n.º 7 (2008): págs. 333-345.

275 «inflación del libre albedrío»: «Herding Cats and Free Will Inflation», conferencia Romanell dictada en la 11.ª reunión anual de la División Central de la Asociación Americana de Filosofía, Chicago, 28 de febrero de 2020.

278 El problema del marco: Un buen ensayo introductorio sobre el

problema de marco de Ed Yalta se puede consultar (en línea) en la Stanford Encyclopedia of Philosophy , https://plato.stanford.edu/entries/frame-problem/ .

279 La investigación de monos: «Out of the Armchair and into the Field», Poetics Today 9 (1988): págs. 205-221; reproducido en Brainchildren , págs. 289-306.

284 Kathleen Akins: K. A. Akins y M. Hahn, «More Than Mere Colouring: The Role of Spectral Information in Human Vision», British Journal for the Philosophy of Science 65, n.º 1 (2014): págs. 125-171, http://doi.org/10.1093/bjps/axt060 ; K. A. Akins, «A Bat without Qualities», en Consciousness , edición de M. Davies and G. Humphreys (Oxford: Blackwells, 1993), págs. 258-273; K. A. Akins, «Of Sensory Systems and the 'Aboutness' of Mental States», Journal of Philosophy 93, n.º 7 (July 1996): págs. 337-372.

461 Centro de gravedad narrativa : «The Self as the Center of Narrative Gravity», en Self and Consciousness: Multiple Perspectives , edición de F. Kessel, P. Cole y D. Johnson (Hillsdale: Erlbaum, 1992).

289 Lo publicamos en otro lugar: Nicholas Humphrey y Daniel C. Dennett, «Speaking for Our Selves», Raritan: A Quarterly Review 9 (verano 1989): págs. 68-98; reproducido en Brainchildren , págs. 31-58.

292 «Problema de Julie Christie»: Daniel C. Dennett, «Commentary on Newell: Is There an Autonomous 'Knowledge Level'?», en Meaning and Cognitive Structure , edición de Z. Pylyshyn y W. Demopoulos (Norwood: Elsevier, 1986), págs. 51-54; reproducido en Brainchildren , pág. 282.

293 Shakespeare y Newton: Nicholas Humphrey, «Scientific Shakespeare», Edge, consultado el 7 de diciembre de 2022, https://www.edge.org/3rd_culture/humphrey/shakespeare.html .

295 Anthony Marcel y Edoardo Bisiach: Véase A. J. Marcel y E. Bisiach, Consciousness in Contemporary Science (Oxford: Oxford University Press, 1988).

300 Véase mi reseña: Journal of Philosophy 76 (1979): págs. 91-97.

307 «La afirmación más absurda jamás hecha»: Galen Strawson, «The Consciousness Deniers», The New York Review of Books , 13 de marzo de 2018.

307 Ha persistido con obstinación: Galen Strawson, «A Hundred Years of Consciousness: 'A Long Training in Absurdity,'» Estudios de Filosofia (Medellín) 59 (enero/junio 2019).

308 Keith Frankish: Keith Frankish, «Illusionism as a Theory of Consciousness», Journal of Consciousness Studies 23, n.º 11/12 (2016): págs. 11-39; Keith Frankish, «Not Disillusioned: Reply to Commentators», Journal of Consciousness Studies 23, n.º 11/12 (2016): págs. 256-289; Keith Frankish, Illusionism as a Theory of Consciousness (Exeter: Imprint Academic, 2017).

308 No hay una película en la cabeza: Véase Tim Adams, «Neuroscientist Anil Seth: 'We Risk Not Understanding the Central Mystery of Life,'» Guardian , 21 de agosto de 2021.

308 Michael Graziano: Michael S. A. Graziano, Rethinking Consciousness: A Scientific Theory of Subjective Experience (Nueva York: W. W. Norton, 2019); Michael S. A. Graziano, Arvid Guterstam, Branden J. Bio y Andrew I. Wilterson, «Toward a Standard Model of Consciousness: Reconciling the Attention Schema, Global Workspace, Higher-Order Thought, and Illusionist Theories», Cognitive Neuropsychology 37, n.º 3-4 (mayo-junio 2020): págs. 155-172; Daniel C. Dennett, «On Track to a Standard Model», Cognitive Neuropsychology 37, n.º 3-4 (mayo-junio 2020): págs. 173-175.

308 Eccles: Karl R. Popper y John C. Eccles, The Self and Its Brain (Nueva York: Springer, 1977), pág. 364.

309 Un intercambio memorable: Patricia Churchland, «On the Alleged Backwards Referral of Experiences and Its Relevance to the Mind-Body Problem», Philosophy of Science 48 (1981): págs. 165-181; Patricia Churchland, «The Timing of Sensations: Reply to Libet», Philosophy of Science 48 (1981): págs. 492-497.

309 La «escoba» de Ockham: Para saber más de este término, véase capítulo 6 de Intuition Pumps.

312 John Murray: David McClay, «Darwin and His Publisher», Science Progress 92, n.º 3/4 (2009): págs. 211-240.

317 El efecto Grimes: Véase el poster de Odegaard et alia en la Vision Sciences Society, https://www.davidrosenthal.org/Odegaard-poster_VSS2022_CDDS-final.pdf .

319 Arthur Danto: Arthur C. Danto, «Age of Innocence», Nation , 20 de diciembre de 2001.

323 Eso es una ilusión: Véase Michael A. Cohen, Daniel C. Dennett y Nancy Kanwisher, «What Is the Bandwidth of Perceptual Experience», Trends in Cognitive Sciences 20, n.º 5 (mayo 2016): págs. 324-335.

324 Tergiversaciones partidistas: Jared Warren expone muy bien este triste hecho en «This Quintessence of Dust— Consciousness Explained , at Thirty», Philosophical Papers 50, n.º 4 (2021): págs. 1-28.

325 Críticas a las que respondí: Ned Block, «Begging the Question against Phenomenal Consciousness», Behavioral and Brain Sciences 15, n.º 2 (1992): págs. 205-206; Ned Block, reseña de La conciencia explicada , Journal of Philosophy 90, n.º 4 (1993): págs. 181-193; Ned Block, «On a Confusion about a Function of Consciousness», Behavioral and Brain Sciences 18, n.º 2 (1995): págs. 227-247; Ned Block, «What Is Dennett's Theory a Theory Of?», Philosophical Topics 22, n.º 1/2 (1994): págs. 23-40. Mis respuestas incluyen «The Path Not Taken», Behavioral and Brain Sciences 18, n.º 2 (1995): págs. 252-253; y el acertadamente titulado (gracias a Susan) «Get Real», Philosophical Topics 22, n.º 1/2 (1994): págs. 505-568, que incluía mi identificación de lo que más tarde llamé la señal de alarma «seguramente»: indica que, muy a menudo, «seguramente» marca el punto más débil del argumento de cualquiera.

326 «pintura mental»: Ned Block, «Mental Paint», en Reflections and Replies: Essays on the Philosophy of Tyler Burge , edición de M.

Hahn y B. Ramberg (Cambridge: MIT Press, 2003).

326 «propiedad neuronal relacional»: Ned Block, «Attention and Mental Paint», Philosophical Issues 20 (2010): págs. 23-63, n2.

326 Pintura« virtual»: Véase mi reseña «Facing Up to the Hard Question of Consciousness» en Philosophical Transactions of the Royal Society B (2018) para conocer en detalle las propiedades virtuales de las máquinas virtuales.

326 Michael A. Cohen… Nancy Kanwisher: Michael A. Cohen y Daniel C. Dennett, «Consciousness Cannot Be Separated from Function», Trends in Cognitive Sciences 15, n.º 8 (2011): págs. 358-364; Cohen, Dennett y Kanwisher, «What Is the Bandwidth».

333 Strasser… Schwitzgebel: Eric Schwitzgebel, «Results: The Computerized Philosopher: Can You Distinguish Daniel Dennett from a Computer?», The Splintered Mind (blog), 25 de julio de 2022, https://schwitzsplinters.blogspot.com/2022/07/results-computerized-philosopher-can.html .

335 Bender como «loro estocástico»: Emily Bender et alia , «On the Dangers of Stochastic Parrots: Can Language Models Be Too Big?», FAccT '21: Proceedings of the 2021 ACM Conference on Fairness, Accountability, and Transparency (marzo 2021): págs. 610-623, https://doi.org/10.1145/3442188.3445922 .

335 David Cope: David Cope, Virtual Music: Computer Synthesis of Musical Style (Cambridge: MIT Press, 2001).

338 «Fast, Cheap and Out of Control»: Rodney A. Brooks y Anita M. Flynn, «Fast, Cheap and Out of Control: A Robot Invasion of the Solar System», Journal of the British Interplanetary Society 42 (1989): págs. 478-485.

345 Fotografías de Tati: Consultables en https://sites.tufts.edu/cogstud/tati-photos/ .

356 Richard Dawkins: Richard Dawkins, «The Future Looks Bright», Guardian , 21 de junio de 2003.

356 Brights: Sitio web de Brights: http://www.the-brights.net .

357 The New York Times : Daniel C. Dennett, «The Bright Stuff», The New York Times , 12 de julio de 2003.

359 Cuatro jinetes: Christopher Hitchens, Richard Dawkins, Sam Harris y Daniel C. Dennett, The Four Horsemen: The Conversation That Sparked an Atheist Revolution (Nueva York: Random House, 2019).

364 Joseph Henrich: Véase mi reseña del libro de Henrich The Weirdest People in the World , The New York Times , 12 de septiembre de 2020.

365 Reseña tan abiertamente hostil: Las reseñas de The Unbelieving incluyen Laura Collins-Hughes, «'The Unbelieving' Review: Life After Faith», The New York Times , 1 de noviembre de 2022, https://www.nytimes.com/2022/11/01/theater/the-unbelieving-review.html ; Marina Kennedy, «THE UNBELIEVING at 59E59 Theaters—Compelling Play Presents a Meaningful Discussion of Religious Faith», Broadway World, 28 de octubre de 2022, https://www.broadwayworld.com/off-off-broadway/article/Review-THE-UNBELIEVING-at-59E59-Theaters-A-Compelling-Play-that-Presents-a-Meaningful-Discussion-of-Religious-Faith-20221028 ; Sandy MacDonald, «The Unbelieving: Agnostics AnonymousRenegade Preachers Confess Their Doubts», New York Stage Review, 27 de octubre de 2022, https://nystagereview. com/2022/10/27/the-unbelieving-agnostics-anonymous-renegade-preachers-confess-their-doubts/ ; Helen Shaw, «The Unbelieving», Goings On About Town, The New Yorker , https://www.newyorker.com/goings-on-about-town/theatre/the-unbelieving-11-07-22 ; y «The Unbelieving NYC Reviews and Tickets», Show-Score, https://www.show-score.com/off-broadway-shows/the-unbelieving . Para cualquier consulta sobre futuras producciones, pónganse en contacto con Megan Kingery (megan@ megankingery.com) o Marin Gazzaniga (maringazz@gmail.com).

367 Proyecto Clergy: Para más información consúltese su sitio web (https://clergyproject.org), siempre y cuando se demuestre que se es un clérigo que ha perdido la fe.

370 Norman Cousins: Norman Cousins, Anatomy of an Illness (Nueva York: W. W. Norton, 1979).

372 Disponible en un pequeño libro: Daniel C. Dennett y Alvin Plantinga, Science and Religion: Are They Compatible? (Oxford: Oxford University Press, 2010).

378 Intencionalidad: Daniel C. Dennett, «Intentionality», reproducido en The Opened Curtain: A U.S.-Soviet Philosophy Summit , edición de Keith Lehrer y Ernest Sosa (Boulder: Westview Press, 1991), págs. 44-54.

384 Zombi de Boston: D. B. Volkov, The Zombie from Boston: D. Dennett and His Theory of Consciousness [en ruso] (Moscú: URSS Press, 2011).

386 Representación mental: Hugh Clapin (ed.), Philosophy of Mental Representation (Oxford: Clarendon Press, 2002).

387 Debate enérgico pero constructivo: El equipo de vídeo grabó todos los debates, que se pueden consultar en el sitio web de Dmitri, https://www.youtube.com/c/MoscowCenterforConsciousnessStudies/videos (véanse las excelentes fotografías de David Chalmer sobre el viaje: http://consc.net/pics/greenland.html).

390 Danny Hillis… charlas TED: Véase https://www.ted.com/talks/danny_hillis_the_internet_could_crash_we_need_a_plan_b/ .

400 Tufts Symposium : https://sites.tufts.edu/cogstud/ive-been-thinking-archive/ .

401 Premio Erasmus: «Erasmus: Sometimes a Spin Doctor Is Right», Praemium Erasmianum Essay 2012 , ensayo para la Praemium Erasmianum Foundation en ocasión del Premio Erasmus, Ámsterdam, noviembre 2012.

401 Viaje del Beagle : «In het kielzog van Darwin» (en inglés: « Beagle: In Darwin's wake ») fue una serie en flamenco de la television neerlandesa emitida en 2009 y 2010 y producida por la VPRO en colaboración con Teleac (emisora educativa neerlandesa) y Canvas para conmemorar el 150 aniversario de la publicación del revolucionario libro de Charles Darwin Sobre el origen de las especies . La serie se centra en el viaje de ocho meses alrededor del

mundo a bordo del clíper Stad Amsterdam , que sigue la ruta de la travesía de cinco años de Charles Darwin en el HMS Beagle , entre 1831 y 1836. El Stad Amsterdam partió del puerto inglés de Plymouth el 1 de septiembre de 2009 (Wikipedia, s.v. « Beagle: In Darwin's Wake », last modified November 9, 2022, 07:12, https://en.wikipedia.org/wiki/Beagle:_In_Darwin%27s_wake). https://www.vpro.nl/programmas/beagle-in-hetkielzog-van-darwin.html#/talen/item/12/ ; Hans Fels, dir., One Small Step for Man—The Beagle , VPRO World Stories, subido a YouTube el 9 de noviembre de 2017, https://www.youtube.com/watch?v=8YPkxxMPshc .

412 Los resultados a medio cocinar de ese grupo de trabajo: «SFI Cultural Evolution Workshop», International Cognition & Culture Institute, http://cognitionandculture.net/webinars/sfi-cultural-evolution-workshop/ .

CUARTA PARTE: BATALLAS ACADÉMICAS

420 Michael Green: Michael Steven Green, Nietzsche and the Transcendental Tradition (Urbana: University of Illinois Press, 2002).

422 Mi teoría de la conciencia: Véase, por ejemplo, Richard Rorty, «Dennett on Awareness», Philosophical Studies 23, n.º 3 (1972): págs. 153-162, así como su «Functionalism, Machines, and Incorrigibility», Journal of Philosophy 69, n.º 8 (1972): págs. 203-220.

422 «Contemporary Philosophy of Mind»: Richard Rorty, «Contemporary Philosophy of Mind», Synthese 53, n.º 2 (noviembre 1982): págs. 323-348.

423 Respondí con picardía: Daniel C. Dennett, «Comments on Rorty», Synthese 53, n.º 2 (Noviembre 1982): págs. 349-356.

424 Concepto «vegetariano» de la verdad: «Postmodernism and Truth», https://tufts.box.com/s/

q5gyng1tlfdpmz5sjhf6y1m2gigob4jl .

425 «El objetivo de la filosofía»: Wilfrid Sellars, «Philosophy and the Scientific Image of Man», en Frontiers of Science and Philosophy , edición de Robert Colodny (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1962), pág. 35.

426 Encuentros con Noam Chomsky: Véase Darwin's Dangerous Idea (Nueva York: Simon and Schuster, 1995), págs. 381-393, 397-400; Intuition Pumps and Other Tools for Thinking (Nueva York: W. W. Norton, 2014), págs. 29-30; y From Bacteria to Bach and Back (Nueva York: W. W. Norton, 2017), págs. 276-281, 374-376.

430 La ley de Sturgeon: Véase Intuition Pumps , capítulo 4 .

430 Lewontin escribió un comentario enérgico: Richard C. Lewontin, «Elementary Errors about Evolution», Behavioral and Brain Sciences 6, n.º 3 (1983): págs. 367-368.

433 La reseña de Dawkins: Richard Dawkins, «Pornophilosophy», Nature , 354 (1991): págs. 442-443.

433 La horrible reseña de Steve: Stephen Jay Gould, «The Confusion over Evolution», The New York Review of Books , 19 de noviembre de 1992.

435 Un crítico lo calificó: John Gribbin, Sunday Times (Londres), 12 junio de 1996.

437 Diatriba en dos partes… y mi respuesta: Stephen Jay Gould, «Darwinian Fundamentalism», The New York Review of Books , 12 de junio de 1997; Stephen Jay Gould, «Evolution: The Pleasures of Pluralism», The New York Review of Books , 26 de junio de 1997; Daniel C. Dennett, respuesta de Stephen Jay Gould, «'Darwinian Fundamentalism': An Exchange», The New York Review of Books , 14 de agosto de 1997.

444 Trampolín humano: Daniel C. Dennett, «Not Just a Fine Trip Down Memory Lane», en Content and Consciousness Revisited , edición de Carlos Muñoz-Suárez y Felipe De Brigard (Nueva York:

Springer, 2015), págs. 199-220.

446 «La filosofía está llena de sorpresas»: Jerry A. Fodor, A Theory of Content and Other Essays (Cambridge: MIT Press, 1990), pág. 87.

446 La reseña de Jerry: Jerry Fodor, «Deconstructing Dennett's Darwin», Mind & Language 11, n.º 3 (1996): págs. 246-262. Véase mi refutación, en el mismo número, «Granny versus Mother Nature —No Contest».

448 Dije en mi respuesta: «The Mystery of Consciousness: An Exchange», The New York Review of Books , 21 de diciembre de 1995.

454 Teoría de la resonancia adaptativa: Véase Conscious Mind, Resonant Brain: How Each Brain Makes a Mind (Oxford: Oxford University Press, 2021) de Stephen Grossberg.

456 Los patrones visibles en cada posición son reales: Daniel C. Dennett, «Real Patterns», Journal of Philosophy , 88, págs. 27-51, enero de 1991. Reproducido en Brainchildren .

465 Biologic Institute: Daniel C. Dennett, «The Hoax of Intelligent Design and How It Was Perpetrated», en Intelligent Thought , edición de John Brockman (Nueva York: Vintage, 2006), págs. 33-49.